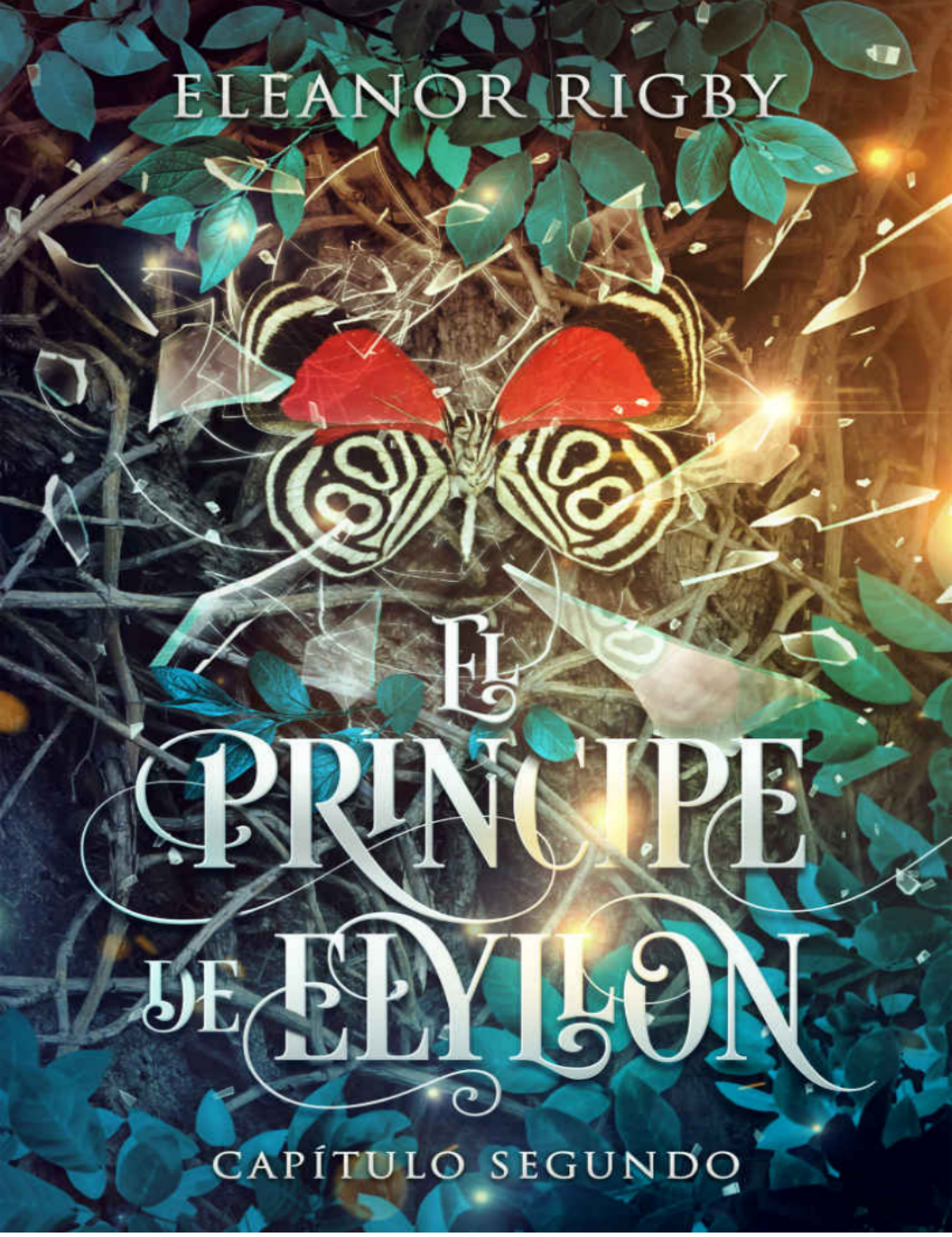

ELEANOR RIGBY
EL
PRINCIPE
DE ELYLON
CAPÍTULO SEGUNDO

El Príncipe de Elyllon

Capítulo segundo

Eleanor Rigby

© 2023, Eleanor Rigby

Título: *El Príncipe de Elyllon*. CAPÍTULO SEGUNDO
Primera edición: abril de 2023
Sello: *Independently published*
ISBN: 9798373166669
Diseño de portada: H. Kramer
(hkramer2018@gmail.com)
Maquetación: Elena Salvador
Imágenes: Adobe Stock Images

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

¡SÍGUEME EN REDES SOCIALES!

FACEBOOK

Eleanor Rigby

Twitter

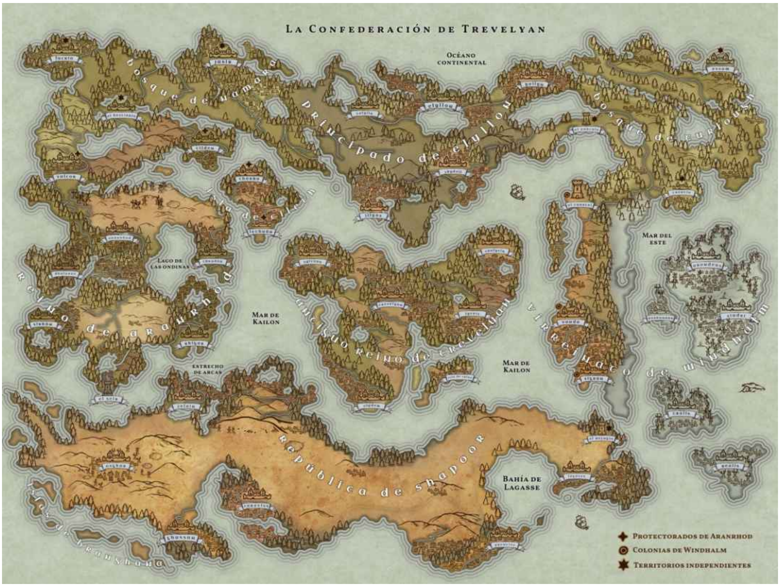
@tontosinolees

Instagram

@tontosinolees

TikTok

@tontosinolees



La Confederación de Trevelyan
Océano continental
Lago de las ondinas
Mar de Kailon
Estrecho de Arcas
Mar de Kailon
Mar del este
Bahía de Lagasse
República de Shapoor
Protectorados de Aranrhod
Colonias de Windhalm
Territorios independientes

1

Muy lentamente, ladeo la cabeza hacia Vikram.

Él no me está mirando, quizá porque anda sumido en sus pensamientos.

Tal vez tema mi reacción.

—Pero... —El corazón me late tan deprisa que no me escucho a mí misma. Los latidos retumban en mis oídos—. Tú no quieres ocupar el lugar de Dareon, ¿verdad? No usurparías su... Quiero decir, no reclamarías el trono.

Vikram sacude la cabeza con convicción. El aire vuelve a mis pulmones.

«No estoy capacitado para ser príncipe».

—¡Eso no es lo que te estoy preguntando! —me quejo, volviendo a ponerme en tensión—. Capacitado estás de sobra. O sea... Infundes respeto, es evidente que eres más poderoso que prácticamente cualquier criatura viva, y en los últimos tiempos has residido en el corazón del estado, y nada menos que en compañía del príncipe. Conoces los entresijos de la política de Elyllon y el funcionamiento de palacio. La cuestión es... —Trago saliva— si *quieres* ocupar el lugar de Dareon.

«Claro que no», niega con rotundidad, mirándome como si hubiera perdido el juicio. «Yo no nací en Elyllon, y los confederados somos nuestras raíces; nos debemos a la tierra que nos engendró. Por más conocimientos que albergue sobre políticas palaciegas, no podría sentir nunca la menor lealtad por los elys, y no haberme integrado en la sociedad en todo este tiempo pesa más que ningún saber teórico. No se puede reinar sobre ciudadanos a los que no comprendes, con lo que no te identificas».

»Tampoco es que sienta que pertenezco a Shapoor —continúa. Clava la vista en el cielo estrellado—. Supongo que estoy en tierra de nadie. Pero si tuviera que levantar los cimientos de mi casa, no lo haría sobre la miseria de Dareon. —Un músculo aparece en su mejilla —. Otra vez no.

—Tienes que encontrar tu propio camino. —Luego añado en voz baja, más para mí misma—. Todo el mundo debe hacerlo.

«Y lo haré», me asegura con gesto solemne. «Pero para ello no le arrebataré su preciada corona. Yo nunca he querido ningún puesto de poder ni deseo que un estado dependa de mí. A veces pienso...»

Se queda en silencio.

—¿En qué? —pregunto, ladeando la cabeza para mirarlo mejor.

«En que me habría conformado con una vida tranquila en el mismo pueblo donde nací». Se le escapa una sonrisa desinflada. «A estas alturas ya no puedo abrazar la mediocridad y pasar desapercibido, pero es lo que siempre he querido. Serenidad».

—¿Es a Shapoor a donde quieres ir ahora? —musito con la garganta atorada.

«No. Por eso digo que me *habría* conformado. Ahora es imposible». Apoya los codos sobre las rodillas recogidas y se las abraza. Lo veo tan vulnerable y desorientado que no sé muy bien cómo consolarlo. «Los errores que cometemos tienen consecuencias que duran para siempre, llorona».

—Ahí te equivocas. Nada es para siempre.

«Sí que lo es. Las consecuencias de envenenar a Dareon tuvieron su repercusión entonces, pero siguen repercutiendo hoy en día y lo harán incluso cuando Dareon esté muerto. Cuando te permites el lujo de cambiar el destino, nunca dejas de ser el villano que lo desencadenó todo».

¿Qué puedo decir para hacerle sentir mejor? ¿«No pasa nada»? Claro que pasa. No solo ha herido a un amigo; ha traicionado a un monarca, y resulta que por mucho que me esfuerce por compadecerlo —y lo hago, juro que lo hago—, por mucho que intente ponerme en sus zapatos —de veras que lo intento, aunque por razones obvias no me sienten bien; debe de tener un cuarenta y seis como mínimo—, sigo con el miedo metido en el cuerpo por lo que hizo.

Y no puedo negar que una parte de mí siga adorando a Dareon.

¿Qué otra cosa puedo decir? ¿«Ya no merece la pena preocuparse»? Por supuesto que hay que preocuparse. Aunque Dareon cayera enfermo hace casi una vida, no se ha enterado hasta hoy. Diría que Vikram ha podido vivir en paz mientras guardaba el secreto, sabiendo que el desenlace no se tendría lugar hasta mucho más tarde, lo que de alguna manera ha pausado el inevitable devenir y le ha dado tiempo para buscar la manera de enfrentarlo…, pero es bastante obvio que no ha tenido ni un instante de calma desde que envenenó el perfume, y tampoco estaba preparado para la grave magnitud de su reacción.

—No eres el villano —respondo al fin. Recuerdo lo que Edel me dijo cuando viajábamos al Oráculo, ese desprecio con el que mencionó a la reina Agrona—. Eres el resultado de la villanía de otros, y quizá esos otros también tuvieran sus motivos para obrar como hicieron… —Inspiro hasta inflar el pecho de aire—. Lo que es innegable es que tanto los villanos originales como los herederos forzosos y perpetuadores de ese mal, todo el mundo tiene que pagar por lo que ha hecho. Y creo que, en tu caso, lo que puedes hacer por Dareon es

quedarte aquí e intentar amortiguar los daños.

Vikram sacude la cabeza.

«Conozco a Dareon como a las líneas de mi mano». Se acaricia la palma con el pulgar, y una parte de mí se estremece. Parece que estuviera acariciándolo a él, con tiento y resignación. «Mi traición le estará atormentando durante la guerra que se avecina. Sé de buena tienta que fracasará tanto si emplea sus fuerzas en torturarme como si remueve cielo y tierra para encontrarme. En realidad, lo único que puedo hacer por él es ayudarlo en la distancia, haciéndole saber en todo momento dónde estoy».

—¿Ayudarlo? ¿Cómo pretendes hacer eso? Lo primero que hará será quitarte del frente del ejército.

«Ahora que sabe que soy un traidor, puedo poner a su servicio algo mil veces mejor que mi espada. Puedo conseguir información que le sea útil metiéndome en la boca del lobo».

—¿En la boca del lobo? —Sello los labios, aturdida, cuando mi mente rescata la visión de Vikram vestido de blanco en la Justa Real —. ¿Pretendes ir a Aranrhod?

Él clava sus ojos en los míos.

«Es cuestión de tiempo que se extienda la noticia de que he burlado al príncipe de Elyllon. Cuando Dareon sepa que he huido, mandará una partida de mercenarios en mi busca. Si llego a Aranrhod y solicito la protección de Kadesh a cambio de mis servicios, no dudo que me será concedida. Cualquier rey me querría cubriéndole las espaldas, y no sospecharía de mis intenciones una vez conociera mi historia con Agrona y Dareon. Si tuviera su confianza, descubriría sus estrategias de combate y podría comunicárselas al príncipe de Elyllon, si no a cambio de su absolución, por lo menos para garantizarle la victoria».

—¿Le contarías quién eres a Kadesh? —jadeo—. ¿Has perdido la cabeza?

«Kadesh no es estúpido. Percibió mi poder la primera vez que me vio, y aunque no dijo nada, hizo algunas insinuaciones. Ambos nacimos en Shapoor. Él en Asghar y yo en una aldea al oeste de la bahía de Lagasse, pero nuestra tierra en común nos acerca e inevitablemente tenemos una conexión especial». Inspira hondo. «Si quiero que confíe en mí, voy a tener que contárselo todo».

—Entonces la Confederación entera descubrirá que eres... eres... hijo de Egren. —Las palabras se me atragantan por culpa del asombro —. Y estando la situación como está, ya me estoy viendo venir que Dareon supondrá que pretendes usurpar el trono. Se enfadará muchísimo, Vikram... por no decir algo peor.

«Si quiere tener la menor oportunidad de ganar esta guerra, tiene que enfurecerse. De lo contrario, no sobrevivirá ni a la primera batalla».

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —Arrugo el ceño—. Se lo está currando más que nadie, está trabajando como un cabrón, solo piensa en eso, y... Si tan seguro estás de que perderá, ¿por qué no has intentado disuadirlo de empezar con las conspiraciones?

«Porque Dareon es la criatura más obstinada del mundo feérico. Y porque tendría todas las de ganar si desarrollara el poder que alberga dentro de sí». Ladea la cabeza hacia mí. «Igual que tú».

La mirada que me dirige me seca la garganta y despierta todo mi cuerpo.

—¿C-cómo? ¿Por qué dices eso?

Vikram se pone de pie y regresa a por el caballo. La culpabilidad amenaza con devorarme al ver que le cuesta caminar. Se suponía que era invencible, pero aquí estoy yo, o, más bien, ahí estuvo Dareon dentro de mí, empuñando el arma para provocarle unas heridas que aún no han cicatrizado.

Lo imito con lentitud. Ha desatado al caballo y se ha hecho con las riendas. Gracias a las diminutas y silenciosas hadas de piel brillante que revolotean a nuestro alrededor, decididas a guardarnos el secreto, su silueta queda parcialmente iluminada. Pero lo que más destaca en la oscuridad son sus ojos al mirarme con determinación.

«Si no quieres, no volverá a hechizarte», aclara, como si hubiera leído el miedo grabado en mi cuerpo. «Ni él, ni nadie. Tu cuerpo es frágil, pero si domesticas tu mente, ella podría protegerte de todo. Aprende a usarla». Una pequeña sonrisa entre amarga y tierna tira de la comisura de sus labios hacia arriba. No sé en qué momento mis pies renqueantes me han llevado hasta él. La cercanía le permite acariciarme la mejilla con los nudillos. «... Si fuera posible, para algo más que infravalorarte o cuestionarte por qué un hombre o una bestia querrían besarte».

—¿Tú serías el hombre o la bestia?

«Eso depende de tu percepción, aunque no eres una fuente muy fiable. Solo hay que ver cómo te concibes a ti misma».

—Oye, si tanto te molestan mis pensamientos, no te metas en mi cabeza.

«Lo siento, pero es una tentación superior a mí». Suspira con dulce exasperación, mirándome como si no pudiera darme por perdida. «No sabes cuánto me alegro de saber qué es lo que piensas. Odiaría perderme tu espontaneidad. O, más bien, odiaré hacerlo», confiesa en un lamento. Es como si le costara escribir esas palabras en mi cabeza, como si le temblara la mano que sostiene la pluma. El trazo es tosco pero profundamente emocional al agregar: «No sé qué haré sin ti».

—Oye, que se suponía que el que sabía dejar a una con el corazón en la garganta con solo seis palabras era Dareon —balbuceo a falta de soltar algo mucho más comprometedor, como un inoportuno e

incomprensible «yo tampoco sé qué haré sin ti».

Da igual que no lo diga, porque él lo sabe.

Por un momento parece que va a besarme, pero debe comprender que sería una pésima idea en una noche como esta, porque deja caer la mano a un lado de la cadera en señal de rendición. La mera idea de que ese roce haya sido lo último que recibiré de su parte me paraliza.

Justo cuando se da la vuelta y planta las manos sobre el sillín para montar al caballo, el alma abandona mi cuerpo para que, desde las copas de los árboles, pueda verme agarrándolo del brazo con desesperación.

—No te vayas... —Cierro los ojos, como si no pudiera soportar la magnitud de lo que voy a decir— sin mí.

Creo que es la primera vez que deja que el asombro se adueñe de su semblante. En cualquier otra circunstancia, su pasmo me habría divertido, pero mi propia petición me ha helado la sangre.

No puedo decir que me haya dejado llevar por lo que siento. Lo que me empuja hacia Vikram es algo superior y más intimidante que un impulso o el resultado de mi marcada vena masoquista. Tampoco siento que sea la elección correcta. Es puro instinto. Debo obedecer el deseo de supervivencia que me dice que, si se va, yo no encontraría la manera de seguir adelante.

Esto puede ser muy común entre hadas que se casan y se tatúan tribales en la espalda, pero a las humanas como yo, desacostumbradas a esta intensidad desgarradora, nos asusta de cojones. Aun así, entre todos los miedos que tengo, el de despedirme de él los supera.

«No puedes venir conmigo», replica, categórico. «Dareon necesita tus visiones y tu amistad».

—Tú también necesitas un amigo, y me parece que, a diferencia de él, nunca lo has tenido.

«Él tampoco, Diana. Yo nunca he tenido un amigo porque nunca lo consideré a él como tal. Jamás le entregué esa confianza, que sin duda merecía, pero Dareon sí me veía como un todo cuando en el fondo siempre estuvo solo».

Su sinceridad me desarma. Me acuerdo de mí misma, de esa Diana del pasado que pudo mirar a Vikram a la cara y decirle que elegiría a Dareon sobre todas las cosas. ¿Y por qué? ¿Porque pensé que él me elegiría a mí también?, ¿que él me protegería?

—No puedo servirle después de lo que me obligó a hacer. Usó mis manos para hacerle daño a alguien que... —Me froto la sien—. Joder, a alguien que me importa. Tú nunca me forzarías a hacer eso, ¿verdad?

Vikram me lanza una firme mirada de advertencia.

«No soy mejor que él».

—No, pero ahora mismo eres más afín a mis principios morales. Yo

también lo he traicionado, además, y soy demasiado cobarde para quedarme a ver cómo se venga.

«No te haría daño. Si tuviera la menor duda sobre eso, te llevaría conmigo o te devolvería a la Tierra».

Vacilo un momento.

—¿Puedes hacer eso...? Ah, joder, claro, eres un hada de Turlough. Sobrevivirías en mi mundo. —Tuerzo la boca—. No importa. Si te vas a buscar el perdón de Dareon, te ayudaré a encontrarlo. A fin de cuentas, yo también lo he decepcionado. Y también tengo mucho que ofrecerle al rey Kadesh, si a esas vamos.

Vikram se queda estático por unos segundos.

Los dos sabemos que lo razonable sería que me quedara en Elyllon. Estamos al corriente de lo que podría desencadenar que me marchara yo también, y no es el único que vacila. Yo también siento el deseo de retirar lo que he dicho y regresar a palacio, preferentemente a la habitación de Dareon para suplicarle que me perdone. Pero no dejo que ese impulso cobarde me gane.

Esto es lo que debo hacer.

A Vikram debe de convencerle la seguridad con la que enfrento mi destino, porque me coge por la cintura para alzarme en vilo y sentarme en el caballo. Un segundo después, y disimulando lo máximo posible el dolor, pone un pie en el estribo y se coloca detrás de mí.

Noto su barbilla rasposa y su mejilla contra la mía al apoyarse sobre mi hombro.

«Dijiste que elegirías a Dareon por encima de todas las cosas», me recuerda un rato después.

Como intuyo que no lo dice como un reproche, no me molesto en buscar una justificación.

—Y tú me dijiste que mi yo feérico podría sorprenderme —apostillo, relajándome contra su pecho envuelto en un precario vendaje. Entorno los párpados para otear en el espeso y oscuro horizonte el camino que nos espera hasta Aranrhod—. Supongo que ya está empezando a hacerlo.

2

Cuando éramos pequeñas e íbamos al videoclub, mi madre nos daba alrededor de quince minutos para escoger la película que alquilaríamos. De toda la vida, a mi hermana Abril le ha importado un carajo la cinematografía, así que se quedaba en el porche del local con los brazos cruzados, charlando con mi padre sobre naderías. Elsa, en cambio, corría con decisión hasta la sección de novedades, clásicos históricos o cine independiente —ya a sus tiernos diez años— y agarraba con una convicción admirable la clase de película que no entendían ni mis progenitores, por lo que se veía obligada a ir al cibercafé al día siguiente para buscar en un blog de cinéfilos una explicación que la satisficiera.

En mi caso, me temo que nunca eran solo quince minutos. Mi corazón se dividía en la sección infantil cuando debía escoger entre las últimas de Barbie, y para cuando había consumido el tiempo de gracia y mi madre iba a mi encuentro, me cazaba con los ojos anegados en lágrimas, en todo mi esplendor dramático, porque había sido incapaz de escoger. Entonces decidía apiadarse de mí y permitir que nos lleváramos las dos que me tenían en una disyuntiva.

Y ya de paso nos comprábamos las gafitas de plástico bicolores para probar la experiencia tridimensional.

Ese solo es uno de los ejemplos de mi enfermiza indecisión. Uno de los pocos que terminan en un final feliz, porque en el caso presente, no existe la posibilidad de llevarme a Dareon y a Vikram a la vez. Las veces que me he visto obligada a olvidarme de una de las dos opciones, me he pasado meses torturándome por no haberme decantado por la otra, así que me he resignado a que me inunde la culpabilidad por haber dejado atrás a Dareon.

Efectivamente llega, pero no es tan intensa ni asfixiante como había imaginado por una sencilla razón, y es que Vikram me necesita. Ya lo sospechaba, pero ahora que descubro qué es la cálida y espesa humedad en mi espalda, lo confirmo.

—Estás sangrando —balbuceo, después de mirar con aprensión mi mano manchada—. Tenemos que bajar ahora mismo.

«Detenernos antes de llegar a Aranrhod y en medio del bosque sería un suicidio».

—Ya he estado en el bosque de Turlough y no solo he sobrevivido,

sino que me lo he pasado bastante bien. Vamos, llevamos horas atravesando el...

«El bosque de Namara no es como Turlough. Puede que el segundo sea mágico, pero aquí abundan los bandidos».

—Si un puñado de trapaceros quieren asaltarnos, lo harán tanto si estamos tumbados como si cabalgamos al galope hacia el oeste. Y si amenazan nuestra vida cuando estemos descansando, por lo menos tendremos la oportunidad de sobrevivir porque te habré curado las heridas. Además, tú también eres peligroso y no parece que se me dé muy mal tratar contigo. A lo mejor podría convencer a los presuntos bandidos de que nos dejen en paz.

Vikram suspira a mi espalda, hastiado de cháchara.

Tampoco esperaba que este fuera el viaje más divertido de mi vida.

«¿Sabes curar heridas?».

—Tampoco creo que sea muy difícil. Venga, vamos.

Con dificultad —para qué nos vamos a engañar—, consigo apearme del caballo. Se me había olvidado que tengo el tobillo reventado. La articulación se me resiente en cuanto le echo el peso para tenerme en pie. Aprieto los labios para ahogar un aullido.

No voy a hacer tan visible mi sufrimiento; no cuando hay un tío muriéndose a chorros a mi lado.

—¿Puedes solo? —Él asiente, tan pálido que asusta, y baja del caballo doblado por el dolor—. Menos mal, porque no habría podido cogerte en brazos. —Le paso una mano por la cintura para ayudarlo a andar—. Quién me iba a decir que serías tan quejica y exagerado... ¡Mírate! Parece que tengas lumbago.

«No estoy acostumbrado a experimentar dolor», se queja, mirándome de soslayo.

—Es verdad, no creo que hayas tenido la oportunidad de desarrollar ninguna inmunidad al dolor si jamás te has expuesto a él. Oye, por casualidad... ¿No estabas harto de ser invencible? ¿No echabas de menos vivir tu sensibilidad en su plenitud, como la gente normal? —planteo, levantando las cejas—. Di que sí, por favor. Quiero sentirme menos culpable por haberte hecho esto.

Le ayudo a sentarse a los pies de lo que parece un roble milenario con el tronco de un brillante tono celeste. Las raíces que asoman a la superficie colaboran en mi propósito de mantenerlo encajado y erguido, como si dos reposabrazos franquearan su cuerpo. Él observa mis movimientos con los párpados pesados, respirando con dificultad. Se me parte el alma al verlo tan vulnerable, sobre todo porque sé que no le gusta verse en esta situación.

O quizá sí.

«La verdad es que el dolor no es algo que uno eche de menos; no cuando la última vez que lo sentiste estabas encadenado en un sótano

y no puedes evitar que te...» Sacude la cabeza, como si acabara de decidir que es una ridiculez traer un recuerdo al presente. «Pero ha habido veces que he mirado a los soldados que entrenaba con envidia porque podían hacerse daño. Es un privilegio que yo no tengo».

—¿Entonces te has dado cuenta de que en realidad el dolor es beneficioso y muy necesario para valorar la salud? —inquiero con la remota esperanza de que confiese que en realidad le he hecho un favor devolviéndole la sensibilidad.

«No. Me he dado cuenta de que era un estúpido por fantasear con sangrar».

Ya sabía yo que me estaba haciendo ilusiones.

Se reacomoda en el suelo y se intenta sacar la camisa. Se la saco por la cabeza y la arrojo a un lado. Tengo que hacer un esfuerzo hercúleo para no contraer el gesto. Tiene las laceraciones de las puñaladas totalmente inflamadas, y la sangre fresca corre en libertad por su pecho y su vientre.

—Pareces un extra de una peli de Tarantino. —Él hace un esfuerzo por mantener los ojos abiertos y mirarme sin comprender. Sacudo la cabeza—. Da igual, dime qué puedo hacer para que te sientas mejor. ¿Alguna hierba? Sabes de hierbas. Debe de haber algunas por aquí. De hecho... ¿No son de Namara las famosas curanderas?

«Las curanderas viven en Lucria, la Ciudad de las Profundidades. La dejamos atrás hace rato, y de todos modos no podemos permitirnos un desvío semejante. Déjalo: con frenar la hemorragia será suficiente. Yo me encargaré. Es obvio que esto te supera». Eso último me habría sentado mal si no me hubiera retirado las manos con delicadeza, dando a entender que no pretendía sonar condescendiente. Estoy cansada de condescendencias.

—No me supera —mascullo, volviendo a dirigir las manos a las heridas—. Y he venido para ayudarte, no para ser una carga. Deja que vaya a humedecer las vendas al río para lavarte la herida.

Me levanto renqueando y mascullando toda clase de maldiciones por no haber pensado en traerme a la Confederación un botiquín de emergencias sanitarias. Sé que corre un riachuelo detrás de las zarzas; he oído su rumor silencioso cuando lo cruzábamos. Las vendas están tan sucias que tengo que han quedado inutilizadas. Decido usar mi propio camisón. Lo desgarro por encima de las rodillas y lo sumerjo hasta el fondo con la esperanza de que el agua posea las mismas propiedades curativas que los arroyos de Lucria o el bosque de Turlough.

Cuando vuelvo, Vikram está semiinconsciente. Aunque me alarma, procuro mostrarme optimista: es por el cansancio, no por la derrota. Me siento a horcajadas en su regazo, con cuidado de no hacer mucho ruido, y limpio las distintas aberturas inflamadas con un nudo en la

garganta.

Si fuera humano, podría haberlo matado. Matado y rematado. Me habrían acusado de ensañarme con la víctima. De hecho, ¿qué me asegura que no morirá? Torres más altas han caído.

¿Cómo pudo Dareon hacerle algo así? Sé que lo quiere, pero a lo mejor he idealizado ese amor... o a lo mejor he entendido ese amor tal y como se siente en la Tierra. De donde yo vengo, no apuñalas a alguien que amas. Cuando te decepciona, lo sientas a la mesa y le obligas a darte una explicación que puedes tomar o dejar. Si la tomas, todo genial; si no, lo borras de redes sociales y te cambias de acera en cuanto te lo cruzas por la calle.

Me pregunto si alguna vez lograré deshacerme de mis concepciones terrestres y adaptarme a los terroríficos matices que convierten las relaciones feéricas y este mundo en general en algo tan fascinante como aterrador. Me pregunto si tendré que hacerlo, o si mis días en la Confederación tocarán pronto a su fin.

La mano de Vikram me agarra de la muñeca de golpe.

—¡Joder! —exclamo después de recuperarme del respingo—. ¿Por qué no dices «estoy despierto», como las personas normales? ¿Tienes que darme estos sustos de muerte?

«No soy una persona normal. Lo siento si no actúo como tal». *Touché*. «Detente, por favor. Te estás torturando».

Me sacudo su mano de encima y continúo mi labor, aunque tenga el estómago revuelto y la garganta atascada.

Soy una aprensiva y cobardica de lo peor.

La *dysys* es imbécil y debería buscarse otro recipiente.

—Déjame, ¿de acuerdo? Si es verdad que soy la única que puede hacerte daño, en teoría debería ser también la única que puede curarte.

Él niega con la cabeza dulcemente.

«Eso no funciona así».

—¿Cómo puedes saberlo con certeza? ¿Es que no te sientes mejor? Porque las heridas tienen mucho mejor aspecto ahora que las he limpiado. Además: me niego a ser tóxica para ti. —Doblo el paño improvisado y prosigo por el lado menos empapado. Su sangre tiene el mismo olor a óxido que la de los humanos—. Para un poder que tengo...

«Perdona», ironiza, «me ha parecido oír que *dysys* se quejaba de no ser poderosa».

—Ya ves lo poderosa que soy —bufo, bizqueando—. Tengo el poder de pasarme el día entero llorando sin que me duela la cabeza a la mañana siguiente.

«Fuiste capaz de echarme de tu mente», me recuerda. «¿O ya se te ha olvidado?».

—¿Cómo podría olvidar el grandioso y romántico momento en el que me casi me revientas el coco por dentro?

«No era mi intención». Por supuesto, no es una disculpa, sino una queja. Dios nos libre de que Vikram de Shapoor —¿o de Elyllon? ¿O de Turlough?— pida perdón. «Tengo una batalla personal con los creadores y te juzgué por eso».

—Me lo puedo imaginar —suspiro.

Él me observa mientras escurro el paño sobre las raíces del árbol. Observo, anonadada, el efecto que tiene su savia vital sobre la hierba crecida que nos arropa: su sangre desintegra las briznas como las llamas devoran la creación.

¿Es porque es un *japheth*, y los *japheth* han sido creados para la destrucción? Pero también es un heredero de Turlough, el hijo de Egren, ¿no? Y Turlough representa la magia natural y curativa.

«Es por la naturaleza de la herida», me explica él, observándome con los párpados entornados. Sus ojos son una franja del color del atardecer, vidriosos por el dolor físico que soporta con un estoicismo admirable. «Dareon empleó la magia oscura de su madre para hechizarte y así rajarme en canal. Una lesión provocada por el Seir se considera una expresión de violencia sádica, y por eso ahora mismo mi sangre es puro ácido».

—¿Qué efecto tendría en el medioambiente el resto del tiempo? Si la herida te la hubiera provocado yo, por ejemplo. No pongas esa cara, ya sé que no podría hacerte daño aunque quisiera —pongo los ojos en blanco al ver su gesto divertido—, pero échale imaginación.

«Nadie ha conseguido hacerme sangrar desde que muté a *japheth*. Es imposible saberlo. Pero, en general, la sangre de las hadas de Turlough son un poderoso abono para la tierra... a no ser que la herida se la haya infligido la criatura a la que se vincularon, que entonces se transforma en un riachuelo de piedras preciosas, todas ellas malditas. Lo cierto es que no sé si la mía tendría propiedades curativas ahora que mi esencia ha sido... trastocada», concluye, meditabundo.

»Pero estábamos hablando del poder de tu mente, no de mi sangre. ¿Te acuerdas de lo que hiciste para expulsarme aquella vez? ¿De lo que pensaste? —inquiere con genuina curiosidad.

—¿Aparte de que eras un gilipollas? —Él parece a punto de sonreír, pero el dolor le impide incluso curvar los labios—. No. Pensé que ibas a matarme y supongo que actué en defensa propia. No creo que mis poderes salgan a relucir en momentos de máxima tensión, porque cuando ese *japheth* intentó acabar conmigo, no pude moverme.

Vikram tuerce la boca ante el recuerdo. Que sea tan desagradable para él como lo fue para mí me conmueve inevitablemente.

«Tuviste que darle una orden a tu mente», medita con convicción.

—Pensaba que era la mente la que nos daba órdenes a nosotros.

«Sí y no. Los humanos están al servicio de su mente; de ahí que se les asocie a la debilidad y la incompetencia. En cambio, la mente de los feéricos y entes superiores como tú, está al servicio de ellos. ¿Comprendes la diferencia?». Asiento sin decir nada. «Nuestra mente es una pizarra. Una pared. Un pergamino en blanco. Concíbela como el soporte que prefieras. En él escribes lo que quieres hacer o decir».

—¿Así es como lo haces tú para comunicarte?

«Me visualizo escribiendo ese mensaje», confirma con un cabeceo. «De este modo, llega a ti. Igual que si visualizo una muralla de granito nadie puede penetrar mi pensamiento; igual que si tiendo un puente para abrirla, tú podrías cruzarlo y conocerme».

Eso suena muy tentador. Si cruzara ese puente, ¿a dónde llegaría? ¿Cómo sería su mente? ¿Un callejón sin salida, un foso repleto de tiburones o un paraíso con nubes esponjosas y flores silvestres?

«Haz la prueba», me contesta, mirándome con fijeza. «Blinda tu mente y visita la mía».

Pestañeo, algo confusa, pero retiro a un lado el paño y me concentro siguiendo sus indicaciones. Como soy una artista que vive de su imaginación, no me cuesta imaginar con todo lujo de detalles las piezas de adobe que constituyen el muro de mi mente.

Miro a Vikram a los ojos y espero a que me diga algo, pero él sacude la cabeza. Frunzo el ceño y él vuelve a sacudirla. Entonces caigo.

—Se supone que no puedes hablar conmigo si te cierro el paso.

Él asiente.

Una alegría burbujeante me cosquillea en el estómago.

Dios mío, hago magia. Porque esto es magia; es innegable.

Me dibujo a mí misma empujando ese muro con las dos manos. Este se derrumba, y al otro lado percibo esa presencia misteriosa que es la mente de Vikram, y que se siente como un oscuro pasillo que estoy deseando penetrar.

«Aprendes rápido».

Envalentonada por el descubrimiento, obligo a ese pequeño yo que controla mi mente a cruzar hasta los límites de la de Vikram. Él me lo permite, quizá porque ahora que lo sé todo no tiene nada que ocultarme, o quizá solo para que practique.

No me lo cuestiono cuando accedo a esa mina de oro que es su cabeza.

Una serie de viejos recuerdos que he visto en mis visiones desfilan ante mis ojos. No con la nitidez con la que yo visito su pasado, llegando a integrarme en el paisaje e incluso a creer que puedo participar en la escena; el paso del tiempo ha provocado que pierdan lustre en su memoria. Pero entonces alcanzo una vivencia reciente que

mi poder jamás me habría llevado a visitar, esa tarde que me enseñó a luchar y luego me mostró lo que mi cuerpo podría llegar a experimentar, solo que desde su punto de vista. Me veo a mí misma mirándolo con los ojos vidriosos, con la camisa abierta de forma provocadora, y no me reconozco.

¿Perdona? Yo no soy esa mujer tan guapa. Yo soy una mujer corriente con el pelo algo encrespado, la nariz grande y unos dientes que me ocupan toda la cara. Y sí, esa Diana que abraza a Vikram, que le increpa a Vikram, que insulta a Vikram en fragmentos de recuerdos completos, es así. Tiene el pelo encrespado, la nariz grande y, cuando sonríe, los dientes le ocupan toda la cara. Pero es tan preciosa que el corazón se me encoge y me cuesta recordar cómo se respira.

Tardo en comprender que esto no es cuestión de magia. Me estoy viendo a través de otros ojos; a diferencia de en mis visiones, en su mente puedo experimentar lo que él experimenta.

Salgo de su mente con el cuerpo hecho gelatina.

No sé si Vikram ha puesto a mi alcance esos recuerdos concretos o, al permitirme vagar a mis anchas por su obstinada cabecita —una muestra de confianza que me paraliza—, he dado por casualidad con esta última. Y nunca lo sabré. Lo miro a los ojos, todavía sentada en su regazo con el camisón al borde de enseñar lo que no debería.

—¿Por qué piensas en mí? —susurro, con la garganta seca.

Tras el experimento, él parece haberse sobrepuesto al cansancio.

«¿De verdad te lo preguntas? Como ya habrás podido apreciar, eres el único recuerdo agradable que tengo».

—¿Agradable? Nos odiábamos. —Pero no sueño convincente en absoluto—. No sé si sentirme halagada —me oigo decir con los sentidos embotados—. Yo también sería mi recuerdo más agradable si los demás tuvieran que ver con torturas o matanzas.

Reconozco que es un poco decepcionante. No es que le guste porque destaco frente a todas las mujeres a las que ha conocido —lo que ya de por sí es imposible, dado que las hadas me superan en belleza y en habilidades amatorias por mucho—, sino que le gusto solo porque ninguna otra le ha hecho caso antes.

Dios mío, es una de las cosas más tristes del mundo. Tanto para él como para mí.

Como es natural, ha leído ese pensamiento porque he dejado caer las barreras, y me observa con la mandíbula apretada y una mirada condenatoria.

«¿Cómo es posible que siempre pienses en tonterías sin sentido como esas?».

—¿Cómo has entrado en mi mente? No te he oído.

«Llevo un tiempo practicando para ser sigiloso». Lo intuyo irónico. «Créeme, llorona. Si hubiera podido elegir de quién prendarme, no te

habría escogido a ti».

—Eso no suena mucho mejor —balbuceo, ignorando por decisión propia su declaración pasiva—. Creo que ligando eres incluso peor que yo.

«Mi rechazo inicial hacia ti no guardaba relación con tu aspecto físico, ni siquiera con tu carácter destructivo, que parece rivalizar con el mío».

—¿Y con qué tenía que ver?

Él suspira.

«¿Acaso crees que era agradable ver cómo flirteabas con Dareon? ¿Crees que me gustaba devanarme los sesos preguntándome si él sería capaz de darte una oportunidad a pesar de no amarte, y si tendría que acostumbrarme a verte a su lado como la princesa terrestre? ¿Crees que me entusiasma que seas mortal, inaccesible y tan diferente a mí? ¿Crees que me excita que odies, me temas o sientas ambas cosas a la vez?».

No me muevo de donde estoy, muda de asombro. Vikram es muy expresivo tanto cuando habla como cuando opta por el silencio, pero no me había esperado una confesión como esa.

—No te odio. Ni tampoco te temo. Bueno, a ver, solo a veces. —Trago saliva—. Si vamos a discutir a lo mejor debería... quitarme de tu regazo.

Desvía la mirada.

«Sí. Mejor».

—Y a lo mejor deberías dormir.

«Sí».

—Y yo también.

Él asiente distraído, pero yo no me muevo de donde estoy. No lo tenía programado y me arrepiento en cuanto abro la boca, pero las palabras me salen solas.

—¿Crees que a mí me gusta que seas un mercenario con solo Dios sabe cuántas víctimas a sus espaldas? ¿Crees que me divierte ser la única persona capaz de hacerte daño? ¿Crees que me halaga que te fijaras en mí porque no había nada mejor? ¿Crees que no me frustra no estar en condiciones de acercarme a ningún hombre de la Tierra, ni mucho menos de otra tan lejana?

«Sé perfectamente cómo te sientes». Parece cansado. «Estoy en tu cabeza, ¿recuerdas?».

—Estás en mi corazón —suelto sin pensar—, y yo no te he metido porque me apeteciera. Te has colado tú, y a base de empellones, porque no es un lugar donde pretendiera resguardar a nadie en una larga temporada.

Hay un breve y tenso silencio entre nosotros. De pronto me siento en plena disposición de llorar, y a juzgar por la tensión que palpita en

su mandíbula, él también parece desencajado.

Esto es una mierda.

No tiene nada que ver con lo que suele pasar en las películas. Se supone que el momento de la confesión sentimental culmina con un apoteósico beso, preferentemente bajo la lluvia, y no con la convicción de que eres un fraude. Los dos nos sentimos miserables porque estamos confesando que no somos meros compañeros de viaje cuando no hace ni unas horas desde que abandonamos a un príncipe en su palacio, lidiando a solas con una terrible traición. Nos pesa la responsabilidad de nuestras acciones, y en lugar de hacernos cargo y trazar el plan que llevaremos a cabo en Aranrhod, aquí estamos, mirándonos los labios con un deseo rabioso.

No es justo que el amor no sea vino y rosas ni siquiera el mundo feérico, donde se supone que nacen los hermosos cuentos de hadas con final feliz a los que me he aferrado desde niña para soñar con una vida compartida y mejor. No es justo que el amor deba surgir en la adversidad. No es justo que el amor no me dé una oportunidad ni aquí, ni allí, ni en ninguna parte. Porque no lo voy a besar ni voy a abrazar lo que siento sin reservas. Un beso al traidor, al hombre que aún odio y temo en una recóndita parte de mi ser, me haría sentir egoísta, y, además, no me llevaría a ninguna parte excepto a la impotencia y la desolación. Soy mortal hasta que se demuestre lo contrario, y también asustadiza. No podemos ser piezas más diferentes, imposibles de encajar en el contexto que se me ocurra.

Nuestras disimilitudes son un problema en la Confederación y en la Península Ibérica.

Con todo el dolor de mi corazón, me aparto de su regazo y me acerco al caballo para atarlo al mismo árbol donde Vikram se queda descansando. Noto sus ojos clavados en mi espalda, pero no le devuelvo la mirada en ningún momento. Como nos hemos escapado con lo puesto, me va a tocar pasar una noche arropada por las estrellas. Y no suena nada mal. De hecho, suena romántico. Sin embargo, mientras intento encontrar la postura más cómoda, no puedo evitar ser consciente de mi amargura.

Tengo que concentrarme en lo que voy a hacer en Aranrhod y no permitir que me distraigan estas sensiblerías. Sea lo que sea que me ha hecho pensar que soy capaz de gestionar mis sentimientos y una guerra en ciernes al mismo tiempo, debo descartarlo de inmediato, porque no es viable.

Cierro los ojos, de espaldas a Vikram, y coloco las manos bajo mi mejilla en la posición de rezo.

No, no es viable.

3

Me despiertan el eco de un grito de guerra y una mano que me corta la respiración.

Abro los ojos y me topo con un rostro desconocido. Mi primer impulso es patalear y usar los codos para quitármelo de encima, como Vikram me ha enseñado, pero a él no le cuesta el menor esfuerzo inmovilizarme. Se coloca a horcajadas sobre mí y me clava las muñecas por encima de la cabeza con una sola mano. Aunque está oscuro, su inquietantemente encantadora sonrisa con hoyuelos destaca en la oscuridad con un brillo sobrenatural.

Se lleva un dedo a los labios al inclinarse sobre mí. Su largo y liso cabello del color del fuego nos cubre como una cortina.

—Silencio, preciosa mía. No vayas a armar ningún escándalo, ¿eh? —me pide con una voz suave y varonil que me pone el vello de punta —. Lo digo para que no te canses pidiendo ayuda, no por mí. Por mucho que grites, nadie va a rescatarte.

Su advertencia, pronunciada con un tono cantarín y persuasivo, basta para que decida mantener la boca cerrada. Se aparta de encima y entonces puedo definir su figura. Viste una especie de traje de neopreno escamado que se abre en el pecho, donde asoma lo que parece un tatuaje colorido. Con el mismo grito de guerra que he oído al principio, desenvaina una daga curva y dentada, sujeta a las caderas con un estrecho fajín, y se acerca con un gracioso trote al grupo que se bate con Vikram.

Vikram.

Me incorporo a tal velocidad que me mareo y se me nubla la visión. Aun así, no me cuesta reconocer la mancha borrosa que es Vikram, y no porque sea el más alto, sino porque es el único que no se camufla con las sombras. Todo apunta a que le ha ganado ventaja a los bandidos, pero su agilidad se ve mermada por las heridas, y para cuando interviene el pelirrojo, está tan cansado y sudoroso que vacila antes de hacerle frente.

¿Cuánto llevan en plena trifulca?

Me pongo de pie e intento correr hacia él, pero uno de los malhechores me abraza por detrás y gira conmigo, riéndose como un loco. Me sorprende que no se trate de una risita escalofriante, sino de las sinceras carcajadas de un niño. El movimiento me marea más, y cuando se detiene, justo en el momento en que Vikram recibe una puñalada casi indolora del pelirrojo, estoy a punto de vomitar.

El bandido demuestra una agilidad sorprendente. Vikram ataca de frente y es lo bastante veloz para esquivar sus estocadas, pero Don Preciosa Mía juega sucio. Zigzaguea entre sus compinches, como en una coreografía ensayada, y pone a prueba su resistencia y la paciencia del pasmado Vikram moviéndose como un saltimbanqui. No se despeina ni deja de sonreír ni siquiera cuando el *japheth* le raja una de las mangas de la prenda.

—Oh... Ahí ya me has cabreado —le dice, chasqueando la lengua. Se cruje el cuello y su cuerpo contorsiona de un modo inhumano antes de cernirse sobre él y mandarlo al suelo con el puñal apuntándole a la cabeza. Sus compañeros danzan alrededor del pelirrojo, divertidos—. Con mi ropa no se juega, *japheth*. —¿Cómo ha sabido qué es? No viste su traje representativo, la camisa roja y el jerkin escamado. El agresor ladea la cabeza, como si acabara de escuchar algo muy divertido—. No, no... ¿Qué demonios quieres *tú*, amigo? Estás en mi territorio, y no esperaba la visita de un mutante. Ni mucho menos de uno como tú. Tienes sangre noble en las venas; puedo olerla, ¿sabes?

Sin hacer amago de incorporarse, Vikram aprieta la mandíbula.

«¿Tu territorio? No sé dónde estoy», creo que dice.

El pelirrojo pone los ojos en blanco.

—Eso dicen todos. No sé dónde estoy —imita una voz en falsete—, no sé quién eres, no sé qué quieres...

—No sé por qué haces esto... —continúa el bandido que me tiene agarrada por detrás. Percibo una nota de risita en la voz.

—Y luego descubro que van armados de hierro hasta los dientes —concluye el que parece el cabecilla, presionando aún más la daga contra la nuez de Vikram. La desliza hacia la gargantilla que aún le cubre el cuello; el único accesorio inhibidor de su poder que volvió a recuperar después de desnudarse ante mí—. Para no saber dónde estás, vas preparado para cazar un *hatus* en su propio hábitat.

Por primera vez desde que lo conozco, los ojos de Vikram se oscurecen por el temor.

«¿Un *hatus*?».

—Así es, por lo que más te vale darme una respuesta satisfactoria o... Bueno, ya sabes. —Se encoge de hombros—. Te mataré. —Ensancha la sonrisa y usa la punta de la daga para abrirle una herida superficial desde el esternón hasta el ombligo. Vikram no se inmuta, pero cuando el *hatus* pelirrojo desliza un dedo sobre esa misma herida, se sacude igual que si le hubiera clavado un hierro ardiendo.

—¡Basta! —grito, aterrorizada al verlo convulsionar—. ¡¿Qué haces?!

—Dime quién te manda y con qué propósito quieres acabar conmigo —ordena con voz cantarina—, y ya veremos qué hacemos a continuación. Me pillas en un período de abstinencia, ¿sabes? Le juré

a mi pequeña Souta que pasaría un ciclo sin pasar por la espada a nadie.

Vikram se sacude para intentar sacárselo de encima, y lo consigue: aprovecha una pequeña distracción del pelirrojo, que se había girado para intercambiar unas palabras en un idioma desconocido con uno de los suyos —tan seguro está de su poder que se permite perder de vista al enemigo— y lo empuja a un lado. Con un esfuerzo descomunal, se pone en pie y hace ademán de venir hacia mí a fin de protegerme. El cabecilla no se lo toma nada bien, porque rueda para quedar tendido sobre el costado. Sus ojos emiten un brillo intermitente de un rojo neón aterrador un segundo antes de arquear el torso como si no tuviera huesos.

Quiero apartar la mirada, sacudida por el deseo de vomitar al presenciar un espectáculo digno de película de terror. Pero es tan sumamente fuera de serie que no puedo, y así es como atestiguo la deformación de la esbeltez del pelirrojo. Aumenta en tamaño y forma, sustituyendo la sedosa piel pálida por las brillantes escamas de un monstruo descomunal con un hocico con bigotes que parecen rayos de sol, rasgados ojos verdes, alas membranosas y un rabo que podría barrer de un arrebato irascible a un batallón.

Un dragón. Es un dragón.

Entro en pánico y empiezo a sacudirme ansiosamente para huir del engendro, pero cuando la bestia agacha el cuello, que emite destellos color obsidiana y rubí, para enseñar sus fauces, un miedo diferente me enfría la sangre hasta paralizarme por completo.

En el fondo de la garganta que muestra al rugirle a Vikram se enciende un fuego.

Una de sus garras atrapa a Vikram, quien, al igual que yo, se ha quedado inmovilizado; ya no sé si por miedo o por cautela, pues no alcanzo a ver su expresión. El bandido que me agarra se une a las carcajadas de admiración que se levantan entre el grupo, entre los que algunos baten las palmas como si estuvieran en la celebración del plenilunio.

Con horror, observo que acerca el hocico hacia Vikram como si pretendiera devorarlo. Al respirar cerca de él, un humo con olor a chamuscado abandona las fosas nasales de la bestia.

Es un dragón de verdad, Dios mío. Es un dragón... Un dragón...

Creo que voy a desmayarme. Estoy a punto de hacerlo: lo siento en la debilidad de mis tobillos. Pero al ver a Vikram aún luchando por liberarse de sus pezuñas con garras de obsidiana —¿los dragones tenían brazos?—, algo dentro de mí se prende; una energía suficientemente poderosa para alejar el pánico y despertarme. Sin cerrar los ojos, me concentro en el dragón y me aferro al miedo como si fuera sólido para abrir la boca y gritar.

No sé qué es lo que le grito. Las lágrimas de espanto me queman en los ojos y las mejillas, pero continúo chillando sin más para liberar esa frustración ansiosa que me corroe por dentro. Y no sé qué es lo que sucede después, pero mientras lo hago, los árboles se agitan, el bandido que me agarraba retrocede, tembloroso y sin ganas de reírse, y la bestia roja y negra sacude la cabeza enseñando los dientes, como si le hubiera sobrevenido una migraña cegadora.

Vikram cae al suelo, pero no sufre daño alguno y rueda por la agitada hierba para poner distancia entre la bestia y él.

Cuando pierdo la voz, mi mente se queda en blanco y, tras emitir un chispazo sin energía que me estremece como si hubiera recibido una descarga eléctrica, se apaga. Pero antes de desvanecerme, la bestia ha vuelto a convertirse en un hombre, y yace aturdido frente a mí como si no supiera cómo utilizar sus brazos y sus piernas.

Lo último que veo antes de ceder al cansancio es su sonrisa admirativa.

—Guau. Eso ha sido increíble.

Lo primero que escucho cuando vuelvo en mí misma es la ya inconfundible voz del pelirrojo. Habla como si se estuviera mofando de todo el mundo, con un tono cantarín e insinuante que solo puede interpretarse como que no se toma en serio nada ni a nadie, pero sus fieles amigos le atienden ajenos a este detalle; tal parece que es demasiado encantador para que nadie pueda ofenderse, o tal vez sepan que la burla es indivisible de su carácter.

Al abrir los ojos, lo veo suspirar con dramatismo mientras le saca brillo a la daga cubierta de sangre. Está mirando a Vikram con aire soñador.

—¿Tan difícil era dar esa explicación desde el principio? Aunque solo fuera por piedad. Nos habríamos ahorrado todo este espectáculo. ¿Sabes lo doloroso que es mutar? Sientes cómo se te parten los huesos uno por uno, y luego no puedes ni andar.

«No me digas», responde Vikram con ironía.

—Ah, ya, claro. Hijos del mismo padre —bromea, haciendo un esfuerzo sobrehumano para propinarle un codazo amistoso. Más que sentado, está dejado sobre un tronco con las piernas extendidas, con uno de los pies descalzos peligrosamente cerca de la hoguera en torno a la que se han distribuido los bandidos. Me incorporo poco a poco, frotándome las doloridas sienes, sin apartar la mirada del escurridizo Don Preciosa Mía—. Es lo malo de ser tan especial. Todo gran poder viene con una pequeña inconveniencia. A mí me compensa, por lo menos. Es innegable que soy el ser más maravilloso de toda la

creación... Oh, mira, parece que la princesita ya ha despertado.

Vikram casi se abalanza sobre mí.

«Diana... ¿Estás bien?».

¿Que si estoy bien? Me ha pasado una puta apisonadora por encima. Y para colmo ahora tengo a un grupo de sanguinarios, al hombre-dragón y al mercenario épico mirándome como si fuera un bicho raro. Se nota que no tienen un espejo a mano.

—Sí, es solo que... ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así? —El pelirrojo se echa a reír, encantado con mi ingenuidad; es la clase de risa que te echas a fin de gustarle a la persona que tienes delante. Yo lo señalo, temblorosa—. ¿Y qué hacemos alrededor del fuego con ese tío? Nos ha... intentado matar.

Supongo que si no estuviera medio dormida todavía lo habría pronunciado con el pavor que debería sentir. Y si el tipo no tuviera una pinta de lo más simpática al levantar los brazos, envueltos en una gruesa y apretada venda hasta los nudillos, para restarse culpa.

—En mi defensa diré que creía que mi vida corría peligro.

—¿Tu vida corría peligro? Soy una simple humana, él está herido y tú eres un puto dragón.

—Y dale con que soy un dragón. Qué daño ha hecho la mitología clásica. —Bizquea, hastiado—. Si yo soy un dragón, tú eres una *banshee* gritona. Pero para tu información, el nombre de mi personificación sobrenatural es *hatus*. Ha-tus. Los dragones no tienen bigotes; yo sí. Los dragones pueden ser domesticados; yo no. Los dragones suelen medir en torno a treinta metros de altura, y yo soy considerablemente más pequeño, y, por ello, escurridizo. Los dragones...

«Gracias por la clase magistral. Creo que ya nos hemos hecho una idea».

El pelirrojo se encoge de hombros, en absoluto ofendido porque Vikram haya cortado su explicación. Vuelve a dirigirse a mí con una ceja enarcada.

—Yo solo espero que eso de que eres «una simple humana» lo digas de broma. Y si quieres referirte al *japheth* más poderoso de la Confederación como una pobre víctima, allá tú: aprovecha que no se lo tiene muy creído para insultarlo cuanto quieras, pero esta criatura que te acompaña es de una bestialidad magnífica —apostilla, encantado con su compañía nocturna. Se recuesta contra el tronco del árbol con los ojos cerrados, suspirando. No solo tiene vendados los brazos, sino todo el cuerpo. El traje escamado ha sido sustituido por el disfraz de una momia—. Eso que has hecho hace un rato es lo más alucinante que he visto en mi vida, preciosa mía, y que conste que estoy familiarizado con la impresión que yo solo puedo causar.

—¿Qué es lo que he hecho?

Ladeo la cabeza hacia Vikram, esperando que él arroje un poco de luz al asunto. Tengo la mente completamente en blanco. Si me preguntaran cómo me llamo, creo que respondería mi nombre solo porque me parece que Vikram lo ha mencionado hace un segundo. Este vacío mental es aterrador, así que apenas me tiende un puente mental para ver lo sucedido a través de sus ojos, no lo pienso y me paseo por su cabeza en busca del recuerdo más reciente.

Entonces lo veo. El bicho —de ese sí me acordaba con vaguedad—, la daga curva, los bandidos chillando y riéndose, yo misma dando vueltas y... y un grito digno de las mandrágoras de *Harry Potter* que casi los deja a todos calvos.

«No fue por el grito», aclara Vikram con paciencia. «Usaste la mente».

—¿En serio? —Con recelo, me giro hacia los demás, que me observan sin parpadear. Todos ellos tienen la cabeza rapada y sendas cicatrices por la escasa piel que queda a la vista gracias al traje ceñido, que sospecho que les sirve para camuflarse y no rozarse los brazos o piernas con los ramajes y arbustos salvajes del bosque de Namara. Sonríen como si me conocieran, como si me quisieran lo suficiente para enorgullecerse de mi despertar—. No recuerdo haber pensado en... No recuerdo nada.

—Pues le salvaste la vida a tu amiguito. Llegas a mantener la boca cerrada y me lo como de un bocado, y sin remordimientos —interviene el pelirrojo, aceptando un cuenco que le tienden. Lo acerca a los labios para dar un sorbo que parece revitalizante, a juzgar por su rostro iluminado, y luego me mira—. Porque ese es otro detalle que me diferencia de los dragones: los dragones matan por placer, ¿sabes? A los *hatus* no nos disgusta el canibalismo. De hecho, nuestros antepasados, los originales previos a la mutación del Hacedor, eran peligrosos por eso mismo. Se pirraban por la carne humana...

—¿Que le salvé la vida? —repito, ignorando el tono informativo del bandido. Me giro hacia Vikram—. ¿Te he salvado la vida?

«Sí».

—¿Yo? —insisto, cada vez más perpleja—. ¿A ti?

«Sí».

—O sea, que sin mí... ahora mismo estarías muerto.

«Básicamente», resume con su característica adustez. «Los *hatus* en su forma animal acabarían con un *japheth* en un abrir y cerrar de ojos».

—Con un *japheth*, con toda la guardia real de Aranrhod, con las nueve vilas del cuartel, con las salamandras ignífugas de Asghar, con la fauna acuática del este, incluidos los elegidos de Roshanara; con los prisioneros de Ghassan, con los hechiceros del Seir... —empieza a enumerar el pelirrojo, sacando los dedos alegremente. Levanta la vista

hacia el cielo con una sonrisita juguetona—. Bueno, con Lavanya no sé si podría, pero porque está tan buena que podría distraerme.

—Entonces... —musito, paseando la mirada por los rostros orgullosos del grupo de bandidos. Una vez más hago oídos sordos a la cháchara del *hatus*—. Soy una heroína.

Vikram intenta permanecer serio, pero una risita le tira de la comisura de los labios, como si ya supiera por dónde le voy a salir.

«Ajá».

Una sonrisa se abre paso en mis labios, una de esas sonrisas que no pueden soportarse por mucho rato sin que te salgan agujetas en los músculos faciales. Bajo la divertida mirada del club de chicos majos, como he decidido llamarlos en vista de que pasado el susto parecen encantados de conocerme, abrazo a Vikram por el cuello. No calculo la fuerza del impulso y lo tiro hacia atrás; yo voy encima en un lío de piernas que él no hace ni el amago de empezar a deshacer.

—¿¡Has visto!? ¡No soy una pringada!

Siento su aliento en el cuello.

«¿Quién te ha dicho que eres una pringada?».

—Pues tú.

«Yo he dicho que eres una llorona. No es lo mismo. Este segundo es un adjetivo justo. Sobre todo porque estás llorando otra vez», señala con gran sabiduría.

—Pero ahora lloro de emoción.

Sé que Vikram se está riendo silencioso porque su cuerpo vibra bajo el mío. Me separo para mirarlo, con la vana esperanza de escuchar una carcajada que no llegará a mis oídos. Aunque no oigo nada, me ilusiona igual que un regalo inesperado. La emoción me inunda cuando estira un brazo y me aparta el pelo de la cara.

Sus ojos brillan como el sol.

«Diana...»

—¿Mm? —Lo miro sin pestañear, convencida de que va a decirme algo precioso.

«Me estás aplastando las heridas».

—Oh, mierda. —Me aparto de inmediato rodando hacia un costado —. ¿Te he hecho daño? Claro que te he hecho daño, entre esas heridas y las que te ha hecho ese tío de ahí...

—Puedes llamarme Camlo. Incluso Cam —interviene el pelirrojo, alzando el dedo índice—. Es más corto que «ese tío de ahí».

—Como sea —mascullo por lo bajo. Envalentonada ahora que sé que si me cabreo podría arrojarlo por los aires (aunque desconozco cómo), me cruzo de brazos y lo enfrento con irritación—. Parece que os hayáis fumado la pipa de la paz en mi ausencia. ¿Cómo se pasa del intento de asesinato a invitar a una cena tranquila alrededor del fuego?

—¿Intento de asesinato? Solo estábamos jugando —se queja Camlo, haciendo un gracioso e infantil mohín—. Digamos que a todos nos ha dejado perplejos tu poder mental, y dicen que tener cosas en común ayuda a que criaturas muy diferentes empiecen a llevarse bien. —Encoge un hombro y le da un mordisco a la tira de ¿regaliz? que le ofrece uno de sus compinches—. Aparte de eso, Vikram ha sido tan amable de explicarme qué hacíais en nuestro territorio. Sois fugitivos igual que mis amigos y yo. ¡Otra cosa en común! —Va a aplaudir, pero entonces recuerda que tiene los dedos rotos y vuelve a dejar caer los brazos con un suspiro de optimista resignación, si es que tal combinación de sentimientos es posible.

—¿Y no podrías haberte cerciorado de eso antes de ponerte violento? —le gruño.

—Hice preguntas y no me respondió ninguna, y yo no leo mentes como vosotros, cariño.

—No soy tu «cariño», ni tampoco «preciosa mía», soy Diana. Y lo de que no te respondiera a lo mejor tuvo algo que ver con que te colocaras encima de él y le amenazaras con una daga, por mencionar uno de tus momentazos de la noche.

—Pero bueno, ¿por qué no te tranquilizas y bajas las garras? —Levanta las manos—. Ya no me estoy metiendo con tu hombre.

—¡No es mi hombre! —balbuceo, sin tenerlas todas de mi parte.

—Lo que tú digas... —Le da otro enérgico mordisco al regaliz y sigue hablando mientras mastica—. La cosa es que mientras dormías la mona, Vikram y yo hemos hecho un pequeño trato. Vosotros no decís que nosotros andamos por aquí y, por supuesto, omitís el detalle de la mutación... y nosotros no le decimos a nadie que eres la *dysys* y vas camino del oeste, información que sería muy bien recibida dado que hay todo un ejército de mercenarios buscándote. —Sonríe de oreja a oreja—. Ahora que ya tenemos cosas en común y conocemos los secretos del otro, podemos disfrutar de una agradable noche de charla. Siempre he sentido mucha curiosidad por la figura de la *dysys*. ¡O incluso jugar a las cartas! ¿Queréis echar una partida de mafuyu?

«Todo un ejército de mercenarios buscándote».

Vaya, eso era justo lo que necesitaba escuchar.

—¿Y cómo sé que no sientes tanta curiosidad como para entregarme tú mismo?

—No lo sabes. Tendrás que confiar en mí. —Me guiña un ojo.

—Preferiría pillarme los dedos con una puerta.

Al incorporarse para abrazarse las rodillas —cosa que hace como si fuera a caerse en pedazos de un momento a otro—, el fuego le ilumina la cara y por fin descubro otra serie de matices, como que tiene los iris de un vibrante tono escarlata y las orejas puntiagudas.

—No voy a hacerte daño, *dysys*. Respeto tu poder, igual que

respeto el derecho a la vida de todos mis camaradas confederados.

—A no ser que se metan en tu territorio.

—A no ser que se metan en mi territorio. —Cabecea, echándose el pelo hacia atrás y desenredándoselo con los dedos. Le llega hasta la cintura, y lo lleva cepillado y brillante—. Soy muy posesivo. No te lo puedes ni imaginar.

—De hecho, sí que puedo —replico con amargura—. ¿Y qué territorio es este, si se puede saber?

—Estáis en la entrada de El Bestiario —responde otro de los bandidos.

He contado cuatro en total, aparte de Camlo, que claramente pertenece a un rango superior.

—¿El Bestiario? —Frunzo el ceño. Ya ni me extraña no tener la menor idea de dónde están situados algunos de los enclaves que me mencionan. Es obvio que mis visiones no alcanzaban más allá de Elyllon—. ¿Por qué se llama así?

Los bandidos intercambian entre ellos una mirada divertida.

—Porque aquí vivimos las bestias —contesta uno, encogiéndose de hombros. Se levantan unas risillas desahogadas—. Aunque es el nombre coloquial, claro. Uno que le damos nosotros para reírnos. En realidad, esta zona no está definida dentro del bosque. Son pocos los que se atreven a cruzarla en lugar de bordearla porque se cree que aquí viven en barracones los antiestatistas.

—Cosa que es cierta, porque somos antiestatistas y vivimos en barracones —acota otro.

—Pero es una palabra tan agresiva que preferimos llamarnos de otra manera. Nosotros resguardamos las razas en peligro, y nuestros camaradas son los que han de ser protegidos —concluye una tercera con voz dulce—. A veces nos autodenominamos el PDP; Pentágono de Protección.

Como si Vikram supiera ya lo que voy a preguntar, se infiltra sigilosamente en mi mente y explica: «Has oído hablar de los *hatus*. Son mutantes perseguidos tanto por la Corona de Aranrhod como sus vasallos con ningún otro objetivo que exterminarlos. Se dice que son peligrosos porque no pueden controlar sus cambios de piel y ponen en riesgo la seguridad de los confederados. Aquí es donde se esconden los unos con los otros para protegerse».

—¿Todos sois *hatus*? —les pregunto, pasmada y francamente aterrorizada.

—Claro que no —se ríe uno de los rapados. Todos le sonríen de vuelta, pero la expresión del pelirrojo adquiere un aire taciturno. Curioso, porque habría jurado que le encanta ser diferente—. Solo Camlo.

«Apenas quedan *hatus*. Según se dice, no debe de haber más de tres

en toda la Confederación, y no hay muchas razas amenazadas aparte de ellos», cuenta Vikram. «Quizá algunos *japheth* que huyeron del Hacedor y reniegan de poner su espada al servicio de nadie, los *gekos*, conocidos como "las hadas locas", impredecibles y escurridizos, y los *grichka,* las criaturas tóxicas e ignífugas que surgieron a raíz del exterminio químico de Trevelyan. La mayoría de los miembros de El Bestiario son humanos, simples hadas malformadas, pertenecientes a linajes amenazados o poseedoras de un poder especial que, o bien fueron rechazadas por su clan salvaje o temen que les hagan daño para experimentar con ellas. Tanto Jorghen el Hacedor como otras organizaciones bélicas pagan muy bien por hadas con talentos que puedan servir para la guerra».

—¿Has dicho «humanos»? —repito, sorprendida—. Entonces sí hay humanos en la Confederación... y ¿por qué?

—Porque hay hadas de Turlough de lo más traviesas que no quieren volver de sus vacaciones a la Tierra con las manos vacías —responde Camlo con desdén. La situación de sus protegidos no le divierte—, así que se llevan su recuerdo vivo y lo exhiben como si fuera su mascota hasta que se cansan, o los venden como esclavos a los estados que precisan sirvientes o amantes exóticos. En Aranrhod no se estila esta práctica, ni tampoco en Elyllon, pero el virrey Alricaus de Windhalm dispone de mujeres humanas para que le calienten la cama en la temporada anual que sus islas submarinas emergen a la superficie.

»Los humanos son muy débiles mentalmente y demasiado inestables. No se les puede devolver a la Tierra después de un viaje a la Confederación sin que acaben volviéndose locos o quitándose la vida, así que los rescatamos de las garras de sus proxenetas o de sus amos y los integramos en nuestra pequeña sociedad. Y al final son felices..., ¿verdad, Laetitia?

Laetitia me ha pasado completamente desapercibida. Está sentada en medio de los otros cuatro, y al igual que los demás tiene la cabeza rapada. Imagino que eso de vestir igual y llevar el mismo estilo solo es una medida para unificar a los habitantes de El Bestiario, para fomentar el sentimiento de grupo.

Laetitia asiente con una sonrisa agradecida.

—¿No se les podría borrar la memoria con un hechizo? —pregunto.

—Sí, pero en cuanto llegaran a la Tierra, el hechizo se desharía. Allí no hay magia. Ni en el aire, ni en las criaturas... No se sostendría por mucho tiempo. Unas semanas a lo sumo.

—Es terrible —murmuro, observando a Camlo con nuevos ojos. Aunque está completamente roto en un sentido literal, no deja de removerse, quizá porque tiene fuego dentro o solo un nervio imparable. Parece una de esas criaturas que no dejan de urdir planes

descabellados ni siquiera en sueños; que se apuntaría a un bombardeo. Pero también es obvio que tiene principios—. Quién me iba a decir que el dragón tendría buenas intenciones.

—¡Que no soy un dragón! —bufa, pero el brillo de sus ojos delata que le divierte la confusión—. ¿Qué te voy a decir, preciosa mía? Las apariencias deben engañar para garantizar nuestra supervivencia, porque, como comprenderás, no me voy a presentar como un joven muy majo, poniéndome en bandeja para que me maten. Me consuela que vengan buscando mi cabeza solo porque no me conocen. —Se escurre un poco más y aprovecha las raíces del árbol para apoyar la cabeza—. Con lo simpático que soy...

—¿Buscando tu cabeza?

—Camlo es el *hatus* más buscado de la Confederación —explica Laetitia. Confirmo su humanidad en el acento británico que se le escapa al hablar el lenguaje confederado con prudencia y aún dudosa —. Dicen que el feérico que lo cace obtendrá la recompensa más voluminosa que uno pueda concebir; que tendrá oro para lo que duren su eternidad y la de sus descendientes. Hay leyendas sobre él...

—Vais a hacer que me ponga colorado, y ya voy sobrado de rojo. —Camlo se señala el pelo.

Me dan ganas de reírle la gracia. ¿Cuál es mi problema? Primero me cayó bien el genocida de Kadesh y ahora me parece simpático un *hatus* que ha estado a punto de mandar a Vikram al otro barrio.

Sí que debo estar mal de la cabeza.

Aunque Camlo por lo menos tiene una misión. Una que lo dota de una humanidad que ni yo misma demuestro. No me imagino dedicando mi vida a proteger a los desfavorecidos.

Pasamos el resto de la noche conversando, riéndonos con esas leyendas y bulos que se cuentan sobre él, que no son pocos. Parece que estoy ante una celebridad de la Confederación. Yo no le pierdo de vista ni un instante, porque me da la impresión de que esconde algo. Y no me refiero a que guarde un bicho escamado en su interior, sino un secreto. Lo intuyo por la manera en que nos mira a Vikram y a mí de forma alternativa, como si quisiera adivinar nuestros pensamientos y adelantarse a nosotros. Todo el mundo sabe que quien desconfía es porque algo trama.

Pero por el momento no exijo explicaciones. Mañana lo perderemos de vista y es tan amable de pedirle a uno de sus camaradas —así los llama todo el rato—, uno con poderes sanadores, que trate las heridas de Vikram. El susodicho, que se llama Johari y fue torturado por el Hacedor para que este pudiera extraer la bendita sangre que le convierte en un mago de la sanación huido de Lucria por sus restrictivas normas, logra unos resultados meritorios.

Cuando se retiran para descansar, yo me acerco al espacio en el

que Vikram se ha tendido de costado y me tumbo frente a él. Parece que no le afecta ni el frío ni el calor.

—Hola. Soy la mujer que te ha salvado la vida —susurro—. ¿Me recuerdas?

Él sonríe todavía con los ojos cerrados.

«¿Cómo iba yo a olvidarte, llorona?», responde, como si no nos hubiéramos reprochado ser el agua y el aceite hace tan solo unas horas. Está claro que todo el tema de que tu vida corra peligro ayuda a banalizar cuestiones no tan relevantes para el mundo real.

Estiro una mano hacia su pecho casi cicatrizado y acaricio las heridas con los dedos. Sus párpados tiemblan antes de que abra los ojos y me mire interrogante. No sé qué me pregunta con exactitud, y tampoco sé si quiero saberlo. Opto por guardar silencio y seguir recorriendo su torso con curiosidad y también una inusitada excitación hasta que me decido a hablar.

—Nunca he hecho esto —confieso con un hilo de voz—. Nunca me he tumbado con un hombre de esta manera. No creo que jamás haya tenido la menor complicidad con uno. Y estuve casada, ¿sabes? Estuve casada, y aun así es como si hubiera estado sola toda la vida. —Como si supiera que necesito sacarlo de dentro, me sostiene la mirada expectante, animándome a continuar—. No solía echar de menos estos momentos porque uno no puede recordar con melancolía lo que nunca ha tenido. Solo veía gestos románticos en las películas, y recuerdo que me decía... «Es ficción. Esas cosas no pasan en la vida real». Me decía que algo tan simple como un abrazo sentido o una caricia espontánea eran recursos sentimentales de los libros o el cine, y luego me metía en la cama con un hombre que resultaba que era mi marido y me parecía normal darle la espalda y morirme de frío.

Trago saliva con la vista clavada en sus clavículas. Desde ahí desciendo por la zona pectoral, el vientre, el ombligo a partir del cual un caminillo de vello oscuro desemboca en el pantalón.

—No sé lo que es estar enamorada de alguien. Creo que siempre he querido estarlo —reconozco con dificultad—, pero ahora que tengo una idea algo más clara de lo que puede significar, me parece que evitarlo es una de esas proezas inalcanzables para alguien como yo. —Me tiembla la barbilla al volver a mirarlo. No puedo contenerlas más: he podido fingir durante toda la charla grupal, incluso reírme y bromear, pero sabía que las emociones terminarían desbordándome—. Me he asustado tanto —balbuceo—. Creía que te mataría de verdad, creía que...

Vikram me envuelve con un brazo y presiona levemente mi baja espalda para traerme hacia él. Me da igual que el camisón roto se me levante más de lo que es recatado y acabe enredado en mi cintura, mostrando sin vergüenza unas bragas bochornosamente grandes. Me

abrazo a él como si estuviera en medio del mar y fuese lo único a lo que pudiera aferrarme, cosa que no deja de ser cierta. No sé si me he asustado porque me importa, porque si lo pierdo me quedo sola y a merced de los monstruos, o por una mezcla de los dos.

—No quiero que nadie te haga daño —admito en voz alta, sorprendida conmigo misma.

«Nadie lo hará. Ya sabes quién es la única que tiene ese poder».

Asiento sin tenerlas todas conmigo. Pienso en Dareon, en que son hermanos y en que aunque esté enfermo sigue siendo el príncipe de Elyllon, el hijo de Egren y de una poderosa hechicera; por supuesto que podría hacerle daño, y mucho más que yo. Si quisiera vengarse de Vikram, ¿podría hacerlo? O peor: si Dareon quisiera tomar represalias en serio, ¿tendría yo derecho a defender a Vikram de su furia, una furia más que justificada...?

«No estás entre nosotros, llorona», responde él. «Lo que quiera que pase entre Dare y yo es ajeno a ti. Tú solo estás contigo. Solo tienes que ser fiel a tu esencia».

No creo que sea tan sencillo prometer lealtad a alguien y luego cambiar de opinión, pero no es eso a lo que le doy vueltas. «Ser fiel a tu esencia», ha dicho; eso es lo verdaderamente difícil.

Porque ¿cómo puede una ser fiel a sí misma cuando está dividida?

4

Cuando despertamos al día siguiente, los camaradas de El Bestiario ya no estaban allí, pero Camlo —o eso creo, aunque pudo ser Laetitia, Johari o algún otro— había dejado un mensaje entre las cenizas del fuego que se consumió anoche: *Shaum*, «suerte» en el lírico idioma de los pueblos libres.

Eso nos permitió reemprender la marcha hacia Aranrhod sin más sobresaltos.

Vikram me dijo, antes de iniciar el silencioso trayecto, que llegaríamos en apenas unas horas, y no se equivocaba. A juzgar por la posición del sol, diría que son alrededor de las cinco de la tarde en horario de verano español. En horario confederado, solo Dios sabe. Los días son mucho más largos aquí —equivalen a dos terrestres—, así que es muy posible que aún quede toda la tarde y toda la noche por delante.

—¿Alguna vez has estado en Aranrhod? —le pregunto, admirando las calles empedradas con el mismo interés y curiosidad con los que las hadas locales que hacen sus recados me observan a mí. Desde luego soy alguien a quien mirar; una humana despatarrada a lomos de un corcel y en compañía de un *japheth*, con el camisón roto y las bragas a la vista.

«Solo para actos oficiales en los que mi presencia era obligatoria. Vine por primera vez para la coronación de Kadesh, y anualmente para la celebración de la Justa Real y del día conmemorativo de las víctimas de la Gran Guerra».

—¿Hay un día conmemorativo de las víctimas que él mismo se cargó? —Tuerzo la boca con asco—. A eso lo llamo yo cinismo.

«No lo digas muy alto. Los aranrhodenses son muy fieles a Kadesh y él los tiene adiestrados para que le den el chivatazo si alguien va diciendo lo que no debe».

—¿Muy fieles? ¿Por qué? ¿Acaso se les ha olvidado que es un asesino? —Vikram me pellizca la cintura para que me calle—. ¡Ay! ¿Ese es el trato que le prodigas a la mujer que te salvó la vida?

«No tengo la culpa de que la mujer que me salvó la vida cometa indiscreciones. Sé prudente, y procura hacerle sentir como lo que es: un rey al que no se le puede disputar el trono y el implacable vencedor de una guerra. Te recuerdo que tenemos que ganarnos su favor».

—Tú seguro que te has ganado todas sus simpatías. Con la cantidad

de bichos que te has cepillado debe verte como su ejemplo a seguir. Sin duda, tendréis temas de los que hablar.

No sé a qué ha venido eso. Lo he dicho sin acritud, pero partiendo de la base de que su lado sanguinario me aterra, es lógico que se tense a mi espalda y opte por no responder. Dudo que llegue el día en el que mencione ese aspecto de su personalidad con toda naturalidad.

Para distraerme, me fijo en las ropas de los viandantes y la arquitectura de la ciudad. Ahí donde los pueblos de Elyllon se asemejan a ciudades costeras —las viviendas son mayoritariamente de piedra blanca y techos bajos—, Aranrhod destaca como la nueva capital de la Confederación con edificios monumentales que impiden que se filtre la luz del sol. La ciudad se ordena en torno a la colina sobre la que se alza el castillo medieval, rodeado por tres torres de vigilancia adornadas con el blasón del estado: los colores son el blanco, el dorado y el negro, y el dibujo representa una rosa atravesada por dos espadas bastardas.

Admito que me ha sorprendido gratamente. A lo mejor es porque en mi cabeza vinculaba todo lo relacionado con Aranrhod a la escasez y la represión, pero me esperaba las calles atestadas de indigentes, carcomidas por la humedad y gobernadas por las ratas, cuando no por bandas de delincuentes. Sin embargo, aunque tiene un aire medieval debido a los empedrados irregulares y la estrechez de algunas vías, se nota que el pueblo no pasa hambre. Los aranrhodenses —de etnia variada, como indican sus pieles verdes y celestes, sus cuernos y colas largas; algunos tienen aspecto humano y otros poseen rasgos prototípicamente feéricos— pasean por las calles ataviados con prendas de calidad. Se respira el aire fresco de un espacio limpio e incluso se oyen de fondo las alegres melodías de los juglares callejeros y titiriteros que establecen sus caravanas en las plazas.

Es la capital, Diana. ¿Qué esperabas?

Los guardias que custodian la entrada dudan antes de dejarnos pasar. Encuentran a Vikram demasiado intimidante para decir «esperad, que voy a preguntarle al rey, y ya, si eso, pasáis». Me gusta cuando veo a Vikram desde esta perspectiva, como unos brazos que me protegen y una llave que abre todas las puertas. Desearía con toda la fuerza de mi corazón que así fuera siempre, que pudiera borrar de mi cabeza todas esas ocasiones en las que me he sentido aterrorizada por su fuerza para, en su lugar, quedarme con las buenas vibraciones.

Le miro de reojo cuando pasamos al interior del castillo estilo medieval, alto y desafiante, plagado de blasones e intimidantes escudos de armas.

No parece que Vikram me esté leyendo el pensamiento. Se ha sumido en un silencio preocupante en cuanto he hecho mi desagradable comentario.

Sin hacer preguntas, tal vez porque Kadesh nos está esperando, nos conducen de inmediato a la sala del trono, un espacio amplio dividido por una alfombra de pasarela que conduce al altar. Han desplegado dos banderas verticales de diez o quince metros para franquear el asiento predominante. Sentado en un trono de acero macizo con un peligroso rosal entramado en el respaldo y los reposabrazos, está el mismísimo Kadesh. Viste de blanco y dorado y lleva la escueta corona casi por casualidad. He visto a Dareon colocarse la suya con orgullo suficientes veces para saber que Kadesh no se la ha encajado en la frente, sino que la ha dejado reposar como si no quisiera que le rozara.

Presenta un aspecto intimidante.

—Qué agradable sorpresa —dice, con ese tono pausado y bronco contra el que creí estar vacunada. Se supone que ya lo conocía: ¿por qué me estremezco igual que la primera vez, o incluso más?—. Sabía que nos veríamos de nuevo, Diana, pero no te imaginaba acompañada a solas de tu archienemigo. Supongo que habéis hecho las paces.

Tal y como Vikram me ha sugerido que hiciera una vez estuviéramos allí, me arrodillo sobre la pierna izquierda. Él lo hace también, sin apartar la vista del rostro oscuro de Kadesh. Aunque el salón del trono es inevitablemente oscuro por la escasez de ventanas, propia de la arquitectura aranrhodense —monumental en proporciones, poco luminosa y aún menos práctica—, su piel de ébano brilla como si la estuviera acariciando el sol.

—E imagino que las habéis hecho a costa de enfadar muchísimo a Dareon —continúa, tamborileando los dedos sobre el reposabrazos. También me lo imaginaba repantigado, con la diadema torcida y bebiendo como un cosaco, pero está sentado con el debido respeto a la corona, recto y regio, como si fuera consciente de que el poder le ha sido concedido temporalmente y no debiera hacerse ilusiones con respecto a su conservación—. He oído que el príncipe de Elyllon lleva un par de días frustrado.

«La frustración del príncipe de Elyllon ya no es de nuestra incumbencia», aclara Vikram. El mensaje alcanza con claridad a todos los presentes. Las hadas que le hacen la corte a Kadesh y aguardaban con el aliento contenido a los costados del salón dejan de susurrar por lo bajini y se quedan pasmadas tras la confesión. Comparten una mirada intrigada y se prometen en silencio correr la voz en la próxima velada nocturna. ¿Quién se alzará con el honor de ser el primero en compartir las últimas noticias?

Kadesh no parece tan sorprendido. Mira a Vikram con aire especulativo. Chasquea los dedos y, con la barbilla, hace un gesto seco en dirección a los portones, en los que de inmediato se forma una larga fila de cortesanos obedientes.

Una vez solos, el rey se inclina hacia delante y, muy despacio, se va poniendo de pie para bajar del pedestal.

—He sido informado de que un feérico de su confianza le ha traicionado. No me cuesta creer que se trate de ti, lagassiano[1], pues incluso nuestra propia sombra nos abandona cuando llega la oscuridad..., pero no puedo empezar a imaginar tus motivaciones. He pasado una noche entretenida suponiendo que podría ser por la *dysys*. —Cabecea hacia mí con simpatía, en señal de respeto hacia el que cree mi poder: engatusar a dos hombres vinculados por el tiempo y el compañerismo de modo que lleguen a sacrificar su amistad a cambio de mis favores—. Pero Dareon no parece de los que se pelean por una mujer. Aunque por esta merecería la pena.

Toma mi mano para levantarme —se agradece, la verdad. Empezaba a dolerme la rodilla— y deposita un beso como el aleteo de una mariposa en el dorso. En sus ojos, de un azul abrasador que hiela, brilla un regocijo que no acabo de entender.

Sabe que soy la *dysys*. Y a juzgar por su expresión de superioridad, carente de todo asombro, diría que llevaba un tiempo acariciando esa certeza.

—¿Cómo prefieres que te llame, ahora que no necesitamos nombres en clave ni estúpidas tapaderas?

—D-Diana estaría bien, g-gracias... *majestad*.

Asiente y se gira hacia Vikram, aguardando una respuesta.

—Supongo que has venido aquí buscando asilo y protección, y me parecería una idea muy prudente teniendo en cuenta que ni un *japheth* podría huir de la muerte a manos de un monarca que cuenta con los favores de Turlough y está vinculado con la magia del Seir. Sin embargo, has pecado de inocente al suponer que me arriesgaría a enemistarme con Elyllon escondiéndote de la furia de su príncipe. —Escudriña a Vikram con inevitable curiosidad—. O a lo mejor has sido más avispado de lo que creía y llevas un tiempo ahondando entre las capas de mi relación con Dareon.

«Sé que habéis mandado espías a su corte», responde Vikram, mirándolo a los ojos.

Sigue arrodillado.

—¿Y? —Sonríe, desdeñoso—. ¿No crees que un rey tenga derecho a controlar a sus vasallos?

«Por supuesto, majestad», cabecea. «Pero vuestra falta de confianza incomoda al príncipe. Una falta de confianza justificada, ya que pretende...»

Kadesh levanta una mano para acallarlo.

—No es muy inteligente por tu parte revelarme tus cartas tan pronto. Denota que estás ansioso por ganarte mi favor para cobrártelo en el futuro, y primero deberías averiguar qué es lo que quieres a

cambio... y, a continuación, asegurarte de que estoy dispuesto a concederte el deseo. —Extiende esa misma mano hacia delante, con la palma apuntando hacia arriba, y dobla los dedos para que se levante. Los dos son igual de altos, y se dirigen miradas cautelosas. Se nota que pertenecen al mismo estado en el tono de piel, bruñido y brillante por la cercanía con el desierto, y por la forma en que se miden el uno al otro, como si a ambos les hubiera sido inculcado el escrúpulo—. ¿Qué te hace pensar que me interesa la información de un traidor, o que me arriesgaría a darle la bienvenida a uno como tú en mi corte?

«Que necesitáis la información que voy a daros».

Kadesh eleva las cejas.

—¿Estás subestimando a tu rey? Podría conseguir esa información tuya de cualquier otra fuente —replica con desdén. Se da la vuelta y regresa al trono. Una vez sentado, suspira y dice—: ¿Por qué traicionarías a un monarca que te lo dio todo? Tu respetabilidad, tu lugar en el palacio, el honor de cubrir sus espaldas y caminar a su lado...

«No habría tenido que darme nada si no me lo hubiese arrebatado en primer lugar».

Su respuesta me descompone el estómago. Así de resumido, escuece en la herida.

—¿Qué te arrebató? —Es obvio que Kadesh le tira de la lengua por placer, porque dudo que se le escape algo a estas alturas.

«A mi familia. Mi libertad. Incluso mi nombre».

Kadesh se inclina hacia delante con interés.

—Tu nombre... —paladea con placer—. ¿Cómo te llamas, lagassiano?

El aire que Vikram exhala al responder emite un silbido ligero.

«Oberon de Vygantas».

Para mi inmensa sorpresa —que se multiplica por dos al conocer el nombre con el que le bautizaron; desconocía que hubiera llegado a saberlo el propio Vikram—, Kadesh curva los labios en una sonrisa tan satisfecha como presumida y vuelve a reclinarse.

—Lo sabía —murmura para sí, admirándolo como un padre contemplaría a su criatura—. El fuego de las zonas volcánicas no late en ti como lo hace en el resto de los shaporíes; te envuelve, en cambio, una energía diferente y arrebatadora. Los obtusos la asociarán a los *japheth* —meditaba en voz alta—, pero me he rodeado de suficientes mutantes a lo largo de mi reinado como para diferenciar la fuerza bruta de estos de tu misteriosa esencia.

»Me sorprende que toleraras tu situación de inferioridad durante tantos años —prosigue, mirándolo de hito en hito—. Quien te viera diría que tu período de servidumbre ha sido más que suficiente para apagar tu ambición y convencerte de resignarte a tu destino.

«Me temo que estos años solo han servido para avivarla, si me permitís la corrección».

Kadesh escruta su rostro desde diferentes perspectivas. Cada vez parece más intrigado por el personaje que tiene delante, pero su mirada añil no pierde el matiz cauteloso.

—Quieres que te ponga en el trono de Elyllon —deduce en voz alta. Sé que esto es una farsa, pero grito de horror para mis adentros al verle asentir con decisión—. ¿Por qué ahora?

«Durante eones, el orgullo ha sido lo único que los shaporíes han podido permitirse, majestad», comenzó. Kadesh cabeceó, distante, conforme con su aseveración. «No podía presentarme ante vos para solicitar vuestro favor y protección, además de pediros la comandancia de vuestras tropas y el sacrificio de vuestros guerreros en mi nombre, sin ofreceros nada a cambio. Es ahora cuando poseo información delicada sobre los planes de Dareon que podría beneficiaros y constituir un intercambio equilibrado, más allá de cederos mi espada y entregaros mi lealtad absoluta una vez estuviera en el trono».

Kadesh se frota la barbilla, pensativo.

—¿Y qué pinta ella en toda esta historia? —Me señala con un movimiento de cabeza—. ¿También pondrá sus visiones a mi servicio como pago justo?

«La he traído para entregárosla como garantía de que soy fiel a vos».

Kadesh suelta una carcajada desdeñosa que resuena entre los costados del salón. Sus ojos azules emiten chispazos eléctricos que me obligan a dar un paso atrás.

—No me hagas reír, lagassiano —brama, incorporándose hacia delante con el cuello tan rígido que las venas surcan su piel—. El deseo que sientes por ella es tan sólido que podría adquirir una dimensión física. Sintiendo semejante debilidad, no podría ser una ficha más en tu tablero, sino más bien el propósito del juego.

Vikram aprieta la mandíbula, no sé si mosqueado porque le haya pillado la mentira o furioso porque haya revelado sus inclinaciones románticas delante de mí. No puedo negar que escucharlo haya provocado que mi corazón dé un vuelco.

«Mis sentimientos solo son un inconveniente al que hago oídos sordos en beneficio de los estados confederados, pero precisamente por lo que siento hacia la dysys es el sacrificio perfecto para que nos quepa la menor duda de que estoy a vuestro disposición. Además...». Vikram me mira de soslayo. «Ella es fiel a Dareon, majestad», agrega, como si eso lo explicara todo. Agacho la cabeza, avergonzada. No lo tenía planeado, así que supongo que parece creíble. Lo confirmo cuando, al alzar la barbilla, me topo con la mirada indescifrable de

Kadesh.

«Más allá de sus poderes, os conviene atarla en corto», concluye.

—No eres quién para decirme qué me conviene —le recuerda con paciencia, más cansado que irritado por tener que recalcar su posición —, pero supongo que viniendo de Shapoor no puedes evitar tus insolencias. —Cabecea, resignado. Todo el mundo sabe que el carácter de los shaporíes se caracteriza por su orgullo, el amor hacia su libertad y la desconfianza hacia los forasteros.

Para colmo, no le temen a nada.

«Y todo el mundo la está buscando», prosigue Vikram. «Desearía, si es que estoy en posición de rogar, que... la protegierais».

—Naturalmente —acota con sequedad.

Parece que le ha ofendido que le pida de forma sutil que no me haga cosas terribles.

Este tipo no parece ser muy consciente de sí mismo.

Con las piernas cruzadas y mesándose el mentón fuerte, Kadesh cavila en silencio.

Su conclusión es mirar a Vikram y decir:

—Acompañadme.

5

—¿**Q**ué te ha preguntado? ¿Qué le has dicho tú? ¿Te ha parecido que se lo tragaba todo, o...?

Vikram me pone una mano en la boca y me lanza una mirada de advertencia.

«A partir de ahora, usa tu cabecita para comunicarte conmigo. No conozco este lugar, pero como todos los palacios, apuesto por que las paredes tienen oídos».

Asiento silenciosamente. En cuanto aparta la mano —como si necesitara la boca libre para pensar—, repito mi lluvia de preguntas: «¿Qué te ha preguntado? ¿Qué le has dicho tú? ¿Te ha parecido que se lo tragaba todo?».

«Con Kadesh nunca se sabe». Se encoge de hombros. «Es una salamandra del fuego nacida en una poderosa tribu de Asghar. La imprevisibilidad está en su naturaleza. Puede habérselo creído todo o puede estar esperando a que caiga la noche para matarnos».

Un escalofrío me atenaza todo el cuerpo.

—No tiene gracia, Vikram —musito, frotándome los hombros en busca de calma.

«A ti nunca te haría daño», me asegura con gentileza. «Kadesh respeta los dones, y le he dejado claro una y mil veces que no tienes nada que ver conmigo».

Me hace un gesto hacia el final del pasillo para sugerirme que encabece la marcha.

Ah, así que eso es lo que ha estado haciendo. He esperado alrededor de hora y media a que Kadesh y Vikram terminaran de ponerse al día en la sala del Consejo, donde no se me ha permitido entrar como medida preventiva.

«Le he hablado de la estrategia de Dareon, la que involucra a los soldados norteños. Como soy el que estaba perfilando los detalles de la trampa, he podido recitarle cada uno de los detalles de la disposición del ejército».

«No se te habrá escapado nada sobre el ejército de exiliados, ¿no?».

«No, llorona. No soy idiota».

—Bueno, a ver... —bromeo, dándole un codazo en el costado.

Una pequeña figura derrapa por el pasillo en el que desembocaba el nuestro y se detiene delante de nosotros.

—¡Ah, allí estamos! —exclama un trol, levantando sus manos con membranas entre los dedos para sacudirlas sobre la cabeza. Sus

tirabuzones verdosos apuntan en todas direcciones—. Su Majestad me ha dicho que tenía que mostrar sus aposentos a los invitados.

—¿Vamos a ver los aposentos de Su Majestad? —pregunto, disimulando muy mal el morbo que me da la idea.

El trol arruga sus peludas cejas verdes.

—¡No! Voy a manifestar a los invitados los aposentos donde *ellos* dormirán —repite, muy despacio.

—¿Qué ellos? ¿Nosotros?

—Fehaciente, fehaciente. —Asiente, convencido.

«Los troles no dominan el idioma confederado», me explica Vikram, mirándome con el rabillo del ojo. «No seas muy dura con ellos, escritora».

«Me gusta más eso de "escritora" que "llorona"».

Tengo que aguantarme la risa cuando el trol echa a correr por el pasillo para guiarnos a una de las suites del castillo. Como tiene las piernas muy cortas —apenas parecen tobillos— todo su cuerpo se ladea como un barco en alta mar al dar sus pasitos cortos. ¡Es tan gracioso!

—¿Este es el mío? —pregunto.

—Dos —contesta alegremente.

—¿Qué? ¿Hay dos habitaciones dentro?

—No. Los dos. Son suyo. Mutuo. —Frunce el ceño—. ¿Ambos? Un par...

«Uno para los dos. Compartiremos alcoba», le ayuda Vikram con paciencia.

El trol aplaude con sus blandas manitas sin emitir sonido alguno.

—Eso es. Sí. ¡Pertrechos de limpieza en el interno! —agrega. Con «pertrechos de limpieza» me imagino una fregona, pero con toda probabilidad se referirá a una bañera y a jabón de manos.

—Gracias.

—¡Nones hay nada!

Frunzo el ceño. Vikram me coge del brazo y tira de mí al interior.

«Quería decir que no hay de qué», aclara con una sonrisa curvando sus labios.

—¿Y cómo se supone que tengo yo que saber eso?

«El contexto facilita la deducción».

Nada más cerrar la puerta, echa un vistazo apreciativo. Solo hay una cama en el centro, enterrada en almohadas que servirían para levantar una muralla; al fondo, detrás de un biombo, una bañera de latón dorado y llena de agua hasta los topes humea.

Se me escapa una risilla histérica. Me he caído por una madriguera y he llegado al cliché del *fanfiction*: un hotel con una sola habitación y una única cama.

—Parece que Kadesh quería ayudarte con eso de que tengas

sentimientos por mí y yo sea fiel a Dareon —comento con aparente despreocupación.

Vikram niega con la cabeza.

«Forzándonos a compartir alcoba pretende dejar claro que no se ha creído la parte de la historia que te involucra». Camina hacia el inmenso espejo veneciano del fondo y se abre la camisa hecha jirones para revisarse las heridas. Taciturno, mira mi reflejo. «Lo ha insinuado antes, cuando hablábamos. Sabe que has venido conmigo porque has querido, pero no ha indagado al respecto».

—¿Y qué significa eso?

«Ya lo ves». Abarca el dormitorio con un brazo. «Ha concluido que estamos juntos en esto».

—¿Es necesariamente una mala noticia? —Arrugo el ceño cuando me lanza una mirada exasperada—. ¡No me pongas esa cara! Eres tú el que lee mentes. Haz tu trabajo y averigua qué opina de que viniera hasta aquí por mi propio pie.

«Kadesh es infranqueable. Todos los monarcas lo son. Cuentan con una serie de privilegios que repelen hechizos e invasiones mentales».

Se quita la camisa por la cabeza y la arroja al suelo. Cuando se gira hacia mí, no sé a dónde mirar. Ya, lo sé, he dormido en sus brazos y llevo un par de días cabalgando junto a él. No estoy viendo nada nuevo.

Aun así...

«En cualquier caso, está con nosotros. Ha mandado organizar una fiesta de última hora en nuestro honor, nada más que una excusa para que se corra antes la voz de que el traidor de Elyllon y la *dysys* sirven ahora al rey de Aranrhod».

Me abrazo los hombros para disimular el escalofrío que me sacude.

Sabía que Dareon terminaría enterándose, pero solo de pensarlo se me parte el corazón.

—Qué hijoputa más listo —murmuro.

«Nosotros lo seremos más».

Sí, claro. Me parecería un abuso que, además de tener ese cuerpo serrano, fuera dueño de una inteligencia supina; una superior a la de Kadesh. Pero aquí está, demostrándome lo que yo ya sabía gracias al trato más o menos frecuente con su lado tierno: que no es solo un culturista aficionado de la WWE. Tiene la cabeza amueblada e incluso un buen corazón.

Aún pulsando con delicadeza el borde de sus heridas recientes, que ya han comenzado el proceso de cicatrización, sonríe ladino.

«¿Eso pensabas? ¿Que solo era un matón? Qué decepcionante».

—Bueno, tú pensabas que era una impostora y una pringada, y mira ahora. Soy incluso más poderosa que tú —le recuerdo con el mentón alzado—. ¿O no te he salvado de un *hatus*? ¡El *hatus* de El

Bestiario, para más señas!

Vikram se saca el cinturón plagado de pequeños cuchillos y lo deja en el suelo. Con el movimiento, sus músculos se contraen bajo una piel que parece de cuero.

De perfil a mí, me mira de reojo.

«¿Impostora y pringada? Eso no fue lo primero que pensé de ti».

—¿Y qué fue? —inquiero, muerta de curiosidad.

«No quiero darte más razones para caerte bien. Ya te estás torturando suficiente con las que tienes», ironiza con un cinismo que me desarma.

—¿Es que no quieres caerme bien?

«No quiero hacerte sufrir», corrige, «y parece que la única manera de evitarlo es quedándonos tal y como estamos; alternando rivalidad y tolerancia dependiendo de las circunstancias».

Su rostro refleja una sinceridad que de repente me cohíbe. No se me puede acusar de mentirosa, pero es verdad que no he sido del todo honesta con él.

—No me evitas nada porque ya estoy sufriendo. —*No sé por qué he pensado que eso es una excusa coherente*.

Vikram me sostiene la mirada sin contestar.

«Pero no es por mi culpa».

—¿Y de quién es, entonces?

«Tuya», acota sin más, y delante de mis narices, como si pretendiera librarme de todo remordimiento con ello, se quita los pantalones. Tengo que darme la vuelta para no invadir su intimidad, pero no lo hago lo bastante rápido para perderme el vello oscuro de la entrepierna.

Joder.

—¿Cómo que mía? —logro articular. Él se toma su tiempo antes de contestar. Le oigo trajinar a mis espaldas y tengo que morderme la lengua y cerrar los ojos muy fuerte para resistir la tentación de girarme.

«Nunca terminas de aceptar las decisiones que tomas. Te fustigas por no haber elegido la otra, igual que te habrías fustigado de haber escogido esa por la que tanto penas. Cuando haces algo bien, te torturas pensando que podrías haberlo hecho mejor. Cuando te equivocas, ni siquiera te sorprendes. Te resignas ante tu supuesta mediocridad. Y cuando haces algo a secas, algo que no es ni bueno ni malo, que carece de relevancia, te abordan unas dudas paralizantes sobre si habrás obrado correctamente. Te pasas el día en guerra contigo misma, llorona».

Escucho un chapoteo.

¡Me ha quitado la bañera!

Anda que me ha preguntado si quería ir yo antes.

—Eso no es... —Sí es cierto. Por supuesto que lo es. Lo que me deja de piedra es que me haya calado con esa facilidad. Que como para no hacerlo, cuando lee mentes y soy tan transparente que puede deducir mis sentimientos—. Bueno, pero es comprensible que una tenga dudas.

«Pero no que las uses como un látigo».

—¿Cómo no me voy a flagelar si he traicionado a alguien? —le espeto con sequedad.

«Haber abandonado a Dareon no es lo único que te atormenta, Diana».

Me quedo un buen rato callada, oyendo en la distancia las salpicaduras del agua sobre la piedra marmórea de los suelos y la cascada de un aclarado hasta los pasos de unos pies mojados me alertan de su cercanía.

«Odiarte a ti misma no es normal», dibuja en mi mente al fin.

No sé por qué, pero me pongo a la defensiva.

—¡Tú también te odias a ti mismo! —le espeto sin pensar.

«Odio lo que me han hecho», corrige. Sé que me está mirando. O más bien lo siento. «Pero amo a quien solía ser, y cuento con admirar al Vikram en el que intento convertirme».

—¿En qué te quieres convertir? —pregunto, con la vista clavada en la puerta cerrada.

El vello de la nuca se me pone de punta cuando noto su aliento en la nuca. Lo he oído aproximarse, dejando una estela de huellas acuosas tras él, pero no me he movido con la esperanza de que no viniera a por mí y, a la vez, ansiando que se acercara.

«En alguien que no te aterre».

Relajo los hombros cuando siento la caricia de sus dedos en el lateral del cuello.

El agua está caliente.

Aprovecho que no me ve para cerrar los ojos.

—Cualquier hombre aterraría a una mujer recién divorciada —murmuro. Él prolonga su insinuante caricia por mi brazo, dejando un reguero húmedo—. No es nada personal.

«¿No?».

—Bueno, sí, pero solo un poco. —Trago saliva—. Si ya es normal que un feérico se asuste en presencia de un *japheth*, imagina lo comprensible que es que a mí me aterres. En la Tierra no abunda la gente como tú... Los asesinos a sueldo que pesan cien kilos de puro músculo y leen la mente, me refiero. No sé si podría acostumbrarme —agrego en voz baja, reacia a confesar con naturalidad que me he planteado aceptar sus defectos para luego atreverme a soñar con una larga convivencia.

Vikram entrelaza los dedos con los míos. Aún a mi espalda, guía

nuestras manos unidas a mi pecho, donde mi corazón está a punto de explotar.

«¿Tu pulso acelerado significa que tienes miedo?».

—No.

«¿Y qué significa?».

—Significa...

Vikram se pega a mi espalda. No tarda en empaparme la parte trasera del camisón, que a estas alturas de viaje ha perdido tanto lustre que se me transparenta la piel. Es justo ahora cuando soy consciente de que he hecho todo el viaje con un vestidito cortado casi a la altura de las bragas y con un hombre que no parece ser inmune a mis armas de mujer.

No, no es en absoluto inmune. Siento su erección pegada a mí.

—Significa... —Me muerdo el labio. Aún con su mano cubriendo la mía, las conduce a mi entrepierna. Son mis dedos los que me rozan el pubis, pero que sea él quien los dirija me calienta la sangre—. Tú ya sabes lo que significa —farfullo sin voz, irritada.

«No, no lo sé».

Puto mutante cabrón... ¿Qué van a significar mis nervios? Pues que quiero acostarme con él, coño, y creo que nunca en mi vida he querido acostarme con nadie. Es decir... Toda mi vida he albergado la romántica esperanza de hacer la cucharita con el hombre de mis fantasías bajo un edredón de plumas después de hacer el amor bajo un cerezo japonés, muy despacio, sin que se me corriera el maquillaje y haciéndonos promesas eternas entre besos inocentes. Ahora bien; follar, lo que se entiende por follar —despeinarse, ensuciarse, mojarse —, jamás me ha entusiasmado, quizá porque ningún hombre ha avivado esa llama ancestral en mí. No me pasa como a Elsa, que al ver a David Gandy en *slips* en un anuncio de Dolce & Gabbana se pone como una moto y de pronto necesita abanicarse con los folletos de propaganda que le pillan más cerca.

Yo no me quería tirar a David Gandy. Ni al perfectísimo Dareon. Ni a mi marido. Ni al hombre con el que perdí la virginidad. Me metí en la cama con un compañero de trabajo a los veintiséis años y me dejé manosear con la mirada perdida porque la sociedad me dijo que ser virgen a mi edad era humillante, y no me gustaba sentirme patética por otra razón más. Una a la que, además, podía ponerle solución inmediata.

Pero a Vikram...

Noto un tacto rasposo y húmedo en el borde de la oreja, y luego la leve presión de sus dientes. Los pezones se me endurecen.

—¿Me has leído la mente?

«Más o menos. He captado la idea».

Gracias al cielo. No quería decir todo eso en voz alta.

Vikram me abraza desde atrás y me sujeta por las caderas para acercarme a él. Apoya la barbilla en mi hombro.

«¿Por eso no te sientes culpable?», pregunta como si lo lamentara.

—¿P-por qué?

«Por no atreverte a follar conmigo».

Cierro los ojos un segundo.

Soy consciente de que la pelota está en mi tejado. Cuando se trata de sexo heterosexual, suele ser la mujer la que tiene la última palabra; la que dispara el pistoletazo de salida o se esconde tras la excusa de padecer una migraña insoportable. Si Vikram y yo no hemos llegado hasta el final, es porque no lo he permitido. Y no le ha costado averiguar qué es lo que me frena, ni tampoco cómo me hace sentir reprimir mis incomprensiblemente vehementes pasiones.

—La verdad es que un poco —reconozco con un suspiro.

Él se aleja, como si en lugar de agradecer o premiar mi sinceridad, le doliera haber confirmado sus pesquisas.

«Cuando decidas que prefieres lamentarte por un error real que por lo que aún no ha pasado, ya sabes dónde estoy».

—Entonces tú mismo admites que sería un error —musito.

Como no me responde, doy media vuelta en busca de su rostro, pero únicamente me encuentro con mi reflejo en el espejo del fondo, sola en el dormitorio, y aún más solitaria en mi desazón.

6

Creo que he salido más veces de fiesta en la Confederación que en la Tierra. Desde luego, le da a una en lo que pensar. Y creo que he perdido peso desde que estoy aquí. No llevaré ni un mes, pero entre lo poco que como, el estrés que he sufrido y el ejercicio que he hecho, por lo menos habré bajado diez kilos. Lo sé porque las bragas se me está quedando fondonas, y cuando me miro al espejo para admirar el vestido que han querido ponerme esta vez, observo que se me marcan las clavículas.

—¿Bueno? —me pregunta el trol.

—Sí. Solo una duda... ¿Por qué siempre me visten los criados? ¿Estáis seguros de que lo que elegís me va a quedar bien, queréis ahorrarme el tiempo de tener que escoger lo que ponerme o es que no os fiais de mi criterio?

El trol pestañea.

—Esta ropa fue para tú. —Tuerzo la boca. No me acostumbro a su extraña forma de expresión—. Lo acaban de hacer las libélulas.

Oh, joder, las libélulas. Exploto a los animales y encima me quejo.

—Lo siento. Me encanta. Es precioso. De verdad, maravilloso. Felicítalas de mi parte.

Es un traje bastante sencillo: consta de un corsé con mangas de gasa y escote en forma de pico, y de una falda lila del mismo material que llega a cubrir los pies. Como el Aranrhod viven mayoritariamente feéricos no practicantes, la moda es más austera. Rechazan las extravagancias de los elys, y se cuidan de lucir palmito porque la desnudez y el sexo, a diferencia de como se vive en Elyllon —con naturalidad e incluso regocijo—, no se concibe como un espectáculo público, sino como una actividad reservada para la intimidad. El vestido se conjunta con unas bailarinas de un material ligero y transparente atadas con un lazo violeta al tobillo.

El trol me pide que me agache —casi tengo que ponerme de rodillas— para colocarme una diadema perlada del mismo tono del vestido. Me han peinado con unas ondas dignas de alfombra roja de los Óscar que me recuerdan al pelazo de Jennifer Lopez en la actuación de la *Superbowl*.

Qué poco tienen que envidiarle las hadas a las artistas mortales. Aunque ¿quién sabe? A lo mejor toda la gente atractiva y talentosa de la Tierra posee sangre feérica.

Kadesh debe contar con una amplia experiencia montando saraos de agarra y no te menees en menos de cinco horas, porque el salón parece irreconocible cuando me abren las puertas. Han colocado guirnaldas de colores, paneles que reflejan el cielo estrellado, cortinas de seda y cojines de sultán que me trasladan por un momento a la época andalusí, y a pesar de tratarse de una fiesta de última hora, casi improvisada, son tantos los cortesanos que bailan al son de los laúdes que tendré que abrirme paso metiendo los codos.

O la gente no tiene planes de fin de semana, o es que nadie puede decirle que no a Kadesh.

Apostaría por lo segundo.

Ha dejado el trono a su espalda para moverse entre el gentío, que escruta con ojos rapaces. Solo con verle la cara ya sé que es de los que piensan que el mal no descansa, que hay que dormir con un ojo abierto y que conviene tener a alguien cubriéndote las espaldas en todo momento.

Me caza mirándolo con fijeza desde la distancia y se acerca con ese caminar pausado y felino que es pura fachada. Finge que va a llegar a mí por casualidad, solo porque acaba de localizarme y es de bien nacido ser buen anfitrión, cuando lo más probable es que hubiera cuadrado con precisión milimétrica las eles que trazaría por el salón para llegar a mí antes de que yo llegara.

Hasta hace muy poco, Kadesh solo era mi personaje, y lo concebía como la clase de tipo que sabe muy bien lo que quiere y qué debe hacer para conseguirlo. No creo que los delirios de mi imaginación queden muy lejos de la realidad.

Por el camino se le acerca un grupo de ondinas, las seductoras de primera que viven en el lago emplazado a espaldas del castillo. Están emparentadas con las ninfas; de hecho, hay quienes las llaman «las ninfas del oeste», pero se diferencian de ellas en el tono de piel y el propósito de sus cortejos. Las ondinas no practican la magia, si bien poseen habilidades magníficas sobre el agua. Se ven obligadas a buscar desesperadamente el amor de los feéricos para sobrevivir, pues son ellas las que están condenadas a caer postradas ante la belleza de los inmortales. Las ninfas, en cambio, poseen la habilidad de hipnotizar a sus víctimas, y el amor que despiertan en sus admiradores no podría serles más indiferente. Son criaturas solitarias, además; a las ondinas siempre se las ve en grupo.

Las criaturas tratan de detenerlo con la clara intención traerlo a su terreno, pero él solo les dedica una media sonrisa condescendiente y las aparta como si fueran mosquitos molestos.

—Encantadora —es lo primero que dice al llegar a mi altura. Vuelve a besarme la mano. Sus ojos azules parecen arder sobre la piel oscura como cometas en el espacio—. Cuento con robarte unos

segundos de tu tiempo antes de permitirte disfrutar de la fiesta en todo su esplendor.

—¿Qué puedo hacer por vos? —me obligo a responder.

—Me gustaría que me acompañarais. Tranquila. —Acaricia el dorso de mi mano con el pulgar, cubierto por un guante de blanco impoluto —. No voy a hacerte daño.

En vista de que ha detectado mi miedo, no tiene sentido seguir disimulando.

—¿Podríais jurarlo? —pregunto, dirigiéndole una mirada recelosa.

—Podría jurarlo. —Asiente, saturnino—. ¿Quieres que lo haga?

Escruto su expresión como si mi intuición fuera a servirme para predecir sus movimientos.

Si este tipo planeara ver el mundo arder, no lo averiguaría ni si leyera las mentes.

—No es necesario. —Y le hago un gesto que viene a significar «llévame a donde quieras. Total, no es como si tuviera elección».

Kadesh me ofrece su brazo en un gesto galante y me conduce fuera del salón. Lanzo una mirada nerviosa por encima de mi hombro, esperando que al menos uno de los cortesanos se fije en nosotros. Uno bastaría para testificar que Kadesh fue el último en verme con vida antes de que me hiciera arder por haber intentado mentirle sobre mis propósitos.

Ninguno se percata de nuestra escapada.

Conforme vamos dejando la música atrás, noto que empiezan a sudarme las manos, el cuello y las axilas. Este miedo mucho más que fundado se desvanece de un plumazo cuando cierra la puerta de una pequeña y modesta sala anexa al salón con las paredes repletas de estanterías empotradas, repletas de volúmenes polvorientos, y me mira a la cara. No hay rastro de su expresión distante, ni de la inapetencia vital que a veces puede confundirse con aires de superioridad. .

—Dicen que la *dysys* es una de las fuerzas más puras de la naturaleza —comienza, apoyado en la puerta. Se impulsa desde allí para dirigirse al otro extremo habitación, rodeando la mesa de comedor que domina el centro de la estancia—. Dicen que su poder no puede ser manipulado; que solo puede ponerse al servicio de alguien cuando su encarnación muestra su conformidad. Dicen que carece de la capacidad de mentir o engañar, lo que la hace incluso más irresistible que el mismísimo Oráculo, que se caracteriza por sus lecturas ambiguas y por exigir grandes sacrificios a cambio de nada.

»Dime. —Apoya los nudillos en la mesa de madera y me mira con esos ojos que parecen arder—. ¿Qué tengo que hacer para que me prestes tus servicios?

—Solo tenéis que dar una orden o amenazarme para que haga lo

que me digáis—contesto con sinceridad—. No sé por qué me lo preguntáis sabiendo que podéis obtenerlo sin pedirlo por favor. ¿Es una especie de juego sádico vuestro? ¿Un deseo de reafirmación de vuestro poder?

Él no parece molestarse por mi insolencia. Debe de encontrarme simpática. O a lo mejor anhela mi poder más allá de lo imaginable. Edel me advirtió que todos los confederados querrían llegar a mí para hacer uso de mis visiones, ya fuera para asegurar una victoria bélica o por interés personal.

—Es un ruego honesto —confiesa en voz baja, sin apartar la mirada—. Si pudieras darme lo que quiero, serías lo más valioso que tengo y tendré a mi disposición. No se me caerían los anillos por proyectar sobre ti el respeto y la consideración que mi milagro merece.

Un nudo se me forma en la garganta al recordar la mirada cálida de Dareon. Su voz emerge de mis recuerdos para estremecerme: «Ahora mismo eres lo más valioso que tengo».

Me abrazo a mí misma, sacudida por la añoranza.

—¿Qué puedo darte a cambio de tu disposición? —Me observa con atención—. Sé que la *dysys* es apolítica y no rinde pleitesía nadie, y que tratar de doblegarla solo provocaría una catástrofe; las *dysys* que fueron capturadas se inmolaron antes de ceder a los chantajes para proteger los secretos de la Confederación. Pero yo no quiero tu eterno servicio. Solo quiero ver a través de tus ojos una vez.

Pestañeo, confundida.

—¿Cómo haríais eso?

Kadesh pone la mano sobre la esfera que descansa sobre la mesa. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí. Lo he tomado por un simple elemento decorativo, pero lo que ahora parece un cáliz receptor de magia se ilumina por dentro como una lámpara de lava.

—Pon tu mano sobre la mía. Justo aquí. Esto que ves es un intercambiador temporal de energías. Usaría tu poder apenas unos segundos.

Lo miro con desconfianza. Parece dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de «ver a través de mis ojos», y debo reconocer que la oferta es generosa.

—¿Y a cambio me darías lo que pidiera? ¿Incluso que te rindieras si Dareon alzara las armas contra ti? ¿Darle la independencia al principado de Elyllon para que volviera a ser un reino autónomo con todas las de la ley?

Kadesh me observa en silencio, aún cubriendo la esfera con la mano.

—Los dos sabemos muy bien que sería un deseo desperdiciado —responde con voz aterciopelada—. Ahora mismo yo no formo parte de

la guerra, y no estaré siquiera en el mapa en largo tiempo. El conflicto, si llegara a tener lugar, enfrentará las fuerzas del príncipe Dareon y los poderes del lagassiano. ¿O no se te ha ocurrido ni por un momento que, en vista de los últimos acontecimientos, su alteza le dará prioridad al asentamiento de su legitimidad en el trono de Elyllon antes que a la destrucción de mi reinado absoluto? Quizá pudieras pedirme que por favor garantizara la supervivencia tanto del príncipe como del opositor..., pero hay milagros que no puedo obrar.

Me cuesta tragar saliva después de escucharlo.

—Si tan claro tenéis que no formaréis parte de la batalla, ¿por qué nos habéis acogido a Vikram y a mí?

—Porque el rey de Aranrhod ha de tomar partido en todas las guerras, incluidas las civiles, y he decidido ponerme de lado del príncipe Oberon. —Sonríe con distancia, acariciando con los dedos la curva de la esfera, que se sigue iluminando con diferentes tonalidades —. Dareon es el hijo de un rey fugitivo y de una hechicera asesinada por los suyos, y le aqueja una enfermedad que ni los elys ni ningún confederado perdona: la de la mortalidad. Cuando Oberon surja entre las sombras con su sabiduría estratégica, con las habilidades de un *japheth* y la sangre de Turlough corriéndole por las venas, ¿ante quién crees se arrodillará el pueblo? ¿Por quién crees que apostarán los estados confederados?

Sacudo la cabeza, reacia a aceptar sus insinuaciones. Dareon siempre ha sido un príncipe generoso y gentil. Los elys no tienen razones de peso para exigir su abdicación o permitir que se le dispute el trono.

—Tu rostro indica que a cambio de la cesión me pedirás simplemente que me calle —indica Kadesh, mirándome con una sonrisa ladina. Cuadro los hombros y me fuerzo a devolverle la mirada con firmeza.

—No, pero sí quiero saber para qué deseas que te ceda mi poder. Eso es lo que te pido. ¿Pretendes vigilar a Dareon? ¿Averiguar si lo que Vikram dice es cierto?

—En absoluto. No albergo la menor intención de utilizar a la *dysys* con propósitos bélicos. Para vigilar al príncipe tengo a mis propios espías, y ahora ya sabes de mis labios que, con respecto a la guerra civil... No tengo vela en ese entierro. Tan solo deseo... —Baja la mirada hacia la esfera—. Deseo revivir un recuerdo que tengo borroso.

Sé que no puedo negarme. Y no porque tema su reacción, sino porque me invade la sensación de que estaría destrozando la esperanza que le mantiene con vida. Inspiro hondo, y después de acercarme con obvia reticencia, alargo el brazo para obedecer sus indicaciones. Siento la superficie de la esfera suave y compacta. Me calienta la palma, y la mano con la que Kadesh me cubre también

hace arder mi dorso. Al primer contacto, el interior del orbe contiene una explosión de color de la que solo sobrevive una bonita culebra anaranjada, que se enrosca sobre sí misma y nada por el vacío del intercambiador antes de disolverse en partículas que atraviesan el borde de la esfera para trepar por los dedos, la muñeca y el brazo de Kadesh, hasta llegar a sus párpados cerrados y cubrirlos de un polvo ambarino.

Murmura unas palabras en un idioma que no reconozco y entonces clava las uñas en mi mano. Su expresión sufre un cambio radical. Ya no hay rastro de esa mueca de cinismo cruel que la caracteriza. Su rostro se despeja de puro alivio, como si acabara de regresar al mundo de los vivos tras un largo período sumido en la oscuridad. No me cabe la menor duda de que la visión no tiene nada que ver con la guerra cuando observo que curva los labios en una sonrisa temblorosa.

Me dan ganas de sonreír también, pues experimento todas las sensaciones que a él le aturden conforme avanza una visión a la que no tengo acceso. El deseo de estar en su cabeza para ver a través de sus ojos se intensifica hasta tal punto que me planteo invadir su intimidad. Y justo cuando lo voy a hacer, una de las puertas que dan a la sala se abre y una figura espigada y elegante hace ademán de entrar.

Mi sonrisa se tuerce hacia el asombro al reconocer los ojos escarlata del entrometido.

Abro la boca para formular las letras de su nombre, pero Camlo se adelanta y se pone un dedo entre los labios para pedir silencio. Sonríe, porque así es como él se comunica sin importar si el mensaje es optimista o amenazador. En este caso, se trata de una sonrisa crispada.

«¿Qué haces aquí?», le pregunto mentalmente.

O no está capacitado para hablar en silencio, o prefiere no responder. Con su mirada lo dice todo: «Sé discreta». Antes de que pueda animarme a rodear la mesa, Camlo vuelve a cerrar la puerta y desparece. Solo entonces caigo en la cuenta de que llevaba un traje de la corte aranrhodense.

La esfera cambia de color conforme el polvo ambarino va desapareciendo de sus párpados. Una vibrante explosión naranja vuelve a llenar la esfera, pero se va apagando hasta que solo una débil llama azul cimbrea en el corazón del orbe. Sé que Kadesh ha abandonado mi mente hace rato, pero permanece con los ojos cerrados un segundo más.

Cuando los abre, su mirada vidriosa se me clava en lo más profundo.

Su gesto pacífico me conmueve, y no sabría decir por qué.

—Gracias —articula con la voz entrecortada, retirando la mano.

Hace una reverencia y señala la puerta para indicarme que puedo

marcharme. Enseguida agarro la falda del vestido y me obligo a encontrar las piernas para salir a paso rápido. No me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento hasta que abandono la estancia.

Una vez bajo el umbral, giro la cabeza hacia él, aún con una extraña sensación en el estómago. Kadesh ha apoyado las manos sobre la mesa, derrotado. Tiene la vista fija en la pared de enfrente. Parece pensativo y mil años más viejo.

Sacudo la cabeza y salgo antes de hacer una pregunta inoportuna, como, por ejemplo, qué ha visto, o qué hacía el mandamás de El Bestiario deambulando por su corte cuando la regla número uno del Pentágono de Protección es mantener en secreto su localización y sus intereses comunes.

Apuesto por que esto puede interesarle a Vikram, al que me alegro de encontrar en el salón principal. Le han proporcionado un uniforme de *japheth* —la camisa roja, el jerkin escamado, las botas de caña alta —, dando por hecho que echaría de menos que los feéricos supieran de su condición con solo mirarlo. No parece que su situación social haya cambiado respecto de cuando era el protector de Dareon: debe permanecer al margen de la velada, atestiguando la diversión pero nunca formando parte de ella.

Me duele que nuestra miseria nos mantenga unidos. Él es un monstruo excluido en la Confederación, y yo era una marginada en la Tierra. No puedo seguir negando lo evidente: si una parte de mí lo adora es porque nos acercan nuestras tristezas en común, y si otra lo admira se debe a que él aún tiene fuerzas para luchar contra su destino. Yo solo me resigno.

Uno de los mozos que dan vueltas por el salón se acerca a ofrecerme una copa.

—¿Sabe a canela? —le pregunto.

El hada agita sus orejitas puntiagudas como si fueran las antenas de una radio buscando sintonizar.

—¿Canela? ¿Qué es eso? No lo sé.

Me encojo de hombros y lo pruebo. No sabe a canela, descubro con lástima, pero sí a algodón de azúcar. Lo termino de un trago, y, decidida, me dirijo al rincón en el que Vikram ve pasar las horas.

Procuro ignorar con todas mis fuerzas la mirada de arriba abajo que me dedica antes de detenerse en mis rostro, cuya expresión valora con curiosidad. Mi intención era contarle que me ha parecido tener una visión en la que Camlo estaba en Aranrhod, pero después de verlo apartado de la jarana, indudablemente mosqueado con su rol social, lo último que me apetece es ponerlo de peor humor.

Seguro que el mundo puede aguantar un día más sin ser salvado.

Extiendo la palma de la mano.

—¿Bailas conmigo?

Vikram enarca las cejas.

«Sabes que no puedo hacer eso».

—¿Quién lo dice? ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

«No, pero es una regla tácita. Los *japheth* debemos mantenernos al margen».

—Por quebrar una «regla tácita» no creo que vayamos a la cárcel. Además, acabo de hacerle un gran favor al rey. No creo que le moleste que te lleve a mover el esqueleto. —Hago un puchero infantil—. Vamos, ¿me lo vas a negar? Ahora mismo prefiero arrepentirme en el proceso que por no haberlo hecho.

Vikram lanza una mirada de auxilio al techo, pero sus ojos emiten un brillo risueño al entrelazar los dedos con los míos. Tira de mí, haciéndome dar una vuelta sobre mí misma, y me pega a su pecho.

«No tengo ni idea de bailar», confiesa.

—Yo tampoco —admito, conduciéndolo al corazón de la sala. Muchos de los cortesanos suspenden sus carcajadas y frenéticos movimientos un segundo para mirarnos con pasmo Al reconocer mi propio recelo en las expresiones de las hadas, agrego—: A lo mejor deberías sacarte las espadas de encima y las hileras de cuchillos que sé que escondes en el cinturón.

Vikram me mira como si hubiera dicho algo gracioso.

«¿De verdad crees que hay una sola criatura en este salón que no vaya armada?».

—Bueno... yo.

Él sacude la cabeza con dulzura.

«Yo soy tu armadura», replica con seguridad. «Y si te fallo, tienes tu mente».

—Eso ha sonado a que soy una dama en apuros sin remedio. —Hago una pausa—. Tampoco pasa nada, ¿no? La gente torpe también tiene derecho a existir.

Apoyo las manos en sus hombros con propiedad, algo más satisfecha conmigo misma después de llegar a esa conclusión. Dejo que la música nos envuelva.

Él parece momentáneamente aturdido.

«¿Qué se supone que tengo que hacer?».

No sé si me da ternura o una pena terrible que no sepa bailar.

—Llevas años, o décadas, o siglos, o la edad que tengas, viendo bailar a las hadas en las fiestas que Dareon organizaba en palacio. ¿No te puedes hacer una idea? —Arqueo una ceja. Vikram hace una cómica mueca de dolor—. Vale. En ese caso creo que con abrazarme será suficiente.

«Eso tampoco se me da muy bien», lamenta con un suspiro. «Pero merece la pena intentarlo».

Me quito las bailarinas transparentes con cuidado y, cruzando los

codos detrás de su cuello, me pongo de puntillas. Sigo sin alcanzar su rostro, pero podría contarle las pestañas si quisiera. Y querría. Ya lo creo que querría.

Con contención, Vikram me rodea la cintura y me acerca con cuidado, como si fuera de cristal.

—Preferiría bailar *La noche de mi amor* —confieso en voz baja—, pero parece que tendré que conformarme con la orquesta feérica.

«Seguro que algún día podrás bailarla».

—Pero ¿podré bailarla contigo? —Las palabras me salen atropelladas.

Sus cejas, fruncidas en una mueca de concentración, regresan a su estado natural.

«Podrás bailarla con alguien que te importe», me asegura. «Estoy seguro».

Parece compadecerme, tal vez compadecernos a los dos por nuestro miedo irrefrenable a seguir cometiendo el error de anhelarnos. Pero pasan los días y seguimos sin poder remediarlo. No nos regocijamos en el pecado de desearnos fundiéndonos el uno con el otro, eso es cierto, pero poner una barrera entre los dos no nos hace menos culpables de —ni menos vulnerables a— las inclinaciones de nuestro corazón. Y si ya era difícil aceptar estos sentimientos en Elyllon, ahora que nuestra unión definitiva podría perjudicar a Dareon, los remordimientos no me permiten respirar.

Sin embargo, hay momentos como este en los que no puedo ser prudente y necesito empaparme de su afecto.

—¿Y a ese alguien le importaré tanto como te importo a ti?

Su nuez de Adán tiembla.

«Eso sería imposible». Lo escribe en mi mente como si en realidad no quisiera que lo leyera.

Sacudo la cabeza, cansada de la situación.

—¿Por qué solo nos despedimos? ¿Por qué te digo adiós si todavía ni siquiera te he dicho...? —Agacho la barbilla para meditar en voz baja—: A lo mejor antes de rendirme debería intentarlo.

Me obligo a mirarlo a los ojos. El corazón me da un vuelco al toparme con ese brillo inusitado en el fondo de sus pupilas. No es nada distinto o menos intenso que el deseo reprimido y ocultado en balde durante demasiado tiempo.

La garganta se me seca.

«¿Y crees que este es el momento adecuado para intentarlo?».

No. Por supuesto que no es el momento adecuado. Acabamos de huir de nuestro príncipe, al que juramos servir fielmente; Kadesh es impredecible y será implacable si descubre nuestro objetivo. Pero si espero al momento adecuado, puede que al final del día me encuentre con las manos vacías. Puede que después de todo sienta que lo hice

todo menos lo que quería hacer.

Abro la boca para contestar aun cuando sé que él ya ha captado mi respuesta.

Kadesh interrumpe entrando en la sala y alzando la copa para hacer un brindis; enseguida, el copero se encarga de que tanto Vikram como yo estemos servidos. Le observo de reojo. Se nota que su mente sigue en nuestra breve conversación.

Desde su pedestal, el rey barre el salón con la mirada y, con una lentitud inquietante, esboza una sonrisa enigmática. Su capa blanca y ribeteada en dorado ondea con timidez en torno a los tobillos cubiertos por las botas altas, y su pecho se llena de aire a la vez que levanta el brazo.

—Por el futuro —aclama con solemnidad—. Y porque la paz no nos impida llegar a él.

Un cosquilleo me insensibiliza las piernas. El brillo agresivo en los ojos de Kadesh me turba, y como si Vikram pudiera percibirlo y quisiera recordarme que sigue siendo mi escudo, me estrecha contra su costado.

Esto es una buena noticia, ¿no? O no tan buena, y quizá tampoco sea una noticia, porque ya sabía que íbamos a ir a la guerra y Dareon quiere la paz incluso menos que Kadesh.

Me bebo de un trago el vino de algodón de azúcar y me obligo a permanecer estoica. Como Vikram observa con recelo el contenido de su copa, se la quito y me bebo también su contenido.

Una risa torpe se me enreda en la lengua.

—Vamos... Bailemos —animo a Vikram—. ¿Cuántos más tienen la suerte de saber que puede que esta sea su última noche antes de que les declaren la guerra? —Señalo con la barbilla a los cortesanos, que se divierten reanudando el baile—. Ellos no pueden ni imaginárselo, y aun así se divierten como si nunca más tuvieran la oportunidad de hacerlo.

«¿Y?».

—Deberíamos hacer lo mismo. No me gustaría morir resignada, o peor: arrepentida de no haber hecho nada para darle valor a mi vida.

Me coloco frente a él, preparada para copiar los movimientos de danza cortesana que va a dar comienzo. Vikram apoya su palma en la mía, inseguro, y damos un paso en la dirección contraria para trazar un semicírculo.

«Toda vida es importante. Incluso si la criatura no le encuentra sentido jamás».

—Pero yo no quiero darle un sentido, Vikram... Solo quiero darme por satisfecha.

7

Echo de menos a mis hermanas. Necesito hablar con ellas. Quiero poder preguntar por el grupo qué opinan sobre mi situación actual, que les contaría extrapolando los detalles y con eufemismos para no aterrorizarlas. Estoy segura de que si tuviera a Elsa al otro lado del teléfono animándome a despelotarme delante de Vikram, me resultaría muchísimo más sencillo.

La mente es una saboteadora de lo peor. Me basta con buscar a Vikram por todo el salón después de nuestro baile para que las imágenes de Dareon y de Roberto se impongan. Mi exmarido se ríe de mí por pensar que podría llegar a alguna parte con otro hombre, sobre todo con ESE hombre, y el príncipe... El príncipe me reprocha mi decisión y me repite que la enfermedad por la que siempre le he compadecido fue provocada por el mutante en el que pienso cada minuto del día.

Dios santo, no sé ni cómo he podido pensar en ello. No sé cómo puedo estar planteándome traicionar a Dareon entregándome a su ahora enemigo mientras él padece lo inimaginable a quién sabe cuántas millas de distancia. En el momento lo vi clarísimo: si es capaz de hechizarme para hacerle daño a alguien, no merece ni mi consideración ni mi apoyo incondicional. Pero no es tan fácil desprenderse de un ser querido solo porque no ha estado a la altura de una situación que le vendría grande a cualquiera. Él no lo sabía y sigue sin saberlo. Desconoce que Vikram es su hermano, que su madre fue una bruja, y que el envenenamiento se trató de un terrible error.

Si yo fuera un príncipe todopoderoso y descubriera que mi mejor amigo me envenenó, también me enfurecería. Y si me enterase de que después de eso, la *dysys* en la que confiaba ha elegido el bando opuesto... Puede que perdiera la cabeza, la verdad.

Abandono el salón, agobiada por mis pensamientos, y me apoyo en la pared del pasillo principal. Cierro los ojos e intento calmar mi ritmo cardíaco.

Tengo que verlo. Tengo que cerciorarme de que Dareon está bien.

Cojo aire, pero por más que trato de guiar mi mente a ese remanso de paz que me describió Laertes, no consigo tranquilizarme lo suficiente para invocar una imagen nítida. Aprieto los puños a cada lado de mis caderas y me balanceo hacia delante y hacia atrás, rogando para mis adentros: «Muéstrame a Dareon. Muéstramelo, por favor».

No tardo en empezar a sudar. La cabeza me duele, el cuerpo entero

me tiembla y los pies apenas me sostienen.

Muéstramelo. Muéstramelo, te lo ruego. Por favor...

Me toco la frente con los dedos. Me arde. Sospecho que no debería presionarme de esta manera, pero tarde o temprano tendría que afrontar lo que hice. No puedo esperar al día de la Justa Real, que está al caer, para ver cómo Vikram y Dareon se enfrentan en un duelo. Porque lo harán, ¿verdad? Mi terrorífica visión se cumplirá.

«¿Diana?».

Levanto la mirada del suelo. Me cuesta enfocar el rostro preocupado de Vikram. Sea lo que sea que encuentro en sus ojos, deshace el nudo de tensión en mi estómago, y con ese nudo se van las lágrimas que estaba conteniendo de milagro.

—Necesito asegurarme de que está bien —me explico entre sollozos—. Y no puedo... No puedo ver nada.

Vikram echa un vistazo a cada uno de los lados del pasillo antes de tomarme del codo. Estoy de acuerdo en que no debería sucumbir a una crisis desesperada en medio de una fiesta real, y ni mucho menos a las puertas del salón, pero podría ser algo más delicado al arrastrarme por la planta baja.

Una vez nos encontramos en la habitación que nos han adjudicado, cierra la puerta tras él y me enfrenta sin decir nada.

Me muerdo el labio para suavizar el temblor de mi barbilla. Desvío la mirada hacia mis dedos entrelazados en el regazo. Este vino es una mierda. El de canela por lo menos me hacía feliz y me relajaba el cuerpo, pero este saca a la llorona que llevo dentro.

—Creía que podría soportar lo que le he hecho —confieso en voz baja. No me atrevo a mirarlo—, pero no puedo. Estaba decidida a tomar lo que quiero, y de pronto me lo he imaginado a él, y...

«No tienes que hacerte cargo de lo que yo hice».

—¿Es que tú no te sientes culpable? —balbuceo, mirándolo con la esperanza de que me comprenda—. ¿Tú no lamentas lo que hiciste?

Como si necesitara ganar tiempo antes de responder, Vikram desabrocha los arneses que mantenían las armas ceñidas a su espalda y las arroja al suelo. No me mira en el proceso.

«Creo que ya me he lamentado suficiente». Me mira de soslayo con los ojos en llamas. «Él no se ha lamentado jamás por mí».

—¡Porque no sabe nada! ¡Nunca le dijiste la verdad! ¿Cómo querías que te compadeciera? Vikram... —Lo agarro del brazo—. Yo sé que Dare te importa. Quizá no tanto como él te quiere a ti, pero...

Mi respuesta le altera tanto que un brillo agresivo ensombrece su mirada.

«¿No tanto como él me quiere a mí? Yo he permanecido a su lado durante años sabiendo lo que se había hecho en su nombre, y no solo porque me sintiera culpable. No porque me estuviera pagando. Me

quedé porque...»

Presiento que si pudiera hablar se le habría quebrado la voz. Deja que las palabras escritas en mi mente se disuelvan antes de continuar, como si no soportara ver la verdad escrita.

«Es mi familia», confiesa al fin. «Se convirtió en mi familia en contra de mi voluntad. Solo imagina el amor que se necesita para romper una barrera de odio alimentada durante años».

—Entonces lo comprendes. Comprendes que... que tenemos que volver antes de que sea demasiado tarde. Tenemos que arreglarlo. —Tiro de su brazo—. Lo arreglaremos, Vikram.

Él aparta mi mano y me dirige una mirada sombría. Escruta mi rostro en un silencio que me deja el corazón en un puño. Se gira hacia mí muy despacio.

«¿Crees que no sé a qué viene este arrebato de culpabilidad?». Mi corazón deja de latir. «Hace días que dejamos Elyllon», prosigue. «Hace días desde que lo traicionaste. No vas a hacerme creer que no lo has asimilado hasta este preciso momento».

—Yo no tengo una cabeza privilegiada como la tuya —balbuceo, atormentada—, hecha para aprender idiomas en tres segundos y asumir las implicaciones de tus actos antes incluso de llevarlos acabo, y... Soy demasiado emocional, ¿vale?

«Y también eres una completa ingenua. Crees que alejándote de mí vas a seguir siéndole fiel de alguna manera. Que, cuando volváis a encontraros, te perdonará si tiene la certeza de que no has dejado que te toque. Una auténtica estupidez por tu parte».

Me abrazo a mí misma, de pronto sacudida por un escalofrío.

—No... No tiene nada que ver con eso —miento entre tartamudeos.

«Mentirosa», me acusa con los ojos inyectados en sangre.

—¿Acaso tú no te aferrarías a la más ínfima posibilidad de que te perdonase?

Da un paso hacia delante y me atraviesa con su mirada topacio.

«No si fuera a costa de alejarte de mí».

Su respuesta retumba por todo mi cuerpo, poniéndome la piel de gallina.

—Le juraste lealtad, Vikram —le recuerdo—. Nada debería interponerse entre...

«La lealtad de las bestias como yo está en quienes pueden pagar su precio», me corta, inmóvil frente a mí. «Pero hace tiempo desde que Dareon saldó su deuda conmigo, y no puede satisfacer mi avaricia porque nunca he codiciado su dinero. Te codicio a ti».

Juraría que su confesión quiebra la tierra que me sostiene. Me niego a poner pies en polvorosa afianzando los talones donde estoy y alzando la barbilla para mirarlo a la cara.

Él no se mueve, esperando mi siguiente movimiento.

—¿Y no te sientes culpable por ello? ¿Por pensar más en mí que en él en un momento tan crítico...? Porque yo sí.

«No voy a permitir que se me haga responsable de un sentimiento que no he elegido. Lo traicioné una sola vez y no volvería a hacerlo, pero si quiere seguir llamándome rebelde u obtuso por desearte, que así sea. Lo acepto. Sería la primera vez que elijo qué quiero ser, incluso si eso me convierte en un estúpido enamorado».

—Dios santo, Vikram. —Me doy media vuelta, temblando con violencia—. No digas eso. Tú lo traicionaste una vez, es cierto, pero yo lo hago cada minuto. Cada segundo. Lo traiciono cada vez que te miro. —Me seco las lágrimas de impotencia con el dorso de la mano —. Cada vez que te quiero.

No me da ni tiempo a asimilar lo que acabo de soltar. Vikram se acerca por detrás, enreda una mano en mi melena suelta y me obliga a girarme hacia él para estrellar su boca contra la mía. Un gemido débil mana de mi garganta, una manifestación de cuánto había anhelado volver a abrazarlo. Lo rodeo con unas manos que han perdido la sensibilidad, que ni siquiera siento mías, y dejo que me estreche contra su pecho hasta levantarme del suelo.

No me permite regocijarme en lo pequeña y ligera que parezco cuando me alza en vilo. Todos los pensamientos desaparecen bajo la dulce presión de sus labios abrasadores. Su beso despierta mis sentidos y me abruma de tal manera que solo puedo ser consciente del roce de nuestros cuerpos, de que su aliento me deja un vago recuerdo a verano; de su sabor a vino y sal de mar, de la suavidad de la piel que rastrillo con las uñas.

La intuición guía mis manos por los broches del jubón, y luego por los cordones que anudan su camisa bajo el gaznate. Él complica mi exploración negándose a separarse de mis labios lo suficiente para permitir que lo desnude. Nunca había experimentado el deseo de alguien, pero estoy convencida de que se siente como un fuego contagioso y arrasador porque se trata de Vikram.

Rodea mi cintura con la mano, buscando los lazos del corsé y los broches que mantienen a falda en su sitio. Los feéricos no conocen la ropa interior, y una vez más me encuentro en inferioridad de condiciones cuando, al lograr quitármelo, me quedo desnuda mientras que él sigue con los pantalones y las botas puestas.

Vikram hace ademán de dar un paso atrás para mirarme, pero se lo impido abrazándome a él.

Un gemido escapa de mis labios cuando aplasto mis pechos contra su caliente pectoral.

«¿No vas a dejar que te vea?», pregunta, acariciando mi espalda con los dedos.

—¿Por qué querrías verme?

«Necesito guardar más recuerdos de ti».

—Entonces dejaré que me mires luego.

Recorro los laterales de su cuello y me estiro para besarlo en la barbilla, en la esquina del mentón, en la protuberancia de su garganta, entre las clavículas. No puedo negarle amor a ninguna parte de su cuerpo. Apenas entendí lo que le ha sido arrebatado por el simple hecho de pertenecer a Jorghen el Hacedor, deseé con todas mis fuerzas que tuviera acceso a todos los placeres del mundo. A todo lo que quisiera. Si ahora me quiere a mí, tiene que tenerme.

Puede que quiera a Dareon por cientos de razones, pero a Vikram lo amo a pesar de todas ellas.

Vikram me trae hacia sí empujándome por las nalgas. Ladea la cabeza para dejar un beso en mi cuello y otro en mi sien. Hunde los dedos en mi pelo y tira con suavidad para que nuestras miradas se crucen un instante. La calidez de sus ojos me halaga y me intimida al mismo tiempo. Parece imposible estar a la altura del deseo que me profesa, pero conforme me va tendiendo sobre la alfombra como si fuera una valiosa pieza de museo, comprendo que jamás podría decepcionarlo.

La tela me hace cosquillas en la espalda, pero no me río por eso.

«¿Por qué aquí?», pregunto mentalmente. Si quisiera hablar, no podría.

«Es una forma de redimirme».

«¿En qué sentido?».

«Debí haberte tomado por primera vez en la alfombra de mi cuartucho en palacio».

El recuerdo me excita, una excitación que se dispara por las nubes cuando lo veo incorporarse para sacarse las botas y los pantalones. La mirada ansiosa que desliza por mi cuerpo no me ruboriza más que la visión de su erección. Me humedezco los labios involuntariamente y jadeo con nerviosismo. Él me separa las rodillas muy despacio. Sus manos me recorren la cara interna de los muslos y se detienen en la ingle.

Cierro los ojos al sentir sus labios y el inicio de su barba en la rodilla.

«Siento que me voy a morir», confiesa. Me coge de la mano y me la coloca sobre su pecho. El corazón le late tan deprisa que podría haberme preocupado si sus labios no consiguieran borrar todo lo que no pertenece al aquí y al ahora: mis pensamientos, mi memoria e incluso mi nombre. Este cuerpo no es el de la Diana que conozco, porque al cuerpo de esa Diana jamás lo han querido y venerado de esta manera.

Vikram acaricia mi entrepierna tentadoramente. Arqueo la espalda, sintiendo cómo la sangre se concentra en la zona y palpita pidiendo

más. Aunque el ardor me vaya incapacitando para hacer algo más que estremecerme, me niego a quedarme quieta y recorro sus brazos con los dedos, su rostro, su pelo ahora suelto, su pecho marcado por la tinta, en el que nunca he querido detenerme demasiado por lo turbias que parecen las runas del Hacedor.

No recuerdo haberme sentido así, y sé que él tampoco. Nos lo decimos en silencio intercambiando una mirada cómplice.

Vikram suspira a la vez que yo cuando retira los dedos con los que me había estado torturando. Los levanta lo suficiente para que los vea brillar. Él parece muy orgulloso por cómo reacciono a sus caricias. Yo vuelvo a ponerme colorada.

«Eres tan tierna que parece que llegaste al mundo ayer mismo». Roza su nariz con la mía. «Mírate... Te ruborizas con tanta inocencia».

«No te rías de mí».

«No me río». Desliza la mano por la curva de mi cadera. «Me conmueve».

Sus labios toman los míos con delicadeza, pero esa paciencia inicial se va deformando conforme el beso se torna frenético. Levanto las caderas para entrar en contacto con su cuerpo febril, y él, consciente de lo que necesito, me las sujeta contra el suelo para penetrarme de una embestida.

Me quedo sin aire en los pulmones. Aguanto la respiración, esperando que llegue el dolor, pero la sensación es inexplicablemente placentera. Sus caderas se han encajado entre mis piernas: lo he acogido hasta la empuñadura. Siento que se mueve despacio, que se retira para llenarme otra vez, y poco a poco esa tensión que temía el desgarro se va disipando, transformándose en unas cosquillas candentes que me muerden el bajo vientre. Me agarro a sus hombros y me atrevo a suspirar cuando vuelve a resbalar dentro de mí de forma lenta y gradual. Él tiembla levemente y altera suspiros y gruñidos contra mi cuello.

Quisiera poder decirle algo, pero no tengo palabras ni pensamientos. Estoy a la deriva, tan concentrada en su calor y en sus tiernos besos que solo existe el placer.

«Dime si te hago daño».

Inexplicablemente, se me llenan los ojos de lágrimas. Le clavo las uñas y elevo las caderas en una súplica elocuente. Vikram rescata una lágrima rebelde de mi sien. Una sonrisa se dibuja en su rostro sudoroso y niega con la cabeza con esa dulce exasperación que siempre me ruboriza.

«Llorona...»

Su erección se me clava más profundamente, y tengo que agarrarme a sus hombros para soportar el ritmo imparable al que se entrega. Cada vez que me vacía antes de volver a penetrarme, noto

que mi sexo gotea y me arden las mejillas. Es una sensación nueva y extraña, sucia, pero ruego para que no se detenga nunca para que mi saliva siempre sepa a la suya, para verlo disfrutar por primera vez, despojado de esa contención que le impide ser él mismo y esa oscuridad que lo persigue.

Ahueco sus mejillas con las manos para besarlo cuando siento que no aguanto más, y todo mi cuerpo convulsiona presa de un poderoso orgasmo. Elevo las caderas y culebreo entre sus brazos, gimiendo incoherencias. Él rueda conmigo para tenderme sobre su pecho.

Sé que se corre cuando cierra los ojos con los labios entreabiertos y siento que se hace más grande dentro de mí.

Me recuesto sobre él, moviendo aún las caderas y apretándolo entre mis muslos para intensificar su sensación. Beso el lateral de su nariz y suelto una risa estúpida al oírlo gruñir como un animal.

—¿Querías decir algo con eso? —jadeo por fin, con una voz que no me reconozco.

Vikram abre los ojos. Son más naranjas que nunca. Arqueo una ceja y él suspira, pero no suaviza el brazo tenso con el que me mantiene pegada a su cuerpo; de hecho, lo afianza para impedir que me mueva un solo centímetro.

«Nada que no supieras». Y por si acaso no me hubiera quedado, lo aclara. «Soy tuyo».

8

Me incorporo exagerando muecas de sufrimiento e intentando no hacer ruido. Es genial eso de que en el fragor de la primera batalla decidiéramos prescindir de la cama, pero digo yo que para la segunda, la tercera y la cuarta vez no hacía falta quedarse en la alfombra. Puede que él esté acostumbrado a dormir en el suelo, pero yo llevaba un par de días haciéndolo y no me hace gracia. Juraría que, además de agujetas en todo el cuerpo, tengo tortícolis.

Estoy preparada para echarle la bronca, pero entonces lo veo plácidamente dormido a mi lado.

Bueno, para ser justos con la verdad, antes de verlo, lo siento: tiene sus veinte kilos de brazo encima de mi cadera, lo que me dificulta la tarea de levantarme.

Aunque... ¿por qué querría levantarme?

Vikram tiene una carita de bendito por la que merecería la pena pasar las mil y una noches con lumbago. Nunca lo he visto dormido, y debo decir que me lo imaginaba igual de mortífero que despierto, pero su rostro transmite pura serenidad.

Con una sonrisa traviesa, aprovecho que tiene los labios entreabiertos para recorrerlos con el dedo índice. Son igual de suaves que cuando me besa, aunque de una manera diferente.

¿Cómo puede ser un hombre tan guapo? O, más bien... ¿Cómo puede ser este bicho tan perfecto? Nunca me imaginé enredada con un tipo de estas características, y no solo porque no me los imaginara fijándose en mí, sino porque yo tampoco solía prestarle atención a los masculinos de gimnasio capaces de aplastar melones entre los muslos. Ahora me cuesta incluso recordarme debajo de Roberto. Que no quiero decir que tuviera el pecho hundido y fuese precoz, pero...

Tenía el pecho hundido y era precoz.

¿Qué importa Roberto ahora? ¿De verdad quiero amargarme la mañana?

¿De verdad *podría* amargarme la mañana, aunque quisiera?

Lo único que me preocupa es la alegría y despreocupación con la que le solté que lo quería. No lo pensé, y ahora, meditándolo, me sorprendo un tanto aturdida por mi arrebato. Elsa, que es la visceralidad personificada, siempre dice que lo que sale de nosotros por impulso es lo que realmente merece la pena. Sostiene que la verdad está en los gritos de una discusión, en los mensajes que mandas borracho a las cuatro de la madrugada y en esas confesiones

que haces medio adormilado al dar media vuelta en la cama.

Si Elsa tuviera solo un pequeño porcentaje de razón, estaría perdida. ¿O no? Querer a Vikram podría ser tan mala idea como lo he sospechado desde el primer momento, pero ¿y si hubiera otro destino para nosotros?

«¿Qué destino, Diana?», me pregunto a mí misma con ironía. Y tiene su parte de razón. ¿A dónde van un mutante y una humana? Ya he visto que pueden dirigirse a la cama, cosa que no estaría mal si fuera la clase de chica que se conforma con echar un polvo, pero a una convivencia feliz... No lo tengo tan claro.

Vikram lanza un suspiro, aún dormido, y cambia de postura. Aparta la mano de mi cintura y se tumba boca arriba. Una sonrisa estúpida me curva los labios. No me lo pienso al aprovechar —con todo el dolor de mis pobres músculos— para sentarme a horcajadas sobre él. Está gloriosamente desnudo y tiene una erección de caballo de la que creo que podría ocuparme.

Puede que no tenga el móvil a mano para llamar a mis hermanas con una crisis existencial, pero sé lo que Elsa me diría porque la conozco como a la palma de mi mano: «Disfruta mientras puedas, que si sale mal, nadie podrá quitarte lo bailao». El consejo de Abril no sería tan *carpe diem*. Ella es mucho más racional. Me soltaría algo como: «Si piensas en tu futuro y lo ves negro, no te arriesgues». Pero llevo demasiado tiempo siendo Abril. Ahora quiero ser un poco más Elsa... o un poco más yo misma.

Trago saliva antes de rodear su erección con los dedos. La acaricio hacia arriba muy despacio, pendiente de su rostro en paz, y desciendo por su cuerpo siguiendo el ritmo de sus exhalaciones. No me considero ninguna fetichista, pero el movimiento de mi propia mano me hipnotiza al moverse por toda su longitud.

Casi doy un respingo cuando él abre los ojos de golpe. En lugar de decir —o pensar— nada, me mira con los párpados entornados y luego se fija en mi trabajo manual. Yo no me detengo: al contrario. Lo masturbo más deprisa, apretando al llegar a la base y acariciando con la yema del pulgar el centro del suave prepucio. Observo, con el corazón latiéndome muy deprisa, que su respiración se va irregularizando hasta que empieza a tomar aire por la boca. Justo cuando creo que va a correrse, y de un movimiento que no veo venir, da la vuelta conmigo en brazos y se coloca encima de mí con una ceja enarcada.

«Te has despertado muy traviesa».

—¿Y qué pasa? —replico, sonriendo a unos centímetros de su cara.

Mi sonrisa se desvanece en cuanto se inserta dentro de mí de una sola embestida.

«No sé. ¿Qué pasa?». Ladea la cabeza y me retira un mechón de

pelo de la cara. «Dímelo tú».

La respuesta muere en mi garganta, y todo cuanto acaba saliendo es un gemido lastimero. Vikram me separa una de las piernas hasta que la rodilla toca al suelo y me embiste con energía, empujándome unos centímetros hacia arriba.

Mis manos acuden, veloces, a sus amplios hombros.

—Creo que deberías... deberías... recordar que...

Desisto de hablar cuando vuelve a penetrarme con saña. Vikram baja la cabeza a mi pecho y dibuja una línea vertical de besos por mi esternón. Solo se desvía para rodear el pezón con la lengua. Un segundo después lo tiene en la boca. Me retuerzo al notar la presión de sus dientes en torno a la carne sensible.

—¿Es que quieres acabar conmigo?

Levanta la barbilla para mirarme con una media sonrisa.

«Sí. Voy a arruinarte para siempre».

«Ya veo que sigues intentando conquistarme con las seis palabras».

«Y con los seis orgasmos».

Oh, joder, es verdad. Este sería el sexto.

Cruzo los tobillos a su espalda y lo aprieto entre mis piernas. Me he fijado en que, cuando lo hago, cierra los ojos, sumido en un placer indescriptible. Su placer me produce una satisfacción para la que no existen las palabras.

—Te gustar encima, ¿no?

«No te has quejado estando debajo».

Me muerdo el labio para ahogar un grito cuando empieza a aumentar el ritmo. Vikram se inclina sobre mí y me da uno de esos besos que duran una eternidad y te agarran el corazón en un puño. En uno de esos besos nos dejamos ir, primero yo, mordiéndole el labio inferior, y después él, con una mano afincada en mi cintura y la otra a un lado de mi cabeza.

Vikram se desploma sobre mí —sin llegar a aplastarme, gracias al cielo—, y así nos quedamos durante unos minutos, flotando en el delicioso limbo poscoital... Hasta que de pronto me asalta una duda.

Él se percata de que la alarma me tensa todo el cuerpo y se retira con gesto expectante.

—¿Te has...? —balbuceo—. No te has apartado para... Joder, no te has puesto condón, ¿verdad?

«¿Condón? ¿Qué es eso?».

Nos ha jodido.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué hacéis aquí cuando no queréis dejar embarazada a la feérica con la que os acostáis? ¿No os obligan a poneros algo, no existen métodos anticonceptivos?

«¿No deberías saber eso ya?». Por primera vez, me lo pregunta divertido, sin la acritud con la que me lo reprochaba al principio. «Las hadas solo son aptas para la reproducción en sus períodos fértiles, que comprenden un curso de once días en todo el año. El resto del tiempo no hay riesgo».

—Ah, vale, muy bien, me alegro por ellas. Pero sabes que yo no soy un hada, ¿verdad? Este cuerpo es humano. —Y me señalo el ombligo. Un escalofrío me recorre la espalda. No tardo en levantarme, confusa y mareada. Arranco una sábana de la cama para cubrirme y mirar al satisfecho y sudoroso Vikram con el ceño fruncido—. Vikram... Dios, se me ha olvidado por completo que...

«¿Qué?», pregunta él, sin entender nada.

—¿Cómo que «qué»? ¿Es que no te enteras? ¡Podrías haberme preñado! ¡Y sería justo eso lo que me faltaría!

Vikram se relaja visiblemente. Se da la vuelta y se dirige al otro lado de la habitación. Antes de apartar el biombo que separa el aseo con la bañera del dormitorio, responde:

«No te preocupes por eso. Los *japheth* somos estériles».

Pensaba que me sentiría aliviada en cuanto descartara la posibilidad de haberme dejado embarazada, pero la palabra se queda flotando entre nosotros hasta que decide atravesarme el oído como un grito de espanto.

Se me cae el alma a los pies.

—¿C-cómo? —Mi voz suena entrecortada.

Desde el cortinaje, y sin girarse del todo, Vikram ladea la cabeza por encima del hombro.

«Jorghen el Hacedor es muy celoso de sus creaciones. No permitiría que nos reprodujéramos; de esta manera dejaría de tener el control sobre el número de mutantes de la Confederación. Además de que es un milagro que salgamos vivos después de un proceso de mutación tan agresivo. No nos pidas también que sobrevivamos intactos, sin haber realizado un solo sacrificio».

—Pero eso es... —Me cubro la boca para que no vea que me tiemblan los labios.

«Es una buena noticia», corta él, de pronto tenso. «Imagina qué podría salir de ahí».

Sin darme opción a responder, desaparece detrás del biombo. Me dejo caer sobre el borde de la cama, con la mirada desenfocada y el corazón un poco más roto. Pero esta vez no se me rompe por él y por la crueldad de su creador. Vikram parecía más incómodo por el hecho de que preguntara que afligido por su desafortunado destino. Se me rompe por mí.

Son buenas noticias porque quería quedarme embarazada ahora mismo. Pero haya pensado en un futuro con Vikram o no, esto suma

otro impedimento a lo que aspiro de un compañero.

Joder, ¿a quién quiero engañar? Si me abracé a él anoche es porque mantenía la minúscula esperanza de que todo saliera bien; de que volviéramos a la Tierra y todo fuera mágico. De que pudiera cumplir mi sueño frustrado de formar una familia y vivir como el modelo de mujer de treinta años que se estilaba en los cincuenta: casa en urbanización con jardín privado, marido trabajador e hijos.

Porque voy a cumplir treinta y dos en unos meses, y a partir de esa edad empieza a complicarse quedarse embarazada.

Estéril. Es *estéril*.

Por Dios santo.

Me cubro más con la sábana, aguantando como una campeona el inoportuno deseo de romper a llorar otra vez. Me reprimo porque no quiero compadecerme de mí misma. Y, sin embargo, cuando me ato la sábana a la altura del pecho y me obligo a ir a la bañera, el tema sigue rondando mi mente, y toma incluso más consistencia cuando Vikram y yo intercambiamos una rápida mirada.

«¿Cuál es el problema?», exige saber con hastío. Parece molesto mientras se frota los brazos.

Agacho la barbilla, avergonzada por mi estúpida reacción.

¿Cuál es el problema? Ninguno. Si yo no quería tener hijos con él. Ni siquiera estaba pensando en niños hasta este momento. De hecho, me sentía culpable solo besándolo como para encima desear un embarazo. Pero si quisiera tenerlos, no podría.

Y eso me entristece y me frena.

«¿Quieres tener hijos?», me pregunta, mirándome con fijeza.

Intento disimular la tensión que se acumula en mis miembros jugueteando con el borde de la sábana de marfil que me cubre.

—Sí.

Vikram asiente con la cabeza, como si validara mis deseos.

«Sabes...» Sacude la cabeza. «Olvídalo».

—¿Qué ibas a decir?

«Nada».

—Dímelo —insisto, nerviosa—. Dímelo o entraré en tu cabeza.

Vikram me lanza una mirada hostil, pero termina cediendo con un suspiro.

«Correrías un gran riesgo si te quedaras embarazada», explica con lentitud, como si estuviera dudando entre qué palabras escoger. «Los recipientes de la *dysys* que han traído una criatura al mundo han muerto durante el alumbramiento».

Pestañeo una sola vez.

—¿Cómo?

«Tengo entendido que la *dysys* abandona el cuerpo maduro de la madre para dar dotar de vida el del bebé». No me mira al

transmitirme la información. Se concentra en enjabonar los tatuajes del pecho con la palma de la mano, trazando lentos círculos que dejo que me hipnoticen para aislarme de la crueldad de la conversación. «Y ya sabes que, sin el espíritu de la *dysys*, el recipiente no sobrevive».

—Pero... —tartamudeo—. Se supone que la *dysys* no... no... Hasta que no muere el cuerpo no... ¿Por qué nadie me había dicho esto?

«Supongo que nadie sabía que te querías quedar embarazada».

Percibo una crispación en el trazo de su respuesta, señal de reproche velado, y no tardo en envararme.

—No es algo que una vaya proclamando a los cuatro vientos. ¿A quién le interesa lo que espero yo de la vida, o los anhelos secretos de mi alma?

Vikram clava en mí sus ojos como puñales.

«A mí».

De pronto no me veo con fuerza para sostenerle la mirada. Aparto la cara y me concentro en mis dedos. Escucho, tras un breve segundo de silencio, que se levanta en la bañera. Sé que sale al escuchar el chapoteo de sus pies en el suelo. No alzo la barbilla hasta que intuyo que se encuentra al otro lado de la habitación.

Cuando lo hago, tengo los ojos vidriosos.

El trol que se encargó de vestirme anoche entra en el dormitorio. Intercambia unas palabras con Vikram y retira el biombo para llegar a mí con una canasta a rebosar de colores.

—¿Predilecto? —me pregunta, mirándome con sus ojillos negros—. Cantidad de optativos. Mucha viveza.

Sonrío con un rastro de amargura y le hago un gesto para que me acerque los diferentes vestidos. Le agradezco que me dé a elegir y opto por uno grueso de corte medieval con la manga ancha a partir del codo, un fajín estrecho y escote a la barca. Me tengo que sentar en el suelo ya vestida para que me recoja el pelo en un simple moño sin adornos.

Queda confirmado que la sencillez está en boga aquí.

No medio palabra en todo el proceso.

«Correrías un gran riesgo si te quedaras embarazada».

No ha habido una sola vez que haya mirado al futuro y no me haya visto con un crío. Estaba tan segura de ello que hasta mis hermanas, conocedoras de mis deseos y enemigas de la maternidad pero ansiosas por el título de tías, dejaban caer mi responsabilidad a la mínima oportunidad: que si ya estás madurita, que si conozco un amigo que es ginecólogo, que si esta clínica privada te preña en dos semanas...

Es injusto que tenga que renunciar a todo lo que quiero.

—Su Gloriosa Majestad entronizado —avisa el trol—. En el trono. Donde el trono.

«Nos espera en el salón», traduce Vikram, sin mirarme.

Se me seca la garganta al verlo vestido enteramente de blanco, con las calzas y el jubón distintivos de la casa de Aranrhod. No era esto lo que vestía en la visión que tuve, aquella en la que se peleaba con Dareon, pero saber que estoy un paso más cerca de la conclusión inevitable me abruma.

Estéril. Eso es todo en cuanto puedo pensar cuando lo miro.

Aunque no lo hubiera sido y yo no corriera la misma suerte, ¿habría querido un hijo de Vikram? ¿Habría querido un niño con el ADN mutado? ¿Cómo habría sobrevivido una criatura así en la Tierra?

«Lo más seguro es que no lo hubiera hecho», ataja Vikram.

Mierda, ha oído mis pensamientos. Espero a que añada algo más, pero Vikram sale al pasillo, dejándome con un palmo de narices.

Me recompongo como buenamente puedo y me obligo a ser amable con el trol, aunque su torpe manejo del lenguaje me ponga nerviosa y el cambio de actitud de Vikram me inquiete.

¿Ahora qué? ¿Qué es lo que procede? Va a ser imposible borrar la huella de sus labios de mi piel en unos cuantos días, pero quizá en unos meses todo esto quede para el recuerdo o no sea más que un sueño demasiado vívido. Pero, por ahora, ¿qué somos? ¿A dónde nos dirigimos?

Tendremos que hablar de ello, aunque sea.

Dios, necesito a mis hermanas.

Retiro la mano del vientre, que me había cubierto con afán protector sin darme cuenta, y cuadro los hombros antes de acceder al salón. Kadesh se levanta en cuanto nos ve entrar, como si fuéramos nosotros los verdaderos monarcas. Hace un gesto elegante con la mano, y algunos de los guardias que franqueaban el pasillo hasta el trono rompen filas para escoltarlo a...

«¿A dónde vamos?», le pregunto a Vikram.

Él no me mira. Yo tampoco quiero mirarlo.

La única respuesta que acude a mi cabeza cuando me pregunto qué somos, es «estériles».

«Si me guío por lo que me mencionó ayer, a la sala del Consejo. Quiere que colabore con el consiliario de guerra y cuadre algunas estrategias para la Justa Real. Apenas quedan un par de días».

«¿Y yo qué pinto ahí?».

«Querrá alegrarse las vistas».

No sé si ofenderme porque limite mi significancia a mi aspecto o sentirme halagada porque le parezco atractiva. Opto por no responder.

Doblamos la esquina para cruzar al pasillo del ala este. Vikram y yo caminamos en la misma línea, hombro con hombro, cuando una de las muchas puertas se abre de repente y de ella emerge una figura esbelta y bien vestida con la lisa melena escarlata sobre los hombros.

Vikram se tensa a mi lado, pero no deja de caminar al reconocer, al

igual que yo, a Camlo.

Él nos localiza con su mirada permanentemente divertida, en la que siempre me ha parecido intuir un rapto de locura, y esboza una levísima sonrisa que parece fruto de mi imaginación. Sin detenernos para no levantar sospechas, aunque rígidos como estacas, observamos que agacha la cabeza en una especie de reverencia irónica a la que pone fin de inmediato para tomar el camino opuesto. Desaparece de nuestra vista paseando relajado con las manos en los bolsillos. Incluso me da la impresión de que me llega el eco de sus silbidos cantarines.

Vikram aprieta los puños.

«¿Qué hace ese idiota aquí?».

«Ya estaba aquí ayer», contesto. «Lo vi durante la fiesta».

Vikram se gira hacia mí con gesto adusto.

«¿Que lo viste? ¿Y no me lo dijiste de inmediato?».

«Se me pasó».

«¿Que se te pasó? ¿Qué era eso tan importante que estabas haciendo para olvidarte de decirme que hay un maldito *hatus* vestido con las distintivas ropas de Aranrhod en la corte de Kadesh?».

Su arrebato me deja perpleja.

«¿Cuándo te habría gustado que te comentara la situación? ¿Cuando me empotrabas contra la alfombra? Supongo que esa es la insignificante tarea a la que dediqué la noche de ayer».

Kadesh se detiene ante el magnífico portón labrado del salón del Consejo, encajado en un arco ojival brocado en oro. Se gira hacia nosotros con gesto indescifrable.

—Las discusiones de enamorados me dan dolor de cabeza. Esperad a la hora del almuerzo para insultaros cuanto gustéis —dice sin entonación. Debe interpretar correctamente mi expresión de espanto, porque agrega—: No me interesa lo que os estéis diciendo ni tampoco tengo la menor idea, pero el ambiente se electriza cuando llueven los reproches, y no me gusta, así que cerrad el pico.

Empuja la puerta y entra seguido de sus guardias de confianza.

Vikram me hace un gesto para que lo haga yo primero, pero al ver que tiene la boca torcida y me mira cabreado, me cruzo de brazos y señalo la entrada con un movimiento de cabeza. Él no fuerza su caballerosidad y acaba accediendo a pasar.

Antes de hacerlo yo, inspiro hondo y me convenzo de que este extraño ambiente acabará disipándose. Y si no, tengo una larga y aburrida reunión sobre estrategia bélica por delante para distraerme.

9

Para nuestra inmensa desgracia, Kadesh solo necesitaba ayuda para repartir a los participantes de la Justa en los espacios, cuadrar el horario de los entrenamientos previos a los duelos y debatir sobre las armas de las que proveerán a los aspirantes, como también hacer una lluvia de ideas de los premios honoríficos que recibirán los cinco ganadores. Esperaba detectar alguna irreverencia en su postura o en sus comentarios, algún detalle que me diera a entender que la Justa es más de lo que parece, como un método para reclutar soldados. He estado toda la charla en tensión, esperando que Kadesh interrumpiese para preguntar a los expertos dónde es mejor colocar a los arponeros que dispararán a los aspirantes de Elyllon si Dareon se pone farruco.

Pero ese momento no ha llegado.

Todo parecía normal, no más que una excusa para celebrar su supremacía, y ahora me pregunto si no soñé su brindis de anoche, ese en el que decía sin pelos en la lengua que, para conservar su poder, pasaría por encima de la paz si fuera necesario.

Abandonamos el salón del Consejo por una puerta que da a un jardín interior. Flores amarillas que me recuerdan a aquella escena de *Big Fish* en la que Edward cortejaba a Sandra se extienden hasta donde alcanza la vista; solo un caminillo de piedras facilita el paseo hasta la otra punta del patio. Distraída, acaricio las florecillas con los dedos. Gracias al aroma dulzón que se concentra entre las columnas, al aire fresco y al sol que brilla en lo alto del cielo, puedo alegrarme por un segundo de seguir viva.

La presencia de un Vikram rígido y meditabundo a mi lado no ayuda a prolongar esta agradable sensación. No se ha dirigido a mí en toda la reunión, y no parece con la menor intención de hacerlo ahora. Menos todavía cuando observa que Kadesh se detiene frente a ese Camlo que de pronto está en todas partes. Intercambian unas palabras que no consigo descifrar. Kadesh acepta un pequeño estuche aterciopelado que Camlo rescata del bolsillo interior de la chaqueta y, acto seguido, desaparece.

Vikram, Camlo y yo nos quedamos a solas en el patio.

El *hatus* parece con la intención de quitarse de en medio, pero Vikram lo impide llegando a su altura en apenas unas zancadas y agarrándolo del jubón. Si consigue elevarlo del suelo es porque él se deja, y lo hace con esa sonrisa burlona que parece definirle.

«¿Qué diablos haces aquí? ¿Sirves a Kadesh?».

—¿Así es como saludas a los viejos amigos? Haz el favor de

soltarme, *japheth*. Te aseguro que nunca evito una confrontación. No correrías el riesgo de que me esfumara. —Vikram lo suelta a regañadientes, tiempo que utilizo para correr hasta su altura. Mientras se recoloca las prendas de ropa, Camlo me mira de reojo—. *Dysys*... Un placer volver a verte. Una lástima que ahora vayas más tapada.

«Responde», ordena Vikram. «¿No se suponía que vivías al margen de las sociedades civilizadas? ¿Que ha sido de la tribu antiestatista que defiendes y cuyos integrantes correrían peligro si el rey supiera de su existencia?».

Camlo se quita una pelusilla invisible de un hombro.

—No debes conocer mucho a Kadesh si dices que un pueblo a su cargo (o la estirpe de la que procede, ya puestos) entra en la definición de «sociedad civilizada». —Mete la mano en el interior de la chaqueta, donde parece haber un bolsillo, y suspira—. Aunque tú y yo tampoco somos mucho más civilizados que las salamandras de Asghar, claro.

«No juegues conmigo. Me puedo hacer una idea de por qué merodeas por la zona, y no me gusta un pelo».

—A lo mejor solo voy a asistir a la Justa Real y me estoy preparando. —Encoge un hombro con... ¿coquetería?—. He nacido con un talento bélico envidiable, pero también me gusta explotar otras de mis facetas, como la de caballero de justicia. ¿No crees que el blanco y el dorado me favorecen?

Vikram pierde la paciencia y vuelve a agarrarlo.

«Habla o revelaré el lugar de tu enclave secreto».

Frunzo el ceño.

—Por supuesto que no vas a revelar nada —intervengo, mosqueada —. Estarías implicando a pobres inocentes, ¿y acaso tienes algo en contra de que se proteja a los marginados?

Vikram me fulmina con la mirada. Su furia me deja helada y me cabrea a la vez que me da ganas de llorar. ¿A qué viene esto?

«Los marginados deberían buscarse la vida, como han hecho todos los demás». Devuelve la mirada a Camlo, que ha perdido la sonrisa. Un brillo peligroso se ha adueñado de su mirada. «Deduzco por tu cara que Kadesh no puede hacerse una idea de quién eres y a lo que te dedicas».

—¿De veras crees que puedes engañar a Kadesh sobre tu identidad cuando tienes estos ojos? —Se los señala—. El rey conoce el fuego, musculitos. Puede sentirlo dentro de mí.

«¿Entonces?».

Camlo ladea la cabeza, meditabundo.

—No pareces preocupado porque pudiera haberle mentido a Su Gloriosa Majestad... Más bien preocupado porque pueda estar echándole una mano. —Una lenta sonrisa estira la diminuta cicatriz

que tiene en la comisura del labio superior—. Eres un espía de pacotilla. Yo, a diferencia de ti, no tengo nada que esconder... Así que en tu lugar no intentaría chantajearme.

«¿No? ¿No tienes nada que esconder? Entonces ¿por qué no me cuentas qué haces tan lejos de tus camaradas?».

Se encoge de hombros.

—Las putas de Aranrhod me vuelven loco.

Camlo esquiva con agilidad el puñetazo que podría haberle incrustado en los dientes.

Intervengo enseguida apartando a Vikram del pelirrojo.

—Basta ya —le ordeno, mirándolo con el ceño fruncido. Ha perdido los papeles—. ¿Cuál es tu maldito problema? —Sacudo la cabeza, decepcionada, y me giro hacia Camlo, que me estudia con orgullosa expectación, como si supiera que solo yo puedo poner orden —. Sabes quién soy y lo que puedo hacer —le recuerdo con tranquilidad—. Tienes dos opciones: contarnos qué te traes con Kadesh o esperar a que yo lo vea con mis propios ojos. No necesito ni tocarte ni tenerte en mi campo de visión para buscar el vínculo que os une a Kadesh y a ti y deducir vuestros planes por mí misma.

—¿Y por qué no lo ves y luego me lo cuentas? —Me guiña un ojo.

Se da la vuelta con la intención de largarse. Impulsada por el deseo de demostrar que no le conviene burlarse de mí, cierro los ojos y me concentro en viajar al instante pasado más reciente entre Kadesh y Camlo: el momento de la entrega del estuche aterciopelado.

Camlo apenas ha dado cinco pasos cuando alzo la voz para decir:

—Le has dado a Kadesh una bonita y práctica cadena de hierro hechizado. Me pregunto por qué le harías entrega de algo que podría hacerte tanto daño. —Camlo frena abruptamente, pero no se gira hacia mí—. Antes de que llegues a la puerta, habré descubierto un secreto tuyo que no te gustaría que Kadesh descubriera. Ni Kadesh, ni nadie. ¿Sigues sin querer decirme qué sucede?

Camlo gira sobre los talones muy despacio, debatiéndose entre la admiración y la irritación.

—Eres toda una pieza, cariño —ronronea con una sonrisa cruel—. Ven aquí, siéntate en mi regazo y me dices qué quieres que te cuente.

—¿Para qué quiere Kadesh la cadena que devuelve al *hatus* a su forma humana?

—Es mi prueba de lealtad. —Se encoge de hombros como si tal cosa.

«¿Por qué le debes lealtad a Kadesh?».

Camlo chasquea la lengua, negando con aire soñador.

—Yo solo respondo las dudas de las niñas bonitas, *japheth*.

—Contesta a su pregunta —le ordeno, envalentonada.

Camlo acorta la distancia que nos separa paseándose con

parsimonia. Tiene la vista fija en mí. Sus ojos color sangre despiden destellos ambarinos, como si el fuego crepitara dentro de él. Nada en el *hatus* transmite algo distinto a simpatía; se las ha arreglado para que nadie pueda decir a simple vista que es la criatura más poderosa de la Confederación y uno acabe bajando la guardia en su presencia. No necesita aparentar ser mortífero para dar miedo. Ya es un monstruo. Ya es terrorífico. Y que no lo aparente solo es una manera de guiar a las víctimas a su perdición.

—Kadesh me encontró hace tiempo. A mí, a mis camaradas y a mis protegidos —concreta mirándose las uñas, como si al historia no fuera con él—. Podría habernos borrado del mapa con solo chasquear los dedos, como hizo con Trevelyan, pero se apiadó de nosotros. Aun así, estuvo recordándome que conocía mi secreto durante largo tiempo mediante contundentes toques de atención.

—¿Qué toques de atención?

—Se infiltraba en El Bestiario y nos dejaba algunas sorpresas. Nada preocupante. Solo quería evitar que me olvidase de que, si deseaba conservar la paz de mi territorio, tendría que hacerle un favor llegado el momento. Y el momento se está acercando.

«La guerra con Elyllon».

Los ojos de Camlo refulgen como rubíes al girarse hacia Vikram.

—Puede ser. Aunque más que una guerra, es una medida preventiva. No creo que Kadesh ataque primero.

—¿Quieres ir contra Elyllon? —jadeo, horrorizada—. ¿Qué te ha hecho Dareon?

—¿Dareon en concreto? Nada, que yo recuerde. Nunca lo he tratado en persona. Pero muchas partidas de cazadores que han acabado con la vida de mis camaradas pertenecían a su facción. Envié una petición anónima a su corte para que prohibiera o por lo menos limitara la caza furtiva, pero debió limpiar su culo blanquito con ella, porque aún hoy mis protegidos desaparecen y me los encuentro más adelante desollados, expuestos como una victoria. En cualquier caso... —Su mirada adquiere una frialdad sobrecogedora—. Mataría a cualquiera, incluso a ti, preciosa mía, si me lo ordenase quien me ha prometido proteger a los míos. Una vez obtenga la victoria, Kadesh nos dejará vivir en paz y penará a muerte a quien se atreva a perturbarnos.

—¿Por qué ese pacto te tienta? —Pestañeo sin entender—. Tú eres poderoso de sobra para defender a los tuyos. No necesitas el apoyo de nadie. Podrías matar a Kadesh en tu forma animal si quisieras.

—Preciosa mía... Cómo se nota que no eres de aquí —se burla con tono afectuoso—. Podría cepillármelo, sí. Por qué no. Pero después de Kadesh vendría otro rey, quizá no tan listo, pero sí bien provisto de ejércitos, hechiceros y mutantes que se colarían en mis dominios para

aterrorizar a mi gente. Y a ese otro le sucedería un tercero, y luego un cuarto, y luego un quinto... porque todo apunta a que la monarquía seguirá existiendo mientras yo lo haga, y continuará basando sus políticas en la destrucción de los disidentes. Discúlpame si no me quiero convertir en un asesino en serie de reyes cabrones que se multiplicarán como malas hierbas en un jardín. Mantener vivo a Kadesh y confiar en su palabra es mi mejor baza.

»Además... No voy a poner en peligro a los camaradas para lucirme en todo mi esplendor bestial. Así solo confirmaría las habladurías que dicen no sé qué idioteces de que los *hatus* carecemos de autocontrol y me ganaría a pulso que se recrudeciera la caza.

—Créeme, prohibir la caza no va a acabar con ella —murmuro, compadeciéndolo más de lo que lo aborrezco por aliarse con el villano —. Si no lo sabré yo, que en la Tierra también se adoptaron medidas al respecto y sigue habiendo listillos que se divierten buscando animales en peligro de extinción.

—Las medidas no serán infalibles, pero en vez de decenas de inocentes, morirían dos o tres, y los asesinos obtendrían su merecido. He tenido suficiente con enterrar a toda mi familia, *dysys*; no quiero ser el responsable de la muerte de los que ahora son mis nuevos hermanos. Apuesto por que ese bicho de ahí entiende a lo que me refiero.

«Ese bicho de ahí» no se ofende por su comentario. Lo ha escuchado con atención y respeto.

«¿Cómo estás tan seguro de que, cuando todo acabe, Kadesh cumplirá lo que te ha prometido? Es un tirano. Un genocida. Las vidas que quieres proteger le importan un bledo».

Camlo no parece perturbado por esa posibilidad.

—Exacto. Las vidas que quiero proteger le dan igual —repite con un guiño, orgulloso de lo avispados que son sus interlocutores—. Son débiles y antiestatistas, lo que significa que no le disputarán el trono ni cuestionarán su autoridad. Kadesh no se quita de en medio a quien no le toca las narices, y ni mucho menos a nosotros.

—¿Por qué?

Camlo sonríe como si hubiera pronunciado la pregunta correcta.

—Porque formó parte de la tribu. Por eso sabía dónde estábamos.

«Eso debería darte más motivos para desconfiar de él», acota Vikram. «Era vuestro aliado y ahora os está usando para sus fines egoístas».

Sacude la cabeza.

—Nos está dando una salida para liberarnos. En la Confederación solo puedes ganarte la intocabilidad sobreviviendo a la guerra en la que participaste. Cuando la ganemos de su lado, nadie nos pondrá un dedo encima porque seremos respetados. —Se da la vuelta, aunque

antes me lanza una mirada de reojo—. Solo espero que esa guerra no os toque en el bando equivocado.

Camlo regresa al interior del castillo con la tranquilidad del que sabe que está obrando correctamente. Podría haberle detenido con alguna mentira, como que he visto en su futuro que luchando de parte de Kadesh solo conocerá la miseria y la ruina, pero intuyo que nada podría disuadirlo. Tiene una razón emocional para luchar, y que Dios me perdone, pero entiendo ese motivo y lo animaría a seguir adelante si no hubiera hablado del derramamiento de sangre con semejante frialdad.

Vikram se pasa las manos por la cara, angustiado.

«Si Kadesh tiene a los de El Bestiario...» Traga saliva. «Está acabado».

—¿Quién?

«Dareon».

Mi corazón se dispara solo de pensarlo.

Vikram sigue las huellas que los zapatos de Camlo han dejado en la tierra mojada. Lo escolto muy de cerca.

—No necesariamente —me fuerzo a responder, aferrada a una débil esperanza—. Decías que Dareon albergaba dentro de sí el poder de su madre, la magia del Seir, y que si aprendía a emplearla...

«Algo terrible tendría que suceder para que Dareon aceptara la influencia del Seir. El rito de iniciación de un hechicero oscuro consiste en experimentar una tragedia que fragmente cada uno de los principios que regían su vida, pero no basta con eso para recibir la maldición de la magia negra: tendría que viajar hasta los confines de Aranrhod y someterse a Lavanya durante un período de tiempo hasta convertirse en una criatura lo bastante disciplinada y poderosa para enfrentar al *hatus*». Hace una pausa y aprieta los labios. «Puede que Dareon se haya sentido tan traicionado que la tragedia haya iniciado el proceso por él. Un signo de que desencadenamos su peor pesadilla es que fue capaz de hechizarte para hacerme daño..., pero no continuaría ese camino porque le conduciría a la perdición. Sabe lo perjudicial que es la magia del Seir y es leal a Turlough, el principal enemigo de Lavanya».

Recuerdo que Camlo pronunció aquel nombre durante la hoguera en el bosque de Namara. *Lavanya*. No he profundizado mis estudios del Seir, pero no puedo olvidar la figura de la hechicera que fundó, a partir del rayo que partió un sauce milenario, la sede de magia arcana más temida de la Confederación.

—De acuerdo, Dareon descartaría el Seir porque es buena persona. —Se me escapa un suspiro de alivio—. Pero sigue contando con el ejército de los exiliados.

Vikram se detiene de pronto para enfrentarme. Hay una pena tan

profunda en su mirada que sería imposible para mí llegar al origen, y no estoy del todo segura de que la razón de su angustia sea la mala noticia que acabamos de recibir.

«Los exiliados no tienen nada que hacer al lado de un *hatus*. Un solo *hatus* en su forma animal podría hundir la Confederación, ¿entiendes? Aunque todos se armaran con hierro hechizado, aunque revistieran la tierra entera... Un *hatus* es la catástrofe personificada, y Camlo en concreto...» Sacude la cabeza. «Camlo es la maldita devastación».

—Pero entonces esa cadena que le ha cedido... ¡Si yo pude con él! Yo...

«La cadena es representativa. Podría ponérselo difícil, igual que una banda de *japheth* o tú misma, pero no acabar con él. Nadie puede matar a un *hatus* en su forma animal», insiste. «Ni todos los ejércitos del mundo, por desgracia».

—¿Por desgracia? ¿Estás acaso a favor del exterminio? ¡Hace solo unos minutos acusabas a Kadesh de genocida!

«Los *hatus* solo traen problemas. Son monstruos ingobernables, Diana».

—También se refieren a ti de esa manera —me quejo—. No es justo, y de tu parte suena...

«Los *japheth* también deberíamos ser exterminados. Deberíamos haberlo sido hace mucho tiempo», zanja con sequedad. «Pero por lo menos nosotros respondemos ante nuestro dueño».

Me quedo inmóvil donde estoy, dolida por su respuesta.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, con un hilo de voz.

Vikram me mira de soslayo como si le doliera.

A mí también me duele.

«Estamos hechos para matar. Para matar», recalca. «Nacidos para ello, educados para ello. Solo podemos morir en el campo de batalla. Nada de lo que hagamos antes o después de la guerra es significativo».

—¡No es verdad! Podéis hacer muchas cosas, como dar y experimentar placer. Eres una criatura sintiente, tú mismo lo dijiste.

Vikram se aparta cuando alargo una mano para tocarlo. Su rechazo hace que se me llenen los ojos de lágrimas de impotencia, porque sé que no puedo hacerle cambiar de opinión, y porque una pequeña y odiosa parte de mí le está dando la razón.

«Supongo que no puedo culparte de haberte engañado a ti misma cuando yo también me he creído más de lo que soy», medita para sí.

—Vikram... Si esta crisis de identidad es por lo de quedarme embarazada, yo... —Con dificultad, despego la lengua del paladar y me fuerzo a murmurar—: Si yo tampoco puedo, ¿qué importa?

«Importa», me asegura con una mirada cruda. «Importa cómo me has mirado».

—Es la mirada de una mujer que ha descubierto que no podrá experimentar la maternidad —explico, desesperada—. Tú no tienes nada que ver con eso.

«¿No? Si pudieras quedarte embarazada, ¿siquiera te plantearías quedarte conmigo?».

Quedarme con él... No negaré que he flirteado con esa posibilidad, pero escucharla me chirría.

Él interpreta mi silencio como lo que es, una vacilación muy elocuente.

«Quizá no deberías haberte acercado a mí si tenías tan claro que me apartarías a la mínima oportunidad. A fin de cuentas, nunca has perdido de vista que la esterilidad no es mi único defecto imperdonable».

—¿A la mínima oportunidad? ¿Te parece que te he apartado a la mínima oportunidad? ¡Sabía muy bien que te dedicabas a aniquilar seres vivos cuando dejé que me desnudaras!

«Porque solo tenía que desnudarte, ¿no? No esperabas nada más de mi parte».

—¿Y qué podía esperar? —le espeto, envalentonada—. No pienso quedarme en este sitio. No pienso quedarme. ¡No quiero vivir aquí! —insisto, cada vez más convencida—. No quiero ver sangre, no quiero formar parte de una guerra, no quiero ser perseguida, ni atosigada, ni el blanco de los mercenarios, ¡ni quiero tener que traicionar a quienes amo! ¿Qué más podía esperar de ti siendo razonable y procurando no darle la espalda a mis deseos?

Vikram me observa inexpresivo.

«No quieres hacer nada que conlleve un sacrificio. Sin duda, serías una madre estupenda».

Lo apunto con el dedo. Los labios me tiemblan al advertirlo.

—No sigas por ahí.

Vikram no se achanta.

«Eres la mujer más cobarde, egocéntrica y susceptible que he conocido jamás. ¿Cómo vas a cuidar de un crío si no sabes ni cuidar de ti misma?».

—Vikram...

«Deberías dar gracias porque la naturaleza te haya privado del don de la maternidad. Así, además de arruinar tu vida, algo a lo que parece que dedicas todas tus energías, no echarías a perder la de otra criatura inocente».

Me doy la vuelta a tiempo para que no vea cómo las lágrimas ruedan por mis mejillas. Intento mantener los hombros rectos, pero todo mi cuerpo quiere hacerse pequeño hasta dejar de ser visible, hasta dejar de existir. Mucho había tardado en darme con el látigo por el desagradable descubrimiento.

No puedo ser madre. No voy a ser madre.

—Vete —musito.

«Sí, eso debería haber hecho hace tiempo».

No soporto más su crueldad y me giro en redondo para espetarle:

—¡¿Acaso alguien te dijo que te quedaras?!

«Tú misma. Tú me lo dijiste cuando intenté marcharme, solo», recalca, «y repetiste que no querías quedarte sola en tus aposentos. En ambos casos me pediste que te hiciera compañía porque no deseabas estar sola: no soportarías enfrentar una situación terrible sin apoyo de los demás».

—¿Vas a tener las narices de decir que solo te quería a mi lado porque estaba asustada?

«¿Vas a negar que así sea?», replica con gesto sombrío. «No soy tu entretenimiento puntual ni tu paño de lágrimas, Diana».

—¡Ya lo sé! —le grito a la cara—. ¡Y tú lo sabes también! ¿O no te dije anoche que te quería? ¿Es que además de no tener sentimientos, los *japheth* no podéis entender los del resto?

Su expresión se endurece.

«¿Que me querías? No te quieres ni a ti», resuelve con desdén. «De todas las que he pronunciado, quédate con esa sencilla frase de seis palabras. Te convendría empezar a organizar tu vida en torno a ella, porque no existe verdad más reveladora sobre ti».

10

Día de la Justa Real. Se nota en el ambiente que un evento sin precedentes está a punto de discurrir. Es aquí donde se va a celebrar la conocida fiesta patronal, aniversario de la supremacía de Aranrhod sobre los confederados: en una explanada interior del castillo, enmarcada por la vegetación artificial que los jardineros han estado retocando en los últimos días.

La disposición es parecida a la Justa de eliminación que llevó a cabo Dareon en Elyllon. Se han dispuesto unas gradas de anfiteatro para albergar a toda la nobleza feérica y a los que puedan permitirse una entrada. Los demás habrán de celebrar el día en las calles, donde les será retransmitido el resultado de los enfrentamientos.

Sobre estas gradas se sitúa el palco que ocuparé junto a Kadesh.

Llevo un buen rato admirando el que será mi asiento desde abajo, justo en las arenas en las que se llevarán a cabo los duelos. Las sillas de los invitados de honor palidecen frente al trono de espinas, que han traído del salón para que no quepa la menor duda de quién es el amo y señor.

Una de las muchas preguntas que me he hecho estos últimos días, y de las pocas que no atañen a mi persona, es cómo se las apañará para sentarse sin que los rosales le arañen la piel. He podido observar que Kadesh pasa la mayor parte del tiempo de pie, atendiendo en persona los asuntos de su reino, y que cuando se sienta lo hace con cuidado de no repantigarse, pero es imposible que no haya acabado siendo víctima de las espinas. Tuve la suerte de estar presente durante una de las audiencias que le concede a los súbditos, y debo admitir que me sorprendió gratamente su capacidad resolutiva y la paciencia con la que trataba a los plebeyos, imponiendo a la vez la suficiente distancia para que nadie se confíe.

Podría decirse que Kadesh ha tenido mi atención en los últimos días, quizá porque es la única criatura cercana a mí lo suficientemente interesante como para distraerme de mis preocupaciones. Y he de confesar que ha conseguido alejarme del luto por la maternidad perdida y de darle vueltas a la discusión con Vikram, al que no he visto en todo este tiempo.

Solo Dios sabe dónde habrá dormido o comido, porque a mi lado no.

Aliso los pliegues del vestido que me han confeccionado para la ocasión, nerviosa ante la expectativa de toparme con él. Voy de rojo,

lo que ha desatado la nostalgia hacia la época —que parece lejana— en la que me presentaba como la amante humana de Dareon. El fino algodón de la falda se ciñe a mis caderas para luego caer hasta el suelo, y la sobrefalda, de un tejido ligero y semitransparente con brocados intrincados, se abre a los extremos para darle volumen. Aunque la casaca decorada con dibujos dorados se cierra en el cuello, hay una amplia abertura en el plexo solar que permite a la brisa darme el aire que necesito.

Hace un calor terrible —inexplicable en el oeste de la Confederación, que se caracteriza por su clima más bien frío— y no tardaré en empezar a sudar con la manga larga.

El trol de mis amores aparece para, a su manera, pedirme que tome asiento. Van a abrir las puertas y en unos minutos todo se convertirá en un caos.

Kadesh todavía no se encuentra en el palco cuando subo. Solo me acompañan un par de guardias que franquean cada uno de los accesos.

Desde mi lugar privilegiado, observo el paisaje, intimidada al pensar en que los presentes lanzarán al menos una mirada curiosa en esta dirección durante la Justa.

Me pregunto cómo haría Kadesh para acostumbrarse al privilegio y la gloria. Dareon nació entre doseles, lo raro sería que no diera por hecho que merece un trato preferente, pero de acuerdo a las insinuaciones de Camlo, Kadesh tuvo que ser un fugitivo en busca de la protección de El Bestiario, y después empezó a servir al antiguo monarca de Aranrhod. Debió de ser un choque para él llegar a lo más alto de la noche a la mañana.

Cuanta más curiosidad me suscita su historia, menos interés le pongo a la mía. Me permite huir de lo que tanto temo, que es que hoy, Dareon y Vikram van a enfrentarse y yo no tengo a ninguno de los dos de mi parte.

Llevo varios vomitando por la presión de saber lo que pasará y no poder evitarlo.

Ahora veo al chulo de Laertes con otros ojos. El duelo entre hermanos es la única visión de futuro que he tenido y apenas puedo soportar la tensión. No quiero ni imaginarme a cuánta estará sometida él siendo el Oráculo, el único ente con el don de conocer los horrores que están por suceder.

Unos minutos después de que se abran las puertas, un eco musical mezclado con las voces de los invitados resuena entre las paredes del anfiteatro. Desde donde estoy se oye el ondear violento de las banderas de Aranrhod a causa del viento del este.

Kadesh aparece ante mí con el pelo peinado hacia atrás y expresión abstraída. Me he fijado en que solo a mí me mira con la debida atención. El resto del tiempo parece muy lejos del lugar en el que

tiene puestos los pies, como si hubiera encontrado un remanso de paz en sus pensamientos y concentrarse en estos le obligara a abandonar su cuerpo. Si su aire distraído me transmitiera dulzura, lo tomaría por un soñador, pero la apatía reina su vida y eso le convierte en un ser simplemente desapegado de la realidad, asqueado, tal vez, por la insignificancia de lo terrenal.

—Pareces nerviosa. —Conociéndolo, este comentario puede significar «parece que tienes algo que decirme», y yo no veo por qué no debería ser sincera.

Sonrío sin ganas.

—Hace tiempo tuve una visión de futuro en el Oráculo. No me gustó lo que sucedía.

—¿Se cumple hoy? —Asiento con rigidez—. Espero que no tenga nada que ver conmigo. Confío en que, si me involucrara de alguna manera, me lo dirías.

—Naturalmente, majestad.

Kadesh sonríe de lado, como si supiera que le estoy tomando el pelo y le hiciera gracia mi insolencia. Clava la vista al frente y le hace un gesto en la distancia a los guardias de la entrada del anfiteatro, que esperaban una señal para abrir las puertas a los nobles y contendientes.

—¿Vos no participáis en la Justa?

—Sería una pérdida de tiempo. Nadie se atrevería a arremeter contra mí, y no conozco la lucha armada.

—¿Y no estáis interesado en aprender?

Kadesh vuelve a sonreír, esta vez genuinamente divertido por el subtexto de mi pregunta: «¿Por qué no dejas de quemar viva a la gente y usas la espada, que es menos cruel?». Él sacude la cabeza y toma asiento en el trono. Observo con todos los músculos encogidos a que alguna de las espinas le atraviese la piel, pero los rosales se enroscan en el respaldo de manera que solo las rosas entran en contacto con su cuerpo. Estas parecen brillar más cuando Kadesh, distraído, las roza con la punta de los dedos en un silencioso agradecimiento.

No puedo comprender por qué el trono que perteneció a la reina Diarmaid, la mandamás de la Confederación, lo reconoce como rey. No es ningún secreto que fue lo único que sobrevivió a la quema del palacio de Trevelyan, y que Kadesh se lo llevó a Aranrhod como prueba de su aplastante victoria para acto seguido proclamarse rey sobre todas las cosas.

—Las espinas solo se retiran si se sienta un descendiente del linaje de Trevelyan —explica, como si me hubiera leído la mente—. Si tú o cualquier otro que no fuera el rey o su prole se creyera en el derecho de tocar el asiento, moriría en el intento. Todo lo que rodea el trono es venenoso para quien no lo merece —Toca una con el índice—. Mortal.

—Entonces ya entiendo por qué pensáis que sois el legítimo monarca. El trono nunca os ha hecho sentir un usurpador.

Ya ni siquiera me arrepiento de vacilarle. No porque haya dejado de importarme su faceta de tirano, una que no ha mostrado ni insinuado siquiera desde que le permití acceder a mis visiones durante diez segundos, sino porque ha dejado de importarme casi todo. Desde que Vikram se dio la vuelta, dejándome en el jardín interior con un palmo de narices, me siento demasiado vacía como para temer lo que podría perder, que es nada.

Kadesh ladea la cabeza hacia mí con una media sonrisa enigmática.

—Estos días he estado preguntándome cómo funcionaría tu mente. Se dice que lo has visto y lo sabes todo, pero no te comportas como si así fuera.

—Solo veo lo que quiero ver.

—¿Y no quieres verme como un aliado? —Enarca una ceja—. Cualquiera diría que no, a juzgar por tu poco interés en conocernos a mí, a mi historia... Incluso mis motivos.

Me giro hacia él, intrigada por su respuesta. Me topo con esos ojos glaciales que no sé si me aterran o me conmueven.

—Sé lo suficiente sobre vos para considerar sabio mantenerme al margen.

—¿Ah, sí? —Apoya el codo en el reposabrazos, y la barbilla en el canto de la palma. Es su postura más socorrida, por lo poco que he visto—. ¿Qué sabes de mí?

—Sé que vivíais en El Bestiario. Que formabais parte del Pentágono de Protección.

—Entonces no nos llamábamos así. Éramos un puñado de marginados demasiado heridos por el modo en que el estado nos había traicionado que no teníamos interés en organizarnos para luchar contra él —recuerda con gesto nostálgico.

No exige saber cómo ni por qué sé sobre la existencia de El Bestiario. Imagino que es una de las ventajas de ser la *dysys*. Nadie cuestiona el origen de tu sabiduría.

—Me pregunto cómo podría un fugitivo de El Bestiario coronarse como rey de Aranrhod, y no solo eso: convertir su facción en la más poderosa de los estados confederados.

Kadesh curva los labios en una especie de sonrisa sardónica.

—Si te lo preguntas, ¿por qué no te lo respondes?

Le sostengo la mirada sin achantarme.

—Vengo de la Tierra, donde lo bonito del saber es que se adquiere mediante la comunicación; comunicación que tiene lugar gracias a la confianza que depositas en que el otro te dirá la verdad. Estoy acostumbrada a otorgar a mi interlocutor la oportunidad de darme su perspectiva antes de infiltrarme en algo tan íntimo como sus

recuerdos. Además —agrego, devolviendo la vista al anfiteatro. Los asientos empiezan a llenarse—, todas las visiones que tengo me rompen un poco el corazón. No quiero hacerme daño si no es estrictamente necesario, si no beneficiará a la paz futura, y creo que cómo llegaste a reinar es indiferente para el asunto que nos ocupa.

—Respetar la intimidad es muy generoso por tu parte. —Se reacomoda en su asiento—. Saciaré entonces tu curiosidad basándome solo en la leyenda: Kadesh cometió una infracción imperdonable en la comunidad de Asghar, de donde era originario, y fue condenado a muerte. Se negó a aceptar su destino y buscó refugio entre las bestias del noroeste hasta que se convirtió en una de ellas. Después, y gracias a la fama adquirida, una criatura poderosa llegó a él y le hizo una oferta tentadora: serviría al rey de Aranrhod como su valet.

«Y luego lo pasaría por la espada, ¿no?», estoy a punto de apostillar. Todos aquí sabemos cómo acabó el difunto monarca.

—¿Cuánta verdad hay en la leyenda?

—Toda. Pero siempre se les olvidan los matices importantes, que son los que cambian el curso de los acontecimientos. A la gente no le gustan las historias; le gustan los relatos.

—¿Los que os condenaron a muerte en Asghar nunca llegaron a enterarse de que estabais en Aranrhod? ¿No exigieron que rindierais cuentas ante el tribunal de Shapoor?

—La protección del viejo rey me libraba de responder ante los chamanes de Asghar, porque ese tribunal shaporí que mencionas es una leyenda en sí misma —replica con sorna.

—Vaya... Vuestro superior os garantizó un futuro menos aciago que el que preveíais.

Mi comentario pretendía hacerle sentir culpable por haberse cargado al rey y haber usurpado el trono, pero él no está viendo la historia desde la misma perspectiva.

—Tampoco es el futuro que me prometieron, sin embargo —murmuró con la mirada perdida.

El ruido ensordecedor de lo que creía que eran trompetas —no lo son con exactitud; aquí los instrumentos son un tema aparte— interrumpe mi posible contestación. Quiero saber si se refiere a que le mintieron o a que todavía no ha llegado lo que le fue prometido, pero por el momento tendré que conformarme con su enigmática respuesta.

Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, ambos barremos las gradas con la mirada. Un ochenta por ciento de los asistentes ya han ocupado su sitio. Los monarcas, aristócratas y pajes están de camino a los pies del palco, donde presentarán sus respetos al rey antes de ocupar sus lugares privilegiados.

El primer noble en aproximarse, renqueante y con dos sondas introducidas en las estrechas fosas nasales, es Alricaus, el virrey de

Windhalm.

Cuando los habitantes de los reinos submarinos alcanzan la edad del sacrificio y se niegan a partir, su piel pierde el saludable tono celeste y empieza a tornarse viscosa y grisácea; en sus ojos acuosos, enteramente negros, parece bailar como la yema de un huevo pasado la mota plateada que constituye su iris, y las escamas que recubren sus brazos, costados y laterales de las piernas, como si quisieran remarcar su silueta, empiezan a agrietarse o incluso a desprenderse de su cuerpo, como una serpiente que muda la piel. Ya no posee la fuerza suficiente para permanecer en tierra firme sin respirar agua, pero los bronquios que se abren en la garganta dejaron de cumplir su función hace años; de ahí la necesidad de que un paje le siga de cerca empujando un tanque de agua limpia, al que está conectada la sonda.

El recibimiento que le dan los confederados deja mucho que desear.

—¿Por qué lo abuchean? —pregunto en voz baja.

—Quién sabe —contesta Kadesh con indiferencia—. Porque degrada a las ninfas y ondinas para satisfacer su deseo, yendo en contra de la naturaleza de estas... o porque se niega a cederle el trono a su heredero cuando es obvio que ya no está capacitado para comandar un ejército. De acuerdo a las escrituras, Alricaus tendría que haber sido depuesto hace años.

Alricaus ignora la cruel bienvenida, quizá porque se ha acostumbrado, pero sus tres consortes y su hijo se muestran inquietos.

—El virrey Alricaus —anuncia el pregonero real—, las concubinas Asha, Isha e Usha, y Ruvnen, conde de Sextans, heredero de la península de Turlough y las islas submarinas.

Cómo olvidar a Sextans. Él tampoco me ha olvidado a mí. Estaba seguro de que era Dareon el que tramaba algo conmigo, por lo que no me extraña que le sorprenda verme al lado de Kadesh.

Está en la flor de la vida. No es mi tipo por todo el asunto de los bronquios, las escamas y la piel de un satinado aguamarina, pero es innegable que tenga un rostro bonito. En él resaltan los ojos viridián, el ondulado flequillo celeste y las gafillas redondas de oro que se sostienen casi por arte de magia. Ninguna criatura marina tiene un tabique nasal prominente.

—¿Cómo se acordará de distinguir a las tres concubinas? —le pregunto a Kadesh en voz baja—. Son iguales.

—No creo que se moleste en intentar distinguirlas. Pasa el rato con cualquiera menos con ellas.

No me sorprende el desdén con el que critica el libertinaje masculino. Le he visto apartar a brazadas a ondinas, ninfas, sílfides, princesas de reinos acuáticos, preciosas doncellas de territorios lejanos, humanas y a toda una corte de feéricos teóricamente

masculinos.

Creo que es asexual.

—Sonáis como si condenarais su lujuria.

Kadesh arruga el labio superior.

—Condeno el afán acaparador. Para vivir entre las aletas de las selkies podría haberse ahorrado las bodas.

—Pero los virreyes de Windhalm tienen la obligación de casarse.

—En ese caso, si su futura consorte no le parecía lo bastante agradable, que la hubiera sustituido por otra en lugar de buscarse tres más. Las colecciona como si fueran perlas.

Sonrío con resignación.

—Las mujeres de la Tierra se pelearían por vos. Debéis de ser el primer rey que cree en la monogamia y no apoya los romances ilícitos.

—Será porque no tengo sangre real y no estoy familiarizado con las costumbres «civilizadas».

No sé si reírme porque haya empezado a tomarse a guasa su fama de usurpador.

—¿Es ese también el motivo por el que no habéis encontrado consorte? ¿No termináis de familiarizaros con la obligación de festejar una boda?

—Yo ya estoy casado.

Pestañeo una vez.

—¿Cómo?

Kadesh me lanza una mirada soñadora con los párpados entornados.

—De una de mis vidas anteriores.

—¿Qué quiere decir eso?

Parece que le hago mucha gracia a este tío. Lo he pillado más de una vez aguantándose la risa conmigo, como ahora mismo.

—Para ser la llave que abre todas las puertas, haces muchas preguntas, Diana.

—La generala militar de Shapoor, Narendra la Ghassaní —interrumpe el pregonero.

Una mujer con el cabello castaño recogido en cuatro gruesas trenzas hace su reverencia. Viste un body con correas de un llamativo escarlata que remarca su complexión nervuda.

—¿Generala? ¿A qué se dedica? —inquiero en voz baja. Al ver su cómica expresión, agrego—: Perdón por preguntar de nuevo, pero creía que nadie gobernaba Shapoor.

—Shapoor es un estado militar y un régimen republicano, por lo que le corresponde mandar al general o generala del ejército, en este caso a la Ghassaní.

—Del Oráculo de Turlough... El Gran Laertes y las sacerdotisas Leela, Sabbah y Odine.

Laertes aparece ataviado con su túnica y su habitual gesto inexpresivo. No se arrodilla. Solo hace un saludo diplomático que el rey le devuelve con afectación. Espero con el corazón encogido a que me castigue con una mirada furiosa por haberme vendido a otro rey, pero Laertes ni siquiera me mira, y eso me frustra incluso más.

Después del violento no-reencuentro, no me salen más preguntas. El resto de las presentaciones me pasan desapercibidas.

—De la ciudad independiente de Lucria...

—Del protectorado de Tilden...

—Las princesas Alnitàk y Amàla de la isla de Cileth...

—Las nueve vilas del Cuartel...

—El príncipe de Elyllon, Su Alteza Dareon de Vygantas.

Levanto la cabeza de golpe y me abalanzo sobre el quitamiedos que nos separa de la arena.

Los nudillos se me ponen blancos al aferrarme a la baranda para ahogar un grito horrorizado.

Dareon se retira la capa celeste de un gesto seco pero elegante para hincar rodilla. Su cuerpo se resiente de inmediato, indicando que es posible que sea lo último que haga. Hace de su reverencia perfecta una forma de rebeldía alzando una mirada desafiante de ojos hundidos. Pero yo no me fijo en su insolencia, y sé que su actitud no es el motivo por el que el anfiteatro entero se ha sumido en el silencio.

Las lágrimas de espanto me nublan la visión.

Es el Dareon muerto en vida de mi visión. De mi pesadilla. El traje le viene grande, le tiemblan las manos, tiene las mejillas ahuecadas y la boca torcida en una mueca cruel.

Han bastado unos días y una traición para convertirlo en un cadáver.

—Qué bien acompañado estáis, Majestad —le oigo decir.

Quiero responder algo, pero ¿cómo podría defenderme de un ataque que no ha lanzado sin revelar mi postura? Noto la mirada de soslayo de Kadesh, siempre ojo avizor. No solo he de pasar la prueba para demostrarme que puedo sobrevivir al desprecio de Dareon, sino para hacerle ver al rey que no soy una infiltrada.

La garganta se me atora y de pronto no puedo respirar. Tengo que depositar toda la confianza en mi expresión, en que será capaz de reprimir la culpabilidad que me carcome.

Pero cuando Dareon eleva el mentón para mirarme, no ve nada de eso. Los ojos que antaño eran amarillos me atraviesan como dagas. Está ciego de rencor. Y sus iris son tan pálidos que parece ciego de verdad, cosa que desmiente la intensidad con la que me observa.

Él tampoco dice nada. Solo hace una reverencia en mi dirección, tan turbado como yo misma, y se marcha. No me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración hasta que desaparece de mi

campo de visión, y es entonces cuando el recuerdo de la pesadilla se hace más vívido que nunca.

¿Cuánto puede quedar para que suceda? ¿Horas? ¿Minutos?

Me pongo en pie de repente. Estoy casi segura de que Kadesh va a detenerme, o por lo menos lo hará si presiente que lo que voy a hacer está relacionado con el príncipe al que solía servir, pero para mi inmensa sorpresa solo descruza las piernas de su cómoda postura para que pueda pasar.

Sé dónde está la zona de preparación. Kadesh me guio ayer por los alrededores del anfiteatro para asegurarse de que no me perdería durante el gran día. Ahora se lo agradezco, porque de no haber sido por él no habría conseguido llegar a las puertas del salón de entrenamiento.

Todos los participantes se giran hacia mí sin ocultar su asombro. No porque sea una mujer, porque van a participar tantas hadas consideradas de sexo femenino como hadas de sexo masculino —aunque no es que aquí el género tenga ningún valor—, sino porque no voy vestida de forma apropiada. Los hay armados con escudos, otros vestidos con trajes de neopreno; algunos practican posturas y hacen peripecias con las lanzas.

Vikram está al fondo hablando con un hada muy joven.

Mis pies vacilan un segundo antes de acercarse. Soy demasiado consciente de que si no fuera porque se trata de una emergencia, no se me habría ocurrido poner un pie a menos de diez metros de él.

«Recuerda que uno de los beneficios de la lanza es que puedes protegerte el cuerpo con ella. Agárrala con las dos manos con propiedad, cruzada ante el pecho, y...»

—Vikram.

Él se queda inmóvil de espaldas a mí. Le toma varios segundos de más reaccionar.

«¿Qué puedo hacer por ti?», me pregunta sin girarse, tan solo ladeando la cabeza.

Sin pensármelo dos veces, lo agarro del hombro y tiro de él para apartarlo del hada perpleja, a la que no le da tiempo a agarrar la lanza. No le hace mucha ilusión que haya tenido el atrevimiento de interrumpirlo, porque me dedica su mirada fulminante en cuanto estamos apartados de la aglomeración.

«Dareon está aquí», le comunico.

«Lo sé. ¿Qué pasa?». Lo acompaña de un gruñido.

«Os vi combatir. Tuve una visión hace mucho tiempo, en el Oráculo... Una visión de futuro que se cumple hoy. Tienes que retirarte de la competición e irte de aquí o acabarás peleando con Dareon a vida o muerte».

Él pestañea.

«¿De qué demonios hablas?».

«¿Ahora vas a cuestionar mi poder? ¿Te crees que estoy bromeando? Dareon está débil y enfermo, y...»

«Es imposible que acabemos compitiendo el uno contra el otro. Ya has visto el marcador del anfiteatro, ahí han anotados todos los duelos. Nadie puede saltarse la programación, y Dareon ni siquiera participa. Ningún monarca lo hace».

«No me preguntes cómo se las apañará para que acabéis los dos en la arena, porque no lo sé. Solo vi que casi lo matabas».

Su semblante se oscurece.

«¿De verdad piensas que sería capaz de matarlo? Ya veo que me concibes como el peor de los desalmados».

«Esto no tiene nada que ver con lo que opino de ti», me desespero, «aunque de todos modos no te tengo en muy alta estima ahora mismo. Tiene que ver con que...»

«Me sorprendería que me hubieras tenido alguna estima en algún momento».

«¡Este no es el lugar ni el día oportuno para discutir eso, Vikram! ¡Olvídate de lo que...!»

«Apártate. Me quedan unos minutos de entrenamiento».

Me retira a un lado con una simple brazada para regresar con el hada, que nos observa de lejos con interés palpable.

—Vikram —insisto, al borde de la desesperación—. Sé lo que vi, y te juro...

«No participaré», me promete, mirándome por encima del hombro. «Y ahora, lárgate».

Me muerdo el labio para reprimir un insulto. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no acortar el espacio que nos separa y liarme a golpes con su espalda de tozudo y estúpido mutante. ¿Qué ganaría con eso? En el peor de los casos, se giraría y me apartaría de un manotazo. Y en el mejor, quizá pactaríamos una tregua, pero una disculpa no resolvería nuestras diferencias ni nos haría sentir mejor. Si de algo me han servido estos días es para darme cuenta de que él y yo no podríamos existir como unidad ni siquiera si naciéramos de nuevo, y a la vista está que es algo con lo que deberé lidiar en solitario. Podrá ser un *japheth* heredero de la magia de Turlough y del trono de Elyllon si lo quisiera, pero se comporta como el mismo tullido emocional que una humana como yo podría encontrarse en un gimnasio de barrio. Si puede evitar hablar de sus sentimientos, lo evita.

Cuadro los hombros y abandono el salón de entrenamiento justo a tiempo para oír el golpe de tambor que anuncia el inicio de la Justa.

En lugar de correr a mi sitio junto a Kadesh, me apoyo junto a la entrada y dejo ir un suspiro.

Alea jacta est.

11

No aparto los ojos del marcador, una gigantesca pizarra blanca en la que un gracioso trol subido a un estrado ha anotado los nombres de cada uno de los contendientes. El orden es azaroso. No se baten por condados, estados o por la que sea la inicial de su nombre: el contador ha sido hechizado, y las manecillas que señalan a los dos participantes de la justa se mueven sin seguir pautas establecidas. La casualidad —o la magia— decide que sean Camlo y un caballero de Windhalm los que dan comienzo a la Justa.

Si no estuviera atacada de los nervios, habría disfrutado de la cantidad de fechorías que el pelirrojo va improvisando para despistar y reírse del pobre windhalmés. Las gradas estallan en aplausos y carcajadas cada vez que Camlo da un giro de bailarina, entreteniéndonos a la vez con movimientos de arte marcial y con una cancioncita de taberna, y hace una pirueta para esquivarlo y darle una patada en la espalda que lo hace caer al suelo de rodillas, una humillación que solo aviva la rabia del adversario. Es la clase de contendiente que prioriza pasárselo bien y entretener al público por encima del juego limpio. Naturalmente, después de tanto recochineo, se alza como el vencedor y se clasifica para batirse con una vila, a la que le hace una profunda reverencia que levanta risitas coquetas en las gradas.

Antes de ver en acción a una de las famosas guerreras del este, el conde de Sextans derrota a un antiguo reo de las cárceles de Shapoor, una sirena de las islas de Sindri vence en su forma humana a un trol del bosque de Dungannon, y Edel...

Kadesh cambia de postura en su asiento.

—Vaya, vaya... —murmura en tono admirativo—. Esto va a ser interesante.

Se me olvidan temporalmente mis preocupaciones al ver a Edel y a Laertes enfrentados en cada extremo de la arena. El pregonero los anuncia como el Gran Laertes del Oráculo y Edel de Turlough. A juzgar por la mueca que hace ella, que después de la separación pública ha perdido su estatus de intocable, no le hace ninguna gracia que le hayan retirado el resto de sus numerosos títulos.

—¿Por qué? ¿Por qué pelean entre ellos? —Ladeo la cabeza hacia Kadesh—. ¿Quién se ha encargado de la programación? ¿Tú los has abocado a esto?

—Por supuesto que no. El azar tiene un sentido del humor muy peculiar.

Devuelvo la vista a la arena. Laertes se desprende de la túnica para quedarse con unas calzas hasta la rodilla y una fina camisa escotada. Edel lleva un traje de dos piezas estrechísimo del mismo color de su piel, lo que hace que parezca ir desnuda, y el pelo recogido en una trenza que corta el viento con un silbido cada vez que ejecuta un movimiento. Él va armado con una espada curva, y ella con un par de puñales en cada cadera.

El anfiteatro parece debatirse entre los gritos de jolgorio y el silencio expectante.

Laertes la mira con fijeza. Edel evita el contacto visual de forma deliberada. Se dicen algo que no acierto a escuchar, pero que le arranca una mueca a Kadesh.

—No puedo mirar —balbuceo.

—Claro que puedes. Y debes. Es la última vez que podrán batirse sin el menor riesgo de hacerse daño; una vez se disuelva su vínculo, dejarán de ser inmunes a los golpes del otro. Podrán intentar matarse, que lo único que conseguirían será hacerse cosquillas.

—Eso ya lo sé —me quejo—. Han intentado matarse más veces sin mucho éxito.

El mediador anuncia el comienzo del duelo con un golpe de tambor. Edel no se lo piensa dos veces y corre hacia él con el arma en alto; Laertes la esquiva y la empuja con el hombro para tirarla al suelo. Una polvareda se levanta en torno a su cuerpo, pero a nadie le pasa desapercibida la mirada hostil que ella le lanza. Se pone en pie de un salto grácil. Mi mente, tan oportuna como siempre, decide traer al presente un recuerdo no tan lejano, pero que se siente como si hubieran pasado milenios: las reglas de defensa personal que Vikram me enseñó en su dormitorio. No puedo evitar asistir a la pelea con todos esos detalles en la cabeza. No solo la manera en que verbalizaba sus recomendaciones, sino cómo sentí entonces su mirada divertida, su sonrisa casi tierna; cómo aprovechaba para rozarme y abrazarme.

Me hago un ovillo en mi asiento. Un frío siberiano se ha apoderado de mí. Solo recuerdo que puedo moverme cuando Edel consigue placar a Laertes de costado y colocarle el puñal en la barbilla. Laertes atrapa la hoja entre los dientes y la escupe a un lado antes de rodar con ella y cambiar posiciones. Edel se sacude como si la hubiera poseído el diablo, pero no sirve de nada. Siento lástima por ella, porque incluso si no lo parece, pelearse con Laertes solo era otra manera de intentar llamar su atención y recuperarlo.

Y Laertes ni se inmuta. Ni respira. Ni siquiera cambia de expresión.

Gana él.

No recuerdo quién ganó cuando combatimos Vikram y yo. Solo sé que a día de hoy los dos hemos perdido. Y hemos perdido casi más de lo que ganamos.

Como si lo hubiera invocado de alguna manera, el marcador decide que la próxima pelea será entre el hada que ha estado entrenando Vikram y un representante de Elyllon. El rostro del guerrero de palacio me suena familiar: enseguida lo reconozco como uno de los guardias del séquito real de Dareon.

El estómago se me revuelve. Y antes de que pueda achacarlo al hecho de que Vikram esté dándole unas últimas recomendaciones al hada en la arena, el guardia se aparta, con gesto impasible, para dejar que Dareon dé un paso hacia delante. Se levantan una serie de murmullos.

No me hace falta seguir la dirección de su mirada para saber que, cuando habla, lo hace para que Vikram le escuche.

—Coge tu arma —le ordena.

Vikram suelta el hombro del hada joven, gesto con el que pretendía infundirle ánimos, y se gira hacia Dareon muy despacio.

«No participo en la Justa».

—En ese caso me acogeré a la norma de Sylao.

Me revuelvo en el asiento.

—¿Qué es la norma de Sylao? —le pregunto a Kadesh, que observa la escena con cierto regocijo interno.

Estoy rodeada de jodidos sádicos.

—Hace eones, el rey Sylao de Shapoor exigió combatir con la reina de Trevelyan en una Justa Real. Por ley, los reyes no pueden participar. No sería una batalla al mismo nivel si combatieran con plebeyos, y podría interpretarse como una afrenta que lo hiciera con otro monarca. Pero Sylao aprovechó que dos de los participantes del momento combatían en nombre de ambos reinos, Shapoor y Trevelyan respectivamente, para cambiar sus puestos por los reyes a los que representaban. Se dio por válida su petición.

—Pero no se va a dar por válida esta, ¿verdad? Vikram no representa a ningún reino, en todo caso al tuyo, y si se acogiera a la norma, tú... serías tú el que tendría que ocupar su lugar.

—Shirl es un hada de tribus independientes y ha sido entrenada por Vikram: por tanto, representa a Vikram, no a mí.

—¿Y qué significa eso? —El corazón me late desbocado—. No es justo. No es justo... Yo no conozco las reglas. No las conocía.

Kadesh me lanza una mirada indescifrable, pero no contesta. Apoya las manos cubiertas de anillos en la baranda para asomarse a la arena.

—Que así sea. Armad a Vikram y al príncipe.

No.

«No».

—No —jadeo. Me agarro al brazo firme de Kadesh. Voy a repetir mi petición, pero entonces me lanza una de esas miradas expectantes que dicen muy claramente que actuará si me atrevo a contradecirlo.

Trago saliva y, con todo el dolor de mi corazón, retiro la mano muy despacio y vuelvo a apoyar la espalda en el respaldo del asiento.

Creo que no parpadeo ni una sola vez en los minutos que siguen. Tengo la impresión de que, si me muevo aunque solo sea un ápice, me romperé en mil pedazos. Me limito a observar, con un pitido en los oídos y una vertiginosa sensación de desmayo incipiente, cómo los armeros le dan a elegir a Vikram entre una espada y una lanza.

Él duda y mira a Dareon.

«No tienes por qué hacer esto», le asegura.

—Ya lo creo que sí —replica alto y claro.

«Dile la verdad», intervengo, metiéndome en la mente de Vikram.

«Esa no es una opción», responde cuando no tenía la menor esperanza de que contestara. «Solo reafirmaría su deseo de matarme».

«Claro que no. Nada puede ser peor que lo que sucederá aquí y ahora. Díselo».

Vikram sacude la cabeza sin mirarme, y desenvaina una larga y gruesa espada de acero macizo que despide unos brillos sobrenaturales, como si tuviera diamantes incrustados. Dareon camina de un lado a otro, arrastrando la punta de su espada por la arena, como si deseara marcar su territorio.

No le quita ojo a Vikram.

—Es imposible que disfrutéis de algo así —le digo a Kadesh—. Sabéis lo que son. Conocéis el vínculo que les une.

Kadesh me dedica una mirada aburrida con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

—También conozco su historia; el daño que se hicieron mutuamente. ¿De qué otra manera creías que podría acabar algo como esto? —Enarca las cejas, emulando una expresión a caballo entre la lástima y la curiosidad—. En la Confederación, las traiciones se pagan con sangre.

—Pero no tiene por qué correr la sangre, ¿verdad? No tiene por qué...

—El resultado de los duelos, como ya habrás podido observar, queda en manos de los combatientes. Ellos deciden si darlo por concluido a primera sangre o a muerte, y en caso de dudarlo, me dan a elegir a mí. Puedes estar tranquila por mi parte. Si alguno de los dos solicita mi opinión, en deferencia a ti les obligaré a retirarse antes de que tenga lugar una desgracia.

Puede parecer un gesto generoso, pero los dos sabemos que Dareon no dejaría en manos del rey de Aranrhod el desenlace de una de sus batallas. Y Vikram, por respeto al que fuera su príncipe, tampoco lo involucraría.

Devuelvo la mirada horrorizada a la arena. Dareon y Vikram están enfrentados. El príncipe espera a que su sirviente le desabroche la

capa; el otro príncipe, el que no quiere serlo, solo afianza sus pies en el suelo. Sé que ninguno de los dos puede echarse atrás. La retirada en la Justa equivale a la muerte. Aranrhod no perdona a los cobardes.

«Puedes echarte atrás», le recuerda Vikram. «Ahora o nunca».

Dareon se cruje el cuello como toda respuesta: un cuello estrecho y demasiado delgado para sostener una cabeza que solo le está dando malos consejos.

Si me hubiera quedado con él, ¿podría haberlo evitado? ¿Podría haberlo disuadido de ir detrás de Vikram?

Por supuesto que sí. Yo habría descubierto los motivos de Vikram tarde o temprano, solo haciendo una inspección por sus recuerdos, y se lo habría contado a Dareon. Quizá no habría entrado en razón enseguida, pero tarde o temprano lo habría perdonado. Lo sé porque aunque en sus ojos carentes de emoción se refleje un forzado antagonismo, lo conozco lo suficiente para saber que en el fondo está sufriendo. No solo el dolor de haber perdido al que creía un hermano y tener la obligación de vengarse para defender su honor; también le aquejan los males físicos que se intensifican cuando una obsesión le empuja a dejar de cuidarse.

Vikram lo recorre con la mirada, incapaz de disimular su inquietud.

«¿Por qué estás así?», atina a preguntar antes de la cuenta atrás.

Tres.

Dareon esboza una sonrisa cortante.

Dos.

—No habrás pensado ni por un segundo que iba a seguir tomando tus asquerosas panaceas, ¿verdad? —Ladea la cabeza. *Uno*—. No te voy a dar la oportunidad de seguir envenenándome.

El sonido del tambor se expande por todo el anfiteatro. El eco casi amortigua los pasos veloces de Dareon, que consigue llegar a la altura de Vikram y herirlo con la punta de la espada.

Vikram ni siquiera ha intentado apartarse.

Se lleva la mano al hombro, surcado por la laceración, y mira la sangre sin sorprenderse.

«Mira cómo estás ahora que no las tomas. ¿Qué otra prueba quieres de que necesitas mis medicinas para seguir viviendo?».

Dareon no contesta. Apenas ha lanzado un ataque contra él y ya está embadurnado de sudor, respira con dificultad y le tiembla todo el cuerpo. Solo la rabia le tiene en pie. La rabia y, quizá, el poder de generaciones de las hadas de Turlough, que aún late débilmente en sus venas.

«Si no te tomas las medicinas, morirás», insiste Vikram.

—Me aseguraré de acabar contigo antes.

«Sabes que eso es imposible».

Sus ojos transparentes relampaguean.

—No me subestimes. He tenido al mejor maestro.

Dicho eso, vuelve a arremeter contra Vikram, que se deja empujar. Consigue tirarlo al suelo.

No hace el menor ademán de levantarse.

—Ponte de pie —le ordena Dareon, impaciente—. ¡Ponte de pie!

A regañadientes, y envuelto en un tenso silencio que comparten todos los asistentes, conocedores del viejo vínculo que unía a príncipe y *japheth*, Vikram obedece. No alza la espada. No se pone en posición de ataque, ni tampoco intenta defenderse. Deja que Dareon cargue contra él una vez más. El corazón casi me empuja hacia delante al ver que la punta de su arma va directa a la profunda herida que le provocó durante la tortura. Abro la boca para pedirle que se proteja, y como si Vikram hubiera comprendido mi grito en el silencio, levanta la espada en el último momento para desarmarlo.

Dareon no se rinde y hunde el puño en el centro de la cara con suficiente energía para girarle la cara. Esto le aturde durante un momento que Dareon aprovecha para rodearlo y postrarlo en el suelo de una patada en la articulación de la rodilla.

Y entonces sufro el *déjà vu*.

Casi a cámara lenta, Vikram se seca la sangre que empieza a salir del labio inferior; también de la nariz. Levanta la cabeza hacia el enfurecido Dareon.

«No voy a hacerte daño», aclara con serenidad. Parece a punto de arrojar la espada a un lado.

Dareon lo mira de arriba abajo con desprecio.

—No podrías hacérmelo más ni aunque quisieras, criajo —le parafrasea—. ¿No fue eso lo que me dijiste una vez? Levántate. Una parte de ti me odia; siempre lo he sabido. Es tu momento para terminar lo que empezaste.

Una sombra de sorpresa se asoma a los ojos de Vikram, que brillan un segundo antes de apagarse. El cambio en su expresión hace que me revuelva en el asiento. Nunca he alcanzado a comprender los matices de una relación tan complicada como la de ellos; la admiración de Dareon, el desprecio alimentado durante años y con toda serie de miserias con el que Vikram lo ha castigado, sumados a la ahora decepción y el rencor de Dareon, contrarrestado por la misericordia y la culpabilidad de Vikram.

Es una mezcla de sentimientos contradictorios que solo Dios sabe en qué culminará.

Los dos quieren matarse.

Los dos quieren perdonarse.

¿Los dos se quieren?

Para mi inmenso horror, Vikram se pone en pie y se coloca en

posición.

«¿A muerte?».

—A muerte.

Ambos se sostienen la mirada durante un segundo revelador. Vikram alza la espada para arremeter contra Dareon y la grada parece a punto de volcarse hacia delante: no hay una criatura en todo el anfiteatro que no esté al borde del asiento.

Dareon agarra la muñeca con la que Vikram sostiene su espada, la retuerce y, de un movimiento que no alcanzo a captar, lo desarma y emplea toda su fuerza para arrojar el arma a propulsión hacia mi palco, como si fuera una flecha.

La hoja impacta de lleno en el pecho de uno de los guardias que nos protegían.

Todo sucede muy deprisa a partir de ese momento. Los asistentes observan, confundidos, la trayectoria del arma, y no se dan cuenta de que el gesto ha dado el pistoletazo de salida a una emboscada contra Aranrhod hasta que el guardia de Elyllon que lo escoltaba, su criado y todos los norteños que esperaban su turno en el banquillo, empiezan a sacar los puñales de las botas, del cinto, de los bolsillos ocultos de sus prendas plateadas y celestes.

Los guardias de Aranrhod que franqueaban la entrada a la arena y custodiaban los pasillos del anfiteatro caen uno a uno, degollados por la espalda o con dagas clavadas en el corazón.

Ni siquiera me da tiempo a reaccionar. Solo tengo ojos para los combatientes, que en ese momento intercambian una mirada.

Vikram lo mira, perplejo, y Dareon medio sonríe, como si se burlara de su estupidez.

—No he dicho en ningún momento quién tenía que morir.

Dareon aprovecha que tiene a Vikram casi pegado al pecho y rodea su cintura para sacarle del cinturón uno de los cuchillos que siempre lleva de repuesto. La imagen parece congelarse cuando da un giro maestro y lanza la afilada hoja de nuevo hacia el palco, esta vez con un objetivo distinto.

Si hubiera querido matarme, lo habría conseguido a la primera, pero el cuchillo iba dirigido a Kadesh, que reacciona a una velocidad inhumana.

El rey atrapa el cuchillo al vuelo. Su puño crispado despide un olor a quemado cuando, ejerciendo la presión justa, la hoja de plata estalla en llamas. Kadesh no baja la mano ni siquiera cuando la brisa arrastra las cenizas por el aire, cubriendo su rostro en una bruma misteriosa durante un instante.

Con la vista clavada en Dareon y el rostro completamente inexpresivo, dice:

—Pues por tu bien, espero que no te refirieras a mí.

12

Empieza a cundir el pánico. Los asistentes se levantan de sus asientos y se amontonan en los pasillos para huir de la escena sangrienta. Sus chillidos de pavor me perforan los oídos cuando todo lo que quiero escuchar es la conversación mental que los príncipes puedan estar manteniendo.

Por un momento olvido que soy humana, que mi cuerpo es mortal, y que si por casualidad alguna flecha o daga me alcanzara, sería mi fin. Pero Kadesh lo tiene muy presente, porque antepone el plan de evacuación al de venganza. Esperaba que se plantara de un salto ante Dareon y lo estrangulara hasta la muerte con sus manos de fuego, pero en su lugar me agarra del brazo y tira de mí para colocarme a su espalda.

Me saca del palco a la vez que da instrucciones con voz calma: instrucciones que reciben los guardias que aparecen como refuerzo, armados hasta los dientes. La mayoría de los participantes que no pertenecen a Aranrhod aúnan fuerzas para servir al rey en tan crítico momento.

En cualquier otra situación habría admirado la lealtad de las gentes de la capital, pero apenas soy consciente de mi cuerpo o lo que sucede a mi alrededor. Tengo la imagen de Dareon y Vikram enfrentados grabada en las retinas, y todo en cuanto pienso es en deshacerme de Kadesh e ir a buscarlos.

—Ya hay que ser maleducado para ir a la casa de uno a matar al anfitrión —rezonga una voz familiar. Camlo ha corrido desde el banquillo con la espada pegada al cinto. Es tan fina que parece de esgrima, pero ya ha demostrado que puede ser mortal.

Kadesh ni se inmuta.

—Hay que ser necio para atacar en un espacio preparado para la menor contrariedad. Aquí todo el mundo va armado. No va a quedar títere con cabeza.

Camlo sonríe, encantado con la idea, y se ata la melena en una coleta improvisada. Lanza una mirada soñadora a los guardias que esperan directrices.

—¡Me pido a los altos!

—Nada de eso —gruñe el rey—. Llévate a la *dysys* y enciérrala. Nadie puede ponerle un dedo encima.

—Créeme, Kade; la nena sabe defenderse solita. —Le guiña un ojo y desaparece en el anfiteatro.

Pasmado, Kadesh ladea la cabeza hacia mí. Este es el momento en el que vuelvo en mis cabales y logro deshacerme de la mano con la que me mantiene pegada a él.

—¿A dónde crees que vas? Tienes que ponerte a resguardo.

Sacudo la cabeza y retrocedo unos cuantos pasos. El entrechocar de las espadas y los gritos de agonía me revuelven el estómago, y aunque es muy tentador lanzarme a los brazos protectores de Kadesh, continúo alejándome bajo su mirada indescifrable.

—Eso podría considerarse traición —acota secamente.

Niego con la cabeza de nuevo.

—La *dysys* no le debe lealtad ni obediencia a nadie.

No espero a que conteste. Echo a correr hacia la que podría ser la puerta de acceso a la arena. Un jadeo histérico escapa de mis labios cuando una flecha atraviesa el portón. Inspiro hondo e intento convencerme de que estoy soñando, de que esto es un videojuego o una gymkana de campamento: solo así podré guiar mis piernas sin miedo hacia el anfiteatro. Pero no tengo que acceder a él, porque la voz de Dareon proviene de las escaleras que conducen al palco. Es una voz sacudida por la rabia y temblorosa a causa de su debilidad.

No lo pienso dos veces y subo las escaleras a grandes zancadas, agarrando las poco prácticas faldas del vestido.

En cuanto me detengo bajo el umbral, entiendo que he tomado una mala decisión: Dareon está de espaldas a mí, pero Vikram me ve entrar y parece caérsele en alma a los pies.

«Vete», logra decirme. Pero es tarde: Dareon se gira y clava en mí sus gélidos ojos grises. Los ojos de ciego que advierten de su proximidad con la muerte.

—Aquí estás. —Da un paso hacia mí y me coge del brazo. No imprime ninguna fuerza, pero la seguridad con la que me agarra le da una firmeza a sus dedos que me impide librarme de él.

No importa. No habría intentado huir.

—Dare... Tenemos que hablar. Sé que no es el lugar ni el momento, pero tienes que escucharme. No puedes hacerle daño a Vikram, y tampoco quieres porque...

—Sé muy bien que no puedo hacerle daño —me corta—, pero puedo hacerte daño a ti.

Reprimo un escalofrío.

—Puedes, pero no lo harías. Tú no eres así. Solo estás dolido por lo que ha pasado. Conocer la verdad suavizará tu rencor y...

—¿La verdad suavizará mi rencor? Mírame. Mírame bien —ordena. Como me niego a ser consciente de su debilidad, me sacude con fuerza e insistencia—. Solo nacer otra vez calmaría mi rencor. Mi rencor *hacia él*. El asco que siento por ti, en cambio, no podría sacármelo de dentro ni si me arrancara el corazón.

Parpadeo rápido para contener las lágrimas.

—Te prometí que estaría de tu parte, y estoy de tu parte —replico con voz temblorosa—. Hemos conseguido información valiosa sobre Kadesh...

«Información que ya no te servirá porque has decidido actuar como un condenado suicida declarándole la guerra hoy», le reprocha Vikram, inmóvil a su espalda. Está sangrando por la nariz, y tiene el pelo pegado a la cara por el sudor. «No vas a sobrevivir. No solo a la enfermedad si dejas el tratamiento, sino a la guerra que pretendes librar».

—Tiene un *hatus* y todo un ejército de hadas poderosas; la clase de hadas que se cazan para exhibir en grandes salones y que se pagan a un precio muy alto en la Confederación —me apresuro a explicar, viéndolo con la intención de interrumpir—. No tendrías la menor oportunidad si de verdad desataras una guerra del nivel de la que dejasteis atrás hace tiempo. Dareon, por favor, baja las armas.

Dareon niega con la cabeza con una media sonrisa incrédula. En vez de soltarme, me trae hacia sí para hablarme al oído.

—¿De verdad pensabas que te ganarías mi perdón con un chivatazo instigado por la culpabilidad?

—No se trata de tu perdón...

—¿Qué le has contado a Kadesh? ¿Le has hablado de mi planes?

—¡Por supuesto que no!

No me cree. Me lo dice su expresión.

—Supongo que no lo sabré hasta que lo enfrente. Has llegado en muy mal momento, *dysys*. Me temo que te quedarás a ver cómo estalla la guerra..., pero desde mis trincheras.

—¿Qué?

Dareon tira de mí hacia las escaleras, pero Vikram enseguida lo detiene colocándole la punta de la espada en la nuca.

«Suéltala».

El príncipe me sostiene contra su cuerpo. El corazón me da brincos en el pecho. La idea de apartarlo de un empujón y huir o correr a los brazos de Vikram me pasa por la cabeza, pero una parte de mí se niega a hacerlo.

—Qué curioso —comenta Dareon con languidez—. Antes de presentarnos, mi madre me advirtió que no me encaprichara contigo. Me dijo que los *japheth* no tenían sentimientos, que no poseían el menor sentido de la lealtad. Que me servirías siempre y cuando pudiera pagarte. Y, sin embargo, mírate ahora. Parece que la vidente te importa.

«Agrona era un engendro maligno», le espeta Vikram.

Dareon tuerce la boca con desprecio. Alza la espada hacia él.

—Mi madre le dio sentido a tu miserable vida. Era tu reina, así que

más te vale no seguir por ese camino.

Vikram levanta la barbilla con insolencia. Quiero hablar, pero ni yo misma podría predecir cómo reaccionará si admito que Vikram intentó envenenarla a ella y no a él.

«En ese aspecto no vas desencaminado. Sí que le dio un sentido especial a mi vida». Un músculo palpita en su mandíbula. «Deja ir a Diana. Esto es entre tú y yo».

Dareon chasquea la lengua.

—Pero ella es una parte de ti ahora, ¿no? Y resulta que también en cierto modo está vinculada a mí.

Vikram pestañea sin entender.

«¿De qué estás hablando?».

—Quizá no pueda tener exactamente lo que quiero, pero Diana es lo que más se le parece, así que quizá, y después de todo, no sea tan mala idea convertirla en mi consorte.

Vikram da un paso amenazador hacia delante.

«No te atreverías. Ella no te importa. Nunca lo ha hecho. Solo era una pieza más en tu maldito juego. ¡Déjala en paz!».

Los ojos de Dareon se oscurecen, y su agarre sobre mi brazo se hace más consistente.

—Puede que no me importe, pero nada me impediría tomarla. Ni siquiera ella se opondría. Y la tomaría; créeme que lo haría. Esto es lo más cerca que jamás estaré de herirte de muerte.

Me sacudo en los brazos de Dareon. Está tan débil que no me cuesta escapar y retroceder, asustada por sus palabras, hasta el costado de Vikram. En cuanto me envuelve con un brazo, siento una punzada de dolor en el pecho. Puedo imaginarme la escena: Vikram y yo casi abrazados, y Dareon solo, impotente, al otro lado.

Me da pánico mirarlo a los ojos, pero lo hago porque es lo mínimo que se merece. Me queman los párpados al toparme con su expresión amarga.

—Creía que tenías buen corazón, pero estás igual de podrida. Ni se me habría ocurrido que llegarías a ponerte de parte de un asesino.

—Tú dictabas las normas y él las cumplía. No habría sido un asesino si tú no le hubieras dado esa utilidad —balbuceo—. ¡Y me obligaste a hacerle daño! ¡Me usaste para torturarlo! Siempre me has usado, Dareon. —Vikram me aprieta contra su pecho como si quisiera transmitirme fuerza—. No quiero hacerte daño —prosigo entre tartamudeos—. Pero...

—¿Esa es tu última palabra? ¿Es esto lo que eliges?

Pestañeo, contrariada. Elegir; elegir de nuevo. No quiero escoger, no quiero enfrentamientos. Solo necesito que me escuche.

«Se queda conmigo», declara Vikram. «Es lo único que no podrías quitarme nunca».

—¿Ah, no? —Dareon entorna los ojos. Emiten un brillo peligroso al extender una mano hacia mí en un floreo—. ¿Por qué no dejamos que ella tenga la última palabra?

Observo con el ceño fruncido que de las puntas de sus dedos mana un extraño e hipnotizador humo púrpura. Al viajar hacia mí para envolverme el rostro y rozarme la nariz, se oscurece varios tonos, y para cuando se disuelve en el aire, una profunda sensación de incomodidad generalizada cuyo origen desconozco me ha formado un nudo en la garganta. Bajo la mirada hacia el brazo que me protege por la cintura, y el estómago se me retuerce de angustia. Elevar la barbilla hacia Vikram y toparme con su rostro solo acrecenta la sensación de que estoy en peligro, de que él es el problema, y lo único que se me ocurre para ponerme a salvo es apartarlo de un débil empujón.

¿Por qué me estaba tocando?

—Diana —me llaman con dulzura—. ¿Vienes conmigo?

Todo mi cuerpo se estremece de súbita emoción al reconocer el timbre de su voz. Una sonrisa desborda mis mejillas al toparme con la tierna expresión del príncipe que me tiende una mano. Mis pies tienen claro el rumbo. Por supuesto que sí. Iría con él a cualquier parte.

Pero Vikram me retiene en cuanto doy el primer paso.

«No. ¿Qué haces?».

Tuerzo la boca cuando me giro para comprobar que ha enroscado sus dedos en torno a mi brazo. El roce de su piel me produce unas inmensas ganas de vomitar. Me lo sacudo como puedo y me froto donde sus dedos me han tocado, desesperada por borrar su huella. Ignorando el horror con el que Vikram me mira, vuelo a los brazos abiertos de Dareon.

Cierro los ojos con la mejilla apoyada en su pecho e inhalo para empapar mis pulmones de su característico olor, jazmín y albahaca fresca con un toque de menta.

Se me hace la boca agua.

Cuánto lo había echado de menos.

«¿Qué le has hecho?», pregunta Vikram, alarmado. Avanza hacia nosotros. Yo, incómoda con la mera posibilidad de que se acerque, me revuelvo entre los brazos de Dareon y me aferro más a él.

Solo me tranquiliza el beso que deposita sobre mi cabeza.

—Nada peor que lo que le hiciste tú. La estabas abocando a una muerte segura llevándola contigo, y fuiste lo bastante egoísta para alejarla de quien la mantendría segura.

«¿Segura? ¡La has hechizado!». Da otro paso, mirándome con los ojos vidriosos. «Diana... Se ha metido en tu cabeza. No sé cómo, ni...».

—No parece que aceptes tus derrotas con deportividad, pero lo entiendo. No es como si estuvieras acostumbrado a perder.

Dareon entrelaza sus dedos con los míos. Su contacto me transmite

paz y calidez; nuestras manos encajan a la perfección. Alargo el cuello para mirarlo rebosante de orgullo.

Vikram no acepta esa derrota que Dareon menciona y me intenta agarrar de nuevo, pero el príncipe me defiende interponiendo el arma entre nosotros.

—No vuelvas a tocarla, ¿me oyes?

Conmovida por su gesto, me pongo de puntillas en busca de sus labios. Dareon roza su nariz con la mía y me besa en la comisura del labio, un contacto nimio y casto que sin embargo envía un soplo de fuego al centro de mi cuerpo y al resto de mis articulaciones, estremeciéndome de pasión insatisfecha.

«Diana, te lo ruego. Quédate conmigo», pide Vikram. «Puedes deshacerte del hechizo. Yo sé que puedes. Usa tu mente. Úsala».

No comprendo su súplica ni por qué me mira de esa manera. Me abrazo más a Dareon, contrariada por la inquietante desesperación del desconocido, y espero a que me dé una orden. El príncipe no tarda en envainar el arma y entrelazar los dedos con los míos para salir de aquí.

No necesito preguntarle a dónde vamos.

Iré a donde él me lo pida.

13

No sabría explicar cómo salimos de aquel infierno. Solo recuerdo que Dareon entrelazó sus dedos con los míos y dibujó unos trazos en el aire con la mano libre. Lo siguiente que supe fue que caíamos sobre nuestros pies en la sala del trono del palacio de Elyllon, un lugar envuelto en la familiaridad que necesitaba para saber que estaba fuera de peligro.

También recuerdo haberme girado hacia Dareon con el corazón encogido por la emoción de volver a estar a su lado, pero él no compartía ese entusiasmo. Apenas llegamos a Elyllon, me soltó como si mi contacto le asqueara y exigió a su guardia personal que anunciara una reunión urgente con el consejo de sabios. Acto seguido se marchó, renqueante, hacia la sala donde debate asuntos de estado. Yo le seguí porque no me pareció que tuviera otro objetivo más que ese. Ni siquiera tuve que obligarme a ponerme en funcionamiento. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, como si hubiera nacido para rastrear sus huellas.

—Dare...

Él frenó en medio del pasillo. Los criados aún eran ajenos a la situación en Aranrhod, pero no tardarían en llegar las noticias. Ya en ese momento, aun así, movían las puntas de sus orejitas como si pudieran escuchar el entrechocar de las espadas, e iban de un lado a otro, ignorando al monarca, con la prisa de aquel que teme que el techo se le venga encima. En medio del revuelo ocasionado por los presentimientos, que a veces son más poderosos que ninguna certeza, Dareon se giró hacia mí. Ya no me acordaba del malestar, la ansiedad o la culpabilidad que me ocasionaba mirar sus ojos transparentes. Me sentía la mujer más afortunada sobre la faz de esta tierra.

—Acabamos de declararle la guerra a Aranrhod —me anunció con un tono desapasionado que me desorientó. ¿No era eso lo que él quería?—. Quizá prefieras esconderte en tu alcoba.

—¡No! —Lo agarré del brazo antes de que diera un paso en falso—. Iré contigo. Estás débil, alguien debe protegerte. ¿Y si te sucediera algo? ¿Qué sería de mí?

Dareon fue deshaciendo mi agarre apartando uno a uno los dedos que yo había hundido en su carne. Esbozó una sonrisa fría que se me clavó en el alma.

—Ni lo sé, ni me importa.

Y se marchó, dejándome hundida en una desolación que no había experimentado antes. Desolación acompañada de la urgente necesidad de demostrarle que estaba de su parte, que le amaba y que todo lo que él me ordenara sería cumplido a rajatabla.

No se me ocurrió nada mejor que asentir y encerrarme en el dormitorio que me asignó la primera vez. Y ahí continué durante los siguientes largos y eternos días, que pasé debatiéndome entre la inmensa felicidad de saber que obedeciéndole le haría feliz, la de estar de nuevo bajo su mismo techo, y la desesperación por lo que pudiera estar haciendo sin mí.

Ya había estado encerrada antes en esa habitación. Había sufrido cada uno de los inconvenientes de no poder salir, de no poder respirar aire puro. Pero en esa ocasión tuve la certeza de que incluso si me asomara al balcón o diera un paseo por los alrededores, seguiría faltándome el oxígeno. Porque no echaba de menos el sol, ni la naturaleza, ni el aire fresco. Lo único que ocupaba mis pensamientos era Dareon. No, no los ocupaba: los monopolizaba.

En apenas unos días desarrollé una serie de manías obsesivas con las que intentaba huir de la honda pena en la que me sumía estar lejos de él. Jamás, e insisto, jamás había sentido nada parecido. Era como vivir al otro lado de los límites del amor. Estaba segura de que lo quería, de que amaba a Dareon más allá de las limitaciones de mi conciencia y poniendo a prueba la elasticidad de mi corazón. Y quizá por eso lloraba sin consuelo durante todo el día. Porque ese amor, al no ser compartido, al no ser la pena drenada por sus caricias o su sola presencia, inundaba la cárcel sin ventanas en la que estaba y me asfixiaba. Y cuanto más lo hacía, menos recordaba quién era yo, de dónde venía y qué había pasado.

Lo único que no desaparecía de mi conciencia era la culpa por haber huido con el traidor. Mis pensamientos variaban entre el hostigamiento por haber sido cómplice y la compasión y preocupación hacia Dareon.

¿Podría perdonarme alguna vez? Desde luego me merecía que me castigara. Me merecía que no volviera a mirarme a los ojos. Y estaba dispuesta a tolerar ese sufrimiento aunque el coste fuera volverme loca. Aunque ya ni siquiera supiese quién era yo, o quién era el hada que vino a visitarme una noche.

—Diana —me llamó con tiento. Pestañeé hacia ella sin comprender su interrupción. No se movía del umbral de la puerta. Su larguísimo cabello rubio caía en suaves ondas muy por debajo de las caderas—. Diana, ¿me oyes?

Esa palabra me sonaba familiar, aunque quizá fuera porque me recordaba a Dareon. Ella tampoco era una desconocida, y, sin embargo, no supe localizarla en ningún recuerdo.

Mi mente estaba vacía.

Me levanté de la cama de un salto y fui hacia ella temblando.

—¿Dónde está Dareon? —le exigí saber, agarrándola por los hombros. El hada me miró con los ojos dorados abiertos de par en par —. Dime dónde está... O llévame con él. Por favor, te lo ruego, deja que lo vea. Déjame...

—Diana... —Hubo una nota de lástima y temor en su melodiosa voz, pero no fue eso lo que me atravesó como una flecha directa al pecho.

Las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos.

—Te lo suplico. Haré lo que me pidas. Solo llévame ante él.

—¿Tan culpable te sientes por lo que hiciste? No debiste marcharte así. Apenas te haces una idea de lo que la traición ha desencadenado, y tampoco podrías figurarte cómo se están preparando para la guerra. Kadesh...

—¡No me importa Kadesh! ¡Me da igual la guerra! —chillé, zarandeándola—. ¡¿Dónde está Dareon?!

Ella frunció el ceño, confundida. Pude ver cómo poco a poco iba cayendo en la cuenta de un detalle del que hasta el momento no se había percatado. Entonces el horror desfiguró sus hermosas facciones, unas muy parecidas a las de Dareon. ¿Quién era?

—Por Mirelva —musitó, encogida. Me ahuecó la mejilla con la mano y me examinó con el aliento contenido—. No me lo puedo creer. Respóndeme a una pregunta...

—No quiero preguntas. Quiero que Dareon...

—¡Olvida a Dareon, maldita sea!

La violencia de su orden me sentó como una puñalada. El vago recuerdo de su identidad se emborronó del todo y automáticamente se convirtió en una enemiga.

No lo pensé y me lancé sobre ella para golpearla.

Mi objetivo no era otro que aniquilarla.

No, no iba a olvidar a Dareon.

Le costó detenerme, y no por el factor sorpresa. Era un hada débil. El aura que la rodeaba era engañoso, una especie de sombra del poder que una vez ostentó, pero que ya había perdido. Era tan frágil como yo misma, y eso me permitió estrangularla sobre la alfombra hasta que consiguió apartarme de un golpe.

Caí sobre mi costado, confusa. Oí su voz sin enterarme del todo de lo que decía.

—¡Diana, basta! ¿Siquiera sabes quién soy? ¿Sabes quién eres tú? —me preguntaba. Se sentó a horcajadas sobre mí. Tenía la piel amoratada ahí donde yo había ejercido presión. *Matarla*. Debía matarla—. Diana, escúchame. Te han hechizado.

La agarré del vestido que llevaba para empujarla a un lado y volver

a inmovilizarla debajo de mí. Me sentía indestructible. La adrenalina corría por mis venas como un veneno que despertaba mi lado más sanguinario, uno que se acentuaba cada vez que ella ignoraba mis preguntas sobre Dareon.

—¿Acaso eres su puta? ¿Has venido a arrebatármelo? ¿Has venido a hacerle daño? —la interrogué.

—Por supuesto que no. Soy Edel, Diana. Tu Mariola. Soy la abuela de Dareon, soy...

Conseguí imponerme de nuevo, esta vez gracias a una bofetada que le partió el labio y le cerró el pico a la vez. Ver su sangre me llenó de una satisfacción indescriptible. Sonreí y volví a rodear su delicado cuello con las manos.

Matar. Debía morir. Cualquier barrera que se interpusiera entre Dareon y yo ardería hasta sus cimientos.

Edel abrió los ojos e intentó sacudirse, pero no tenía fuerzas. Yo se las había arrebatado todas. Cuanto más apretaba, más iba ella perdiendo el color.

—Es... cúchame... Diana, p-por favor... —Me agarró por las muñecas para intentar alejarme. Boqueaba para intentar hablar, pero no pudo hacerlo y, en su lugar, se infiltró en mi mente.

«Detente. Me estás haciendo daño».

—Es lo que mereces. No quiero bichos como tú alrededor de él. Dareon es mío.

«Diana..., si no me sueltas, me matarás. Lo he perdido todo después de romper mi vínculo con Laertes. No podría contigo. Por favor...».

—¡Sal de mi cabeza y cállate de una vez!

«Dareon te ha hechizado. Crees que lo amas, pero no es cierto. Suéltame y vamos a ver a las curanderas de Lucria. O visitaremos Turlough… Oh, ¿cómo ha podido hacerte esto? ¿Cómo ha podido abrazar la magia del Seir?».

—¡No ha hecho nada! —chillé. Apreté más su cuello. Parecía a punto de desvanecerse—. ¡Deja de decir sucias mentiras! ¡No vas a alejarme de él! ¡Dareon me pertenece!

—¿Qué es lo que crees que estás haciendo? —bramó una voz—. Suéltala ahora mismo.

De manera automática aparté las manos de Edel. El corazón, que me estaba latiendo con una rapidez preocupante, brincó súbitamente en mi pecho al reconocerlo.

Dareon cruzó el dormitorio a grandes zancadas. Estiré los brazos esperando que me arrullase, pero fue directo a Edel para levantarla del suelo y ayudarla a volver a respirar. Una garra negra y definitiva como la muerte estuvo a punto de convencerme de volver a por ella. De acabar con ella. Sin embargo, la emoción de ver a Dareon me había paralizado y solo podía sonreír.

—No vuelvas a acercarte a ella, ¿me has oído? —me soltó Dareon, atravesándome con su mirada transparente.

Edel reaccionó con el sonido de su voz, y después de un ataque de tos, fulminó a Dareon con una mirada inyectada en sangre.

—Eres tú el que le ha hecho eso —jadeó, con la voz seca. Volvió a toser e intentó incorporarse, temblando como una hoja—. ¿Cómo has podido hacer algo tan terrible, Dareon? La has hechizado. Y ni siquiera la has hechizado con la magia de tu padre. —Se quebró al musitar—: Has recurrido a los poderes de tu madre.

Dareon apretaba la mandíbula, en tensión.

—Es una traidora. Debería haberla matado.

—¡Matarla habría sido mucho más compasivo que esto! ¡Le has abierto un agujero en el alma! ¿Cuánto tiempo crees que tardará en perder todos los recuerdos en los que no aparezcas tú?

—Eso no es de mi incumbencia. Ni de la tuya. Será un problema con el que lidiará ella sola.

Edel dio un paso al frente al ver que Dareon trataba de marcharse. Poseída por los celos, evité que le pusiera la mano encima incorporándome a una velocidad ultrasónica y agarrándola del hombro.

Dareon me detuvo con una mirada fría.

—No te muevas.

Y no lo hice.

—Dareon, revierte esto ahora mismo —ordenó Edel—. Eres el único que puede hacerlo. Y si no lo haces, te juro que me las arreglaré para llevarla al Seir, aunque eso me cueste la vida.

—No te metas en mis asuntos, Edel.

—¡Ahora tus asuntos son los asuntos de toda la Confederación! ¡Te has metido en una guerra y has intentado malograr a Diana! ¿Crees que esto no te será devuelto en algún momento?

Dareon curvó los labios en una sonrisa displicente.

—A mí me pagaron los daños por adelantado, Edel. Soy yo el que debe de hacer algo muy malo para sentir que se los merece.

—Dareon...

Él no le permitió responder. La tomó de la mano y, juntos, salieron de mi habitación. Cerró la puerta después, aunque no a tiempo para que no oyera lo que Edel auguraba.

—De una manera u otra, esto se volverá contra ti. Vikram es poderoso, lo sabes, y resulta que Diana es lo más importante para él. ¿Crees que no vendrá a vengarse?

—Vikram y yo ya nos vimos las caras hace unos días —oí que le contestaba—. Ahora está en un lugar donde no me molestará si sabe lo que le conviene.

—¿Qué? —jadeó sin voz—. ¿Qué le has hecho? Dareon, no te

reconozco.

Me pegué a la pared con desesperación. No me interesaba lo que estuvieran hablando. Solo quería escuchar su voz. Quería sentir la calidez de su cercanía. Respirar el mismo aire que él. Pero todo cuando pude escuchar fueron sus pasos alejándose pasillo abajo y los berridos de Edel, que no logró convencerlo ni hacerle vacilar en ningún momento.

En cuanto superé la enajenación del momento violento, me estremecí de pánico por lo que podría haberle hecho. ¿Y si le había ofendido al herir a Edel? No podría perdonármelo. Pero estaba claro que le había defraudado, y estaba tan angustiada por si no me ganaba su perdón que la bola de angustia estancada en mi pecho no hizo más que crecer. Y crecer. Y crecer. Hasta que estalló dentro de mí y solo pude caer de rodillas y mirarme las manos con el ansioso deseo de arrancármelas.

Las lágrimas impidieron que me las viera. Ese llanto fue distinto a los anteriores, pero muy parecido al que me azota ahora. No es un llanto corriente, aunque solo puedo saber que no lo he experimentado antes porque, si bien mi cabeza no lo recuerda, mi cuerpo sí lo hace. Y mi cuerpo es como un tablón a la deriva.

Ahora estoy en la misma situación que hace días. Deshidratada por las lágrimas, carcomida por un dolor tan penetrante que ni siquiera puedo moverme para apartar las sábanas. No sé cuánto llevo sin comer. Las hadas que vienen a asistirme tienen que obligarme a tragar, y la mayoría de las veces no lo consiguen. Intentan hablar conmigo, pero todo lo que sale de mis labios es un balbuceo ininteligible que pretende emular las sílabas de su nombre.

Dareon. Es lo único que me mantiene con vida.

Dareon.

Es todo lo que soy y todo lo que tengo.

Dareon.

¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes? ¿Acaso no ves que me estoy muriendo sin ti? ¿Acaso no te importa...?

Lo escribiría si pudiera. Escribiría cómo su ausencia me va robando la cordura. Cómo su distancia me mortifica. Cómo ahora soy solo un cascarón vacío. Pero no sé si conozco la escritura. No sé si podría teclear, si sabría qué letra es cada cual. Sucede algo extraño conmigo, y es que a veces, en esos segundos en los que siento que voy a desfallecer, que el dolor me va a arrancar de cuajo el último aliento de vida, recuerdo. Nada vívido o con la nitidez suficiente para aferrarme a él, pero la sensación de que una vez fui algo más que un amasijo de nervios me deja un mal sabor de boca. Me persigue la sensación de que me pierdo algo importante. De que existen otras identidades, otros cuerpos que amé una vez antes de Dareon. Pero igual que el

presentimiento aparece, como un latido, se va, y el dolor vuelve a asaltarme con su crudeza.

—Comed —ruega el hada de servicio—. Estáis en los huesos, *dysys*. Temo por vuestra supervivencia.

Me humedezco los labios destrozados por las mordidas y trato de despegar la lengua del paladar. El dolor me paraliza y no puedo abrir los ojos. Quiero decir algo, pero no encuentro las palabras. ¿Estoy olvidando cómo se habla? Incluso si lo olvidase, habría un sonido que nunca dejaría de sonarme familiar.

—¿Dareon? —articulo, separando los párpados lo justo para mirar a través de una fina rendija.

Ella niega con la cabeza, preocupada. Me ha dicho su nombre nada más entrar, pero se me ha olvidado en cuanto lo ha pronunciado. Era algo con A.

La veo levantarse del borde de la cama, donde se había sentado para darme de comer, y revolotear hacia la puerta para asegurarse de que nadie viene por los pasillos. El melódico zumbido de sus alas me incita a cerrar los ojos y entregarme al sueño. Es lo único que puedo y que quiero hacer mientras él llega.

Dareon.

El hada de servicio vuelve a sentarse frente a mí. Saca de uno de los bolsillos de la malla ceñida un pequeño frasquito con un líquido anaranjado. Lo destapa y vuelve a guardar el pequeño corcho.

Está nerviosa. Debe de estar cometiendo una infracción.

—Bebeos esto —susurra, ofreciéndomelo. Al ver que no extiendo la mano, me coge de la muñeca y me lo coloca en la palma. No tengo fuerza en los dedos para cerrarlos en torno al frasco—. Os hará sentir mejor.

—¿Qué es? —consigo articular, tras varios intentos.

—Es un pequeño remedio que os ayudará a recuperar las fuerzas.

—No. —Intento sacudir la mano—. Estoy harta de brebajes. Y dile a esa amiga tuya que no deja de venir que no pienso beberme nada de lo que me traiga. No me creo sus mentiras sobre Dareon.

El hada me observa con compasión. Aquella a la que intenté matar ha estado tratando de comunicarse conmigo a través de las criadas, e incluso en una ocasión quiso hechizarme, prometiéndome que volvería a ser quien era, pero, para su inmensa frustración, sus dedos apenas emitieron un chispazo de energía antes de apagarse.

Si hubiera sido algo antes, sé que lo recordaría. Si hubiera sido algo importante o que merezca la pena, no estaría nadando en la oscura nada.

No hay nada más importante que él.

—Llévame con Dareon —ruego con la voz quebrada. Me aferro con las últimas fuerzas que me quedan a su mano—. Por favor. Me

ayudará a recuperarme, lo sé.

El hada parece conmovida.

—Os prometo que, si acabáis el contenido del frasco, os daré información sobre Su Alteza e incluso os llevaré a sus aposentos. Tenéis mi palabra.

Ni siquiera me lo pienso antes de asentir. No sé si la palabra de un hada es algo de lo que una pueda fiarse, pero no pasa nada si lo intento. Acepto que vuelque el contenido del frasco en mi boca entreabierta. Un sabor amaderado y exótico no del todo apetitoso inunda mi paladar. El líquido es denso y pegajoso, y cuesta tragarlo.

Tal y como el hada había prometido, en cuanto entra en mi sistema, me siento mucho más vital. Casi dueña de mí misma. Capaz de incorporarme, una gesta que habría visto imposible en los últimos días.

—Su Alteza... —empieza—. Su Alteza ha sido emboscado en la última guerrilla de la frontera. Hasta ahora solo ha habido enfrentamientos entre civiles, y las bajas son mínimas, pero el príncipe insiste en unirse a las partidas. Ha salido perjudicado tanto en la de ayer como en la de los pasados días. Las heridas no son letales, pero estaba ya tan débil... Ahora se encuentra descansando en su alcoba.

La certeza de que Dareon está sufriendo me despierta de una enérgica bofetada. Yo no recuerdo cómo se habla o cómo se camina, pero mi cuerpo es más sabio que yo, tiene una memoria imborrable, y ordena a mis piernas a salir de allí aun en contra de las explícitas órdenes de Dareon.

Está en peligro. Está enfermo. Está herido. Las entrañas se me retuercen solo de pensarlo, y es así como tengo la plena conciencia de que moriría sin él.

El hada me sigue, pidiéndome que vuelva a entrar en mi dormitorio, y un guardia de palacio se une a ella para tratar de detenerme, pero, en un momento dado, se quedan donde están, rendidos, y me dejan bajar escaleras.

No sé a dónde me dirijo. No sé cuál es el lugar al que llego: un cuartucho pequeño y carcomido por la humedad en el sótano. Mi mente quiere retroceder porque aquí no está Dareon, pero mi cuerpo presiente que hay algo, una pista crucial, la huella de una criatura hermosa, y me fuerza a dar un paso adelante.

Un camastro. Una alfombra raída. Dos espadas colgando; una camisa roja. Unas botas grandes. Una gargantilla revestida de metal que me atrevo a coger, temblando, y acariciar sin comprender por qué.

Mi corazón llora una lágrima más sin que yo pueda detenerla o entender de dónde ha salido. Tampoco sé por qué la llevo conmigo, apretándola tanto que el hierro helado se me clava en la palma.

«Dareon», me repito tras ese instante de confusión.
Tengo que ir a por Dareon.
He de ver a Dareon...

14

A estas alturas, la desesperación gana a la prudencia y llego a las puertas de su alcoba. Sé que me estoy arriesgando a volver a decepcionarlo, pero aún late en mí ese impulso visceral que me pide que luche por mi vida, y es que la única manera de garantizar mi propia existencia es cerciorándome de que él también lucha por la suya, y de que vence la batalla.

Quiero que está sano y asegurarme de que no voy a perderlo. Porque, si lo pierdo, tendría que ir a buscarlo, y mataría al propio diablo con mis dos manos desnudas si esa fuera la única manera de rescatarlo.

Empujo la puerta de su dormitorio. Está semidesnudo en la cama, respirando con mucha más obstinación que dificultad. La visión de su pecho desnudo me ruboriza y hace que me tiemblen las manos de excitación. Me acerco a él dando pasos cortos, recorriendo con ansiedad cada detalle. Tiene el pelo totalmente suelto —no creo que lo haya visto así nunca—, parte del vientre vendado y unas partículas plateadas flotan en el ambiente, señal de que le han intervenido las hadas de Turlough.

Pero la magia es tan impotente como todo lo demás. Como todo excepto lo que sostiene en la mano: una cinta del pelo que emana el aroma de una mujer.

De otra mujer.

Se percata de mi interrupción porque el aliento se me corta de manera brutal, igual que si me hubieran dado una patada en el pecho. Retrocedo, destrozada por la traición. Recuerdo lo que escondía en la mesilla de noche. Recuerdo todos esos suvenires que conservaba como oro en paño.

Si inspiro hondo, juro que puedo olerla en el dormitorio, como si hubiera estado aquí, con él, hace solo cinco minutos.

—¿Quién te ha permitido pasar? —Ha intentado sonar hiriente, pero no le queda voz para atacarme—. Esfúmate.

Es dueño de mi cuerpo y de mi alma salvo cuando los celos me invaden. Entonces solo sigo las órdenes de ese monstruo. El que me posee. El mismo en el que me convierto.

—¿Quién es ella? ¿Dónde está? ¿Por qué me haces esto? —sollozo a la par que renqueo hacia él, agarrándome el escote del fino camisón con una mano temblorosa—. ¿Te importa más que yo?

Dareon se incorpora gracias a la rabia que le tensa todo el cuerpo.

—Por supuesto que me importa más que tú —escupe. El corazón se me contrae y tengo que encogerme, aferrada al pecho, para sobrevivir

al ramalazo de dolor—. Todo lo que pudiera haber sentido por ti se desvaneció en cuanto te marchaste. Y te lo buscaste tú sola, Diana. Tú.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Me arrastro al borde de la cama y extiendo los brazos hacia él para rogarle.

—Dime que puedo enmendarlo. No sé en qué pensaba. Algo debió cegarme. Sabes que eres mi príncipe y el único motivo por el que estoy aquí.

Él me mira con los párpados entornados. Hace un recorrido evaluador por todo mi cuerpo. A priori parece que solo quisiera averiguar si miento, pero un destello de compasión y remordimiento asoma a sus ojos un segundo. Es tan breve que me parece que lo he imaginado, y me deja confusa.

¿Por qué sentiría remordimientos?

—Márchate o seré muy cruel contigo.

—Sé cruel conmigo.

—He dicho que te vayas. No me obligues a hacerte daño.

—Nada podría hacerme más daño que alejarme de ti.

—No quiero que estés presente cuando vaya a verla a ella. Ni cuando aparezca Edel.

El espasmo de ira es tal que me deja mentalmente exhausta.

—¿Vas a verla a ella? ¿A dónde? Dime dónde está.

—Muy lejos de tu alcance. —Tras una pausa pensativa para recuperar el aliento, la agonía le tuerce el gesto—. Muy lejos del mío.

—Entonces tómame a mí. Yo te curaré.

Dareon esboza una sonrisa condescendiente. Se pone de pie y me coge de la muñeca con la intención de arrastrarme a la puerta. Su solo contacto me revitaliza; es un chute de energía que da vida a todo lo que estaba muerto dentro de mí. Pero viene acompañado de un dolor que me dobla por la mitad y que es el doble de insoportable por la visión que acompaña.

Ella. La estoy viendo a ella. *A su ella*. El pelo dorado le cae en ondas por la espalda, y se ríe a carcajadas de pura ilusión. Le rodea el cuello con los brazos y lo besa, y él se rinde a su enérgica bienvenida con embeleso. «¡Pues sí que te has tomado tu tiempo para venir a verme desde la última vez, capullo!», le dice la desconocida.

—¡No! —aúllo, agarrándome la cabeza con las manos. Me deshago de él empujándolo por el pecho, pero ella no abandona mi cabeza—. ¡No le toques!

Basta un segundo para ceder a la locura. Juro que lo veo todo rojo. Al intentar huir de mí misma, busco hacerle daño a él. Pero no podría ponerle un dedo encima si no es para acariciarlo, así que mis pies me llevan a la mesilla de noche. La vuelco con todo lo que tiene encima, con la furia palpitándome en las venas, propagándose por el resto de mi cuerpo como una metástasis.

¿Por qué me haces esto, Dareon?, quiero saber. ¿Por qué?, sigo sollozando. No puedo arrancar a la rubia de mis pensamientos, pero puedo borrarla de la habitación.

—¿Qué haces? —oigo de lejos. Es la voz de Dareon—. ¡Basta!

Tiro del cajón hasta que consigo sacarlo del todo y vaciarlo sobre la alfombra. Dareon intenta acercarse para detenerme, pero se queda inmóvil e impotente al verme lanzar el frasco de perfume femenino. Este se estrella contra la pared y se hace añicos.

Creo que Dareon me grita, pero sigue siendo incapaz de moverme, quizá sobrecogido por el espanto. Asiste, descompuesto, a cómo pisoteo cada uno de sus recuerdos. Destrozo los pintalabios, rompo el colgante y, aún insatisfecha, agarro la cinta que reposaba sobre las sábanas y la hago trizas, tirando de los extremos con un salvajismo que me sigue sabiendo a poco.

La energía dura poco, pero me permite seguir pisoteándolo todo, gritando en agonía para sacarla de mi cabeza.

No quiero verla. No quiero ver a esa otra.

Si no la veo, no existe.

—¿Por qué no me quieres a mí? —sollozo en voz alta—. ¿Por qué...?

Los guardias aparecen en la entrada cuando siento que voy a desfallecer. Entran con la intención de reducirme, pero Dareon los detiene levantando una mano. Levanto la barbilla hacia él. Él no me mira a mí. Permanece quieto donde estaba al principio, con los ojos clavados en los restos de sus recuerdos y los hombros hundidos en una postura de resignación.

Debería sentirme bien. La he arrancado de él. Pero se me parte el alma al ver que se agacha para recoger uno a uno los pedacitos de todo lo que queda. Los cristales del frasco están tan afilados que algunos trozos le arañan las yemas de los dedos, que la enfermedad le ha debilitado hasta el punto de que parecen las alas de una mariposa.

Parece ajeno a la sangre que mana de los rasguños.

Parece ajeno a todo.

En medio de mi confusión, los guardias se marchan en un silencio fúnebre. Y yo me quedo como un pasmarote, sin entender del todo qué es lo que acabo de hacer que resulta tan terrible, digno de un luto siniestro como el que atisbo en su expresión.

Quiero estirar la mano hacia él y preguntarle. Insistir. ¿Por qué no me quiere a mí, si yo lo quiero más que a nada? Pero de pronto siento que no tengo derecho; que he matado a una parte de él.

Cuando ha terminado de recoger hasta la última perla de uno de los collares que he destrozado, se da la vuelta y se tiende de costado sobre la cama. Su mutismo me castiga como un látigo.

Indecisa, doy un paso hacia él. Y otro. Otro... Hasta que mis

rodillas tocan el borde del colchón y la necesidad de consolarlo me desgarra. Me tumbo junto a él poniendo una distancia que me quema; tanto que me olvido de ser prudente una vez más y arrastro mi cuerpo para pegarme a su espalda y abrazarlo.

Siento que es la primera vez que respiro en años, en siglos; la única vez que lo he hecho de veras contando todas mis vidas pasadas, esas a las que no tengo acceso.

Él no se mueve. La mera idea de que esté aún más decepcionado conmigo me clava una espina en el corazón, que duele como la corona de un cristo. Separo los labios para decir algo, pero entonces él se da la vuelta y me enfrenta con los párpados entornados. La franja de unos ojos vidriosos, grises como la niebla de un embrujo, es todo lo que tengo para intentar averiguar su estado de ánimo.

—Supongo que me lo merecía —dice con voz queda.

—¡No! Es culpa mía —sollozo, alargando los brazos hacia él—. No sé qué me pasa. No sé por qué te hago daño.

Protegido con una máscara inexpresiva, desliza el pulgar por mi mejilla para secar las lágrimas.

—Yo sí lo sé —responde con un fondo de dulzura displicente. Su respiración es un estertor de muerte—. ¿Quieres que te lo diga?

—Quiero que me hables. No me importa de qué.

—He abierto un agujero en tu alma —confiesa sin entonación. Se retira una de las mangas para mostrarme un brazo huesudo, salpicado por unos dibujos azules y violetas. Trazan intrincados tribales que se enroscan en su piel como una serpiente—. Desde que usé la magia contra ti, este ha ido aumentando hasta tragarse tus recuerdos. Ni siquiera sabes quién eres, ¿verdad? Solo sabes quién soy yo, y porque así lo he decidido.

Hace una pausa. Sus ojos recorren la misma trayectoria que traza el dedo con el que me toca. Me acaricia el borde de la cara, la barbilla y el cuello.

—Nunca antes había recurrido a la magia de mi madre —confiesa en un murmullo, con la mirada perdida. Parece que hablara consigo mismo—. El consejo de sabios me lo prohibió, y las hadas de Turlough me advirtieron que habría de renunciar a todo legado de la Gran Majestad Agrona si quería seguir gozando de su protección. A lo único que me quedaba de ella. Lo único que me dejó, además de un puñado de recuerdos manchados por su reputación maldita.

Su expresión me conmueve tanto que solo puedo estrecharlo más contra mi cuerpo. Su mirada desenfocada escruta el techo mientras susurra:

—A veces he tenido la impresión de que vivo a través de lo que no tengo. De lo que ya no está aquí o jamás he tocado.

—Me tienes a mí.

—Ahora entiendo que estaba equivocado —continúa sin escucharme—. Lo que sí tengo es lo que no puedo tocar. A lo que no puedo acceder. Puede que representen una vida prohibida, pero ni la reina de Elyllon ni la princesa del agua me habrían traicionado.

—¿Quién te ha traicionado? —Pestañeo sin entender.

Dareon clava su mirada en mí. No hay ira en sus ojos, o, al menos, no es la emoción predominante. Sobre todo nada la incomprensión.

—¿No te acuerdas? Debes de acordarte. Estoy seguro de que tú sabes por qué lo hizo —murmura con los ojos anegados en lágrimas de incredulidad—. Si alguien puede decirme por qué estuve a punto de morir a manos de mi amigo, esa eres tú. ¿Quién le mandó?

El pulso se me acelera. Me aterra no poder darle lo que quiere.

—No sé de qué me estás hablando.

—Vikram.

—Vikram —repito. Los labios me duelen menos al pronunciar su nombre. Al tocármelos, noto que se han reducido las llagas—. Vikram... ¿Quién es?

—Eso quisiera yo saber —musita sin voz.

Roza la mejilla con la almohada e inspira hondo. Se puede intuir gracias a su expresión que su cabeza no es ahora mismo el mejor lugar en el que vivir.

—¿Tienes idea de las responsabilidades que conlleva ser de la realeza? Si no hubiera pertenecido a la dinastía de Vygantas, las torturas jamás habrían tenido lugar. Un amigo me habría traicionado y no habría ocurrido nada; le habría disculpado y habríamos seguido adelante. Pero soy el príncipe de Elyllon, y las afrentas que se cometen contra mí entran en el marco jurídico de la alta traición. No puedo dejarlo correr. Si no me encargaba yo en persona, otros lo habrían ajusticiado. —Cierra los ojos—. Era mi deber castigarlo, o castigarte a ti para hacerle llegar el mensaje.

—Lo entiendo —me apresuro a responder—. Puedes castigarme hasta que te desquites. Estoy aquí por ti.

Dareon parece reparar por fin en mi presencia. Escruta mi rostro con lentitud, genuinamente asombrado.

—Debías quererme de verdad si el hechizo ha calado en ti con semejante profundidad —medita, acongojado—. Sin un precedente arraigado en las entrañas no es posible infligir tanto daño. Jamás lo habría imaginado —añade con un hilo de voz.

—No me has hecho tanto daño como yo te lo hice a ti.

Él curva los labios. Intenta ser una sonrisa, pero se tuerce a la amargura.

—¿Sabes? Yo habría hecho lo mismo que tú. Pero un príncipe en plena guerra no puede mostrar misericordia. Y, aun así... —Me mira con ansiedad—. Necesito que me lo digas. Dime por qué Vikram me

hizo esto.

—No lo sé —sollozo, ahuecando su mejilla—. Te juro que no lo sé.

Él niega con la cabeza y cierra los ojos. Lo interpreto como que es incapaz de mirarme. Su sufrimiento me atraviesa como si fuera propio. *Es* propio. Y descubro que es eso lo que me ha estado partiendo por la mitad todo este tiempo: no solo amarlo y que no me dejase verlo, acompañarlo y que no me correspondiera. Era su sufrimiento. He estado cargando con la otra mitad de su corazón rajado. Un dolor penetrante y cegador que rebasa los límites de la locura, aderezado por la incertidumbre, la soledad y la rabia de no poder hacer nada al respecto.

¿Qué le dolerá más? ¿Que le hayan traicionado, o ser incapaz de perdonarlo?

La necesidad de consolarlo me supera y no lo dudo al tomar sus labios. Él, al principio, se queda rígido. Deja que mi boca explore la suya muy despacio, saboreando la albahaca fresca y el toque de menta de su perfume natural. Es tan delicioso como afrodisiaco. No tarda en quemarme la sangre por la necesidad de más, y es entonces cuando Dareon separa los labios y une su lengua a la mía en un baile ardoroso y sensual.

El estómago me da un vuelco cuando me trae hacia sí para ahondar en el contacto. Sus besos me producen un placer celestial porque los acompañan mis sentimientos. Porque lo quiero más que a mí misma.

Dareon jadea contra mis labios y rueda para colocarse encima. Separo las piernas y lo rodeo por las caderas, acercándolo para sentir su erección pegada al estómago. Mis dedos recorren su pecho desnudo igual que sus manos moldean mi figura y se entretienen agarrándome los pechos sobre el camisón. Mi pulso vuela. Mi corazón parece a punto de estallar. Y mi entrepierna ruega tanto como yo lo hago al ronronear al borde de sus labios. Elevo las caderas, buscando su contacto, y él me complace rozándose conmigo con fruición. Con rapidez. Con furia viva. La misma que convierte sus besos en una guerra.

Voy a levantarme el camisón para desnudarme, pero él se separa de golpe y me agarra de las muñecas para frenarme. Tiene los ojos vidriosos, las mejillas arreboladas.

Jamás he visto nada tan hermoso, ni tampoco nada tan triste.

—No —jadea. La voz se le quiebra por culpa de un sollozo incontenible—. No...

Se aparta de mí como si le asqueara mi piel, y rueda fuera de la cama para alejarse lo máximo posible. Los tensos músculos de su espalda se mueven cuando se pasa las manos por la cara, desesperado.

—Dare...

Me levanto enseguida y camino hacia él. Me detiene un sonido

gutural que sale de su garganta. Podría ser un lamento o podría ser un aullido abortado.

—¿En qué me estoy convirtiendo, Diana? —musita, estremecido por el pánico. Se frota los brazos salpicados de nuevos tatuajes como si fueran un sarpullido en carne viva.

No tardo en salvar la distancia que nos separa y abrazarlo por la espalda.

—¡No me toques!

Su voz es grave, gutural, pero, al apartarme, procura ser gentil. Cuando me mira a los ojos, creo atisbar un recuerdo lejano, uno demasiado esquivo y borroso para alcanzarlo, pero sí lo bastante vivo para que me arda el corazón: el recuerdo del Dareon que conocí.

Traga saliva y, en un arrebato provocado por el miedo, apoya mi mano en su pecho para que sienta el latido débil de su corazón.

Su mirada franca me estremece.

—No quiero que te arrepientas de haberme conocido.

—Eso sería imposible.

—Yo te quería, ¿entiendes? —Me sondea con la mirada, ansioso por hacerme ver la veracidad de sus palabras—. Es cierto que me interesaba tenerte a mi servicio para beneficiarme de tus visiones, y que los primeros días me aproveché de tu... ridícula e irracional admiración hacia mí para garantizarme tu fidelidad, pero más allá de eso, te adoraba. Tu sensibilidad inaudita, lo sincera que eres incluso cuando la verdad puede jugarte en contra, tu naturalidad al expresarte, tu inocencia, tu curioso y descarnado sentido del humor, tu forma de creer en mí, incluso si no tenía sincero que lo hicieras; tu bondadoso corazón. Pensaba en ti como una amiga, pero tuviste que ocultármelo. Tuviste que... —Él desencaja la mandíbula, desesperado, y lanza una mirada al techo—. No puedo seguir haciendo esto —determina, agobiado—. Tienes que marcharte.

—¿Cómo? ¿Marcharme? ¿A dónde? ¿Te refieres a... sin ti?

—Yo tengo que morir aquí. Tú no. Y menos todavía de amor por mí. —Sonríe con desprecio hacia sí mismo—. Uno que en realidad no sientes.

—¡Claro que lo siento! Deja que te lo demuestre, Dareon. Deja que te compense por todo...

Él sacude la cabeza. Yo pierdo el equilibrio, sacudida por la inminente posibilidad de perderlo de vista. De alejarme de él.

—Quiero que vayas a la Tierra y lo encuentres.

—¿A quién? No quiero ir a ninguna parte. Por favor, Dareon...

—Si volvéis a poner un pie aquí —Su voz se torna lúgubre y amenazante—, tendré que matarlo. Díselo, Diana. Dile que solo me sobrevivirá si permanece en otro mundo.

—¡No!

Pero sé que va a hacerlo. Me va a mandar lejos, donde él no estará. Siento que voy a desfallecer, y lo hago: los pies dejan de sostenerme y solo puedo arrodillarme ante él con los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero quedarme contigo —sollozo sin aliento—. D-deja que me quede c-contigo. Haré lo que... sea... Seré tu esc... esclava.

Él me acaricia el óvalo de la cara.

—Nunca debí traerte a este lugar, Diana..., aunque tampoco estás hecha para la maldad de la Tierra. Deberías vivir en tu propio planeta, en uno hecho a tu medida.

—Pues hagámoslo. Tú y yo.

Dareon niega con la cabeza con dulzura. Aunque me dedica una pequeña sonrisa, la seriedad de sus ojos me aterra.

¿Qué sería capaz de hacerse a sí mismo sin vigilancia?

¿Qué haré yo sin él?

—Sin ti, me moriré —determino con la certeza de una verdad universal.

—En casa dejarás de sentirte así poco a poco. Te lo prometo —me asegura—. Prométeme algo tú también a mí, Diana.

—Lo que sea. Lo que sea —balbuceo, agarrada a sus caderas.

Aprovecho que deja las manos muertas para tomarlo de una y llevármela a los labios para besarla con fervor.

—No me odies para siempre —ruega con humildad—. Ni siquiera lo que dure mi «siempre».

Abro la boca para responder, pero Dareon traza una espiral en el aire con la mano a la que no me he aferrado. Un polvo color púrpura me envuelve y el suelo se abre a mis pies. Intento aferrarme a él, pero lo único que consigo es arrancarle del dedo un anillo con un falso rubí.

Entonces caigo. Y cuanto más caigo, gritando su nombre y aferrada a ese anillo que me mantendrá unida a él, más me desgarro. Solo cuando toco de nuevo el suelo, puedo decir que he sobrevivido.

Pero ¿a qué precio?

15

A nadie le gustaría estar en mis zapatos.

Tengo la sensación de que he estado perdida toda la vida, pero esta confusión actual es diferente de cualquiera anterior. No es intuitiva, sino que está justificada. Y no es una que cargues encima como podrías llevar las llaves, el móvil o, en mi caso, un anillo con un falso rubí. Es una que te impide pensar en otra cosa. Un envolvente sentimiento de angustia que me incapacita para hacer hasta la tarea más sencilla, como levantarme del suelo o simplemente respirar.

Siento que me han arrancado el corazón. Lloro sin darme cuenta. No sé cuánto rato ha pasado desde que aterricé sobre una alfombra que me suena familiar, pero no he podido pestañear, ladear la cabeza en otra dirección o hacer el amago de incorporarme. No siento que merezca la pena.

Nada merece la pena.

Creo que sabía por quién lloraba. Tenía un nombre en la cabeza. Un rostro aparecía en mis pensamientos. Pero han pasado horas desde entonces, y lo único que sé con certeza es que alguien me ha abandonado. Alguien a quien amaba con una fuerza desmedida que, ahora que me ha sido arrebatada, me impide encontrar los ánimos para sobrevivir. Ese instinto de supervivencia del que se habla debería ayudarme, pero no puedo. No puedo. Si supiera dónde encontrarlo, me arrastraría hasta él y le pediría que me acogiera entre sus brazos. Pero ¿quién es él? ¿Por qué se ha ido? Tengo el corazón roto, y, aunque antes supiera por qué..., ya no me acuerdo.

Conforme pasan las horas, la incomprensión y la pena van retirándose para abrir paso al miedo. Al pánico más atroz. No sé dónde estoy ni quién soy. No sé de dónde vengo ni al lugar al que me dirijo. Ni siquiera tengo el consuelo de saber a quién amé, quién es esa presencia fantasmagórica que habita mi alma y que me la ha rasgado por la mitad al dejarme. ¿Y si nunca recuerdo? Siento que debo hacerlo, que tengo que esforzarme. Pero cada vez que intento buscar palabras en esa página en blanco que es ahora mi cabeza, cada vez que intento adentrarme en la oscura calima, una negrura terrorífica me atrapa y siento que vuelvo a caer.

Estoy sola. Pero no estuve sola, ¿verdad? Hubo algo antes que esto, incluso si no puedo verlo.

¿Estaré sola siempre?

Cierro los ojos una vez más de todas las que lo he hecho, presintiendo que la oscuridad significa que debo intentar descansar; darme una tregua. No sé cuántos amaneceres me iluminan hasta que escucho el tintineo de unas llaves al meterse en la cerradura, unos cuantos pasos y un par de voces femeninas.

—No me pareció realista en su momento y tampoco me lo parece ahora —dice una de ellas, grave y sin entonación.

El corazón se me encoge de pánico y estoy a punto de forzar a mi cuerpo gelatinoso para que repte y se esconda debajo del sofá, pero no puedo.

—Es que no tienes que buscarle la lógica a que Rory prefiriera a Jess. Son pocas las que en esta vida eligen a quien le conviene. ¡Si no lo sabré yo! —exclama su compañía en tono soñador.

—Estás admitiendo que Dean es mucho mejor que Jess.

—Estoy diciendo que Dean es más conveniente. Era el novio perfecto.

—A mí no me pareció perfecto que la dejara solo porque Rory no le dijo «te quiero».

—Es que algunas vivimos de los «te quiero», ¿sabes? No somos el puto robocop como tú.

—Entonces estás de parte de Dean. Comprendes que armara la que armó.

—Y tú estás intentando liarme para que al final me ponga de tu parte. Eres una manipuladora.

—Jess era un imbécil. Fin.

—Vale, sí, era un imbécil. Y Dean era el novio perfecto. Pero Jess está tremendo y es un malote.

—Dean era más alto.

—Ser alto no significa ser guapo. Lo sabrías si salieras un poco más.

—Salir más no me va a convertir en un pendón, Elsa. Ni tampoco hará que me gusten los hombres.

«Elsa».

Lo único que puedo hacer al oír ese nombre es pestañear.

Lo repito para mis adentros.

«Elsa».

—¿Te tengo que recordar que te liaste con...?

—Con mi profesor de Biología molecular y citogenética, sí, lo repites tan a menudo que cualquiera diría que tuve un romance de siete meses con él y no que solo follamos en su despacho en una ocasión aislada.

—Sigue probando mi teoría.

—Que me lo follara no quiere decir que me gustara.

—Pero te gustó.

—Porque me hizo un cunnilingus que te mueres. Sigue sin significar que me atraigan los hombres o que los prefiera como pareja sexual. Solo me metí en ese despacho porque quería que me explicara el porqué de mi nueve y medio, que debió ser un diez, no porque estuviera loca por él. Y no sigas por ese camino, que tu insistencia en que me interese el género masculino empieza a rozar la homofobia.

—¿A quién vas a llamar tú homófoba, capulla? ¡Si me he acostado con más mujeres que tú!

—Hasta Diana, que es heterosexual, se ha acostado con más mujeres que yo. No es una cuestión de orientación, sino de oportunidad.

«Diana».

—Desde luego. Si no sales a la calle, no sé cómo pretendes demostrarme que eres lesbiana.

—Vaya comentario de mierda. Yo a ti no te tengo que demostrar nada, salida de los cojones —la insulta sin alterar siquiera la respiración—. Diana tampoco sale mucho y no le das esta tabarra.

—Porque ahora se está zumbando a dos hermanos italianos.

—No eran italianos.

—¿Y tú qué sabes, bollera?

—Lo habría mencionado, y bollera tú, que yo me he follado a mi profesor de Biología.

La soñadora rompe a reír a mandíbula batiente, un sonido que me llena de un calor inexplicable.

—¿Cómo estará? —medita en voz alta—. Hace años que no escribe por el grupo... Riega esa un poquito más, venga. Quiero que cuando vuelva se encuentre sus plantas en perfecto estado de revista.

—Es un poto, no necesita que empape la tierra. Son plantas que sobreviven con que les dé un poquito el sol.

—Tú no necesitas ni eso, chata.

—Eres consciente de que Didi se va a dar cuenta de que hemos sido nosotras las que le han vigilado las plantas, ¿no? Y haciendo uso de la llave de Roberto, nada menos. Diana no riega las plantas nunca, macho. Estaban casi muertas cuando vine. Voy a tener que darle unos cuantos consejos al respecto.

Desde mi posición, tendida boca abajo en el suelo con la mejilla pegada a la alfombra, observo que unos botines con tacón y unas zapatillas blancas salen de la última de las habitaciones del pasillo principal y vienen hacia mí. El pulso se me acelera y por un segundo solo veo mi propio pánico.

¿Van a hacerme daño? Parecen inofensivas, y una parte de mí casi se alegra... Casi celebra...

Tengo que moverme. Tengo que salir de aquí.

—Tú también necesitas unos cuantos consejos, aunque de otra...

¡Hostia puta! —chilla la que parece ser Elsa—. ¡Hay una...! —Se atraganta con su propia voz. Con otro tono, mucho más afectado y tembloroso, balbucea—: ¿Diana? ¡Diana! ¡Dios mío!

El eco de los tacones retumba entre las cuatro paredes hasta que la alfombra amortigua el sonido. La desconocida cae sobre sus rodillas para cogerme por los hombros e intentar darme la vuelta. Trato de deshacerme de sus manos, pero estoy tan débil que apenas hago un par de aspavientos.

No puedo ni abrir los ojos. La luz exterior me ciega.

—Didi, cariño, ¿qué tienes? —susurra, acariciándome la cara con los dedos—. ¿Me escuchas?

—¿Qué pasa? —pregunta la otra desde el pasillo.

—Abril, rápido, ve a la cocina y trae un vaso de agua. Y algo de comer. Joder, joder, joder, Didi. ¿Qué te pasa? —Me zarandea un poco. Intento sacármela de encima otra vez, pero solo consigo darle un débil manotazo en el hombro. Luego la dejo caer de nuevo sobre la alfombra.

Aunque no me deshago de la sospecha de que puedo estar en peligro, sus caricias se sienten tan familiares, incluso cariñosas, que no puedo contener las lágrimas. Incluso cuando empiezo a llorar, ella sigue rozándome la cara con una paciencia y ternura infinitas. Se las arregla para sostenerme y mecerme entre sus brazos como si fuera su criatura, su delicada y amada criatura. La desconocida tiene el pelo rubio recogido en una coleta tirante y los ojos del azul celeste de un cielo de verano. Es tan hermosa que por un segundo se me olvida cómo respirar.

—Didi, dime qué ha pasado —me ruega, acongojada—. Háblame. ¿Cuándo has llegado? ¿Qué haces aquí tirada?

—¿Qué es...? —pregunta Abril, que reaparece con un vaso lleno de agua y un paquete de cereales en la mano. En cuanto me ve, su ceño fruncido es rápidamente sustituido por la palidez de los muertos y una expresión de horror—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué está así?

—No lo sé, no me habla. Solo llora. La he encontrado aquí tirada... Parece que no puede moverse.

—Pues claro que no puede moverse. Debe de llevar días sin comer y sin beber nada —dice Abril, arrodillándose junto a mí. Pone su mano diminuta sobre mi frente y tira de mis ojeras para examinarme las cuencas con cara de tenerlo todo bajo control. Pero en el temblor de sus dedos se nota que no es cierto—. Incorpórala para que pueda beberse esto.

Elsa tiene que embestirme con el hombro para conseguir más o menos que quede en posición vertical. Abril coloca el borde del vaso en mis labios y asiente mirándome con fijeza, como si quisiera asegurarme que puedo confiar en ella. Hay algo en su expresión,

aparte del aprecio que parece sentir por mí, que me anima a obedecer. Infalibilidad. Determinación. Esa plena certidumbre con la que deberían actuar los líderes para ganarse el voto del pueblo. Ella tampoco es desconocida para mí, aunque acabe de descubrir cuál es su nombre.

Bebo muy despacio hasta llenarme el estómago. El agua es el combustible que necesitaba para recuperar energías. Si pudiera sorber más rápido, lo haría hasta asfixiarme, pero antes de apurarlo, se me contrae el estómago y tengo que doblarme para vomitar.

Elsa me retira el pelo de la cara como si estuviera acostumbrada a esta clase de espectáculos.

—Eso es, muy bien. Échalo todo. —Me acaricia la espalda. Añade, en voz baja—: ¿Crees que pueda estar drogada?

—Diana no se droga.

—No, pero tiene todos los síntomas. Créeme, sé de lo que hablo —murmura con tono sombrío—. Mirada desenfocada, pupilas dilatadas, sudoración... Es como si le hubiera dado una pálida, pero peor aún. Tenemos que llevarla al hospital.

—Diana debe de llevar días así. Si fuera una sobredosis, se habría recuperado o se habría muerto ya.

—¡No digas eso ni en broma!

—Creo que está en una especie de trance postraumático.

—Podemos pasarnos el resto de la mañana diagnosticándola, pero insisto en que debería ir...

Las voces se callan de golpe. No he entendido nada de lo que han dicho, y está todo tan borroso que lo único que distingo es el eco que deja la conversación, una maraña de ruidos inconexos que me hace sacudir la cabeza para ahuyentar las punzadas de la jaqueca.

Enseguida descubro por qué han dejado de hablar.

Mientras Elsa me limpiaba la boca con un pañuelo, Abril me ha cogido de la mano para examinar mis dedos despellejados. Mis uñas arrancadas. Creo que ambas comparten una mirada espantada, pero no podría decirlo con certeza.

—También tiene el camisón roto —musita Abril, pestañeando rápido.

—Diana —me vuelve a llamar Elsa. Envuelve mis mejillas con las manos y me sacude un poco hasta que enfoco la vista—. ¿Alguien ha entrado en casa, o has traído a un invitado? ¿Te has peleado con algún vecino, o amigo, o... amante? ¿Esto te lo ha hecho una persona? ¿Te han hecho daño, Didi?

Solo puedo asentir con la cabeza, porque eso es lo único que sé. Sé que me han pisoteado el corazón hasta hacerlo polvo. Sé que ya no lo siento en el pecho. Y sé que el propietario de mi corazón era lo bastante poderoso para llevarse consigo todos mis recuerdos, mi

identidad e incluso mi capacidad para hablar.

Intento hacerlo, porque las palabras están en mi cabeza. Solo tengo que separar los labios y poner a vibrar mis cuerdas vocales. Pero lo único que emito es un gemido lastimero que le llena los ojos de lágrimas a la mujer que me abraza.

—Oh, Dios mío —balbucea antes de romper a llorar. Me estrecha entre sus brazos con cuidado de apoyar mi cabeza en su hombro—. No pasa nada, cariño. Ya estamos aquí. Vamos a... Vamos a darte un baño, vas a comer un poco y luego te llevaremos al médico, ¿vale? —Ladea la cabeza hacia Abril, que ya se está levantando—. ¿Te encargas tú de poner el agua a...?

—Sí —responde antes de que termine la frase.

—¿Crees que es buena idea? ¿La llevamos a urgencias primero? Es verdad que se ha orinado encima, pero si ha pasado algo con... con alguien... —balbucea—, ¿no sería conveniente que...? A lo mejor hay restos de ADN en alguna parte.

Abril se pasa las manos por la cara. Parece sobrepasada, pero se controla con una entereza admirable.

—Tienes razón. Y no debería comer nada por si le hacen un análisis de sangre. —Vacila—. Venga, échale algún abrigo largo por encima y vamos al de Caleta. Conoces a uno de los médicos que trabajan en urgencias, ¿verdad?

—Sí, Alonso. Aunque no tengo ni idea de cuándo son sus turnos. Da igual, ya se nos ocurrirá algo para que la atiendan la primera. —Se dirige a mí e intenta sonreírme. Incluso con la mueca que le sale, me parece preciosa. Una parte de mí quiere abrazarla, besarla, decirle que la quiere; la otra vive aterrada por la familiaridad con la que se comporta, porque no la conoce—. ¿Crees que puedes levantarte?

Abro la boca para contestar. Un quejido entrecortado es lo único que obtiene como respuesta.

—¡Abril! —exclama Elsa.

La otra acude enseguida y entre las dos se las arreglan para ponerme de pie. El mareo está a punto de hacerme resbalar al dar el primer paso, pero la emoción de saber que no he olvidado cómo caminar me inyecta la suficiente confianza para dar el segundo, y el tercero, y todos los demás. Cuando Abril ya me ha ayudado a ponerme unos zapatos y me ha echado un abrigo negro de piel sintética sobre los hombros, nos dirigimos a la puerta. Y en cuanto pongo un pie fuera y puedo respirar el familiar olor a pan recién horneado de la anciana que intuyo que vive a mi lado, una sonrisa extraña se forma en mis labios.

Elsa se da cuenta y me sonríe de vuelta; incluso me da un apretón en la cintura, de la que me tiene agarrada.

—Tranquila —susurra. Quiero mantener la sonrisa, pero en cuanto

noto el roce de sus labios en la mejilla, una oleada de dolor me sobreviene y estoy a punto de romper a llorar de nuevo.

Es el afecto lo que me hace daño. No solo el que me falta; también el que recibo.

¿Por qué?

¿Qué me hizo él al no corresponder mi amor, que no deja que otros me amen?

Freno en seco al llegar a las puertas del hospital, sobrepasada por una intuición que hace que salten todas mis alarmas.

He estado aquí antes. Con él. Estoy segura. ¿Qué otra cosa pueden significar mis temblores? Vuelvo a hacer un esfuerzo de memoria para tratar de dibujar un rostro, las letras de un nombre; las últimas palabras que me dijo.

Nada. Vacío.

Lo único a lo que puedo aferrarme es a mis sensaciones, y estas son demasiado difusas y lejanas, como si lo que siento ahora lo hubiera experimentado hace años y no quedara más que un vago recuerdo.

—¿Diana? —me llama Elsa—. ¿Entramos?

Vacilo antes de asentir.

Las puertas automáticas se abren para nosotras. No me sueltan ni hacen el amago. Elsa intenta darme conversación, me hace cientos de preguntas que no sé ni puedo responder; Abril la corta, le pide que se calle, insiste en que no es el momento más oportuno para interrogarme. Aunque entiendo las buenas intenciones de Elsa, agradezco que la otra chica se ponga de mi parte. El zumbido de las voces, que no escucho como si las tuviera al lado sino en otro plano distinto, en una realidad diferente, no ayuda a que ponga en orden mis pensamientos.

—¡Elsa! —exclama un hombre. Sonríe y levanta la mano para llamar su atención.

Le pide disculpas al tipo con el que estaba hablando poniéndole una mano en el antebrazo y se dirige a nosotras. Conforme avanza, su sonrisa se va marchitando. Entonces nos recorre de arriba abajo con una mirada aprensiva y se detiene en mi expresión.

Para cuando frena delante de nosotras, ya tiene el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Todo bien? —pregunta, colocando bajo la axila el panel de anotaciones que sujetaba en la mano—. No tienes muy buen aspecto, Dayana.

—Se llama Diana —corrige Elsa con brusquedad—. ¿Estás de guardia? Necesito que la veas.

—Tienes que ir a recepción, enseñar la tarjeta sanitaria y pedir...

—Por favor, Alonso —lo interrumpe. Traga saliva—. Me la he encontrado tirada casi inconsciente en el suelo del salón. Creo que entraron en su casa y le robaron, o le... Han tenido que hacerle algo muy malo. Ni siquiera puede hablar. Por favor.

Alonso no necesita que le insistan. Parece que solo esperaba una confirmación de que no veníamos por un resfriado para actuar. Asiente con la cabeza y nos indica que lo sigamos a una de las consultas de urgencias.

Nada más estamos dentro, me indica con educación que me siente en una camilla cubierta por un papel de tacto áspero. Rodea el escritorio y, sin sentarse, teclea unos datos que Elsa le da con la cara pálida.

—Diana Balderas Dalmau. Ocho de mayo del noventa y dos —recita de memoria. También da una serie de números con una letra. ¿Mi DNI?—. No me sé sus credenciales sanitarias... o como se llame a todo lo que hay en la tarjeta.

—No pasa nada, tenemos los datos aquí. Con el nombre completo y la identificación es suficiente. Qué curioso que te sepas su DNI.

Alonso saca del bolsillo de la bata una pequeña linterna para revisarme las pupilas. Toma una muestra de mi saliva y sostiene mis manos con delicadeza para examinar una a una las uñas arrancadas.

Cuando me pide la otra mano, me niego a dársela.

—¿Qué tienes en el puño? —Alonso arruga el ceño—. Dámelo, vamos.

Tiene que hacer fuerza contra mis dedos para que le enseñe lo que llevo días agarrando como si me fuera la vida en ello. Me inunda la decepción cuando veo que se trata de un anillo que ni siquiera me suena familiar.

—Voy a guardarlo en una bolsita aparte por si la policía lo necesita para identificar al agresor, ¿de acuerdo? —No espera a que asienta y se lo guarda en el bolsillo—. Dime. ¿Cómo te has hecho esto de las uñas?

Por fin encuentro la voz, pero sale igual que un globo desinflado.

—No lo sé.

Alonso me mira a los ojos, como si quisiera cerciorarse de que digo la verdad.

—¿Podrías darme algún detalle de tu agresor?

—No.

—Perdone, pero esas preguntas debería hacerlas la policía, ¿no? —interrumpe Abril.

—No necesariamente. Parece estar en shock. Tengo que averiguar hasta qué punto se remonta su amnesia.

—¿Amnesia? —repite Elsa, alarmada.

—A veces los shocks postraumáticos traen problemas de memoria. Parece que también tiene dificultad para concentrarse. —Chasquea los dedos delante de mí. Doy un respingo—. Pero reacciona con angustia a los sonidos. Incluso al de vuestras voces. Diana. ¿Diana? No parece reconocer su nombre, tampoco.

Enfoco la vista en él.

—Diana, ¿te acuerdas de lo que estabas haciendo antes de que te atacaran? —Niego con la cabeza. Hace una pausa—. Cuéntame alguna historia de tu infancia, o un momento embarazoso que vivieras en la adolescencia.

Hago tal esfuerzo de memoria que me mareo y tengo que apoyar el cogote en la pared. Alonso no me presiona, y me da unos segundos de tranquilidad hasta que considera que estoy lo bastante recuperada para preguntar:

—¿Sabes quiénes son las mujeres que te han ayudado a venir al hospital?

—Elsa —logro articular— y Abril.

—¿Y te acuerdas de cómo las conociste? ¿Sabrías decirme qué son para ti?

Ladeo la cabeza hacia las dos, que esperan de pie junto a la puerta. Alonso se aparta para que pueda observarlas cómodamente.

Elsa es más alta que Abril. Y que yo. Debe de medir un metro setenta y cinco. Está bronceada, luce un aspecto saludable y creo que viste con mucho gusto; que es coqueta porque su físico se lo permite, y sabe el efecto que produce sobre los demás. Abril también está bronceada, pero no tiene nada que ver con la belleza escandinava de Elsa. Es una mujer mediterránea, con los ojos grandes y verdes y una melena rizada hasta la cadera. No parece preocuparle mucho su apariencia, pero es una de esas personas que no necesitan sacarse partido ni levantar la barbilla con una actitud llamativa para que se giren a mirarlas por la calle. Da la impresión de que esa es su condena, de que desprecia su atractivo y le gustaría ser invisible.

Más allá de sus pieles, de sus miradas expectantes, de sus rostros de ojos abiertos y llenos de esperanza, intuyo que una vez las quise, y que ese amor era tan poderoso que incluso ahora puedo sentirlo arrastrándose desde mis inalcanzables recuerdos para llegar a mí y envolverme en la calidez de un abrazo familiar, pero no sé si me alcanzará a tiempo, antes de que me vuelva loca.

Siento que son importantes. Siento que son imprescindibles.

Pero ¿por qué?

Trago saliva y aparto la mirada.

—No lo sé —murmuro, abrazándome los hombros. No soportaría mirarlas a la cara al confesar que las he olvidado como he olvidado todo lo demás.

¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Volveré alguna vez al lugar al que sé que pertenezco, o acaso vivo ya en él y no me he dado cuenta?

Elsa rompe a llorar. Intenta apartarse las lágrimas rápido, como si así no fuéramos a darnos cuenta, pero acaba saliendo de la consulta y cerrando la puerta tras ella para esconder sus sentimientos de mí.

Abril solo inspira hondo, asiente, sabiendo que más le vale hacerse a la idea rápido, y camina hacia mí muy despacio para cogerme de la mano. Vuelve a dirigirme esa mirada calma, tan sólida que sé que podría aferrarme a ella para llegar a cualquier parte.

—Te acordarás —me promete—. Ya verás que sí.

16

Después de un par de horas en el hospital y otro viaje a la comisaría, descartamos lo que, en el fondo, yo ya sabía: nadie ha abusado de mí. Ha sido un poco incómodo someterme a toda clase de pruebas y aguantar preguntas desagradables que no sabía ni cómo responder, pero el alivio de Elsa y Abril es tan palpable como contagioso.

No hallan ADN de ningún tipo entre mis piernas ni tampoco señales de que me hayan golpeado o haya forcejeado con alguien. Tengo unos cuantos morados en el cuerpo, pero es por la caída. ¿Qué caída? Ni yo misma lo sé, como tampoco consigo recordar qué le ha pasado a mis uñas.

Nadie ha querido decir nada delante de mí por miedo a que reaccionara de mala manera, pero he oído una conversación entre la agente de policía y mis hermanas en la que se descartaba por completo que alguien hubiera entrado en casa. En primer lugar, porque la puerta estaba cerrada con llave y no forzaron ni la cerradura de la entrada ni ningún otro acceso, por lo que habría tenido que ser alguien con llaves y nadie las tenía más que yo, mi vecina de ochenta años, que, según dicen, lleva semanas de viaje y no mataría a una mosca, y ahora ellas, que consiguieron la copia de mi exmarido. En segundo lugar, porque gracias al desarrollo de la ciencia y el cerebro privilegiado de los médicos, se puede saber cuándo le han dado una paliza a alguien y cuándo se ha pegado un resbalón casi mortal. Y en tercero...

Bueno, la agente de policía y Alonso lo tenían claro. Creen que me drogué, me caí estando fuera de mí y la sobredosis me sentó tan mal en el estómago que aún me dura el aturdimiento, pero como hacía días que dormitaba sobre la alfombra, la droga ya se había disuelto en mi sangre para el momento de las analíticas y no se podía rastrear para diagnosticarme en firme.

Según Alonso, esto de quedarse medio lelo por un chute puede pasarle a alguien que no esté acostumbrado a consumir estupefacientes. Y Elsa lo asegura porque, por lo que me ha contado, ella también ha tenido sus problemillas con el tema. Dice que ha visto a gente perder la cabeza para siempre la primera vez que probaron alguna droga de diseño.

Pero yo no solo he perdido la cabeza, y no tardo en comprobarlo. Los días posteriores a mi periplo médico, sufro tal variedad de

síntomas secundarios que Elsa le ha dejado por fin su teléfono a Alonso —digo «por fin» porque, aunque estuvieron saliendo unos meses, ella nunca se lo dio— para llamarlo dentro o fuera de su horario laboral siempre que necesite ayuda. Me muero de vergüenza cada vez que le hace venir porque he empezado a tener alucinaciones, a divagar en voz alta en «un idioma extraño y desconocido» o me dan ataques repentinos de llanto incontrolable. Hay veces que me sacuden las convulsiones y Elsa tiene que abrazarme hasta que me tranquilizo. Otras, me despierto sudando a mares o llorando a lágrima viva porque he tenido un sueño que tampoco consigo recordar; solo sé que echo de menos al hombre que aparecía conmigo, ese rostro borroso y desconocido.

También hay avances, por suerte: Elsa y Abril me confesaron que eran mis hermanas, pero no lo supe con certeza hasta unos días después, cuando las miré y supe reconocerlas. No solo a ellas, sino muchos de los momentos de nuestra infancia, nuestras bromas pesadas, nuestras peleas.

Pero por cada paso hacia delante, retrocedo otros tantos viviendo una angustia emocional grave; experimentando una desesperación tan intensa que en ocasiones no puedo respirar. Fiebres. Vómitos. Temblores. Sudores fríos. Miedo y ansiedad. Y sentimientos que les oculto a las dos porque no sabría cómo explicarlos, porque me abruman y me dejan emocionalmente exhausta, con el alma desgarrada y la total convicción de que todo esto que me está pasando solo es la manera que tiene mi cuerpo de avisarme de que se está pudriendo. De que me voy a morir. Me voy muriendo poco a poco y no puedo hacer nada para evitar este declive. Ni Elsa tampoco. Ni Abril.

Ni siquiera Alonso.

—Mira, he buscado en Internet recetas de cenas ligeras para gente con el colon irritable, enfermedad de Crohn y alérgica al gluten —me cuenta Elsa, enseñándome la pantalla de su móvil—. No sé si esto servirá para que no vuelvas a potar, pero por intentarlo que no quede.

Arrugo la nariz.

—No me gustan los champiñones.

—Pues te jodes —me suelta alegremente.

En cuanto se ha recuperado del shock, se ha convertido en la Elsa que recordaba; la malhablada con prontos de agresividad y brotes de ternura inusitada.

—Los cereales rellenos de leche del Mercadona no los he vomitado. ¿No puedo cenar eso? —suplico, aferrada al borde de la mesa de la cocina.

Mi cocina.

Me voy acostumbrando a ella.

Mi cuerpo está entrando en un lamentable estado de putrefacción, pero mi mente, en cambio, va convirtiendo esa familiaridad inicial en recuerdos. Recuerdos de mi apartamento.

Aquí viví con mi exmarido, Roberto. Creo que sufrí durante mi divorcio, pero no soy capaz de rescatar esos sentimientos.

—No vas a estar comiendo basura todo el día, Diana —me regaña Abril desde el salón.

Están echando una especie de documental en el que ella participó como asesora y siente que tiene el deber moral de verlo, aunque solo sea para criticar la información que les ha faltado. Creo que va sobre el demonio de Tasmania, y no el de los Looney Tunes, sino el real. El animal.

—Comer basura explicaría el estado de mi estómago.

—Verás que cuando cenes en condiciones te sentirás mucho mejor.

Suspiro y apoyo la sien en la pared. Observo de reojo a Elsa y cómo se va moviendo por la cocina. Recuerdo que la envidiaba por su perfecta figura de sílfide. Poco tengo que envidiarle con la tortura gastroenterítica por la que he pasado esta última semana y media. ¿O mi enfermedad se remonta a mucho antes? No lo sé, pero el otro día oí a Abril y a Elsa cuchicheando sobre lo preocupante que era mi brutal bajada de peso. Por curiosidad me subí en la báscula ayer por la noche y entendí a lo que se referían. Antes pesaba alrededor de setenta y cinco kilos y me he quedado en los cincuenta. Se me marcan los huesos de las caderas y tengo «las mejillas chupadas», como diría mi madre.

No le he dicho nada de lo sucedido, por cierto, y le he pedido a mis hermanas que tampoco se lo cuenten. No necesito a más gente viniendo a hacerme el *quiz* de «¿Conoces a Diana?». Ya me lo hago yo todas las noches que no paso navegando entre pesadillas, cada una peor que la anterior.

Elsa echa un vistazo al móvil antes de verter las verduras en la olla con agua hirviendo y sonríe.

Yo también sonrío, pero por acto reflejo.

—¿Quién te habla?

—¿Eh? —Me mira por encima del hombro—. Ah, sí. Es Alonso. Le había escrito para preguntarle si no deberíamos buscar algún tipo de medicación para tus problemas para retener alimentos, y una cosa ha llevado a la otra y nos hemos puesto a charlar.

—Si te lo echas de novio, esta experiencia no habrá sido tan terrible, después de todo.

—No digas gilipolleces —masculla, en tensión. Sacude la cabeza y agarra un calabacín con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos—. Estoy viviendo una puta pesadilla. —No pasan ni dos segundos antes de que se dé la vuelta y me mire arrepentida—.

Perdona. No sé con qué cara digo que esta es mi pesadilla cuando tú debes estar pasándolo bastante peor.

—Desde luego, yo no tengo a un tío bueno contándome chistes por WhatsApp.

Elsa suelta una carcajada que ayuda a distender el ambiente. Capta la indirecta —*no quiero hablar de mi situación de mierda*— y se relaja.

—Está bueno, ¿eh? No sé qué tienen los médicos, aparte de un buen sueldo, pero derrochan *sex appeal*. Yo creo que es porque la carrera dura siete años. Si un tío aguanta casi una década en la facultad, es probable que no le importe quedarse en tus bajos hasta que te corras. —Y se señala la entrepierna con el cuchillo con el que está cortando el calabacín.

—Pero si ya sabes cómo lo hace, ¿no?

—Como para acordarme. —Lanza una mirada al techo—. Salí con él dos veces hace unos diez meses. Solo imagina la cantidad de machos que se han columpiado en mi jungla desde entonces.

—Joder —se queja Abril desde el salón—, ¿tenías que usar ese símil?

Elsa se palmea el muslo con impaciencia.

—¿Qué pasa? —alza la voz—, ¿te molesta que no me depile? ¿Tú no eras feminista?

—¿Y tú no puedes parar de hacer comentarios políticamente incorrectos, peregrinos e incómodos? ¿Qué tiene que ver el feminismo, imbécil?

—Yo lo que no quiero es cenar pensando en tu jungla —puntualizo con el dedo en alto, como si pidiera la palabra.

—¡Encima que te hago la cena, puta cerda!

—¡Puta cerda tú! —le grita Abril.

—¡No te estaba hablando a ti, pero si el zapato te encaja, Cenicienta...!

Tuerzo la boca para aguantar una risita. Apoyo la barbilla en la mano y me la quedo mirando mientras se ríe ella sola. Abril refunfuña por lo bajo y sube el volumen del documental.

—¿Cómo conociste a Alonso? ¿Llegaste a contármelo? —retomo en cuanto se han calmado las aguas—. Ahora mismo no le recuerdo.

—Como tuviera que contarnos cómo conoce a cada uno de sus aspirantes a novio, la llevaríamos clara —bufa Abril. Aparece bajo el umbral con su pijama antierótico y su moño en lo alto de la cabeza. No hay mucha diferencia entre su pijama y lo que se pone para salir a la calle—. Pasaríamos tantos años escuchándola que, si fuera un trabajo a tiempo completo, nos ganaríamos la pensión íntegra a los treinta.

Elsa pone los ojos en blanco.

—Ser una zorrita no es mi única personalidad. ¿Por qué no te

burlas de mí por alguna otra cosa? Algo que sea un defecto, a poder ser, no una agradable forma de vida.

—Voy a esperar a que estés a punto de quemar la cocina para meterme con tus «dones culinarios». Me sorprende que te hayas metido entre fogones cuando llevas dos años viviendo sola a base de comida precocinada del Hipercor.

—Las cosas que una hace por amor, ¿eh? —ironiza—. ¿Por qué no mueves tu culo y ayudas? No es como si tu inmensa sabiduría sobre plantas fuera a servirme para algo que no sea saber si el perejil está caducado, pero cuatro ojos ven más que dos.

—Pues Abril no va a ver mucho si la mayor parte del tiempo se lo pasa poniéndolos en blanco —me meto.

—Anda, quítate, inútil. —Abril le da un caderazo a Elsa, que se separa de buen humor y se sienta delante de mí.

—¿Cómo conocí a Alonso? —se pregunta en voz alta. Se da un toquecito en la barbilla y luego la deja reposar sobre la palma de la mano. Sonríe con displicencia al caer en la cuenta, como siempre que llega hasta un recuerdo vergonzoso—. No es la historia más halagadora. Soy una drogadicta en rehabilitación y él es médico de urgencias. Te puedes hacer una idea de cómo fue nuestra primera cita no-oficial, ¿no?

—Depende. ¿Cómo de mala fue del uno al diez?

—¿Diez? ¿Cien?

—Entonces le vomitaste en los zapatos.

—Ojalá le hubiera vomitado en los zapatos. Me sentí tan mal que reaparecí en cuanto estuve en condiciones para pagarle la bata que le mandé a la mierda.

—¿Y aun así quiso salir contigo? —pregunta Abril—. Hay gente muy enferma por ahí.

—Empezando por ti —le bufa—. El caso es que... No sé. Se preocupó un poco por mí porque...

—¿Porque quería que volvieras a vomitarle encima, pero esta vez un fluido suyo? —prueba Abril.

—No tiene nada que ver con eso. Sabes que odio a los que me buscan y a los que se les nota desde la otra acera que quieren verte desnuda —se queja Elsa—. Él se preocupó porque su madre era drogadicta.

—Eso dice él. Contrasta información, que podría habérselo inventado para dar pena.

Elsa se gira hacia Abril.

—¿Por qué eres así? —rezonga, exasperada—. ¿Es que no puede existir ni un hombre decente?

—Mi problema no es contra los hombres como género, Elsa, pero llevo toda la vida viendo en qué clase de psicópatas se convierten

cuando estás cerca, y no me sorprendería que este también fuese mentiroso compulsivo. ¿Acaso sería la primera vez que un tío suelta trolas por un tubo para enamorarte?

Elsa se tiene que callar porque no ha dicho más que la verdad.

—Alonso no está tan desesperado. Le gusto, eso es obvio, pero no va a colarse en mi casa mientras duermo para llenarme el salón de flores.

—¿Alguien ha hecho eso por ti? —Pestañeo—. Qué bonito.

—¿Bonito? —repite Abril, sujetando la paleta de madera con cara de asco—. Que intenten colarse en mi casa, que reciben por todos lados.

—Por no intentar, no intentan ni colarse en tus bragas porque les das miedo —se burla Elsa—. En fin, la cosa es que cuando fui a pagarle el uniforme, me convenció de tomarnos un té en la cafetería del hospital y me preguntó cómo estaba... y todo eso. Casi la palmé ese día, es normal que se preocupara. La cosa es que le mentí diciendo que era la primera y última vez, que yo no tomaba nada raro...

—Entonces la psicópata eres tú —deduce Abril—. Ahora, si resulta estar pirado, no me voy a sentir tan mal por ti.

Elsa pone los ojos en blanco.

—No pude mantener la mentira mucho tiempo. Resulta que los dos coincidimos en el mismo concierto de trap en Copera, porque él iba acompañando a su hermana adolescente, o algo así, y me vio...

—Meterte de todo —concluye Abril, desapasionada.

—Más o menos. Me dio una pálida, aunque no tan *heavy*, y me ayudó. Me llevó a casa y... En fin. Vino a verme al día siguiente y me lo tiré. Y se acabó.

—¿Se acostó contigo al día siguiente de haberte dado un chungo? —Tuerzo la boca—. Ya no me parece tan perfecto.

—Es que puedo ser muy persuasiva cuando quiero. Él se sintió fatal después. Me dijo que no me había llamado para eso, que de verdad estaba preocupado... Vaya, que nada más terminar de echar el polvo, me dio el número de una psiquiatra especialista en drogodependientes.

Abril empieza a descojonarse. Pero descojonarse a base de bien, agarrándose el estómago. A mí por poco me contagia.

—Dios, me imagino la escena y me da un ataque. Elsa, con lo diosa que se siente después de zumbar, teniendo que lidiar después con la cara de susto de un tío y con la tarjetita de un psiquiatra.

—Oye, pues estoy muy contenta con Jimena —rezonga Elsa, pero también está al borde de la risa—. Que te jodan, rizos.

Al principio de la amnesia me había preocupado —incluso asqueado— que mis hermanas trataran el tema de la drogadicción de Elsa como algo que se podía mencionar a la ligera. Las veía reírse

sobre sus recaídas, sobre sus sobredosis, y me sentía tan incómoda que tenía que hacer bomba de humo. Pero eso era porque no recordaba que es la manera que tienen las dos de referirse a ello sin que se les parta el corazón. Elsa está muy asustada, y en realidad no quiere estarlo, y Abril se preocupa tanto cuando está sola que, los ratos que pasa con la causante de sus desvelos, solo quiere relajarse. Y, aun así, le sale la vena provocadora y le busca las cosquillas para poder discutir. Es como hace pagar a Elsa por haberla despertado más de una noche con una llamada del hospital.

Además: que buscara ayuda y hayamos visto cierta mejora colabora para que podamos hablar del tema.

—En el momento se me quedó una cara de gilipollas que era como para enmarcarla —reconoce en cuanto Abril se calma—. O como para rehuirlo adrede y cambiar de centro de salud.

—Es un buen hombre —intervengo—. Al menos, a mí me lo parece. Aunque tiene un problema grave con los nombres. No para de llamarme Dayana, Eliana, Mariana...

—A mí me llamó Elisa unas cuantas veces antes de llamarme Elsa. Es lo normal —me asegura.

—A mí el otro día me dijo Mayo y Agosto, no sé qué es peor.

Elsa y yo intercambiamos una mirada y nos echamos a reír como dos idiotas. Abril no se disgusta por estas tonterías, pero tampoco es de risa fácil, así que se limita a seguir cocinando mientras nosotras hablamos.

Elsa recibe un nuevo mensaje. Me fijo en que en la notificación pone el nombre del rey de Roma.

—Dile que se venga a cenar —propongo.

Ella me mira con una mueca.

—No sé yo... Mucho compromiso. Tiene pinta de ser la clase de tío que se pone a mirar hipotecas en la tercera cita.

—Esto no sería una cita. Estamos Abril y yo.

—¿Y si empieza a gustarme y nos vemos otra vez? En la cuarta quedada, compraría un todoterreno de siete plazas para que cupieran los trillizos. —Finge estremecerse de pavor.

—¡Pero si ya te gusta! Pones una cara de lela cuando miras el móvil que es para hacerte una foto.

—Bueno, pero tengo que evitar la quinta cita a toda costa, me guste o no. Corro el riesgo de que aparezca con un anillo —sigue divagando con la mirada clavada en el techo.

—Te crees más de lo que eres —se burla Abril—. A lo mejor se quiere acostar contigo y ya está.

—¡Que no, que Alonso es un tío serio, hombre!

—Dile al tío serio que venga a cenar, y luego ya veremos —insisto, cansina como yo sola—. Ya sabe mi secreto y el tuyo. Quizá esta

noche pueda descubrir el de Abril.

—¿Que es...? —me anima ella, arqueando una ceja negra tizón.

—Qué horror —sigue bufando Elsa—. Lo peor es que ya os conoce, o sea, que técnicamente le he presentado a mi familia. En la sexta cita, coge y alquila un panteón en el cementerio con nuestros nombres entrelazados.

—Y dale con la fantasía. —Abril bizquea.

—Yo ya lo conocía, ¿eh? Estaba contigo en ese concierto de trap —le recuerdo—. Dios, me acaba de venir a la mente ese detalle. Qué mal canta el Maikel Delacalle.

Elsa me aprieta la mano, entusiasmada, como cada vez que recuerdo algo. No tengo que repetirle que invite a Alonso. Debe emocionarse mucho porque me haya acordado de Maikel Delacalle y de lo mala que se puso esa noche; se le nota el subidón al teclear rápido.

—Hecho. —Me guiña un ojo—. Pero como en la séptima cita me deje caer que tenemos piso en Marbella, te la cargas.

Le dirijo una sonrisa deslumbrante.

—Espera a ver si el piso gusta antes de matarme, ¿vale?

—Bueno, tendré esa indulgencia contigo. Será mejor que vaya a ponerme guapa. —Se levanta y da un golpe de melena que me provoca una risita floja—. Vive muy cerca de aquí, creo que no tarda ni quince minutos.

—Abriremos nosotras si tú estás muy ocupada depilándote la jungla —se mofa Abril.

—Tú también deberías ir a cambiarte, porque vaya pintas llevas.

No le da la opción de replicar y desaparece en el dormitorio, donde tiene la maletita con su ropa.

A raíz del incidente —qué eufemismo más cojonudo—, mis hermanas decidieron coger sus bártulos y mudarse a mi apartamento para vigilarme. Aunque no hemos hablado del tema, han sacado en conclusión que intenté suicidarme y no quiero admitirlo —motivo por el que tengo cita con un psicólogo la semana que viene—, así que estiman necesario pasar el día entero con un ojo puesto en la menda. Elsa ha terminado su breve cursillo de formación para dirigir la fotografía de una película hace poco, y Abril tiene clase solo por las mañanas; se van turnando para que no me quede sola. Yo lo agradezco, porque es verdad que necesito compañía y los primeros días no era capaz de recordar ni siquiera dónde guardaba el botiquín de emergencias.

Y mira que tampoco es muy difícil.

Todos los botiquines del mundo están en el baño.

—La vida amorosa de esta chica da para libro. O para película de Netflix —comenta Abril, sirviendo las verduras hervidas en una

fuente.

Asiento, distraída, cuando una pequeña luz se enciende en mi cabeza.

Libro.

Me lo pienso varias veces antes de decir:

—Antes escribía, ¿verdad? Era lo que solía hacer.

Abril se gira hacia mí con ese gesto solemne que los que no están versados en el bello y complejo arte de la expresión abriliana a veces confunden con mala leche.

—Así es.

—¿Por qué no me lo habíais dicho?

—Elsa quería contártelo todo, pero pensamos que sería buena idea esperar un tiempo para recordarte algunos detalles de tu vida. No soy médico, y Alonso tampoco es psiquiatra, pero es obvio que tu amnesia es el resultado del estrés postraumático y en estos casos no es muy buena idea hurgar en los recuerdos de alguien. —Hace una pausa tan breve que apenas se nota que duda—. Sobre todo los que puedan estar relacionados con lo que te pasó.

—¿Crees que la escritura o mis libros tienen que ver con... eso?

Observo que Abril vacila antes de apagar el fuego de la hornilla y sentarse frente a mí. Aunque no lo dice, lo veo en sus ojos: cree que lo que me pasó es que intenté suicidarme, y no quiere recordármelo por si decidiera tomármelo de inspiración.

—La última vez que te vimos, entraste en casa jurando que no volverías a escribir; que tus libros te habían arruinado la vida. Incluso borraste el documento de la novela y estuviste a punto de romper el portátil. Sospecho que has tenido que romperlo, porque ni Elsa ni yo lo hemos encontrado por ninguna parte.

Asiento con la cabeza, digiriendo poco a poco la información.

Escribía. Era escritora.

Despego los labios para hacer una pregunta que mi mente me responde de inmediato.

—Escribía fantasía para adultos —comprendo.

—Sí.

—Y a la gente le gustaban mis libros. Me ponían mensajes muy bonitos en redes sociales. Incluso hacían dibujos de mis personajes.

Abril se atreve a sonreír de lado.

—Ajá.

—¿Hay algo más que creáis que ha desencadenado esto y que no me hayáis dicho por prudencia?

—Me alegra que lo veas como una decisión prudente. Elsa estaba acojonada creyendo que te cabrearías por no habértelo contado.

—Entre vómitos, pesadillas y alucinaciones no estaba muy dispuesta a escuchar —reconozco—. ¿Y?

—Creemos que estás así... que tuviste una crisis nerviosa por el divorcio. Alonso también —agrega.

Escruta mi expresión manteniendo la ansiedad a resguardo, pero sé que la siente. Cuando Abril está nerviosa, parece más seria de lo habitual. Al obligarse a ocultarlo, da la impresión de estar enfadada, pero es concentración. Se ensimisma para no llorar.

—Me acuerdo de mi divorcio. Me acuerdo de Roberto.

—¿Y?

—No siento que me importe. ¿Por qué creéis que tiene que ver con él?

—Perdiste completamente la cabeza después del divorcio. Elsa no se lo quiere creer del todo porque te fuiste de viaje después y parecías más animada enviando mensajes; incluso mencionabas a alguien. Pero... —Agacha la barbilla un momento para reorganizar sus ideas—. No fuiste a ninguna parte, ¿verdad? No había ni rastro de maletas, y si hubieras estado en la costa, te habrías bronceado.

—No lo sé —reconozco.

Abril se me queda mirando como si quisiera hacerme otra pregunta, pero no supiera cómo verbalizarla. Es así de quisquillosa; nunca le falta valor para sacar a colación temas delicados. Ahora bien, si no encuentra las palabras adecuadas, se queda callada.

—Alonso le dijo a Elsa que una persona que experimenta un episodio depresivo, y no nos cabe duda de que lo sufriste después del divorcio, es víctima de unos altibajos que pueden tenerla un día en lo más alto y, esa misma noche, a punto de...

—Quitarse la vida —concluyo.

Abril no se mueve. Ni pestañea. Ni respira. Solo se inclina un poco hacia mí, mirándome con severidad.

—¿Es eso lo que pasó? —pregunta con voz queda.

—No lo sé.

—Puedes decírnoslo si así fuera. Elsa vive consigo misma y con sus neuras, y yo vivo con las neuras de Elsa. Ninguna de las dos se va a asustar.

—Te juro que no me acuerdo.

Abril desvía la mirada a mis heridas de las muñecas. Ya están casi cicatrizadas gracias a que no eran muy profundas.

—Esas lesiones no pueden interpretarse de ninguna otra manera, Didi —dice en voz baja—. A no ser que alguien te hubiera atacado y te las hubiera dejado para despistar, pero esto no es un capítulo de *Mentes Criminales*.

Medio sonrío.

—Me acuerdo de esa serie. Qué bueno está Derek Morgan.

—Ya veo que tu memoria es selectiva. No te has olvidado de tus series preferidas —señala con un amago de sonrisa. Suelta el aire en

un suspiro y se recuesta contra el respaldo—. Yo no creo que te drogaras. Nunca habrías hecho algo así. Te conozco, y has sufrido mucho con la adicción de Elsa. Es simplemente imposible que te abandonaras de esa manera, por muy mal que estuvieras.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No es solo que tuvieras que haber conseguido la droga, cosa que ya habría sido difícil porque no conoces a ningún yonqui aparte de a tu hermana y no es algo que puedas pedir a domicilio; es que para drogarte tendrías que haber estado mucho más que desesperada. Tendrías que haber olvidado quién eres, y lo que es más difícil: a quienes amas. Nunca te habrías drogado, Diana, aunque solo fuera por mí, para evitarme la preocupación que tú misma has sentido en tus carnes —me asegura—. Pondría la mano en el fuego.

—No me digas que la vas a poner porque la cena está incomible —interviene Elsa, que acaba de aparecer con un vestidito camisero y el pelo suelto—. El canibalismo todavía no me va. Pero podemos pedir pizza.

—La cena está de lujo —se defiende Abril—. Y ¿qué haces con eso puesto? Te vas a helar.

—He puesto la calefacción, y, de todos modos, para presumir hay que sufrir.

Abril aprovecha la excusa de poner la mesa y servir la comida para levantarse y cortar la conversación. En cuanto se da la vuelta, Elsa me pregunta solo moviendo los labios si estoy bien y de qué hemos hablado.

Me encojo de hombros para tranquilizarla, restándole importancia. Elsa opina que Abril tiene menos tacto que un proctólogo con guantes de lana, cuando, a decir verdad, es la persona más confiable y paciente que he conocido en mi vida.

—Estás muy guapa. Y lo mejor es que no se nota que te has arreglado.

—Es mi mayor talento —reconoce con un coqueteo—. Ve tomando nota de lo que hago y digo durante la noche y descubrirás todos los trucos de una mujer para no parecer desesperada. No te vendrán mal cuando decidas volver al mercado.

Volver al mercado. La mera idea me revuelve el estómago y siento ganas de vomitar de nuevo. Pero como llevo practicando unos cuantos días, inspiro hondo e intento concentrarme en otra cosa para disuadirme de volver a vaciar el estómago.

—¿Estás insinuando que parezco desesperada?

—Sí. —Su honestidad me hace reír—. ¿Qué? Es la verdad. Llevas toda la vida exudando desesperación, por eso espantabas a los interesados. Créeme, por muy guapa que seas, si demuestras que estás loca por encontrar a alguien y encima es notable que tienes baja

autoestima, no te harán ni puñetero caso. Y tú eres monísima, Didi.

Me pellizca los mofletes como si fuera un bebé y me planta un beso en la frente. El sonoro muac queda amortiguado por culpa del timbre del portal.

—Venga, ve tú, que no se crea que me muero por verlo —me anima Elsa.

—Cuando le hagas el salto del tigre esta noche no va a caber la menor duda —se mete Abril. Su voz me llega con interferencias cuando me dirijo a la puerta de entrada.

Pulso el botón del portal y espero, atenta a la conversación.

—¿Y dónde se supone que le voy a hacer el salto del tigre, lista? ¿En la cama de matrimonio en la que dormimos las tres amontonadas?

—Pero si siempre te echas a dormir en el sofá porque no soportas la compañía. Y sabes cómo arreglártelas para echar un polvo. No te costará nada ponernos una peliculita y largarte dos horas a hacer el marrano.

—Ah, ¿es que existe una peli en este mundo que os pueda gustar a Diana y a ti a la vez, que sois como el agua y el aceite y me la liais parda en cada noche de cine?

—A ella le gustan las películas de dibujos animados y de Tim Burton, y a mí me gustan los animales. Nos pones *El libro de la Selva* o *Los Aristogatos* y ahí nos tendrás. Fíjate, encima te estoy dando ideas para que desates a la fiera. Luego dices que no soy buena hermana.

—No echaría un kiki en la cama de matrimonio de Diana y Roberto —se ofende Elsa—. ¿Estás loca?

Suena el timbre de la puerta. La abro sacudiendo la cabeza, esperando de corazón que hayan terminado y Alonso no tenga que pasar la peor de las vergüenzas ajenas solo porque las paredes son de papel.

Si le decepciona de algún modo que sea yo la que le abre la puerta, no lo demuestra. Alonso me dedica una de esas sonrisas genuinas. Él también tiene el don de Elsa de arreglarse y que no parezca que ha pasado un buen rato frente al espejo; está guapo a rabiar de un modo informal. Vaqueros, polo monocromático —un favorecedor azul oscuro— y chaqueta de piel de borreguito. La verdad es que el tío está tremendo, pero no me gusta. Y no me refiero a que no me guste en el sentido sexual o romántico, ni a que no me gusta solo porque le gusta a Elsa, sino a que me parece... insuficiente. Poca cosa. Demasiado... normal.

Humano.

Turbada por mis propios pensamientos, me aparto a un lado para que pase. Justo entonces me doy cuenta de que lleva una rosa en la mano.

Él debe de malinterpretar mi sonrisa, porque parece incómodo

antes de tendérmela con inseguridad.

Suelto una risa tonta y niego. Ni hago el ademán de cogerla.

—Los dos sabemos que eso no es para mí. Pero tranquilo, le diré que me has traído otra y la he puesto en remojo en el dormitorio.

Alonso hace una mueca.

—No se lo creerá.

—Pero por intentarlo que no quede. —Encojo un hombro.

Al final va a ser verdad que Alonso es de los que se toman en serio el compromiso. Formará parte de uno de esos raros especímenes guapos y jóvenes que quieren sentar la cabeza lo antes posible.

—De acuerdo. ¿Cómo estás? —pregunta con verdadero interés—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Sorprendentemente bien.

—¿De veras? Eso es estupendo. No sabes cuánto me alegro de oírlo. —Curva los labios en una sonrisilla. De pronto parece acordarse de algo. Levanta la mano apuntando con un dedo hacia arriba y se la mete en el bolsillo para sacar una bolsita de plástico—. Se me ha olvidado darte esto todas las veces que he venido. Se me pasó dárselo a la policía porque no recordé haberlo metido en la bata y me he dicho cada día que tenía que devolvértelo, pero... No sé dónde tengo la cabeza.

—Si no la encuentras, es posible que esté con la mía en algún paraíso desconocido —bromeo.

Alonso se ríe de buena gana y me tiende la bolsita.

Entonces me fijo en el anillo con la gema roja, y mi sonrisa se resquebraja. Una punzada de dolor está a punto de doblarme por la mitad, pero la resisto como he resistido todas las anteriores. Es una punzada familiar, de esas que se manifiestan en momentos puntuales y solo ante pensamientos concretos, la mayoría relacionados con lo que quiera que haya al otro lado de mi amnesia temporal.

Porque es temporal, ¿verdad? Eso me ha asegurado Alonso, que, aunque ha visto muy pocos casos como el mío —porque no es frecuente entre la juventud, y porque no es su campo de estudio—, está convencido de que no es normal que alguien vaya recuperándose a sí mismo tan rápido, y que debemos interpretarlo como una buena señal.

Me humedezco los labios, de pronto resecos, y pruebo una sonrisa antes de guardarlo con dedos temblorosos en el bolsillo del chándal. A Abril le reprochan su informalidad, pero a mí no me dicen ni mu a pesar de ir hecha un esperpento a todas partes.

Cuando lo acompaño a la cocina, noto el anillo pegado a mi cadera como si de pronto hubiera echado a arder. Quiere llamar mi atención, o quizá soy yo, que estoy tan ansiosa por volver a sacarlo y pasar horas observándolo obsesivamente como por arrojarlo por la ventana.

Lo tenía en la mano cuando desperté, ya enferma, y estoy segura de que no es mío.

Para evitar pasar la noche entera toqueteándome el bolsillo, paso por el dormitorio y escondo el anillo en la mesita de noche. Pero de pensar en dejarlo allí, una de esas contracciones agónicas que parecen querer acabar conmigo regresa con tanta fuerza que tengo que llevarme una mano al pecho, asustada.

¿Quién luciría un anillo tan cutre?

Alguien a quien quería. Eso no lo dudo ni por un segundo.

—¡Didi! —chilla Elsa—. ¡A *comeeeeeer*!

—¡Ya voy!

Pero no me muevo. Es como si mis pies hubieran echado raíces. Mi dedo continúa delineando el contorno del anillo a la vez que ladeo la cabeza. Me sumo en la nada de mis trances habituales, de los que siempre salgo con la impresión de que mi subconsciente, ese lado de la mente que tiene secretos para mí, está recordando, solo que es celoso de lo que ve y no quiere compartir sus conclusiones conmigo.

Es lo único que explicaría que, al regresar de mis ratos de aparente hipnosis, no pueda contener las lágrimas.

Pero esta vez se apiada de mí y me permite asomarme a lo que parece un recuerdo. Y digo que lo parece porque he estado ahí antes.

Claro que he estado en el Starbucks.

Sin embargo, no es el lugar lo que me sobrecoge, sino una figura poderosa que espera su turno en la cola. La sudadera apenas consigue embutir sus hombros anchos, tiene las manos metidas en los bolsillos y la capucha le cubre la cabeza.

Aun así, dos mechones negros enmarcan su rostro oculto por las sombras.

—¿Siguiente? —llama el encargado. Él no se mueve—. ¡Siguiente!

—Oiga, ¿va a pedir? —le pregunta el de detrás—. Es su turno.

Él solo se gira lo suficiente para mirar de arriba abajo al tipo, al que le saca dos cabezas, y asentir. Al menos, eso es lo que se intuye, pero es difícil saberlo. Sea como sea, no ha debido mirarlo con mucho cariño, porque el siguiente en la cola se encoge sobre sí mismo, y si no retrocede, es porque aún le queda un poco de orgullo.

—Siguiente —insiste el encargado.

Él avanza dos pasos y saca del bolsillo un papelito arrugado. Observo cómo casi se lo estampa en la cara con el estómago revuelto, aguantando la respiración.

—¿Qué pasa? —Pestañea y enfoca la vista en el papel. Desde mi posición, trasluce la tinta de un bolígrafo negro—. ¿Quiere saber si llevamos pedidos a domicilio?

Él sacude la cabeza y señala lo que ha escrito. Después clava la vista en el encargado, que, más que molesto porque le esté haciendo

perder el tiempo —y, con ello, la cola solo aumente—, se le ve descolocado.

No le dice nada, pero parece entenderlo porque asiente.

—Ah, sí... —Se concentra en el papel—. No está muy lejos de aquí. Tiene que seguir por Gran Vía hasta que llegue a la bandera, y de ahí bajar por San Juan de Dios. Hay una plaza enfrente de la basílica, o un poco más abajo, y una cafetería haciendo esquina. Debe de ser por ahí. La paralela sería la calle Alonso Cano, o eso creo.

—¿Qué hace pidiendo indicaciones aquí? —se queja un cliente—. ¿Es que no tiene Google Maps, o qué?

Él se gira hacia el tipo. No sé qué le hace, porque no le dice nada ni tampoco se le acerca para darle un puñetazo, pero se las apaña para que el susodicho dé un paso atrás y balbucee «lo siento, es que tengo prisa. Trabajo en unos minutos y no me puedo entretener».

Él no se detiene para discutir. Asiente con la cabeza, perdonándole la vida, y continúa su camino hacia la puerta.

Apenas me he dado cuenta de que, de alguna manera, me he introducido en mi propio recuerdo y me he acercado lo suficiente para que se tropiece conmigo. No trastabilla, pero al darse la vuelta, parece percibir algo fuera de lugar en el ambiente. Ladea la cabeza hacia mí, aún con el rostro oculto bajo la capucha. Solo acierto a ver su nariz, sus labios carnosos, perforados por un arete, y el trazo firme de su barbilla prominente, sombreada por la barba incipiente.

Me quedo inmóvil, sobrecogida. El corazón parece pedirme escapar y salir corriendo tras él. Pero no reacciono a tiempo. Sin darle mayor importancia a su presentimiento, sale del establecimiento llevándose las miradas de todo el mundo.

Incluida la mía.

17

Está claro que estoy pirada.

Mis hermanas han comentado con guasa que esto no es nada nuevo, que ya se me iba la perola con frecuencia antes de que me lo diagnosticaran en firme, pero dudo bastante que, por ese entonces, me preocupara tanto como ahora mi estado mental. Cuento los días para mi cita con el psicólogo y también la psiquiatra —Elsa me ha insistido en que también vea a su Jimena—, porque no paro de pensar en el extraño sueño que tuve estando despierta.

Ya no me importa pasarme el día abrazada al váter y levantarme tan mareada que necesito volver a acostarme, ni que los médicos no tengan la menor idea de qué me pasa. Lo único que quiero es que un especialista me recete pastillas que me ayuden a encontrar el norte.

Después de navegar frenéticamente por una web sobre trastornos mentales, he concluido que la esquizofrenia es la que más se ajusta a lo que me ocurre. Se define como «trastorno mental grave por el que las personas interpretan la realidad de una manera anormal». No me cabe duda de que lo que yo he visto es anormal. ¿Y esa sensación de estar allí, con él, cuando en realidad seguía en mi dormitorio?

Dios, necesito un psicólogo con urgencia. O un disparo entre las cejas. Mi desesperación está alcanzando niveles insospechados y francamente preocupantes, y no soy la única que lo intuye. Incluso mis hermanas se me quedan mirando con horror cuando creen que no las estoy viendo.

—¿Estás segura de que no quieres que se lo contemos a mamá y a papá? —me preguntó Elsa una noche.

—Ni de coña.

—¿Es porque... no te acuerdas de ellos?

—Claro que me acuerdo. Pero no quiero meter a nadie más en esto. Por favor, solo... Dejémoslo estar. Estoy saliendo de la amnesia poco a poco y Alonso dice que es posible que vuelva a ser yo misma en unos meses.

—Desde luego, tu recuperación está siendo milagrosa —comentó Abril, asintiendo con orgulloso—. Parece una cuestión de magia.

Magia. Esa palabra se quedó rondando mi cabeza el resto del día. Fue sorprendente que no acabara soltándola en medio de una conversación, porque no se despegó de mis pensamientos ni un solo

minuto.

Magia.

No puede ser magia, ¿no? La magia no existe. O eso me digo. Pero cada vez que me lo repito, mi estómago protesta encogiéndose dramáticamente.

¿Cómo no se va a encoger? Se supone que escribía novelas de fantasía. Es normal que a una autora de ese tipo de género le joda asumir que las hadas y ese puñado de paparruchas no existen.

—Entonces ¿cuál vemos? —pregunta Elsa por quinta vez. La pantalla del portátil le ilumina la cara como a un fantasma.

Si no fuera porque la conozco y sé que no haría nada para complacer a nadie, ni siquiera a una enferma mental con síntomas de intoxicación alimenticia incurable, pensaría que ha empezado a juntarse con Alonso para callarle la boca a Abril y para contentarme a mí. De hecho, si Elsa fuera solo un poco más manipuladora de lo que es, creería que lo mantiene cerca porque nunca está de más tener a un médico a mano en una situación como esta. Pero la verdad es que se la ve emocionada por el hallazgo —bueno, por el reencuentro—, y cuando no la chinchamos con Alonso por aquí y Alonso por allá, es ella la que saca el tema de conversación.

Digo todo esto porque Alonso se viene a ver una película con las tres. Nosotras ya lo sospechábamos, pero ella misma lo confirmó el otro día: no va a quedarse a solas con él hasta que yo esté plenamente recuperada.

—Hasta ese momento, ningún agricultor va a plantar su nabo en mi huerta.

—Menuda manera de presentar tus respetos a la ida de olla de Diana —se burló Abril.

—Y menuda manera de quitarle romanticismo al asunto —apostillé yo—. ¿No puedes referirte a lo tuyo tal y como es? ¿Tienes que usar esos eufemismos?

—¿Prefieres los eufemismos del reino animal antes que el vegetal? Puedo decir concha, si lo prefieres. U ostra. O pezuña de camello.

—No te jode —se descojonó Abril—. Yo es que soy más de hidratos.

—Entonces el mollete o el bollo. Mira, si quieres uso sinónimos de emplazamientos u obras públicas: el túnel, el templo... —Empezó a sacar los dedos para la enumeración—. La mina (de oro y diamantes, obvio), el monte de Venus...

—El monte de Venus, dice —seguía riéndose Abril.

—Bueno, mejor ser una bruja pagana que una blasfema cristiana. —Elsa le sacó la lengua.

—¿Eso qué es? —se burlaba Abril—, ¿la frase gancho de tu autobiografía?

—Quedaría bien en su epitafio. O en su nick de Messenger —apunté.

Elsa y Abril me miraron con cara rara.

—El Messenger murió como... hace diez años. O quince —explicó mi hermana menor—. ¿No te acuerdas de eso?

—Claro que sí. ¿Es que no se puede hacer una apreciación sin que la gente se ponga nerviosa? —bufé—. Yo prefiero los que empiezan por «ch». Chichi...

—Chumino es la mejor —coincidió Elsa—. Venga, Abril, únete. Sé que no usas mucho el tuyo y por eso no tienes la ocasión de emplear sinónimos variopintos, pero no hay razón para no saber todas las palabras por las que se conoce a tu... tu fuente de la vida.

—Me tienes hasta el papo —soltó Abril.

—¡Bien dicho!

Y todo eso solo para llegar a la misma conclusión de siempre.

Como Abril es una frígida y yo tengo problemas mentales, la vida no-romántica y no-sexual —y sí exclusivamente platónica por el momento— de Elsa es el único cotilleo que nos podemos gozar. Y nos lo gozamos en vivo, encima, porque Alonso no viene solo a ver películas o a cenar. Se pasa por mi apartamento siempre que tiene oportunidad.

—Cada vez que viene tu novio, me siento como aquella vez que estando yo muy borracha me tuvisteis que coger entre Adrián y tú para subirme a casa, y mientras yo casi me moría del coma etílico, vosotros dos os liabais en el ascensor —le recrimino a Elsa, procurando sonar divertida.

Ella no se ofende. Puedo recordarle que con diez años me pilló los dedos con la puerta del coche porque le molestó que no le comprase un huevo Kinder, que, mientras se lo esté recordando, señal indiscutible de mejoría, se pone alegre como unas castañuelas.

—¡Te acuerdas de eso! —Aplaude, entusiasmada—. No es como si hubiéramos usado tu borrachera para enrollarnos. Yo estaba igual de piripi y surgió. Y esto no tiene nada que ver, Alonso se preocupa por ti de verdad.

—Sí, es verdad. También debe de estar preocupado porque no te lo tiras —comento con malicia. Me hago un ovillo en el sofá y lanzo una mirada temerosa a las palomitas. Temerosa y anhelante—. Quiero una. Pero si me la como acabaré potando hasta la primera papilla, ¿verdad?

Elsa cabecea.

—Hay un noventa por ciento de probabilidades. No te lo recomiendo, pero si lo haces, no pasa nada. Como ya estás entrenada para ir al váter, no seré yo la que deba fregarlo.

—Cabrona.

Elsa me guiña un ojo y gira la pantalla del portátil para mostrarme el póster de una película.

—¿Te hace?

—¿*Eduardo Manostijeras*?

—Sí. Es tu peli preferida, ¿no?

El estómago se me revuelve y tengo que llevarme una mano a la zona enseguida. *A ver si no hace falta comer palomitas, y con olerlas es suficiente para ponerme mala.* Pero después de haber pasado semanas enferma de la barriga, he aprendido a distinguir lo que son las ganas de vomitar y lo que tiene que ver con ese nudo de angustia que no hace más que apretarme.

—Sí, pero... Creo que la he visto hace poco.

—¿Cuándo?

Parpadeo deprisa, intentando recordar.

—No... lo sé.

—Vale, no pasa nada —se apresura a resolver, girando de nuevo el ordenador—, cambiamos de peli. Todo bien.

Justo entonces, la puerta de entrada se abre y los pasos de Abril y Alonso se hacen oír en el pasillo. Vienen discutiendo no sé qué sobre células madre, como viene siendo costumbre. La biología y la medicina tienen sus materias en común, y cualquiera que esté medio versado en ciencias sanitarias o naturales querría debatir con Abril sobre... cualquier cosa, en realidad.

—¿Qué os parece *El hobbit*? —Es lo primero que pregunta Elsa.

—Nunca la he visto —reconoce Alonso.

—Yo tampoco.

—¿Lo decís en serio? —bufa—. Se supone que la gente de ciencias es la más friki.

—Soy friki de *Star Wars* —admite Alonso, sentándose al lado de Elsa. Pero a una distancia prudencial, igual que haría un amigo... Solo que los amigos no te miran de arriba abajo como si te quisieran comer —. Y también me gustan las películas de superhéroes.

—¿Superhéroes? ¿Cuántos años tienes? —se ríe Elsa, aunque sin el menor rastro de censura.

—Nunca se es demasiado mayor para emocionarse con las adaptaciones de Marvel.

—Lo que tú digas... —Elsa le saca la lengua—. Ponte cómodo, apaga el *selular* que ya *va'a comensar la acsión.*

Alonso se gira hacia mí, divertido.

—¿En qué idioma está hablando tu hermana? —La señala con el pulgar.

—Le gusta incorporar versos de cancioncitas de reguetón a su vida diaria —explico—. Esa no sé de qué tema es.

—*La Venganza* de J Balvin —resuelve Abril. Todos nos quedamos

mirándola con cara rara—. ¿Qué pasa? ¿No me puede gustar el reguetón a mí también?

—No te pega mucho —reconoce Alonso.

—A ti tampoco te pega que te gusten las Barbies —le suelta. Me tengo que echar a reír, aunque luego me da un poco de pena porque Alonso se ruboriza, avergonzado.

—No les hagas caso. Que te gusten las Barbies es normal. —Elsa le palmea el brazo y le guiña un ojo, y con eso ya basta para que se quede tranquilo. Su talento para validar los gustos que se nos atragantan incluso a los que los sufrimos es encomiable.

De todos modos, si alguien puede validar que le gusten las Barbies, es ella: la Barbie en cuestión.

Entre bromas por el estilo, pullitas que se pasan por alto y un despilfarro de comida que Alonso y Abril han traído de La Casa de Wu, conectamos el portátil a la televisión y nos preparamos para ver la película. Han elegido una de las de *El hobbit*, no sé cuál. Tampoco me importa. Sé que no voy a poder verla porque Abril es de las que se pasa las dos horas —o las tres, o las que sean— haciendo apreciaciones no requeridas. No pasa nada, porque al impedirte disfrutar del guion, te lo pasas de lo lindo con sus comentarios.

Elsa también se une, aunque es todo alabanzas sobre «lo bien que está hecha». Incluso Alonso mete sus puntaditas.

—Era de eso de lo que iba disfrazado tu amigo de la otra vez, ¿no? —me pregunta en un momento dado, señalando al padre de Legolas.

Frunzo el ceño.

—¿Qué amigo?

—No sé si te acordarás, pero viniste hace un par de meses a urgencias para que le hiciese una revisión a un fan loco que había intentado colarse en tu casa.

—¿Qué? —jadea Elsa, apartando de inmediato la vista de la pantalla—. ¿Un fan loco intentó colarse en tu casa?

—De hecho, por lo que me contó —continúa Alonso con pies de plomo—, no es que lo intentase: es que lo consiguió.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —Abril arruga la frente.

—Porque no me acuerdo...

—Ahora no, pero antes sí. Nos dijiste: estoy en la costa italiana viendo maromos de muy buen ver —insiste Elsa—, pero se te olvidó la parte de «eh, han allanado mi morada».

—Tranquilas, cuando la vi no me pareció preocupada por su integridad —interviene Alonso, alzando las manos. Se le ve mortificado por haberme metido en un lío—. Y el tipo tampoco tenía mala pinta. Si era clavadito a ese, a Thranduil. —Apunta a la pantalla con el dedo—. Insisto en que seguro que iba disfrazado de él. Dareon, se llamaba.

Mi cerebro cortocircuita.

—¿Dareon? —repite Elsa, con una sonrisa socarrona—. ¿No se llamaría Daniel o Darío? Que con la tendencia que tienes tú a joder con los nombres...

—No, no, estoy seguro de que se llamaba Dareon. Siempre me acuerdo de los nombres raros, no sé por qué. Se me quedan con facilidad.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —balbuceo con un hilo de voz, incorporándome con precipitación.

—Dareon —repite él, relajado—. ¿Te acuerdas? Fue un borde de la hostia conmigo, ni siquiera sé por qué.

—A lo mejor fue porque lo llamaste Daniel o Darío —insinúa Elsa.

La escucho como si estuviera bajo el agua.

—Que no, coño, que lo llamé Dareon —se queja Alonso—. Te lo juro por Dios.

—Sí, se iba a llamar como el protagonista de *El príncipe de Elyllon*, ¿no? —se sigue mofando Elsa—. ¡Anda ya!

Dareon, el príncipe de Elyllon.

Su nombre completo es la maza que derriba el muro que me separa de la verdad. Cada vez que lo repiten es un golpe más a la pared, hasta que esta se desmorona y puedo dar un paso al frente. Hacia el otro lado.

Y ahí está Dareon. Alto, delgado; con una sonrisa beatífica en los labios y los brazos extendidos, con esa capa que ondea al viento y el jubón que llevaba cuando bailamos la primera vez. Sin moverme del sofá, me fijo en la mano enguantada que me ofrece en mi recuerdo.

Pienso en todas esas veces que he entrelazado los dedos con los suyos. En todos esos bailes, en todas esas promesas, en todos esos consuelos... El «eres lo más valioso que tengo». El «vivirás siempre conmigo» que le respondí cuando aseguró que él nunca sabría lo que era un «siempre». Su melancólico «a veces me recuerdas a ella», y todo lo que vino después.

Sus ojos transparentes. Su mueca desfigurada al torturar... al torturar ¿a quién? Al torturarme a mí con su ausencia, con su indiferencia, con su distancia.

Se me parte el alma.

—Mejor dejemos de hacer el imbécil con su nombre, que todavía guardo los análisis que le hice y... —Alonso cabecea, apesadumbrado. Hace una pausa para abrir la lata de cerveza que le han ofrecido—. Si el pobre hombre hubiera muerto entre mis brazos, no me habría sorprendido. Estaba en las últimas... —Alza la barbilla hacia mí—. ¿Por qué te has levantado? ¿Necesitas algo? Voy yo, es mejor que tú no te muevas mucho.

—Necesito salir a tomar el aire.

—¿Qué dices? —se mete Abril—. Es la una de la madrugada.

—Déjala —la calla Elsa—. No tiene tres años.

—Tiene la cabeza de una niña de tres años —corrige mi hermana menor—. No debería...

—Si quiere salir a tomar el aire, que salga —corta Elsa con brusquedad—. ¿Es que no ves lo pálida que se ha puesto? Por no mencionar lo bueno que es que haya tomado la iniciativa de poner un pie en la calle.

—Bueno, pues la acompaño yo.

En medio de esa discusión, me doy la vuelta. Oigo las quejas de Elsa y Abril, y el amago de la segunda de levantarse para ir detrás de mí, pero antes de que puedan alcanzarme, ya he salido. Descalza, sin ropa de abrigo y con la sensación de estar pisando cristales rotos. Pero incluso en esas condiciones bajo las escaleras corriendo, sin ver dónde pongo los pies por culpa de las lágrimas.

Esta vez, el dolor tiene nombre.

«Traidora».

No. Traidor tú, quiero responderle. *Tú me has hecho esto.*

Sacudo la cabeza y freno de golpe en cuanto salgo del portal. Miro a un lado y a otro de la plaza con la mirada desenfocada y la certeza de que me voy a desmayar.

—Puedo contar contigo, ¿verdad? Te tengo de mi lado.
—Por supuesto que sí. Siempre.
—Nunca digas siempre...
—Entonces, lo que dure nuestro siempre.

Me abrazo a los hombros y, sin pensar en ensuciarme los pies o lo poco transitada que está la zona a estas horas, echo a andar calle arriba. Sin ningún rumbo. Con la mente llena de recuerdos intermitentes que parpadean un segundo antes de volver a sumirme en la oscuridad. La migraña amenaza con derrumbarme, pero, aunque me tambaleo y tengo que apoyarme en la fachada de un negocio local, consigo recuperarme.

Por si acaso, permanezco unos segundos con la frente apoyada en el frío cristal de la vitrina.

«Es mi deber castigarte», resuena en mi cabeza. Una y otra vez. Pronunciado con resignación y con desprecio hacia sí mismo.

«Es mi deber castigarte».

¿Me estará viendo? ¿Lo estará disfrutando? ¿Por qué me hizo esto? ¿Por qué los recuerdos no quieren agarrarse de una vez a mi cabeza y quedarse lo suficiente para que pueda entender, para que cuadren todas las piezas? ¿Acaso me hizo tanto daño que ha arrasado por completo mi razón?

Me separo poco a poco de la vitrina y enfoco la mirada. Es una de

esas tiendas en las que dejan el escaparate iluminado por la noche. Intento concentrarme más allá de las palabras que me martillean las sienes... y ahí está: una librería.

La novela, pienso enseguida. Mi novela.

El Príncipe de Elyllon.

Es el título de Dareon, pero también el de mi libro. Un libro escrito por Diana Balderas, muy querido en la comunidad internauta. Me reconozco en la historia, en cada personaje con el que traté personalmente, en ese Dareon que la protagoniza y que está vivo en cada página.

Un alivio temporal destensa unos músculos que no sabía que tenía agarrotados. Es como si pudiera coger aire por primera vez en años; en siglos enterrada bajo la tierra.

Ya tengo un nombre. Ya tengo una historia. Ya tengo una identidad completa y una experiencia a las espaldas.

Pero «Dareon» no es el nombre que susurro por las noches en una lengua que no conozco. El suyo no es el rostro que me persigue en pesadillas, borroso, ni el que me saluda desde el espejo sin decir palabra. Dareon puede ser la semilla que ha podrido mi vientre, pero no es la llave que abre mi corazón.

Entonces ¿quién es?

¿Quién eres? Háblame.

Retrocedo un par de pasos. Estoy segura de que tengo uno de los ejemplares de mi libro en casa. Cualquier autor colecciona sus novelas, ¿no? Yo no podría ser menos.

Presiento que leyéndolo podría descubrir quién es él.

Espero un segundo a que se me pase la migraña masajeándome las sienes. No se va a marchar hasta que junte las piezas que faltan, pero por lo menos necesito recobrar el maldito equilibrio.

Un par de chicas que bajaban San Juan de Dios borrachas como una cuba se paran a preguntarme si me encuentro bien, si quiero que me lleven a alguna parte. El alcohol nos sube a todos la amabilidad como el maquillaje sube el guapo. Rechazo la oferta y rehago mis pasos, pero no tardo en arrepentirme de no haber aceptado su ayuda.

Alguien me sigue. Escucho sus pasos a mi espalda y casi su olor y su aliento en mi nuca, algo inverosímil teniendo en cuenta que debe de estar a unos cuantos metros de distancia de mí. No me atrevo a girarme para cerciorarme, en parte porque no lo necesito. Sé que me está persiguiendo. Y habría echado a correr si no fuera porque vivo a apenas unos metros.

¿O no corro por otro motivo?

Con el corazón en un puño, echo un rápido vistazo por encima del hombro. La calle no está muy bien iluminada, y él —porque por sus dimensiones debe de ser un hombre, aunque no parece tampoco

humano— va vestido de negro. Un cosquilleo nervioso me sube por el estómago y me incita a huir, pero otra parte de mí, una que no comprendo y a la que no estoy en condiciones de escuchar, me suplica que vaya a su encuentro. Él aprovecha mi pequeño momento de debilidad para intentar cernirse sobre mí. Al ver que pretende agarrarme, la adrenalina reacciona por mí y me impulsa a darme la vuelta y echar a correr como alma que lleva el diablo hasta mi portal.

Me parece que el maleante me sigue, pero no me atrevo a confirmarlo. No vuelvo a echar la vista atrás hasta que ya estoy refugiada en el interior. A través de la celosía que decora la puerta no se ve nada. Y aunque al suspirar quería expresar mi alivio, me sabe amargo, como un lamento.

Vuelvo a caer en la incomprensión, en ese horrible presentimiento; no ya de que se me escapa una parte importante de la historia, sino de cuánto me estaría doliendo si pudiera recordarla.

No me muevo de la entrada en los siguientes minutos, tratando de encontrarle alguna explicación racional a mis sensaciones. Y solo cuando vuelvo en mí, me doy la vuelta haciendo gala de un espíritu masoquista que no conocía para asomarme de nuevo a la calle.

Está vacía.

Como yo.

Una brisa traicionera me trae un aroma al aire de la montaña, a madera quemada y naranja amarga. No tiene ningún sentido, porque estamos en medio de la ciudad, pero mi corazón parece encontrar fuerzas en ese olor para seguir haciendo su función.

Mis ojos siguen buscando en la oscuridad.

¿Quién eres? ¿Por qué me dueles tanto?

Háblame, por favor.

Como viene siendo costumbre, no hay respuesta.

18

Sorprendentemente, y que nadie pregunte por qué, al día siguiente me siento bastante mejor. No, no he conseguido dar con la clave para salvar mi corazón del negro monstruo que intenta despedazarlo, pero por lo menos consigo llevar a cabo con éxito tareas cotidianas, igual que toda adulta funcional que se precie.

Con esto quiero decir que la extraña gastroenteritis, las fiebres y los sudores fríos están siendo por fin mermados gracias a los medicamentos, y no estoy obligada a permanecer enterrada bajo siete mantas de cuadros durante todo el día.

De todos modos, no es como si tuviera nada mejor que hacer que languidecer. Era escritora y no sé qué demonios escribir, así que técnicamente estoy en el paro. Se supone que, además de eso, trabajaba en una cafetería, pero los meses que pasé fuera sin darle una explicación al dueño no hablaron muy bien de mi supuesta implicación laboral, y, en consecuencia, he acabado... Bueno, he acabado de patitas en la calle.

Normal.

Y me alegro. No estoy para atender responsabilidades de ese calibre. Hasta hace poco estaba convencida de que no iba a llegar al día siguiente y no soy capaz ni de llevar la cuenta de los días, como para jurar ante contrato que voy a levantarme todas las mañanas para llevar comandas a la cocina.

Lo bueno es que Elsa ha podido dar la cara por mí, contarle un poco al dueño lo que me ha pasado —sin ahondar en detalles; detalles que de todos modos no sabe nadie salvo ahora yo— y conseguir que me pasara un finiquito. Elsa puede conseguir lo que quiera de todos sus exrolletes. Con eso y con mis ahorros puedo tirar para adelante sin temer que nadie me pida explicaciones.

Salvo por Cora.

Cora ha aparecido esta mañana en casa, y no hace falta ser muy listo para averiguar para qué.

—¿Quién le ha dicho que he vuelto? ¿Habéis sido vosotras? —le pregunto a Elsa y a Abril, que ya estaban preparadas para salir. Una a entrevistarse para un trabajo audiovisual con una productora magnífica, y la otra a su clase matutina con el doctor en Microbiología.

Qué bonito debe de ser tener un motivo para levantarse.

—¿Yo? Ni siquiera sé quién es esa chica —se defiende Abril.

—Tú eres su amiga —señalo con resentimiento, mirando a Elsa—. ¿Se lo has contado?

Ella levanta las manos. En una lleva las llaves del piso.

—Mira, se me da fatal guardar secretos. No estoy orgullosa de habértela liado así, pero me salió sin querer, ¿vale? La veo a menudo, y... y... El otro día nos pusimos a hablar de dudas que nos carcomen el alma y...

—¿Las dudas que te carcomen el alma fueron antes o después de revisar el catálogo entero de Zara?

Elsa fulmina a Abril con la mirada y continúa.

—Le comenté que estaba preocupada por ti. Una cosa llevó a la otra...

—Y ahora habrá venido a cerciorarse de que estoy lo bastante bien para seguir el libro que no recuerdo ni haber empezado a escribir.

—¡Pues díselo así! Cora puede ser más pesada que una vaca en brazos, sí, pero también es comprensiva. Estoy segura de que solo ha venido a verte.

—¡Estoy oyendo la conversación! —exclama Cora desde fuera, con su vocecilla de cría de cinco años. No debe de medir mucho más, y podría comprarse la ropa en la sección infantil si quisiera.

Suspiro.

—Diana está muerta —proclamo con voz lúgubre—. No puede atenderte ahora mismo.

—¡No le robes las frases a Taylor Swift y ábreme la puerta! ¡Tenemos un contrato que me legitima a echarla abajo si quiero y exigir una cita!

—¿Qué contrato, por Dios? ¡Solo pusimos por escrito que te pagaría cuando me revisaras el segundo libro! ¡Eres *freelance*, Cora, joder! No pienso abrirte si has venido a reclamarme mi tardanza. Y si echas la puerta abajo, como dices, yo me tiraré por la ventana.

—Veo que el dramatismo es contagioso —comenta Abril, poniendo los ojos en blanco—. Tengo que verme con mi profesor en veinte minutos, la facultad me queda bastante lejos y yo no quiero usar la ventana. Voy a abrir.

—Eso, abre —la incita Cora.

—¡No! —Planto la mano—. Antes de nada, quiero que me prometas que no vas a presionarme.

—¡Pues claro que no voy a presionarte! ¡Tu hermana me ha dicho que has perdido la memoria! ¿En serio crees que iba a venir a por el manuscrito?

—Podrías haber venido a evaluar daños y en base a eso decidir si seguir adelante con nuestro pequeño acuerdo.

Cora lanza una exclamación indignada.

—¡Cualquiera que te oiga pensará que te pongo a trabajar en condiciones inhumanas y que soy una autócrata insufrible!

Elsa y yo intercambiamos una mirada entre exasperada y divertida.

—Insufrible jamás —dice Elsa.

—Autócrata, puede ser —agrego yo—. Ya le habría gustado a Hitler dar órdenes con el encanto con el que lo haces tú. Habría ganado la guerra batiendo las pestañas.

—¿Quién es Hitler?

Abril pestañea una sola vez y se gira hacia nosotras a la vez que se ciñe el bolso-mochila al hombro.

—¿Tu correctora *freelance* acaba de preguntar quién es Hitler? —pregunta, perpleja.

—¡Ah! —Aplaude ella, todavía al otro lado de la puerta—. Es el personaje secundario aquel que ponen de malo en esa película tan bonita y romántica, *La vida es bella*, ¿no?

Elsa suelta una carcajada.

—¡No te rías! ¡No quiero quedar como una idiota! ¿Es ese, o no?

—Un poco idiota sí que es —aporta Abril, y no lo bastante bajo para que Cora no lo escuche—. Como sea tan contagioso como el espíritu dramático de esta familia, cuando vuelva os encontraré pellizcando cristales.

Abre la puerta y se topa con el ceño fruncido de Cora.

Claramente ha oído su adorable comentario.

—¿Y tú eres? —le bufa. Todo lo que puede bufar una chica de metro cincuenta raspado, cinturita de menos de sesenta centímetros y con rasgos de hada.

Abril la mira de arriba abajo y su sorpresa acaba reduciéndose a levantar las cejas. En lugar de bajar las escaleras corriendo, se queda un segundo bajo la puerta.

Elsa me da un codazo, y cuando me giro para mirarla con rencor —me ha hecho daño, la cabrona—, ella me guiña un ojo y señala la escena con un movimiento de barbilla.

—Soy la hermana pequeña de la escritora a la que tenías encadenada bajo tu escritorio.

—Pues qué bien que la hayáis rescatado —rezonga—. No soy tan mala, ¿sabes? Ni tampoco soy idiota.

—Eso me lo podrías demostrar en otro momento. —Abril se atreve a sonreírle. No mucho; lo suficiente para que Elsa y yo nos quedemos perplejas—. Hitler fue uno de los mayores genocidas del siglo XX. Pretendía exterminar a los judíos, a los negros, a los homosexuales y supongo que a todo el que no predicara con sus ideas políticas, e instaurar la denominada raza aria.

Cora la escucha con una mezcla de fascinación —a mi hermana se le da de maravilla explicar asuntos desagradables con naturalidad— y

horror hacia el tema.

—¡Pobrecillos! —concluye con un puchero.

Abril sonríe del todo.

—Pues sí, pobrecillos. Encantada. —Hace una especie de movimiento con la cabeza y pasa por su lado. Se detiene antes de bajar las escaleras—. Si quieres saber más sobre Hitler, hay unas cuantas biografías muy interesantes. La de dos volúmenes de Ian Kershaw, las dos de Joachim Fest, y la de Allan Bullock. Para mí la perspectiva más interesante es la de Fest.

Cora tuerce la boca.

—¿Por qué escribirían tantos libros sobre un hombre tan malo?

—¿No se supone que a ti te gustan los genocidas de mis libros? —intervengo.

Elsa me castiga por interrumpir dándome una patada en el tobillo.

Hijaputa.

—Son genocidas de libros, no han matado a nadie en realidad. Hitler es diferente —replica, enfurruñada—. ¿Por qué tanto interés por alguien así?

—Precisamente por lo malo que era. —Abril se encoge de hombros —. Hay pocas cuestiones metafísicas tan debatidas en la filosofía y la rama de la antropología como la maldad del ser humano. Con Hitler yo diría que se confirma lo que decía Hobbes: el hombre es un lobo para el hombre.

—El hombre es un lobo para el hombre —repite Cora, extasiada. Mira a mi hermana como si fuera Dios—. ¿Quién es Hobbes? ¿Son los niñitos diminutos de las películas en las que sale Aragorn?

—Esos son los hobbits —se descojona Elsa. Me mira con los ojos chispeantes—. Adoro a esta chica. Parece que nació ayer.

—Hobbes es el fundador de la filosofía política moderna, además de un tío que no creía en la naturaleza bondadosa de la gente. No se le puede culpar. La mayoría dejamos mucho que desear. —Vuelve a encoger un hombro y le lanza una mirada rápida a Cora. Después dice, con timidez—: Hasta luego.

Cora le dedica su sonrisa más estupenda —que no es moco de pavo — y agita la mano como un paciente de Párkinson en el último estadio.

—¡Adiós! —exclama con entusiasmo. Espera a que mi hermana se haya perdido escaleras abajo y luego se gira hacia nosotras. Clava en mí sus preciosos ojos violetas. Son violetas de verdad, o lo parecen, como los de Elizabeth Taylor—. Qué chica tan inteligente. ¿Cómo se llama?

—Abril. —Elsa infla el pecho con orgullo—. ¿Quieres que quedemos un día con ella? No te prometo que no vaya a ponerse a hablar de ecología microbiana, la biología molecular de las células

eucariotas o quién sabe qué mierda..., pero a veces es divertida. Y es guapísima.

—Pues sí. ¡Qué ojazos tan verdes!

Elsa aprovecha que Cora vuelve a mirar hacia la escalera para dedicarme su sonrisa más traviesa.

La madre que la parió, que quiere que mi editora se pase a la otra acera para encontrarle novia a Abril. Esto es terrible. Si a Abril no le gusta ni que hagan la colada por ella, que le salgan con pareja podría ser lo peor.

Cora se lleva la mano a la cabeza.

—No me acuerdo muy bien de a qué había venido... —murmura, rascándose—. ¿Tú estás bien, Diana? Me tenías muy preocupada. No respondías a los mensajes y pensaba que me estabas evitando, y reconozco que me enfadé muchísimo, pero ahora veo que te había pasado algo terrible. Lo siento.

Y suena arrepentida de veras.

A un lado las neurosis transitorias que a veces la convierten en una tirana sin escrúpulos y, por extensión, en la devoradora compulsiva de mis novelas —y mayor fan—, es una delicia de persona. Una de esas criaturillas inocentes de verdad de las que te puede molestar su ingenuidad, pero solo por un rato, porque al siguiente se lo disculpas. No me cabe duda de que no sabía quién era Hitler, igual que me puso cara rara cuando una vez mencioné a Franco el dictador en términos despectivos y me dijo que tuviera un poco de respeto, que era su hermano preferido de *Pasión de Gavilanes*.

Siendo tan pequeñita y colorida gracias a los vestidos de Desigual, al cabello teñido de rosa fucsia y a los brazos tatuados de flores, es imposible no mirarla con adoración.

—No te preocupes. —Hago un gesto con la mano—. Ha sido difícil, pero ya estoy viendo la luz.

Lo de «difícil» es un eufemismo como la copa de un pino. Lo que ha sido es demencial. Y sigue siéndolo. No sabe nadie la noche que he pasado llorando, y no quiero hablar de ello porque si dejo que los recuerdos de Dareon vuelvan a inundarme, es muy posible que me recueste en el suelo hecha un ovillo y no vuelva a levantarme.

Dejo que su rostro y sus palabras me persigan porque no me queda otro remedio, porque sospecho que, si trato de bloquearlo, mi cerebro sufrirá un cortocircuito: porque, de alguna manera, al hacerme lo que me hizo..., nos vinculó.

Si él muere en mí, yo moriré o dejaré de existir.

Pero ¿cómo puedo explicarle eso a Cora? ¿Cómo lo adorno para que mis hermanas no piensen —y con toda la razón, porque tampoco irían tan desencaminadas— que me he vuelto loca? Si no estoy chillando hasta desgañitarme y llorando como Magdalena es por un

simple motivo: en peores plazas he toreado. Era mucho más grave no saber qué demonios me había pasado, incluso si todavía hoy me falta información. Incluso si todavía noto un agujero en el pecho, señal de que Dareon tuvo que arrancarme algo para colocarse en su lugar. Pero he de sentirme fuerte y hacer de tripas corazón, sobre todo ahora que después de una noche mala —y según preveo, un día aún más desesperante— he decidido que voy a agarrar ese maldito libro para leerlo en busca de pistas.

—¿Estás segura? —Cora me observa con el ceñito fruncido. No solo tiene el pelo teñido de rosa, sino también las cejas, aunque de un tono más oscuro; natural—. Si Elsa se va ahora, ¿no quieres que te haga compañía?

—Un día de estos, si estás libre y te apetece, podemos quedar. Ahora mismo no me siento tan bien como para recibir a nadie. Deberías haberme mandado un mensaje avisando de que venías.

—Lo hice. Pero no me salía ni el doble tic.

Ah, joder, es verdad. Perdí el móvil. No sé cuándo.

—Bueno, no importa. —Le resta importancia con un gesto nervioso, como toda ella. Cora es una polvorilla; ha nacido con la prisa en la sangre—. Envíame un mensaje cuando puedas... o Elsa... y hablaremos.

—Estupendo. —Le sonrío, y ella invade mi espacio para darme un abrazo de oso que hace que se me salten las lágrimas.

—No solo te quiero porque inventaras a Kadesh —me advierte.

—También me quieres porque inventé a todos los demás, ¿no? —bromeo, abrazándola también con torpeza. Si solo supiera que no inventé a nadie; que existen, todos y cada uno de ellos...

Cora se separa. No soy alta, pero tiene que levantar la barbilla para mirarme.

—Te quiero porque eres excepcional —ataja. Otra vez me dan ganas de llorar—. Te veo pronto, ¿vale? Y a ti también, que te has quedado muy callada. Miedo me da el plan de oposición al estado que estés tramando.

Elsa sonríe como una pilluela.

—Deberías.

Cora se despide de nosotras. Voy a preguntarle a Elsa si cierro la puerta o si tiene que irse cagando leches, pero no me deja hablar. Me coge por los hombros con una sonrisa que le va a desbordar la cara.

—¿Has visto eso? —exclama—. ¡¡A Abril le ha gustado tu correctora!!

Arrugo el ceño.

—Se ha puesto a hablarle de Hitler.

—¡EXACTO!

—Me he perdido. —Sacudo la cabeza—. ¿De repente no hay nada

más romántico que recomendar biografías sobre el Tercer Reich? Ah, bueno, sí que lo hay: dejar claro que el ser humano da mucho asco.

—Le ha gustado. Yo lo sé —zanja Elsa, sonriendo con suficiencia—. Cuando vuelva, la interrogamos.

—Y cuando vuelvas tú, ¿no? ¿No tenías que irte?

—La madre que me parió, es verdad. —Agarra su bolso de imitación (la pobre no puede permitirse todos los lujos que le gustarían, pero eso no evita que siempre vaya fabulosa) y me sacude la mano en la cara—. Nos vemos esta tarde, ¿vale? Si no te importa ir al supermercado y comprar unas cuantas cosas... Para cuando termine, a lo mejor ya me pilla cerrado para ir yo. Luego he quedado con Alonso.

Y me guiña un ojo antes de sonsacarme la promesa de que compraré cereales, chocolate y, en definitiva, lo equivalente a su kit de supervivencia. Y al mío, a decir verdad. La pobre Abril debe de estar hasta el mondongo de rogarnos que comamos como personas adultas y no como críos cuando mamá los deja con la canguro.

No me muevo en cuanto Elsa desaparece. Sé dónde están las bolsas que usamos para ir a comprar y así colaborar con el medioambiente —Abril no soportaría tener en su poder nada de plástico—; sé dónde está el dinero que gastamos en comida. Pero también sé dónde está el libro impreso de *El Príncipe de Elyllon*. Lo único que no consigo encontrar es mi cabeza, y algo dentro de mí me dice que solo podré recordarlo zambulléndome en sus páginas.

Pero tengo miedo.

No soy «la inventora», como dice Cora. Ni «la creadora», como creyó Dareon al principio. Soy una criatura feérica que es probable que goce de algunos de los privilegios de los confederados. Como, por ejemplo, ser inmortal. No es nada descabellado, a juzgar por la caída de mil millones de metros que sufrí al ser devuelta a la Tierra. Una mujer de mi tamaño sin ningún tipo de poder se habría desnucado y la habrían hallado muerta, no majara. En cualquier caso, tengo también una responsabilidad. La gran pregunta es... ¿Dareon ha hecho que la pierda? ¿Me ha arrebatado ese don que tenía? ¿Y si al enviarme de nuevo a la Tierra, estaba zanjando que yo ya no tengo ninguna importancia en la batalla que se está librando y que puedo retomar mi vida aquí, como si nada?

Como si nada... Menuda locura. Puede que tenga un cerebro privilegiado capaz de ver más allá de lo que sus ojos captan, pero también poseo la sensibilidad de una treintañera normal y corriente. Y esa sensibilidad podría arrastrarme al lado oscuro. Un lado oscuro en el que ya he estado.

Dios, intenté matar a Edel.

Intenté acabar conmigo misma.

Apoyo la espalda en la pared y cierro los ojos. Me permito un solo segundo de temblores ansiosos por lo que podría haber sucedido. Un solo segundo de autocompasión. Si algo me ha enseñado esta experiencia, y que conste que no recuerdo más que la mitad, es que lamentarse no sirve de nada. No voy a pasarme quince días en la cama sollozando como hice cuando Roberto me dejó. Tengo que buscar soluciones, además de la verdad, y... y ese «algo» que me está matando por dentro. Ese «algo» que hace que me levante con una sensación de vacío que lo empaña todo. Ese «algo» que tengo atravesado en el corazón y por el que a veces me sorprendo con las mejillas empapadas.

¿Quién eres?

Esa es la última pregunta que debería hacerme. Hay otras mucho antes.

¿Dónde está Edel, o Mariola, o como quiera llamarse ahora? ¿Qué está pasando con Dareon? ¿Cómo se estará desarrollando la guerra? ¿Cuánto tiempo ha pasado con exactitud? He perdido esa noción, igual que no supe dónde estaba de patas hasta hace apenas unos días.

No creo que el libro pueda responder nada de eso.

Y encima la barriga me ruge de hambre, así que a lo mejor debo posponerlo solo por un ratito más.

Me armo con las bolsas y meto el dinero en el bolsillo delantero del vestido. Es uno de los que más me gusta ponerme por casa, uno vaporoso y por las rodillas con el que se me transparenta un poco la piel. Nada que temer. No creo que nadie me mire mucho nada más que para compadecerme por la cara de muerta viviente que llevo.

Que, en fin, eso es justo lo que soy ahora mismo.

Una mujer muerta en vida.

Creo que el cajero no me ha cobrado la mitad de la compra porque le he dado pena. He vuelto a notar esa punzada en el pecho y he empezado a llorar como una descosida en la sección de los congelados. Y en la sección de los congelados no hay nada que pueda justificar un llanto como ese. Se me ha acercado una señora para preguntarme si podía ayudarme en algo y he tenido que decirle que soy vegetariana y ver *nuggets* me pone muy triste. Naturalmente, la señora tenía una edad y no me ha entendido, como ninguna abuela en este mundo. O, por lo menos, la mía no, y eso Abril lo tiene que sufrir: no comprende lo de las «nuevas modas» —entre muchos paréntesis— del vegetarianismo.

Qué importa. La cosa es que si debo acostumbrarme a llorar en

público por una razón que no entiendo, la llevo clara.

Con lo que a mí me gusta llamar la atención, no te jode.

Sintiendo la mirada de lástima del cajero en la espalda, me echo una bolsa en cada hombro y agarro las otras dos con las manos. Mi plan no era atracar media sección de bollería, más que nada porque no tengo energía para ir de forzuda, pero por lo visto la depresión posviaje a la Confederación ataca sin piedad.

Al salir del supermercado, me topo con una mujer alrededor de los treinta que mece el carrito de su bebé para intentar tranquilizarlo.

Me paro justo delante con el aliento entrecortado. Desde donde estoy no se puede ver al bebé, y no debería importarme un carajo no saber cómo es su cara, pero algo me impulsa a arrastrar los pies. No llego a invadir su espacio, aunque la mujer se da cuenta de que los estoy observando y ladea la cabeza en mi dirección con una sonrisa de circunstancia.

—Se pone así cuando tiene hambre, pero es que acabo de darle el pecho, y como ya le están saliendo los dientes, me hace polvo —me explica—. Debería haberse dormido ya.

Abro la boca. No sé para qué.

—¿Cómo se llama?

—Elena.

—Elena. Qué bonito —musito.

Mi intención era darle un consejo. O cientos de miles. No tengo un bebé, pero apenas había cumplido los nueve años cuando Abril llegó a la familia y mi madre y yo inventamos toda clase de trucos para tranquilizarla. No era muy llorona, pero cuando le daban ataques de histeria como a Elena, bastaba con alzarla, inclinarla un poco hacia abajo y mecerla rítmicamente.

Sin embargo...

«Correrías un gran riesgo si te quedaras embarazada».

Me quedo paralizada.

¿Quién me dijo eso?

Fuera quien fuese, sé que tenía razón. Lo siento por la manera en que me estremezco al mirar al bebé. Tengo que volver a coger las bolsas, que había dejado en el suelo con la esperanza de poder tomarlo entre mis brazos, y darme la vuelta enseguida balbuceando una disculpa.

«Los recipientes de la *dysys* que han traído una criatura al mundo han muerto durante el alumbramiento».

No me lo dijo Dareon, porque no lo pronuncia su voz. No veo su rostro ni el movimiento de sus labios al condenarme a la esterilidad. Y, por algún motivo, aunque sigue siendo doloroso el contenido y el significado del mensaje, me duele el doble no ser capaz de descubrir quién me lo dijo.

¿Quién eres...?

Con el ceño fruncido y nada más que resignación en el cuerpo, arrimo más las bolsas a mi cuerpo. Empiezan a pesarme, y parece que me pesarán el doble cuando me cae una gota de agua en la coronilla. Levanto la mirada al cielo, pero no consigo cerciorarme de que va a ponerse a llover porque antes tropiezo con una forma masculina y familiar.

Está apoyado de brazos cruzados en la entrada a la basílica de San Juan de Dios, justo en una de las columnas adosadas a la fachada. Va vestido de negro y lleva la cabeza cubierta, aunque no por mucho tiempo. Como si hubiera sentido mi mirada, se impulsa desde la columna y da media vuelta para mirarme. Sé que me mira antes de retirar la capucha.

Él parece quedarse helado. Y yo, súbitamente fulminada por un rayo con los ojos del color del topacio imperial, abandono todas y cada una de mis cargas. Las de las bolsas, las de Dareon; las de esa ausencia matadora cuyo dolor va disipándose conforme nos observamos en la distancia.

Y de pronto es como si el planeta hubiera decidido detenerse para girar en el sentido contrario. Solo yo me muevo al dar un paso inseguro hacia delante. Él da otro, confirmando que me está mirando a mí. Parecemos entrar en otra órbita, una en la que se suspenden mis latidos y el aire se torna denso e irrespirable. Explicaría por qué hiperventilo de repente.

¿Eres tú?

Claro que es él.

Me deshago de las bolsas que cuelgan de mis hombros y echo a andar en su dirección con los pies de barro, como si estuviera sorteando arenas movedizas. *Eres tú, quienquiera que seas tú*. Solo necesito un nombre, su nombre. Seis letras. Pero no encuentro nombres de seis letras: encuentro frases de seis palabras.

«Soy tu creación. Mírame cuanto quieras».

«Haces de mi soledad algo insoportable».

«¿Cómo iba yo a olvidarte, heroína?».

«Necesito guardar más recuerdos de ti».

«Soy tuyo. Nada que no supieras».

Es mío... Justo lo que necesitaba saber. Lo que me faltaba saber.

No sé cómo me las arreglo para llegar a su altura. Él desliza las puntas de los dedos por mis mejillas empapadas; mojadas por la confusión y la alegría de por fin saber.

Mis labios se mueven para pronunciar el nombre que susurraba dormida, pero no me da tiempo a decir la primera sílaba. Su boca cubre la mía y todo lo demás desaparece.

19

No sabría explicar cómo llegamos a mi apartamento.

El shock por todos los recuerdos que me asaltan de repente debería haberme noqueado, pero hay algo en la manera en que él me abraza que consigue mantener todas mis piezas unidas, que me tiene en pie, sólida, y me transmite la fuerza necesaria para moverme hacia casa.

No tengo palabras para él, y él tampoco para mí. A pesar de que las preguntas me arden en la garganta, mis cuerpo y mi mente se ponen de acuerdo por primera vez en la historia para anhelar la misma cosa. Su contacto. Sentirlo cerca, pegado a mí, vivo, tan real como me parecía cuando estábamos en esa irrealidad que era la Confederación.

Ya sé por qué lloraba. Porque una remota parte de mí, una fibra oculta y sabia entre todos esos pensamientos inocuos que me alejaban de la verdad, creía que lo habían matado.

Dareon se lo dijo a Edel. Se había encargado de Vikram. Y aunque en el momento mi consciente no sabía quién era, juraría que, de algún modo, lo comprendí y se me partió el alma.

Pero está conmigo. Su olor a madera quemada y naranja amarga, la firmeza de sus brazos, el sabor de sus besos. Me besa como si quisiera devorarme, y yo se lo permito igual de sobrecogida porque todo en lo que puedo pensar es justo lo que podría haber perdido.

Eso significaban mis lágrimas. Creía que me lo habían arrebatado para siempre.

Y de pronto estamos en mi casa, yo temblando y con la piel de gallina, y él hiperventilando como si hubiera corrido conmigo en brazos. Es tan grande... ¿Era tan grande antes? ¿Era capaz de asfixiarme con la intensidad de sus emociones, que parecen inundar el salón como el humo de un incendio? ¿Era capaz yo de desaparecer entre sus brazos?

Permito que me arrope un rato más, pero cuando el beso eterno adquiere matices comprometedores y yo siento que empiezo a perder el norte, tengo que empujarlo un poco por el pecho para separarnos. Nuestras miradas se entrelazan un segundo; la suya sumida en un sentimiento tan profundo que ni siquiera escarbando podría llegar al fondo.

¿Qué le digo? ¿«Hola»? ¿«Siento cómo nos despedimos»? ¿«No sé qué me pasó»? ¿«Por qué no viniste a buscarme»? ¿«Menudo espectáculo hemos montado en la calle»? ¿«Se han quedado las bolsas allí...»? Incluso un «te he echado de menos» sonaría frívolo, además de

una mera cortesía.

He estado a punto de morir de pena sin él. Y esta sorprendente revelación me asusta tanto que mi saludo es dar un paso hacia atrás, otro de los muchos que he dado para alejarme de él. En el sentido literal y en el figurado.

Pero esta vez, Vikram no permite que huya. Lo aborrezco y doy las gracias al mismo tiempo porque me rodee la cintura y se afinque ahí con gesto amenazante, «de aquí no me mueve ni Dios mismo». Me lo quedo mirando con ojos redondos mientras me alisa el pelo revuelto con expresión infranqueable. La ternura en su semblante me estremece y no consigo reprimir las lágrimas.

«Llorona», es lo primero que dice. Suena a lamento y a suspiro de alivio a la vez.

Levanto la barbilla hacia él a tiempo para pillar su media sonrisa, que no es del todo festiva.

—Pero estas no son lágrimas de pena —me defiendo entre balbuceos, secándome las mejillas—. Y si no puedo llorar ahora, ¿cuándo? Justo ahora me sobran razones.

Él presiona la mandíbula para, quizá, reprimir un aullido frustrado.

«Pensaba que me habías olvidado, Diana».

No encuentro las palabras para explicar el infierno en el que he vivido las últimas semanas. Él no aparta la vista de mí —parece que incluso evite pestañear por miedo a perderse algo—, y tengo la certeza de que mi explicación va a hacerle daño.

No quiero.

Me coloco los mechones más cortos detrás de las orejas —Elsa se empecinó en cortarme el pelo a capas, y yo me dejé— y le hago un gesto hacia el sofá.

—Será mejor que te... pongas cómodo. —Carraspeo—. ¿Quieres un café, un té, un vaso de leche, una Coca-Cola, algo...?

Él parpadea una sola vez.

«¿Un qué?».

—¿No sabes lo que es nada de eso? ¿Qué has estado bebiendo desde que llegaste?

La pregunta sería: ¿cuándo llegaste?

«Agua».

—Voy a traerte...

Él me coge de la muñeca antes de que me dé la vuelta.

«No te muevas», ordena. Luego lo matiza. «Por favor».

Tira un poco de mí. Solo un poco. El resto de espacio entre nosotros lo salvo yo dejándome guiar por la inercia. Regreso a unos brazos que me envuelven como la capa de protección que no me habría venido mal en el momento en que Dareon hizo lo que hizo.

«Te hechizó», deduce Vikram.

No sé por qué tiemblo.

Ni siquiera comprendo qué termina de significar eso.

Hechizar.

—Antes de volver a ese tema, necesito tomarme algo. No voy a darle al ron a estas horas porque volverme una alcohólica sería justo lo que me faltaba, pero necesito cafeína para no desmayarme.

«No me extrañaría que lo hicieras. Estás tan... diferente». Su mirada preocupada me persigue en los pasos que doy en dirección a la cocina. «Has perdido mucho peso».

—En cualquier otro caso, eso habría sido muy halagador, pero después de haberme pasado unas semanas vomitándolo todo y las otras previas negándome a comer, puedo decir que echo de menos mis...

«Lorzas», completa él con seguridad.

—¿Cómo sabes tú eso? —me sorprendo—. Es muy andaluz.

«Lo dijiste en la primera cena con Kadesh».

—Así que me estabas escuchando.

«Yo nunca he dejado de escucharte».

Le sostengo la mirada un segundo, y cuando la aparto, exhalo el aliento a la vez. Me doy la vuelta y me concentro en lo que tengo que hacer antes de que me invada la intensa necesidad de buscar el refugio de su cuerpo. Saco cereales y snacks como la perfecta anfitriona que no soy. Solo me detengo un instante para apoyar las manos en la encimera, perder la mirada en un punto de la pared y permitirme flipar con el hecho de que Vikram esté en mi casa. En mi apartamento. En la Tierra.

De acuerdo, no pasa nada. No pasa nada, ¿vale?

Todo está controlado. Todo va a salir bien.

Lo malo de los reencuentros de este tipo —los que hacen que pierdas la cabeza por el camino, y, ya de paso, las bolsas del supermercado— es que cuando se te pasa el subidón, te sobreviene un cansancio monumental. Es en ese estado de aturdimiento en el que tienes que asimilar lo que significan los últimos acontecimientos.

Dios, Vikram está aquí de verdad. Y eso puede ser tan terrible —no creo que le guste este lugar; dijo que no lo pisaría ni harto de vino, de hecho— como ridículamente emocionante.

Al volver al salón con las manos llenas, me lo encuentro de pie, observando con cara rara uno de los espantosos cuadros. En concreto, uno legado de Roberto, que no quité de en medio porque en mi depresión posruptura pensé que debía quedarme algo (más) de recuerdo.

Creo que ni a él le gustaba. Explica que no viniera a llevárselo.

Dejo los cuencos de cristal sobre la mesa y me siento con tal cuidado que es como si yo también lo fuera. Él no tarda en dejar de

escudriñar la estancia y dirigirse a mí.

Sus ojos brillan como el sol.

«¿Aquí vivías con el otro hombre?».

—Si con el otro hombre te refieres a Roberto, mi exmarido, así es.

Él asiente con vaguedad sin dejar de observarme. Parece que le aterre que me desvanezca de un momento a otro. No me extrañaría, debo de estar pálida, ojerosa y...

Bueno, he sobrevivido a la muerte de milagro.

«Los hechizos como ese no matan a nadie», dice Vikram.

—Pues por momentos habría preferido estar muerta.

Pretendía decirlo con relativa jovialidad, como un chistecito de humor negro para disipar la tensión, pero la voz se me quiebra. Me arrepiento de mi débil intento al ver la cara de espanto de Vikram.

Toma mi rostro entre sus manos con delicadeza.

«Dime qué te ha pasado».

Agacho la mirada.

—Eso ya no viene al caso. Lo importante es que ha pasado; se acabó. Además, la mayoría de mis problemas eran físicos, como si hubiera agarrado un virus intestinal. No tenían nada que ver con la magia.

«Lo tiene todo que ver con la magia, llorona».

—Pero se supone que, cuando llegas a la Tierra, los hechizos se deshacen. ¿Qué sentido tiene que haya estado sufriendo durante semanas?

«Los hechizos no sobreviven en la Tierra por mucho tiempo», corrige, «pero eso no significa que el proceso de purga del afectado no requiera de días hasta su finalización, ni que sea indoloro. Si has vomitado, delirado, alucinado, llorado, tenido pesadillas y un sinfín de síntomas más, es porque tu cuerpo estaba expulsándolo».

—¿La magia?

Él asiente.

«La magia del Seir», concreta. «Los terrores nocturnos son un efecto secundario habitual tanto cuando has estado jugando con los hechizos de la Corte de las Pesadillas como cuando eres quien ha salido perjudicado. No se bautizaron así por casualidad, sino porque tienen el poder supremo sobre el subconsciente. No sé en qué momento Dareon trató con los hechiceros del oeste para realizar un conjuro de esas características, porque tuvo que hacerlo... o eso creo. Invocar semejante energía y causar tales estragos requiere de años de encierro en la torre del Seir».

Dareon debía de saber a lo que me estaba exponiendo al enviarme a la Tierra aún hechizada. Debía de saber lo que iba a padecer. Alguien solo un poco más débil que yo habría perdido la cabeza. Hubo momentos en los que incluso pensé que si la vida era dolor y más

dolor, si eso era todo cuanto me esperaba, le pondría fin a mi sufrimiento yo misma.

«Diana». Vikram me mira compungido. No recuerdo haberlo visto con las emociones fuera de control jamás. «Siento no haber podido protegerte».

—¿Qué dices? —Arrugo el ceño—. ¿Qué podías hacer tú contra la magia de Dareon? —Me callo un segundo. Un vértigo inesperado me marea—. Porque no podrías haber hecho nada..., ¿verdad?

«No. La magia que yo conozco es la de Turlough. Allí no se practica la hechicería». Tuerce la boca, asqueado. «Como ya te digo, esa clase de trucos asquerosos y capaces de enloquecer a alguien solo los conocen los engendros del Seir».

—Sé que la madre de Dareon pertenecía al Seir, pero no que Dareon habría abrazado sus poderes.

«No será descabellado asumir que los ha... heredado, si es que eso es posible, y que de algún modo supo manejarlos. Aún no comprendo por qué los ha utilizado», reconoce, sacudiendo la cabeza con frustración. «Los emplearía para hacerme daño, a mí y a cualquier traidor; de eso no me cabe duda..., pero ¿a costa de contravenir los deseos del consejo de sabios y la aristocracia trentiense, que podrían deslegitimar su reinado? No es tan necio».

—No creo que se enteren de lo que ha hecho. Solo Edel lo vio con sus propios ojos, y, según entendí, desde que rompió su contacto con Laertes, ni pincha, ni corta.

«Claro que se enterarán. La hechicería se te graba en la piel, te marca para advertir a quien te mire».

Sé a qué se refiere, porque recuerdo a Dareon frotándose los brazos con desesperación, como si así pudiera borrar sus nuevos tatuajes. Si no me los hubiera mostrado en un arrebato, no me habría percatado. Estoy convencida de que los esconderá de sus súbditos.

«Es el único principio del Seir», prosigue Vikram, mirándome con aprensión. Es así como sé que está deduciendo el derrotero de mis pensamientos. «Todo hechizo exige una compensación para mantener el equilibrio. No dudo que Dareon habrá sufrido después de hechizarte, ya sea por el ardor de los grabados o por la culpabilidad».

—Eso espero —reconozco, mirándome las manos—. Es lo mínimo que se merece ese hijo de puta. Yo... No recordaba nada de mí. Ni de ti. No tuve ninguna visión, supongo que porque necesito estar en calma para viajar a donde debo viajar. —Alzo la barbilla de pronto—. Aunque no estaba tranquila cuando te vi en ese Starbucks. Y, ahora que lo pienso, ¿cómo es posible que te viera en ese Starbucks? Mis visiones siempre se han reducido a lo que está pasando en la Confederación.

«Entiendo los inescrutables caminos de la *dysys* lo mismo que tú, o

incluso menos. Pero puede que se deba al hecho de que mi presencia en la Tierra está relacionada con el futuro de nuestro mundo». Hace una pausa pensativa. «Aunque no sé de qué modo. Si vuelvo...».

Antes de que termine de plantear ese condicional, me abalanzo sobre él.

—¡No! ¡De eso nada! Te matará. Dareon te aplastará como a una mosca si te atreves a poner un pie de nuevo en la Confederación. Me dijo que te lo avisara cuando te encontrara.

El músculo de la impotencia aflora en su mandíbula. No me resisto y lo agarro de la mano para apretársela. Nunca pensé que llegaría el día en que por fin comprendería sus sentimientos, pero aquí estoy: empatizando con el hecho de que haya perdido su hogar. Un hogar con el suelo en llamas, quizá. Un hogar hostil en el que vivía de prestado. Pero un hogar, a fin de cuentas, uno bastante más familiar que la Tierra.

—Bueno, a lo mejor se refería a que no podías volver a Elyllon —apostillo con un intento de sonrisa compasiva—. Eso te deja otros tantos estados de margen.

Vikram me mira con un rastro de incredulidad.

«¿Quieres que vuelva?».

—No. Quiero decir... Sí, claro, es tu casa. Aunque... —Arrugo el ceño. ¿Es una pregunta trampa? ¿Qué se supone que debo responder? —. Solo lo digo porque sé que odias la Tierra.

«No es como si tuviera otras opciones, ¿no? Y mucho menos después de traicionar a Kadesh. Desaparecí de Aranrhod para ir a buscar a Dareon, y Su Gloriosa Majestad no se lo tomó muy bien».

Mi pulso tampoco se toma muy bien la noticia.

—¿Qué? —jadeo sin voz.

«No voy a decir que Kadesh esté buscándome por toda la Confederación», explica con lentitud, «pero si me encontraran por casualidad, intentarían llevarme ante él. Y eso si no me localizara antes un esbirro de Dareon, aunque dudo que resolviera el asunto con intermediarios. Me aprecia lo suficiente para matarme con sus propias manos. Además; no le conviene poner precio a mi cabeza si no quiere que todo el mundo sepa que le he traicionado. Lo que corre por la Confederación ahora mismo son solo rumores de mi escisión de la política ely».

—¿Y quién los ha divulgado?

«Juraría que Kadesh. Sabe que Dareon depende en gran medida de su reputación, y que andará desequilibrado durante el conflicto si sus súbditos y enemigos están al tanto de que ha perdido a su mano derecha. Todos los que no se atrevieron con él en el pasado, lo harán ahora que no le protejo».

Al transmitirme todo esto detecto un indicio de duda. No sabe si

congratularse porque al príncipe le espere un futuro aciago o preocuparse por él. Un Dareon enfermo y sin guardaespaldas, un Dareon herido en su vanidad, es el Dareon más vulnerable de todos.

—¿Kadesh ha dicho que tú eres su...?

«No».

—Claro que no —bufo en voz baja, evocando el rostro enigmático del rey—. Es un cabrón, pero también un caballero. Supongo que habrá pensado que hay cosas que es mejor que las resolváis en privado y a su debido tiempo. Es como si lo estuviera viendo: «En trifulcas sentimentales yo no me meto, solo me mancho las manos con sangre inocente». —Bizqueo—. Su Gloriosa Majestad... ¡Sus gloriosos cojonazos!

Alzo la cabeza hacia él para compartir mi alivio exasperado, ligeramente salpicado por una inexplicable añoranza hacia el genocida que me dio cobijo en su palacio medieval. Se me atascan las palabras en la garganta al verlo tan derrotado y, a la vez, preparado para coger las riendas de la situación, cueste lo que cueste.

Parece que estar a mi lado le sienta bien, dentro de lo que cabe.

Alargo el brazo para coger un puñado de cereales rellenos de leche de Mercadona. Me meto uno en la boca con tiento, rogando para no acabar con la cabeza en el váter, y le ofrezco otro.

—¿Crees que alguien irá a atacarlo solo porque tú no eres su guardaespaldas?

Vikram esboza una sonrisa triste.

«Tú no lo sabes porque gracias a mí esto siempre ha sido un problema menor», contesta un rato más tarde, «pero Dareon tiene enemigos en su propio palacio».

—Opositores hay en todos los estados —desestimo con un ademán, aun cuando la afirmación me ha puesto el corazón en un puño—. Eso no significa que tenga enemigos como tal.

«He dicho enemigos porque son enemigos», recalca. Mastica con lentitud mientras sigue informándome mentalmente. Había olvidado lo extraño que era verlo charlar sin despegar los labios. «Dareon no es un príncipe querido; es un príncipe que, en todo caso, y solo en determinadas esferas, despierta compasión. Se mantiene en su trono porque a nadie le conviene sacrificar a un hada emparentada con Turlough, y porque Elyllon nunca ha sido un estado famoso por sus intrigas palaciegas y sacrificios; los fratricidas son los aranrhodenses, los de Windhalm, quizá los shaporíes».

—Él mismo me dijo algo parecido —reconozco en voz baja, mirándome las puntas de los zapatos que aún no me he quitado: unas cutres botas de agua azul marino—: que todos tienen presente que no vivirá mucho tiempo y que, a no ser que haga algo grande, tanto su legado como las obras que lleve a cabo serán insignificantes.

Vikram asiente en tensión.

«Digamos que la mayoría del pueblo, sabios del consejo y otros vecinos se limitan a seguirle la corriente. A... darle la razón como a los locos, como se dice por aquí».

Que te tengan lástima es de por sí humillante —he aquí una pobre chica que lo ha sufrido en sus carnes—, pero siendo príncipe y, para colmo, siendo Dareon, que es tan orgulloso, debe de resultar descorazonador.

No lo digo en voz alta porque mi cuerpo rehúsa cederle siquiera una chispa de compasión. Estuvo a punto de matarme, y sabe Dios que no se lo voy a perdonar jamás.

«Pero hay otros que lo creen indigno del trono y se lo darían a cualquiera antes que a él», prosigue Vikram, pálido. «No me extrañaría que estallara una guerra civil entre los que le apoyarían hasta que solo quedaran cenizas de él, férreos defensores de la casta y el linaje de Vygantas, y los que lo ven más humano que feérico y, para colmo, como el hijo de una despreciable bruja del Seir».

—Pues para ser una despreciable bruja del Seir, la tuvieron unos cuantos años en el trono —comento por fin. Tenía ya ganas de replicarle eso a alguien, pero ¿a quién? Edel me habría abofeteado porque la odia, y Dareon piensa que su madre es la mejor.

«Por miedo», apunta, volviendo a meterse un puñado de cereales en la boca. «Nadie en su sano juicio jugaría con nadie del Seir. Si los opositores de Dareon supieran que ha heredado la magia de Agrona, es muy probable que cerraran la boca para siempre».

—Podría haber estrenado sus superpoderes con esos capullos que le quieren arrebatar lo que para él es más querido, y no conmigo —mascullo con amargura.

Vikram me observa en un silencio que quiere decir muchas cosas. Traga lo masticado y se acerca a mí para aclarar:

«Debes tener muy claro que Dareon no quería hacerte daño a ti, sino a mí. Y sabía que la única manera de hacerlo era a través del vínculo entre los dos».

Irremediablemente vuelvo a esa frase demoniaca que me divide el corazón entre el odio que debería sentir y la culpabilidad que, sin embargo, todavía ahora experimento, y en la que sin embargo no puedo dejar de pensar: «Es mi deber castigarte».

Y una mierda, cabronazo.

—Pues para no haber querido hacerme daño, le salió justo lo contrario. ¿Qué habría sido de mí si su intención hubiera sido joderme con todas las de la ley? —Sacudo la cabeza, estremecida—. Eso no me consuela, Vikram.

«La verdad no tiene que consolarnos. Pero ya que vamos a sufrir, es mejor saber por qué lo hacemos».

—Muy bien dicho, maestro Miyagi... —Frunzo el ceño al levantar la caja de cartón y ver que está vacía—. Coño, ¿te has comido todos los cereales?

«Tenía hambre», se defiende, contrariado.

—¿Cuánto llevabas sin comer? —Lo reviso de una mirada de arriba abajo. Lleva una de esas sudaderas de la Universidad de Granada que venden en las tiendas para turistas de calle Elvira, y dudo bastante que se la haya comprado—. Joder, joder, joder. ¿Qué has estado comiendo desde que llegaste? ¿Dónde has dormido? ¿Has tenido problemas? ¿Hace cuánto aterrizaste en la Tierra? ¿Has...? —Me callo en cuanto lo veo sonreír—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? A mí no me parece divertido que hayas pasado las noches debajo de un puente.

«La otra opción era infiltrarme en tu casa cuando no sabías ni quién era yo. Lo tuve bastante claro desde el principio», replica con sarcasmo.

—Estoy segura de que te habría reconocido nada más verte.

«Nos vimos hace unas noches y huiste de mí. Tenía que darte tiempo».

—¿Tú eras...? Ah, claro que lo eras. Típico de ti, amedrentarme con una persecución en lugar de decirme «hola, buenas tardes» y ofrecerme la mano. Solo para que quede claro, me habría asustado incluso si me hubiera acordado de ti. A ninguna mujer le hace gracia que se le eche encima un tío como un camión a las tantas de la madrugada. Si quieres vivir en este sitio, vas a tener que ser más considerado.

«De acuerdo».

Sigue sonriendo.

—¿Qué es tan gracioso, si se puede saber? —me exaspero.

«Es tierno verte preocupada por mí».

Y yo sigo refunfuñando.

—¿Me vas a dar explicaciones, o no?

«Comer ha sido fácil. Puedo meterme en la mente de los humanos y obligarles a darme lo que sea que tuvieran en la mano. He dormido al aire libre, algo a lo que estoy acostumbrado y que prefiero, y en cuanto a los problemas...». Tuerce la boca. «No sé hace cuánto estoy aquí. Me siento como si hubieran transcurrido milenios».

Debe de estar tan desorientado... Más o menos como yo misma con todo esto de los hechizos, o como Cora con Hitler y cualquier otro tema de interés histórico mundial.

Cubro su mano con la mía.

—¿Qué pasó después de la última vez que nos vimos? —pregunto en voz baja.

Él traga saliva con la vista fija a mis pies. Luego vuelve a mirarme.

«¿Quieres verlo con tus propios ojos?».

Titubeo.

—¿Quieres que lo vea?

Su distante encogimiento de hombros, casi huraño, es señal de que no le gusta la idea de que me zambulla en un recuerdo tan íntimo. Pero a la vez quiere que lo vea, porque no sería capaz de contármelo.

«Él también me lo avisó», dice de repente. «Me dijo que me mataría si intentaba poner un pie de nuevo en Elyllon. Que me buscaría por toda la Confederación si fuera necesario».

—No me digas que tienes miedo. Podrías acabar con él sin pestañear. —Dudo—. Si él no usara su magia negra de Darth Vader, supongo.

«No necesitaría la magia para matarme. Le dejaría ganar», aclara con solemnidad. «He hecho de su vida un infierno, llorona. Igual que yo quise que su madre pagara por destruirme, es justo que él quiera vengarse de quien lo redujo a lo que es ahora». Su gesto se ensombrece. «Y, aun así, podría haberlo matado por tocarte». Traga saliva. No está muy seguro de haber reunido el valor para mirarme cuando sus ojos encuentran los míos. «¿Te tocó?».

—¿A qué te refieres?

«Se metió en tu corazón. No sé mucho sobre magia del Seir, pero sé lo que eso acarrea. Si él no te hubiera prestado la debida atención, estarías muerta».

Recuerdo la última noche. Dareon encima de mi cuerpo, besándome; obligándose a quererme por quién sabe qué maldito motivo, y luego retirándose, avergonzado y sin fuerzas.

«¿En qué me estoy convirtiendo, Diana?».

Me froto el brazo para suavizar la carne de gallina.

—Estuve al borde de la muerte porque no me hizo el menor caso. Puedes estar tranquilo.

Vikram me mira pasmado.

«¿En qué mundo me tranquilizaría eso?».

—Te estoy diciendo que no te he puesto los cuernos, deberías alegrarte.

«¿Qué es... “poner los cuernos”?».

—¿Engañar? ¿Cometer una infidelidad? —pruebo, titubeante—. Entiendo que tú y yo somos... que tú y yo estamos... que... —Me ruborizo como una adolescente—. Bueno, que no podemos acostarnos con otras personas, que gozamos de... cierta... exclusividad, o, al menos, eso entendí yo, aunque en Aranrhod nos peleáramos por aquel... asuntillo, y...

«Ah, te refieres a que si te viera en brazos de otro hombre, tendría que matarlo. Por supuesto que lo haría», replica con toda naturalidad. «Pero que te hubieras entregado a Dareon por obra de un hechizo no

me ofendería por las razones que planteas. Solo quiero saber si se aprovechó de ti».

—No —aclaro, todavía roja como un tomate—. Digamos que yo me aproveché de él. Lo inmovilicé cuando estaba postrado en la cama, me correspondió un momentillo y luego me empujó. Y por poco llora.

El gesto de Vikram se ensombrece.

«Oh, va a llorar, eso tenlo por seguro».

—Olvídalo. Esa no fue, ni de lejos, la experiencia más terrible que he tenido que afrontar en los últimos tiempos —aclaro, aireando la mano.

De hecho, y esto jamás lo admitiré (voy a pensarlo muy bajito para que Vikram no se entere), una parte de mí, la que no odia al príncipe ni está traumatizada por lo que sucedió en aquella habitación cuando estaba bajo los efectos del hechizo, siente que puede tachar alegremente «haber besado a Dareon» de su lista de tareas pendientes. Digamos que era una espinita que tenía clavada.

Me pongo de pie y me inclino hacia delante para coger el bol —¡que se lo ha zampado entero también!—. Él me coge de la cintura a traición y tira de mí para sentarme en su regazo.

—¿Con eso debo entender que ya no tienes hambre? —Enarco una ceja—. Iba a traer más.

«No era la falta de comida lo que me desesperaba», reconoce, mirándome intensamente y deslizando la mano por mi rodilla. Intento reprimir un estremecimiento placentero. Sabe cómo ronronear sin emitir un solo sonido.

—No sé si quiero que me digas por qué andabas desesperado —balbuceo. Él acerca los labios a mi cuello y lo recorre muy despacio con besos fervorosos.

«Tu ausencia estuvo cerca de matarme».

—Eres... —Ladeo la cabeza para facilitarle el acceso. Me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja con la punta de la nariz—. Eres muy romántico cuando quieres. Vik... Vikram, escucha...

¿Pretendo separarlo, o pedirle que siga? ¿Es lo más sabio permitir que continúe? No tengo la cabeza para una sesión de sexo. Vale que con el subidón del reencuentro nos magreáramos un pelín, pero no ha cambiado nada. La situación sentimental se nos fue de las manos en Aranrhod, y con el parón forzoso al que nos arrojó Dareon, debemos ser sensatos y...

¿O no? Estamos en la Tierra, lejos de Dareon.

No tengo que tener miedo.

«Eso es», me anima él. «No tengas miedo».

Sigue recorriéndome el mentón con los labios, con una sensual lentitud y una ternura que me conmueven. Lo abrazo por los hombros y me dejo llevar.

Me dan ganas de preguntarle qué demonios quiere de mí, si le parece bonito aprovecharse de una pobre mujer indefensa que ha pasado los últimos días con un pie en el limbo y otro en la vida real, y solo a veces con la cabeza metida en el inodoro. Pero se me seca la garganta en cuanto me coge de las caderas para sentarme sobre él. A horcajadas.

Un escalofrío de emoción anticipada me recorre la columna a la vez que lo hace su mano, que deja de trepar cuando llega a mi nuca y la envuelve para incitarme a acercarme a él. Acepto sus labios entreabiertos.

Todo dentro de mí explota al primer contacto.

«Llevo días esperando en tu portal», confiesa, sin dejar de besarme. Sus brazos me estrechan por la cintura y me ciñen a su torso. «Si hubieras tardado una sola noche más, habría tenido que entrar por la ventana».

«No habrías sido la primera criatura mágica que se infiltra en mi casa», contesto.

Me cuesta enviar el mensaje porque, quieras que no, esto del lenguaje mental sufre interferencias si no lo practicas. El arte de besar, en cambio, no ha sufrido variaciones. Su lengua se enrosca con la mía a la vez que sus dedos tiran del borde de mi vestido para enrollármelo en la cintura. Emito un suspiro al sentir sus cálidas palmas recorriendo mis muslos.

«Me mataba que no me recordaras».

Acaricio sus mejillas con las manos y voy deslizando los dedos hacia su escote. Arde y me hace arder a mí también. Su calor corporal es algo que no se ha quedado en la Confederación. No ha dejado allí nada de lo que yo estuviera enamorada.

El corazón me da un vuelco solo de pensarlo. Qué fácil parece querer a alguien tan complicado cuando estás entre sus brazos; cuando sabes que estás viva y cuerda solo porque te sostiene, porque él te mantiene en contacto con la realidad. Y, sin embargo, es prácticamente imposible abrazar estos sentimientos el resto del tiempo.

Pero eso no es algo en lo que quiera pensar ahora mismo. No puedo pensar, a secas, cuando sus pulgares juegan con los bordes de mi ropa interior y su erección presiona mi sexo.

Lo empujo por el pecho para recostarlo en el sofá. Yo voy encima. Beso la comisura de sus labios, el amago de hoyuelo que masculiniza su mentón; la nuez de Adán... No puedo aguantarme más y le saco la sudadera por la cabeza.

No lleva nada debajo.

—Quítame el vestido.

Sus ojos brillan —*pervertido*— al tirar del borde de la prenda hacia

arriba con toda la intención de obedecer.

—¡Hostias! —Escucho una palmadita entusiasta, que se convierte en una serie de aplausos que me recuerdan al compás de unas sevillanas—. ¡Cómo se divierte la niña en horizontal! ¡Ole ole!

Doy un respingo y quiebro la cabeza rápidamente para mirar a la hermana cabrona que ha soltado eso. Solo que hay dos hermanas cabronas por el precio de una. Abril me observa perpleja, con la mochila a punto de descolgarse de su hombro, y Elsa chasquea los deditos sin dejar de bailotear.

Lo que le gusta a esta el salseo no tiene nombre.

—¿Q-qué hacéis... aquí? —balbuceo, intentando cubrirme. Llegan a entrar tres segundos más tarde y me pillan en pelotas.

—Llegamos a entrar tres segundos más tarde y te pillamos en pelotas —se ríe Elsa, encantada de la vida—. La verdad, prefiero esta sorpresita a la que me diste hace unas semanas. ¡*Peaso* maromo!

Lo que yo diga.

—Parece que Elsa se ha equivocado de día de entrevista, y mis clases terminan a las doce y media. —Arquea una ceja. Sin ningún pudor, porque ella nació así, señala al inmóvil Vikram—. ¿Se puede saber quién es ese?

Decido hacerme la estúpida para ganar tiempo.

—¿Quién?

—El chongo que tienes ahí debajo, escondido, tendrá un nombre —deduce Elsa.

—¿Aquí debajo? —Señalo a Vikram—. No es nada. No es nadie.

—¿Cómo que no es nadie? —pregunta Abril, perpleja.

—Didi, corazón, ese hombre mide suficiente para que lo haya visto desde la puerta de entrada. De hecho, creo que se le vería desde el espacio exterior. «Nada» lo que es «nada», no es —me explica Elsa, como si fuera imbécil.

—Ah, esto... —Me incorporo poco a poco apoyándome en el pecho de Vikram, que alterna miradas entre mis hermanas y yo—. Es el... repartidor de Amazon.

—¿Y qué reparte? —pregunta Elsa, sonriente—. ¿Pollazos?

—Aparentemente —cabecea Abril casi con tristeza—. Es lo que les faltaba a los empleados de Amazon después de mear en botellas; que los prostituyeran a domicilio.

—Dime dónde pido el mío, por favor —ruega Elsa.

Me froto las sienes, demasiado nerviosa para decir algo coherente. Y encima Vikram no ayuda.

«Di algo, coño», le increpo mentalmente. Él, que hasta el momento había estado observando a Elsa en concreto con una mezcla de curiosidad y recelo, me arquea la ceja de la ironía.

«¿Me prestas tus cuerdas vocales?».

«Hostia puta». Sacudo la cabeza. «Se supone que estás mudo, no sordo. De hecho, tienes un oído ultrasónico de criatura feérica. ¿No has captado sus pasos, o la puerta, o algo?».

«Estaba demasiado ocupado captando tus gemidos».

«Qué romántico». Pongo los ojos en blanco. «Nos ha jodido».

«Creo que tengo derecho a un poco de paz, después de todo. Y tú también».

«¿Quién ha dicho que yo esté en paz contigo? Ya me estás poniendo de los nervios y llevas aquí quince minutos».

—Míralos, parecen comunicarse con la mirada —comenta Elsa—. Didi, no me vas a colar que es el repartidor de Amazon. Ese tío y tú tenéis una historia. Más que nada porque no te acuestas con desconocidos.

—Acaparaste ese rasgo de personalidad tú sola. No nos dejaste nada a las demás —apostilla Abril.

—¡Ya vale con el *slut-shaming*!

No me queda otro remedio que suspirar e incorporarme poco a poco. Le doy una orden agresiva con la mirada a Vikram para que haga lo mismo, que se entretiene buscando su sudadera —o la de Dios sabe quién— con cara de no haber roto un plato en su vida.

Pues anda que...

—A ver. Dadme un segundito, ¿vale? —Junto las dos manos.

Elsa, que ha ido perdiendo la sonrisa conforme discurría mi discusión mental, termina dirigiéndome una mirada de incomprensión y... ¿ofensa?

Es Abril la que le pone palabras a su aturdimiento.

—No entiendo nada de lo que está pasando.

Intercambio una mirada con Vikram pidiéndole auxilio. Él entrelaza los dedos de la mano conmigo. Eso parece darme la inspiración para soltar una trola del tamaño de mi culo.

Del antiguo, el que espero recuperar.

El de ahora está raquítico.

—¿Os acordáis del hombre del que os hablé? ¿El del hotel de la villa del Balbianello?

—¿El que salía oficialmente con la mujer infiel, o el que se la tiraba de extranjis?

Vikram arquea una ceja interrogativa en mi dirección.

Finjo no percatarme.

Demasiadas explicaciones.

—Olvidad eso, fue un malentendido.

—¿Qué es lo que se puede malinterpretar de una pareja sudorosa en una cama? —Elsa frunce el ceño.

—Eso es lo de menos, Elsa —interviene Abril con calma.

—Perdón, pero estoy más perdida que un hijoputa el día del padre.

—Dejémoslo en que lo juzgué mal. Sí, es uno de los hermanos de los que os hablé.

La ceja de Vikram sigue escalando.

—Supongo que este es el que te caía mal. Desde luego, tiene pinta de tener antecedentes penales —reconoce Abril. Le levanta el dedo pulgar a Vikram en señal de OK—. Sin ofender.

Él se encoge de hombros.

Ya ves tú lo que a este le ofende la verdad.

—Si este es el que no te gustaba, me gustaría ver al otro —confiesa Elsa, que no ha pestañeado desde que Vikram se ha puesto de pie—. Tenía que ser Jared Leto, o algo así.

—Pues ahora que lo pienso, se daba un aire... —Sacudo la cabeza —. Bueno, que al final... Él y yo...

—¿Salís juntos? —adivina Abril.

Asiento con la cabeza. La respuesta larga es un poco más complicada y no creo que la entiendan, ni siquiera ella, que captó las teorías de Stephen Hawking a la primera.

Diciendo que Elsa se queda en shock estaría perdiendo una oportunidad estupenda para especificar que parece a punto de desmayarse de la sorpresa. Abril, que para estas cosas suele ser un poco más parada, asiente, dando sus bendiciones, y espera a que un Vikram veloz se ponga de pie y le ofrezca la mano.

Gracias a Dios que no ha sacado la daga para presentar sus respetos, como uno que yo me sé.

—Abril —se presenta—. Encantada.

Él cabecea, supongo que con una sonrisa —no puedo saberlo porque está de espaldas a mí—, y luego se dirige a Elsa, que parece volver a la vida en cuanto sus miradas coinciden.

Me pongo tensa. Y es normal. Cuando tu hermana parece una modelo de Victoria's Secret, por muy de tu sangre que sea, te sientes amenazada en su presencia. Es inevitable. Además, Elsa no se corta un pelo y le sonríe con todos los dientes, con esa coqueta jovialidad que pondría al rey a sus pies.

Pronto, la sonrisa se resquebraja un tanto por la curiosidad, que no tarda en expresar ladeando la cabeza.

—¿Nos conocemos? —pregunta, vacilante.

—La madre que te parió, Elsa Balderas. Corta el rollo —rezonga Abril.

—¿Qué pasa? —se queja la aludida—. ¿Qué he dicho mal?

—Le sueltas la mística a los tíos que te ponen, no te hagas la tonta. ¿Te recuerdo en qué posición estaba con Didi cuando hemos llegado?

Dios santo, ¿no podrían cortarse un poco?

—Sé que es el novio de Diana, payasa. —Le estrecha la mano con profesionalidad—. Soy Elsa, y tú eres un bombón, por lo que veo.

Abril pide auxilio al cielo. Yo me resigno. Todas las interacciones de Elsa son inevitablemente coquetas, y da igual si habla con la pareja de su hermana, con su profesora de audiovisuales o con el anciano al que ayuda a cruzar la calle. Ella es así.

Vikram inclina la cabeza en su dirección, simulando una especie de reverencia. A ella la deja encantada, porque, además, le está sonriendo. Y a mí no me ha sonreído así jamás.

Que yo recuerde, así no le ha sonreído a nadie.

—Él es Vikram —me apresuro a decir—. No puede hablar. Es mudo.

Elsa hace una mueca de dolor. Abril es menos exagerada, pero también se queda de una sola pieza.

—Coño, cuando mencionaste que era parco en palabras, no me imaginaba que sería literalmente mudo. —Se encoge de hombros, toda encantadora ella, y le guiña un ojo—. Da igual. Dicen por ahí que el hombre que poco habla, mucho siente.

—Y bien empotra, ¿no? —agrega Abril—. Venga, dilo. Si ibas a decirlo.

—Esas cosas se piensan, pero no se dicen. Como tú con lo de los antecedentes penales. Te lo podrías haber callado —la regaña sin tener en cuenta que Vikram sigue presente—. Hay hombres tochísimos que son muy susceptibles a los comentarios malintencionados, ¿sabes? El tamaño no está reñido con la sensibilidad.

Abril pone los ojos en blanco.

—Gracias por la clase de psicología masculina, me siento revitalizada. La pregunta es... ¿Tú cuándo has aprendido lenguaje de signos para comunicarte con él, Diana?

—Sabe leer los labios —aclaro con las manos entrelazadas a la espalda—. No es sordomudo; es solo mudo.

—¿Y no se ha quedado sordo de escucharte hablar como una cotorra? —se ríe Elsa.

Esta mujer ha pasado por todos los estados en los últimos diez minutos.

—No, pero ya se quedará sordo de tanto escucharte a ti.

—¿Eso significa que se queda? ¿Vivirás con nosotras, Vikram?

Él vacila antes de asentir, aunque es más bien un zigzagueo inseguro. Después me mira por encima del hombro, buscando mi beneplácito. Parece esperanzado.

¿Cómo no va a quedarse, si no tiene ningún otro sitio?

«Esa no es la cuestión, llorona», replica.

Intento que no se note que estoy hablando con él, porque, como se note, no sé cómo voy a explicarlo.

«¿Y cuál es?».

«No quiero estar en otra parte».

Le sostengo la mirada intentando averiguar si dice la verdad. En cualquier otra circunstancia no habría dudado de su palabra, porque no tendría razones de peso para mentirme. Pero esta vez es diferente, porque depende de mí para sobrevivir en la Tierra.

Todo esto lo pienso procurando blindar mi mente para que no se haga una remota idea de que estoy teniendo un ataque de nervios, claro.

Pese a todo, su ruego silencioso y la determinación con la que intenta disolver mis dudas me conmueven.

—Se queda —aclaro.

—¿Pero se queda a lo Neymar en el Barça, o se queda en serio?

—Se queda en serio, Elsa.

—Vale, pues entonces que se prepare para el interrogatorio. ¿Sabes escribir? —le pregunta a Vikram, cogiéndolo del brazo para arrastrarlo hacia el pasillo—. Puedo bajar en un segundo al bazar y comprar una pizarrita para que te comuniques.

Vikram se vuelve a girar hacia mí con cara de horror, aunque se nota que le ha hecho gracia.

Reduzco toda mi respuesta a un suspiro largo.

Esto solo puede ir a peor.

20

Como es evidente, a mis hermanas no le bastó con la ambigua descripción que proporcioné de Vikram —que era el tipo que conocí en el hotel—; más que nada porque solo había hablado mal de él, y no cuadraba que de pronto lo tuviera en mi casa. Al menos, a Abril no la dejé tranquila. Elsa, que es una sensiblera irremediable y no para de intentar convencerme para que escriba novela romántica en lugar de fantasía, me advirtió en su día que pasar de enemigos a amantes era una obligación.

Está claro que mi relación le parece lógica y natural porque no sabe lo que es Vikram en realidad. Y porque a ambas les faltó tiempo para volver a sus respectivos apartamentos, y gracias a eso no vieron la odisea que fue enseñarle a Vikram el funcionamiento de los electrodomésticos.

No soy la persona más paciente del mundo, y él no es muy permisivo con sus propios errores, que se toma como un fracaso, así que nos hemos frustrado varias veces delante de una tostadora porque simplemente no entiende cómo es posible.

«Creía que no había magia en la Tierra», se quejó.

—Y no la hay —le respondí, cansina—. Bueno, la hay porque estás tú.

«¿Es una especie de halago?».

—Es una realidad. Eres mágico y estás en un lugar no-mágico.

«Eso de que soy mágico podría entenderse como una lisonja».

—Estoy yo para lisonjear a nadie, con lo contentita que me tienes con tus torpezas. —Puse los brazos en jarras—. Venga, consigue hacer esas tostadas y luego pasamos a la ducha. Quiero que aprendas a usarla solo.

Él me miró con rencor.

«Podrías ser algo más transigente».

—Es mi momento de vengarme —apostillé, frotándome las manos con malicia—. Tú no me lo pusiste muy fácil en la Confederación. De hecho, recuerdo que aprovechabas cualquier ocasión para burlarte.

«Me sorprende que habiendo visto lo que pasa cuando te vengas, tomar represalias te siga pareciendo la opción correcta».

—Ese ha sido un golpe bajo —señalé, irritada—. Y no me vas a disuadir de buscarte las cosquillas, Vikram de Shapoor. Pienso cobrarme la humillación del puñetero estragón azul.

Y vaya si me la cobré, aunque sufriendo un poquito en el proceso. Enseñarle a manejar la ducha fue un auténtico percal. Nunca pensé que a un ser con la inteligencia superdesarrollada fuera a costarle un

mundo aprender que el grifo del agua fría es el de la izquierda, y el de la derecha, el de la caliente. Aunque el problema no es que no sepa pulsar botones o sostener la alcachofa de manera que no acabemos empapados —que, de todos modos, terminamos hechos un cristo—, sino que no entiende por qué se dan estos fenómenos que yo tengo interiorizados, y necesita comprenderlo para aceptarlo.

Igual que cualquier superdotado, supongo.

Así que tuve que llamar a la otra mente privilegiada que conozco.

Mientras Vikram pegaba la oreja a la pared de la ducha para escuchar el sonido del agua corriendo por las tuberías, yo esperaba de brazos cruzados y con la oreja pegada al teléfono a que mi hermana menor descolgara.

—Abril, ¿me puedes explicar cómo es posible que tengamos agua caliente directamente en nuestra casa?

—¿Qué pasa? ¿Es que Cora te ha pegado las ansias de saberlo todo?

—¿Ahora lo llamas ansias de saberlo todo y no idiotez aguda?

—De vez en cuando me doy un descanso en mi trabajo extra de burlarme de los demás, aunque solo sea para coger luego los turnos con más ganas. A ver, ¿qué quieres que te cuente?

—Todo lo de las tuberías. ¿Lo sabes?

Su pausa significaba que estaba ordenando sus ideas. Aproveché para poner el altavoz y hacerle un gesto a Vikram para que prestase atención.

—No tiene mucha ciencia.

Abril se puso a hablar de sistemas y redes de suministro de agua, desagües, líneas de distribución, empresas y compañías públicas, contadores, una llave de corte general, calentadores de gas y gasóleo, tuberías de retorno y fregaderos, bañeras y toda la pesca.

Cuando acabó, le di las gracias. Y antes de colgar, supe qué me iba a preguntar Vikram a continuación. Lo supe porque se había quedado mirando el móvil con el ceño fruncido.

—¿Quieres que la llame otra vez y le pregunte cómo es posible que hablemos en la distancia? —pregunté con paciencia.

Él me lanzó una mirada de alivio.

«Por favor».

Estaba tan adorable enterándose entre cero y nada de las cotidianidades que yo ya tenía asimiladas que me arriesgué a que Abril me mandara al infierno con lo puesto. Para mi sorpresa, no le molestó contarme historias sobre células, antenas, estaciones base, centrales de conmutación, redes de cobertura limitada y no sé qué más. Yo no habría sabido repetirlo para contárselo a otro, pero Vikram pareció darse por satisfecho.

Tuve que recurrir a Abril para que desarrollara el origen del

fenómeno de la televisión, la electricidad —pobrecito, ha pasado toda la vida entre velas y lamparillas de aceite— y algún que otro aspecto técnico más.

De cómo es posible que los supermercados estén bien abastecidos pude informarlo yo —me siento orgullosa—, igual que pude explicarle por qué los perros llevan correa por la calle.

«No creo que hicieran nada para merecer que los aten, como si fueran peligrosos», refunfuñó Vikram, fulminando con la mirada al dueño de un rottweiler que, además, llevaba bozal. «En la Confederación solo se ata así a los prisioneros».

Unos momentos antes de eso, Vikram había forcejeado con la propietaria de un yorkshire para arrebatarle la correa. Menos mal que me di cuenta y pude detenerlo antes de que llamara a la policía.

«A no todos los humanos les gustan los perros, Vikram. Hay que llevarlos atados para no molestar a los demás», le contesté con calma. Unos días atrás decidí que no hablaría con él en voz alta mientras estuviéramos en público para que no me tacharan de loca.

«¿Y qué hay de lo que les molesta a ellos? ¿Crees que tener un collar apretado en el cuello es agradable?».

Al mirarlo comprendí dónde estaba el problema: en que a él también lo habían arrastrado de un lado a otro como a un perro. No soportaba presenciar semejante espectáculo.

En cuanto al viaje al supermercado, fue interesante.

«¿Estos son los que me serviste el otro día?». Señaló los míticos cereales rellenos de leche del Mercadona. Asentí, y maldito el día en que lo hice, porque empezó a cargar todas las cajas que pudo apretar contra sus costados. Y no son pocas, porque tiene dos brazos como dos transatlánticos.

—¿Qué haces? ¡No puedo pagar todo eso!

«¿No?», se extrañó.

—No. Llevas literalmente veinte cajas. ¿Estás loco?

«Si el problema es el pago, me encargaré de que el cobrador te permita llevártelo sin poner inconveniente».

—¿Lo vas a hechizar? ¿Delante de mis narices? —Me tuve que poner seria delante del niño de no sé cuántos siglos feéricos de edad —. De ninguna manera.

«No es un hechizo, solo un empujoncito mental».

Lo miré en shock.

—Estás desatado. Tú no haces esas cosas.

«Los humanos no me dan pena». Y luego, como si eso lo justificara todo, añadió, sombrío: «Atan a los perros».

Y se dio la vuelta con las veinte cajas, indignado con la humanidad entera. Aunque justo al darme la espalda me di cuenta de que eran veintiuna, porque había metido una en el dobladillo de los vaqueros.

Otra odisea similar la viví cuando fuimos a comprarle ropa.

Menos mal que regalías de Amazon, que no dejan de llegar, y los ahorros de no haber salido de casa estando hechizada me permiten gastos extra, o lo contrario habría tenido que pedir un préstamo bancario para costear la ropa al modelo de tallas grandes que estaban rifándose en la tienda.

—Nunca he visto a un hombre como este —soltó el dependiente, mirándolo con fascinación.

—No lo diga muy alto, que bastante tiene con saberlo para que encima se lo recuerden. ¿Algo en negro? ¿Rojo? —Me giré hacia Vikram, que oteaba a su alrededor como si fuera un campo de batalla. Bajé un poco la guardia y me apiadé de su carita de desorientación. Le puse una mano en el hombro—. ¿De qué color quieres las partes de arriba?

«Cualquiera menos rojo o negro».

Pues claro, el pobre debía de estar cansado. Yo también me hartaría de ir siempre de luto si los tonos oscuros no fueran los únicos que no me hace gorda. Bueno, hacía. Por primera vez en mi vida, necesito un cinturón para aguantar los vaqueros en su sitio, y, por extraño que pueda parecer, no me agrada ahora mismo. No puede gustarme mi cuerpo con todo lo que he tenido que pasar para conseguirlo. Es solo otro recuerdo más de la vileza de Dareon y de todo lo que podría haber perdido: la cordura o la vida.

En cualquier caso, Vikram no disfrutó la experiencia de ponerse en manos de un sastre. Y no porque le mirase con lascivia; lo de los hombres pirrándose por otros hombres está a la orden del día en la Confederación, donde, para empezar, el género es un concepto difuso, sino porque nunca le habían prestado tanta atención.

Es decir, claro que le hacían caso. Era la bestia parda que escoltaba al príncipe de Elyllon. Una miradita, aunque fuera de reojo, iba a recibir. Pero con el modisto fue diferente, porque lo observaba como en Elyllon se mira al monarca, y supongo que eso debió abrumarle.

En cuanto acabaron de tomarle las medidas, Vikram se despidió entre gruñidos.

—No seas maleducado. Te recuerdo que no habríamos pasado por esto si tu talla pudiera pedirse por Internet, pero no es el caso.

«¿Internet?».

Ah, claro, tenía que explicarle qué era el Internet.

Nos paramos en medio de la calle y saqué el móvil para meterme en Google.

—Mira, esta herramienta es básicamente el oráculo. No como Laertes, ¿vale? No predice el futuro, eso métetelo en la cabeza o te veo volviéndote loco con las tonterías del apocalipsis maya y los flipados del horóscopo que rulan por la red. Es más bien una especie de

enciclopedia, de... ente que sabe muchas cosas. Puedes preguntarle a Google lo que quieras, que él te lo puede resolver. Por ejemplo, todo lo de las cañerías o la ducha podríamos haberlo resuelto escribiéndolo en esta barrita blanca.

Joder, y yo llamando a Abril. Debería haberme mandado al infierno, o a buscarlo en Internet. Menos mal que no le importa hacerse la lista.

—Puedes preguntarle algo, lo que sea.

Espero a que Vikram teclee muy despacio. Entonces me pongo de puntillas para asomarme y tuerzo la boca.

—Nada sobre el futuro, Vik. «¿Cuándo se acabará el mundo?» tiene implícita la cuestión del largo plazo.

«Pero quiero saber qué dicen los mayas y esos "flipados" del horóscopo».

—Lo que me faltaba, que te hicieras adicto al Zodiaco. Bueno, venga, búscalo. Pero te lo puedo resumir yo.

Borra lo que había escrito y medita antes de teclear. Vuelvo a asomarme, porque soy una cotilla y porque es mi móvil —*nuevo*, mis hermanas tuvieron el detalle de regalarme otro—, y me río al ver lo que ha escrito.

—No, Vikram, los perros no hablan.

Me pareció tan adorable que tuve que ponerme de puntillas y darle un beso en la mejilla. Para eso, él tuvo que agacharse un tanto, y no tardó ni medio segundo en virar a traición para robarme el aliento con un beso de película que puso nerviosa a toda la calle. La mayoría de los transeúntes ralentizaron el paso o se quedaron parados, sin saber cómo actuar. Unos pocos intentaron seguir andando como si no hubieran visto nada, pero se habían ruborizado.

—Ahora veo que cometí un error no explicándote al principio unas cuantas leyes para vivir en sociedad. Si armas un escándalo público, puedes ir a la cárcel —dije en cuanto rompió el beso, tratando de respirar en condiciones.

Él me miraba con una media sonrisa satisfecha.

«¿Por un beso puedo ir a la cárcel? He visto orgías multitudinarias en el salón del trono y no ha pasado nada».

—Pero es que esto no es la...

Me fijé en que unos cuantos nos seguían mirando. Me pregunté cómo se me vería hablando sola con un tío que ni siquiera gesticulaba para fingir conocer el lenguaje de signos.

«Tenemos un problema», decreté. Lo cogí de la mano y lo guie calle abajo. «Debes aprender a usar el lenguaje de signos para comunicarte. Con tu mente privilegiada, no te resultará muy complicado. Te compraré un libro y te lo estudiarás, ¿de acuerdo?».

En la librería, aparte de apilar varios manuales para principiantes y

estudiantes avanzados del lenguaje de signos, Vikram apareció en el mostrador con un libro sobre adiestramiento de perros. Lo pagué porque no me di ni cuenta. Luego, durante el viaje de vuelta en autobús, además de sentarme en su regazo porque no habría aceptado que pusiera el culo en otro sitio, estuvo ojeándolo con verdadero interés.

—De acuerdo, te gustan los perros. Lo capto. Supongo que es mucho mejor eso que un cocodrilo. —Suspiré.

Él, demasiado rápido para que yo pudiera evitarlo, tecleó «cocodrilo» en el buscador de Google. Sus ojos se iluminaron tanto que me extrañó que no cegara a todo el autobús.

«¿Dónde consigo uno de estos?».

Madre de Dios.

—No se puede. Se han extinguido —mentí por necesidad—. Las mujeres los usaban para hacerse bolsos y ya no existen. Como los dinosaurios. Esos puedes buscarlos porque tampoco los puedes meter en el apartamento.

Torció la boca.

«¿Tú tienes un bolso de cocodrilo?».

—Yo tengo bolsos de mercadillo.

Vikram tecleó «mercadillo». Su expresión de alivio fue notable tras confirmar que no se trataba de un animal.

«Los animales de la Tierra son muy interesantes».

—Me alegra que te intereses en la fauna y no en las mujeres.

Vikram se giró hacia mí, extrañado por mi réplica. Hasta el momento había estado abducido por el móvil. No lo culpo; todos a los que nos ha pillado la fiebre de las redes sociales y las nuevas tecnologías hemos estado en sus zapatos. Yo, en su día, me obsesioné con el Messenger y el Tuenti.

Escrutó mi rostro con detalle, igual que un pintor indeciso sobre dónde dar la pincelada final. En respuesta, me fijé en él con la misma abstracción.

Le había sugerido que se cortase el pelo esa misma mañana para no parecer un galán de novela cuando lo llevara suelto, pero se negaba, así que lo tenía recogido en el moño de siempre, solo que esta vez lo sujetaba con una gomilla negra de las mías.

Le estaba creciendo la barba. Seguía teniendo los mismos ojos de topacio imperial que me estremecieron en cuanto cruzamos miradas por primera vez.

«¿Existen más mujeres aparte de ti?».

Lo preguntó con asombro y a la vez desinterés, como si le importara un carajo la respuesta, pero la posibilidad le resultara cuanto menos irrisoria.

—No te hagas el tonto, te he visto mirando a mi hermana con la

sonrisa de bobo que solo ella sabe provocar en los hombres. Eres muy consciente de que hay más mujeres aparte de mí. Y en la Conf... El lugar del que tú vienes —corregí en voz baja después de mirar a un lado y al otro— las había mucho más guapas.

«Eso no eran mujeres. Eran hadas».

—¿Y me vas a decir que yo te gusto más que una criatura fantástica creada para el deseo?

«Tú fuiste creada para mi deseo», replicó, delineando mis labios con concentración. «Y todas las hadas adolecen de los mismos e irritantes defectos, lo que las hace aburridas. Son veleidosas, mienten sin pestañear y la vanidad les juega malas pasadas. Tus defectos sí me conmueven».

—Anda ya —me burlé—. ¿Se supone que te gusta que llore mucho?

«Me gusta que llores por mí».

Torcí el gesto.

—Eso no ha sido muy romántico.

Él se encogió de hombros, como si se hubiera limitado a decir la verdad y por eso tuviera que disculparlo.

«Quiero decir que las hadas no saben llorar de alegría, de miedo o de dolor. Lloran con el propósito de manipular o como acto reflejo; no hay emoción en ello. Por eso verte llorar es tan... sobrecogedor. Me entristece tu pena y me contagias tu alegría, no me malinterpretes. Es solo que nunca había visto lágrimas de verdad, y nada me había parecido tan tierno».

—¿Me estás diciendo que me llamas «llorona» como si fuera algo bueno?

«Es algo bueno. Yo no puedo llorar. El dolor se me atasca».

—¿Que no? Esta noche te pongo *La tumba de las luciérnagas*. Ya veremos si lloras o no.

Él permanece serio.

«Ni siquiera pude llorar cuando Dareon te llevó con él».

Aunque las palabras no salen de su boca, le planto una mano en la cara para pedirle que se calle. Cada vez que pronuncia ese nombre, cada vez que cruza mis pensamientos, tengo que cerrar los ojos para controlarme y no dejar que la amargura me acorrale en mi propio cuerpo.

Podría paralizarme, pero no voy a permitirlo, así que huyo de él.

—Mejor, porque no planeo hacerte llorar. No lo haré nunca, te lo prometo.

La anciana que iba sentada delante de nosotros me sonrió de forma extraña.

—Debe de ser emocionante estar con alguien que permite que pongas esas palabras tan bonitas en su boca —me soltó. No me dio tiempo a responderle, porque se bajó en la parada de Catedral.

Le lancé una mirada de advertencia a Vikram y le quité el libro de las manos para colocarle el del lenguaje de signos.

—No hay perros hasta que te estudies esto.

21

He pensado en escribir un diario con los progresos de Vikram, igual que si fuera mi pequeño lactante. Ciertamente, en algunos aspectos parece un bebé. Me frunce el ceño si le quito el documental o el libro sobre perros, que ahora son libros en plural —Abril, como bióloga y amante de la fauna, acumula tantos manuales al respecto que podría construirse un fuerte a escala real; gracias a su generosidad, Vikram ha estado ventilándoselos para perfeccionar su sabiduría perruna— y no hay manera de convencerlo de irse a dormir. En cuanto nos metemos en la cama, yo le doy la espalda, tan cansada de todo el día que los ojos no me aguantan abiertos, pero ya a oscuras, él me prodiga una caricia sugerente en la cadera y se pega a mi espalda en un pedido silencioso que no podría desoír ni aunque quisiera.

Y al principio me parece bien ceder a sus persuasivas seducciones, pero luego dan las cinco de la madrugada, no he pegado ojo, y me paso de mal humor toda la mañana porque las obligaciones me impiden remolonear. Al menos, no pienso remolonear después de que Cora me haya pedido que retome *El príncipe de Elyllon*.

Me daba miedo dejar a Vikram solo en casa, pero hice que me prometiera que se quedaría estudiando el lenguaje de signos mientras yo me citaba con Cora en la cafetería de la esquina. Ella iba tan guapa como siempre, con sus blusas estampadas, su exceso de *highlighter* y las ondas teñidos de rosa acariciándole los hombros.

—¿Has echado un vistazo a las redes? Tus lectores están pidiendo la secuela de *El Príncipe de Elyllon*. No me ha quedado más remedio que hacer un comunicado oficial en Instagram explicando que no estás en condiciones, que has tenido un pequeño accidente y sigues en tratamiento.

En cuanto Cora supo de mi problemilla, se ofreció a hacerse cargo de mis redes sociales. Acepté porque alguien debía responder los cientos de mensajes que se me habían acumulado.

—No has dicho ninguna mentira —la apacigüé.

A Cora no le gusta nada mentir, y, además, se le da fatal.

—¡No doy abasto respondiendo mensajes de ánimo!

—¿En serio?

—Tus fans están preocupadísimos, Didi. —Hizo una pausa para dar un sorbo a su té matcha—. Me gustaría que leyeras los textos que has estado recibiendo. Son preciosos, en serio. La gente te quiere muchísimo y te desea lo mejor. En parte porque esperan la prometida continuación, claro —cabeceó—, pero también porque te conocen de tu adicción a Twitter y te han tomado aprecio.

Desvié la mirada al móvil que descansaba boca abajo sobre la mesa. Cora lo tenía protegido con una funda de lentejuelas rosas.

—No sé si quiero leer nada. No estoy en condiciones de escribir, Cora. No te haces una idea del infierno por el que he pasado, y ahora que Vikram está aquí ando muy ocupada intentando que no se mate, mate a alguien o destroce mi casa.

Cora arqueó sus cejitas a juego con el pelo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque... los italianos son muy intensos —resolví deprisa—. Es verdad que ambos tenemos sangre mediterránea, pero ahora estoy notando las diferencias culturales, y necesito tiempo para gestionarlo.

—¿Cuánto tiempo? —insistió en saber. Se inclinó hacia delante para cogerme de las manos—. Diana, entiendo que la escritura es un poco como la magia, incontrolable pero también maravillosa. Tienes un talento excepcional, eso es indudable, y tus fans esperarían años y años por ti. Aun así, si crees que vas a ser incapaz de volver a teclear, necesito que me lo digas ahora para...

—Para dedicar tus energías a otro autor indie, sí, lo sé.

—Para abandonar mis esperanzas —corrigió con tristeza.

Me quedé mirando a Cora sin saber muy bien cómo consolarla.

Ella apostó por mí desde el primer momento. Creyó en mi producto. Incluso se empecinó en ayudarme con la promoción para que no muriera sin ser leído en el océano turbulento e infestado de tiburones —bueno, de autores muy majos— que es Amazon Kindle. Cora ha estado ahí para leer mis primeras páginas, para valorarlas más allá de su mera función de correctora. Me ha llamado mil veces riendo y llorando de alegría por los giros argumentales, las escenas dramáticas y el sexo a destajo. Ha sido mi lectora beta, mi editora, mi promotora, mi *community manager*, mi amiga, mi fan; mi todo. Quiere a esos personajes que en realidad existen mucho más de lo que yo lo hacía antes de averiguar que eran de carne y hueso.

A raíz de la conversación, pensé también en mi don. En que acabaré volviendo a tener visiones y, por extensión, a plasmarlas en el papel, porque el impulso está en mi sangre. Es la condición natural de mi espíritu. Hasta que yo no muera, la *dysys* seguirá al acecho.

Y de alguna manera tendré que ganarme la vida, ¿no? ¿Qué mejor que con la escritura?

—Escribir siempre ha sido mi vía de escape —reconocí, sintiendo que debía darle una explicación—, pero en estos meses ha adquirido matices muy complejos y significados que no... No sé si podré afrontar en un corto plazo. Creo que retomar la historia ahora mismo podría hacerme daño.

Me pone los pelos de punta imaginarme narrando lo sucedido entre la *dysys* surgida de la nada, el príncipe de Elyllon, que ha resultado

tener dedos manchados de magia negra, y el guardaespaldas que cometió alta traición. Dos veces, y con dos monarcas distintos. No puedo escribir sobre algo que me tiene aterrada, incluso ahora que ya ha pasado y, en teoría, estoy a salvo. Estaría arrojándome a mí misma y de forma voluntaria a un shock postraumático que no me puedo permitir.

—Si hay algo que admiro de los escritores, es cómo convertís vuestro dolor en algo hermoso y conmovedor para otros —me dijo Cora—. Creo que te equivocas si piensas que el proceso de escritura solo puede ser agradable. A veces es un exorcismo, ¿no?

—Lo es, por eso nunca he pensado que deba ser siempre vino y rosas, pero tampoco debería tener el poder de matarme.

—Mira... Te recomiendo que no dejes de escribir. No como tu correctora *freelance*, sino como tu amiga. No hace falta que sea sobre la Confederación, pero no permitas que pase un día sin teclear aunque sea unas cuantas frases. Está en tu composición. Lo necesitas. Si lo abandonaras, estarías matando a una parte de ti, y es una muy valiosa. Tanto para ti... —Desbloqueó su móvil para mostrarme las menciones de Twitter— como para otros.

Titubeé antes de agarrar su iPhone y echar un ojo rápido. Esa era mi intención, fingir que leía, pero mis fans merecían un trato mejor y, en el fondo, necesitaba esa clase de apoyo, ese chute de energía.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al leer una inmensa cantidad de tuits animándome a recuperarme, diciéndome que me querían, que allí estarían siempre; que lo bueno se hace de rogar.

Sin comerlo ni beberlo, y sin conocer a ninguno de ellos personalmente, había formado una familia con hijos de otros padres. Habían dejado de cuestionar mi responsabilidad para con el público para disculparse por su egoísmo.

Por supuesto, siempre estará el típico idiota sacando los pies del tiesto con comentarios pasivo-agresivos, pero, en general, la sinergia de fanáticos de *El Príncipe de Elyllon* me conmovió hasta tal punto que barboté:

—Lo pensaré. Pero no prometo nada.

Había regresado a casa pensativa, y aquí estoy ahora, mirando la tablet que mi hermana Abril me ha prestado por si me apetece revisar los capítulos que continúan *El príncipe de Elyllon*, aquellos que Edel recuperó gracias a un hacker y que se cuidó de guardar en la nube asociada a mi correo electrónico para cuando entrara en razón y quisiera retomarlo.

Ellas dos, siempre tan previsoras.

He ido siempre a donde no me querían. Roberto, Dareon, y eso por poner dos ejemplos. Después de ser abandonada como un perro por uno y hechizada por otro, quizá no sea mala idea probar, por una vez,

a dirigirme a donde soy valorada. A dejarme arropar por quienes apuestan por mí, por mis hermanas, los fans que me cubren las espaldas; Vikram. Aunque cueste. Aunque no tenga fuerzas. A algo tendré que aferrarme si quiero seguir adelante. No puedo quedarme encerrada en casa esperando a que pase la tormenta. Puede que ahí fuera siga tronando toda la vida, por eso, como leí una vez en alguna parte, lo importante es aprender a bailar bajo la lluvia.

Es muy fácil de decir y muy bonito de leer, pero la realidad es muy distinta. Afrontar lo que ha pasado e intentar ponerle palabras es aterrador. Apenas he escrito el número del capítulo y el nombre de Dareon y ya me tiemblan los dedos. Me bombardean los malos recuerdos. Yo encima de Edel, intentando asfixiarla hasta la muerte. Yo arrancándome las uñas, tratando de hacerme daño. Yo arrodillándome ante Dareon. Es tal el nudo de angustia, dolor y humillación que tengo que permanecer quieta como una estatua en el sillón, por si acaso el menor movimiento abriera una rendija por la que podrían escapar las emociones que pretendo mantener a buen recaudo.

Una presencia a mi espalda me rescata del trance, y pronto lo hace también la tierna presión de sus labios en mi cuello, cálidos como un verano en el trópico. Cierro los ojos y ladeo la cabeza en la dirección contraria para ponérselo más fácil. Mi mano vuela hacia él para enredarse en los mechones de su pelo, ahora suelto.

—Llévame a la cama —susurro en cuanto nuestras miradas se encuentran.

Vikram separa la silla de la mesa sin la menor dificultad y me toma entre sus brazos. La familiaridad de su olor, de las formas de su cuerpo, me convencen por un momento de que mi vida siempre ha sido así. De que ha estado a mi lado desde que alcanzo a recordar, cubriéndome las espaldas, rescatándome en los momentos críticos en los que mis pensamientos sacaban el aguijón para inyectarme su veneno. Pero no hace ni una semana desde que convivimos. Y Vikram, en términos terrestres, podría ser un desconocido. Ninguna mujer se va a vivir con alguien a los dos o tres meses de conocerlo.

Vikram me deja en el borde de la cama y se arrodilla frente a mí para mirarme en silencio, de esa manera que me turba y me complace a la vez. No olvido que me dijo que no tenía suficientes recuerdos protagonizados por mí. Gracias a eso sé que no son imaginaciones mías: me estudia porque de verdad quiere memorizarme.

«¿Qué te duele?».

Una pregunta tan sencilla y a la vez tan difícil de responder.

Me duele todo. Me duelen las heridas que me hice yo misma, las que no se pueden ver. Me duele que un mundo entero me separe de cobrarme una venganza que, en realidad, sé que no llevaría a cabo.

Me duele no saber qué será de mí.

La incertidumbre.

—Cora me ha animado para que vuelva a escribir. Lo estaba intentando, pero creo que no puedo. —Esbozo una sonrisa desinflada y hundo los hombros, cansada de aparentar—. Es curioso que esté en el mismo punto en el que me encontraba cuando me llevaron a la Confederación. En el bloqueo y la desesperación, solo que esta vez parece que me lo estoy tomando mucho mejor.

Él me mira con atención mientras me quita los zapatos.

«¿Es necesario que vuelvas a escribir?».

—No. Si lo dejara, no habría problema. No hay contratos involucrados. Pero no quiero que esto se acabe. Fue un duro golpe darme cuenta de que no tenía una imaginación espectacular, que todo funcionaba a base de visiones, y, aun así, no quiero renunciar a lo que me hacía tan feliz.

«Puede que las ideas no nacieran en tu cabeza, pero la manera en que las plasmabas era tuya. No pasa nada por no poseer el don de la imaginación. Puedes tener el don de la elocuencia. También es admirable».

Mi mirada, hasta entonces fija en la alfombra, busca su expresión serena para empaparse de ella. Nunca lo he visto tan tranquilo, ni nunca me ha tranquilizado tanto como lo hace al decir esa sencilla verdad.

—No lo había visto de esa manera.

«Claro que no lo habías visto de esa manera». Curva los labios en una especie de sonrisita resignada. «Eres incapaz de concebir soluciones positivas a tus problemas. Siempre te superan».

—Tú tampoco eres el rey del optimismo, listo.

A pesar de recibir un reproche, me regala una caricia en la pierna desnuda. La piel se me pone de gallina.

«Lo que quiero decir», continúa, «es que con tu don de *dysys* y tu don literario, eres única y excepcional. ¿Qué es lo que tienes que escribir ahora?».

—Lo que pasó.

Vikram y yo nos miramos en silencio un momento.

Sé que para él mi experiencia no ha sido tan traumática porque ha vivido tragedias más duras en el pasado, y en primera persona. Yo estaba allí, en la guarida de Jorghen el Hacedor, cuando lo encerraban, lo apaleaban y desoían sus ruegos para continuar la experimentación. También estuve cuando mataron a su hermano menor, Nakem. Pero, aun así, él me apiada de mi sufrimiento como nunca se ha compadecido de sí mismo.

«¿No crees que sería bueno que lo escribieras? A modo de... desahogo. No sé cómo funciona eso, para ser sincero», confiesa,

rascándose la nuca. «Creo que a los humanos os sirve hablar. Y opino que tú y yo tenemos que hablar de Da...».

—No digas su nombre —interrumpo, levantando una mano—. No quiero hablar de él. No quiero ni que lo menciones, ¿de acuerdo?

Vikram aprieta la mandíbula, pero asiente. Yo me siento injusta. ¿Y si él necesita hablar? O, peor... ¿y si él necesita saber? Aunque ambos estemos demasiado ocupados habituándonos a la mutua compañía y a la convivencia en la Tierra, no soy tan idiota como para dar por hecho que ya se ha olvidado de todo. Al igual que yo tengo mis momentos al día para sufrir ataques de pánico, Vikram también se lamentará y se hará preguntas. De hecho, estoy segura de que lo hace. Tiene ojeras, a veces se pone tenso sin motivo y en varias ocasiones lo he observado de reojo y me he dado cuenta de que estaba abstraído, seguramente pensando en qué estará sucediendo al otro lado del mundo.

Puede que no tenga miedo, pero está preocupado. Y tal vez también dividido. Lo conozco y no me extrañaría que anduviera tan furioso y decepcionado con Dareon como tampoco que lo quisiera más que nunca. De alguna manera se culpa de lo ocurrido conmigo, y, además, de lo sucedido con el príncipe.

«No tienes por qué escribir sobre él. Mencionaste un libro sobre mí una vez, si no me equivoco», recuerda. «Cuenta mi historia».

—Tu historia está unida a la suya casi desde el principio.

«No toda. Empieza por la parte desvinculada de él, y, cuando tengas fuerzas, agrega lo demás». Hace una pausa en la que lo siento dando vueltas por mi cabeza. «¿Tan importante es escribir? ¿No puedes dejar de hacerlo, si tanto te afecta?».

Sacudo la cabeza.

—Escribir es para mí... —Trago saliva—. Era la única manera que tenía de ser valiente. La escritura me ofrecía el mejor consuelo cuando me lamentaba por ser tan cobarde.

«No eres cobarde. Simplemente no eres un hada», me aplaca con una sinceridad aplastante. «No pueden pedirte, ni tampoco puedes tú exigirte, una total compresión de la magia cuando perteneces a otro mundo».

—Soy la *dysys*.

«Ser la *dysys* no es ser mágica. Tienes un cuerpo humano y tu mente funciona como la de una persona corriente. Solo tu alma es imperecedera, especial y, por ello, irresistible. Pero el alma no es la que tiene que afrontar los reveses de la vida. Esa es la mente».

Debe darse cuenta de que no me convence, porque agrega:

«Los seres humanos se suicidan en cuanto llegan a la Confederación. Lo he visto con mis propios ojos».

Reprimo un escalofrío e intento concentrarme en sus ojos. Solo sus ojos.

—Yo no podría haberlo hecho. Habría sido paradójico cuando vosotros me disteis la vida. —Suspiro hondo—. No puedo dejar de escribir. Eso es lo que soy.

«Si es tan importante para ti, inténtalo. También sería una buena manera de asegurarte de que lo recuerdas todo».

Lo miro con aprensión.

—Lo recuerdo todo.

«¿Recuerdas también lo que te dije? ¿La discusión después de que nos cruzáramos a Camlo?».

Me entretengo tirando de los miniflecos del borde de mi camiseta. No quiero mirarlo al responder, con una pequeña sonrisa turbada:

—No sé si se puede llamar discutir cuando eres mudo.

«Diana».

Tira de mi barbilla para que lo mire.

—Claro que me acuerdo —mascullo.

«¿Y? ¿Tampoco quieres hablar de eso?».

—No.

Claro que no quiero hablar de las crueldades que me soltó sobre mi incapacidad para dar a luz, formar una familia de mi sangre o, ya puestos, quererme a mí misma. Claro que no quiero que me recuerde que puede ser un capullo cuando se lo propone, y que no me respondió ninguna de las dos veces que le dije que lo quería. Y, sobre todo, claro que no quiero retomar la cuestión que nos podría separar en un futuro si yo priorizara mi maternidad. Como él dijo el otro día, tengo derecho a un poco de paz. No hay nada de malo en que posponga lo que a simple vista parece un fin inevitable, ¿no?

—Sobre lo que estábamos hablando antes... —continúo solo para evitar que siga por esa senda—. ¿Me dejarías hacerlo? ¿Escribir sobre tu vida? ¿Me permitirías contar tus secretos, tus tragedias, tu miseria?

Él sonríe de lado.

«No me preguntaste para escribir el anterior, ¿no?».

—No, pero...

«No era un reproche», aclara. «Puedes hacer conmigo lo que quieras».

Ahora me toca a mí sonreír, con los codos apoyados en los muslos y la nariz muy cerca de la suya.

—Tú y tus seis palabras —susurro.

«Tú y tus seis mil encantos».

Suelto una risilla tonta que se me atasca en la garganta cuando él atrapa mi labio inferior y lo succiona con lentitud. Cuando lo suelta, emito un gemido quebrado que se bebe besándome.

—No eras tan romántico cuando te conocí.

«No intento ser romántico, solo fiel a lo que siento».

El corazón se me acelera. Está a punto de escaparse de mi pecho

cuando Vikram se incorpora y me tiende muy despacio sobre la espalda para estirarse sobre mí. Su mirada anhelante me mantiene pegada al colchón.

—¿Y qué sientes? —le tiro de la lengua.

«Todo lo que te han hecho por mi culpa».

Vale, esa no es la respuesta que esperaba. Tampoco me lo imaginaba diciéndome que me quiere —aunque reconozco que no habría estado mal—, pero reconocer abiertamente que me cuida y me protege porque se siente culpable es un poco... deprimente. Sin embargo, no puedo ahondar en esa cuestión porque él empieza a recorrer mi cuello con caricias que me dejan temblando.

Mentiría si dijera que no me he parado a pensar en ello. Lo he hecho poco porque no he tenido tiempo entre las clases de *Cómo sobrevivir a la Tierra sin morir en el intento* y los recurrentes brotes de ansiedad sobre los que no me apetece hablar, pero también he pasado algunos ratos inquieta por lo que pueda haber en el corazón de Vikram. Quizá a su mente sí he podido acceder, pero ese secreto que esconde un par de palmos más abajo no hay manera de descifrarlo.

Pese a todo, he decidido que, aunque no me quiera, me gusta cómo se siente por mí. Puedo decir que, si no me adora, por lo menos me aprecia de veras. Me conoce tal y como soy. Es algo que ni Elsa ni Abril pueden decir. Ni mis padres. Vikram sabe quién soy de verdad, porque está en mi mente. Conoce mis pensamientos menos halagadores y más descriptivos, mi tendencia a autoflagelarme, mis estructuras mentales, mis definiciones de bien y mal; sabe cuándo miento, qué es lo que me estremece. Y eso aterra. Da un canguelo para morirse. Nadie debería desnudarse tanto delante de alguien. Pero, a la vez, me ayuda a valorarme.

Si alguien en este mundo es capaz de conocerme tan bien como me conozco yo y ha decidido quedarse, protegerme, consolarme y cuidarme, es porque lo valgo. Y a lo mejor esta no es la manera más sana y bonita de mejorar tu autoestima —dependiendo de cómo otros se sientan por ti, me refiero—, pero la vida no es un manual de la relación sana y perfecta. Uno hace lo que puede. Con quererme un poco más me conformo, no pasa nada si lo hago a través de él.

Algún día aprenderé a hacerlo a través de mí misma.

22

Desvestir a Vikram va a ser mucho más divertido ahora que ha llegado su paquete exprés de prendas a medida. No manifiesta la emoción que nos invade a Elsa y a mí cuando volvemos a casa después de ir de compras; al contrario, se pone a dar vueltas alrededor de las bolsas con el ceño fruncido.

Al gruñón le molesta hasta que le regalen cosas.

—Podrías sonreír, aunque solo fuera porque todo esto te ha salido gratis.

Vikram me lanza una mirada perdonavidas. Su elocuencia habla por sí sola: «No me ha salido gratis. Todavía lo estoy pagando a mi manera».

No le gusta estar aquí, eso no es ningún misterio. Pero tampoco es mi maldita culpa que Dareon lo haya desterrado. Vale que fuera yo la que lo puso entre la espada y la pared al amenazarle con chivarme del crimen, pero no fui quien envenenó al príncipe de Elyllon.

Y todo esto viene a mi cabeza mientras desempaquetamos pantalones. Adoro cómo funciona mi mente saboteadora, ¿se nota la ironía? Gracias al cielo que Elsa está conmigo para hacerme compañía. Con ella es difícil estar de mal humor.

Mientras Vikram dobla con cuidado las prendas en el salón, Elsa y yo le observamos desde la isla de la cocina. Estamos sentadas la una frente a la otra con sendas tazas de café en la mano.

—Tú también necesitas ropa nueva —decreta Elsa—. Te has quedado hecha un fideo y con la ropa vieja pareces un saco de papas.

—Me gustan los fideos y las papas. No hay problema. —Ella sigue mirándome con los ojos entornados hasta que bufo—. ¿Para qué voy a comprarme ropa? Si saliera, me daría vergüenza que me vieran así, pero estoy en casa todo el día.

—Estás en casa todo el día... con el puto Can Yaman —apostilla, levantando las cejas—. Deberías comprarte ropa *bonica* aunque solo sea para que te vea el pedazo de macizo al que te montas cada noche. Si yo viviera con un tío así, iría con la lencería cara, los batines de seda y las transparencias todo el santo día, como la putilla de un millonario.

—Yo no tengo por qué ponerme guapa para nadie. Y ¿cómo que «si yo viviera con un tío así»? A lo mejor no vives todavía con él, pero sales con un hombre que no está nada mal. ¿Dónde ha quedado

Alonso?

—Estará detrás de tu novio, lo que pasa es que como Vikram tiene tantos músculos, al pobre no se le verá desde aquí. —Hace una mueca dramática y alarga el cuello para fingir que anda en su busca—. ¿Lo has visto por ahí?

—No deberías salir con un hombre por lástima, Elsa.

—Salgo con él porque me gusta, idiota. Pero que te guste alguien no significa que tengas que fingir que es la persona más guapa del universo, sobre todo cuando la persona más guapa del universo es el novio de tu hermana. De hecho, que te guste alguien consiste en justo lo contrario: sabes que no es la persona más guapa del universo, quizá no es ni la más mona de su familia, a lo mejor es hasta más fea que una blasfemia, y, aun así, la quieres.

—Vaya, vaya, ¿hemos pasado ya al amor? —Levanto las cejas repetidas veces.

—¡Que más me gustaría a mí! —Suspira y se lleva el café a los labios con carita de pena—. Padezco el síndrome de Dorian Gray. Me encapricho un rato y luego se me pasa porque no quiero a nadie más que a mí. —Pausa—. Espero que nadie se suicide por mi culpa, al más puro estilo Sibyl.

—¡No me hagas *spoiler*! ¡Aún no lo he leído!

—¿Spoiler de un libro que salió en el siglo xix? —Me pone una mano en el brazo y se inclina hacia mí con gesto de preocupación, como si hubiera enfermado de pronto—. Diana, no sé si lo sabrás, y no quiero asustarte con esta información tan confidencial, pero, en la Biblia, el treintañero cañón muere crucificado y resucita a los tres días.

—Sigue siendo *spoiler* aunque el libro tenga mil años.

—Oye, hablando de la Biblia, ¿sabes qué me dijo Cora cuando hice mención de Jesús? —empieza a descojonarse antes de terminar la anécdota—. Que solo Robe podría crear a un personaje tan bien perfilado para una canción. ¿Lo pillas? Por *Jesucristo García* de Extremoduro. ¡No sabía quién era el Señor! ¡Y vive en Granada, con la Semana Santa y todo eso!

—Ya sabemos que Cora está regular del coco.

Y lo digo con todo mi cariño.

Yo soy la primera que necesita un especialista, y me siguen Elsa y Abril.

—Cora está cucú bananas, pero de cojones —secunda mi hermana, maravillada—. ¿Crees que lo hace aposta?

—No lo sé. Pero no me cambies de tema. Estábamos hablando de que eres Dorian Gray, y, de ser así, ¿podrías darme un poco de tu amor propio?

—Dame tú a mí un poco de tu amor por los demás, que falta me

hace para no acabar conformándome con el primero que me hace tilín, pero del que no me enamoraré jamás.

»De cualquier manera, Alonso tiene muchas papeletas para convertirse en el primer novio que me echo y me dura más de un rato. Es inteligente, tiene sentido del humor, se lleva bien con mis hermanas, está lo bastante bueno para pasar la ITB y no me agobia.

—¿ITB? Será la ITV.

—No, ITB. Inspección Técnica de Buenorros.

Suelto una carcajada.

—Eres una superficial.

—Para mi descripción de virtudes, he dejado el buenorrismo para el final. Eso no es ser superficial.

—Has dejado el buenorrismo para el final porque no querías levantar sospechas que confirmaran tu frivolidad, pero eso era lo más importante.

—Bueno, hija, qué quieres que te diga. —Se reclina en el asiento, de morros—. Si no hubiera sido guapo, no lo habría mirado dos veces. Ahora miénteme y dime que Vikram te cautivó con su asombrosa dádiva y su gran corazón.

—Al principio me caía mal —confieso—. Me cautivó con el paso del tiempo, y todavía no sé cuál es el motivo.

—Ya te lo digo yo: te mira como si fueras un milagro. Y lo eres. Qué curioso que recuperases la memoria del todo en cuanto vino de Italia para ponerte mirando a Cuenca. O al Balbianello, dondequiera que estuvieras.

—Sabes que mi proceso de recuperación ha sido progresivo, no insinúes idioteces de que el amor es portentoso.

—Pero no mencionaste a ese tío en ningún momento. Ni me diste su nombre. Didi, coño, que no soy imbécil. Los músculos me pueden cegar diez minutos y la pasión por el romanticismo otros quince, pero a la media hora estoy lo bastante sobria de ansias de aventura para darme cuenta de que esto no tiene ni pies ni cabeza.

Apoyo la taza de café sobre la mesa y la miro a los ojos. Esos preciosos y confusos ojos claros que tan pronto parecen reír como estar viviendo en una pesadilla.

Todo lo que Elsa tiene de guapa, lo tiene de complicada. Y es consciente de que las dificultades traen problemas, por eso se aprovecha de la superficialidad del resto del mundo y de su evidente belleza para disimular que su vida no es un lecho de rosas.

No lo es, y, pese a ello, tiene tiempo para interrogarme.

Cuánto me gustaría decirle la verdad..., pero entonces sí que me internaría en un psiquiátrico. ¿O no? Vikram podría hacer algún truco de magia para obligarla a creer en la Confederación.

Dios, ¿en qué estoy pensando? Mi hermana está en tratamiento

psiquiátrico y todavía va cada lunes a que le inyecten metadona al centro de salud. No está en las mejores condiciones para aguantar mi delirio fantástico.

—Tuvimos una pelea tan brutal que decidí volverme de sopetón, sin decirle nada. Pretendía olvidarlo. Arrancarlo de raíz. Pero... —Suspiro—. Me sorprendió que viniera hasta aquí para pedir disculpas.

—¿Pelea brutal? Tú no te peleas a lo bruto.

—Pues imagina cómo tuvo que ser.

—Explica que te diera amnesia después. Tú no estás hecha para esos trotes.

—Veo que ya podemos bromear con el tema.

—Estás hablando con la tía que flirteaba con el médico nada más despertar de una sobredosis. Para mí nada es lo bastante serio.

Miente como una bellaca. Lo mío se lo ha tomado tan en serio que ha rechazado dos trabajos previendo que tendría que cuidarme durante unos cuantos meses. Pero no me lo dirá, porque no es de las que airean lo buenas que son; solo la ropa de marca que se ponen, y con la misma humildad con la que sonríen a pesar de saber que podrían poner al ejército enemigo de su parte.

—¿Y ya están bien las cosas?

Ladeo la cabeza hacia Vikram, que ha terminado de doblar la ropa y se ha entretenido con otro de los libros sobre canes que la maldita Abril le presta encantada.

Voy a tener que prohibirle que le pase más, o acabará pidiendo adoptar un chucho, y por ahí no paso.

—Bueno —murmuro, fijándome en su gesto de concentración. Por muy absorto que esté, en la lectura y en tragar cereales del Mercadona, seguro que nos escucha—. Ahí vamos. Es un poco extraño.

—¿Tener a otro hombre en casa?

—Ajá. Y que ese otro hombre sea... él.

—No es tu tipo para nada —confiesa Elsa, admirándolo también—. No me sorprendería que te hubiera venido con accesorios vikingos: el hacha, el casco con cuernos y las pieles. Aunque parece turco. O árabe. ¿Es de Marruecos? Pinta de italiano no tiene.

Como si no quisiera que nos pusiéramos a hablar de él —no me sorprendería—, Vikram cierra el manual, se levanta y viene a la cocina. No tardo en descubrir por qué: se le han acabado los cereales y quiere más.

Evito que se los lleve de la mesa agarrando el paquete.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Quieres dejar de comerte mis chucherías? También los he comprado para mí, puto egoísta.

Vikram entorna los párpados. Hace una serie de gestos que yo no entiendo, pero que no tengo por qué asimilar porque ya lo traduce en

mi mente.

«Tendrías que haber comprado las veinte cajas».

—¡Compré cuatro y ya te las has comido! ¡Tragón!

Elsa observa la escena con una sonrisa tan divertida como melancólica. Me arrebata la caja y se la tiende a Vikram.

—Deja que el cachorro se alimente, coño. ¿No ves lo grandote que es? De alguna manera tendrá que mantener esos músculos tochos en el sitio.

Vikram le guiña un ojo.

A mí nunca me ha guiñado un ojo.

No pienses en eso, Diana.

—Al final tendremos que encargar tallas grandes de verdad. Como se siga cebando de esa manera, no va a caber por la puerta.

—Anda, calla, que a ti lo que te pasa es que tienes envidia de su metabolismo mágico —corta Elsa, riéndose. Palmea la silla vacía que le corresponde a la ausente Abril—. Siéntate con nosotras, Vicky. Estábamos hablando de ti. —Él obedece con una sumisión que me deja perpleja—. Parece que Didi y tú estáis un poco aburridos. Es normal, si no salís de casa. Estar encerrado afecta al coco. ¿Por qué no quedáis fuera?

—¿Te refieres a una cita? —pregunto tras un segundo de vacilación.

Elsa saca un espejito y una barra de labios del bolsillo para retocarse el maquillaje ahora que ya ha terminado el café.

—Ajá...

El sonido de su móvil la interrumpe. Para mi sorpresa, su politono no es una canción de reguetón, sino el estribillo de *Total Eclipse of the Heart*, de Bonnie Tyler. Como siempre le pasa a Vik con la música, agudiza el oído de manera que incluso yo puedo ver cómo prácticamente le salen antenas de la cabeza.

Elsa se disculpa y sale de la cocina para contestar, y Vikram y yo aprovechamos que se distrae para comentarlo.

«¿Una cita? ¿Qué es eso?».

—Pues... consiste en quedar con una persona o, en este caso, con un mutante, en un sitio concreto para realizar una actividad.

«Tú y yo realizamos actividades».

Me tengo que ruborizar.

—No ese tipo de actividades. A los sitios específicos para eso se les llama puticlub. O motel, si vas con una pareja a la que no le pagas.

«¿Y qué se hace entonces en las citas?».

—Hablar.

«Suerte que eso se me da genial».

Mi rubor se acentúa.

—Vale, quitemos lo de hablar. Se dedican a conocerse el uno al

otro. La gente lo hace para ver si tiene cosas en común y, en función de eso, decidir si seguir quedando.

«Tú y yo no tenemos nada en común».

—Bueno, a los dos nos... —Iba a decir que a los dos nos ha jodido Dareon, pero me arrepiento y acabo removiendo mi café, ya frío, con ansiedad—. Estoy de acuerdo. Pero no estaría mal presentarte en sociedad, siempre y cuando demuestres que puedes comportarte en público. A ver si te voy a llevar a un restaurante y vas a hacer como Venom.

Esa peli la vimos el otro día —parece que le encantan las de bestias mutantes que ponen su don al servicio del pueblo y se establecen como héroes... a su manera—, así que capta la referencia y sonríe.

«No me gustan los crustáceos. Y tengo modales en la mesa».

—Lo problemático son tus modales fuera de ella.

«De eso no te he oído quejarte antes».

Entrecierro los ojos. No soy inmune a sus sutiles flirteos.

—¿Qué pasa, es que los *japheth* tenéis épocas de andar como perros en celo? No te creas que no me doy cuenta de lo que insinúas.

—¿Qué ha insinuado? —pregunta Elsa, de vuelta en la cocina. Se guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y se palmea los muslos—. ¿Os apetece ir a cenar y a bailar esta noche? Alonso me lo ha propuesto. ¡Cita doble!

Vikram se arma de su gesto inexpresivo y solo pestañea.

«¿Quién es Alonso?».

Ladeo la cabeza hacia él.

«El novio de Elsa».

«¿Novio?», repite.

«Sí, Elsa tiene novio. Muy raro, ¿verdad? Con lo fea, desagradable y aburrida que es...».

—No sé si me apetece —digo en voz alta.

—Venga ya, anímate —insiste Elsa, ajena a nuestros intercambios mentales—. Vamos a tu restaurante favorito antes de pasar por Ganivet a echarnos unos bailes. ¿Qué te parece?

—No lo digo solo por mí. Alonso te lo habrá mencionado para estar solos, ¿no?

—Pues no. Está conforme con esto de ir despacio. Se lo dejé clarito: si quiere durar conmigo más de dos semanas, tiene que tomárselo con calma. Me ha dicho textualmente que invite a quien me apetezca. Había pensado en Abril y Cora. —Esboza su sonrisa de pervertida y vuelve a marcar los braceados de la primera sevillana. Siempre que está de buen humor, se hace un bailecito.

—¿Otra vez con eso? —Bizqueo—. Ni siquiera sé si Cora es lesbiana.

—Cora está muy perdida en la vida —desestima con un ademán—.

La sacas de sus libros y se le pone la misma cara de desorientación que a un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche. A lo mejor Abril la encuentra —sugiere con las cejitas enarcadas.

—¿A lo mejor se encuentra? Querrás decir que a lo mejor la encuentras tú con Abril porque las agarras a ambas de las nucas y las fuerzas a besarse.

—Oye, ¿y qué problema hay?

—Que el consentimiento es importante. Y que a Abril no le gusta que se metan en su vida, y da la casualidad de que es cinturón negro en varias artes marciales.

—Tonterías. —Le da un manotazo al aire—. Como su hermana, tengo derecho a manipularla todo lo que quiera. Ponte guapa, ¿vale? Quedamos en la bandera a las nueve.

—Elsa...

—Ponte guapo tú también, Vicky. —Le da un beso en la mejilla, que él recibe con una mezcla de asombro y regocijo interno. Bueno, muy interno no es. Se le vería complacido desde Guadix—. A ver si estrenas algo de lo que te han traído hoy.

Le guiña un ojo.

—Elsa... —insisto.

Ella, que ya iba camino a la puerta, frena de golpe y se gira hacia mí con exasperación. No hay ni rastro de su sonrisa.

—Diana, joder, la mierda por la que hemos pasado estas últimas semanas ha sido... —Mira al techo, buscando la expresión adecuada—. Ni siquiera encuentro palabras para hablar de ella con propiedad. Solo dame ese gusto si no quieres dártelo a ti, por favor. Además, es la primera vez que os presento a un hombre. Tenemos la oportunidad de comportarnos como una familia normal. No sé tú, pero yo, al menos, quiero una vida... corriente. Y una relación de pareja en condiciones. Y hermanas que salen por ahí a divertirse como personas funcionales. Por favor —insiste una última vez. La voz se le quiebra y mi cuerpo sale propulsado casi contra el suyo para abrazarla.

—Vale, vale, no hace falta ponerse así.

Ella bufa porque se tiene prohibido llorar en público.

—Macho, ¿es que hay que sacar el chantaje emocional? —Sacude la cabeza—. A las nueve en la bandera, y como faltes, no respondo de mí.

23

Al final quedamos a las ocho en mi casa, porque nada me queda bien. Solo los pantalones de chándal, y porque puedo ceñírmelos a la cintura gracias a la gomilla. Elsa tiene que acudir en mi rescate con un vestido demasiado atrevido para mí. No me queda otro remedio que ponérmelo, porque es o eso o un pantalón de pinzas tres tallas más grande que no combina con ningún cinturón.

Y porque, en realidad, me hace ilusión ponerme guapa.

—No has salido antes con él —deduce Elsa, sonriéndome a través del espejo. Está peleándose con la cremallera a mi espalda.

Una cosa es que haya perdido más de veinte kilos, y otra cosa muy diferente es que se me haya quedado la cinturita años cincuenta de mi hermana. Pero, por suerte, el vestido colabora.

—En el hotel solo coincidíamos por casualidad. Y en la cama no se habla mucho —agrego en voz baja.

—La verdad es que lo entiendo. Yo no lo sacaría a la calle pudiendo tenerlo todo para mí.

No posee el espectacular talento de Cora para elaborar peinados, pero gracias a sus enseñanzas y a unos cuantos vídeos de YouTube, ha aprendido a defenderse. Me hace unas ondas muy monas, un maquillaje divino y, para cuando vuelvo a mirarme al espejo, apenas me reconozco.

En cualquier otro caso, eso me habría parecido estupendo, pero me asusta la mujer delgada y de rasgos marcados que me devuelve la mirada. Nunca he tenido unos ojos alegres, pero ni siquiera en mis peores horas he reflejado esa pena existencial que solo los miserables de verdad arrastran como un lastre.

Mi hermana parece leerme el pensamiento.

—Cuando los ojos lloran, hay que sonreír con los labios —me aconseja—. Y una sonrisa como la tuya podría distraer a cualquiera de lo que sea en lo que estés pensando en realidad.

—Yo...

—No hace falta que me lo cuentes. Todo el mundo tiene sus secretos. Solo quiero que sepas que te quiero, y que estoy aquí.

Me giro hacia ella con el corazón en un puño.

Elsa está guapísima. Lleva una parte de la melena recogida en la sien y la otra suelta en ondas parecidas a la mía, un vestido azul eléctrico de tirantes gruesos, ceñido y escotado, y unos tacones de vértigo. Podría pasar por una de esas mujeres a las que no les importa

lo que piensen los demás, poderosas y seguras de sí mismas, pero Elsa tiene algo más. Tiene la sonrisa dulce de una niña perdida que lucha y lucha por encontrarse, aunque para ello tenga que recorrer millas, despellejarse los pies y gritar el nombre de a quien cree que podría pertenecer.

Yo no: yo siempre me quedo donde estoy con la esperanza de que vengan a buscarme, y todo por el miedo a perderme aún más.

—Me gustaría contártelo todo —reconozco—, pero no puedo.

—Cuéntaselo a él. —Ladea la cabeza hacia la tablet que Abril me ha prestado—. Se te da bien. En otro orden de cosas, ¿qué ropa interior llevas? Porque esta noche vas a tener suerte y hay que agradecerlo con un buen par de bragas.

Suspiro, resignada.

—Las que me has comprado.

—¡Estupendo! —Aplaude—. Espero que no te duren mucho puestas. Ese animal silencioso que tienes de novio parece capaz de pulverizarlas de un vistazo.

—Por Dios, deja de babear por Vikram.

—Yo babeo por todo el mundo, no es tan profundo. Pero te prometo centrarme en mi novio esta noche. Joder, mi novio... —Tuerce el gesto, anonadada—. Qué raro suena eso.

La sonrisa en sus labios al pronunciarlo es contagiosa. Parece que lo de Alonso va en serio, y tengo que alegrarme porque sería la primera vez que Elsa decide confiar en alguien lo suficiente para mantener una relación. Es estupendo que haya elegido a Alonso, que parece una bellísima persona.

Vikram no está de acuerdo con mi apreciación. Cuando Elsa y yo salimos, yo con su vestido negro de tirantes finos con una raja en la pierna, Alonso ya ha llegado y Vikram lo está incomodando con su mirada de mercenario.

Alonso mantiene la compostura de una forma admirable. Eso solo hace que me caiga mejor.

—¿Nos vamos? —pregunta Elsa, haciendo un gesto hacia la puerta. Alonso se levanta como un resorte y recorre a Elsa con una mirada ávida que me sube los colores hasta a mí.

—Estás espectacular. —Se nota que el piropo le ha salido del corazón, y que le jode muchísimo tener que limitarse a saludarla con un beso en la mejilla.

No espero algo similar de parte de Vikram, pero tampoco imaginaba que se quedaría mirando a mi hermana de forma tan evidente. El estómago se me revuelve conforme pasan los segundos —con una lentitud preocupante— y él sigue sin apartar la vista de ellos con la mandíbula apretada.

«Cuando hayas terminado de babear, nos vamos», espeto

mentalmente. Me doy la vuelta y me dirijo a la puerta procurando que se oigan mis zapatazos, demasiado ofendida y dolida como para preocuparme de no parecer infantil.

No sirve de nada, porque Vikram no despega la mirada de ellos en toda la cena. Lo digo en serio. Se dedica a incomodar a Alonso con ese desprecio ancestral que vi aflorar en los ojos de Dareon cuando lo llevé a urgencias, y a darle cortes como:

—¿Y tú tienes hermanos, Vikram? —le pregunta Alonso.

«Tenía uno, pero lo mataron», responde en lenguaje de signos. Mueve las manos con energía, como si quisiera amedrentarlo con el entrechocar de sus puños firmes.

Alonso, que entiende la lengua, se atraganta con sus raviolis y decide no volver a preguntar nada. De hecho, me parece que comenta por lo bajo algo como «mejor me callo» para acto seguido cerrar el pico durante el resto de la cena.

A juzgar por la cara que Vikram le pone, empiezo a preguntarme si Alonso no será algún tipo de criatura fantástica, un enemigo de la Confederación o un exiliado que se niega a unirse a la causa de la guerra contra Aranrhod. No me sorprendería que decidiese no participar porque conoció a Elsa y prefirió darle guerra a ella.

Con esto en mente, yo también me dedico a observarlo, dejando que sea Elsa la que guíe la conversación. A simple vista no parece muy especial. Es guapo, pero la suya no es una belleza feérica, y tampoco destacaría si se le comparase con el canon de la Tierra. Tiene el pelo castaño y despeinado, unos bonitos ojos avellana y la barbita de varios días. Mide lo mismo que Elsa, un metro setenta y cinco.

No tardo en descartar la teoría de que el médico es en realidad un confederado y centrarme en otra mucho más plausible: a Vikram le ha gustado Elsa y no soporta a su novio. Lleva días mirándola con cara de idiota, algo distraído y más concentrado en sus libros de perros que en mí. No me extrañaría que hubiera cambiado de diana donde clavar su dardo, nunca mejor dicho.

—Todo esto lo presenció Mariola. Si no os lo creéis, preguntadle a ella, que estaba tendiendo cuando pasó —se ríe Elsa, concluyendo otra de sus tantas anécdotas.

El nombre me despierta como una bofetada.

—¿Mariola? —balbuceo, desorientada.

—Sí, la Mari, la vecina. La de toda la vida.

Se me hace un nudo en el estómago que me obliga a soltar el tenedor. He podido sacarme de la cabeza el recuerdo explícito de cómo fue nuestro último encuentro, pero los remordimientos siguen ahí, atacándome sin piedad en cuanto me descuido.

—¿La has visto últimamente? —musito.

Elsa niega y se mete en la boca un trozo de pizza.

—Qué va. Dejó una nota diciendo que iba a ver a su nieto, que está muy enfermo, y se marchó a quién sabe dónde. Dijo que vivía en un pueblo de Galicia, o algo así. La verdad es que Mariola tiene acento gallego. O castellano. No sé, andaluza no es.

Lo del nieto enfermo puede ser lo único que no es mentira.

Y lo de que no es andaluza.

—¿Queréis postre? —pregunta Elsa—. Yo no os lo recomiendo, no conviene llenarse el estómago demasiado si luego vamos a beber. Y os recuerdo que Cora y Abril nos esperan en Ganivet para ir de *chupitasos*.

Chupitasos. Justo lo que me apetece.

Cuando salimos del restaurante, Elsa ya va tan perjudicada por los «vinitos» que se tropieza con el escalón que baja de la terraza. Vikram reacciona por acto reflejo cogiéndola de la cintura. Ella le da las gracias con una sonrisa encantadora; él se la queda mirando una fracción de segundo y la aprieta contra su costado.

Lo único que me alegra de que me despedacen el corazón de esta manera es que no soy la única que lo ve. Alonso también se queda parado un momento, sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Tu novio se lleva muy bien con Elsa..., ¿no? —Se rasca la nuca.

—Qué manera tan diplomática y sutil de decir que se muere por sus huesos.

Alonso se queda de una pieza al escucharme. No espero a que me responda y saco el móvil para llamar por teléfono a Abril y averiguar su ubicación exacta. Ya está con Cora cuando me lo coge. Se la oye de fondo chillando, como siempre que se va de farra. Entre que es muy sensible a los ruidos y una copa le basta para ir volando...

Necesito estar allí. Ya. No quiero ver nada más. Pero tengo que tragarme cómo Vikram sostiene a Elsa durante todo el viaje hasta el centro y se preocupa de que no pone el pie en ninguna zanja. Alonso está flipando en colores, y yo más de lo mismo, pero a ver quién es el listo que le dice algo a un tío enorme y con malas pulgas.

Un tío que está guapísimo a rabiar con su camisa negra y sus vaqueros oscuros.

—¡Aquí está mi escritora favorita! —chilla Cora nada más verme, extendiendo los brazos. En cuanto me acerco para sostenerla, ella se arroja sobre mí. No debe pesar más de cuarenta kilos, pero borracha se convierte en peso muerto y casi me caigo para atrás.

Ningún Vikram está ahí para sostenerme, por cierto.

—¿Qué se ha tomado? —le pregunto a Abril, que sujeta un cubata con cara de estar pasándoselo en grande. Tiene la nariz colorada.

—Dos chupitos, y ya está para el arrastre. No he visto nada igual. Le da un sorbo a una copa y necesita dos horas de digestión. Será porque es más pequeña que el estornudo de un gato.

—¡Me encantan los gatos! —exclama Cora, emocionada. Como si quisiera agradecerle a Abril que se lo haya recordado, va a abrazarla. Mi hermana se queda bloqueada un momento, pero enseguida le palmea la espalda con una media sonrisilla.

—Sí, a mí también. Me identifico con Garfield.

—¿Garfield? —Arruga la nariz—. ¿Ese quién es?

De verdad, a veces parece que Cora nació ayer. Y mi hermana siempre se las ingenia para sorprenderme, porque en vez de llamarla tonta del bote, se lo explica y usa Google para enseñarle fotos.

—Te dije que le gustaba —susurra Elsa en mi oído. Me da un azote en el culo y va directa a la barra.

Alonso aprovecha que Vikram no la sigue para ocupar su lugar de honor. Ver a mi hermana enroscándose en su cintura y dándole un beso a SU novio me hace sentir mejor.

Por lo menos, el potente atractivo sexual de Vikram no la ha convencido de enrollarse con él. Esto parece entristecer a Vikram, que se los queda mirando con todo el cuerpo en tensión.

A veces, una situación te da tanta rabia que no sabes cómo actuar, así que decides no hacer nada en absoluto. Al menos, no de la manera en que debería hacerlo una persona adulta.

Me he fijado en que algunos hombres me han mirado al entrar, y hay uno que sigue haciéndolo. No me pasaba algo así desde que me bajó la regla en público, la única desgracia que atraería miradas a mi culo. Se me pasa por la cabeza acercarme, hacerme la *femme fatale* y darle a probar de su propia medicina a cierto *japheth*, pero no soy tan descarada, y con esta cara de perro pachón no llegaré muy lejos.

En su lugar decido ir al baño, donde me cruzo con la típica pareja de borrachas que se deshace en cumplidos, se intercambia el pintalabios y raja de su exnovio. Lo habitual en garitos como este y a las horas que son.

Finjo que me observo en el espejo, y en el proceso acabo haciéndolo de verdad.

He estado más guapa que ahora. He llevado vestidos confeccionados por libélulas, por favor. Y esto no se va a convertir en un soliloquio sobre mi caída en desgracia desde que traicioné al príncipe, que nadie me malinterprete. Esto es una queja porque, dentro de lo que cabe, sigo estando guapa y me gustaría que me lo dijeran. Me gustaría que me prestaran atención. Supongo que es deseo vital que no voy a poder erradicar ni siquiera comprando amor propio al por mayor y en cantidades industriales: el de querer un poco de protagonismo.

Solo de vez en cuando.

Una de las chicas se me acerca y me pone una mano en el hombro.

Si yo fuera Abril, ya la habría mandado al suelo con una llave de

judo.

—¿Estás bien, amiga? ¿Te podemos ayudar en algo? —balbucea. Tiene el pelo teñido de rubio—. Estás supersexy. No deberías llevar esa cara de pena.

Bueno, pues parece que los sueños se cumplen.

Esbozo una sonrisa desinflada.

—Creo que a mi novio le gusta mi hermana.

—¿Qué dices? —exclama la pelirroja, justo a su espalda.

—Lo que oís. Bueno, no lo sé con total certeza, pero... —Agacho la mirada y retiro una colilla del suelo con la puntera de las sandalias con tacón—. Es tan humillante arreglarse para luego ser invisible.

—No eres invisible. ¡Si estás guapísima!

—Lo dices porque estás borracha —me quejo.

—Puede ser. Si no estuviera borracha, lo pensaría, pero no te lo diría porque en realidad soy muy tímida —reconoce la pelirroja.

—Vaya, gracias. Tú también vas muy mona. ¿Sois amigas?

—Qué va, nos acabamos de conocer. Pero acabamos la noche en mi casa, ¿verdad? —La rubia le guiña un ojo a la pelirroja, y esta asiente con una sonrisa ilusionada.

—Está claro que la noche va de parejas. Gracias por el consuelo.

—De nada, mujer. ¿Quieres venirte a bailar con nosotras?

Titubeo. Deben de tener veinte años e ir a la universidad, y yo soy una divorciada con un mutante afincado en su casa. No tenemos muchas cosas en común, pero eso no es un impedimento para pasarlo bien, ¿no?

—Vale.

—Oye, ¿y por qué no hablas con él? —me pregunta la rubia nada más empujar la puerta para salir—. A lo mejor son imaginaciones tuyas.

—La última vez que me dije que mi pareja estaba rara porque eran «imaginaciones mías», acabé en el despacho del abogado.

—¿Por? ¿Es que intentó matarte, o algo?

—Sí, pero no lo consiguió. —Al ver sus caras de horror, añado—: En el sentido figurado. Me mató psicológicamente hablando.

—Ah, qué susto, coño. —La rubia se pone una mano en el pecho y se echa a reír.

Lo que sea que fuera a decir la pelirroja pasa desapercibido por culpa de un chillido.

El corazón se me acelera al reconocer la voz: Elsa.

24

Corro hasta llegar a su altura con el corazón en la garganta. La rubia y la pelirroja me siguen, intrigadas. No tardamos en descubrir qué ha pasado: un tipo con las hechuras de un vikingo le ha dado un puñetazo a un chaval que lo ha mandado directo al suelo pegajoso del garito.

No hay muchos tipos con las hechuras de un vikingo por aquí.

Solo uno.

—¿Vikram? —tartamudeo, notando un pitido en los oídos—. ¿Qué has hecho?

Los que parecen los amigos del herido hacen un corro alrededor para incorporarlo.

—Perdona, tío, no sabíamos que ibas con ella —dice uno de ellos, adelantando una mano temblorosa con el pánico reflejado en la mirada—. Lo siento, de verdad.

—¿Qué ha pasado? —insisto, alternando miradas entre Elsa, Vikram y Alonso, que se ha arrodillado delante del caído para comprobar que hace algo más que sangrar. Como, por ejemplo, respirar.

—Nada, que estaba... estaba pidiendo en la barra, sola, y ese tío me ha tocado el culo —explica Elsa, nerviosa—. Vikram ha venido y le ha soltado una hostia. Y yo se lo agradezco, porque era lo que se merecía, pero... Dios mío, ¿tiene pulso?

—Sí —confirma Alonso, pálido—. Pero necesita tumbarse a reposar, y este no es el mejor sitio.

No me atrevo a mirar a Vikram. Tampoco me hace falta para saber que se habrá quedado con ganas de más. Debería abrazar a mi hermana y consolarla, porque una nunca se acostumbra a que la manoseen sin permiso, pero algo explota dentro de mí y tengo que darme la vuelta para salir de la discoteca. Me parece que alguien dice mi nombre, que una mano familiar me coge del hombro, pero me deshago del contacto con un gesto violento.

En principio no planeaba volver a casa, solo dar una vuelta, respirar aire fresco y regresar cuando me aclarase las ideas. Pero la caminata solo prende más mi rabia y acabo apretando el paso para llegar cuanto antes a mi barrio. Está lo bastante lejos para temer por mi integridad. Podrían hacerme algo peor que tocarme el culo yendo sola por la calle a las tantas de la madrugada. Pero todo el que se cruza conmigo, se cambia de acera, ya sea para no asustarme o porque

yo le asusto a él.

El teléfono vibra en el minibolso de mano. Los nombres de Cora, Abril, Elsa y Alonso van desfilando uno tras otro. La que más veces me llama es Elsa, y me siento mal por no responder, pero ahora mismo no estoy pensando.

En lugar de entrar en el apartamento, me quedo sentada en el escalón del portal. Me cubro la cara con las manos y, por más que me contengo, acabo echándome a llorar.

¿Qué mierda estoy haciendo? ¿Por qué salgo a bailar si tengo miedo? ¿Por qué me ilusiono con un hombre que solo está conmigo porque no tiene a donde ir; porque se siente culpable por lo que me pasó? ¿Qué demonios me ha hecho pensar que puedo llevar una vida normal, si cada vez que pongo un pie fuera de mi casa, tengo la sensación de que el suelo se abre debajo de mí? Que Vikram parezca prendado de Elsa ni siquiera es lo peor, pero es verdad que también duele. Debería haber imaginado que, si le gustan las humanas, le acabarían gustando los mejores especímenes de la ciudad. Y en la Confederación no existe ese código ético de no flirtear con la hermana de tu pareja.

Pareja. Me dan ganas de reírme.

No somos pareja. ¿Cómo vamos a ser pareja? ¿Por qué jugaría yo a un juego tan peligroso y humillante cuando no puedo formar una familia?

Me seco las lágrimas y me obligo a levantarme, tambaleante, para entrar en casa.

Ya basta. Me he hartado de ser una víctima. Y lo único que se me ocurre hacer para rebelarme es sentarme delante de la tablet con teclado incorporado y ponerme a contar un fragmento de mi historia.

Cora me dijo que escribiera algo. Lo que fuera.

Pues ahí va.

Pero antes de que pueda darme cuenta, Dareon se manifiesta en mi cabeza y se materializa a través de mis dedos. Su nombre aparece escrito en el documento. Su descripción. El corazón se me encoge de terror y quiero detenerme, pero ni siquiera si me hubieran cortado las manos podría haber callado a esa parte de mí que necesita expresarse. Así que Dareon revive a través de mí en su faceta más cruel, en su aspecto menos atractivo; en el último estadio de la enfermedad y con los ojos apagados.

Ese es el único Dareon que se merece mi odio, y, sin embargo, no lo tiene. Solo puedo compadecerlo.

No sé cuánto rato pasa, pero cuando puedo liberarme de la obligación de vomitar letras hasta quedarme vacía, el contador de palabras marca casi diez mil. Me separo de la tablet con cara de horror, y como si temiera que pudiese atravesar la pantalla y venir a

por mí, la apago y retrocedo un paso, dos, tres, hasta dar con la pared.

O con lo que creía que era la pared.

«¿Por qué te has ido así?».

Me doy la vuelta muy despacio, todavía con un pie puesto en mi imaginación. Me cuesta enfocar la vista. Vikram me mira a los ojos por primera vez desde que hemos salido. Ni me molesto en averiguar qué significa su expresión. Mi mano cobra vida y le suelta una bofetada cuya fuerza me sorprende hasta a mí. Y cuando digo que me sorprende hasta a mí, me refiero a que le sorprende a él también, como si fuera una reacción desproporcionada.

Eso me mata.

—¿Y tienes el descaro de ponerme esa cara de imbécil? —Los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas. Me cubro la cara con una mano—. Mira, no quiero discutir. Voy a meterme en la cama para desaparecer un rato. Mañana será otro día.

Vikram me coge de la muñeca con fuerza para obligarme a mirarlo. Parece furioso.

«¿Cuál es el problema ahora?».

Ahora. Ese maldito «ahora».

—¿Ahora? ¡Es el mismo problema que ayer, y que anteayer, y que hace dos meses! ¡Que no puedo estar cambiando de vida como si la anterior no hubiera existido, ni actuar como si la experiencia no me hubiese cambiado! ¡Me voy a volver loca! ¡Y tú no ayudas, Vikram! ¿Se puede saber qué te traes con mi hermana?

Vikram cambia de expresión al segundo.

«Nada».

—¡Y una mierda! —Cierro el puño con la intención de darle un golpe en el pecho, pero me lo pienso mejor y lo dejo caer a un lado de mi cadera—. No tienes por qué quedarte conmigo. De hecho, tenerte aquí me trastoca. Se suponía que mi vida en la Confederación no debía mezclarse con la que tengo en la Tierra. Si necesitas dinero, te daré un préstamo para que empieces en cualquier otro sitio. Si necesitas un trabajo, te ayudaré a buscarlo... Pero no quiero...

Él escruta mi rostro surcado de lágrimas, petrificado.

«¿No quieres estar conmigo?».

—¿Te refieres a si no quiero estar contigo y con tu fascinación por Elsa? No, Vikram. Tengo unas cuantas cosas que gestionar y asimilar todavía para que me estampes en la frente tu cara de lelo cada vez que te cruzas con ella. ¡Casi matas a un tío porque le ha...! —Me froto la frente—. Mira, te agradezco el detalle, porque esa gente se merece una patada en los huevos como mínimo. Es mi hermana, la adoro y me alegraría que cualquiera la protegiera, pero no me vuelvas loca, ¿vale?

«He actuado por instinto».

—¿Y también odias a Alonso por instinto? ¿También la buscas con

la mirada de forma obsesiva por instinto? No me trates como si fuera imbécil. Puedo ser muy buena, pero no voy a tolerar ni media hostia por tu parte. Eres lo bastante inteligente y poderoso para buscarte la vida fuera de mi casa.

Paso por su lado para dirigirme a la cocina. Él me sigue con todo el cuerpo en tensión y observa que abro la nevera para sacar una botella de agua y servirme un vaso. Por culpa del temblor acabo echando la mitad fuera. Eso termina de crisparme y vuelvo a echarme a llorar.

Mierda. Mierda...

El brazo de Vikram me envuelve por la cintura y me trae hacia sí. Intento sacármelo de encima con un par de débiles manotazos, pero no surte efecto, y al final acabo echando el peso en su pecho.

—Estar en mi cabeza es una mierda —sollozo, exhausta—. ¿Tienes que hacer que el mundo exterior sea también un lugar hostil y desagradable?

«Eso no es ni de lejos lo que pretendo».

Me giro hacia él y lo enfrento echando la cabeza hacia atrás.

—Si sientes algo por ella, dímelo ahora —le ordeno con voz temblorosa—. Te quiero, sabrá Dios por qué, pero no serás lo que más me cueste dejar atrás si tengo que olvidarte. No es el hecho más traumático que me he visto obligada a encajar en mi vida, ni yo tampoco soy el tuyo.

La mirada de Vikram se oscurece hasta casi apagarse.

«Que me quieras no es traumático para mí».

—Responde.

«Claro que no siento nada por ella. Es él».

—¿Cómo que «es él»? —me río, histérica—. ¿Es que el que te gusta es Alonso? No me jodas.

«No me fío de él».

—¡Ni siquiera lo conoces!

«Sé lo suficiente para quererlo lejos. De mí, de ti y de tu hermana».

—¿Por qué? —insisto.

«Porque trabaja para el Hacedor».

Su respuesta retumba en mi cabeza hasta despertar al monstruo de la migraña. Me tengo que frotar la sien un segundo para asimilarlo.

—¿Qué dices?

«Es improbable que lo sepa, pero ha estado en contacto con mi creador».

—¿Cómo va a estar en contacto con él? No digas idioteces.

«Jorghen es humano, Diana», aclara al fin. «Tiene laboratorios en la Tierra y gente trabajando para él; la mayoría lo hace sin conocer sus propósitos».

Parpadeo, perpleja.

—Pero si fuera humano, ¿no debería estar muerto a día de hoy?

«Es humano y también inmortal. No sé mucho sobre él, solo la información que pude recopilar gracias a algunas fuentes y expediciones que hice exclusivamente para conocerlo, averiguar sus puntos débiles y... matarlo, si se me presentara la oportunidad. Nació aquí, en España, y tuvo una aventura con una criatura feérica antes de que se promulgara la Ley de No Intervención que impidió por un tiempo que las hadas viajaran a la Tierra y entablaran relaciones con los mortales. De alguna manera consiguió transportarse hasta la Confederación, y como trabajaba en laboratorios genéticos, no le costó experimentar con criaturas. Creó auténticas aberraciones antes de que los *japheth* salieran como esperaba. Cada cierto tiempo regresa a la Tierra para supervisar su proyecto».

—¿Qué proyecto?

«No lo sé, y no tengo manera de descubrirlo. Por eso no puedo evitar estar en tensión delante de él. En la mente de Alonso no hay nada, pero podría estar muy bien blindada para evitar intromisiones como la mía. Jorghen no es estúpido, no dejaría ni un cabo suelto ni a ninguno de sus secuaces en riesgo».

—¿Y cómo sabes que trabaja para el Hacedor, si no lo has leído en su mente?

«Me lo ha dicho mientras te preparabas para salir. Trabaja en sus laboratorios».

—¿Qué laboratorios?

«Basante».

—Me suena familiar... Aunque será porque Alonso lo ha mencionado en algún momento. —Arrugo el ceño—. A lo mejor él no, pero Abril tiene que saber algo. Podría llamarla y...

Vikram me detiene con una mano antes de que dé un paso en busca de mi móvil. Su mirada turbia consigue que no me mueva del sitio.

«No. Sea lo que sea que trame, ya no es nuestro asunto».

Mi intención era protestar, pero cualquier ánimo de réplica desaparece al recordar dónde estamos y por qué.

Nos han desterrado. Ya no podemos hacer nada. No formamos parte de la historia de la Confederación de Trevelyan.

—Para no ser tu asunto, te veo muy agitado.

«Porque se trata de mi creador». Se desabrocha unos cuantos botones de la camisa. Voy a decirle que vuelva a ponérselos, que no va a haber candela por mucho que se esfuerce, pero lo hace para señalar el tatuaje que le cubre el pecho. «No solo está en mi piel, sino dentro de mí. Mi odio no se agotaría ni siquiera si algún día dejara de pertenecerle. Esto es superior a mí».

Enmudezco de golpe con los ojos clavados en el dibujo de su pecho. No tiene una forma animal, ni tampoco tribal; no es un rostro.

Es más bien un símbolo difuso. No sabría definir qué representa. Apoyo la mano en el centro y observo cómo se le eriza toda la piel.

—Nunca me había fijado en los detalles.

«Lo que demuestra que te miro mucho más de lo que tú me miras a mí».

Enarco una ceja irónica, porque manda huevos hacer ese comentario con la nochecita que me ha dado, pero no respondo.

—¿Crees que Alonso puede ser peligroso para Elsa? ¿Peligroso de verdad?

«No lo sé. No tengo nada claro. Parece transparente, y diría que posee un buen fondo, pero cuando se trata de Jorghen...». Aprieta los labios. «No siento nada por tu hermana, pero es una mujer muy especial y sé que es importante para ti. Creo que debo protegerla».

Aguanto el aliento.

—¿Y no me lo puedes explicar antes de que pierda la cabeza? Me he sentido como una mierda —balbuceo, mirándome los dedos de los pies—. Yo también tenía la esperanza de sentirme una persona normal esta noche, y he acabado... Bueno, mira cómo hemos acabado.

«¿A qué te refieres?».

Libero aire contenido y tensión con un suspiro.

—Ni siquiera te has dado cuenta del vestido que me he puesto, ¿verdad?

Hay un pequeño silencio en el que no me atrevo a mirarlo.

«Puedes ponértelo otra vez... para mí».

Acompaña la proposición, escrita con trazos suaves y delicados, de una caricia en mi barbilla. El pulso me abandona en mi camino a la indignación para ponerse de su parte.

—¿Por qué iba a hacer eso?

«Porque me quieres. Lo has dicho».

—¿Acaso mi amor significa algo para ti? —mascullo con rencor.

«"Algo", no; lo significa absolutamente todo».

Apoyo la frente en su pecho descubierto. Los olores de la discoteca —sudor, alcohol— se le han pegado a la piel, pero detrás de todo eso sigue su esencia. No me importa tanto su amago de declaración romántica como su agitada confesión sobre el Hacedor.

—¿Sabes? En la Tierra, cuando nacemos, pertenecemos a nuestros padres a ojos de la ley. Deben encargarse de nosotros hasta que cumplimos la mayoría de edad, salvo en casos excepcionales de emancipación —susurro, haciéndole cosquillas en el pecho con la nariz—. A partir de ahí, somos independientes y libres de entregarnos a quien queramos.

»Sé que en la Confederación todo funciona de manera diferente. Pero aunque tu madre te diera a luz; aunque Jorghen te modificara genéticamente; aunque Agrona te comprara y Dareon te mantuviera a

su servicio... No perteneces a ninguno de ellos. Perteneces a ti mismo, y, al igual que yo, puedes entregarte a quien quieras o bien decidir ser libre para siempre.

«¿Te parece que soy libre? Mira dónde estoy».

Le ha faltado el «por capricho de otros». No hace falta que lo añada, porque, en algún momento de esta historia, he aprendido a completar sus frases como él parece completarme a mí.

—¿Tan horrible es la Tierra para ti? —murmuro, mirándolo a los ojos. A sus ojos tristes. Con una sonrisa dolida, agrego—: Tiene perros.

Vikram no se atreve a sonreír del todo, pero se le tuerce una comisura hacia arriba.

«Es verdad. También tiene a mi torturador».

—El torturador de tu vida previa —corrijo, pasándole los brazos por los hombros—. Lo bueno de ser inmortal es que puedes vivir tantas vidas como quieras.

«No, llorona. Lo malo de ser inmortal es que solo tienes una vida, y como esta sea horrible, te toca soportarla por toda la eternidad».

—Vaya dos pesimistas se han ido a juntar —bufo—. Estoy intentando ser positiva para que no te deprimas, ¿no puedes valorar mi esfuerzo? Créeme, la Tierra puede ser una pesadilla, pero también un lugar idílico. Mientras estés aquí, si es que esto es temporal, saca provecho de lo que tiene que ofrecer.

Vikram enreda los dedos en el borde de la camiseta de mi pijama y tira de ella para pegarme a él. Agacha la cabeza para rozar mis labios con los suyos.

«Eso es lo que estoy haciendo».

Intento ocultar un estremecimiento inoportuno, porque este no es el momento de ponerse romántico, ni de excitarme con sus jueguecitos. Pero es superior a mí. Vikram tiene los ojos entornados y parece con toda la intención de quedarse a dormir en mi boca.

«Vamos...». Desliza dos dedos perezosos por mi cadera desnuda. «Ponte ese vestido solo para mí».

—¿Ahora quieres verlo?

«Ahora sobre todo».

—¿Estás s-seguro de que no q-quieres hablar del Hacedor? —tartamudeo—. Sigues enfadado por todo lo que ha pasado, lo entiendo, y prefieres no formar parte de una lucha que nunca fue tuya y de la que te han expulsado, pero... ¡Arg!

Vikram me coge en brazos sin preguntar y me lleva a la cama. Tengo que aferrarme a él con fuerza para combatir el vértigo. Desde aquí, desde sus alturas, se ve todo más insignificante: todo, menos yo. Yo soy tan grande cuando me mira que me extraña caber en su campo de visión, me extraña caber en esta habitación, en este mundo. Me extraña que el universo no se me quede pequeño.

Me deja sobre el colchón y busca el vestido. Lo he dejado tirado en el suelo, donde lo he abandonado después de sacármelo a manotazos para sentarme a escribir. Se agacha, inexpresivo, aunque se nota que bajo esa careta suya hay emociones cociéndose a fuego lento.

«Este, ¿no?».

—Lo tenías fácil.

«Contigo nada es fácil».

Estoy segura de que no es un comentario con doble filo, de que no lo dice a traición, ni para hacerme sentir mal. Pero se me forma un nudo en la garganta, y me cuesta encontrar la voz para disculparme.

—Siento... no poder quererte de la mejor manera —murmuro, con el vestido ya en la mano—. Ni de la manera en que mereces. No me has conocido en mi mejor época, ¿sabes? De hecho, no podrías haber llegado en peor momento. Y siento estar buscando excusas todo el tiempo, pero al final la vida se compone de las causas y los efectos, de las consecuencias, y quiero que me entiendas. Yo intento entenderte a ti. Lo sabes, ¿verdad? —Acuno su rostro entre las manos y busco su mirada, ansiosa—. ¿Sabes que intento entenderte?

Asiente muy despacio con la cabeza.

«Incluso si no lo consigues», explica, rodeando mis muñecas con las manos, «seguirás siendo el amor más puro que he recibido jamás».

—Anda ya... No quiero que te conformes porque soy lo menos malo. Y, definitivamente, no quiero ser lo mejor de tu vida porque no te ha pasado nada bueno.

«Claro que me han pasado cosas buenas. La inmortalidad da para mucho».

—¿De verdad? —Me levanto, temblorosa, y me saco la camiseta por la cabeza para cumplir su deseo—. ¿Qué cosas?

Él se queda donde está, sentado en el borde de la cama con una mano cerca de la cadera. Se acomoda para recorrer mi torso desnudo con la mirada.

«Eso, por ejemplo».

Sin decir una palabra, arqueo una ceja a modo de advertencia. No va a ser el *striptease* más sexy porque estoy nerviosa y él sigue cada uno de mis movimientos con todo el cuerpo en tensión.

Para no enseñarle la ropa interior, me coloco el vestido por arriba y me bajo los pantalones después.

«Antes de perder a Nakem, era feliz», confiesa. «Jugábamos juntos. Le enseñaba a hacer tareas. Le explicaba lo que no entendía. Le contaba historias. Recuerdo a lo que olían sus abrazos y su caótica personalidad de niño hada. Sus travesuras y bromas pesadas. Todo eso fue posible porque mi madre vivía asustada por mí. Gracias a ella he tenido paz. Nunca le estaré lo suficientemente agradecido».

Trago saliva. Su breve confesión me ha dejado con la piel de

gallina y los miembros insensibilizados. Él me rodea para abrocharme el vestido por detrás. Convierte la subida susurrante de una simple cremallera en un digno preliminar.

«Luego pensé que no volvería a ser feliz. Pero ahí estaba Dareon». Todo el vello se me levanta de golpe, rebelándose contra su nombre. Pero no puedo quejarme. Yo me lo he buscado, y Vikram inmoviliza mi mente al hablarme desde la suya. «La culpabilidad nunca aplaca el odio; no del todo. Solo el amor puede apagarlo, muy poco a poco. Dareon y yo hablábamos. Nos burlábamos el uno del otro. Me confiaba sus secretos. Se enfurecía con quien me tratara con condescendencia. Me sentaba a su mesa y no se daba por satisfecho hasta que no me habían saludado con respeto».

«Quería detestarlo, pero él no me dejaba. Y creo que eso es lo único que puedo reprocharle; que no permitiera que mi alma se pudriera». Le escucho respirar, agitado, a mi espalda. «Maldito crío obstinado... Ha sido mi hermano sin saberlo».

Me apresuro a secarme las lágrimas antes de que las vea. Él me da la vuelta y me observa un segundo antes de concluir.

«Cree lo que te digo. Solo habiendo sido feliz con anterioridad he podido reconocer lo que siento cuando estoy contigo».

—No te creo. Te he hecho sentir un monstruo muchas veces.

«Todo el mundo sabe que soy un monstruo, pero muy pocos lo han visto. Tú lo has tratado en sus peores horas, y, aun así, te has quedado».

No eres un monstruo, quiero aclarar. Pero me acuerdo de la frase que Elsa me dijo hace poco: esa definición de amor suya, que consiste en querer al otro aun sabiendo que no es el mejor.

«Eres la mujer más valiente de tu mundo y del mío solo por atreverte a quererme», me confiesa. «Antes de ti, solo el príncipe más valiente de tu mundo y del mío se había atrevido».

—A mí ese cabrón no me parece valiente —suelto, resentida.

Él niega dulcemente con la cabeza.

«Hay que ser valiente para escoger la vida y no abandonarte a la muerte sabiendo que no solo perecerás siendo aún joven, sino que lo harás sin haber podido permitirte aquello que quieres, obligado a renegar de lo que eres y alejado de quien amas. Porque incluso yo he tenido lo que he querido. Lo estoy teniendo ahora mismo».

Vikram retrocede hasta tocar la pared con la espalda. Esconde las manos detrás y se dedica a mirarme de arriba abajo. Debo tener el maquillaje corrido y las ondas se han ido al traste, pero me siento más guapa que cuando salí sobre las sandalias a las ocho de la tarde. Sus ojos brillan como soles de fuego en un rostro que ahora me parece más humano que nunca.

—¿Qué quieres que haga? —susurro—. ¿Quieres que camine? ¿Que

me tumbe? ¿Qué quieres hacerme?

Vikram me sostiene la mirada con decisión, dulzura apasionada y también vulnerabilidad.

«Quiero hacerte feliz, llorona, o por lo menos hacer que dejes de sufrir. Pero no sé cómo».

Esbozo una pequeña sonrisa.

—Yo tampoco, pero puedes venir aquí, conmigo, y así lo intentamos descubrir juntos.

25

Sabía que iba a llegar este momento: lo que me extraña es que haya tardado tanto. Sabía que, un día, Vikram apartaría la mirada de lo que estuviera haciendo para observarme con fijeza y poner sobre mis hombros el peso de sus sueños.

«¿Podemos adoptar un perro?».

Ese día ha tenido que ser hoy. La primera mañana tranquila de la que he podido gozar en meses. Incluso diría que años. No creo que nunca haya estado sentada en el sofá, con los pies sobre la mesa y la tablet sobre las rodillas, escribiendo alegremente mientras mi... pareja, o lo que sea, se entretiene leyendo a mi lado.

Como Vikram sabe que estoy contando su historia, a veces se asoma con curiosidad para echar un ojo y me ayuda a hacer puntualizaciones que enriquecen la escena. Si le digo a mis seguidores que estoy escribiendo una biografía con la colaboración del personaje, no se lo creerán. Como tampoco se habría creído la Diana de hace meses que tendría una... insisto, ¿pareja?, a la que le interesaría lo que plasma en el papel.

Sé que a Vikram no le hace demasiada gracia poner sus vivencias al alcance de todo el mundo, ni siquiera si en ese mundo no lo conocen, pero se enorgullece de que haya recuperado a la musa y pretenda reproducir con mimo, y para darle un final feliz, a su experiencia pasada.

Al principio me estaba temiendo que tendría que apartarlo a manotazos para que no metiera sus pezuñas en la historia, pero interviene lo justo y necesario. Y él está lo bastante ocupado por su cuenta con la endiablada colección de adiestramiento perruno como para molestarme.

En definitiva, y dentro de lo que cabe, es una estampa familiar adorable. Nos imagino desde fuera y a veces me cuesta contener la sonrisa.

Una sonrisa que se me pasa en cuanto él interrumpe mi proceso creativo con su petición.

—No.

«¿Por qué no? ¿No te gustan?».

—Claro que sí. Los perros son adorables.

«¿Entonces?».

—Pues... —Arrugo el ceño, pensativa—. La verdad es que no lo sé. Mis padres nunca me dejaron tener un perro, y a Roberto solo le

gustaban los animales muertos. —*Eso ya debería haberme dicho algo*—. Supongo que no he tenido la oportunidad de planteármelo.

«Entonces adoptemos uno. Los tienen enjaulados en sitios donde a veces los maltratan».

—Oh, Dios. Llevaba ya un tiempo temiendo el día que descubrieras el maltrato animal. —Alargo una mano hacia él y le acaricio la cabecita con displicencia—. Pobre Vikram.

Él esboza una sonrisa irónica y aprovecha que le he tendido el brazo para tirar de mi muñeca. Después de un chillido que suena a «¡Cuidado, la tablet!», acabo sentada sobre su regazo.

«¿Eso es un sí? Te recompensaré como mejor se me da», insinúa, acercándose con intenciones perversas.

Evito que me bese poniéndole una mano en la cara.

—Te lo tienes muy creído, shaporí —me mofo—. Las mascotas requieren muchísimos cuidados, ¿sabes? No son un juguete.

«Lo sé. He leído al respecto».

—Estoy segura de que nadie sabe más del *canis lupus* que tú, el nuevo encantador de perros, pero eso no significa que la práctica se te vaya a dar bien. Elsa tiene uno, bastante consentido, por cierto, y es una locura...

«Yo me encargaré de cuidarlo si tú no quieres».

—Ya lo pensaré. Mientras tanto, deja ya esto y lee otra cosa. —Le arrebato el manual de las manos—. No es bueno que el contenido de tus estudios sea monotemático. Tendrás que leer literatura, o libros sobre matemáticas, física, y... ciencia en general. E historia, claro. ¿O quieres acabar como Cora, que no sabe ni quién es Hitler?

«¿Quién es Hitler?».

—Para que lo entiendas, es la versión blanca y supremacista de Kadesh, solo que en vez de prender fuego a varios estados, pretendía exterminar todas las razas distintas a la aria.

«Qué miserable».

—Sí, ¿verdad? Ven, voy a darte otro libro para que leas. Y cuando te lo dé, te sientas en tu sitio y no me molestas hasta que acabe los capítulos, ¿de acuerdo? No sabes lo que me cuesta concentrarme.

Salto del sofá y voy a mi dormitorio. Todos los libros los tengo en casa de mis padres, en mi habitación de la infancia. Roberto necesitaba sitio en las estanterías para su colección de manuales de ingeniería que, gracias al cielo, se llevó en su momento, y hubo que elegir entre sus estudios y mi entretenimiento.

Como siempre, yo salí perdiendo.

No me he fijado hasta ahora, pero mi cuarto tiene un aire de abandono bastante deprimente. Tengo que ir a comprar pintura, colgar algunos cuadros y recuperar mis libros.

Escojo uno al azar entre los clásicos que Roberto me permitía

utilizar como decoración, pero mi cerebro asimila otro título de los pocos que conservo cuando ya me he dado la vuelta y tengo que volver para inspeccionarlo.

Frankenstein, de Mary Shelley.

El Hacedor lo mencionó en aquella visión que tuve en la que hablaba con el Vikram encerrado en su celda. Dijo que él era su Frankenstein, y recuerdo haberme preguntado cómo era posible que Jorghen supiera algo así.

Jorghen.

Parece de broma que haya resultado llamarse Jorge y ser español. Jorge Basante, si es que le puso su apellido a los laboratorios.

Dudo antes de sacarlo de la estantería. A lo mejor es lo último que a Vikram le apetece leer, y no quiero avivar sus pesadillas, pero lo mínimo que merece es saber a qué se refería Jorghen cuando hizo esa referencia; si va a odiar al Hacedor, que lo haga conociendo a fondo los que eran sus propósitos. Por si acaso, rescato una de esas novelas románticas que Elsa me regala por mi cumpleaños para ofrecerle una alternativa.

Si elige la segunda, tendré que echarle una foto mientras la lee y mandársela a mis hermanas. Elsa se enamorará de él sin remedio.

—Toma. —Se lo tiendo. Él lo coge y observa con recelo—. Uno de los clásicos de la literatura, inglesa y global. Si no te gusta, también tienes este.

«*Corazón dulce*, de Virtudes Navas». Asiente mientras lee la sinopsis. «Va sobre un vikingo. ¿Qué es un vikingo?».

—Eran los guerreros del norte de Europa, pioneros en usar barcos para saquear ciudades y conocidos por ser la fantasía rubia y ruda de las mujeres.

«Y has pensado que también podrían ser la mía», se mofa.

—A lo mejor te identificas con ellos. —Encojo un hombro—. Aunque es una historia de amor.

«Ya veo».

Lo deja a un lado sutilmente, como si no quisiera que me diese cuenta, y separa las solapas de *Frankenstein*.

Si es que lo sabía. Incluso a los mutantes de planetas paralelos los puedes espantar hablándoles de «literatura para mujeres».

Vuelvo a mi sillón y me concentro en las páginas que tengo por delante.

En los últimos días he podido enviarle a Cora ese adelanto que esperaba como agua de mayo, no ya como correctora, sino como lectora. Nunca le estaré lo bastante agradecida a Edel por su previsión, que me ha permitido incorporar el principio al manuscrito.

Me pregunto dónde estará Mariola, o Edel, o como haya decidido llamarse en los últimos tiempos. Me pregunto cómo estará ahora que

es oficial que se ha roto su vínculo con Laertes, y si le habrá dolido quemar el tatuaje. Me pregunto si me guardará rencor por lo que le hice o, más bien, lo que estuve a punto de hacerle.

Debe de estar cuidando de Dareon.

Cuando mis pensamientos toman ese rumbo, los bloqueo y me centro en cualquier otra cosa. Pensando en ellos, podría invocar una visión, y no quiero viajar a la Confederación para presenciar escenas sangrientas. Laertes no necesitó enseñarme a evitar las visiones: a eso he aprendido yo sola gracias al instinto de supervivencia. Lo que me pregunto es si eso no le acarreará un efecto negativo a mi salud. Estoy yendo contra mi naturaleza. Y eso siempre sale mal.

Las horas van pasando. Cuando empieza a atardecer y la luz se filtra por las finas cortinas del salón, me fijo en que Vikram pasa la última página y regresa a la primera con la intención de releerlo.

Aparto la tablet y la dejo sobre la mesa. Pensativa, la rodeo y me siento a su lado. Le retiro el pelo de la cara colocándoselo detrás de la oreja.

—¿Te ha gustado? —susurro.

Vikram ladea la cabeza hacia mí. Parece abstraído.

«Es espantoso. ¿Esto pasó de verdad?».

—No. Es solo un cuento. Ficción. Sé que eso en la Confederación no existe, porque a vosotros os pasan cosas tan divertidas y fantásticas que no necesitáis inventaros nada, pero aquí las historias las teje la imaginación.

«¿Y por qué a alguien se le ocurriría algo así?».

—Para poner de relieve la perversión de la ciencia. Eso que has leído se ha entendido siempre como una crítica a la corrupción de la naturaleza a través del afán de experimentación.

Vikram no responde de primeras.

«El Hacedor me llamaba así», retoma al fin, tras un buen rato abstraído. «*Frankenstein*».

—Tú eres mucho más guapo. Y no matas por venganza. —Tuerzo la boca ante mis propias palabras—. Al menos, no siempre.

«Si no fui a buscar a sus seres queridos, fue porque no sabía quiénes eran ni dónde encontrarlos», reconoce. «Frankenstein lo tuvo fácil en ese aspecto».

Ese comentario me alarma.

—Si lo supieras ahora, tampoco lo harías, ¿verdad? No te vengarías.

«Ya no», responde sin pararse a pensarlo. «Una vez el odio se asienta, ni siquiera tienes la necesidad de hablar de él».

Aparta el libro a un lado y recoge las piernas para sentarse en posición de loto. Sus ojos permanecen fijos en la portada de la novela.

«Víctor merecía morir. Era el villano de la historia. Si no hubiera

abandonado a Frankenstein, este no habría cometido atrocidades».

Apoyo la mejilla en su hombro.

—Estoy segura de eso. —Espero un segundo para preguntar algo que lleva un tiempo quemándome—: ¿Qué sientes con exactitud por el Hacedor? ¿Solo odio?

«También agradecimiento, admiración y asco. Es una criatura maquiavélica y enferma, pero me prometió que me haría invencible y que nadie me encontraría, y cumplió su promesa».

—Pero ¿a qué precio?

«A un precio que, en realidad, yo accedí a pagar. Sabía que dolería, solo que no imaginé hasta qué punto. Sabía que las leyes del equilibrio me exigirían algo a cambio de la intocabilidad, y, aun así, acepté».

Traza su contestación despacio y con dificultad en mi mente, con la mirada clavada en el televisor apagado.

Le paso un brazo por los hombros antes de acurrucarme.

«Ningún hombre debería desafiar a la naturaleza creyéndose con el poder de dar vida», concluye pasado un rato. «Pero si lo hiciera, no debería dedicar su talento a crear asesinos como yo».

—Creó a un experto de la defensa personal que conoce los puntos débiles del enemigo, traza estrategias bélicas perfectas y podría reducir a alguien solo si se lo propusiera —especifico—. Porque, si no te lo propones...

«Matar está en mi composición genética, llorona», replica, mandando al infierno mi castillo de ilusiones. «Cuando golpeé al hombre que se acercó a Elsa, sentí satisfacción. Ese soy yo. Estoy sediento de sangre y me desprecio por ello».

—¿Y no puedes redirigir esa sed de sangre?, ¿enfocarla en otra actividad? Supongo que tu cuerpo produce energía y sientes que debes hacer algo, y que tu impulso para quedarte satisfecho, en parte por costumbre, es matar. Podrías hacer otra cosa en su lugar cuando te den esos subidones.

Vikram ladea la cabeza hacia mí con un atisbo de sonrisa traviesa. Acaricia el puente de mi nariz en línea recta con la yema del índice. Sigue por el relieve de mis labios y la barbilla hasta el escote de mi sencilla camiseta de algodón.

«Solo se me ocurre una cosa».

—No sé cuántas veces al día te darán los brotes psicóticos que te exigen el derramamiento de sangre, pero si te viene con la frecuencia con la que nos acostamos, Vikram, no tengo tanto aguante —me quejo —. No podré complacerte siempre.

Sigo con el rabillo del ojo el viaje que hacen sus dedos al interior de la camiseta. No llevo sujetador. Se me seca la garganta cuando empieza a acariciar mi pecho trazando círculos hipnotizadores y me pellizca el pezón.

Vikram acerca su cara a la mía y me lame el labio inferior con delicadeza... Y ya estoy hiperventilando.

¿Cuándo dejará de ponerme nerviosa? ¿Una pobre chica no se acostumbra nunca a las atenciones de su novio sobrenatural?

«Cuando Frankenstein se cruza con Víctor, le pide una compañera. Una mujer».

Gimoteo un «ajá» mientras él sigue bajando por mi vientre, haciéndome cosquillas en el ombligo, hasta meter la mano debajo del pantalón deportivo.

Respingo cuando sus dedos rozan mi hendidura.

—¿Tú habrías hecho lo mismo? —tartamudeo.

«Puede ser».

Me besa con suavidad en la esquina de la boca, debajo del labio, en la punta de la nariz... Su aliento huele a brisa marina, y me calienta como el fuego de una hoguera.

—No te creo. —Tiemblo y exhalo con brusquedad cuando empieza a frotarme el clítoris con el pulgar. Me aferro a las mantas del sofá y roto las caderas hacia él. Vikram me está mirando con los ojos vidriosos—. Si pudieras pedir cualquier deseo, cualquier cosa, ¿qué pedirías?

«¿Al Hacedor?». Con el brazo libre, tira de mí para sentarme en su regazo. Me sostiene en el sitio hundiendo los dedos en una de mis nalgas. «¿O a la Creadora? Porque si pienso en ella se me ocurren muchos deseos con los que podría atosigarla».

—¿Aparte del perro? —Jadeo y echo la cabeza hacia atrás cuando me penetra con un dedo. Empujo las caderas hacia delante—. ¿Qué podría hacer la Creadora por ti?

Vikram me coge de la nuca y me acerca a él para besarme muy lento, muy húmedo, muy sexual. Intento cerrar los muslos para apretarlo dentro de mí, y solo relajo los músculos para que pueda introducir también el anular. Me vuelco hacia delante y apoyo las manos en su pecho.

Solo se separa un poco para mirarme mientras se relame.

«¿Puedo pedir cualquier cosa? ¿Incluso en esta... situación?».

Me muevo encima de él con lentitud, dándome tiempo a notar mi propia humedad.

—¿Qué quieres? —susurro. El estómago me da un vuelco al verlo con los ojos entornados, usando la mano con la que no me tortura deliciosamente para bajarse la bragueta.

«Quiero metértela en la boca. Quiero que te arrodilles ante mí».

Intento tragar saliva, pero esta ha desaparecido. Despego los labios y desvío la mirada a su erección, un miembro grueso, tenso y que se alza entre una mata de vello negro como un elemento de dominación. Él aprovecha que tengo la boca entreabierta para acariciarme el labio

inferior con el pulgar.

«Apuesto a que esas no han sido las seis palabras más mágicas que me has oído decir». Parece divertido, pero debajo del humor, está ardiendo, igual que ardo yo cuando me penetra con un tercer dedo y empieza a masturbarme más rápido. «Tienes una boca deliciosa, llorona».

Me la muerdo inconscientemente y me agarro a sus hombros para mover las caderas a su ritmo. Me siento cerca de explotar cuando los rota y dobla dentro de mí, pulsando un punto de la pared rugosa capaz de nublarme la vista. «Quiero metértela en la boca», ha dicho. Cierro los ojos, sin dejar de menear las caderas y jadear entrecortada, y separo los labios al imaginarme con su erección en la boca. Su expresión de placer. Sus ojos echando chispas. Y conforme más me acerco al orgasmo, más nítida se hace mi fantasía. Me humedezco los labios y los separo más; saco un poco la lengua y juraría que puedo sentir su piel ardiendo en mi paladar, su sabor salado, su presión empujando al fondo de la garganta...

El orgasmo me arrasa. Le clavo las uñas en la espalda, presa de los espasmos que me envían al limbo durante los segundos más dulces, y grito. Grito porque tengo la boca abierta y él me acaba de morder el cuello para dejarme marca.

Cuando vuelvo en mí, apoyo la frente en la suya, sudorosa, y dejo las manos sobre su pecho. Su corazón late acelerado, al igual que el mío.

Vikram saca los dedos muy despacio, dándome tiempo a estremecerme, y yo me deslizo fuera del sofá sin soltarlo. Permito que mis palmas vayan resbalando por la zona pectoral, el vientre, hasta apoyarme en los tendones fuertes de sus ingles. Se me escapa un suspiro al acariciar su erección con la mano.

Intercambio una rápida mirada con él. Entre los poderosos muslos, emana un calor inhumano que me hace la boca agua. Jamás he hecho esto, pero es lo último que me importa cuando sus rodillas me encierran por los hombros.

—¿Es una especie de fantasía de dominación tuya?

«Es solo una fantasía de tantas».

Al principio dudosa, saco la lengua para recorrer el prepucio húmedo. Su sabor me inunda la boca y provoca un estremecimiento exagerado en todo mi cuerpo. Ladeo la cabeza para repetirlo por toda su longitud. Él se estremece. Desde mi posición, su mandíbula tensa destaca como la de un dios invencible. Su disfrute me inspira y no pienso más al engullirlo. Es grande, pero yo tengo una boca que puede albergarlo. Devorarlo se convierte en un acto irresistible en cuanto noto su miembro pulsando contra mi lengua. Por intuición, lo succiono y lo chupo según me permiten mis límites, sosteniéndolo a la

vez por la base con firmeza. Quiero levantar la vista y ver cómo jadea, pero tengo que conformarme con escucharlo. Y es suficiente para encender de nuevo el fuego en mi estómago. Cierro los ojos y pongo a prueba la profundidad de mi garganta, comprimiéndolo entre mis paredes hasta que las arcadas me provocan sudores y escalofríos. Separo las rodillas y me rozo el clítoris sensible con la mano libre, fantaseando de nuevo con tenerlo entre las piernas. Y entonces él se corre. Lo percibo en la contracción de su cuerpo antes de que se deshaga, y me da tiempo a apartarme y que solo me manche el escote.

Ni siquiera me da tiempo a comprobar que estoy limpia. Vikram me rodea la nuca y me ordena con la mirada que me levante. En un abrir y cerrar de ojos estoy tumbada sobre la espalda, y él se estira sobre mí medio desnudo. Me separa las rodillas y no se molesta en sacarme los pantalones cortos: solo lo retira a un lado, al igual que las bragas, para ensartarme de una embestida.

Mis manos vuelan a su espalda, y las lágrimas acuden a mis ojos. Todo mi cuerpo se resiente por el delicioso dolor inicial de la repentina estocada, y poco a poco se va derritiendo para transformarlo en puro placer; uno que me convierte en una máquina de suspiros y gemidos que Vikram me devuelve jadeando contra mis labios.

—Si yo pudiera pedir un deseo... —balbuceo, abrazada con fuerza a él. Le rodeo la cintura con las piernas—. Pediría poder escuchar tu voz.

Vikram apoya la frente entre mis pechos, y detiene el acelerado vaivén un segundo antes de retomar el ritmo salvaje. Sus labios encuentran los míos, y solo se separa para permitirme responder después de aclarar:

«Si pudiera, hablaría solo para ti».

—¿Es... es un deseo imposible? —atino a balbucear.

Me mira entristecido por mí, no por sus carencias.

«Lo siento», es lo único que dice.

La oleada de un nuevo orgasmo impide que la pena cobre intensidad dentro de mí. Se me olvida incluso por qué me lamentaba cuando Vikram aumenta la presión y profundidad de cada embestida y me aplasta al cubrirme con su cuerpo, tan exhausto tras el clímax como yo. Me parece que la piel se me deshace, resbaladiza, al abrazarme a su espalda.

Él se las arregla para encontrar un hueco en mi cuello para reposar y recobrar el aliento. No sé cómo lo hace, pero pesa menos que una pluma al tenderse sobre mí.

«Si tuviera un deseo, si pudiera pedir cualquier cosa», retoma unos segundos después, «rogaría por volver a ver a mi madre. Solo una vez. La última».

Un nudo se me forma en la garganta.

—¿Por qué?

«Quiero que sepa que no la culpo ni la odio por no elegirme. Que entiendo por qué actuó como lo hizo».

—¿Sabes si está viva?

«Debería. Me gusta pensar que sí».

El timbre interrumpe nuestro momento y mi siguiente pregunta. Hay que aprovechar que está hablador —no puedo usar ninguna otra palabra— para sonsacarle cómo se siente.

Vikram se incorpora solo un poco, mosqueado con la visita.

«¿Quién es?».

—No lo sé, no soy adivina.

«¿Has hablado con Elsa y las demás?».

—Sí, las llamé al día siguiente de irme corriendo de la discoteca. Les he dicho que necesito estar tranquila y que no me aporreen la puerta. —Vikram me inmoviliza cuando intento incorporarme—. ¿Qué haces? —me río—. Tengo que ir.

«No tienes por qué».

Y vuelve a introducirse dentro de mí, esta vez con lentitud, sosteniéndome la mirada con los ojos ahogados en deseo y la mandíbula apretada. Mi cuerpo se abre para él; las rodillas se me derrumban a ambos lados, mi espalda se arquea, suspiro, rendida.

—¿Y si es importante? —murmuro sin voz. Vikram se mueve entre mis muslos muy despacio, casi sin hacer ruido, como si nos estuviéramos escondiendo del visitante.

«No creo que lo sea».

—¿Sabes algo que yo no?

«Tengo un mal presentimiento».

—No seas ridículo. —Le doy un manotazo amistoso, pero él me coge del antebrazo, aprovechando que puede sostenerse con una sola mano, y me besa la cara interna de la muñeca.

Quiero fulminarlo con la mirada por retenerme, pero no puedo. Su cuerpo entero me retiene, sus embestidas a veces impacientes, a veces reveladoras de la ternura que siente por mí. No recuerdo haber sido una persona sexual jamás, pero tenerlo encima, sudando y mirándome de esa manera, saca a la luz una faceta desconocida que me hace sentir vibrante y perfecta. Así que me rindo a sus caricias y lo aprieto contra mi pecho, bien agarrado de las nalgas, para que se vacíe dentro de mí.

Mi cuerpo se queda resentido cuando retira su miembro. Vikram se da cuenta de que tiemblo por acción del último orgasmo, cuyos efectos aún laten en mi piel, y se me eriza el vello, y me observa con esa expresión salvaje que lo altera todo: a él, a mí, al entorno.

Me pongo de pie antes de que se las arregle para convencerme de ignorar a quien sea, pero tira de mí de nuevo en cuanto me doy la

vuelta para robarme un beso sujetándome por las caderas.

Las piernas me tiemblan.

—Vikram... —Jadeo—. ¿Sabes que los hombres humanos no pueden echar varios polvos seguidos?

«Me gusta la expresión "echar un polvo". Suena mágico».

Con él, desde luego que lo es.

«He oído eso», apostilla, guiñándome un ojo.

—Estupendo. Aprovecha y alimenta tu ego.

Echo a correr hacia el recibidor dando saltitos para que no me atrape, y me arreglo un poco el pelo y la camiseta antes de abrir la puerta con una sonrisa idiota.

La sonrisa se me hiela en la cara.

—¿Roberto?

26

Al final no es un mal presentimiento. Es mi exmarido.

O sea, que es el mal, sí, pero encarnado.

Hecho hombre.

Hombre que tenía la cara de preocupación preparada para Dios sabe qué antes de que le abriese la puerta.

En cuanto me echa una mirada de arriba abajo, la expresión es sustituida por una mueca de asombro.

Por un momento no sé qué decir. La última vez que nos vimos fue en el bufete de abogados. Recuerdo que la mujer que le representaba lucía una impecable coleta rubia, y que se puso de mi parte. Me defendió.

No sabría dar más detalles de aquella fatídica mañana. Incluso sus palabras, aquellas que tan mal me sentaron, están borrosas. Pero la sensación de ser insuficiente y la desazón siguen instaladas en mi cuerpo como un recuerdo perenne de mi fracaso, unidos a su nombre, su rostro y esa historia en común que me da la impresión de haber sufrido en alguna de mis vidas previas.

Me llevo una mano a la cabeza, aturdida.

—¿Qué haces aquí? —balbuceo al fin, cerrando un poquito la puerta para que no vea mi apartamento.

Nuestro apartamento.

Bah, ahora es mío. Que se joda.

Roberto cambia el peso de pierna. Sigue teniendo los ojos azules, la barba recortada y el ralo cabello rubio peinado con el detallismo de un perfeccionista con miedo a la alopecia, esto para que no se note que en diez años estará calvo como una bola de billar.

Era muy inseguro sobre eso.

Nunca bromearía al respecto.

Sobre todo porque Elsa se burla por mí, por ella y por todos nosotros. Es muy cruel cuando quiere.

—Eh... —Se rasca la nuca—. El otro día me encontré a Elsa en el supermercado. Como vivimos cerca... Bueno, tu hermana alquila un piso al lado del que tiene mi madre, y como ahora estoy con ella mientras encuentro apartamento, pues... nos cruzamos.

Ah, su madre.

Como diría Elsa, «gran persona, mejor grano entre las aletas del culo».

—El caso es que me dijo que habías tenido una especie de

accidente y estabas en tratamiento. No lo recuerdo muy bien, pero quería asegurarme de que ibas... mejorando y enterarme de si necesitabas algo. Para, ya sabes... —Agacha la barbilla y se mira el pie, que no ha dejado de rotar como un adolescente nervioso— ayudarte.

Pongo los ojos como platos.

—¿Ayudarme?

A él le molesta percibir una nota de asombro en mi tono.

—Llevo unos días llamándote —se defiende, mosqueado—, pero me salía que estaba apagado o fuera de cobertura. La última vez, la operadora me explicó que el número ya no pertenecía a ningún particular. No habría venido en persona si hubiese tenido tu nuevo móvil.

De acuerdo, a ver. Diana, piensa. Tu ex ha venido a verte para cerciorarse de que te encuentras bien porque, por lo visto, tu hermana es imbécil y no sabe cerrar el pico.

¿Qué esperaba al contarle eso? ¿Hacerle sentir mal? ¿Recordarle que hay quien me quiere y se preocupa por mí? Qué más da, la compleja psicología de Elsa Balderas es mejor dejarla para luego.

Tengo varias opciones.

A) Decirle que se vaya a tomar por culo, dicho mal y pronto.

B) Darle las gracias, un poquito de conversación y despedirnos rápido. Es lo que haría toda una señora.

Importante: quedarse boqueando en medio del recibidor no es una opción.

—¿Puedo pasar? —pregunta él.

—¿Qué? No, lo siento, Roberto. Estoy con alguien.

—¿A estas horas? ¿Con quién?

¿Como que «con quién»? ¿Y a qué se debe la incredulidad en su tono?

Voy a tener que echar mano de la opción A.

—Con el debido respeto, Roberto, eso a ti no te concierne. Agradezco tu visita, la preocupación y todo lo demás, pero me pillas muy ocupada ahora mismo. Si no te importa...

Él tuerce el gesto.

—Si hubiera sabido que serías tan poco hospitalaria, no me habría molestado en venir.

Me deja de una pieza que me salga a la defensiva.

—Nadie te pidió que vinieras —le recuerdo, más sorprendida que enfadada.

—¡Me preocupaba tu estado!

—Sí, ya. Te recuerdo que ya no somos marido y mujer, puedes irle a otra con ese cuento —apostillo, empezando a impacientarme. Me cuesta contenerme para no soltarle que se largue. O una bofetada de

telenovela—. Buenas noches, Roberto.

Roberto mete el pie en la rendija antes de que cierre la puerta.

—¿No tienes nada para mí?

—¿Para ti? ¿A qué te refieres? Si crees que voy a darte el abrazo de la paz o algo así, estás muy equivocado.

—Joder, Diana, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué eres tan borde? He venido a verte, a pasar el rato contigo, y...

—¿A las nueve menos cinco de la noche? —replico después de consultar el reloj que cuelga de la pared del recibidor—. Te conozco muy bien y sé a qué has venido. No lo vas a tener. Pero no creo que lo lamentes. A fin de cuentas, yo no era la mejor en la cama, ¿no?

Roberto se ruboriza, y no creo que sea por la vergüenza, porque, ni la tiene, ni la conoce.

—Dije todo eso porque estaba furioso, pero no lo pensaba. Creí que podríamos dejarlo atrás.

—¿Dejarlo atrás? —Ahora sí que me salen los ojos de las órbitas—. Pero ¿qué te has creído? ¿Que por venir a verme estando yo enferma iba a olvidar lo que me hiciste pasar en el bufete de abogados? ¿O que incluso íbamos a acostarnos? ¿Por quién coño me has tomado?

He ido alzando la voz sin darme cuenta, y eso no le ha hecho ni pizca de gracia.

—A mí no me hables así —me advierte.

—Te hablaré como me dé la gana, que para eso esta es mi casa y te has atrevido a invadirla y a perturbar mi tranquilidad como si no valiera nada. Una vez más —apostillo con rabia.

«¿Qué pasa? ¿Quién es?».

Me giro al tiempo que Vikram aparece detrás de mí. Tira de la puerta con suavidad para ver quién es el molesto personaje. Roberto y Vikram se miden con la mirada, cada uno a un lado del umbral. En lugar de estremecerse de miedo, mi exmarido se queda patidifuso. Por lo menos, al principio. Luego se va poniendo más y más colorado.

La estampa no deja lugar a dudas. Vikram viste tan solo unos pantalones, está despeinado, y yo no voy mucho mejor con la camiseta arrugada deslizándose por uno de mis hombros y la piel brillando por el sudor. Si nos hubiera visto a cada uno por separado, habría pensado que acabamos de despertarnos de la siesta. Pero los dos juntos transmitimos otra impresión.

—¿Quién es ese? —espeta Roberto, fuera de sí—. ¿Qué hace en mi casa?

—¿Tu casa? —repito, pasmada—. Esta casa es solo mía. Te recuerdo que lo reconoció hasta tu propia abogada. Me la legaron mis padres, y pagué cada recibo gracias a esos empleos que tú considerabas de muy bajo nivel intelectual y a las regalías de mis humillantes «novelitas». —Hago las comillas con los dedos.

—Estamos de acuerdo en que ser la clase de mujer que se acuesta con cualquiera es muy humillante. ¿A eso te dedicas desde que nos separamos? ¿A follar con desconocidos?

La sangre me empieza a hervir.

—Vikram es mi pareja.

—¿Vikram? —repite, al borde de la risa—. ¿Qué clase de nombre es ese? Te lo has debido traer de Marruecos o de la India. ¿Qué, lo has conocido por Internet? ¿Sale contigo a cambio del certificado de residencia?

Aprieto los labios. La sangre me empieza a hervir.

—No tengo tiempo para estupideces, Roberto. Haz el favor de irte a casa antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte.

—¿Y qué pasa? —Se cruza de brazos, divertido—. ¿No habla?

—Es mudo.

—Ah, es mudo. —Se ríe, y un instinto asesino que no sabía que tenía intenta convencerme de abofetearle—. Ya veo, te lo has buscado así para que no te diga las cosas que no quieres oír, ¿no?

—Lo único que no quiero oír son tus gilipolleces. Lárgate y no vuelvas a acercarte a mí, Roberto.

Él hace una mueca asqueada.

—Nunca pensé que, aparte de todo lo que ya eres, serías además una zorra. Igualita que tu hermana mediana, ¿eh? De tal palo, tal astilla. ¿Es que no has visto cómo...?

No le da tiempo a terminar la oración. En un abrir y cerrar de ojos, Vikram deja de cubrirme la espalda para encargarse de Roberto, y lo hace de una manera que me saca el alma del cuerpo.

No lo golpea. No le suelta un puñetazo. Lo levanta del suelo, cogiéndolo por el cuello, y, sin aparente esfuerzo, lo arroja al fondo del pasillo. Roberto se estrella contra la pared de enfrente, a unos tres, cuatro metros de distancia.

Estoy segura de que jamás olvidaré la visión de su cuerpo desmadejado, un muñeco roto desplomándose inconsciente en el suelo.

Grito de horror y echo a correr hacia él. La sangre se me agolpa en los oídos, y por un segundo me parece que me voy a desmayar.

¿Está muerto? ¿Lo ha matado?

Me desespero buscándole el pulso y casi me echo a llorar al no escucharlo.

¿Cómo iba a escucharlo, si todo cuanto puedo oír es el latido de mi corazón?

Ladeo la cabeza hacia Vikram, que asiste a la escena sin mover una pestaña. Detecto cierto regocijo perverso en el brillo de sus ojos, orgullo en la pose con la que espera, casi con impaciencia, a que Roberto deje de respirar.

—¿Qué has hecho? —balbuceo con un hilo de voz—. Ven aquí ahora mismo. Tenemos que llevarlo al hospital. No parece que esté respirando, y...

Me mareo al notar la mano empapada de un líquido caliente después de incorporarlo tomándolo de la nuca. De su cabeza mana la sangre, que no tarda en crear un charco debajo.

Nunca he visto tanta sangre.

Creo que además estoy viendo doble.

—Vi... Vi... Vikram —tartamudeo—. Ayúdame a cargarlo, ayúdame a...

Vikram se materializa a mi lado y se echa a Roberto sobre el hombro, obediente. Me quedo un segundo arrodillada, mirándome las manos manchadas, las piernas salpicadas, el suelo empapado. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para incorporarme y bajar las escaleras a trompicones para guiarlo al hospital. Vikram me sigue en completo silencio. No me atrevo ni a mirarlo a él, ni a mirar a Roberto, pero no suelto su muñeca para cerciorarme de que su corazón sigue latiendo.

¿Puede alguien morir de un golpe como ese?

Por supuesto que sí. Me extraña que no le haya reventado la cabeza.

Los auxiliares de urgencias preparan enseguida una camilla y se lo llevan a las profundidades del hospital para hacerle una revisión inmediata. Miro a un lado y a otro en busca de Alonso, pero no hay ni rastro de él.

Me abrazo a mí misma, sin darme cuenta de que me estoy manchando con la sangre. La sangre de mi exmarido. No voy a llorar, y menos aún de miedo. No voy a llorar de dolor, ni de decepción. Me lo he prometido. Pero si quiero cumplirlo...

—Ahora, haz el favor de largarte —musito, sintiendo la presencia de Vikram a mi espalda—. Vete a casa.

Debe de saber que no estoy para bromas o insistencias y que he llegado a mi límite, porque se esfuma al segundo, dejándome sola en la sala de espera.

No sé cuánto rato ha pasado desde que Roberto desapareció inconsciente por las puertas automáticas. En este periodo de tiempo me han ofrecido una toalla para limpiarme, un té asqueroso que me he bebido a sorbitos, una bata de hospital para no pasar frío e incluso un poco de compañía.

Me conocen porque Elsa es famosa por sus sobredosis y resulta que la he traído a cuestas más de una vez. También porque mi padre

trabajó como enfermero hasta el día de su jubilación. Es una suerte que viva al lado, o sabe Dios lo que habría sucedido.

No tengo el móvil a mano para entretenerme. Solo puedo mirar hacia todos los accesos con ansiedad, rascarme la piel de los brazos como si aún la tuviera manchada de sangre y repetir una y otra vez el momento del golpe.

Si cierro los ojos, juro que puedo oír el crujido de sus huesos al dar contra la pared. Un crujido aún más espantoso que el del cuello de Rheil.

¿Y si le ha partido la columna? ¿Y si lo ha dejado parapléjico? Es mi exmarido, una persona que no me cae nada bien y a la que le deseaba que encontrase a una mujer, se enamorase de ella hasta las trancas y esta luego le partiera el corazón. Solo eso, un corazón roto, no tres costillas, el cráneo y quién sabe qué más.

—¡Diana! —exclama una voz familiar. Levanto la cabeza y me topo con un alegre Alonso que avanza hacia mí con la mano en alto. Su sonrisa va menguando conforme se acerca, comprendiendo lo que significa que me haya encontrado aquí. Otra vez—. ¿Qué ha pasado?

Me cuesta tragar saliva.

—Mi ex... Mi ex ha venido a verme, y...

—Tu ex. Intento de homicidio, entonces —bromea. Al ver mi cara de espanto, traga saliva, avergonzado—. Dios, ha habido un problema grave de verdad, ¿no? Han metido a un hombre en el quirófano de urgencia hace tan solo una hora por un derrame cerebral.

—¡¿Un derrame cerebral?! —repito, alarmada. No puedo contenerme más y arranco a llorar—. No puede ser. Lo ha matado. Lo ha matado...

—¿Quién ha matado a quién? Diana... —Alonso se sienta a mi lado y me pone una mano amable y paciente en el muslo—. ¿Qué ha ocurrido?

Voy a contarle lo sucedido, pero en el último momento recuerdo que Alonso podría no ser de fiar —y que si Roberto denunciara la agresión, Alonso tendría que decir la verdad en los tribunales— y decoro un poco la historia.

Según parece, Roberto y Vikram se han peleado en el rellano del bloque, y, al irse tambaleándose, mi exmarido ha acabado cayéndose por las escaleras y dándose con la pared.

Alonso escucha con los ojos muy abiertos.

—Desde luego, Diana, a ti te pasan las cosas más extrañas. Siempre estás en medio de todo —se lamenta, meneando la cabeza. Me estrecha la mano—. ¿Tú te encuentras bien?

—Casi me muero del susto, pero no soy la que peor parada ha salido.

—No, parece que no —decreta, después de revisarme con su

mirada de médico serio—. ¿Y Vikram?

—Ya sabes cómo es. A él un par de golpecitos no le hacen nada. Es indestructible.

—Y un poco peligroso, según se ve —agrega muy despacio, como si no quisiera ofenderme y, a la vez, necesitara desahogarse. A él tampoco le gustó el numerito en Ganivet—. Su derechazo casi le saltó un ojo al chico de la discoteca. He atendido muchos golpes de palizas en mis guardias nocturnas de Año Nuevo, pero no había visto jamás semejante arrebato de fuerza desmedida. No soy nadie para decir esto, Diana, pero tu novio tiene que aprender a controlarse o acabará en un aprieto.

Agacho la mirada.

—Lo sé.

Hay un breve silencio que él se encarga de romper con un suspiro. Me da una palmadita en la espalda.

—No te tortures, mujer, esto no es tu culpa. Los hombres nos ponemos muy territoriales cuando se trata de nuestra chica. —Me guiña un ojo. Por un momento me acuerdo de Dareon: ese mismo tono cálido, esa coquetería natural. La reminiscencia me rompe un poquito más—. ¿De dónde te lo has sacado, si puede saberse? Parece un personaje de *Overwatch*, el cabrón. De hecho, me recuerda a Hanzo.

Me seco las lágrimas con el pañuelo que me ofrece.

—¿Te gustan a videojuegos? —le pregunto para distraerme.

—Sí —reconoce, encogiéndose un tanto por la vergüenza. Me mira de soslayo, intrigado por mi reacción y también temiendo que lo censure. Se relaja al ver que no le juzgo—, aunque no puedo disfrutarlos tanto como me gustaría. Tengo poco tiempo libre para repartir entre mis amistades, mi familia, mis aficiones y pasarme por el laboratorio de mi mentor.

«El laboratorio de mi mentor».

Eso capta mi atención.

—¿Qué laboratorio es?

—Basante & CO, de Jor...

—Jorge Basante —completo. Me empiezan a sudar las palmas por los nervios—. He oído hablar de él. Tú... ¿lo conoces?

—¿En persona? ¡Qué va, hombre, si lleva años enterrado! Lo que pasa es que amasó una fortuna tal que, hoy día, su dinero sigue financiando nuestras investigaciones. Mi mentor es el doctor Salcedo, uno de sus nietos, si no recuerdo mal.

Intento aparentar una curiosidad cortés.

—¿A qué dedica sus instalaciones?

—Se investiga la cura del alzhéimer y un medicamento efectivo contra la metástasis. Son solo dos de todas las partidas que Basante financia. Me interesó unirme porque mi padre falleció padeciendo esas

dos enfermedades. —Hace una pequeña pausa que denota que la mención de su padre todavía le duele. Me apiado de él dándole un apretón de mano—. Los laboratorios de Basante son inmensos y abarcan diversas investigaciones. Sé que se trae entre manos otras obras, pero sobre esas no tengo ni idea. Me parece que también andaban detrás del sida.

Alonso parece sincero. Transmite confianza, serenidad y paciencia, cualidades que, sin duda, ha de poseer un buen médico. Su mirada transparente consigue calmar mis nervios.

—¿Diana Balderas? —me llama una enfermera desde las puertas. Me pongo en pie como un resorte—. Roberto Garrido está ya en su habitación. Lo hemos estabilizado y ha despertado hace unos minutos. Puede pasar a verlo.

—Gracias al cielo —murmuro. Ladeo la cabeza hacia Alonso, que me sonríe con una mezcla de comprensión y picardía.

—Apuesto a que nunca pensaste que te alegrarías de que tu ex estuviera vivo.

Es una broma de pésimo gusto, pero me permito una liberadora carcajada de pecho. Le doy un empujón amistoso y echo a correr —a andar rápido, tras recibir la mirada censuradora de la enfermera— hacia la habitación.

No, la verdad es que jamás lo habría imaginado.

Pero mira qué vueltas da la vida.

27

Resulta que el tipo del derrame no era Roberto, pero le han tenido que hacer un TAC entre otras pruebas para cerciorarse de que no padece daños cerebrales. Aun así, parece que se le han roto un par de vértebras, además de tener una herida abierta en la cabeza.

—No ha afectado a la médula espinal —explica la médica—. De puro milagro, es cierto, pero dudamos que estas lesiones vayan a afectarle a...

—No le interesa —gruñe Roberto, interrumpiéndola—. Hace tiempo desde que no es mi mujer.

Lo censuro con la mirada.

—No es el momento de ser un estúpido orgulloso ahora, ¿o ves a alguien más dispuesto a pasar la noche velándote? —Se tiene que callar, y cuánto me complace eso. Vuelco toda mi respetuosa atención en la especialista—. Continúe, por favor.

La médica sacude la cabeza, como si comprendiera mi exasperación frente a los hombres.

—Como decía, es improbable que afecte a la habilidad motriz. Lo que sí es posible es que de aquí a un tiempo, los huesos de la columna colapsen y pierda estatura, haya cambios posturales graves o incluso se manifieste una joroba de Dowager.

—¿Joroba? —repito, perpleja.

—Se la denomina también cifosis. Es una curvatura de la columna que podría aparecer si no mejorase la situación del paciente. Le tendremos en observación.

—¿Y qué hay de la cabeza?

—Tiene un traumatismo craneal penetrante con una hemorragia subaracnoidea.

—¿En cristiano? —ruego, juntando las manos—. Nadie muere de eso, ¿verdad?

—Podría derivar en un aneurisma —lamenta con una mueca de dolor—. Si mostrara síntomas, en última instancia se le practicaría una craneotomía. Lo estaremos vigilando y le haremos exámenes imagenológicos para intervenir de inmediato si se diera alguna de las complicaciones. Mientras tanto, le estamos suministrando intravenosa una serie de analgésicos para el dolor, además de medicamentos para prevenir espasmos arteriales y convulsiones.

—¿Voy a convulsionar? —balbucea Roberto.

Las dos lo ignoramos.

—Muchísimas gracias, doctora.

—No hay de qué. Les dejo solos.

La médica desaparece, cerrando la puerta tras de sí con suma delicadeza. Yo tomo asiento junto a la cama, desde la que Roberto me mira aturdido, y apoyo la mano sobre la suya.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con gentileza.

—¿Cómo crees que me encuentro después de que tu chulo me hiciera volar por los aires? —me espeta.

Retiro la mano con los labios apretados.

—No quieres seguir por ahí, Roberto. Mira lo que ha pasado por culpa de tu arrebato irascible.

—¿Qué pasa?, ¿es que el tal Vikram también ha venido a velarme, y va a volver a zurrarme si me paso contigo? ¿Dónde lo tienes escondido?

—No está aquí. —Exhalo con los ojos cerrados—. Roberto, por favor, no lo hagas más difícil. Siento lo que ha pasado. Obviamente, por muy mal que me hablaras, no merecías acabar en el hospital. ¿Es suficiente disculpa para ti?

—Voy a denunciarlo.

Casi me atraganto al oírle decir eso con toda convicción. Tengo que armarme de una valentía que no siento para acercarme a él y aclarar:

—Mira, mi novio es un tipo muy peligroso. Si lo denuncias, acabarás metido en problemas peores. Tú no lo conoces y no sabes hasta dónde sería capaz de llegar si intentaras molestarme, pero yo sí, y créeme: te advierto porque no quiero que acabes peor. Invéntate que te has caído y todo irá bien, ¿de acuerdo? De lo contrario, una joroba y una serie de convulsiones serán caricias comparado con lo que te esperará.

Roberto me mira como si fuera la primera vez que me ve.

—No te reconozco —dice con voz queda.

Suspiro, rendida, y vuelvo a reclinarme en la silla.

—Apenas he cambiado, Roberto. El problema aquí es que nunca me has conocido; ¿cómo ibas entonces a reconocerme? —Sacudo la cabeza—. Te lo pido como favor personal: no la emprendas a denuncias, porque tienes las de perder. Y sabes muy bien que, si no te hubiera empujado él, te habría abofeteado yo. Eso que has dicho merecía un escarmiento.

Roberto me quita la cara para perder la mirada al otro lado de la ventana de la habitación.

No lo niega.

Puede tener cientos de defectos, pero no posee el de mentiroso. Y creo recordar que tenía unas pocas virtudes; por ejemplo, cuando se equivocaba, sabía rectificar. A veces, no de la mejor manera. Ya se ve que, para enmendar el error que fui yo, solo se le ocurrió desaparecer

y enviarme una carta firmada por una letrada.

—Me he puesto celoso —confiesa a regañadientes.

—¿Celoso? —repito—. No te importo un carajo, Roberto. Y no es que no me quieras ahora, que no nos une nada, sino que no me has querido jamás.

Roberto se gira para enfrentarme. Tiene los ojos vidriosos, supongo que por los analgésicos, por el dolor que experimenta su cuerpo pero él no percibe y quizá, solo quizá, por algo más.

—Claro que te quise. O quise a una parte de ti que no existía... Pero a todos nos ha pasado algo así. Todos nos enamoramos alguna vez de la idea que tenemos de alguien. Conocer a nuestra pareja tan en profundidad como para no llevarnos sorpresas desagradables es imposible.

—No estoy de acuerdo contigo, pero no voy a mantener una discusión filosófica ahora.

—De todos modos, no estoy celoso de él, sino... —Aprieta los labios y se queda callado.

Vuelvo a suspirar.

—¿Por qué no admites que has venido a mi casa a pedirme que te devuelva la 88? La *Diaethria anna* de tu colección de mariposas.

—No fui por eso. De verdad me preocupé —insiste, esta vez angustiado por si no me lo creo—. Diana, sé que no tengo ninguna credibilidad. Irme sin decirte nada, soltarte barbaridades en el despacho del abogado y culminar con lo que ha salido de mi boca hace un rato no me deja en buen lugar. Y no tengo perdón. Pero quiero que entiendas que no eres cualquiera para mí. A veces pienso en ti, y me arrepiento, pero la misma cobardía que me llevó a dejarte me ha impedido ir a buscarte otra vez.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han echado del trabajo? ¿No ligas ni a tiros? —adivino, reacia a tragarme sus patrañas.

No le dices a una persona lo que yo tuve que escuchar si no la odias o, por lo menos, no le tienes un asco que te impide respirar.

Roberto sacude la cabeza. Mala idea. Debe dolerle pese a los analgésicos, porque hace una mueca.

Aunque me gustaría regodearme al verlo de esa guisa, no puedo evitar compadecerme. Es un hombre. Humano. Frágil. Podría haber muerto de un golpe. Nadie merece morir solo por ser un pésimo marido. Me consta que, aunque conmigo se portara como un animal, es un gran amigo, un buen hijo y un excelente profesional en su campo.

—No eres la mujer con la que imaginaba que estaría cuando era más joven. No tenía la vida que pensaba que viviría. Estaba amargado... Estoy amargado —admite a desgana. Siempre le ha costado aceptar sus derrotas—, y solo se me ocurrió pagarlo con quien

estaba más cerca. No fue por maldad, no me malinterpretes. De verdad pensé que eras la culpable. Alimenté un odio sin fundamento hasta que pasó lo que pasó. Estallé. Y ahora que todo sigue igual, con la diferencia de que no estás conmigo, he caído en la cuenta de que el infeliz era yo. No necesitaba tu ayuda para odiarme a mí mismo.

—No me lo merecía, Roberto.

Se lo digo a él, pero a quien quiero convencer es a mí. Y, por primera vez, me lo creo.

No, no me lo merecía.

—No —cede, resignado—. Deberíamos haberlo hablado como adultos, debería haber dejado que me consolaras, que me ayudaras a encontrar el camino, pero... No veía la salida por ninguna parte. Un día me desperté horrorizado, más consciente que nunca de mi... ruina, y solo se me ocurrió huir. No se me pasó por la cabeza que tú podrías haberme acompañado mientras localizaba el porqué de mi malestar.

—A lo mejor no habría podido hacerlo. Sé por experiencia que nadie se encuentra a sí mismo por la gracia de Dios, mucho menos contando solo con la colaboración de su mujer.

—Pero tal vez la situación entre nosotros habría mejorado. Habríamos vuelto a ser...

—Roberto —interrumpo con una sonrisa compasiva—, aunque se nos diera bien fingir lo contrario porque nuestros horarios incompatibles nos permitían pasar tiempo separados, tú y yo nunca formamos un matrimonio feliz. Ahora me ves como la mujer perfecta, o como la única, porque estás desesperado, pero esos arrebatos que tú perjuras que no te definen, o que no definen lo que sucedió en el despacho del abogado, describieron la situación de maravilla. Duele admitirlo, pero es así. No has venido a verme porque me quieras, sino porque el tiempo, la distancia y la dudosa certeza de que has fracasado te han convencido de que podrías haber hecho las cosas de otra manera y de que podría no ser demasiado tarde.

—Pero es demasiado tarde, ¿no? —musita.

Suelto una risilla cansada.

—Roberto, no deberías dudar de tu instinto. Es el único impulso genuino del que podemos fiarnos, porque sale de las entrañas; es el único segundo en el que escuchamos la verdad que tratamos de acallar. Fue tu instinto el que te alejó de mí. No dejes que la presión social, el reloj biológico, la culpabilidad o lo que sea que te haya traído hasta mí te hagan creer que tu destino es estar conmigo.

—¿Cómo puedes estar segura de que no lo es? —se queja—. ¿Acaso tú has encontrado tu destino en otra persona? ¿Es eso? ¿Estás enamorada del tío ese?

La mención pasiva a Vikram, en lugar de sobrecogerme de emoción, como cuando una está en la etapa del enamoramiento, dilata

una pena escondida durante demasiado tiempo.

—Lo más probable es que tampoco sea mi destino —reconozco en un murmullo, desolada—, pero por lo menos lo quiero, ¿sabes? Es lo único que he hecho por instinto y por amor. No he usado la cabeza para tomar ninguna decisión de las que me han guiado hasta él. Solo el corazón.

Roberto tuerce la boca.

—Suena arriesgado y peligroso.

—Porque lo es. Y supongo que, una vez pruebas la adrenalina, no quieres conformarte con una relación conveniente. Lo que tampoco significa que te hayas acostumbrado a vivir en el borde —agrego en voz baja, más para mí misma.

Él escucha con una atención que no me ha prestado jamás.

Es tan triste e irónico que solo nos intenten comprender cuando ya no queremos ni necesitamos que lo hagan...

—Te veo distinta —dice de repente.

—Debo interpretarlo como un halago, ¿no? Antes me veías como una fracasada. ¿Cómo dijiste? Alguien «asquerosamente normal». —Sonrío para mis adentros—. Si tú supieras...

—Siento todo lo que te dije, de verdad.

—Tranquilo, ya estoy bien. No me cabe más resentimiento en el alma, y no eres un peso con el que quiera cargar. Yo tampoco soy uno con el que quieras lidiar tú —le recuerdo—. Me dejaste, Roberto. A veces la gente intenta disfrazar los motivos de una ruptura: que si inseguridad, que si dudas, que si una convivencia difícil..., pero una separación significa siempre lo mismo, y es que no quedan fuerzas o interés para seguir intentándolo.

Los dos nos quedamos en silencio, mascando mis reflexiones.

Unos minutos después, y con una timidez impropia de él, Roberto vuelve a iniciar una conversación. Me pregunta por Vikram, por la escritura, por el futuro laboral de Elsa, por los estudios de Abril, por mis padres... Se interesa por cada aspecto de mi vida y escucha mis breves —y quizá algo secas, porque no se le pueden pedir peras al olmo— respuestas como si quisiera bebérselas. Memorizarlas.

—Hace unas semanas escuché a un par de chicas hablando sobre tu libro en el autobús. Una lo llevaba en el regazo, otra lo ojeaba en su Kindle, y ambas comentaban una de las últimas escenas. Sonaban tan entusiasmadas... Creo que esa tontería me hizo abrir los ojos. Pocas veces he oído a dos personas hablando de algo con tanto entusiasmo.

—Pues ¿sabes? Si lo hubieras leído, te habría gustado. Usé muchas de tus mariposas favoritas y tus manuales de plantas para crear la fauna y la flora de la Confederación.

«O eso pensaba yo».

—Lo sé —reconoce, avergonzado—. Lo compré hace una semana y

me lo leí en apenas una tarde. Me recordó a mis clásicos favoritos, *El Señor de los Anillos, El Hobbit*... Me hizo ilusión ver que habías llamado «Roberthus» a un antiguo rey.

Bueno, fue un monarca real de Aranrhod, pero... sí, fue un detallazo por mi parte. Un detallazo inmerecido, cerdo cabrón.

Continuamos hablando durante un buen rato. Y ese buen rato se convierte en una hora, en dos, en tres... Pasa la noche, llega la madrugada, y justo cuando está a punto de salir el sol, me duele la garganta, los ojos de haber derramado unas lágrimas traicioneras y el cuerpo por la postura en la silla, Roberto se queda dormido. Las enfermeras entran en la habitación para chequear que todo sigue en regla, como han hecho cada hora y media sin falta, y yo aprovecho ese momento para marcharme.

Cuando salgo del hospital, el cielo se encuentra en ese precioso limbo en el que la noche se rinde al amanecer: un cielo de tonos degradados me recibe del mismo ánimo melancólico que yo. Le acompaña la característica brisa fría de las mañanas y el silencio soñoliento de un nuevo día, que se puede ver en los ojos vidriosos de los transeúntes que no tienen ganas de correr hacia el transporte público y se arrebujan en sus chaquetas para ocultar un bostezo.

Inspiro hondo y me quedo unos minutos bajo la marquesina del edificio.

Dicen que Ra, el dios sol de la mitología egipcia, es el encargado del milagro del alba: rema en su barca para arrastrar al astro rey y rescatar al mundo de la oscuridad alzándolo hacia la cima del firmamento. Me imagino a Ra apurando los últimos empellones a la embarcación, soltando el remo e incorporándose, sudoroso, para admirar su obra con el antebrazo sobre la frente. Quizá se tendiera después y cerrara los ojos hasta que el bamboleo sutil de la barcaza lo sumiera en un merecido sueño.

Un amanecer después de una noche entera sin dormir puede ser revelador. Es el momento en el que las conclusiones pesimistas o solo nostálgicas a las que se llega por la noche deciden si desaparecer, alumbradas por la promesa del nuevo día, la nueva oportunidad, o permanecer donde están. Las mías se quedan a mi lado, y no como una carga, sino como una compañía esclarecedora, y me siguen a casa.

Vikram está de pie en el salón cuando llego. Sospecho que ha pasado las últimas horas dando vueltas, al borde de la locura. Espero a cerrar la puerta, que estaba entornada, como si hubiera aguardado mi llegada, para por fin mirarlo a los ojos.

Debo de presentar un aspecto lamentable: ojos hinchados, dolor de cervicales y melena despeinada.

Él me observa expectante. Más resignado que ansioso, porque sabe de buena tinta que no traigo buenas noticias.

—Podrías haberlo matado. —Es lo primero que digo con sorprendente serenidad—. Y aquí, los que matan, van a la cárcel. No quiero que acabes en la cárcel.

«No me arrepiento de lo que he hecho».

La arrogancia de su respuesta está a punto de tirar por la borda mi intento de llevar la conversación como una adulta. Resisto el latigazo de impotencia y cuadro los hombros.

—Ni siquiera sabes qué significa ser una zorra.

«No. Pero no sonó a halago».

Me froto los ojos cansados.

—Vikram, te juro que te entiendo. Entiendo todos y cada uno de los motivos por los que casi le rompes el cráneo a mi exmarido, porque yo también he querido hacerlo en más de una ocasión —expreso muy despacio, con voz calma—, pero que lo entienda no significa que esté dispuesta a tolerarlo. Ya armaste un numerito similar en la discoteca con el sobón de Elsa, y decidí pasarlo por alto porque no fue muy grave.

«Me has visto hacer cosas mucho peores», escribe con tiento en mi cabeza.

—En la Confederación, y no a una persona que me ha importado —apostillo—. Aquí no puedes dejarte llevar por lo que te pide la sangre. No puedes, Vikram; por ti, pero también por mí. No estoy dispuesta a ver cómo matas a alguien, ni mucho menos a ver cómo te esposan y te vuelven a meter en una celda. ¿O es eso lo que quieres?

Un músculo palpita en su mejilla. Se pasa una mano por la zona, como si quisiera controlar su reacción.

Acaba dejando caer el brazo junto a la cadera.

«¿Siquiera te has parado a pensar en lo difícil que es para mí estar aquí?».

—Muchas veces —respondo enseguida—. En infinidad de ocasiones, de hecho. Eso sigue sin justificar lo que ha pasado.

«Tú y yo no podemos quedarnos aquí», sentencia. «No encajamos. No podemos llevar una vida humana... y estamos involucrados en una guerra».

—No, no lo estamos.

«Lo estamos», insiste, dando un paso hacia mí. «Miénteme y dime que no le has dado vueltas. Miénteme y dime que no te acuerdas de Dareon cada día. Cada hora. No se despega de tu cabeza igual que rehúsa abandonar la mía».

Aparto la mirada.

—No quiero hablar de eso.

«Tenemos que hacerlo, te guste o no. No podemos actuar como si no hubiera existido. He sido paciente contigo este tiempo porque lo necesitabas, pero es una cuestión que hay que abordar ya».

—¡No era eso lo que estábamos discutiendo! —exclamo, al límite de mi paciencia—. ¡Estábamos hablando de que andas desatado, y de que si no te controlas, no sé a dónde demonios pretendes que lleguemos! ¡Bastante aterrada vivo ya para tener que asustarme cada vez que salgas a la calle o te relaciones con alguien!

Él se queda petrificado.

«¿Qué quieres decir con eso?».

Me seco las lágrimas que se me han saltado con el dorso de la mano.

«Yo estoy desatado porque no puedo permanecer de brazos cruzados mientras Dareon se muere, y tú estás así porque eres incapaz de afrontar lo que pasó en la Confederación», sentencia. «Tienes que hablar conmigo».

—¡No! —bramo a la desesperada—. ¡Tengo que olvidarme de eso, y como no te adaptes a la vida terrestre, tendré que olvidarme también de ti!

Él pestañea una sola vez.

«¿Así de fácil?».

—No, no sería fácil, Vikram. —Me cubro la cara con las manos—. Pero ¿a dónde crees que iremos a parar? ¿De verdad podrías acomodarte en la Tierra? ¿Podrías aprender a controlarte? ¿Y yo? ¿Podría... conformarme contigo?

«No eres la mujer con la que imaginé que estaría cuando era más joven», ha dicho Roberto. «No tenía la vida que pensaba que viviría».

Pienso sobre todo en esa segunda frase. No tengo la vida que creí que viviría, y esta no hace más que torcerse. Los momentos especiales con Vikram me han convencido durante un instante, un bello pero efímero instante, de que no pasaba nada, de que eso no importaba, pero sí importa.

Sí importa que seamos radicalmente diferentes. Sí importa que no pueda formar mi familia, tener mis propios hijos. Sí importa que Dareon me haya desgraciado para siempre y ya ni siquiera sepa dormir sin tener pesadillas.

«Es por el embarazo», deduce Vikram. Entrecierra los ojos. «¿Qué te molesta más? ¿No poder tener hijos, o que para mí sea imposible? Es obvio que, si el problema fuera mío, no perderías el tiempo conmigo».

—Basta. No vayas por ahí. Es un cúmulo de todo. Un todo que no... —Me miro las manos— que no sé cómo abordar. He llevado la clase de vida en la que los días eran iguales. No habría podido distinguir los años. Meses solapados con meses. Y, de pronto, una serie de cambios se suceden de forma vertiginosa, brutal, inabordable... Me quiero aferrar a ti Vikram, pero me tiemblan las manos, y tú no sabes ni cómo ayudarte a ti mismo.

Él se queda callado.

Su silencio me duele.

—¿Qué pasará? —le pregunto con un hilo de voz—. ¿Qué va a pasar, eh, Vikram? ¿Te acostumbrarás a vivir como un hombre? ¿Buscarás un trabajo, te relacionarás con otros humanos a los que podrás llamar amigos? ¿Nos casaremos y adoptaremos un crío en riesgo de exclusión social al que le daremos todo nuestro cariño, como debe ser? ¿Viajaremos cada diez años a un punto diferente del globo para que nadie sepa que somos inmortales? Eso en el remoto caso de que yo también lo sea, algo que ni siquiera hemos hablado todavía. Una relación no es solo echar polvos en el sofá.

«No sé hacer otra cosa, llorona», admite con una resignación dolorosa que pretende esconder su impotencia. «No sé hacerlo mejor».

—Yo tampoco —confieso. Me trago el nudo en la garganta—. Te quiero, pero sabes tan bien como yo que el amor no es suficiente para que algo funcione. Eso es así en la Tierra y en la Confederación.

«Busca a Dareon», interrumpe de golpe. «Averigua qué pasa con él, y sobre eso decidiremos».

Pierdo del todo los papeles.

—¡No quiero ver al maldito Dareon! —chillo con los puños crispados—. ¡Manipuló mis sentimientos y mis recuerdos como si fueran su divertimento personal, hizo que estuviera a punto de matar a Mariola y luego me echó como a un perro para que me pudriese en el salón de mi casa! ¡Me habría muerto de hambre y de soledad si mis hermanas no hubieran venido a regar mis putas plantas! ¡Me da igual si está en peligro! ¡Que se muera! ¡Que se MUERA!

Vikram espera a que el eco de mis gritos se extinga y a que calme mi respiración agitada para retomar la conversación. Lo hace con tiento, mirándome con una mezcla de tristeza y cautela.

«No soportarías que le pasara algo».

Con los hombros tensos, barro el salón con la mirada hasta localizar mi bolso. Me acerco para agarrarlo.

—Me voy a dormir a casa de mi hermana.

«Diana...». Me agarra del brazo. «Él es parte de ti, y no puedes huir de ti misma».

—No estoy hablando de él. —Me sacudo su brazo sin éxito y lo miro con rencor—. Esto nunca ha ido sobre él, ¿entiendes? Ni siquiera al jodido principio. Estoy hablando de nosotros, de ti y de mí.

«Acabas de dejar claro que no hay un “nosotros”».

—La verdad es que ni siquiera sé ya si existe un yo —confieso con un hilo de voz—. Vikram, necesito pensar.

Él me suelta y da un paso atrás. Me mira con aire solemne, con el dolor cruzado en el rostro y la impaciencia grabada en la postura tensa.

«Entonces, nos veremos en tus pensamientos».

28

Lo de dormir en casa de Elsa tenía que ser temporal por un par de motivos. El primero, que no quiero huir de mí misma durante mucho tiempo, y menos todavía dejar solo a un mutante que está sobreviviendo en la Tierra más por ciencia infusa que por otra cosa. El segundo, que no es menos importante, es que Elsa tiene la casa hecha una pocilga. La mía no tiene mejor pinta, de acuerdo, pero por lo menos hago el esfuerzo de limpiar.

Lo del desorden es algo que diría que hemos heredado las Balderas si no fuera porque no compartimos sangre.

En serio, Abril no es mucho más limpia, solo organizada.

Paso una semana en su piso, justo lo que tarda Roberto en salir de peligro tras la intervención quirúrgica. Elsa no para de refunfuñar que debería haberlo dejado tirado en las escaleras, y se mantiene en sus trece incluso cuando le confieso que fue Vikram quien estuvo a punto de matarlo. No le hago mucho caso y sigo yendo a visitarlo al hospital porque, además de verlo como una obligación moral —estuvimos casados casi un año, siento que debo honrar ese antiguo vínculo—, me preocupa que se le ocurra denunciar a Vikram.

Puede que esté enfadada y decepcionada por el desarrollo de la discusión con él. Puede que necesite alejarme para pensar con claridad en cuál será mi siguiente paso, pero eso no significa que no esté dispuesta a protegerlo incluso de sí mismo.

Al margen de eso, he estado pidiéndole a Elsa que vaya a verlo. No ha sido la mejor de mis ideas, porque no me fío del encanto sexual de mi hermana, ni de la falsa inmunidad de Vikram a sus armas de mujer..., pero ¿de qué otra manera iba a asegurarme de que come, se ducha y va a hacer la compra?

Elsa aparece a las nueve de la noche con dos bolsones de comida japonesa, una trenza de espiga y los labios pintados de rojo.

—No, no ha metido un perro a traición en el apartamento —jura nada más cruza el recibidor de casa.

—¿Estás segura? ¿Has mirado debajo de la cama?

—Que no, Didi, no hay perro.

—Por ahora —apostillo.

Elsa me mira de reojo mientras saca las cajas de plástico y las va disponiendo sobre la mesa. Abril también se ha venido a cenar. Es ella la que reparte la cena. Se queda con los fideos y el arroz, y el resto de «animales muertos» nos los encasqueta a nosotras. Elsa, que es carnívora por definición, tan contenta. Yo, que dejé el apetito en Elyllon —entre otras cosas—, me quedo mirando lo que me

corresponde con cara de circunstancia.

Poner distancia entre Vikram y yo no está siendo mejor que continuar con él. El mío es el padecimiento de la mujer que está demasiado enamorada como para vivir en paz con ese amor, y también para intentar acabar con él. He llegado a la conclusión de que tengo un corazón valiente, pero mi cabeza es cobarde de remate, y con los dos llevándose a matar, siempre enfrentados en los conflictos morales, es imposible llegar a un acuerdo que me permita tomar una decisión vital de la que no vaya a arrepentirme.

Si solo se tratara de mantener una cómoda convivencia con Vikram, podría remangarme y abordarlo, darle las oportunidades que fueran necesarias. Dios sabe que yo no fui la mejor confederada durante mi estancia en el otro mundo. Sin embargo, él lo explicó muy bien. No estamos solos en nuestra relación. La Confederación se viene a dormir con nosotros y se hace hueco entre los dos. Ambos llevamos mucho tiempo con la impresión de que el techo se nos va a caer encima; de que tenemos un deber y lo estamos ignorando. De que nuestra vida no es como pretendemos construirla en la Tierra; es mucho más peligrosa y está llena de aventuras.

Sé que él también estaba furioso al llegar aquí; que, cuando dijo que la guerra ya no era nuestro asunto, estaba convencido. Pero el tiempo le ha hecho recapacitar, mientras que a mí me ha hundido más aún en el resentimiento hasta el punto de no querer oír ni hablar de Dareon.

Y es lógico. Al principio, la amnesia me protegió de la verdad; luego, el shock me ayudó a fingir sobrellevarlo, y en cuanto lo asimilé, me di la vuelta, me abracé las rodillas y cerré los ojos. Como si así pudiera olvidar lo que pasó.

El estrés postraumático me ha llevado por los caminos más oscuros. Me ha intentado convencer de apartar a Vikram de mi vida; ha intentado culpabilizarlo a él, justo como Roberto me culpó a mí de que su vida no fuera perfecta. Pero lejos de Vikram solo soy más consciente de mi miseria. Y, sin embargo, esta miseria es mejor que tener delante al vivo recordatorio de que una vez estuve en un palacio. Un palacio en el que casi maté por celos a alguien a quien considero mi amiga.

Donde estuve a punto de matarme a mí.

—Ahora que lo dices, sí que vi un perrito pachón cuando fui a tu casa —comenta Elsa, tomando asiento por fin. Se saca las botas (no hay mejor sitio para quitarse los zapatos y apestarnos la cena, por lo visto) y mueve los deditos antes de plantarlos sobre la encimera. Coge los palillos y empieza a dar buena cuenta de su yakisoba—. Me saltó al pecho nada más llegué porque está harto de estar solo, pero nada más olisquearme un poco se dio cuenta de que no soy su dueña y

volvió a agachar las orejas.

Para complacer a Abril, que me exige con la mirada que me alimente, me meto en la boca un trozo de sushi.

—No me gusta pensar en Vikram como un perro.

—Sería un sambernardo —declara Abril con convicción.

—¿Un sambernardo? —repite Elsa—. ¡Sí, anda, el perro de Heidi! Yo diría un pastor alemán... —Se ríe cuando su perrazo, un enorme samoyedo blanco como la nieve acude a la cocina, atraído por la conversación sobre las razas de sus compadres y, quizá, también por el olor a comida—. ¿Cómo está mi chiquitito? —Le rasca la cabeza, a lo que el animal cierra los ojos y se entrega a las caricias con fruición.

—Vikram es un sambernardo —concuerdo con Abril, que se limita a levantar las cejas, como siempre que le dan la razón. No es que lo necesite; ella ya sabe que acierta en todos los casos.

Elsa arruga el ceño.

—¿Por qué?

—Porque los sambernardos son perros enormes con un carácter cariñoso. A primera vista pueden dar miedo, por eso del tamaño, pero en el fondo son tan simpáticos como sobreprotectores ante el peligro. Como tienen el deseo de agradar, es muy fácil domesticarlos. Pueden ser obstinados —agrega, removiendo el arroz con los palillos—, y se cabrean si ven que no les hacen caso, pero la tozudez solo es un signo de su lealtad.

Me duele un poquito el corazón al pensar en Vikram como alguien que quiere agradar.

—Coño, has estado viendo el programa de César Millán últimamente —se ríe Elsa—. Lo único que quería señalar es que Diana ha abandonado a Vikram, y abandonar cachorritos necesitados de amor es una crueldad. Ya me ha dado pena y todo... —Hace un puchero en dirección a su perrete—. ¿Dónde está mi bolita?

La «bolita» pesa treinta y dos kilos, y tiene unos ojazos azules que parece mentira que lo sacara de la perrera. No he visto a un bicho más territorial con su dueña en mi vida.

El animal apoya la cabeza en su muslo, encantado con la atención.

—Yo no le haría eso a mi bicho. No se lo hagas tú al tuyo —me increpa.

El perro me ladra, secundando la moción de su dueña.

Ni siquiera sé cómo se llama. Cada día tiene un nombre distinto. Va a acabar sufriendo una crisis identitaria.

—¿Siquiera sabes lo que ha pasado? —me defiende Abril—. No te metas donde no te llaman, Elsa.

—Vikram me ha dicho que han discutido —replica ella.

—¿Ahora hablas lenguaje de signos? —se burla Abril.

—No, pero escribe en una libreta para mí. Es un poco tímido

conmigo, aunque, si insisto, se abre.

—Porque eres Elsa Balderas —rezongo yo por lo bajini, fingiendo concentrarme en mis piezas de sushi—. Si insistes, lo mismo también se abren las aguas del mar Rojo.

No tengo derecho a ponerme celosa, pero lo hago igualmente.

Me siento amenazada por mi propia hermana, ¿vale?

—De todos modos, no concretó —prosigue mientras mastica. Está tan acostumbrada a los halagos que le pasan desapercibidos—. ¿Nos vas a decir por qué huyes de él?

—No huyo, solo... Necesito pensar, ¿de acuerdo?

—Mi casa no es un templo zen. Puedes pensar en la tuya.

Suspiro y me separo de la mesa, haciendo que las patas de la silla chirríen. Elsa tuerce la boca, molesta con el sonido. Abril sigue comiendo tan campante.

—¿Lo habéis visto? ¿Me habéis visto a mí? —retomo—. Pues nuestro físico no es el rasgo personal en el que más diferimos. Él es de un lugar muy lejano, pertenece a una cultura distinta, y...

—A ver, que Italia está a tres horas en avión —se mofa Elsa—, y los mediterráneos nos parecemos en carácter. No te pongas en plan «me casé con una taiwanesa», porque no tienes razón, y, además, me estás mintiendo —me acusa, apuntándome con los palillos. Se me debe de poner cara de susto, porque baja las armas y relaja los hombros—. ¿Cuál es el problema real, Didi?

—No sé cómo nos lo vamos a montar en un futuro. El pasado nos pesa demasiado —resumo. Intento que no me tiemble la voz, pero ya lo hacen los dedos al alisar las arrugas inexistentes del mantel, donde he fijado la mirada—. ¿Os acordáis de su hermano? ¿Al que conocí al mismo tiempo que a él? No puedo entrar en detalles... No *quiero* entrar en detalles —corrijo, recalcando—, pero está entre nosotros. Es una sombra que nos persigue.

—Mírala a la literata —se ríe Elsa, a fin de rebajar tensión.

—¿Por qué? —inquiere Abril con severidad.

Me humedezco los labios antes de concentrarme en mi hermana menor.

—Lo que me pasó... Cuando me encontrasteis aquel día en el salón... —Trago saliva—. Lo que visteis me lo hizo alguien.

»No quiero preocuparos, ni que empecéis a buscar al culpable, ni que llaméis a la policía, ni nada. Solo quiero que sepáis que no he olvidado lo que pasó, y estoy... destrozada.

—¿En qué sentido? —pregunta Elsa, alarmada.

—Ya viste cómo estaba cuando me encontraste. —Hago una pausa —. Él... El otro, el hermano de Vikram... me ha roto el corazón. No en el sentido romántico, ni en el amistoso, aunque también. Es... difícil de explicar. Es como si me lo hubiera rajado de verdad y a veces no

pudiera respirar, ni vivir...

—Esos son los síntomas del estrés postraumático, Didi —interviene Abril—. Es normal.

—Pero yo no puedo vivir así. Y Vikram está ahí, necesitando cuidados, encarnando lo que dejé atrás...

—Te recuerda a él —deduce Abril. Elsa no dice ni pío—. Está claro que tienes asuntos pendientes con ese hombre, y que, hasta que no los soluciones, no podrás seguir adelante.

—Pero tengo que seguir adelante —insisto, angustiada—. Es solo que lo he intentado y pierdo los nervios con facilidad, vivo alterada y tensa, asustada, preocupada... Como tú cuando esperabas tu nota del TFG. —Señalo a Abril—. No podías ni comer. Te pasabas el día con ganas de vomitar.

—Por la inminencia de una calificación que determinaría mi futuro —apostilla Abril con la ceja enarcada—. ¿Acaso tú estás nerviosa por lo mismo?, ¿por la incertidumbre sobre lo que va a suceder, que estás segura de que cambiará tu vida?

Ahora que mi hermana menor lo plantea, caigo en la cuenta de que así es. Lo que me tiene con el alma en vilo es la certeza de que tarde o temprano habré de rendir cuentas en la Confederación. No han venido a buscarme porque el Oráculo Laertes prefiere que esté en la Tierra, lejos de los combatientes de una guerra para la que cualquier dirigente querría utilizarme, pero sé que mi historia con el príncipe de Elyllon no ha acabado aquí.

—Entonces es grave —murmura Elsa.

—Tiene que ser grave para que huya de él. ¿No ves que lo quiero? —Dejo caer la cabeza entre las manos—. A pesar de todo, lo quiero. Pero no sé cómo demonios va a funcionar nuestra relación cuando yo estoy como estoy, cuando él está igual. Esto va a saltar por los aires en cualquier momento. Además...

Las dos me miran con atención.

—No puedo tener hijos —confieso al fin—. Lo descubrí hace poco y creo que todavía tengo que... gestionarlo. Sola.

Elsa abre los ojos.

—Didi... —Su voz quebrada termina de partirme el alma—. Lo siento muchísimo.

Transcurre un breve silencio en el que ninguna toca el plato.

—Existen muchas alternativas al parto natural —interviene Abril —. Siempre he pensado que, la que quiere ser madre, lo tiene fácil para serlo. Empecinarse en que sea de tu sangre es un capricho imperdonable teniendo en cuenta la cantidad de niños que hay ahí fuera, muriéndose de hambre; esperando con ilusión que alguien los adopte.

Su respuesta me sienta como una patada en el estómago.

—¿Qué coño dices? —le bufa Elsa—. No le quites la importancia que tiene. Para ti debe ser muy fácil porque odias a los niños, pero una mujer estéril tiene que lidiar con un luto que nadie más comprende. Sobre todo una como Didi, que siempre ha sabido que tendría una familia numerosa.

—Ya tiene una familia numerosa —acota Abril, inflexible.

Sacudo la cabeza.

—Las dos tenéis vuestra parte de razón. El resumen es... que se me ha juntado todo. Y Vikram es un hombre complicado. Los dos lo somos.

Comprenden con eso que no quiero detenerme demasiado en el tema de la maternidad.

—Nena, lleváis unas semanas viviendo juntos —dice Elsa—. No puedes rendirte cuando ni siquiera habéis pasado todavía el periodo de prueba de cualquier pareja normal. Dale la oportunidad de decepcionarte, ¿vale? Y, si lo hace, piensa que no puede ser peor que *Boberto*.

El mote me arranca una sonrisilla que mis hermanas celebran correspondiéndola.

—Lo que no te pase a ti... —suspira Abril, sacudiendo la cabeza—. A ti no te ha mirado un tuerto, Diana Balderas; a ti te ha mirado un desfile de ellos.

—Por lo menos este tiempo me ha servido para terminar la primera parte del libro. Cora está dando saltos.

—Espero que los esté dando en la cama de Abril —comenta Elsa, ocultando su sonrisa diabólica tras un vaso de Coca-Cola.

Abril, en lugar de fulminarla con la mirada, se ruboriza.

—Qué imbécil eres. Estoy demasiado ocupada para compartir mi cama con nadie —rezonga, toda digna ella.

—Nunca se está demasiado ocupado para dormir con alguien. Yo apenas podré ver a Alonso. En dos semanas voy a Madrid a hacer una entrevista de trabajo, y como me cojan en la productora, *ciao*, *bello.* —Agita la mano—. O sea, que vais a tener que hacer mi fiesta de cumpleaños sorpresa y mi fiesta de despedida sorpresa el mismo día.

Abril bizquea.

—Parece que muy sorpresa no va a ser.

Increíble cómo en esta familia se salta de un tema a otro con la facilidad de un piojo.

Estoy tumbada mirando al techo con los dedos entrelazados sobre el estómago.

No dejo de repetirme la frase de Abril.

«Está claro que tienes asuntos pendientes con ese hombre, y que hasta que no los soluciones, no vas a poder seguir adelante».

Lo que me aleja de Dareon no es el orgullo. Tampoco el miedo a lo que pueda ser de mí si me acerco a él. Cuando se trata de desentrañar sentimientos hacia una criatura feérica, el vocabulario humano se queda corto. Dareon me ha dejado hundida en la desolación, y ni Vikram ni nadie puede rescatarme de ahí. Quizá ni el propio Dareon sepa cómo curarme.

«No me odies para siempre», me pidió. Cómo se nota que estoy en la Tierra, donde los «siempres» duran unos minutos. Le odio, de eso no me cabe la menor duda. Pero también lo quiero, lo compadezco, lo siento por él. Y quizá eso sea lo que más rabia me da. Estoy harta de querer a príncipes elys que no me corresponden.

Aun así, por primera vez en mucho tiempo, y con las palabras de Abril y de Vikram en la cabeza, decido cerrar los ojos y abrir mi mente.

Me sudan las palmas, tengo el corazón en la garganta y hasta me castañetean los dientes... Pero tengo que hacerlo.

Tengo que saber qué está pasando.

«Busca a Dareon», me dijo Vikram. «Averigua qué pasa con él, y sobre eso decidiremos».

No puedo buscarlo. No puedo ver dónde está ahora, porque me da miedo. Porque si ha muerto, o si lo han matado, no habría forma humana de salvar a la parte de mí que se perdería con él. Esa era la verdadera y gran razón por la que me ocultaba, por la que bloqueaba mi mente. No quería ver qué había sido de él, pero porque me aterraba toparme con un enterramiento real. Me queda el consuelo de que, si hubiera sufrido el menor rasguño, Vikram lo habría sentido. Yo lo habría sentido.

O eso creo.

En lugar de desplazarme a la actualidad de Elyllon, me dejo guiar a donde quieren llevarme mis pensamientos. Navego en una nube esponjosa hasta que puedo usar las manos para apartar la niebla, esa detrás de la que se esconde una visión pasada que me sobrecoge.

Vikram y Dareon están sentados el uno frente al otro. Él lleva su uniforme de mercenario, y el príncipe, nada más que una de esas camisas de manga abullonada y escote prominente que se deja para dormir. La postura de su cuerpo y su rostro relajado denotan que se siente cómodo. Que está en casa. Y aunque Vikram es más contenido a la hora de expresar sus emociones, se le ve igual de sereno.

Por lo que veo, se divierten con una versión confederada de las damas.

—En los juegos de inteligencia ya no eres tan avispado, ¿eh? —Dareon esboza una sonrisita socarrona—. En la Tierra, tú serías Ares,

el dios de la guerra sangrienta, y yo Atenea, la deidad del belicismo estratégico.

«Vos siempre encontráis el modo de poneros por encima de todo el mundo», rezonga Vikram, escrutando la disposición de sus piezas talladas en marfil. Él juega con las blancas; Dareon guía las de ébano. «No deberíais viajar tanto a la Tierra, por cierto».

—Tonterías. No voy tan a menudo —desestima con aparente indiferencia.

«Estáis estudiando la mitología de las culturas antiguas. Sí que prestáis más visitas de la cuenta».

—Sabes que es mi deber, Vikram.

«Es vuestro deber ir una vez cada cierto tiempo, no cada ciclo», apostilla, mirándolo con las cejas arqueadas.

Dareon le resta importancia con un ademán.

—Me gusta la Tierra. Allí existe lo denominado «libre albedrío». ¿Sabes lo que significa? Que nada está escrito. No existe el Oráculo, y, por lo tanto, la predestinación solo se conoce gracias a los libros de ficción. La vida de cada individuo está en sus manos y en la de nadie más. Es una responsabilidad agobiante, pero la habría preferido —reconoce con un amago de sonrisa templada, moviendo su pieza por fin.

«El desarrollo de nuestro pasado, presente o futuro nunca depende solo de nuestro buen hacer», replica Vikram con sabiduría, escrutando la disposición del juego. «Incluso los humanos estarán limitados por las circunstancias y el emplazamiento geográfico de su nacimiento, por su historia».

Mueve una de las damas de marfil.

—Pero dichas circunstancias tienen una razón de ser, un motivo original; la historia humana es una cadena de causas y consecuencias, lo que elimina el elemento casual ante el que nosotros debemos resignarnos —insiste, entusiasmado. Hace elegantes aspavientos al expresarse, y un brillo especial se ha instalado en sus vibrantes ojos del color de los lirios—. Si un hombre nace sin nariz, se debe a una alteración genética que la ciencia puede estudiar. No es fortuito; las leyes de Mendel explican las probabilidades matemáticas de que una persona tenga esta carencia. El triunfo económico de algunas naciones frente a la pobreza de otras tampoco es azaroso; se debe a su pasado colonial. —Sacude la cabeza, consciente de que se va por las ramas, y retoma el mensaje principal—. Lo que quiero decir es que la magia no da explicaciones, Vikram. Y las maldiciones, a veces, tampoco. En la Tierra todo tiene un porqué razonable.

Me atrevo a acercarme un poco para verlos jugar de cerca. Dareon parece pensativo. Apoya la mejilla en la mano.

«¿Para qué querríais una explicación a vuestros males? No

ayudaría a cambiar las cosas».

—Subestimas el alivio del conocimiento, que a veces puede ofrecerte consuelo. A mí me gustaría que hubiera una justificación para el dolor en lugar de resignarme porque así lo dispuso el Oráculo, pero en la Tierra, quizá porque dan por sentado el porqué de las cosas, la gente se deja fascinar por lo incomprensible, por lo que escapa a su razón y no ha sido demostrado: los fantasmas y otros fenómenos paranormales, por ejemplo. ¡Y todo eso en lugar de abrazar las ciencias naturales que explican la gravedad, o las normas sociales que tienen su razón de ser en el progreso histórico! No entiendo por qué alguien se obsesionaría con lo que misterioso, lo incierto. Es enfermizo. —Empuja hacia delante una de las piezas con una mezcla de rabia contenida y desgana—. Ante lo incomprensible, lo inexplicable, solo puedes rendirte. La vida queda fuera de tu control.

Por un momento me parece que se refiere al no saber por qué tuvo que padecer una enfermedad, por qué ha de ser él quien morirá, por qué el Oráculo escribió esa historia con su nombre..., pero un pálpito me dice que se me escapa información.

«Supongo que si estáis enfadado, meditabundo y mucho mejor de salud es porque habéis visitado a la elegida», deduce Vikram.

Una sombra se cierne sobre el rostro de Dareon.

—En realidad, he visitado a una de mis posibles prometidas. Mi abuela ha insistido en que cumpla con mis obligaciones antes de morir; así dejaré una digna consorte que se haga cargo de la regencia mientras se elige al heredero, que podría ser ella misma. Quiere emparejarme con una de las sacerdotisas... Con Leela.

«Es bonita». Hace una pausa para mirar a Dareon, como si quisiera averiguar cómo reaccionará antes de agregar: «Y no os pone de tan mal humor como la elegida».

—La pongo de mal humor yo a ella. No deja de decir que soy un inútil —cuenta con exasperación—. Que Edel quiera unirme a Leela habla a las claras de los que son los planes del Oráculo: matarme antes de tiempo, y a manos de mi esposa.

«Si eso sucediera, a vuestro fallecimiento se compondrían melodías magníficas sobre tamaño suceso». Y se supone que pretende consolarlo con semejante apreciación... Vaya tela. Con la sonrisa atenuada, como si supiera que va a añadir un comentario problemático, prosigue: «Hay tragedias aún peores que un príncipe asesinado en su lecho, como la de un príncipe casado con una windhalmesa emigrada a la Tierra. Sobre esa historia no se cantaría en las fiestas; se relataría en voz baja en torno a una hoguera, como el digno relato de terror que desencadenaría inmediatamente después de la ceremonia de vinculación».

Un músculo aflora en la mandíbula de Dareon.

—No hace falta que me adviertas que me estaría metiendo en camisa de once varas si me trajera a la elegida. Lo sé de buena tinta. Y deja de mencionarla, ya sea por activa o por pasiva.

Vikram, lejos de amedrentarse, se recuesta en el asiento y le lanza una mirada de ojos brillantes. Nunca lo había visto tan cómodo en su piel. Así debió ser su relación con Dareon conforme fueron creciendo.

«Camisa de once varas... Cada vez habláis más como un terrícola».

—Tienen un vocabulario muy interesante —se defiende, ya mosqueado—. No me busques las cosquillas, shaporí.

«Lo siento, alteza», se nota que se está mofando. «Me divierte ver a mi príncipe enamorado».

—Te invitaré a mi boda con Leela —replica con desdén—. Ahí sí que te divertirás, condenado sádico del diablo.

Vikram esboza una sonrisa divertida. Se distrae moviendo la dama con buen ánimo.

«¿Qué es eso del diablo?».

—Es algo así como la encarnación del mal en la Tierra. Un engendro que desafió al Creador y se dedica a ponerle la zancadilla. Un villano.

«¿Veis como habláis más como un habitante del mundo humano que como un confederado?».

—Es porque mi corazón está en allí, y pertenecemos a donde somos felices.

Su respuesta hace aletear mi corazón. A Vikram tampoco le deja indiferente: cambia de postura sin dejar de mirarlo con compasión. Pero Dareon lo suelta sin más, sin esperar una réplica, y es entonces cuando asimilo que no sé absolutamente nada de él.

He escrito sobre su pasado, he imaginado su dolor, pero nunca sabré con certeza cómo se siente.

Si lo supiera, ¿podría yo dejar de sufrir?

¿Entenderlo me serviría para algo?

Vuelvo a casa arrastrando los huesos. Con la tontería de salir huyendo de mi propia vivienda, me dejé el móvil en el salón y no he tocado una red social o el servicio de mensajería desde hace una semana. Me duele todo de pensar en enfrentar otra vez a Vikram. No tengo que hacerlo, como descubro en cuanto entro usando la llave que le di a Elsa. Debe de estar en el dormitorio, con la puerta cerrada, porque no hay ni rastro de él en el salón.

Me siento en el sofá y me quedo mirando la alfombra con los codos apoyados en los muslos. Esa parte de la alfombra en la que caí, en la

que podría haber muerto del asco, del abandono, del hambre o de la pena si mis hermanas no me hubieran encontrado. Después dirijo una mirada a la puerta cerrada de mi cuarto. Me imagino a Vikram en el borde de la cama, con la mirada perdida en recuerdos como al que me he asomado hoy.

Agarro la tablet, el único utensilio que me llevé conmigo, y lo escribo. Escribo sobre algo tan íntimo y privado que solo puedo relatarlo con la cautela de quien no lo entiende del todo. Escribo sobre la camaradería afectuosa y a veces tan complicada de Vikram y Dareon.

¿Cuántos momentos de paz habrán vivido en total? ¿Cuántos se me escaparán? ¿Todos? No querer hablar del príncipe ha sido un acto egoísta, porque Vikram sí necesitaba recordarlo. Vikram tiene enquistado el odio hacia Dareon, pero lo quiere con todo su corazón. Cómo sobrevive con el corazón dividido es algo que nunca comprenderé, porque yo estoy en la misma situación y me cuesta seguir adelante.

Como si supiera en qué estoy pensando, Vikram abre la puerta. No me da una bienvenida festiva y besucona levantándome por los aires. Solo clava en mí su mirada ojerosa.

—Estoy terminando tu libro —anuncio con voz queda.

«¿Qué significa eso?».

—No significa que esté terminando contigo —explico, despacio—, solo que tu historia en la Confederación va acercándose al final.

«Espero que estés siendo más benevolente con mi personaje de como lo has sido conmigo. Y que a él, al menos, le hayas preguntado cómo le sienta despedirse de su hogar».

En un principio no digo nada. Sé que me merezco la puntadita, y es la primera vez que Vikram se decide a compadecerse.

—Creía que no te sentías ciudadano de Elyllon.

«No, no me siento un ely, pero la Confederación es mi tierra y Dareon es mi hermano».

Le observo en silencio, intentando averiguar hasta qué punto está dolido. Saco de mi bolso una libreta que llevo para anotar ideas y un bolígrafo. Se lo tiendo.

—Escríbelo. Escribe cómo te sientes. Aquí se hace así. —Su ceño fruncido me obliga a explicarme—: Escríbele a Dareon todo lo que le dirías. Te hará sentir mejor, te lo aseguro.

Él no hace ni el amago de acercarse. Lleva unos pantalones de chándal grises y una camiseta de algodón blanca, los pies descalzos y el pelo suelto. Es curioso lo rápido que me he acostumbrado a que esté en mi casa, a que se coma mi comida y vista ropa terrestre, cuando hace poco me fascinaban sus extraños piercings y su pelo azul marino.

Ya ni siquiera lo parece. Es más bien negro.

«¿Y qué harás tú mientras?».

—Terminar tu historia.

«No quiero que mi historia acabe».

—No morirás cuando ponga el punto y final, Vik. Solo podré ponerlo a la venta y ganar dinero para que sigas comiendo rellenos de leche del Mercadona.

«¿Vas a escribir que intenté matarlo?».

—Ya lo he escrito.

Vikram coge aire muy despacio.

«¿Has escrito que mataron a mi hermano?».

—Sí. Lo añadí.

«¿Escribirás cómo era mi vida con el Creador?».

—Lo he dado a entender con vaguedad.

Su siguiente pregunta sale igual de disparada que las anteriores.

«¿Vas a escribir que te quiero?».

Mi cerebro asimila su respuesta con retardo. Busco sus ojos sin comprender el cambio repentino en la conversación, víctima de un cosquilleo que revela mi debilidad por él.

«Si no has puesto que estoy enamorado de ti, entonces la historia no ha acabado».

—Vikram... —balbuceo, intentando levantarme.

«De hecho, ni siquiera ha empezado», prosigue, acercándose. «Mi segunda vida, mortal o inmortal, empieza con el amor. Contigo».

Me muerdo el labio para reprimir un puchero.

—¿Por qué me quieres? —musito. Y con esa pregunta comprendo por fin el origen de toda mi frustración dirigida a él, que sale en forma de llanto—. ¿Cómo puedes quererme, si te he arruinado la vida?

Daba igual cuánto tratara de convencerme. Esa era la verdad que yo negaba, además del rostro y el nombre de Dareon. El hecho de que todo lo que ha pasado, que él esté aquí y no al lado de Dareon, que la guerra haya empezado antes de tiempo, es mi culpa.

Vikram me besa la mejilla con suavidad, y yo me agarro a su cintura porque aún soy lo bastante egoísta para impedirle que se vaya.

«Te quiero justamente por eso mismo. Yo no habría sido capaz de arruinármela, y me habría quedado atrapado en el cuerpo del mercenario al servicio de su víctima para siempre, sintiéndome indigno».

Me retiro las lágrimas con una sonrisa amarga.

—Vaya respuesta. Sigues sin ser el mejor ligando.

«Es la verdad. Te quise porque, al amenazarme con decir la verdad, me obligaste a decidir de una vez por todas si quería a Dareon o si lo odiaba. Detestaba estar en el limbo, volviéndome loco, y tú me empujaste en la dirección correcta. Y después tuve que quererte más porque me acompañaste».

—Eso no es amor. Es agradecimiento.

«Bueno, no podría haberme enamorado de ti si fueras un coñazo todo el tiempo, ¿no crees?». Hace una pausa. «¿Se dice así? ¿"Coñazo"?».

Suelto una carcajada ahogada y alargo el cuello para mirarlo, todavía abrazada a su cintura. Él está de pie, y yo, sentada.

Asiento, conforme, y me preparo para devolverle la sonrisa, pero me distraigo al notar una presión húmeda en el tobillo.

Al agachar la cabeza, vuelvo a reírme, pero esta vez entre bufidos.

—Joder, Vik. Sabía que habías metido a un perro.

29

Paciencia. Calma. Comprensión.

Claves para mantener una relación de pareja y para lidiar con un perrazo de la calle del que Vikram se ha enamorado.

Es un pastor alemán con algunos pelillos del lomo quemados, el morro negro y media cola cortada. Siente una lealtad devota y enfermiza hacia su amo.

Vikram lo ha llamado Nako, diminutivo de Nakem, en honor a su hermano.

En cualquier otra persona, el detalle me habría parecido fuera de lugar —eso de ponerle el nombre de una persona a un animal nunca me ha cuadrado—, pero teniendo en cuenta que Vikram parece quererlo más que a sí mismo, y que se siente más comprendido por el mundo animal de lo que cree encajar entre humanos, se me hace comprensible e incluso tierno.

—¿Puedes meterte en la mente de los perros? —le pregunté la misma tarde que descubrí la existencia de Nako.

«Claro».

—¿Y ellos te hablan?

«No». Se notó que le decepcionaba. A mí también, y a cualquier amante de los animales. «No hablan y tampoco piensan. Pero son muy emocionales», explicó, rascando entre las orejas al animal. Yo me quedé mirándolo con aprensión.

Nako tiene pinta de chucho maltratado, y eso me da tanta ternura como pánico. Se sabe que los perros que lo han pasado mal son más difíciles de domesticar debido a su imprevisibilidad.

«No va a hacerte daño», me prometió Vikram. «Es un animal muy noble».

—Me lo puedo imaginar, pero ¿no podrías haber adoptado uno más pequeño? No necesariamente a un cachorro, solo un perro que no pesara cincuenta kilos, o los que quiera que pese este. Es gigantesco, y mi piso es enano. Este perro debería tener un jardín para corretear, y...

«Yo me encargaré de que sea feliz», juró. Me derretí con su determinación y con la manera en que perro y *japheth* se miraron.

Claudiqué porque es poco lo que puedo negarle.

—Qué manipulador eres —me quejé, cruzándome de brazos—. Me anestesias con tus palabras bonitas y tus «te quiero» para que no pueda decirte que no.

Vikram me guiñó un ojo.

«Vamos a sacarlo», propuso, entusiasmado.

Lo paseamos —sin correa, por supuesto— por el parque del Triunfo. Dudé antes de entrelazar los dedos con los de Vikram y dejarme llevar. Teníamos muy reciente la discusión; no era tan sencillo como recordarnos que nos queríamos y seguir adelante como si nada. El amor no iba a solucionar nuestros problemas. Tenía —y sigo teniendo— la sensación de que, tarde o temprano, la amenaza que pesa sobre nuestras cabezas se terminará materializando. Y no me acababa de quedar claro si deberíamos afrontar la pérdida de Dareon como una muerte o como una cuenta pendiente.

Aunque todos estos pensamientos me acompañaron durante el paseo, en el que Vikram demostró tener una mano increíble para los animales, ninguno eclipsó la revitalizante y conmovedora sensación de estar con alguien a quien quiero. Vikram no había tenido que darme la mano para que supiera que iría con él al fin del mundo: ya fui a Aranrhod a lomos de su caballo. Pero imaginarnos por las calles de Granada, saber que quien nos mirara estaba viendo a una pareja corriente, me rompió los esquemas, aquellos sobre lo que mi vida debería haber sido. Y creo que, por primera vez, me di cuenta de que me alegraba del camino que había recorrido para llegar hasta ahí. A pesar del sufrimiento, el miedo, la confusión, celebraba que Vikram estuviera conmigo, y trabajaríamos para que eso siguiera siendo así.

Con paciencia, calma y comprensión, como acabo de decir.

—Tienes que buscarte un trabajo —declaro en voz alta—. Uno decente, a poder ser.

Vikram está enseñando a Nako a darle la pata. Lo manipula con una galleta apta para perros. Por supuesto, su dueño ha buscado en Internet todos y cada uno de los valores nutricionales de los componentes citados en el envase para cerciorarse de que no le estaba dando nada que pudiera sentarle mal.

Gira la cabeza hacia mí, contrariado.

«¿Un trabajo? Si es por el dinero, puedo conseguirlo trucando esas máquinas que escupen billetes. Lo he hecho antes».

—Me voy a poner en plan protagonista de serie de vampiros dividida entre dos mundos. —Me incorporo del sofá, donde estaba recostada, para enfrentarlo con el dedo en alto—. Aquí no vas a usar la magia, ¿de acuerdo? En la Tierra, nada de hechizos. Y menos delante de mí.

Él tuerce el morro.

«¿A qué empleo me sugieres aspirar?».

—No me pongas esa cara, Vikram. Tendrás que hacer algo, ¿no? De preferencia, alguna actividad que te haga sentir realizado. No puedes estar en casa todo el día, jugando con el perro.

«¿Que no?», me reta.

—¡No! El buen ciudadano realiza aportaciones a la comunidad, trabaja para pagar sus impuestos, y... Mierda, ahora que lo pienso, ni siquiera tienes DNI. No estarás dado de alta en el sistema, y aunque no te veo yendo al hospital, donde tendrías que mostrar una tarjeta sanitaria, sí te imagino en la comisaría de policía. —Nada me apetece menos que perder el tiempo con aburridos trámites burocráticos—. Además, la vida es más bonita cuando tienes una razón para levantarte, un propósito vital; una vocación.

«Ya tengo un motivo para levantarme», aclara, dedicándome una caída de ojos natural que me encoge el corazón.

—Bueno, pues dejémoslo en que te hace falta un horario. No voy a permitir que te conviertas en un nini que sale de la cama a la una de la tarde y se acuesta cuando el sol está saliendo. Aparte, me da miedo que te aburras aquí. En la Confederación siempre había algo que hacer. Lidiar con traidores, participar en guerras...

Vikram me lanza una mirada irónica.

«No voy a echar de menos las guerras, créeme».

—Genial, porque el trabajo que veía más afín a ti era el de soldado y no habría soportado que te destinaran a países en conflicto.

Vikram le hace un gesto con la palma hacia abajo a Nako. El perro se sienta con la lengua fuera y lo mira a la espera de nuevas órdenes. Muy despacio, Vikram se da la vuelta para enfrentarme con seriedad.

«Preferiría no volver a matar a nadie», confiesa. «Ni por orden de un superior, ni por placer. Quiero aprender a controlar los instintos que piden sangre».

Intento que no se note lo mucho que me perturba el tema.

—Eso es estupendo. Decía lo de que fueras soldado porque, como tú mismo dijiste, la violencia forma parte de ti, está integrada en tu composición, y...

«Me paso el día luchando contra mí mismo. Es otra manera de pelear, así que estoy complaciendo constantemente a mi lado sádico».

—Muy bien pensado —aplaudo, señalándolo con orgullo—. Es solo que no quiero que sientas que te falta nada de lo que tenías en la Confederación.

«No voy a sufrir por ceñirme a la ley de no matar al prójimo», asegura con una media sonrisa socarrona.

—Esa no es una ley como tal, sino un mandamiento, pero qué más da. ¿Qué hay de todo lo demás que sí podrías echar de menos? —pregunto, ansiosa—. La Confederación era tu hogar. Tú mismo lo dijiste.

«Me sacaron de Shapoor hace muchos años. Ese era mi verdadero hogar, la tierra ante la que en teoría debería responder. He podido vivir en Elyllon a pesar de pertenecer a otro estado, así que podré

vivir aquí».

—¿Por qué crees que eso fue posible? Que no te pudrieras lejos de Shapoor, digo. ¿Es porque al ser hijo de Egren tienes la doble nacionalidad?, ¿porque eres shaporí y ely al mismo tiempo?

«Ajá...». Devuelve su atención al pastor alemán, que se alza sobre las patas traseras para subirse al pecho a Vikram. «Siendo sincero, la Tierra no me desagrada tanto como pensé que lo haría solo porque el Hacedor nació aquí. Y, la verdad... Soy yo el que debe preocuparse de que a ti te falte algo», agrega.

Lo escribe en mi cabeza con lentitud, inseguro sobre si debe o no sacar el tema a colación.

Me abrazo las rodillas. Pienso mucho en qué responder, sabiendo que se refiere a los hijos que nunca tendré. Recuerdo la reacción de mis hermanas. Al final me decanto por un simple:

—Ahora tenemos a Nakem. —Encojo un hombro—. Quién sabe, a lo mejor él me hace llegar a la conclusión de que cuidar de alguien es un tostón y no solo no me llena, sino que me frustra. En cualquier caso, mis deseos frustrados son problema mío. Bastante tienes tú con los tuyos como para hacerte cargo.

Vikram se deja caer en el sillón con el perro entre las piernas. Tengo que incorporarme para retirar unos vasos de cristal que hay sobre la mesa, que podrían haber sido víctima de los entusiastas coletazos de Nako.

—Qué manera de mover el rabo, coño —mascullo por lo bajini—. Parece un látigo, y eso que le falta la mitad.

«No tuve la oportunidad de decirte que lo sentía», retoma Vikram, ignorando mis quejas. «Todo lo que te dije cuando te expliqué que la *dysys* tendría problemas para concebir. No fui considerado contigo».

—Está olvidado. —Sonrío, conmovida porque al menos se haya disculpado—. Y también tenías tu parte de razón. No cuido muy bien de mí misma, como para encima encargarme de otra persona.

«Aun así..., sigues queriendo un bebé, ¿no?».

Vikram me mira con la esperanza de que niegue con la cabeza. De que diga que no, que el deseo de ser madre se me ha pasado de sopetón; que ahora podría ser feliz solo con un *japheth* y un cruce de pastor alemán. Y no mentiría, porque seguro que puedo ser feliz solo con los dos.

Pero faltaría por confesar una pequeña verdad.

—No puedo desapegarme sin más de mis convicciones humanas, de las expectativas familiares que me han inculcado y que he llevo ansiando cumplir desde que recuerdo. Me resignaré a no tenerlo, porque de eso va la vida: a veces ganas, a veces pierdes. Pero sí —confieso al fin—, lo querría. Lo quiero. —Sé que no tengo derecho a decir lo que digo a continuación, pero la emoción me supera y acabo

balbuceando—: Y me habría gustado que se pareciera a ti. ¿Te lo imaginas? Con tus mismos ojos, con tus labios... Si no tuviera tu fuerza y tus poderes mágicos, mejor, porque lo mismo me llamaban del colegio y me decían que el crío estaba levantando a sus compañeros por los aires, pero sí; habría sido bonito que fuera un calco de su padre.

Para mi sorpresa, Vikram medio sonríe, pero no dice nada. Quizá pretendía darme una respuesta; por desgracia, el sonido del timbre lo acalla.

—No importa. —Sacudo la mano y me pongo de pie con energía. Sigo hablando mientras me dirijo a la entrada—. Mis dos hermanas son adoptadas y las quiero como si mi sangre corriera por sus venas. Cuando esté preparada, y si estás de acuerdo, pensaré en adoptar. No todo está perdido, ¿no? Nada es imposible.

Cora y Abril entran como una tromba en cuanto abro la puerta, armadas con bolsas y vestidas como si fueran a asistir a una fiesta.

—¿A dónde creéis que vais tan pintarrajeadas?

—A montar la fiesta sorpresa del cumpleaños de Elsa —explica Abril con ese tonillo insufrible de «eres lerda, o qué te pasa»—. Hemos quedado aquí con ella a las siete de la tarde, en cuanto termine su entrevista vía Skype.

—¿Al final se la hacen por Skype? Espera, espera... ¿fiesta? ¿Fiesta sorpresa? ¡La madre que me parió; hoy es su cumpleaños! ¡Y yo no le he comprado nada!

Diana tirándose de los pelos en tres, dos, uno...

—¿No le has comprado nada? —Cora pone cara de susto—. Bueno, no pasa nada, yo tengo unas cuantas cosas para ella. De últimas, puedo cederte uno de los regalos y luego me lo pagas.

—¿«Unas cuantas cosas»? ¿Qué llevas ahí? —Casi me echo las manos a la cabeza al ver más de seis paquetes envueltos—. ¿Tanto ganas como correctora *freelance*?

—Bueno, Elsa es mi mejor amiga —se defiende—. Me gusta regalarle cosas bonitas.

—Y, sin duda, a ella le encanta que se las regalen —apostilla Abril —. Yo también he tenido que gastarme un pastón en gilipolleces, porque si no se siente una reina agasajada por la corte, monta un pollo de padre y muy señor mío... Por cierto, hola, Vik. Supongo que tú tampoco le has comprado nada a Elsa.

«En realidad, sí», responde él, usando el lenguaje de signos. «Dijo que se le estaba acabando el perfume y le he conseguido uno nuevo».

—¿Le vas a regalar un perfume? —Pestañeo, perpleja—. ¡Eso es demasiado personal! ¿Y por qué no me has dicho que le habías comprado algo? ¡Ahora está todo cerrado!

«Habías roto conmigo, no querías ni verme, y te dejaste el móvil

aquí. No te lo iba a recordar por telepatía», se queja Vikram, hablándome mentalmente.

Oh, Dios.

—Oye, no pagues con los demás tu desorientación, que no sabes ni en qué día vives —me bufa Abril—. De todos modos, después de todo por lo que has pasado, no creo que Elsa te odie si se te ha pasado el regalo.

—No te lo crees ni tú. Elsa no nació princesa porque había ya muchas, pero la corte hay que hacérsela igual —me lamento—. Supongo que Alonso también se habrá currado la sorpresa.

«¿Viene a la fiesta?», pregunta Vikram con señas.

La seña más elocuente es la de su boca torcida.

—Pues claro. Y todas las amigas de la facultad.

—¿Y cómo pretendes meter a toda esa gente en mi apartamento, que mide tres centímetros cuadrados? —rezongo, mirando a Abril.

—La otra alternativa era mi estudio en el quinto pino, pero mide dos centímetros menos que el tuyo. Deja de quejarte. Vamos a hacer la fiesta aquí para que por lo menos puedas decir que ese fue tu regalo.

»Ahora, vamos a ordenar y poner esto un poco bonito antes de que llegue, porque vaya pocilga.

30

Elsa aparece a la hora fijada haciéndose la sorprendida y gritando a los cuatro vientos que ha conseguido el trabajo en la productora de cine. Empezará desde abajo, como es normal, pero confía en su talento para escalar puestos en el menor tiempo posible.

Nos ha dado tiempo a arreglar un poco la casa. Lo suficiente para que no parezca que ha pasado por ahí el demonio de Tasmania, *aka* mi perro. En lo que a mí respecta, solo he podido ducharme y ponerme un peto vaquero con unas medias gruesas. Ni siquiera me he maquillado, solo me he pintado los labios y me he pellizcado las mejillas.

Gracias al cielo, como a Elsa le maravillan los animalitos —cuanto más triste sea su historia, mejor; «como los hombres», suele decir—, mientras se entretiene saludando a Nako puedo escabullirme a mi dormitorio para rebuscar entre las estanterías un buen libro que no parezca usado.

Me he comprometido a comprarle algo de su gusto en cuanto pueda echarme a la calle, pero ahora mismo me veo en la obligación de sorprenderla con un detalle, aunque sea de segunda mano.

Lo malo: no tengo papel de envolver. Lo que es peor todavía: la mitad de los libros me los ha regalado ella, y los otros no le gustarían porque leer fantasía se le atraganta. Solo se ha leído *El príncipe de Elyllon*, y porque la autora es su hermana.

Y porque le encanta el guarreo.

—Es increíble lo que has hecho en tan poco tiempo con Nako, Vicky —escucho que aplaude Elsa. Mientras, sigo volcando los cajones —. O este perro está desesperado por agradarte, o es que tú tienes un talento especial con los perritos. Voy a tener que encomendarte la educación de mi peluchito, porque el cabrón maneja unos malos modales que son para echarse a llorar. Es tan territorial con mis visitas que me da miedo que las ataque mientras voy al baño.

—Y que lo digas —se lamenta Alonso—. Ese perro casi me arrancó el brazo el otro día. Yo creo que tiene la rabia.

—Con mi perro no te metas —le advierte Elsa.

—No tienes un perro, tienes al yeti. Ese monstruo de las nieves no sabe comportarse, y tú misma lo acabas de decir.

—No se habría lanzado sobre ti si no me hubieras tocado el culo.

—¡Pero si me admitiste que lo hace con todos los hombres que llevas a tu casa! Además, ¿qué clase de perro se pone celoso de los

hombres que rondan a su dueña?

—Pues un perro que está enamorado de ella y no ha aprendido a gestionar sus emociones. En fin, Vicky, si estás sin trabajo, podría pagarte para que le enseñes modales a mi pequeña bolita.

—Pequeña bolita... —refunfuña Alonso—. Es un monstruo asesino.

—Deja de hablar mal de mi perro, doctor House, o le pediré a Vicky que lo entrene para arrancarte el brazo de verdad. Y a ver cómo operas sin brazo.

—Eso digo yo —replica Alonso en voz baja. Fijo que se acaba de inclinar sobre ella para hacerle cosquillas—. A ver cómo te opero sin un brazo.

Ah, genial, sube la temperatura. Y yo, mientras tanto, buscando en el baúl de los recuerdos alguna joya horrible que me regalara Roberto para endosársela a mi hermana, como si no supiera ya que le gusta la bisutería o, como mucho, las ediciones limitadas que Pandora saca por San Valentín.

—Los hombres de verdad se pueden apañar solo con uno —le chincha Elsa—. ¿Es eso lo que me vas a dar por mi cumple, una operación? Espero que los demás regalos sean un poquito mejores. ¿A qué esperáis para dármelos? Una no cumple veinticinco todos los días.

Justo cuando empieza a oírse el sonido de las bolsas y papeles rasgados, las risitas y los comentarios sobre los presentes, abro el cajón y me topo con el regalo ideal.

Sencillo, en perfecto estado y, además, de su estilo.

El estómago se me revuelve un poco de pensar en darle a Elsa algo que perteneció a otra persona; a esa persona, además, pero cada vez que he abierto el cajón y lo he visto, el pánico me ha paralizado, y no quiero volver a experimentarlo. No quiero tenerle miedo a un objeto inofensivo.

Busco una caja mona donde colocarlo y regreso al salón sudando la gota gorda.

—Hombre, ¿dónde te habías metido? Bah, da igual. —Elsa extiende los brazos hacia mí, abriendo y cerrando las manos y sonriendo como el gato de Cheshire—. ¡Dame mi regalito!

Y esta gente animándome a que no le diera nada... Ya que estaban, que me hubieran arrojado al foso de los tiburones.

—No he tenido tiempo de ir a comprarte nada muy especial —confieso, tendiéndole la cajita de terciopelo—, pero te prometo que la semana que viene te sorprenderé con algo a la altura.

—Tonterías, seguro que es estupendísimo... —Elsa la abre con impaciencia. Mis nervios se acentúan al verla levantar las cejas, pasmada, y soltar una carcajada de pura incredulidad—. No puede ser... Tú te estás quedando conmigo. —Saca el anillo con el rubí de Dareon y lo sostiene delante de todos—. ¿Es en serio?

—¿Eh? Sí..., ¿por qué?

Elsa se coloca la joya en el dedo anular y me lo muestra sin dejar de reírse.

—Este anillo es mío, pedazo de cabrona —se descojona—. Lo perdí hace mil años, parece que en tu casa, ¿y ahora vas y me lo regalas en mi cumpleaños? Tienes más cara que espalda, bicha.

Siento que el suelo empieza a abrirse a mis pies.

—¿C-cómo que es tuyo? —tartamudeo—. ¿Qué dices?

—Que sí, tonta, que esto me lo compré yo en la Cuesta de Gomérez un día que fui a darme una vuelta con Cora. Si ella estaba conmigo, aunque no sé si se acordará. —Extiende la mano para admirar la joyita —. Este fue el único que me quedó bien de todos los que tenían en exposición. Como son ajustables, la talla única es enorme.

Me giro hacia Abril en busca de un asentimiento, pero por insólito que parezca, el que confirma todos mis temores es Vikram. Se ha quedado mirando el anillo con la mandíbula apretada, y en cuanto nuestros ojos se encuentran, leo en su expresión la preocupación ante una discusión inminente.

La que le va a caer por mi parte.

—Tienes un sentido del humor muy retorcido —comenta mi hermana mediana con una sonrisa escueta—. Pero, en cualquier caso, me alegro de haberlo recuperado. Muchas gracias, mi amor. —Me da un sonoro beso en la mejilla.

—El... —Trago saliva—. Elsa...

Ella juguetea con el anillo, pensativa. Casi puedo leer sus pensamientos: ¿cómo diablos ha acabado ahí, en mi casa, la joyita de marras?

—¿Mm?

No encuentro la voz. Ni siquiera sé cómo es posible que las rodillas me estén sosteniendo.

—Elsa... —Lo intento de nuevo después de respirar hondo—. ¿Por casualidad no has estado viéndote con un hombre... rubio? Con el pelo blanco, de hecho.

Elsa me mira como si me hubiera salido otro ojo.

—¿Qué dices, idiota? Sabes que me gustan mayores, pero tampoco tan canosos —se ríe—. Aunque el exnovio de Lana del Rey me encanta. Sean Larkin, creo que se llamaba. Qué pedazo de tiarrón. —Se acerca un poco a mí y me da un codazo—. ¿Por qué has dicho eso delante de Alonso, cerda? Todavía no hemos hablado de exclusividad, pero no quiero tener una bronca —agrega en voz baja, molesta—. Encima en mi cumpleaños... Manda narices, Diana.

Desconecto de la conversación en cuanto activo el modo de supervivencia. Vikram se da cuenta de que me tambaleo, perdida en una serie de recuerdos inconexos, de fragmentos de conversaciones

que escuché por casualidad o que tuve con Dareon, y se acerca para sostenerme por el codo. Con una sutileza impropia de un hombre de su tamaño, tira de mí y me saca del salón sin que nadie sospeche que estoy en shock. Es lo bueno de que Elsa acapare el protagonismo que da gusto, sea su cumpleaños o no.

Vikram cierra la puerta del dormitorio con cuidado, quizá para ganar tiempo. Antes de que pueda darse la vuelta para encararme, balbuceo:

—¿Puedes... por favor... explicarme... por qué... por qué Dareon tenía un anillo de mi hermana? ¿Y por qué coño lo llevaba puesto como si fuera la gloria de su linaje?

Vikram me mira en silencio.

«Creo que ya lo sabes», responde al fin.

Su calma me saca de quicio.

—¡Sigo queriendo una explicación! ¡Es obvio que tú lo has sabido todo este tiempo! ¡Que ellos... que ellos se... se conocen, de alguna manera! —Me froto las sienes compulsivamente—. La forma en que la miras, la tratas y la proteges... Además, ¿cómo si no has sabido que su perfume es *Mademoiselle* de Rochas? Dareon tenía una muestra de la colonia en su mesita de noche. La otra explicación posible a que lo supieras es que te hubieras colado en el baño de Elsa, y eso no me dejaría más tranquila. —Él continúa en silencio, tan tenso que parece que se vaya a partir—. Vikram —insisto, acercándome con el dedo acusador por delante—, más te vale decirme de qué va todo esto. Se trata de mi hermana. Mi HERMANA, ¿entiendes?

«Tenía que proteger los secretos íntimos del príncipe».

—No tienes que proteger al príncipe, Vikram. Ya no.

Mi respuesta le duele, pero no hay otra manera de decirlo.

Él aprieta los labios.

«¿Qué quieres saber?».

—¿Está en peligro? —musito—. ¿Podría pasarle algo malo?

«No. Elsa está protegida por las facciones más poderosas de la Confederación, y a muy buen recaudo viviendo en la Tierra. A nadie le interesa hacerle daño; todo lo contrario. Nunca sufrirá el menor rasguño».

Me apoyo la mano en el pecho, donde me late el corazón a una velocidad alarmante. Inspiro y espiro, obligándome a abordar el tema con la mayor serenidad posible.

—No puede ser una simple amante de Dareon porque ella no lo ha visto. Elsa habla de todos sus novietes y jamás ha mencionado a nadie con la planta del príncipe. —Miro a Vikram a los ojos—. ¿Cómo es eso posible? Él dice que está enamorado de ella. Él dice que sabe cómo es... Me la describió como si la conociera. Pero no tiene que ser porque la haya tratado en persona, ¿no? Quizá solo la observa.

»Es la elegida, ¿verdad? La que coronará al virrey de Windhalm cuando llegue el momento. Al conde de Sextans.

Vikram asiente muy despacio. Las piernas dejan de sostenerme y tengo que sentarme en el borde de la cama.

¿Cómo no lo vi venir? Sus palabras llenas de rencor antes de hechizarme, aquel comentario revelador: «Diana es lo más parecido que podría encontrar a Edrielle».

—Se llamaba Edrielle —recuerdo con un escalofrío.

«La princesa Edrielle de los elegidos de Roshanara, así es».

—¿Y eso qué significa? ¿Tendrá que visitar la Confederación, o irse allí a vivir? ¿Correrá los mismos riesgos que he corrido yo? Dios santo... Dareon la necesita para seguir vivo —recuerdo en voz alta—. Venía a verla en los momentos críticos, ¿no es cierto? Si la visitaba y le quitaba... perfumes y citas y... Han tenido que interactuar de algún modo.

«Eso no me consta», reconoce. «Dareon siempre ha sido muy discreto respecto a ese tema. Pero no creo que Elsa sepa nada de él ni de su deber».

—¿Qué deber?

«Solo habrá de coronar a Sextans. Nada más. Esa es su única responsabilidad. Si quiere vivir en la Tierra o quiere vivir en la Confederación, será como ella lo decida. O eso tengo entendido».

Me paso las manos por la cara, sobrepasada. Él se sienta a mi lado, incómodo, y aguarda con el rostro en tensión a que me tranquilice.

Mi hermana, una princesa de los reinos acuáticos, de las islas sumergidas.

Esto es una locura.

¿Puede quien sea el que esté ahí arriba darme una maldita tregua?

Ladeo la cabeza hacia Vikram y le agarro la mano.

—Mi hermana no irá a ninguna parte —le advierto, como si él fuera el enemigo—. No mientras su visita a la Confederación entrañe el menor peligro. Y si para eso tenemos que dedicar todas nuestras fuerzas a protegerla, eso es lo que haremos, ¿de acuerdo?

Vikram me mira con cariño.

«Dareon jamás le haría daño, llorona».

—A mí también me dijo que nunca me haría daño —replico con voz temblorosa—. También me dijo que era valiosa; lo mejor que tenía a su disposición, así que disculpa si no estaría tranquila ni si la amara con todo su corazón. El amor de Dareon no vale nada, a no ser que vaya dirigido a su maldita corona.

Vikram hace una mueca disconforme.

No puede replicarme nada, por desgracia.

«Dareon no era todo bondades, es cierto. Pero tampoco es justo reducirlo a sus errores».

—Lo dices porque a ti no te hechizó.

«Es verdad. Te hechizó a ti».

Lo escribe con ese ademán bravo más expresivo que ninguna palabra pronunciada, dejando muy claro que un hechizo contra él no habría significado ni la mitad de lo que significó que me atacase a mí.

Se me forma un nudo en la garganta.

—No me malinterpretes. Nunca podré solo odiarlo. He crecido con él en mi mente, ¿recuerdas? Lo he mimado en mi libro y en mi conciencia, lo he tenido idealizado toda la vida. Pero no puedo soportar la idea de que hiera a mi hermana o la utilice para sus fines como me usó a mí. Tenemos que alejarla de él.

«Eso sería imposible, Diana. Ellos se necesitan, ¿recuerdas? Están unidos. No solo Dareon la añora; Elsa también ha de permanecer en su órbita».

—El suyo es un vínculo mágico —pienso en voz alta—. ¿No debería haberse disuelto nada más ella llegó a la Tierra? ¿Lo mantienen vivo las visitas del príncipe?

«No es lo mismo un hechizo mágico que un vínculo. No están embrujados; son cautivos el uno del otro».

—¿Qué significa eso? —jadeo, alterada—. Si Dareon muere, ¿qué pasará con mi hermana? Si Dareon sufre... ¿Ella lo siente? Vikram, tienes que explicarme esta locura.

«No lo sé con seguridad. Dareon no hablaba de esto jamás, y yo tampoco le he presionado nunca. Pero tu hermana parece feliz, Diana. Y sana. Creo que el hecho de que haya todo un abismo entre los dos mundos sirve para que ella no padezca lo que Dareon sufre».

La puerta se abre de golpe. Me da tiempo a secarme las lágrimas antes de girarme con una sonrisa de pega.

Elsa nos observa con una ceja arqueada. Se ha puesto una diadema de la que salen dos cuernos de diablesa.

—¿Qué pasa? —me obligo a decir en tono desenfadado—. ¿De repente se ha convertido esto en una despedida de soltera?

—No bromees con eso, yo no me caso ni por las ventajas tributarias. Y eso digo yo: ¿qué pasa? ¿Habéis sentido la llamada de la naturaleza de repente, animales viciosos? Porque os veo muy vestidos si se trataba de eso.

—Estábamos hablando mal de ti, de hecho.

—Bueno, pues dejadlo para luego, que ha llegado una invitada muy especial y seguro que te mueres por saludarla. —Me guiña un ojo.

—¿Una invitada muy especial, dices?

—¿No andabas preguntando por Mariola? Pues venga, sal, que te está esperando.

31

Mariola no habría aparecido de la nada si no tuviera algo que decirme. Lo sé incluso antes de salir del dormitorio y barrer el salón con la mirada para localizarla.

Si no recuerdo mal —y es posible, porque tengo algo borrosos mis últimos días en la Confederación—, cuando fue a verme a mi alcoba de palacio ya había oficializado la ruptura con Laertes. Eso la había dejado lo bastante débil para no poder defenderse de mi ataque, y probablemente también para lidiar con Dareon si a este lo hubiera apetecido arremeter contra ella.

De primeras no me imagino a Dare haciéndole daño a su abuela, pero tampoco le habría imaginado manipulándome a mí, así que quién sabe.

Nuestras miradas se encuentran a una distancia de varios metros. Es Mariola de verdad, no Edel. La Mariola que me leía cuentos, me mecía entre sus brazos, me consolaba cuando lloraba al volver del colegio con historias de terror; la que fue mi madre más que mi propia progenitora.

He decidido no fusionar a Mariola y a Edel, no concebirlas como una sola persona. En mi mente son y siempre serán seres distintos; cada uno pertenece a un mundo de los dos en los que he vivido. Me alegro de que sea así, porque si bien me matan los remordimientos, no siento que la anciana que tengo delante sea la víctima de mi cruel estrangulamiento.

Me froto el brazo para suavizar la piel de gallina. Intento esbozar una sonrisa para no levantar sospechas y me acerco a ella. Me está mirando con seriedad. Tiene los pequeños ojos hundidos.

Ha debido de llorar hace poco. Descubrirlo me hace frenar en seco. ¿Qué podría arrancar el llanto de Mariola? Nada. Nunca la he visto sufrir hasta ese punto.

Un mal presentimiento me desestabiliza y tengo que agarrar la mano de Vikram en busca de apoyo. Trato de esperar antes de sacar conclusiones precipitadas, pero todo en lo que puedo pensar es en que ha venido a darnos la noticia de que Dareon ha muerto.

—Me gustaría hablar contigo en privado —anuncia antes de que me detenga delante de ella—. ¿Te importaría salir fuera conmigo un momento? Vikram también.

Elsa, que hasta el momento había estado muy ocupada dándolo todo al *Just Dance*, al que seguimos jugando a día de hoy en la Wii del salón, se gira hacia Mariola con el ceño fruncido.

—¿De qué conoces tú a Vicky, si ha venido mientras estabas en Galicia con tu hijo? O nieto, no me acuerdo.

—Diana y yo estuvimos juntas de vacaciones en Italia.

—¿En serio? Eso no lo sabía.

Claramente es un reproche dirigido a mí.

—Luego hablamos de ese tema —atajo, lanzándole una mirada suplicante. Elsa sigue con cara de «anda que me cuentas algo»—. Tú solo disfruta de tu cumpleaños.

Parece que va a retomar el baile, obediente, pero antes de que pueda seguir a Mariola fuera del apartamento, Elsa se me acerca y se cuelga de mi hombro.

—Sé buena con ella, Didi —me pide Elsa en un susurro—. Parece que el familiar este anda muy enfermo y solo ha venido para poner unas cuantas cosas en orden antes de mudarse para cuidarlo. Y para felicitarme, claro.

Muy enfermo.

Las ganas de vomitar regresan con más fuerza.

—Lo sé. Se trajo a su... hijo consigo en las vacaciones.

—Oh. ¿Y cómo es? —pregunta con curiosidad—. Mariola tiene pinta de haber sido guapa de joven.

No se lo podría ni empezar a imaginar.

—Más tarde te lo cuento. —Le doy una palmadita y un beso en la mejilla.

Sigo los pasos de Vikram y Mariola en dirección al apartamento vecino. Aprovechando que me da la espalda, examino su físico en busca de algún arañazo o moratón que delate que ha participado en la contienda confederada. Aunque ¿qué contienda? Ni siquiera sé con certeza si se ha desatado una guerra propiamente dicha, o si Kadesh se ha limitado a reducir Elyllon a cenizas.

Me estremezco ante esa posibilidad, y Vikram, tan cálido como el sol que te acaricia la cara en primavera, me pasa un brazo por la cintura.

En cuanto Mariola cierra la puerta, se gira hacia nosotros con el aliento contenido.

Su ira va dirigida a mí.

—Laertes y yo te lo dejamos muy claro en su día, Diana. La *dysys* tiene un deber para con el pueblo confederado y es prestar sus ojos y oídos a las visiones, necesarias para anticipar los daños e intervenir en el curso de los hechos si fuera necesario. Has estado bloqueando tu poder para ignorar la situación de Dareon, ¿no es así? Has desobedecido al Oráculo.

«No», interviene Vikram por mí. «El estado en el que Diana regresó a la Tierra no era el óptimo para invocar las visiones».

Interrumpo a Vikram poniéndole una mano en el hombro.

—Sí —reconozco, mirando a Mariola a los ojos—. He cerrado mi mente por instinto. Ni siquiera sé cómo lo he hecho. Parece que querer es poder, y que algo tan sencillo como decidir no saber nada de vosotros me hizo el trabajo.

Los labios de Mariola se convierten en una fina línea.

—No puedes desentenderte sin más de tu obligación. Tienes un don, y eso conlleva una responsabilidad.

—Bonita frase del tío Ben, pero te recuerdo que fui expulsada de Elyllon como si fuera un perro pulgoso. Mi príncipe intentó matarme. Discúlpame si no estaba de humor para verle la cara. Tú entre todo el mundo deberías saber cómo me siento. Me defendiste ante él. Criticaste su venganza.

—Sé cómo te sientes —replica, bajando el tono—, pero esto que nos traemos entre manos va más allá de nuestros sentimientos. Si estamos furiosos o dolidos es lo de menos, Diana; allí se está fraguando una guerra. Apenas llevamos unas semanas de conflicto y ya ha habido miles de bajas. —Su semblante se endurece—. Olvídate por un momento de tus susceptibilidades y de lo mucho que has sufrido y céntrate en lo importante.

—No me tengo que centrar en la guerra de un país que no es el mío. Y ni mucho menos voy a hacerlo para servir al puto engendro que me hechizó.

Me duele decirlo. Me quema. Pero también me alivia.

—¿Ahora es un engendro? —me espeta con los ojos lanzando chispas. Literalmente—. Era el príncipe de tus amores cuando te invitaba a fiestas, te servía más vino y te trataba como si fueras la reina de Saba. Cuando todo era maravilloso, ahí estabas tú. En cuanto se tuerce la historia y trata a los traidores como es debido, sometiéndolos a un interrogatorio tortuoso, decides traicionarlo. ¿Qué te has creído, niña? ¿Que en la Confederación las cosas funcionan como aquí, con vuestros bonitos derechos humanos? ¿Que tus actos no tienen consecuencias? ¿Que podrías fugarte con el asesino de Dareon? —Señala a Vikram con un gesto de barbilla—, ¿que luego podrías, para colmo, aliarte con su enemigo político, y que a posteriori te recibiera con los brazos abiertos? No estuviste a la altura del servicio para el que te prestaste, porque juraste protegerlo y servirlo; yo estaba allí cuando te enfrentaste a las órdenes de Laertes para permanecer al lado de Dareon. Y todo ¿para qué? ¿Para largarte cuando más necesitaba un amigo? Hechizarte fue una crueldad, pero si no hubieras sido la *dysys*, tendría que haberte matado. Es el destino de todo desertor. Eso tenlo presente.

Soporto su crítica con los hombros rígidos, respirando con dificultad.

«Tendría que haberte matado», ha dicho.

—Vikram no es su asesino —le defiendo—. Iba a ser el asesino de Agrona, quien, según recuerdo, no te caía muy bien.

—Lo que no me cayó muy bien fue que envenenaran a mi nieto, quien habría pasado a la historia como Dareon el Restaurador después de enmendar los daños que Agrona causó no solo al reino, sino a mi familia.

—¡Vikram también es tu nieto! —insisto, exasperada.

Mariola ni siquiera repara en el otro príncipe de Elyllon, que asiste a la conversación sobre él con aparente estoicismo.

—Las hadas de Turlough nos llamamos hermanas las unas a las otras por los vínculos de lealtad que forjamos permaneciendo unidas en momentos difíciles, no por la sangre que corre por nuestras venas. Si quiere ser mi nieto, igual que si quiere ser hermano de Dareon o incluso el verdadero monarca de la comunidad ely, va a tener que ganárselo —responde, mirándome con fijeza—. Por ahora no ha estado a la altura de su supuesto linaje. Ni siquiera de sus promesas de lealtad. Y tú tampoco.

No puedo soportarlo más.

—No te reconozco —confieso al fin—. ¿Por qué me tratas así? ¿Qué está pasando?

—No es el momento de andarse con paños calientes, Diana. Has traicionado a Dareon, y, por ende, también me traicionaste a mí. —Hace una pausa agónica—. Y eso nos está matando a todos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? Que, al huir a Aranrhod con quién sabe qué propósitos, obligaste a Dareon a adelantar el golpe de estado por miedo a que revelaras la información delicada que tanto Vikram como tú poseíais. Y aún no estaba preparado. Los exiliados necesitaban entrenamiento. Por no mencionar que Dareon se está muriendo —confiesa, mirándome con los ojos húmedos. Su anuncio me cae como una bofetada que me obliga a retroceder—. No le queda mucho. He venido a buscar algo que pertenezca a tu hermana, porque objetos que hayan estado en contacto con ella le hacen el padecimiento mucho más llevadero, pero no creo que pueda hacer más. Le han herido y se niega a tomar las panaceas de Vikram.

Bloqueo mi mente para que no me bombardeen las imágenes que podrían hacerme claudicar, pero estas acuden de todos modos y se me parte el corazón.

—¿Y qué puedo hacer yo? —sollozo, harta de la situación—. Ni siquiera querrá recibirme. Se deshizo de nosotros.

—Desbloquea tu mente y ayúdanos. Las tropas de Kadesh y las de Elyllon están acercándose para combatir en los límites de Namara. Dicen que será la batalla decisiva para determinar quién tiene ventaja en el conflicto. Échanos una mano para vencer, y por lo menos podrá

morir en paz.

»Y tú... —Se gira por primera vez hacia Vikram—. Al menos ten la valentía de quedarte para oír lo que te tiene que decir. Fuiste un cobarde callándote tu delito, pero eres un bicho rastrero por haberte marchado en un punto tan crítico, exponiéndolo a que se enterase de que eres su hermano por otras fuentes.

El pulso se me acelera.

—¿Se ha enterado? —tartamudeo.

—Por supuesto que sí. Kadesh se encargó de que llegara a oídos de las facciones de Elyllon que llevan años queriendo deshacerse de Dareon para poner en el trono a un monarca fuerte y con futuro. Uno como «el caído de Shapoor», que, además de fugitivo, es ahora el candidato ideal para heredar la corona. Justo lo que necesitábamos —añade por lo bajini—, guerrillas internas.

—¿Y qué esperabas? ¿Que nos quedáramos para que nos torturase?

—Esperábamos la verdad. Nada más que eso.

«Tú ya lo sabías», interviene Vikram por primera vez.

Mariola y él se miran a los ojos.

—Lo sospechaba. El bosque de Turlough hablaba cada vez que ponías un pie allí. Te desprecia —escupe—, pero nunca ha intentado matarte. La tierra es elocuente... y muy sabia.

—Dareon le habría pasado por la espada para que no le disputase el trono.

Mariola me mira con una mezcla de asombro, incredulidad y decepción.

—No deberíais haber dado tantas cosas por sentadas. Parece mentira que seáis quienes mejor le conocéis —murmura, dolida—. Dareon no quiere ni ha querido a nadie jamás como respetaba y adoraba a Vikram.

No nos da tiempo a responder. Mariola da un paso atrás y hace una bola con el fular que Elsa ha debido de prestarle —o quizá lo ha robado—: una prenda roja de seda que todavía huele a ella.

Nos mira a los ojos un segundo.

—Sé que, a pesar de todo, lo queréis. Os importa vuestra tierra y os gustaría enmendar vuestro error. Puede que esta sea la última oportunidad. Venid conmigo ahora, o sentíos culpables para siempre.

Yo vacilo un segundo. Mi cuerpo todavía recuerda el dolor de los retortijones de estómago, las agujetas que me dejaban las violentas arcadas; la sensación de vacío y el ardor de garganta por la necesidad de contener las lágrimas de incomprensión. Todavía noto el cuerpo flácido y débil. Todavía me quedan lagunas.

Pero Vikram da un paso al frente sin pensarlo, y al ladear la cabeza hacia él, descubro una nueva y fiera determinación en su semblante. Y, de algún modo, me la contagia: me llena de la fuerza que me hace

falta para volver.

Tengo que hacerlo.

Aunque solo sea para cantarle las cuarenta.

32

Todavía no sé cómo funcionan los viajes espacio-temporales, pero este en concreto es, a pesar de los nervios, uno de los más agradables que he tenido. No solo porque supiera a dónde iba. También porque aterrizo sobre los pies como si solo hubiera saltado un escaloncito.

Mariola está a mi lado, ahora con su apariencia divina, y Vikram otea a su alrededor con la mandíbula tensa para cerciorarse de que estamos en Elyllon.

Pero claro que estamos en Elyllon. Huele a jazmín y albahaca fresca con un rastro de menta, el aroma de Dareon, de su trono y de su reino. Un olor familiar que me llena los ojos de lágrimas.

Tenía que volver al pasillo de la habitación del príncipe para darme cuenta de lo equivocada que estaba, del miedo que tenía y de la culpabilidad me estaba matando. Puede que sea una locura, pero mi cuerpo reacciona como si lo hubiera echado de menos. Y, en cierto modo, así ha sido.

Sabiendo que Mariola, ahora Edel, me está mirando desde su altura, me giro hacia ella.

—Siento lo que casi te hice.

Relaja la pose defensiva.

—No te lo tuve en cuenta. No estabas en tus cabales. Eso es justo lo que en su día te dije que tanto me temía, Diana; que Dareon hubiera heredado el don de su madre y acabara empleándolo guiado por la ira. Fuiste víctima de un mal uso de la magia del Seir, pero no mucho más que él.

Se me desencaja la mandíbula.

—Entiendo que tienes que defenderlo porque es tu nieto, pero él no fue ninguna víctima.

—Quien no aprende a manejar la hechicería acaba siendo su esclavo. Es algo incontrolable y que te domina. Y Dareon jamás ha recibido la instrucción en la torre del Seir. Es apenas un principiante, y está pagando por el mal uso de sus poderes. Es verdad que Dareon tiene un pronto perverso —me concede con un cabeceo resignado—, pero estoy convencida de que no tenía ni idea que ibas a sufrir hasta ese punto, y que no sabía cómo deshacer el mal causado.

Aprieto los labios.

—Prefiero escuchar eso de su boca.

Echo a andar hacia su dormitorio, pero antes le arrebato a Edel el

fular de mi hermana y lo engurruño en la mano cerrada. La última vez que estuve en esta habitación, quise morirme después de romper el perfume y todas esas *guilty pleasures* de mi hermana.

Mi hermana, joder.

Empujo la puerta, franqueada por dos guardias. Estoy tan furiosa por todo lo que me ha ocultado que me dirijo a la cama cubierta por el lánguido dosel con la intención de prorrumpir en gritos, pero el pequeño bulto que agoniza bajo las sábanas me obliga a frenar en seco.

Dareon ya no es Dareon. Ni siquiera es el Dareon de la Justa Real. Ha encogido hasta el metro cuarenta, tiene el pelo tan blanco que se transparenta, como si fuera un holograma, y ha adelgazado tanto que es apenas un saco de huesos.

Casi dejo caer el fular. Apenas me doy cuenta de que empiezo a arrodillarme al lado de la cama, temblando como una hoja. Estiro un brazo para tocarlo, pero nada más rozarle el dorso de la mano, la piel se desprende de su cuerpo.

Él emite un gemido de dolor que la falta de fuerzas acaba entrecortándole.

—Dareon —susurro sin voz—. Dios, Dareon... —repito, acongojada y con las lágrimas en la garganta—, cómo te odio. No puedes hacerme esto. No puedes darme pena. No te permito que te victimices de esta manera. Yo he venido solo para decirte que casi me arruinas la vida.

Intuyo que intenta girar la cabeza hacia mí, mover los labios, separar las pestañas y mirarme, pero no puede. Está roto, vendado hasta el cuello, y huele a las hojas húmedas de otoño que se descomponen a los pies de los árboles caducos.

Se está pudriendo.

«A ti también te encanta victimizarte», escucho en mi cabeza.

Es él. Está demasiado débil para utilizar la voz.

—¿Encima me vienes con esas? Que sepas que eres un cabrón vengativo; que, para ser un príncipe, no te molestas en escuchar las razones por las que tus aliados actúan como actúan antes de coger el cuchillo, igual que un vulgar asesino; que jamás te perdonaré lo que me hiciste, y que como se te ocurra involucrar a mi hermana en tus malditos planes... —Se me cierra la garganta y de pronto me cuesta respirar. Lo siguiente que puedo contar es que las lágrimas me arden en las mejillas—. Dios mío, ¿qué has hecho para estar así?

Cojo el fular estilo francés y, con cuidado, se lo ato a la muñeca. Aún huele a Elsa, a su perfume de Rochas, al té de grosella y frutos del bosque que bebe compulsivamente en el trabajo y a ese champú de fruta de la pasión que dice que le dan ganas de comerse.

Observo, perpleja, que los dedos de ese brazo van recobrando el color y engordando hasta dejar de parecer un esqueleto. No me lo

pienso y lo desato para cubrirle el pecho y parte del cuello con él. Parece que aplicarlo en la zona le ayuda a respirar mejor. El color vuelve a sus labios cerúleos.

Pero no mueve la boca hasta que el suelo cruje bajo el peso de Vikram. Le cuesta tanto recibir al recién llegado que tiembla y aprieta la mandíbula como para romperse los dientes, pero al fin consigue abrir los ojos, inyectados en sangre y totalmente transparentes, y clavarlos en la figura del *japheth* que se arrodilla al otro lado.

En lugar de agachar la cabeza con un «alteza», como le he visto hacer en otras ocasiones, Vikram le sostiene la mirada.

La furia viva que vi en el rostro de Dareon cuando torturó a su hermano a través de mí no aparece, como me estaba temiendo. Habría pensado que es porque sus pupilas ciegos no logran reconocerlo, pero su saludo me saca de dudas.

—¿Has venido por tu trono? —consigue articular con la voz cascada.

«He venido a ganar esta guerra por ti», corrige Vikram. «Te prometí que lo haría».

Tienen que transcurrir unos largos segundos hasta que por fin retoma la palabra.

—Hace tiempo desde que tus promesas carecen de valor para mí.

«Que me marchara no significa que no pretendiera regresar. Me infiltré en la corte de Aranrhod para conseguir información, pero no quisiste escucharla, y ahora hay un *hatus* dirigiéndose hacia aquí, ¿no es verdad?».

Se le cierran los ojos, pero Dareon lucha contra sí mismo hasta que el rostro se le perla de sudor y empieza a temblar bajo las sábanas.

—Lamento no haber estado a la altura —masculla entre dientes, que le castañetean—, pero mi instructor no llegó a enseñarme la lección de cómo... cómo mantener la cabeza fría después de una traición.

«No tenías que mantenerla fría, solo bien puesta sobre los hombros. ¿En qué estabas pensando al arrojarte sobre Kadesh en su propio palacio?».

—En que quería morir lo antes posible —confiesa con la voz pastosa—, y arrastrarte conmigo.

«Eso no es cierto. No eres tan necio».

Transcurren unos eternos segundos hasta que jadea:

—Te dije que te mataría si volvías a poner un pie en Elyllon, y yo... Yo sí cumplo mis malditas promesas.

«Adelante», le anima Vikram, impertérrito. «Mátame, si eres tan valiente».

—Soy más valiente que tú, desgraciado. Yo di la cara. Yo... yo... yo me quedé.

«Porque eres Su Alteza el príncipe de Elyllon».

—Y tú también —le espeta, iracundo. Por fin se rinde al dolor y cierra los ojos—. ¿Qué pensabas que iba a ocurrir si me decías que era... era... t-tu hermano? ¿Creías que te iba a matar?, ¿que te haría... daño?

«Sí», responde sin vacilar.

—Te habría enseñado todo lo que sé. Habría mandado hacer una capa... de seda... jasirí, y una esp... espada de... —Se calla hasta que las convulsiones cesan lo suficiente para hacerse entender—. Una espada d-de acero de... de Valcor. Habría... —Se le quiebra la voz. Lleva una mano al fular y lo aprieta con fuerza contra su pecho—. Maldito seas, ¿es que no ves que no seré eterno? Te habría convertido en mi sucesor.

Enmudecida, alzo la mirada para toparme con el rostro descompuesto de Vikram. Ha empalidecido, y lo mira sin ocultar su desconsuelo. No necesito leerle la mente para saber en qué está pensando.

Lo subestimó. Y yo, aunque al principio me resistí a creer que Dareon fuera capaz de destruirlo por el simple hecho de tener la sangre de Egren, también lo subestimé al dejarme convencer por sus teorías.

«Te odiaba demasiado para pensar bien de ti», reconoce Vikram. «Y no habría querido ocupar tu lugar. La corona de Elyllon está manchada de sangre. La sangre de mi hermano Nakem..., y también del que se está muriendo ahora». Su nuez de Adán se mueve, indecisa, cuando traga saliva. «Déjame curarte».

—No puedes.

«No puedo curarte para siempre, pero quizá te dé unas horas más».

—Unas horas más para ver cómo queman Elyllon hasta los cimientos. —Tuerce la boca—. Supongo que es lo que los elys merecen, que esté despierto para verlo.

«Esta batalla la ganaremos nosotros. Solo dame la orden de ponerme al frente del ejército. Les haremos retroceder».

—No necesitas mis órdenes. Eres pra... prácticamente el nuevo príncipe. ¿Sabes que muchos súbditos claman tu nombre? —Llena los consumidos pulmones de aire para continuar—. Han compuesto canciones en tu nombre. *El Caído de Shapoor* es mi preferida, aunque *El de los tres nombres* también me... me pone el vello de punta. ¿Cuál es tu tercer nombre? El segundo sé que es Oberon. Espero que lo tomes una vez te...

«No voy a sentarme en el trono. No quiero ocupar tu lugar».

—¿Y para qué has venido?

«Ya te lo he dicho. Quiero alargarte la vida; a tu reino y a ti, aunque la aclaración esté de más porque sois lo mismo».

Vikram clava la mirada en un punto por encima de mi hombro. Al girar la cabeza observo que Edel asiente con la suya, y se acerca con los frascos de panaceas que es evidente que Dareon no se ha tomado en los últimos tiempos.

«El esfuerzo final», le ruega Vikram. «Te aseguro que no intentaba envenenarte. Ni siquiera lo intenté la primera vez».

—¿Qué intentabas, entonces?

Edel me da un toque en la espalda y me tiende una mano para ayudarme a levantarme. Intrigada, aunque también molesta porque interrumpa la conversación, me incorporo y le dirijo una mirada interrogante.

«Deja que hablen», me pide mentalmente. «Esto es entre ellos dos, y tú tienes algo que hacer».

«¿El qué?».

No me responde hasta que me ha sacado del dormitorio. Me da tiempo a echar una mirada rápida por la rendija, captando a Vikram revisando el contenido de los frascos antes de hacer una mezcla con precisión científica.

—Estarán bien —me asegura Edel—. Él es el único que podría haberle convencido de tomarse las malditas infusiones.

—¿Y si no es suficiente para aplacarlo? ¿Y si sigue furioso después de la explicación?

—No puede estar más furioso que cuando creyó que Vikram intentó matarlo para arrebatarle el trono. Además, ¿no te parece que un hombre en sus últimas horas es mucho más paciente y sensato?

—¿De verdad... está en sus últimas? —musito.

—Eso podrás preguntárselo a Laertes, aunque mucha suerte consiguiendo que te responda. Tienes que ir a verlo. Le debes unas cuantas historias. Sin ti, le falta un brazo.

—¿Y sin ti? ¿Qué le falta?

Edel hace una mueca y airea la mano, aclarando que preferiría no hablar sobre eso. El vestido que lleva, a diferencia de los que le he visto en otras ocasiones, no deja mucha carne a la vista. Supongo que quiere cubrir la zona donde estaba el tatuaje.

¿Le habrá dolido la quemadura?

Por supuesto que le habrá dolido, ¿qué tontería estoy pensando? La habrá matado de pena. Se le ve en la cara que no está en su mejor momento. Su piel ha adquirido un tono grisáceo muy poco favorecedor.

—¿Vendrás conmigo?

—¿A molestar a ese engreído del asco? Siempre —ironiza, y emprende la marcha.

Antes de seguirla, lanzo una mirada rápida por encima del hombro. Los guardias que custodian la puerta del dormitorio no se inmutan;

son de hielo. Me recuerdan a los soldados trajeados que rodean el palacio de Buckingham y que se resisten a reír con las provocaciones de los turistas.

Me quedo un segundo de pie, como si solo deseándolo pudiera oír la conversación entre los hermanos.

Hermanos.

Ha habido un momento en ese dormitorio en el que lo han parecido de verdad. Me han transportado al pasado, a cuando alguna de las jóvenes Balderas iba a buscar a otra para disculparse por una travesura malintencionada; a cuando nos abrazábamos, olvidado ya el rifirrafe, porque sabíamos que no había nada que no pudiéramos perdonarnos.

—Vamos —me apremia Edel. Me cuesta despegar las plantas del suelo. Se me escapa un ruego en voz baja, uno que suplica que todo salga bien. Que al menos entre ellos salga bien.

Sigo a Edel mirando a mi alrededor como si no hubiera estado antes en el palacio. No me deshago de la sensación de que será la última vez que esté aquí. Quizá es errónea, pero no estoy en posición de renegar de mis corazonadas. Todas las que me han sobrevenido en momentos clave han sido ciertas y han tenido su fundamento.

Está claro es que no viviré en Elyllon, pero recordaré toda mi vida sus pasillos, sus cortinajes de seda, sus azulejos, sus arcos y motivos arabescos.

Su príncipe.

«¿Qué pensabas que iba a ocurrir si me decías que eras mi hermano?».

Una pregunta crucial que yo no habría sabido responder.

¿De verdad imaginaba a Dareon ajusticiándolo, cuando recuerdo con claridad la manera en que su expresión se suavizaba al hablar de Vikram, al rogarme que disculpara sus maneras, que intentara llevarme bien con él; su inmenso placer al comprender que su guardaespaldas había encontrado en mí a una mujer que podría quererlo?

Puede llegar a comportarse como un monstruo, pero ¿lo es?

Entonces recuerdo lo que Vikram me dijo una vez.

«—Tú también necesitas un amigo, y me parece que, a diferencia de él, nunca lo has tenido —le dije.

“Él tampoco, Diana. Yo nunca he tenido un amigo porque nunca lo consideré a él como tal. Jamás le di esa confianza, que sin duda merecía... pero Dareon sí me veía como un todo cuando, en el fondo, siempre estuvo solo”».

Siempre estuvo solo. Su padre se fugó a Turlough para que las hadas de Trentia lo protegieran del alcance de la hechicera y reina Agrona, su madre murió en la guerra.

Ni siquiera Vikram confiaba en él.

—Lo siento —murmuro. Edel se detiene a las puertas naturales del bosque. Se gira para mirarme, interrogante—. Siento no haber estado a la altura.

Ella suspira, cansada.

—Para estar a la altura algún día, hay que escalar, y escalar, y escalar —me explica con paciencia—. Tú lo haces más despacio debido a tu naturaleza humana, pero lo haces. Avanzas, creces y te equivocas en el proceso. Lo que pasa es que en la situación en la que estamos, una equivocación puede suponer el fin, pero eso no es tu culpa. La guerra no es tu culpa.

»Vamos, ¿crees que yo no lo he hecho? ¿Crees que yo no he metido la pata, como decís por allí? A los inmortales nos resulta fácil juzgaros: en una vida eterna, los errores son apenas instantes efímeros, como lo son asimismo los buenos momentos o los amantes. Pero yo los he cometido, y a raudales.

—Dime uno, aunque sea. Uno que hayas cometido. Me hará sentir mejor. Y no vale decir «casarme con Laertes» —la advierto.

Edel me invita a adentrarme en el bosque.

Como siempre, sus formas vistosas e intrincadas se abren y modulan, igual que el complejo mecanismo de un reloj, para facilitarnos el acceso.

—Laertes no es un hada de Turlough, lo que significa que sí puede sentir celos —explica en voz baja. Habla con la mirada perdida en el suelo—. Cuando me dijo que me abandonaba, me aproveché de su única debilidad para hacerle daño a propósito.

—¿Por qué te abandonaba? No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero ahí estuve yo para darle un motivo de peso: mi engaño. Él me lo dijo claro una vez. No perdonaría que le traicionase.

Pestañeo, pasmada.

—¿Te arrepientes de haberte... liado con otro?

—No me arrepiento, pero fue un error.

—No sé qué quieres decir.

—No debí hacerlo porque me guiaron las razones equivocadas —aclara mientras retira algunas ramas que se resisten a dejarla pasar. El bosque ya no es su amigo—, porque al final no me ha traído nada bueno. Pero no me arrepiento, porque, aunque fuese por las malas, me permitió darme cuenta de que él no valía la pena.

Atravesamos la entrada de Turlough en completo silencio, hasta que lo rompo con una sola pregunta.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Me voy a vivir a la Tierra. Para siempre —recalca con determinación—. Aquí ya no me queda nada. Ni siquiera Dareon me necesitará, si es que sobrevive. He sido expulsada de la aristocracia

trentiense por mi ruptura con Laertes, las sacerdotisas me han dado la espalda, como cabía esperar, y el bosque de Turlough me desprecia. Mis poderes solo menguarán hasta casi desaparecer. Puedo quedarme aquí, exponerme a las burlas, tolerar las insoportables consecuencias del ostracismo durante el resto de mi vida inmortal..., pero me niego a asumir mi caída en desgracia. Abrazar la mortalidad es mi última oportunidad para ser feliz.

—¿Te refieres a que te permitirás envejecer allí?

—Ya he vivido suficiente. No echaré de menos la juventud.

—¿Y cómo renunciarás a tu... infinitud para convertirte en una humana?

Edel me mira y se encoge de hombros.

—Magia.

Se detiene a los pies del riachuelo que bordea el Oráculo. Ahí está, tan imponente como siempre; enviándome esas energías familiares que siento que he echado de menos toda la vida.

Edel me hace un gesto con la mano para invitarme a pasar.

—¿Tú te quedas aquí?

Su sonrisa quebradiza me llega al corazón.

—Ya no tengo derecho a entrar.

Abandono la actitud prudente y la distancia que ha impuesto, decepcionada conmigo, y la abrazo. A pesar de no haberme perdonado aún por traicionar a su nieto, ella me devuelve el gesto enseguida.

—Entonces, la próxima vez que te vea... será como Mariola.

—Lo dudo. Quizá me encarne en una tímida estudiante universitaria. O en una madre de familia. O en una niña de diez años. Ya lo decidiré.

—¿Qué haces aquí? —brama Laertes, proyectando su voz como el restallido de un látigo. Incluso a mí se me pone toda la piel de gallina. Casi doy un paso atrás del susto al girarme y toparme con el rostro de Laertes, desfigurado por la furia.

—Te he traído a la *dysys* —explica ella, alzando la nariz con insolencia—. Deberías darme las gracias, tarado.

—Lárgate —le ordena en tono cortante. La brisa a su alrededor se afila como la punta de una flecha para amenazarla—. Se supone que tienes que desaparecer, maldita seas.

—Tranquilo —dice ella con fingida tranquilidad—. No volverás a verme jamás.

Dicho eso, su cuerpo se desmaterializa delante de nuestras narices.

El alivio de Laertes es visible.

—¿Se puede saber por qué le has hablado así? —le espeto—. ¿Tienes que ser un capullo las veinticuatro horas del día, o las horas que tengan los días aquí?

—Cállate y sígueme.

—Oye, no pagues conmigo tus frustraciones matrimoniales...

Mi voz se apaga cuando me dirige una mirada fulminante. El suelo parece abrirse a mis pies, pero no, es solo el pánico, que, combinado con su poder, me hace alucinar.

—He dicho —mastica las palabras— que te calles y me sigas. Créeme, no quieres que te haga entrar por la fuerza.

33

Laertes parece más tranquilo en su refugio.

Yo también lo estoy.

La primera y última vez que visité el interior del Oráculo fue para enseñarle a Dareon a deletrear *dysys*, y no tuve la oportunidad de meterme en el verdadero santuario. Nos quedamos en el salón de ofrendas donde revoloteaban las sacerdotisas.

En esta ocasión, me guía al corazón del Oráculo, a esa pequeña sala redonda en la que él escribe sus visiones. A diferencia de lo que podría haber imaginado, no es un lugar espacioso y lleno de luz. Más bien parece un sótano. Se respira frescura —aunque no hay humedad—, y está sumido en la oscuridad.

—¿Ni una ventanita? —le pregunto—. ¿En serio?

—Regresar de una visión y que me ciegue la luz no es muy agradable.

—¿Sabes qué no ha sido muy agradable tampoco? La manera en que te has despedido de Edel. Se va a vivir a la Tierra, y, mira, yo sé muy bien lo que es llevarte mal con tu expareja, pero eso no justifica tu descortesía. Y no me vengas con monsergas de que aquí lo hacéis de otra manera.

—Siéntate.

En fin. Como hablar con una pared.

Hago lo que me exige porque no estoy en posición de desobedecer. Laertes anda calentito, y aunque no me caiga muy bien, prefiero hacer de nuestra comunión algo llevadero. Una parte de mí quiere acabar lo antes posible para ir a ver a Dareon. Y para regresar a casa con Vikram.

Soy yo la que rompe el silencio.

—Siento haber bloqueado mi mente.

—Unas disculpas no me sirven para nada —gruñe. Me da la sensación de que no es un reproche dirigido a mí, sino una especie de advertencia general para que sepa cómo debo tratarlo—. Escúchame bien, Diana. Ya te has lamentado suficiente por tu patética existencia humana. Ahora va siendo hora de que te pongas a trabajar y dejes de hacer estupideces. Los que hemos nacido con un poder como este debemos resignarnos y trabajar, y si no estamos dispuestos a hacerlo o no vamos a realizar la tarea con el éxito esperado, permitir que otros ocupen nuestro lugar. ¿Me has visto a mí abandonar mi puesto en algún momento? ¿Me has visto a mí defraudar a mi pueblo?

—Te he visto defraudar a Edel.

Laertes aprieta tanto la mandíbula que me extraña que no se la parta. En lugar de sentarse en posición de loto conmigo, da una vuelta por el salón. Extiende una mano para prender una hilera de cirios que hay colgados en la pared con sus respectivos soportes al estilo medieval.

—No quiero ser como tú, Laertes. No quiero subordinar mi vida a un poder que no he elegido. No cuando las consecuencias son volverme loca.

En un abrir y cerrar de ojos, Laertes está delante de mis narices, fulminándome con una mirada hostil. Sus iris aguamarina se brillan como el fuego, y tengo que retroceder, aterrada.

Él me fija al suelo alzando una sola mano.

—¿Te crees que puedes elegir? —replica en tono solemne—. ¿Te crees que yo lo elegí, maldita niñata consentida? O te responsabilizas, o mueres. ¿Me has oído bien?

—¿Vas a matarme con tus propias manos?

—La propia *dysys* te abandonará si la ignoras; encontrará la manera de acabar contigo. No subestimes al espíritu que vive en tu cuerpo. Existes porque ella así lo quiere.

Trago saliva.

—Muy... muy bien. ¿Qué necesitas?

—Vas a quedarte aquí y vas a enviar tu mente a los momentos clave que han vivido los contendientes de esta guerra desde que decidiste darnos la espalda. Cuando lo haya escrito todo en la crónica, podrás marcharte.

—¿No podré hacerte antes una pregunta?

—Por las nueve... —Lanza una mirada al techo, exasperado—, ¿qué diablos quieres saber?

Lo miro a los ojos repitiéndome que no tengo por qué temerle. Por muy capullo que sea, es mi fuerza complementaria.

—Tú has visto el futuro. ¿Dareon morirá? ¿Qué va a pasar con Elyllon una vez... él se extinga?

Laertes me quita la cara y se dirige al único ventanuco que hay. Lo ha bloqueado con paneles de palisandro para que no entre la luz, pero solo chasqueando los dedos, consigue se filtre un rayo.

Este le ilumina la mitad del rostro tenso.

—Respóndeme —exijo, impaciente—. Yo veo el pasado y el presente por y para ti. Es lo justo.

Laertes tuerce la boca. Sin mirarme, y vacilando un segundo antes, masculla:

—La visión advierte que la regente de Elyllon morirá.

El corazón se me para.

—Entonces habrá una regente porque... porque Dareon morirá

antes de aclarar la sucesión.

—No es descabellado deducir que Dareon no gobernará durante la guerra —confirma Laertes—, y las hadas de Turlough serán las encargadas de colocar en el trono a una reina, como las ha habido en su mayoría a lo largo de la historia de Elyllon, mientras la aristocracia trentiense elige al monarca definitivo... o bien regresa el legítimo príncipe. Deberá volver cuando el trono se quede vacío, porque la regente morirá. Está escrito.

Sacudo la cabeza.

—Con el legítimo príncipe, ¿te refieres a Dareon... o a Vikram?

—No está claro.

—¿Y quién será la regente?

—Con toda probabilidad, escogerán a Odine: sacerdotisa, aristócrata de Trentia y hada de Turlough por nacimiento. La única viva del linaje de Vygantas. A estas alturas ya sabrás que el trono de Elyllon no es tanto hereditario por vía sanguínea como la conclusión de un debate político entre facciones a la que el príncipe ha de dar su aprobación.

—Pero Edel también pertenece al linaje de Vygantas y tiene todas las características que has citado. El trono le correspondería por derecho, ¿no?

Laertes me lanza una mirada afilada que, sin embargo, entraña una misteriosa vulnerabilidad, a la vez que un complejo significado. Arrugo el ceño, sin comprender, hasta que de pronto la verdad me abofetea.

—Edel sería, en realidad, la heredera por derecho en el caso de que Dareon muriera, pero viste que la regente no sobreviviría al cargo —murmuro, envalentonada—; por eso la has quitado de en medio.

—No vi que la regente moría. Vi que *ella* moría. Con la corona de Elyllon en su cabeza. —Se da la vuelta para que no vea su expresión —. Solo había una manera de evitar que la coronasen, y era repudiándola.

—No me jodas, Laertes. ¿La has abandonado por una visión?

—Lo soñé miles de veces; todas las noches durante años —explica con voz trémula—. Cuando una visión es tan recurrente, significa que se cumplirá. La fecha se iba acercando, Dareon no hacía más que empeorar... Tuve que tomar una decisión.

—¡¿Y por qué diablos no se lo dijiste?! ¡¿Cómo puedes ser tan retorcido?! ¡Ella lo habría comprendido!

Me silencia de una mirada matadora, y se va acercando a mí con los ojos completamente negros.

—¿Crees que no ponderé todas y cada una de las alternativas viables? ¿Crees que no me devané los sesos para no tener que arrebatarle lo que para ella era más importante? Solo el destierro

podría haberla librado de la corona. Si no la hubiera expulsado de Turlough valiéndome de mi poder, a la muerte de Dareon todos los aristócratas habrían mirado en dirección a Edel.

—¿Y por qué no hiciste algo menos doloroso? No sé, poner Turlough en su contra.

—Turlough jamás le habría dado la espalda si yo no se la daba. Tenía que abandonarla. Tenía que ser así —añade, angustiado, como si necesitara recordárselo para no rehacer sus pasos.

Abro la boca para soplarle que es más tonto que un botijo y que seguro que existían otras miles de alternativas, pero si el Padre del Oráculo dice que no hay otra salida, es que no hay otra salida. A fin de cuentas, es omnisciente. Y me lo tengo que creer cuando lo veo tan destrozado. Se le da bien ocultarlo, ha resultado ser un estupendo actor, pero ahora que Edel se ha marchado para siempre, parece que le hayan caído de pronto tres milenios de condena.

¿Quién dice que no sea así?

Me dan ganas de levantarme y abrazarlo, de consolarlo en algún modo. Es soberbio, violento e insufrible, pero me enternece de todas maneras. Se dice que a los que no sufren ni padecen como los demás no hay que tenerles ninguna misericordia, pero desde donde estoy ahora mismo, a los pies de su pedestal y mirándolo con fijeza, he de decir que no he conocido un alma más triste que la suya.

—Es la única vez en mi vida inmortal que me he atrevido a desafiar el futuro —añade en voz baja, quizá para sí mismo—, y no dudo que habrá consecuencias para mí. Pero eso es lo que significa contar con un poder como ningún otro —me advierte. Levita hacia mí y me coge de los hombros—. ¿Lo entiendes, *dysys*? ¿Entiendes los sacrificios que hay que hacer?

Asiento con la cabeza, enmudecida.

—¿Y por casualidad no has tenido una visión más avanzada de dentro de treinta años en la que volvéis a estar juntos? —pregunto con esperanza.

Por primera vez en todo este tiempo, Laertes me mira a la cara con algo parecido a la simpatía. Casi permite que sus labios esbocen una sonrisa melancólica.

—No, Diana.

—¿Y dentro de cuarenta?

—No.

—¿Cincuenta? ¿Tal vez cien?

—Tampoco.

—¿Un milenio? —insisto, aun sabiendo que Edel no tendrá un milenio de vida una vez renuncie a su inmortalidad.

Laertes suspira y se frota los ojos.

—No suelto tener visiones tan adelantadas en el tiempo. Ahora, haz

lo que has venido a hacer. Concéntrate y vuelve para describirme qué has visto. Tengo vacíos en la crónica, y no podemos permitírnoslo.

—¿Por qué la crónica es tan importante?

Laertes se frota la cara, desesperado, como cada vez que lo desobedezco en beneficio del conocimiento. Dicho de otro modo: está hasta los huevos de las preguntitas.

—Para que los confederados conozcan su historia, tengan la oportunidad de aprender de sus errores y no olviden nunca quién es el enemigo y quién está de su parte.

—Esa respuesta podría habérmela dado un estudiante muy flipado de Historia.

Laertes pone los ojos en blanco y se dirige a un pequeño altar decorado con unas cuantas velas gruesas. Las enciende rozando el rabillo con la yema de los dedos, y entonces se sienta frente a mí en posición de loto. Ambos estamos en la misma postura, envueltos en una parcial oscuridad que amarillea sus facciones.

—¿Qué quieres que vea?

—Enséñame qué está sucediendo en los límites de Namara. Me han llegado noticias de que Elyllon y Aranrhod enfrentarán sus ejércitos por primera vez en campo abierto. Hasta el momento solo se habían saboteado en un juego de guerrillas; ahora descubriremos quién tiene la ventaja.

Inspiro hondo y trato de desconectar la mente.

—De acuerdo. Veamos a dónde me lleva.

34

He infravalorado el placer de viajar con la mente a otro mundo. Para tratarse de algo tan fuera de lo común, como lo es despegar el alma del cuerpo y volar desafiando el espacio-tiempo, sorprende que sea indoloro. Y me sorprende también que los ojos se me llenen de lágrimas en el proceso, signo inequívoco de que lo había echado de menos.

En realidad es lógico, ¿no? A fin de cuentas, esto es lo que soy. Esto es lo que hago. Escribo sobre lo que veo, y adoro tanto plasmarlo en el papel a mi manera como estar presente en la escena que describiré, pues conlleva participar en la vida de mis compatriotas.

Eso es lo que son.

Compatriotas.

Sin embargo, esta vez no me agrada lo que veo. Y no me gusta porque me materializo en la silla de montar de un caballo con las patas peludas y la crin negra como el ala de un cuervo: una montura que sé que se dirige a las llanuras que limitan con el reino de Aranrhod y el bosque de Namara, a los pies del protectorado aranrhodense de Valcor. El hombre que cabalga a lomos del animal lleva las espadas cruzadas a la espalda, y en algún momento ha recuperado sus viejas prendas de mercenario invencible.

El corazón se me acelera, y no solo porque galope como alma que lleva el diablo y frene de golpe ante una línea organizada de guerreros portando lanzas en nombre de Elyllon.

Una parte de mí sabía que Vikram iba a honrar su promesa, porque nunca habla en vano. Quiere ganar la guerra por Dareon. Pero otra yo, esa que aún guarda esperanzas y conserva el sentido común, esperaba que no se entrometiera.

Más que nada para que no lo maten en campo abierto.

Aunque quizá esa no sea la palabra. No se entromete, porque el asunto le concierne. Este es su reino. Este es su hermano. Esta es su guerra. Y eso, de alguna manera, hace que también sea la mía. No soy esa fuerza apolítica que Laertes insiste en convertirme. Tengo sentimientos por el príncipe de Elyllon. Por los príncipes de Elyllon.

Las filas de soldados elys lo reciben con los ojos como platos, intercambiando miradas recelosas.

—El Caído de Shapoor —clama en voz alta el que parece el general, un elfo esbelto de la ciudad de Jasir. Lo sé por las orejas, más afiladas que las de los elys, y los tatuajes tribales que le salpican los

dedos, como si llevara guantes.

Va montado en un caballo blanco con unos pequeños cuernos, y gracias a la larga trenza rubia que reposa sobre su hombro, que le recoge hacia atrás una melena que sospecho que es magnífica, destacan sus chispeantes ojos grises.

Los jasiríes nunca han formado parte del reino de Elyllon como tal, son una ciudad independiente emplazada en la costa del bosque de Namara, pero siempre han mantenido relaciones excelentes con Elyllon. No me extraña que hayan decidido luchar en su nombre, aun cuando el asunto no va con ellos. Los elfos, ahí donde se les ve, tan regios e intelectuales, adoran la guerra.

—¿Vienes a desearnos buena suerte, o a maldecirnos en nombre de Kadesh? —inquiere el jasirí—. No me queda muy claro en qué bando luchas ahora.

Bajo del caballo para poder ver el rostro de Vikram, que, por supuesto, es ajeno a mi presencia.

Mira al general con solemnidad.

«Todo lo que necesitas saber es que no he venido a aclararte nada. ¿Cómo has organizado las tropas?».

—¿Por qué iría a darte esa información?

«Porque ahora estoy al mando».

Él enarca una ceja despectiva.

—¿Y eso quién lo dice?

Vikram azuza al caballo para llegar hasta el general y extenderle lo que parece un pergamino enrollado, anudado con una cinta azul medianoche y sellado con el símbolo de Elyllon, el pájaro de alas flabeladas.

El jasirí lo revisa con evidente disconformidad.

—No creo que esto sea buena idea. Todo el mundo aquí sabe quién eres. Tu presencia solo alterará a las tropas.

«No les dará tiempo a alterarse, Elvan. Al igual que yo, debes de estar escuchando los pasos del ejército de Kadesh. Tenemos diez minutos».

Alargo el cuello para barrer con la mirada la explanada de tierra que se extiende ante nosotros. A lo lejos se distingue la curva de la colina que lleva al castillo de Kadesh. Si el viento se levanta, el polvo lo hará a su vez, emborronándole la visión a los contendientes. A eso huele el aire, electrizado como si supiera lo que va a tener lugar: a polvo seco.

Elvan tuerce la boca.

—No me parece buena idea cambiar la estrategia a última hora.

Vikram sacude la cabeza.

«No quiero cambiar la estrategia; solo conocerla para adaptarme».

—Es la misma que cuando te marchaste. No hemos modificado ni

una táctica.

Vikram frunce el ceño como lo hace siempre que no le cuadra lo que le están diciendo o, dicho de otro modo, cuando sabe que le están contando una milonga. Pero no puede replicar, porque el sonido de un coro de risas y aullidos de lobo acaba con la relativa paz que se respiraba en el frente.

En la línea del horizonte aparece, corriendo y dando unos saltos imposibles de trapecistas circenses, un grupo de rapados armado hasta los dientes. Al principio, el cabecilla es un punto rojo que se confunde entre los demás, pero se mueven tan rápido gracias a sus habilidades fuera de serie que pronto lo reconozco.

Los amigos de El Bestiario escoltan a su mandamás haciendo piruetas y cantando a viva voz lo que parecen canciones de taberna. Se detienen cuando Camlo, con el pelo suelto y el pecho descubierto, les hace detenerse de un potente silbido. Entonces dejan de reírse como borrachos para que Camlo hable.

No me pierdo su sonrisa de regocijo al reconocer a Vikram.

—Vaya, vaya. Esto no me lo esperaba —comenta, sonriente. Pone los brazos en jarras—. Volvemos a vernos las caras, amiguito mío. ¿Qué tal, Oberon? ¿Has venido por lo que es tuyo?

«He venido por tu cabeza», le responde Vikram.

—No me digas que has desatado toda una guerra solo para verme. ¡Eso es amor, y lo demás se queda corto!

Vikram ni se inmuta. Hace bien.

Imbécil provocador...

«¿Vienes en nombre de Kadesh? ¿No va a dar la cara?».

—Pensamos que todo se acabaría muy rápido si Su Gloriosa Majestad nos acompañaba. —Encoge un hombro—. Además, acordamos que en esta guerra no nos valdríamos de la magia.

«¿Y cómo explicas entonces tu presencia? ¿El fuego de Kadesh no cumple las leyes bélicas, pero el tuyo sí?».

—Yo no tengo magia, *japheth*. Yo soy la magia —corrige, petulante como él solo. Se arregla las dos esclavas que lleva en las respectivas muñecas. Sus músculos ondulan bajo una piel que parece de seda al avanzar hacia nosotros. Todos se ponen en guardia en el acto, y eso parece hacerle gracia, porque se detiene sobre los pies descalzos, manchados de polvo, y levanta las manos—. ¡Pero bueno! No hay necesidad de ponerse a la defensiva, jovencitos. Todavía no ha sonado la corneta.

—Retrocede a tu lugar —le ordena Elvan, sosteniendo la lanza con la punta dirigida a él.

—Solo vengo a saludar de cerca a un viejo amigo. Se ha convertido en toda una leyenda y me gustaría que me contara qué hay de cierto en las historias que circulan sobre su sangre mágica.

«Si consigues hacerme sangrar, comprobarás la veracidad de las leyendas por ti mismo», gruñe Vikram. «No avances más si no es para llegar a un acuerdo».

Camlo se cruza de brazos.

—¿Qué clase de acuerdo? Soy todo oídos.

«Únete a nosotros. Dareon puede ofrecerte lo mismo que el rey de Aranrhod. Os protegerá a ti y a tu gente».

Camlo sonríe con mofa.

—¿Y cómo piensa protegerme esa criaturilla enfermiza? El príncipe de Elyllon no ha podido ni meter en cintura a sus traidores. La mortalidad y el desprecio de los civiles le hace vulnerable. Ahora mismo su principado ha quedado tan indefenso que sería él quien necesitaría nuestra protección. Claro que... —Baja la mirada al cinto que le cruza el pecho y acaricia el mango de uno de los diez, quizá doce puñales que componen la fila. Después mira de soslayo a Vikram con aire conspirador—, si abdicara en tu favor, como empieza a pedir el pueblo llano, podría pensármelo. Tú sí eres un digno rival de Kadesh, y creo que podríamos formar un gran equipo. Una alianza entre el Caído de Shapoor y El Bestiario sería un sueño hecho realidad.

Elvan agarra las riendas de su montura, inquieto, y lanza un vistazo inseguro a Vikram. Son muchos los soldados del ejército que lo observan con curiosidad, incluso con un brillo en los ojos que declara que estarían dispuestos a seguirlo al fin del mundo. Vikram puede ser un traidor, pero si ya era poderoso como *japheth*, con la sangre de Egren corriendo por sus venas se ha convertido en una de las criaturas más temibles de la Confederación. Además, es prudente y conoce al pueblo. *Es* el pueblo. Lo quieren a él.

Pero Vikram niega con la cabeza con seguridad.

Ni siquiera le tienta.

«Olvídate de eso».

—¿Estás seguro? —Camlo arquea una ceja—. ¿Cómo es posible que no te hayas cansado de poner el culo, Oberon? Es tu momento. La tierra lo sabe. Incluso el aire ha cambiado. No puedes negarle a la naturaleza lo que quiere. Has de abrazar la gloria.

La sonora marcha del ejército de Aranrhod pospone la conversación. La línea de guerrilleros, cubiertos con pesadas armaduras medievales, se sitúa tras la tribu de El Bestiario, protegida tan solo por su carne flexible. Los compadres de cabello al ras secundan la sonrisa de Camlo, cuyo gesto denota que el silencio de Vikram le complace.

—Desafiando a la naturaleza, ¿eh? —replica, comprendiendo que no va a dar su brazo a torcer—. Una actitud muy propia de los monarcas.

Vikram sigue sin morder el anzuelo, y estoy orgullosa, además de preocupada y también confusa. Me alegra su lealtad tanto como me cuestiono si no reinaría mejor que Dareon; si, más allá de la legitimidad que lo convierte en un digno sucesor, no sería, en realidad, el príncipe que Elyllon necesita.

«¿Cómo has podido permitir que coloquen a tus bestias en primera línea de fuego? ¿No se supone que todo esto es para protegerlos?».

—No subestimes a mis compadres, Oberon. A los que necesitan ser protegidos los he dejado en casa.

Camlo extrae una daga con la hoja tan fina que de perfil ni siquiera se ve. Emite un destello plateado que me ciega un segundo.

—*Shaum*, Oberon —dice; «Suerte» en el idioma de los pueblos libres. Se gira hacia sus hombres, pocos pero sedientos de sangre, y alza los brazos—. ¡*Shaum*, hermanos!

Como si lo hubieran decretado previamente como una señal de ataque, los rapados que aguardaban sonriendo con la misma irreverencia que su cabecilla sacan sus armas y echan a correr hacia el ejército ely-jasirí.

Retrocedo unos cuantos pasos, nerviosa, y aun sabiendo que no me pueden hacer daño, pues ni siquiera estoy presente en un plano físico, un nudo de ansiedad me impide tragar saliva. El caos se desata ante mis ojos como he visto mil veces antes en películas bélicas, en mis visiones de la Guerra de los Estados. Solo que, esta vez, sé que es real. Y esta vez, el hombre que espolea al caballo para arremeter contra un rapado saltimbanqui de El Bestiario es el hombre que me importa.

Vikram podría haber muerto mil veces en el campo de batalla. Pero ninguna de esas mil veces que salió victorioso había un *hatus* en el ejército enemigo. Puede acabar con los *magit* y los *gekos* que le hacen la corte a Camlo, con los soldados de Kadesh; tal vez con Kadesh mismo, si lo pillara desprevenido, pero la presencia del *hatus* pelirrojo me inquieta.

Me fijo en cómo sortea a los voluntarios de Elyllon a la velocidad del rayo, como si estuviera cruzando un laberinto cuyos intrincados caminos conoce de memoria. Es más ágil, es más mortífero, y lo que es peor: para él, esto es un juego. Todos los soldados van vestidos adecuadamente y se enfrentan a la batalla con solemnidad, pero Camlo apenas lleva un sencillo pantalón y un cinto de cuero cruzado al pecho. Con esto proclama que no le tiene miedo a nada. Que nadie va a poder con él.

Recuerdo al vendedor de Vikram, ese comerciante miserable que se presentó ante Agrona hace demasiado tiempo como para calcularlo. Dijo que Vikram había acabado con dos *hatus*, y en su forma animal.

¿Podría acabar con este?

Vikram se enzarza con los soldados. Es terrible ver cómo el hombre

que te acaricia hace peripecias para degollar, decapitar o clavar sus dos espadas en el corazón de criaturas como él, con una historia, con un propósito, con una familia, pero la escena es tan hipnotizadora dentro del horror que suscita que no me deja apartar la vista. Tampoco podría, porque se trata de él. He de estar alerta por si de alguna manera pudiera intervenir. Por si me necesitara, aun cuando eso es improbable.

Observo con todo el cuerpo dolorido de tensión. Vikram mata sin pestañear. Sin gritar. Sin cambiar de expresión. Es su sino y se le da de maravilla. No mira lo que tiene por delante, solo lo aniquila. Pero Camlo sí tiene muy claro su recorrido: va hacia él, quien resulta ser el único enemigo que cree a su altura. Y se dirige hacia Vikram saltando, riéndose, burlando la táctica del enemigo. Y no tarda en conseguirlo.

Ambos coinciden después de haber dejado a su espalda un reguero de cuerpos inertes.

«Se te ve demasiado satisfecho teniendo en cuenta que están masacrando a tus amigos», le dice Vikram en cuanto llegan a la misma altura. Él aún sigue a lomos del caballo. La sangre ajena le salpica la cara, y la brisa del galope le ha despeinado los mechones, que ahora le enmarcan el rostro.

Camlo entrecierra los ojos. Su cabello rojo ondea como la bandera de su única patria, el estandarte al que rinde pleitesía.

—¿De verdad crees que traería a mis amigos aquí? —Se limpia la sangre de la mejilla con el dorso de la mano—. Solo son guardias de Aranrhod disfrazados, *japheth*. Todos sabemos que conmigo tendríais suficiente: valgo por los veinte que he podido dejar en El Bestiario.

Vikram echa un vistazo alrededor, como si admirando los cadáveres pudiera reconocer su verdadera naturaleza. Me aterra que Camlo no aproveche para atacarlo a traición. Sabe algo que nadie más sabe: o eso, o cree que de veras es invencible, porque le da a Vikram el tiempo para apuntarle al cuello con la espada.

«Alguien me dijo una vez que eres la criatura más buscada y deseada de la Confederación. ¿Qué haría con una fortuna como la que recibiré si entrego tu cabeza?»

Camlo, en lugar de inclinarse hacia atrás para protegerse de la hoja afilada, da un paso adelante y deja que la punta le haga una herida en el centro del cuello. Esboza una sonrisa igual de peligrosa que la amenaza del acero.

—No quieres matarme, Oberon. No más de lo que tú deseas morir, al menos. Sabes que somos lo mismo. Protegemos lo que nos importa y estamos malditos. Nadie te entenderá como yo.

«Hace mucho que no busco comprensión».

Camlo ladea la cabeza y empieza a moverse en círculos para esquivar la espada. Vikram gira con él, en el mismo sentido, sin retirar

la hoja de su barbilla insolente.

—¿Y qué es lo que buscas? ¿Paz? —Enarca una ceja—. En El Bestiario la tendrías. Eres un espécimen en peligro de extinción, temido y despreciado a partes iguales; sin una corona ni una tribu, estarás solo y serás un marginado toda tu vida inmortal.

«No pretendo quedarme aquí mucho tiempo».

—¿En serio crees que marchándote evitarás todo esto? Acaba de estallar una guerra, y la iniciaste tú con tu sola existencia al trotar hasta la corte de Aranrhod. Mira a tu alrededor.

Vikram no obedece porque, de alguna manera, ya lo sabe. Ya lo ha visto. Pero yo no me doy cuenta hasta ahora: muchos de los soldados de Elyllon se han batido en retirada. Han dejado las armas y se han marchado. Se han desmaterializado. Algunos incluso están matando a sus propios compañeros, señal de que se han unido al enemigo.

—No van a luchar por ese pobre príncipe que agoniza en sus aposentos —resuelve Camlo—. Lucharán por ti. ¿Estás seguro de que quieres desentenderte? ¿Estás seguro de que tu querido Dareon merece estar donde está?

«Deja de intentar manipularme, maldito seas».

Vikram se cierne sobre él, dando por concluida la conversación. Y entonces todo sucede muy deprisa.

La forma humana de Camlo es poderosa. Puede hacerle la competencia a Vikram. Se enzarzan en una pelea en la que parece que todo vale. La hoja de la espada de Vikram pasa silbando muy cerca del perfil de Camlo, que se dedica a esquivar sus golpes, haciendo gala de una flexibilidad envidiable, y a confundirlo; a abrirle heridas superficiales con sus finos puñales. Heridas en principio inofensivas que empiezan a pesarle cuando acumula demasiadas. Juega a cansar al oponente, a minar su paciencia y autoestima, y no es hasta que Vikram retrocede, jadeando, sudando y con la furia asesina bailando en los ojos, que Camlo le guiña un ojo y empieza a mutar.

Es increíble cómo a veces todo el mundo puede ponerse de acuerdo, de manera inconsciente, para mirar al mismo sitio. La batalla queda en pausa mientras los huesos de Camlo se van rompiendo uno a uno, evocando un sonido estremecedor, para cederle a la bestia el espacio que necesita para renacer.

La primera vez que lo vi casi me desmayé de la impresión, y ahora que puedo fijarme en él sin temer por mi vida, sigo sosteniendo que es terrorífico..., pero también resulta hermoso, en cierto modo. Lo es antes de abrir las fauces, entre las que asoma una lengua bífida, para aterrorizar a los contendientes.

De un sencillo coletazo, consigue barrer a la mitad de los soldados que quedaban en pie. Otro tercio se arroja al suelo para no salir volando por los aires cuando bate unas alas membranosas, articuladas

y diáfanas, a través de las que se transparenta, borroso, el paisaje.

Se olvida de Vikram para acabar, en cuestión de segundos, con prácticamente todo el ejército de Elyllon. Sin escupir fuego. Sin tragarse a nadie. Las afiladas zarpas le bastan para desgarrar un cuerpo humano.

Vikram se detiene un solo segundo para pensar. Lo puedo ver en su mirada calculadora. Después se aparta del espacio de riesgo y lo rodea a pie para situarse a su costado con las piernas separadas. Envaina una de las espadas a su espalda y usa la mano para atraer una serie de partículas azules que conforman una especie de fuego fatuo sobre su palma. Sus ojos cambian de color al hacerlo: se vuelven del mismo amarillo pálido de Dareon, y eso me conmueve inexplicablemente.

Hasta ahora no me había dado cuenta de que no lleva las esclavas, ni los piercings; nada que pueda bloquear los conjuros.

Como si Camlo se hubiera dado cuenta de que están incumpliendo las reglas, o de que hay una presencia mágica cerca de él, se gira aplastando a un grupo de guardias de Elyllon con la pata.

Juraría que la criatura lo fulmina con la mirada.

«En la guerra no hay normas, *hatus*», aclara Vikram.

Traza un dibujo elegante en el aire, del que se desprenden una serie de partículas azules, y le achicharra la cola escamada. La bestia aúlla, y, al abrir las fauces, una llamarada de fuego escarlata baña las inmediaciones de la explanada. Los pocos que quedaban en pie caen, fulminados. A raíz del ataque, ofensivo para Camlo, la guerra se convierte en una lucha entre dos.

Un mal presentimiento me obliga a dar un paso hacia ellos. Y otro. Y otro. Acabo corriendo, desesperada, sin poder apartar la vista del Vikram que usa su magia para atacar y jugar con el dragón.

Pero Camlo lo atrapa entre sus zarpas antes de que consiga rodearlo o procurarle el daño suficiente para detenerlo.

—¡Vikram! —grito.

No me oye. No podría haberme oído ni si de verdad estuviera ahí, con él, porque Camlo lo alza a por lo menos cinco metros del suelo, y lo agarra con tanta fuerza que las venas empiezan a marcársele en el cuello, en las sienes, señal de que lo asfixia. Podría partirle los huesos solo presionando su cuerpo de hierro, pero Vikram no espera a que se le ocurra y desenvaina la espada, aprovechando que uno de sus brazos ha quedado libre de su encierro, para clavársela bajo una de las uñas. Camlo aúlla y está a punto de dejarlo caer, pero Vikram salta hacia él y consigue encontrar el equilibrio sobre el morro de la bestia.

Camlo empieza a sacudir la cabeza con furia para sacárselo de encima. Vikram debe clavar la espada en una superficie dura que sirva de apoyo para no salir volando, y eso hace.

Ahogo un grito cuando le atraviesa la pupila ojival; una pupila

como idéntica a las suyas, pero a otra escala. Hunde el arma hasta la empuñadura: casi un metro y medio de acero en el ojo de una bestia que, pese a ser eso, una bestia, gimotea dolorosamente y se retuerce como una criatura indefensa.

Vikram lo desclava con dificultad cuando Camlo empieza a tambalearse, temblando con violencia. En medio de las convulsiones, decrece en tamaño, y para cuando vuelve a ser un hombre con el rostro ensangrentado y las articulaciones rotas, Vikram ya ha puesto de nuevo los pies sobre la tierra.

Mira al Camlo tembloroso y hecho un ovillo sobre la arena con solemnidad. Percibo un atisbo de lástima en su expresión, por lo demás indolente.

«Vuelve a Aranrhod y dile a tu rey que acabe con esto», ordena, envainando la espada.

Camlo no se mueve más que para estremecerse. Cuando levanta la cabeza, mostrando un ojo destrozado y un río de lágrimas escarlata, Vikram ya se ha dado la vuelta, pero sé que puede sentir la intensidad con la que Camlo lo fulmina.

Con unos dedos débiles que se mueven más por voluntad que por fuerza física, Camlo saca de su cinto una de las dagas. Se la lleva la cara, y aunque pensaba que iba a sacarse el ojo antes de que se le pudra, unta la hoja plateada con su sangre.

Un segundo después, y con un grito de guerra que desahoga el dolor que está padeciendo, arroja la hoja al centro de la espalda de Vikram.

No entiendo lo que sucede a continuación. Vikram emite un sonido que me pone el corazón en un puño y cae sobre las rodillas, llevándose una mano a la espalda. La piel que rodea la herida empieza a desintegrársele, como si la hubiera chamuscado. Su expresión se tuerce hacia la incredulidad y el espanto.

—No solo puedo matarte con el fuego en mi forma animal. Mi sangre es tu veneno —sisea Camlo, todavía temblando—. Te dije que no subestimaras a las bestias.

No sonríe. No baila ni se carcajea hasta donde Vikram se encuentra. Se incorpora muy despacio, llorando por el único ojo sano por el dolor de sus huesos rotos, y renquea hacia el *japheth* con la tranquilidad del que sabe que su enemigo no se moverá.

Vikram sigue retorciéndose, incapaz de comprender lo que está sucediendo, cuando Camlo se agacha. Le observa con el único ojo sano, el que empapa su mejilla de lágrimas que no parecen suyas, pues no se corresponden con su expresión letal.

Vikram no puede hacer nada para evitar que le quite la espada y practique un par de poses con ella para valorar su peso. Está embadurnada de su propia sangre, la del *hatus*; la de fuego.

—Voy a matarte con tu propia espada —anuncia quedamente.

Apoya la punta en el pecho de Vikram, y lo va introduciendo tan despacio a la altura de su corazón que me da tiempo a echar a correr, gritando, para intentar evitarlo. En cuanto la sangre de Camlo entra en contacto con Vikram, su piel empieza a achicharrarse igual que si estuvieran usando un hierro candente.

—¡No! —sollozo, entrecortada—. ¡Basta!

Intento agarrar la espada con mis manos, pero mis dedos son invisibles, están en otra parte, lejos de él, y las lágrimas apenas me dejan ver. Tampoco puedo tirar del cuerpo de Vikram para apartarlo, ni hacerle daño a Camlo. Solo puedo asistir, horrorizada, a cómo sus ojos crepusculares se van apagando.

Camlo desclava la espada después de atravesarlo y la arroja a un lado, inexpresivo. Vikram se retuerce de manera que acaba sobre el costado.

—Le diré al rey que solo nos queda el otro príncipe de Elyllon.

El sonido de los cascos de un caballo eclipsa el susurro letal de Camlo. Ladeo la cabeza, horrorizada, hacia la figura hecha de luz plateada y zafiros que planta los pies en la tierra con seguridad. El cuello tenso sostiene una cabeza orgullosa.

El recién llegado clava en Camlo sus gélidos ojos amarillos, que se oscurecen al levantar con la mano una espiral de polvo púrpura tan inquietante como el color azul medianoche que adquieren sus pupilas.

—Aquí me tienes —lo saluda con voz profunda, una con la que me cuesta reconocerlo—. Encantado de conocerte.

35

Mi cuerpo regresa del campo de batalla por acción externa. Me doblo por la mitad, gritando de agonía y rabia, e intento mover las piernas para salir del Oráculo. Laertes corre a auxiliarme. No consigo enfocar su figura, ni tampoco encontrar mi respiración entre sollozos que me entrecortan la respiración.

—Diana, ¿qué ocurre? ¿Qué has visto? —Me sacude los hombros—. Diana, mírame y respira. Concéntrate en mí.

Sacudo la cabeza, aún abrazada a mi estómago.

¿Dónde está mi voluntad, y por qué no me rescata de este ataque de pánico?

Me cuesta un infierno, pero al final consigo balbucear:

—Llévame allí. Sé que puedes. Llévame.

—¿A dónde? ¿A la batalla? ¿Qué está pasando?

—Vikram. Y Dareon... Van a morir. Los va a matar.

Laertes aprieta la mandíbula. Su silencio es lo bastante elocuente para ayudarme a llegar a una conclusión devastadora.

—Viste esto —asumo sin aliento—. Lo viste y te lo callaste.

—Así es como debía ser —acota con sequedad.

—¡No! ¡No es así como debía ser! ¡¡Llévame allí, maldito seas!!

—No podemos intervenir ni trastocar el orden que el futuro ha establecido.

—¡Tú lo trastocaste enviando lejos a Edel! ¡Edel debía morir y no lo hará gracias a ti! ¡Llévame hasta Vikram, o te juro que iré a buscar a Edel para que lo haga ella y le haré saber tus visiones!

Laertes aprieta la mandíbula. No tengo que insistir de nuevo, y menos mal, porque no me habría salido la voz. Un momento estoy de cuerpo presente en el Oráculo y, al siguiente, me rodean los cadáveres de los contendientes; charcos de sangre hasta donde alcanza la vista, escasa vegetación que aún arde, espadas olvidadas y manchadas que no volverán a blandirse... Y, entre toda esa destrucción, están Dareon y Vikram.

El príncipe se ha arrodillado ante su hermano, que permanece semiinconsciente.

Echo a correr hacia ellos entre tropiezos, dejando atrás a un silencioso Laertes que solo niega con la cabeza antes de desmaterializarse. Mis rodillas se resienten cuando me arrojo al costado de Vikram para palpar la quemadura del pecho.

Dareon lo ha desnudado para revisar la herida, y no es una herida. Es un pedazo de carne chamuscada.

—Vik... Vik, ¿me oyes? —Me agacho con la cabeza ladeada para comprobar su respiración. Puedo volver a coger aire cuando confirmo que su corazón sigue latiendo—. Dios mío... ¿Por qué has tenido que hacer esto? ¿Por qué? Maldito seas...

Palpo sus mejillas e intento llamarlo una vez más, pero no responde. Tiene los ojos cerrados, la boca entreabierta, y el ceño fruncido por el dolor que debe estar devastándolo. Por el asombro ante el giro de los acontecimientos, que no ha previsto.

Sangra y va empalideciendo. Incluso su pelo pierde color, pasando del azul marino al azul desvaído del mar nublado.

Levanto la barbilla para cazar a Dareon observando a su hermano con una mezcla de turbación y pánico.

—¿Cómo coño has podido arrojarlo a los lobos de esta manera? —grito—. ¿Dónde estabas tú cuando esto ha pasado? ¡Porque te veo de una sola pieza, y muy sano! Debes de estar orgulloso de haberte librado de esto; seguro que te reías como una hiena revolcándote con alguna de las posesiones de mi hermana mientras él daba la cara por ti. Eres un monstruo, un hijo de puta sin sentimientos, un...

—Vikram estaba cumpliendo su promesa —acota sin más.

—¿A qué precio? ¡Usa tu magia! —ordeno con fiereza—. Si eres capaz de hechizarme para pensar que me moriré sin ti, podrás curar esto.

Dareon aprieta los labios.

—No soy un hechicero del Seir. No conozco la magia ni cómo utilizarla porque no he recibido la instrucción necesaria. Los conjuros vienen a mí; nunca voy yo hasta ellos, y me buscan cuando pierdo los papeles para hacer daño al enemigo, nunca para sanarlo.

—¿Y qué hay de la magia de Turlough? ¿Esa no es reparadora?

Dareon tarda un segundo en responder, sobrepasado por el bochorno.

—Hace ciclos desde que no puedo recurrir a la magia de Turlough. La hechicería se ha adueñado de mi condición natural. —Hace una pausa para inspirar hondo—. Pero sé de alguien que puede salvarlo.

Algo en la expresión perdida de Dareon me deja muda. No está del todo bien; puede que haya ido a ver a Elsa o puede que haya bastado con abrazarse a una prenda impregnada de su esencia para sentirse en sintonía con la otra parte de él, la sana, la que Elsa custodia, pero la enfermedad está tan arraigada a su cuerpo que sigue ojeroso.

Pero detrás del cansancio, late el desamparo de un niño huérfano que haría lo que fuera por cambiar su situación. Él también está perdiendo a Vikram; me tengo que obligar a recordarlo para no arrancárselo de los brazos cuando hace un gran esfuerzo para cargarlo

hasta el caballo.

Tengo miles de preguntas. La mitad no las puede responder. En cuanto a la otra mitad... No sé si quiero que las conteste.

Me decanto por la duda más sencilla y acuciante.

—¿Crees que de verdad morirá?

Dareon rehúsa contestar, y se enzarza en una explicación para mantener ocupada la cabeza.

—Los *japheth* son invulnerables a todo menos a otros mutantes y a las criaturas ancestrales de la Confederación. Supongo que el Hacedor no pudo encontrar sangre de *hatus* para que sus *japheth* desarrollaran total inmunidad hacia ellos —murmura—. Nunca he sabido el verdadero motivo por el que los *hatus* son sus únicos enemigos. A lo mejor no hay un motivo, y simplemente tenían que ponerles un talón de Aquiles. Una debilidad.

Dareon usa la mano para arrastrar un montón de ramas partidas y cañas de la vegetación hasta formar una pila; después, ese halo de magia púrpura que solo le he visto usar para herir, rodea la madera para construir un pequeño carromato del que tirará el caballo de Vikram.

El remolino me recuerda al último segundo de la visión reciente, y, como si hubiera oído un disparo, busco alrededor al causante de la situación.

—¿Dónde está Camlo?

—¿El *hatus*? —pregunta con desdén—. Me he encargado de él.

—¿Qué se supone que significa eso?

Dareon tampoco responde. Me hace una señal para que lo ayude a tender a Vikram con cuidado.

Sigue respirando. A duras penas, pero sigue respirando.

—Sube con él —me ordena. Me encaramo al carromato con dificultad y cuidado de no pisar a Vikram, pero pierdo el equilibrio y le rozo sin querer el brazo hasta el que se está extendiendo la profunda quemadura.

Calmo enseguida el dolor que le estremece con una caricia en la cara.

—Estarás bien —susurro—. Te lo prometo.

Él emite un sonido de estertor. Sus párpados tiemblan un segundo antes de separarlos lo suficiente para mirarme a través de una rendija vidriosa.

«Quedamos en que sería mejor si no llorábamos por el otro», atina a trazar en mi mente, tan despacio y tan débil que me cuesta descifrar el mensaje.

—Si alguna maldita situación amerita mis lágrimas, es esta.

«No me voy a morir, llorona».

Un nudo se me forma en la garganta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

«Todavía no te he hecho feliz».

—Un excelente momento para ponerse romántico, Vikram. Cállate y recupera fuerzas, ¿de acuerdo? Te pondrás bien. Todavía no sé cómo..., pero lo harás. ¿Verdad? —insisto, clavando la mirada en la espalda de Dareon, que acaba de montarse en el caballo para dirigirlo.

Me mira por encima del hombro, serio y decidido como no lo he visto jamás.

—Puedes estar segura.

—Dame razones que justifiquen tu tranquilidad para que no sienta que me das la razón como a los locos —ruego, sin apartar las manos de la cara de Vikram.

Arde. Y claro que arde. Se está quemando por dentro.

—Lo mantendré con vida hasta que lleguemos a nuestro destino usando el vínculo que nos une. Las hadas de Turlough pueden protegerse transmitiéndose energía siempre y cuando tengan sangre en común.

—¿Y a dónde vamos a llevarlo? ¿A Lucria, donde las curanderas? ¿Con Kadesh?

Dareon no contesta.

—¡Háblame, maldita sea! —suplico, al borde de un ataque de nervios—. ¿Crees que eres muy interesante por guardar tantos secretos, o que eso te da alguna clase de encanto? Di la condenada verdad y habla claro de una vez por todas: ¿dónde demonios está Camlo y a dónde nos dirigimos?

—Camlo estará buscando la manera de deshacer la maldición. Y nosotros vamos a la boca del lobo: al Seir.

«No», interviene Vikram. «Da la vuelta».

—¿Por qué? —Pestañeo sin entender—. ¿Qué hay en el Seir?

—Las únicas hechiceras capaces de revertir algo como esto.

—Entonces, así sea. Vayamos.

«No...».

Vikram arquea la espalda, sacudido por el dolor. No encuentra las fuerzas para seguir comunicándose, y yo vine de fábrica siendo demasiado sensible como para afrontar esto con la entereza que cabe esperar en la mujer de un mercenario. Tengo que armarme de valor y respirar hondo para no ponerme a chillar cuando Vikram cierra los ojos de nuevo y se rinde a la inconsciencia, cada vez más pálido.

La quemadura va ganando terreno en su piel a un ritmo lento pero constante. ¿Qué pasará si no lo curan?

—Ya estás viendo los efectos —responde Dareon, como si me hubiera leído el pensamiento—. La sangre del *hatus* lo está quemando por dentro. Ese calor no tardará en aflorar por toda su piel hasta carbonizarla, y después... se deshará como si soplaras un montón de

cenizas.

—Pero ¿cómo es posible que Vikram no se protegiera de esto? ¿Cómo es que no lo vio venir?

—Nadie sabía que la sangre de *hatus* tiene los mismos efectos que su fuego. Son criaturas cuya condición no se ha podido estudiar en profundidad debido a que vive en la clandestinidad y son escurridizos. Yo tampoco tenía la menor idea de que esto podría ocurrir. Es un truco que el tal Camlo se guardó bajo la manga.

En cuanto levanto la barbilla para fijarme en su espalda tensa, me fijo en que ahora nos rodea la densa vegetación del bosque de Namara. A diferencia de la última vez que estuve aquí, está sumido en el silencio más aterrador; el silencio mudo y respetuoso que queda después de una batalla demoledora.

Después de observar alrededor con el corazón encogido, vuelvo a ponerle toda mi atención a Dareon. A su espalda en forma de uve, a las elegantes líneas de sus hombros y la melena que ondea suavemente, como hilos de plata.

Me duele. Él en sí mismo me duele mucho más de lo que me enfurece. Esa es la verdad. La preocupación hacia la que ahora es mi prioridad, atender a Vikram, anestesia la rabia que me carcome, pero la cercanía con Dareon sigue trastocándome.

—¿Por qué has tenido que llevarnos a esta situación? ¿Por qué no has sido más prudente?

—¿Por qué no has sido tú más valiente? ¿Por qué no fue él más honesto? ¿Por qué no fue Laertes más exigente y tajante contigo? ¿Por qué no fue mi madre más abierta al hablarme de los estragos que causa la magia del Seir? ¿Por qué disteis a entender, al huir hacia Aranrhod y sentaros a la mesa del rey, que le hablaríais de mis planes, obligándome a actuar antes de estar preparado? —Se queda sin aliento y deja correr el silencio unos segundos—. No soy perfecto. De hecho, ahora mismo soy mezquino. Pero tú tampoco eres una heroína, Diana, y él, menos aún. Todos nos hemos visto obligados a sacrificar nuestros buenos sentimientos en algún momento.

—Nosotros te ocultamos la verdad, pero tú tampoco has sido sincero. Sigo sin entender por qué no me dijiste la verdad.

—La verdad ¿sobre qué?

—Sobre mi hermana, Dareon. Es *mi hermana* —recalco con rencor —. Debías reírte muchísimo hablando de tu enamorada, la elegida, sabiendo que yo la quería y la conocía mejor que tú.

Siento cómo sonríe, desdeñoso, incluso sin verlo.

—Dudo bastante que la conozcas mejor que yo.

—¿Estás de broma? —espeto, notando la rabia pujando en el estómago. El miedo la contiene, y mi voz sale temblorosa al decir—: Dime la verdad, Dareon. Insisto en que es mi hermana, y no permitiré

que le pongas un puñetero dedo encima... —La posibilidad de que ya lo haya hecho me acelera el pulso—. ¿O ya te has encargado de eso? Pienso meterme en tus recuerdos si es necesario para averiguarlo todo.

Dareon detiene el caballo y se gira para fulminarme con una mirada violenta.

—¿Quieres profanar mi alma? Bien. Adelante. Pero la viste en la Tierra, ¿no es cierto? La viste, vivita y coleando. Sana. Feliz. ¿No es esa prueba suficiente de que jamás le haría el menor daño?

Trago saliva.

—No me meteré porque aparentemente ella no te conoce y yo no soy como tú. No juego con la sagrada intimidad de la gente que una vez me importó —le espeto con rabia—, pero no tengas la vergüenza de ofenderte por mi acusación cuando sé mejor que nadie de lo que eres capaz.

—De eso que sabes puedes deducir que, si hubiera querido, podría haberla destruido. Podría haberme matado con ella —me recuerda sin cambiar el tono—, pero no lo he hecho. ¿Qué mayor prueba que esa quieres?

—¿Qué me asegura que no lo harás en el futuro? Dijiste que la usarías para poner a Windhalm de tu parte. No permitiré que utilices a mi hermana para chantajear a nadie. Ni siquiera te dejaré traerla a la Confederación.

Dareon suelta una carcajada irónica.

—Ya era hora de que se te subiera a la cabeza que eres una pieza clave para garantizar el futuro de nuestro mundo. Una lástima que quieras utilizar tu influencia para inmiscuirte en asuntos que no te conciernen. No tienes ni voz ni voto en las cuestiones que atañen a la elegida de Roshanara; en ninguna decisión política, a decir verdad. Es la parte mala de ser una fuerza externa a los regímenes gubernamentales. Edrielle...

—Se llama Elsa —espeto con sequedad.

—Edrielle —recalca con retintín, como si en los asuntos relacionados con mi hermana no estuviera dispuesto a darme la razón bajo ningún concepto— pertenece a la Confederación.

—Y se supone que yo pertenezco al Oráculo, y mírame, deseando largarme de aquí.

—Edrielle nació y vivió aquí hasta los nueve años, dicho de acuerdo a la edad humana. Tú no. Te puedo asegurar que el vacío que siente Edrielle, la desorientación que la despierta todas las noches al echar de menos lo que no recuerda, solo podría curarse regresando a su tierra natal.

Quiero refutarlo, pero la triste verdad es que no sé si es refutable. Pensar que mi hermana pueda estar sufriendo en silencio por algo que no entiende me estremece, pero tendría mucho sentido. Elsa no

duerme bien, se siente un bicho raro, y sé que su necesidad de consumir drogas, al igual que las frecuentes recaídas, tienen su explicación en algo tan sencillo como que no encuentra su sitio.

—De acuerdo. Los fines políticos por los que mi hermana ha de regresar, si es que regresa, no son de mi incumbencia —acepto a regañadientes—, pero necesito que me prometas que estará bien. Que no le harás daño.

—Nunca.

Me quedo mirando sus hombros tensos, su postura rígida: cómo agarra las riendas con los nudillos blancos.

Quiero aferrarme a la rabia que merece que le dirija, al rencor que siento que, por orgullo, debo mantener para siempre en mi corazón y vinculado a su nombre. Pero no puedo. Aunque me haya mentido, aunque me haya hecho daño. Él y yo estamos unidos por su historia, una historia que ambos hemos vivido juntos —yo en la Tierra, soñando—, y no puedo fingir que no lo entiendo. Entiendo su dolor por la traición, su impulsividad, y, sobre todo, comparto lo difícil que es a veces hablar de cuánto amamos a alguien, sobre todo cuando ese alguien tiene el poder de destruirnos.

Recorro el rostro de Vikram con las puntas de los dedos y recuerdo esa noche en la que Dareon y yo hablamos, cara a cara, tendidos en su cama.

La última noche antes de que todo se torciera.

—Yo también la definiría como una energía femenina descarada —musito al fin, perdiendo la vista en el paisaje que se intuye entre los flexibles troncos de los árboles. Él no contesta, así que lo intento de nuevo—. Sé que la quieres. Lo he sentido cuando hablabas de ella. Pero no puedo confiar en que corresponderás ese amor tuyo con actos a la altura. También amas a Vikram y, sin embargo, mira lo que le hiciste. Tus prioridades no son las mías, y sí, sería un error juzgarte por eso. No soy mejor, soy diferente y me he criado en un mundo donde la moral limita mucho más la clase de... decisiones que se toman. Pero se trata de mi hermana.

—¿Qué me estás preguntando con exactitud? Ella ni siquiera sabe que existo, Diana —replica, hastiado—. Demos por zanjada esta conversación de una maldita vez.

La agresividad con la que maneja el tema debería haberme asustado, pero, en su lugar, me tranquiliza. Y me tranquiliza porque el Dareon furioso, el que se deja dominar por la rabia, es inofensivo. Él, siempre que actúa desde la maldad, lo hace con la cabeza fría y un cálculo perturbador; nunca deja que le guíe esa impotencia que demuestra ahora.

—¿No vas a pedirme perdón por lo que me hiciste? —pregunto un rato después, cuando llevamos horas de camino.

—No entiendes nada, ¿verdad? —masculla, perplejo con mi ignorancia—. Castigar a los traidores es mi deber. Forma parte de la ley que mis ancestros elaboraron hace centurias y a la que yo he de plegarme: toda acción emprendida contra el monarca tendrá su respuesta. Debería haberte matado, a ti y al... Caído de Shapoor, y por no haberlo hecho, ahora mi propio pueblo se ha levantado contra mí. Me llaman el príncipe débil, y lo soy porque os dejé marchar.

Espero a que su respuesta me vaya calando poco a poco para decidir si desprecio su cinismo o soy capaz de ponerme en su lugar.

—¿Qué es más importante para ti, Dareon? —pregunto, aun sabiéndolo—. ¿Ser el príncipe, o ser el hermano de Vikram?

—He sido el príncipe mucho antes que su hermano. —Hace una pausa antes de apostillar—: Y las coronas no te traicionan.

—No reinas sobre una corona. Reinas sobre la gente —corrijo—. Creo que te equivocas al reducir a tu pueblo a un símbolo que, por sí mismo, no vale nada.

Pensaba que iba a ofenderse, pero me sorprende soltando una especie de risa cansada.

—Suenas igual que Vikram. Él dice lo mismo.

—Y habla con mucha razón —apostillo, bajando la mirada hacia él. Mis dedos siguen recorriéndole las mejillas y las líneas de la cara con delicadeza. Sigo notando su respiración, y eso mantiene la esperanza intacta.

—Siempre he sentido que era mi hermano —reconoce un rato después, en voz baja. Levanto la cabeza para volver a fijarme en su espalda, como si a fuerza de ganas pudiera deducir su expresión—. Pero pensaba, en mi inocencia, que si lo hubiese sido, me lo habría dicho. No es la clase de información que uno se reservaría cuando podría obtener privilegios en palacio. —Sacude la cabeza. Casi puedo ver su sonrisa amarga—. Le habría enseñado tantas cosas..., pero esas tantas cosas ya no tienen ningún sentido.

Transcurre casi una hora entera hasta que vuelve a hacerse oír con claridad:

—Respecto a tu pregunta inicial, obtendrás tu respuesta en cuanto lleguemos a nuestro destino.

36

El Seir se organiza en torno a una torre vertiginosa que se camufla entre la vegetación del bosque sin nombre que lo bordea. Se encuentra en el cabo del sur de la península, al que se accede justo después de cruzar los desiertos entre las ciudades aranrhodenses de Sirhàn y Rhigar.

No llega a formar parte del reino, por supuesto. Desde que los antiguos reyes de Aranrhod desterraron a Lavanya y a los suyos por razones de seguridad —entre otras—, ocupan un pequeño enclave independiente y apolítico.

Sé lo justo y necesario gracias al personaje de la reina Agrona, la hechicera que encantó a Egren para convertirse en la monarca de Elyllon antes de que, tras la guerra, el estado quedara reducido a un principado. Las ansias de Agrona por prosperar utilizando el poder político de Egren vienen de que en el Seir, sin importar la grandeza de los hechiceros, nadie destaca por encima de nadie a excepción de Lavanya. Todos los aprendices están al mismo nivel, y el que quiera prosperar más allá de los puestos de hechicería del Seir, ha de abandonar la torre y buscar su propio camino. No es una comunidad hecha para sobresalir, por lo que los ambiciosos acaban escindiéndose... aunque nunca del todo, porque los vínculos entre los miembros del Seir trascienden a lo comprensible.

Lavanya la Bella, la hechicera fundadora de la torre y de la cofradía de magia oscura, es un hada que debe de tener en torno a diez mil años. Apuesto por que es ella la que alberga los conocimientos que salvarán a Vikram.

Dareon baja del caballo de un salto y echa un rápido vistazo antes de rodear la torre. La piedra gris emite destellos viridián, no ya gracias a las enredaderas con hojas de ortiga que la envuelven, sino a que la misma piedra recuerda a las escamas de un dragón. Parece una torre gótica cualquiera, pequeña a simple vista, pero, por lo que yo misma escribí, en el interior pueden encontrarse todo tipo de lujos.

En el Seir no solo se aprenden maldiciones estremecedoras; si tiene tan mala fama es porque las hadas de Turlough sostienen que la magia no puede ser enseñada y se rebelan contra la escuela que Lavanya levantó en la torre. De acuerdo a la aristocracia trentiense, semejante poder ha de permanecer en manos de una casta superior y exclusiva, de los tocados de nacimiento por la gracia de la magia, y ser empleada

para fines naturales, nunca para garantizar victorias políticas. También le tienen tirria porque fue del Seir de donde salieron los tres mayores hechiceros y hadas practicantes de la historia de la Confederación, criaturas legendarias que podrían haber aplastado con un solo dedo al Oráculo, Turlough y Trentia: Seiriàn el Grande, en honor al cual bautizaron en su día al Seir, que en sus orígenes recibía otro nombre; Lavanya la Bella, a la que se le atribuye la supervivencia de la magia oscura, pues encabezó la guerra contra las hadas de Turlough cuando estas quisieron barrer del mapa a sus enemigos ancestrales; y Uthyr el Ciego, un mito temido incluso por sus dos predecesores.

La verdad es que en el Seir se pueden aprender toda clase de hechizos. No se restringe al aprendiz. Y eso a veces deriva, supongo, en que se vayan al lado oscuro.

—Pensaba que no estabas en contacto con la magia y el mundo de tu madre —comento en voz baja, mirando alrededor con respeto.

—Y no lo estoy. O no lo estaba. Esta es la primera vez que vengo.

Observo que Dareon sigue escrutando el entorno. Me gustaría decir que sé lo que pasa por su cabeza, pero es un misterio para mí. Por un momento se me ocurre que me haya mentido y nos haya traído hasta aquí para cumplir su promesa: esa de matarnos si se nos ocurría regresar. Me deshago de ese mal presentimiento de inmediato, y me abrazo más a Vikram.

Dareon se sube la manga de la camisa hasta el codo. Se han multiplicado las líneas enroscadas de color púrpura y azul que me mostró la última vez que estuvimos juntos. Acaricia con la yema del índice el dibujo de una de ellas, y los trazos tribales se iluminan.

Un segundo después, el cuerpo transparente de un espectro que nace de esa luz azul aparece ante sus ojos.

—Lavanya te está esperando —dice con voz temblorosa—. Sígueme.

Dareon y yo intercambiamos una mirada rápida, la mía extrañada, antes de dirigirnos los dos hacia Vikram. Sigue inconsciente, y continúa respirando, pero las quemaduras se han extendido hasta las muñecas. Aunque el espíritu emprende el camino flotando, Dareon rehace sus pasos para cargar a Vikram antes de seguirlo.

—¿Cómo has sabido contactar con el Seir? —pregunto en voz baja. Algo me dice que el ruido es una falta de cortesía imperdonable en este lugar.

Dareon ni me mira.

—Vi a mi madre hacerlo en más de una ocasión.

El espectro no nos conduce al interior de la torre. Ni siquiera nos deja franquear el portón. La rodea y nos conduce al corazón del bosquecillo. De reojo me fijo en Dareon: al principio, para cerciorarme

de que puede cargar a Vikram sin venirse abajo —lo consigue. ¿Será que la influencia mágica del Seir le da fuerzas?—, y luego por curiosidad hacia su reacción.

¿Sentirá algún tipo de conexión con el lugar, como a mí me sucede con el Oráculo? Creo que se ha aferrado a la inexpresividad como máscara porque la gravedad de Vikram le requiere sólido y seguro, porque lo necesita serio y concentrado, pero también porque ni él mismo quiere pararse a pensar en qué le suscita todo esto.

Si no se ha reservado algunas sorpresas (más), diría que es honesto al decir que no ha estado aquí antes.

—¿Y ese tatuaje? —me animo a preguntar en voz baja, mientras seguimos avanzando.

—Las primeras marcas aparecieron cuando te hechicé para que torturaras a Vikram. El resto surgieron después de la Justa Real, cuando volví a usar la magia del Seir. En parte, tocarlo para contactar con los hechiceros ha sido instintivo.

—¿Traer a Vikram aquí también lo ha sido, o de verdad es la única salida?

Dareon traga saliva y sigue caminando. No contesta hasta pasados unos segundos.

—Turlough podría haber sido una alternativa, pero el bosque desprecia a Vikram por introducir el veneno en mi cuerpo, y ahora también me odia a mí por haber abrazado la herencia de la reina Agrona. Nos habrían cerrado las puertas.

»Cuando usé la magia por primera vez, además de salirme esas marcas en el cuerpo, Lavanya apareció ante mí. Me dijo que ya había tenido mi despertar, y que encontraría un hogar y la salvación en el Seir, el lugar al que supuestamente pertenezco.

Escruto su expresión en busca de una opinión al respecto.

Nada.

—¿No estás de acuerdo con eso?

—Aparentemente no —interviene una voz femenina, proyectada con sensualidad—. Y no sabes cuánto lamento oírlo.

La dueña de la voz, hasta el momento semiescondida entre la vegetación, levanta la mano con la palma apuntando hacia nosotros. El espíritu azul se deshace en partículas de polvo que se mezclan enseguida con el aire en cuanto la convierte en un puño.

Hemos llegado a un pequeño claro cercano a las orillas del lago, un precioso paisaje que queda en segundo lugar cuando la criatura se quita las sombras que la ocultaban de los hombros, como si fueran una capa, para mostrarse ante los dos.

Lavanya es una mujer, pero no es cualquier mujer. Mide al menos uno noventa, tiene un ojo plateado y otro de un negro intenso, y su piel de un suave tono lila brilla en contraste gracias a la túnica que la

viste, de un púrpura vibrante. El pelo plateado emite destellos violetas al caer liso sobre sus hombros. Igual que el curso de un río, sigue su cauce caderas abajo hasta derramarse en el suelo como la lluvia.

No necesita dar un paso hacia nosotros para que ondule como las olas del mar. Todo en ella parece tener vida propia. Todo en ella transmite una energía vibrante que te hace sentir amenazado. Es el poder personificado... y mira a Dareon como si estuviera orgullosa de él.

Él, en cambio, no la mira a ella con demasiado afecto.

—Nací en Elyllon. —Es todo cuanto responde—. Esa es mi tierra.

—Pero tu madre pertenecía al Seir. Era nuestra. Y tú has heredado su don. No cualquiera sabe conjurar un hechizo sin haber sido previamente entrenado. Semejante poder solo se ha visto en una ocasión, príncipe; en Uthyr el Ciego.

Dareon enfrenta a Lavanya con una mirada sin vida.

—Tanto Uthyr el Ciego como la reina Agrona eran unos asesinos. No pretendo que se escriba sobre mí como Dareon el Sangriento.

Su respuesta me pone la piel de gallina. La entona con una falta de pasión escalofriante, y confirma lo que ya sospechaba: Vikram le ha contado la historia completa mientras yo viajaba con Edel al Oráculo.

Ahora sabe quién era su madre y de lo que era capaz.

Su madre. Esa mujer a la que idolatraba.

—La Gran Majestad cometió errores —le concede Lavanya, no muy satisfecha con su respuesta—, pero nunca en nombre del Seir. Sabía que no podía usar sus hechizos para matar si no quería que el Equilibrio se lo devolviera.

—Si ahora está muerta, debe de ser porque el Equilibrio convino conmigo y con sus víctimas en que usó lo aprendido en el Seir con fines perversos, y no podía irse sin pagar por ello.

Lavanya empieza a molestarse. Su túnica se agita como si la hubiera azotado un golpe de viento.

—¿Estás seguro de que así es como quieres iniciar la conversación? —Arquea una ceja—. Has venido a pedirme un favor, a fin de cuentas. Quizá debiéramos sentarnos a discutir cómo vas a pagármelo.

—¿Pagarlo? —repito.

Lavanya se fija en mí por primera vez desde que hemos aparecido. Me recorre con una mirada de arriba abajo, y sonríe de forma impertinente.

—Tú mejor que nadie has de saber por qué el Seir es la peste, *dysys*. Aquí la magia no sale barata. Pero se trata de Dareon, y su madre y yo hicimos un trato hace mucho tiempo.

Dareon arruga el ceño.

—¿Qué trato? Solo me dijiste que podrías salvarme; que aquí podría encontrar una aliada.

Lavanya se pasea entre los árboles hasta tomar asiento en el columpio que cuelga entre dos ramas. Allí, se cruza de piernas.

—Solo si aceptabas las condiciones. Verás, Dareon... Agrona y yo no estábamos muy seguras de que fueras a heredar el don. Pero, si lo hacías, era evidente que no tardarías en manifestarlo, como ya ha sucedido. Tan pronto como dieras señales de hechicería, yo estaría en mi derecho de reclamarte como miembro del Seir; nunca antes. Tu madre no quería mezclarte con esto por miedo y porque deseaba que fueras mejor que ella, que conocieras la magia pura... —Pone los ojos en blanco—. Y tú ahora difamándola... Deberías avergonzarte de ti mismo.

»Pero, como decía, y como es ley en el Seir, aquellos aprendices con dones que se pusieran a mi servicio podrían pedir un favor. Incluso un milagro. Cualquiera. Después, entrarían en la torre y se someterían a mi entrenamiento.

»Es tu momento, Dareon. Te quiero acoger bajo mi ala, convertirte en un digno sucesor de tu madre... y concederte tu gran deseo.

Dareon entrecierra los ojos.

—Ni siquiera sabes qué es lo que deseo.

—Todo el mundo lo sabe. Es evidente. Y sabía que tarde o temprano vendrías a verme por eso. Al fin y al cabo, soy la única que puede salvarte. —Curva los labios en una sonrisa que me estremece—. Vivirás para siempre, libre de tu enfermedad, si te unes a mí.

Me quedo mirando a Lavanya con cara de espanto. No me atrevo a averiguar cómo le ha sentado a Dareon la noticia. Su silencio es revelador.

—¿Podrías curarme? —inquiere al fin, modulando la voz para no traslucir su asombro.

—No hay magia que el Seir no pueda obrar. Tu madre no quiso recurrir a nosotros por las consecuencias que podría acarrearte, pero a mí no me suena nada mal el ofrecimiento: aprenderás a controlar tus poderes durante unos años a cambio de la inmortalidad.

Para el asombro de las dos, Dareon sonríe con desdén.

—No formaría parte de vuestra secta ni si mi vida dependiera de ello, y parece que es el caso. Además: ¿qué te hace pensar que a estas alturas me importa la inmortalidad? —Sacude la cabeza y la enfrenta con decisión—. No he venido por eso. He venido para hacer un trato.

Lavanya no oculta su irritación. Le lanza una mirada cautelosa.

—¿Qué trato?

—Si es cierto que no hay magia que el Seir no pueda obrar... —El corazón me deja de latir cuando señala a Vikram con languidez—, quiero que me lo demuestres.

Lavanya enarca una ceja con displicencia.

—¿Qué te hace pensar que me interesa salvar la vida de una pieza

tan prescindible, o que será provechoso para mí en modo alguno?

—No tiene que resultarte provechoso; tan solo respetar el Equilibrio, ¿no es cierto? Puedes exigirme la compensación que desees, y no creo que sigas queriéndome bajo tu ala cuando soy un simple mortal. No te duraría mucho, y ya sabes que no recurriré a tus favores para curarme.

Lavanya le sostiene la mirada completamente inexpresiva. Da un paso hacia Vikram, al que coge en brazos sin ningún esfuerzo y tiende sobre la hierba para examinar con una mirada evaluadora.

—El fuego del *hatus* —murmura, pensativa. Luego mira a Dareon con fijeza—. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? Hacer pactos de vida o muerte con el Seir es muy peligroso.

—No me da miedo el peligro.

Aguanto la respiración mientras Lavanya medita. Lo hace con la vista clavada en Dareon, casi diría que sondeando a la vez sus miedos; desnudando sus secretos para averiguar qué es lo que más quiere y arrebatárselo a continuación.

Su mirada sobre él se intensifica al dar con el quid de la cuestión. Extiende los brazos, orgullosa de su crueldad.

—Dame algo que tienes y algo que tendrás.

Dareon permanece inmóvil. Sé que vacila durante esos segundos. Segundos en los que piensa, como no ha pensado en momentos de impulsividad, que quizá debería aceptar la propuesta inicial. Antes de conocer la faceta perversa de su madre, que fue capaz de matar a un niño inocente y salir en busca de otro, se lamentaba por haber tenido que rechazar la herencia de la reina Agrona. Cediendo a las manipulaciones de Lavanya, uniéndose al Seir, no solo salvaría su vida, sino que podría entrar en contacto con la comunidad de quien fue su familiar más querido. Me tenso, consciente de que estaría en su derecho de vacilar..., pero él no lo hace.

Bajo mi mirada ansiosa, Dareon se quita el anillo de Elyllon.

—Algo que tengo todavía —pronuncia sin entonación. Después, y con un temblor revelador en los dedos, se desabrocha la casaca azul para desanudar el fular que llevaba anudado sobre la camisa. Se lo entrega con la mandíbula apretada y el aliento contenido, sin despegar la mirada de la tela roja—, y algo que tendré.

Lavanya enarca las cejas, y poco a poco, al tiempo que acepta el anillo, sonríe con malicia.

—Nunca dejarán de sorprenderme los hermosos sacrificios en honor al Equilibrio. Tal y como sospechaba, no me has defraudado. Los nobles hacéis las cosas a lo grande... —La hechicera aparta la mano del fular después de rozarlo con los dedos. Su sonrisa se atenúa —. ¿Estás seguro? No tienes por qué entregarme lo que para ti es más querido.

—Es lo único que puedo darte.

—Tu reino y tu futuro con ella —valora Lavanya, como si le llenara la boca cada palabra del sacrificio—. Eso significa que no podrás tener nunca a ninguno de los dos, ni en este mundo, ni en el otro.

—Me arriesgaré.

Lavanya acaba restándole importancia con un aspaviento. Acepta los dos regalos simbólicos. Un segundo los tiene en la mano y, al siguiente, ya no están.

Estoy demasiado catatónica para actuar, pero en cuanto vuelvo en mí misma, aferro el brazo de Dareon.

—¿Qué has hecho? ¿Le has entregado mi hermana a las brujas? —balbuceo, alarmada—. Porque hablabas de ella, ¿verdad?

Dareon me dirige una mirada vacía, pero no contesta.

—No, *dysys* —responde Lavanya—. En el Seir no traficamos con cuerpos, y la mujer, por amada que sea, no le pertenece. Me ha dado lo único relacionado con la elegida que es solo suyo y podría sacrificar: su voluntad de estar con ella.

Lavanya se arrodilla junto Vikram y, con las manos llenas de esa energía chispeante que ha permanecido en sus dedos después de destruir los objetos de Dareon, va recorriendo sus quemaduras una a una. No es agradable ver cómo le regenera la piel, y menos después de lo que ha costado su intervención, pero soy egoísta y no me importa que su supervivencia le haya costado la vida al príncipe.

Cuando termina de curar las marcas oscuras, Lavanya se inclina sobre él y besa sus labios entreabiertos con suavidad. De ellos mana un brillo violeta que desaparece en el interior de la boca de Vikram; un estallido de luz que veo iluminar su garganta desde fuera, y que continúa su viaje interno hasta cubrirle el corazón.

—El que acabas de hacer es el trato más estúpido que he presenciado en cinco mil años al mando —proclama Lavanya, mirándolo con los párpados entornados—, y no me cabe la menor duda de que sufrirás por ello.

»Ya puedes llevarte al traidor de aquí.

Sin decir ninguna palabra al respecto, Dareon se inclina para ayudar a Vikram a incorporarse. Está semiinconsciente y no puede andar solo, pero conmigo a un lado y con Dareon a otro, haciendo de sus muletas, conseguimos regresar por donde hemos venido.

No me atrevo a apartar la mirada de Dareon en todo el trayecto, esperando atisbar una sombra de rencor o de arrepentimiento en sus ojos

No hay nada. Solo solemnidad.

Cuando llegamos al carromato, no puedo contenerme más y suelto:

—¿Por qué no has elegido salvarte? Lavanya es la única hechicera en el mundo que podría haberte curado.

Dareon menea la cabeza, como si hubiera planteado una alternativa descabellada.

—A cambio de encadenarme a un don que llevo toda la vida temiendo, y del que mi propia madre intentó protegerme. Si de veras pudiera salvarme —continúa, lanzándome una mirada severa—, la Gran Majestad me habría traído en el preciso momento en el que fui envenenado. Que no lo hiciera y se resignara a verme morir día tras día habla por sí solo.

—Aun así... —Trago saliva—. ¿Por qué?

Dareon sube al caballo sin energía, y desde allí me lanza una mirada cansada.

—Porque, después de todo, tus prioridades y las mías no son tan distintas.

37

Vikram despierta horas después, cuando ya hemos llegado a Elyllon y los acomodadores de palacio le han adjudicado un dormitorio en el piso superior.

Esta habitación sí es digna de su rango. No tiene nada que envidiar a la que solía ser la mía.

Reconozco que me ha tentado dar una vuelta, empaparme de los recuerdos no tan lejanos; visitar mi dormitorio y comprobar que han cambiado las sábanas, vaciado los armarios; que ya no queda huella de la mujer que una vez durmió allí. Pero Vikram seguía inconsciente, y conforme pasaban las horas, empezaba a temer que Lavanya nos hubiera mentido y el pacto no hubiera servido para más que para arrebatarle al príncipe lo más querido.

Dareon ha desaparecido para hacerse cargo de las bajas del ejército, de los traidores que desertaron en plena batalla y para reorganizar las tropas para el siguiente ataque. Es una tarea de la que podría haberse encargado cualquier otro; Elvan, por ejemplo, pero sospecho que necesita andar entretenido para no pensar en lo que ha perdido.

Me habría gustado ofrecerle algún tipo de consuelo durante el camino de regreso, pero me dio la impresión de que no aceptaría ni una palmadita en la espalda.

Y yo estaba muda de asombro. Sigo estándolo.

«Al final me llevasteis ante las hechiceras del Seir».

Ladeo la cabeza hacia Vikram. Tiene los ojos abiertos, por fin, y su semblante expresa contrariedad. No sé si es porque ya he pasado por toda clase situaciones y porque presenciando batallas, apuñalamientos y torturas con relativa frecuencia terminas por desarrollar alguna clase de inmunidad, pero esta vez no me deshago en lágrimas. Ahora, cuando debería estar saltando y chillando porque Vikram está vivo, no me quedan llantos de alegría ni voz. Supongo que apenas había procesado el riesgo que de verdad estaba corriendo su vida como para ahora sorprenderme porque hayamos esquivado una bala.

—Ante Lavanya. —Asiento.

Me recuesto sobre el costado para pasarle un brazo por encima y apoyar la barbilla en su hombro.

«¿Qué le ha pedido a cambio?».

Medito antes de responder. No me sorprende que sepa que el Equilibrio le exigiría un sacrificio.

—Todo lo que le importa.

Un músculo palpita en la mejilla de Vikram.

«No deberíais haberlo hecho».

—Por supuesto que deberíamos haberlo hecho. ¿En serio crees que iba a permitir que me abandonaras? No hemos pasado por todo esto para nada, Vikram, y tenemos derecho a una segunda oportunidad. Además... Ya no puedes deshacerlo. No tiene sentido flagelarse. Acéptalo y se acabó.

«¿Cómo supiste dónde me encontraba y lo que sucedía? ¿Me estabas viendo desde el Oráculo?».

Vuelvo a asentir y me acomodo mejor, acoplándome a su cuerpo semidesnudo. Lleva el torso al descubierto, ya regenerado.

Reposo la mejilla sobre su corazón palpitante.

—No solo lo vi. También lo oí todo. —Hago una pausa—. Hay elys de tu parte, Vikram. Civiles dispuestos a luchar por ti, a nombrarte príncipe de Elyllon.

«Eso parece».

Detecto una excentricidad en el trazo de sus palabras, y me incorporo muy despacio para escrutar su rostro. No parece conmovido, ni tampoco feliz. Nadie diría que acaba de regresar del limbo, donde se debatía entre la vida y la muerte.

—Puedes ser sincero conmigo —susurro—. ¿No te tentó en ningún momento unirte a Camlo? ¿No te... convencieron sus palabras?

«Ya me hiciste esta pregunta una vez», me recuerda. «Si quería reinar».

—Y dijiste que no. Pero si hubieras cambiado de opinión, estarías en tu derecho. Sé que odias la Tierra.

Vikram cierra los ojos un segundo. Como de mutuo acuerdo, ambos nos concentramos en su respiración; en el subir y bajar de un pecho que hace unas horas estaba ardiendo por dentro.

Cuanto más rato pasa, más temo la respuesta. Pero, al final, Vikram, me pasa un brazo por la cintura y me trae más hacia sí.

«Pero a ti no te odio».

—¿Qué significa eso? Más allá de la lealtad o el cariño que puedas sentir hacia Dareon, ¿no te gustaría ocupar su lugar? ¿Hay espacio para la ambición política dentro de ti?

«Yo nunca amaría Elyllon como Dareon se desvive por él», concluye. «Puede que se equivoque, y que a veces le cieguen tanto sus privilegios como la soberbia de su linaje, incluso la malicia de su madre..., pero sabe que gobierna sobre la gente. La gente le importa. Tú lo has visto; lo has escrito en tus libros».

—Eso no es lo que te estoy preguntando. Deja de escurrir el bulto, capullo.

Vikram inspira hondo. Mientras medita, se entretiene enrollando

un dedo en un mechón de pelo que escapa de mi recogido.

«Aceptaría ser su sucesor si él en persona me nombrara como tal», confiesa, «pero nunca usurparía su lugar». Envuelve mi nuca con la mano y me acaricia el nacimiento del pelo, haciéndome cosquillas. «No quiero involucrarme en una estúpida guerrilla que nunca fue mi intención iniciar, y en la que no habría participado de no haber sido por los remordimientos y por mi condición natural de sanguinario. Tampoco deseo que Dareon y yo volvamos a disputarnos nada. Así que... sí, aceptaría; con orgullo por lo que implicaría que el príncipe de Elyllon me creyera apto para el puesto, pero sin verdadero entusiasmo, porque nunca he querido semejantes responsabilidades. De no haber sido por Jorghen el Hacedor, habría disfrutado de una vida tranquila, que es a lo que aspiro hoy día».

Lo miro con atención.

—Y, aun así, aunque en la Confederación nunca tendrás paz, te alegras de estar aquí. ¿No querrías... quedarte?

«En absoluto», admite. Y sé que no miente, porque su mirada trasluce esa franqueza suya tan abrumadora. «Creo que en la Tierra tendría la oportunidad de ser quien yo quisiera, y con quien yo quisiera. En la Confederación siempre se han empecinado en ponerme etiquetas con las que detesto identificarme. Monstruo, enemigo del trono, traidor, y, ahora, parece ser que soy el sucesor. Estoy cansado», reconoce con un suspiro.

—Me alegro, porque no pensaba permitir que te quedaras aquí —interviene Dareon.

Tengo que bajarme del pecho de Vikram para ver al príncipe, que permanece de pie junto a la entrada. Se ha cambiado de ropa: ahora lleva un sencillo jerkin blanco que emula una cota de malla; debajo luce una camisa de mangas abullonadas, abierta por el pecho, color celeste. Lo combina con unos pantalones ceñidos del mismo blanco. Sus botas, siempre silenciosas, no hacen ni la mitad de ruido al acercarse de lo que resuenan en la estancia todas las cosas que no dice.

Vikram y él se encuentran en una mirada que habla por todo lo que va a quedarse en el tintero, porque hay palabras que, en cuanto se pronuncian, terminan de arramplar con el polvo de lo que quedaba. Y estos dos hombres no son de los que se piden perdón, como tampoco de los que se dan las gracias.

«¿Por qué no? Esto solo puedes solucionarlo si me encargo de disuadir a la gente de usar mi nombre para ir contra ti. Han de saber que no estoy por la labor de usurpar el trono».

—No se han rebelado porque te quieran, Vikram; simplemente no me quieren a mí. Son dos cosas muy diferentes.

«¿Estás seguro de eso?».

—Si han izado ese estandarte sin tu consentimiento para atacarme, ¿qué te hace pensar que proclamar tu rechazo hacia la rebelión tendrá algún efecto? Ni siquiera estabas aquí cuando empezaron a organizarse, y eso solo tiene una explicación: estaban preparando el golpe antes de descubrir que eres un digno aspirante al trono. Siempre los ha habido ansiosos por destruirme.

«¿Y crees que no necesitarás ayuda para calmar las aguas?».

—Necesitaré tiempo y distancia. De todos modos, si yo soy el problema, el problema ya no está. —Se arregla los puños de la camisa, como si quisiera distraer la atención de la profunda tristeza que debe de haber arraigado en su mirada—. He dejado todos los símbolos reales del principado en manos de la nueva representante de Turlough. Ella se encargará de coronar a la regente, que reinará hasta que aparezca alguien digno.

Vikram arruga el ceño.

«¿Has abdicado?».

—Era parte del pacto —murmuro.

—Solo será temporal. Hasta que Elyllon se calme, reorganice las tropas de exiliados y muera el presente por el que he jurado. He entregado a Lavanya lo que tengo ahora, pero no le he dado mi futuro como príncipe. Y ese futuro llegará en algún momento.

«Eres un irresponsable», le espeta Vikram. «¿Cómo vas a marcharte sin más? ¿Dejas Elyllon cuando está en peligro?».

—No tiene elección —intervengo en su defensa.

—La batalla ha dejado tantas bajas aranrhodenses como ciudadanos de Elyllon. Se ha firmado una tregua temporal. Esto es entre Kadesh y yo; tiene órdenes explícitas de no atacar mientras la regente esté al mando.

—¿Quién será la consorte? —pregunto, aunque ya lo sé.

—Debería haber sido mi abuela —lamenta en voz alta—, pero Odine ocupará el mando. Cuando regrese, si lo consigo, dejará de ser la princesa regente para convertirse en la consorte. Así está escrito.

Trago saliva.

—Pero... dijiste que... Se supone que tú ya no estarías aquí cuando todo esto acabase.

—Así es. —Cabecea—. Pero no ha hecho más que empezar.

»Si no quieres verte involucrado en una guerra que no sientes que es tuya, márchate —continúa, mirando a Vikram—. O por lo menos vete si quieres estar con ella y protegerla a la vez. Lo que quiera que tenga que pasar ya es cosa mía. Me encargaré yo solo.

«Aún hoy piensas que puedes solo». Vikram sacude la cabeza con un amago de sonrisa exasperada. «Eres demasiado arrogante para tu propio bien».

Dareon le sostiene la mirada.

—Si necesito ayuda, ten por seguro que no te la pediré a ti, Oberon. —Se hace un silencio sepulcral después de que pronuncie su verdadero nombre. Dareon inspira hondo y, tras expulsarlo, agrega—: No te perdono. Pero lo siento por todo lo que se hizo en mi nombre. Ahora estamos en paz: he pagado por la vida de tu hermano salvando la tuya.

»Puedes marcharte cuando quieras —concluye.

No reacciono lo bastante rápido para impedir que salga por la puerta. Pero, si lo hubiera hecho, ¿me habría molestado en detenerlo? Esta no es la manera en que quiero despedirme de él, pero ¿cómo lo hago, si no? Nos hemos mentido; nos hemos hecho daño. Él está hastiado, derrotado, y nosotros aún tenemos que encajar unas cuantas piezas del puzle.

Aun así, una parte de mí se rebela contra el conformismo. No puedo aceptar que estas sean las últimas palabras que nos dedicamos.

Me incorporo tan rápido como me lo pide el cuerpo y me precipito hacia el pasillo. Él oye mis pasos apresurados a medio camino, pasillo abajo. No le da tiempo a girarse antes de que me abalance sobre su cuerpo para abrazarlo por detrás.

Las lágrimas me queman en los párpados, en la garganta, en el estómago, pero que me devuelva el gesto con esa ternura distante que solía dejarme desorientada ayuda a mitigar el dolor.

—Dime que estarás bien —susurro, con la nariz pegada a su omoplato. Solo levanto la barbilla para captar su media sonrisa y su mirada por encima del hombro.

—Te puedo prometer que lo intentaré.

Trago saliva y me separo para mirarlo, para empaparme de la visión de esa magnífica criatura que puede que no vuelva a ver jamás. Una parte de mí siente alivio, y no podría ser de otra manera; mi corazón aún se estremece de miedo al pensar en él, en todo de lo que es capaz. Pero la *dysys* lo ha perdonado. La fuerza superior a mí siempre lo perdona, y lo perdona porque lo quiere.

—Recuerda siempre lo afortunada que eres a pesar de todo, Diana —me pide—. No importa el daño; al final del día, tienes un hombro en el que llorar. Vikram te quiere más de lo que podrías imaginarte. No lo defraudes; te aseguro que él nunca te defraudará a ti.

No se molesta en fingir que no nos envidia. Pero no es una envidia que arde y escuece en una herida abierta. Está envuelta en la nostalgia por lo que aún no ha tenido.

Me pregunto si al entregar la voluntad de estar con mi hermana en el futuro estaba regalándole a Lavanya una posibilidad o un hecho. Si su destino, hiciera lo que hiciese, era estar con Elsa, o solo era una opción entre tantas.

Podría plantear mi duda, pero ya se ha terminado el tiempo.

Dareon y yo llegamos hasta aquí, hasta esta altura del pasillo, hasta esta línea de la historia. Es un punto y final. Él se despide en este renglón, con todo lo que eso conlleva. Desaparecerá arrastrando mi obsesión, mi idolatría, mi ceguera, mi incapacidad para asumir que podría tener defectos; mi asombro al comprobar que no es perfecto, mi rabia, mi desprecio, mi miedo, mi curiosidad. Sobre todo, mi curiosidad. A cambio, él me dejará a mí todos los recuerdos en los que lo adoré para seguir queriéndolo.

Siempre.

Dareon sabe también que aquí nos despedimos. Se limita a hacerme una reverencia, con los ojos vibrantes de la emoción que no se permitirá expresar en voz alta, y se marcha sin añadir nada más. Sin capa que ondee a su espalda. Sin ese orgullo regio suyo. Sin un principado a sus pies.

Pero supongo que sí con un propósito.

Siempre con un propósito.

Vuelvo al dormitorio como si hubiera estado en la guerra. Apoyo la mejilla y el hombro en el marco de la puerta. Vikram se ha incorporado y, nada más me ve cerrar los ojos con cansancio, se levanta para venir a abrazarme.

«No lo defraudes; te aseguro que él no te defraudará a ti», ha dicho.

—No me puedo creer que por un momento pensara que las cosas podrían acabar de otra manera —musito.

«Las cosas nunca acaban para nosotros, llorona. Tenemos toda la eternidad para arreglarlo».

—Pero él no.

Vikram se separa y me mira con un brillo especial en los ojos.

«Eso es lo que hace que todo lo relacionado con Dareon sea tan doloroso. Pero para ti y para mí se presentarán nuevas oportunidades, te lo prometo. La inmortalidad da para mucho. Debes ir empezando a asumir lo que significa y adaptarte a esta nueva concepción del tiempo». Se aparta de mí y termina de abotonarse la camisa. «Ahora... ¿Estás preparada para regresar?».

Como si nada.

Regresar como si nada.

Inspiro hondo.

Sí, va siendo hora de que asuma algunos aspectos de mi nueva vida. Si uno de ellos es vivir entre un mundo y otro, procurando adaptarme a los horrores de ambos según lo requiera la situación, así será. Tengo que ser valiente.

«Yo no podré volver nunca», agrega. «Soy oficialmente un

desterrado. Pero, antes de irme, me gustaría hacer algo».

—¿El qué?

Vikram me pasa un brazo por la cintura y me trae hacia sí.

«Acompáñame y lo sabrás».

38

Pensaba que con ese «acompáñame y lo sabrás» se refería a echar un último polvo en la Confederación, pero no. La tierra se abre a mis pies en cuanto me envuelve en un abrazo, y antes de que pueda chillar de pánico al sentir que mi cuerpo se desvanece, mis pies tocan la arena árida de un paraje desconocido.

Todavía aferrada a Vikram —no es lo mismo que viaje tu mente a que lo haga tu cuerpo—, oteo alrededor con gesto receloso. Tengo que entornar los ojos para que no se me meta el polvo que hemos levantado al aterrizar. O eso es lo que creo al principio: pronto me doy cuenta de que así es el aire de la zona. Por su emplazamiento en el desierto, abundan las épocas de calima en las que no se puede salir de casa, y hoy es uno de esos días en los que conviene cubrirse el rostro con un velo para no llenarse de arena los pulmones.

Solo hay un lugar en toda la Confederación donde hace tanto calor. Cualquier duda sobre mi paradero actual queda resuelta en cuanto localizo a lo lejos un conjunto de chozas de caña de bambú, heno y madera con el techo de paja.

Shapoor.

Pero ¿qué parte de Shapoor?

—Qué callado te tenías eso de que sabes transportarte —le bufo.

«Recuerda que antes no podía usar mi poder; debía mantenerlo en secreto», aclara Vikram, y con mucha razón. Desclavo las uñas de sus brazos, a los que me había estado aferrando con pánico, y retrocedo unos pasos para seguir admirando el paisaje.

La calima lo emborrona, pero se oye el canto de las chicharras veraniegas, el rumor del viento que levanta polvo, el tintineo de los toscos útiles de cocina que unos chicos enjuagan en la orilla de un riachuelo de escaso caudal que se puede sortear de un salto no especialmente ágil, y a un par de hadas no practicantes riendo en su camino a casa. Ambas van cargadas con cestos de mimbre a rebosar de prendas húmedas. Una de ellas se cubre la nariz y la boca con un velo semitransparente; la otra no lo necesita, por lo que supongo que es una de esas shaporíes cuya genética ha desarrollado inmunidad a la arena del desierto. Hay ciudadanos así en las tribus del corazón de Shapoor, hadas adaptadas a un medio en el que no llueve ni por casualidad.

Hemos venido a su tierra. Al lugar donde nació y creció. Me puedo imaginar al pequeño Vikram jugando con los críos con peonzas de

madera o haciendo marcas con tiza en el suelo polvoriento para improvisar una rayuela, aunque seguro que los confederados tienen sus propios juegos. Algunas mujeres trabajadoras del pueblo visten como lecheras; otras, como princesas saharauis, en su mayoría las casadas. Llevan el abundante pelo negro recogido en múltiples trenzas entrelazadas entre sí. Todas tienen la piel tostada y están ruborizadas por la caricia del sol. Se supone que los habitantes de los pueblos del desierto son recelosos de sus visitantes, o eso reza la leyenda negra sobre los shaporíes, pero todos aquellos a los que nos cruzamos nos sonríen con la calma satisfecha de quienes llevan una vida tranquila y aprecian la leve alteración en la rutina que representa un forastero.

A excepción de las ciudades que se levantaron en las costas, que pueden dedicarse a la industria gracias a la cercanía con el agua, la mayoría de los territorios de Shapoor nadan en la pobreza. Aprovechándose de la sencillez de su gente, los reinos más poderosos expoliaron la riqueza en materia prima de la zona tras la Guerra de los Estados, e incluso antes. Es conocida por sus asesinos a sueldo y soldados feroces, por la prisión de Ghassan, a donde van a parar los traidores y otros criminales; es aquí, también, donde el conflicto causó más estragos; de donde procede Kadesh, y el lugar que Jorghen el Hacedor eligió para asentar su enclave, aunque no en la llanura entre las montañas y el desierto donde se asienta el pueblo de Vikram, sino bordeando la bahía de Lagasse.

Sin duda, Shapoor tiene historias que contar. Y motivos para llorar. Pero los habitantes no parecen tan desconfiados como imaginé en un principio. No nos ignoran, pero tampoco nos persiguen con la mirada. Deben de saber que Vikram es de aquí.

—¿Querías enseñarme tu casa? —susurro, aferrándome a su mano. Él entrelaza los dedos con los míos mientras seguimos caminando—. ¿O solo querías alejarte de todo lo que ha estado a punto de suceder?

«Estar al borde de la muerte me ha ayudado a arrojar luz sobre ciertos asuntos pendientes que me urge saldar. Me alegro de que vengas conmigo».

Ladeo la cabeza hacia él y me fijo en que busca a un lado y a otro. Todas las chozas son iguales. Pocos saben que, a pesar de su apariencia modesta, las respalda un estudio de ingeniería avanzada: están preparadas para que las tormentas de arena no se las lleven por delante.

Vikram se detiene justo cuando llegamos al final del pueblo, que apenas consiste en una calle larga y serpenteante. Como sucede con los pueblos olvidados del desierto, nadie se ha encargado de urbanizarlo; a fin de cuentas, apenas unas decenas de ciudadanos resisten a las condiciones climatológicas adversas —la mayoría emigran a las ciudades de costa—, y nadie sabría localizarlo en el

mapa. A ojos de los dirigentes shaporíes, no merece la pena preocuparse por los salvajes.

Observo que Vikram se quita los arneses que mantienen las espadas cruzadas a su espalda y las deja con cuidado a sus pies, mandando un claro y humilde mensaje: renuncia a la violencia y a todo lo que es antes de entrar en casa.

Vikram le hace un gesto a un par de niños que correteaban con espadas de madera en la mano. Uno de ellos tiene el cuello escamado, como muchos de los habitantes de Shapoor, y el otro nos presta atención enseguida con sus ojos de reptil. Les pregunta algo en un idioma que no conozco, supongo que un dialecto del trevi, y estos echan a correr enseguida al interior de una de las chozas.

Él alarga el cuello y cuadra los hombros, preparándose para recibir a la deidad en persona. Yo, contagiada por su solemnidad —es la primera vez en la vida que noto que se lo comen los nervios—, clavo también la mirada en la entrada de la casa en cuestión. Está cubierta con un cortinaje de abalorios fabricados a partir de plumas y hueso.

Una mano morena con símbolos tatuados en los dedos lo corre a un lado y se asoma con gesto contrariado. Sostiene un paño de lino manchado de grasa. No es una deidad, y lo comprendo cuando reconozco en su rostro algunas de las facciones de Vikram: es alguien mucho más importante.

El hada pretendía girarse para volver a entrar, refunfuñando, molesta, cuando su mirada viaja de mi ropa terrestre a la figura de Vikram. Me embarga una emoción contradictoria; incomodidad, porque sé que no tengo derecho a presenciar este íntimo reencuentro, y orgullo por el mismo motivo, porque Vikram desee compartirlo conmigo.

La mujer murmura unas palabras incomprensibles y suelta el paño, temblando, para salvar el espacio que los separa. Al principio avanza despacio, dudosa, pero no tarda en echar a correr con los brazos extendidos y lágrimas en los ojos; unos ojos oscuros enmarcados por unas pestañas azul oscuro, a juego con la trenza que le llega por la cintura.

Una emoción cálida me recorre desde los tobillos hasta la nuca al verlos fundirse en un abrazo. Vikram ha cumplido ese deseo que solo él podía concederse; el de volver a ver a su madre una última vez. Y yo, tan solo unos segundos después, cumplo el mío.

Mi alma se eleva sin que tenga que pedírselo para enviarme a un momento remoto del pasado, a la puerta de esta misma choza, a un día tan caluroso como el que dejo atrás. Una madre, un hijo y un bebé en camino protagonizan la visión.

El Vikram de nueve años palpa el vientre abultado de la mujer con orgulloso asombro. Su madre, sentada en una mecedora a la entrada

de la casa y encantada con la curiosidad del crío, vigila su semblante con una sonrisa serena.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta, Vik?

El pequeño alza la barbilla. Tiene los mismos labios generosos que su madre, y los mueve para decir, con su propia voz:

—Debe de ser minúsculo, si cabe ahí dentro.

Su voz. Es su voz de verdad.

Los ojos se me llenan de lágrimas al escucharla.

Todavía tiene un deje agudo y suena tan inocente como todos deberíamos serlo a esa edad. La a veces insolente curiosidad de los niños trastoca su tono, pero, a la vez, se pronuncia con un afán protector en el que ya se puede intuir la solemnidad de su futuro carácter. Ese que desarrollaría a lo largo de la adolescencia al mismo tiempo que la voz, que imagino grave y masculina para el momento en el que se la arrebataron.

—Tú también fuiste diminuto, y mírate ahora. —Su madre le pellizca la barbilla y le hace cosquillas justo debajo, arrancándole una carcajada infantil que me conmueve—. Tu hermano crecerá en tamaño con el paso del tiempo, pero tú y yo habremos de enseñarle a ser bueno.

—¿Y cómo le enseño eso?

—Queriéndolo como me quieres a mí.

Con el gesto contrariado, el pequeño Vikram apoya los brazos en el regazo de la embarazada.

—¿Tú... vas a quererlo como me quieres a mí?

Sonrío igual que su madre. Ambas hemos notado los celos del futuro hermano mayor.

—Por supuesto.

—¡Entonces deshazte de él! —se queja, cruzándose de brazos—. No quiero compartirte, ¿me has oído? —Se inclina hacia el vientre abultado—. ¡No voy a compartir a mi madre contigo!

Ya de crío se le atragantaban los *ménage à trois*.

—Vik, escúchame y no digas tonterías. —Ahueca su rostro con las manos—. Un hermano es un tesoro. El amor que se siente por él lo puede todo. Los hermanos te enseñan a compartir, a ser paciente y a perdonar. Te enseñan que nosotros nunca somos lo primero.

—Tú eres lo primero para mí —ataja él, mirándola con la seriedad de la que hoy día sigue armándose para hacer sus vehementes declaraciones. ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora de que siempre ha sido arrebatador, muy capaz de robarle el corazón a una mujer con sus seis certeras palabras? Su propia madre se ablanda al escucharlo, y le acaricia la cabecita, salpicada de trenzas, al ver que la inquietud empieza a humedecerle los ojos—. Si lo quieres a él, ¿no dejarás de quererme a mí?

—Claro que no, Vikram. Te sorprendería cuánto puede estirarse el corazón para albergar los nombres de todos aquellos a los que amamos. No te apartaré para dedicarle a él mi alma entera; esta se ensanchará para que quepáis los dos, ¿entiendes?

Yo sí lo entiendo.

Lo he sentido. Lo he vivido.

Vikram asiente, algo más calmado —aunque solo un poco—, pero no se relaja hasta que su madre lo coge en brazos y lo sienta sobre sus rodillas. Entonces, una sonrisa juvenil, desprovista de esa historia de horrores que ahora lleva a cuestas y que le obliga a ser escueto en sus demostraciones de afecto, se dibuja en sus labios. Una sonrisa llena e inocente.

Le rodea el cuello con los brazos y le planta un sonoro beso en la mejilla, que ella le devuelve en la frente.

Regreso al momento presente con los ojos ardiendo y la sensación que se te queda después de ver una película con final feliz. Solo que ese no era el final, sino el principio. El desenlace es el que presencio ahora entre el Vikram adulto y su madre. Sigue siendo bonita, pero los maltratos de la vida han empezado a marchitarla.

Los dos se miran después del primer e incrédulo abrazo a una distancia interpuesta por prudencia.

Ese espacio entre los dos... Ese abismo insalvable, infestado de las torturas que Vikram ha sufrido desde que se vieron por última vez y la culpabilidad que a ella la habrá paralizado todo este tiempo. Años y años de incertidumbre, de remordimientos; todo eso está grabado en el rostro de la mujer.

Vikram adelanta una mano para acariciarle la cara. El hada la toma entre las suyas y se la lleva hasta los labios para besarla con fervor. Hay miles de preguntas en sus ojos: dónde has estado, qué has hecho, y un brillo orgulloso que celebra aquello en lo que su hijo se ha convertido.

Él solo le dedica una sonrisa. Esa sonrisa que reservamos para nuestra madre cuando se muestra vulnerable, más niña que nunca, ante nosotros.

«¿No vas a invitarme a pasar?», dice al fin.

Ella abre los ojos al comprender que no tiene voz; que necesita comunicarse mentalmente. Su reacción es la de cualquier madre que hubiera descubierto el sufrimiento de su hijo; que su hijo ya no es el mismo. Sacude la cabeza, intentando ahuyentar el dolor en balde, y se acerca para abrazarlo.

Yo me retiro unos cuantos pasos, y aunque quiero apartar la mirada para darles intimidad, no puedo.

—No ha pasado un solo día sin que pensara en ti —susurra entre sollozos, aferrada a él como si temiera que se desvaneciese—. Por lo

menos sabía dónde estabas, y con quién... Y cuando empezaron a llamarte «El de los tres nombres»... He pasado tanto miedo...

La mujer se enzarza en una angustiosa descripción de los relatos que le han estado llegando sobre la traición de Vikram. Y Vikram, en lugar de sentarse a resolver sus dudas, la toma de la mano y se dirige con ella al interior de la choza. Solo me mira por encima del hombro para hacerme una señal con una media sonrisa que raya en la socarronería.

Se parece al niño risueño de la visión, y eso me enternece.

«Cuando se pone a hablar, es imposible cerrarle el pico», me explica. «Ven si eres lo bastante valiente para soportarlo».

Le devuelvo la sonrisa y sigo sus pasos.

«Por ti soporto lo que sea».

«Seis palabras», señala con una disimulada genuflexión.

Me encojo de hombros y entrelazo las manos a mi espalda.

«Y sin pensarlo, ¿eh?», especifico. Gesticulo con la barbilla hacia su madre, que sigue hablando entre hipidos. «Supongo que ahora tengo que presentarte a la mía para estar en igualdad de condiciones».

«No creas». Su mirada se vuelve soñadora. «Con este rato vamos a tener madre para los próximos cien años».

39

Dicen que, después de la tormenta, llega la calma. Nunca he creído mucho en este proverbio; más que nada porque siempre que me he convencido de que mi situación no podía ser peor, que tarde o temprano saldría el sol, la vida se ha encargado de demostrarme que estaba subestimando su crueldad.

Pero parece ser que a veces es cierto. Vikram rebosa energía positiva. Es como si ver a su madre le hubiera dado una inyección de esperanza, esa que necesitamos para convencernos de que podemos salir adelante. Y eso que su madre, de nombre Ashe, no hace más que sollozar y tropezarse con el escaso mobiliario de la casa en el viaje a la cocina, en la que pretende poner a hervir agua con hierbas para servirnos un té al más puro estilo shaporí.

—¿Por qué has venido a verme? —tartamudea—. ¿Por qué ahora?

«¿Y por qué no?», replica él, cruzado de brazos.

—Vikram... —Agacha la cabeza. No para de toquetear con nerviosismo los utensilios de cocina, con la mala suerte de que la mayoría se le caen—. La última vez que te vi... tú... tú me odiabas.

Vikram tiene que cogerla de las muñecas para obligarla a prestarle atención.

«Te odiaba desde el desconocimiento. No pasó mucho tiempo hasta que comprendí que elegiste a Nakem para protegernos a los dos».

Ashe intenta reprimir un sollozo mordiéndose el labio. Él niega con la cabeza con ternura, pidiéndole en silencio que no llore; que no tiene sentido ya.

«He venido porque no podía marcharme sin que lo supieras. Sin que supieras que lo entiendo», aclara.

—¿Marcharte? —repite, alarmada—. ¿A dónde?

«A la Tierra. Con ella».

Ahora es cuando Ashe se fija en mí. No la culpo por haberme ignorado: el regreso de un hijo perdido tiene que ser lo bastante abrumador para que una se olvide del resto del mundo.

Esbozo una sonrisa amable y la saludo con timidez moviendo la mano. Vikram no se conforma con la patética presentación y tira de mí para acercarme a su madre.

—¿Quién es? —pregunta, aturdida. Ashe llega solita a la conclusión—. Oh... ¡Oh! —exclama, ahora entusiasmada—. ¿Y será posible que...? ¿De verdad?

—Bueno, yo diría que sí. Soy de carne y hueso, y estoy aquí.

Dios mío, vaya comentario ridículo.

Las madres se me dan fatal, o eso me ha parecido a mí, pero Ashe demuestra estar dispuesta a pasar por alto cualquier torpeza por la felicidad de su hijo dándome un abrazo. Se lo devuelvo enseguida, emocionada.

Cuando se separa y me mira rebosante de emoción, le aprieto las manos.

—Encantada de conocerte por fin, Ashe. Vikram me ha hablado muy bien de ti.

Ella se ruboriza de placer y suelta unas lagrimitas más.

—Estoy segura de que sí. Mi hijo tiene un corazón muy grande. ¿Estáis ya... vinculados? ¿Habrá ceremonia de vinculación? Ahora que todo el mundo sabe quién eres, Vik, tienes derecho a ocupar tu lugar en la casta de Trentia, ser llamado por tu nombre real y gozar de los privilegios de...

Vikram niega con la cabeza con dulzura.

«Me voy», repite. «No sé si volveré algún día. No lo creo. Le auguro un futuro ominoso a la Confederación».

Ashe toma asiento en una mecedora de madera de la visión, ahora acomodada en la improvisada salita, y apoya las manos sobre su regazo, meditando sobre sus palabras.

—¿Lo dices por la batalla entre Aranrhod y Elyllon? Están muy lejos de aquí.

«Y no veo a Shapoor corriendo peligro», completa Vikram. «Por ahora, al menos. Pero el Oráculo pronostica una guerra cruenta como la que ya vivimos y con consecuencias nefastas. Es lo que he venido a decirte».

—Decirme ¿qué?

Vikram se agacha frente a su madre para mirarla a los ojos.

«Ahora tengo que devolverte el favor que tú me hiciste durante toda mi infancia. Tengo que ponerte a salvo», responde con calma. «Vienen tiempos turbulentos, y quiero que estés advertida, que tomes las medidas que consideres oportunas... que te pongas a resguardo. Se ha levantado una rebelión en mi nombre, y alguien a por quien podrían ir debido a su relación directa conmigo eres tú».

—¿Cómo? ¿Por qué?

«Recuerda lo que sucedió con Nakem». Ashe desvía la mirada. «Ni los Vygantas ni Turlough tienen escrúpulos. Debes andarte con cuidado. Márchate de aquí, o busca a alguien que te proteja».

—¿Crees que podrían venir a buscarme?

«Todo es posible».

Ashe se levanta, pálida como un fantasma, y empieza a dar vueltas por el reducido espacio. Yo me pego a la pared para darle espacio sin dejar de observarla con atención.

Aunque tiembla, su expresión es severa. Decidida. Se nota que es una mujer curtida por la adversidad, que el miedo ha forjado su carácter; que ha pasado cientos de noches en vela y no ha tenido muchas oportunidades de reír. Es una mujer que lo ha dado todo por sus hijos, y, aun así, no ha podido protegerlos.

Sé que le pesa. Lo noto en la manera en que mira a Vikram, como si fuera el gran fracaso de su vida.

—Tiene razón —intervengo yo. Puede que Laertes me mate por hablar de un asunto secreto como lo es el destino de la Confederación, pero se me parte el corazón solo de pensar que esta mujer pueda seguir sufriendo—. No sabemos cuándo estallará todo, pero Vikram es una pieza importante en el destino de Elyllon, y tú, por la relación sanguínea que os une, también. Ya intentaron hacerte daño una vez. No sería raro que trataran de hacerlo una segunda para llegar hasta él.

Ashe se entretiene tirando y doblando el borde de su delantal. Aunque clava en mí sus ojos negros, su mente está en otra parte.

—Yo ya no tengo nada que perder —dice al fin—. Perdí a Egren, perdí a Nakem y luego perdí a Vikram. Mi vida no vale nada en comparación.

«No», interrumpe él, arrugando la frente.

Ashe levanta la mano.

—Si vinieran a buscarme, no me importaría. No me importaría salvo por... —Ladea la cabeza hacia el biombo de madera vieja que separa la salita del dormitorio—. Vikram, si es cierto que una guerra volverá a asolar nuestra tierra, tienes que prometerme algo, porque hay algo que sí deseo proteger. Algo que merece ser protegido.

«Por supuesto que sí. ¿De qué se trata?».

Ashe coge una gran bocanada de aire y sale de la choza sin darnos otra pista. La mirada de Vikram encuentra la mía en medio del silencio, del espacio vacío, de la tensión de la charla; del calor que se acumula por culpa de la techumbre, por la que se infiltran los rayos de sol.

No sabemos cuánto rato pasa con exactitud hasta que Ashe vuelve a entrar, esta vez cargada.

El corazón se me encoge al encontrarme con los ojos anaranjados de un niño. Tiene las manitas apoyadas en el torso de Ashe, no lleva más que una especie de pañal improvisado con una tela anudada precariamente y no debe haber cumplido aún los dos años. Para ser tan pequeño, lo mira todo con curiosidad y atención.

A mí la primera.

Presiono más la espalda contra la pared, como si así pudiera desaparecer o alejarme más del niño.

No, por Dios, un niño no.

Que no me acerquen los niños.

«¿Quién es?», quiere saber Vikram, inmóvil junto a la pila de cacerolas de latón.

Ashe esboza una sonrisa contenida.

—Lo llamé Oberon. Es el nombre que no pudimos ponerte a ti —susurra. El bebé, ante la mención directa, apoya el moflete sonrosado en el hombro de Ashe. No puedo moverme. No puedo respirar. Es un niño—. Egren y yo nos cruzamos hace algún tiempo... por casualidad. Yo estaba buscándote, y él me encontró a mí.

Ashe coge aire y rodea el biombo para acercarse a lo que había oculto detrás. Descubro que se trata de una cuna. Deja allí a la criatura, que permanece de pie observándonos a sus anchas. Silencioso, obediente y atento como pocos niños a una edad tan temprana, apoya las manitas en el borde. Mueve las orejitas puntiagudas como si estuviera captando ultrasonidos.

Se parece tanto al Vikram niño que me cuesta contener mis emociones.

—Quiero que te lo lleves contigo a la Tierra —anuncia Ashe—. A diferencia de mí, sobreviviría al viaje. Tiene la sangre de Egren en las venas. Pertenece a Turlough, justo como tú. Llevaba un tiempo queriendo darle una vida mejor, salvarlo de cualquier...

«No», zanja Vikram.

—Hijo... —Deja caer los hombros, derrotada—. Él también está en peligro. ¿Cuánto tardará en manifestar sus poderes? ¿Cuánto tardarán en reconocerlo? Lo lleva en los ojos, en la sangre...

«De ninguna manera», insiste Vikram.

—Vik, escúchame. Ya he perdido a dos hijos. Por mi culpa, uno tuvo una vida corta, y el otro, una vida miserable. —La voz le tiembla —. No voy a permitir que el tercero corra la misma suerte. Si no te lo llevas tú, encontraré a alguien que lo haga. No puedo protegerlo. No pude proteger a los demás, yo no... —empieza a balbucear, angustiada.

«No fue tu culpa», insiste Vikram, terminante.

—Claro que fue mi culpa. Caí a los pies de la criatura equivocada, y nunca pagué por las consecuencias en carne y sangre; lo hicisteis vosotros. Por favor... —ruega, acercándose a él. Las lágrimas ruedan por sus mejillas al agarrarse a las manos de Vikram—. Sé que contigo nunca sufrirá el menor daño, que te esforzarás por hacerle feliz. Eres tan noble y protector que no permitirías que le pasara nada, y tienes el poder y la fuerza para garantizar su bienestar futuro.

Vikram no dice nada. O, si lo dice, por lo menos no me lo transmite a mí. Aunque puede que no lo escuche porque mi cabeza ha dejado de funcionar. No tengo el permiso ni la estabilidad emocional para hacer esto, pero me acerco lentamente a la cuna, pendiente de cada uno de los pestañeos del pequeño —como si fuera un animal salvaje, y no un

bebé— y me detengo frente a él.

Oberon me mira con curiosidad. Alarga una manita hacia mí y la apoya justo donde late mi corazón. Debe de hacerle gracia que lata tan deprisa, a diferencia del suyo, que, como niño hada, lleva un ritmo diferente, porque suelta una carcajada burbujeante que me sienta como una puñalada.

Dios, ¿por qué no puedo tener uno yo?

—¿Habla? —musito antes de contener mis impulsos.

Hay un silencio antes de que Ashe conteste.

—Todavía no. Y puede... —agrega muy despacio—. Puede que tampoco me reconozca aún como su madre. Los niños hada experimentan primero el entorno y la naturaleza, como les exige su condición. Luego establecen los vínculos familiares.

Su manita sigue pegada a mi pecho, y me observa como si quisiera desentrañar los secretos de mi alma. Solo un bebé inmortal puede mirar de una manera tan profunda sin haber cumplido aún los dos años. Vikram lo hacía ya con nueve.

Puede que todavía no la reconozca como madre.

¿Podría reconocerme a mí, si... me lo llevara?

No permito que la posibilidad me llene de esperanza y me obligo a escupirla como el veneno que es.

¿Cómo podría anteponer mi deseo de ser madre al obvio deseo de maternidad de una mujer que ya ha perdido a dos hijos? Esta es su última oportunidad para demostrarse que puede hacerlo bien. Es el niño que podría cerrar su heridas. Estoy segura de que lo necesita más incluso de lo que él la necesita a ella.

Y, aun así, Ashe sigue insistiendo en que solo en la Tierra estará a salvo. Es probable que sea cierto. Pero ¿acaso eso me daría derecho a...?

Sacudo la cabeza y retrocedo unos pasos. Busco el cuerpo de Vikram para refugiarme de mis propios sentimientos, de mi egoísmo, pero lo que encuentro en su lugar es su mirada fija. No sé cuánto rato lleva vigilando mi reacción, pero es obvio que él también se encuentra en una encrucijada. No nos decimos nada y nos lo decimos todo a la vez.

—Es tu hermano —le recuerda Ashe—. Lo sentirá en cuanto lo cojas en brazos y nunca más me echará de menos.

La dureza de sus palabras me obliga a abrazarme.

Nunca más la echará de menos. ¿Cómo podrá esa madre vivir sabiendo que su hijo no la recuerda, que es otra la que lo arropa por las noches, la que lo aconseja, la que lo protege?

—Es tu hijo —balbuceo, negando con la cabeza—. Tuyo. Tu responsabilidad. Yo nunca... Yo nunca lo pondría en manos de otro.

—¿Ni siquiera si supieras que ese otro va a darle una vida mejor?

Niego con la cabeza. No porque esa sea mi respuesta a su pregunta, porque, en realidad, me desprendería de lo que me es más querido si fuera una carga para él. Si rehúso darle la razón es porque necesito ahuyentar todas esas fantasías en las que tengo la suerte de llevármelo conmigo.

Mi intención es marcharme, salir de esa casa en la que las paredes parecen encoger por momentos, pero Ashe me toma de la mano. Su mirada segura, incluso desesperada, me arraiga a la tierra.

—Cógelo en brazos, vamos. Sé que tú estás de acuerdo conmigo.

No puedo resistirme, y, a la vez, mi corazón no puede soportarlo. Ashe lo sabe y toma la decisión por mí levantando a Oberon por las axilas. El niño no se opone a que su madre me lo entregue, y me rodea el cuello con los brazos como si no acabara de conocerme.

Puede que sea un niño hada, pero huele como cualquier bebé. Es suave como cualquier bebé. Es un bebé. Podría ser mi bebé.

Cierro los ojos e inspiro profundamente.

«¿Estás segura de que esto es lo que quieres?», pregunta Vikram.

No es a mí, pero lo pienso de forma involuntaria. Sí. Lo quiero. Sí. Tiene sus ojos. Tiene los ojos de Vikram. Aunque haya miles de niños esperando ser adoptados en la Tierra, este está en peligro. Este me necesita. Y este, de alguna manera, es de Vikram.

—Nunca he estado tan segura de algo. —Ashe le acaricia la cabeza al pequeño y le besa la sien. Su voz tiembla por las lágrimas que está conteniendo—. Esta criatura mía merece algo mejor.

—¿Y yo soy lo mejor? —tartamudeo, aferrándolo como si ya fuera mío.

—Solo por la manera en que lo estás cogiendo, ya sé que será un niño amado. Simplemente lo sé.

Ashe me sonríe, y su genuina aceptación, incluso el agradecimiento con el que me lo ha entregado, consiguen convencerme de que no estoy siendo egoísta.

Y, si lo soy, por lo menos ella está conforme.

—¿No quieres despedirte de él? —me oigo preguntar.

Ashe da un paso atrás, y con eso entiendo que sería demasiado doloroso decirle adiós.

Yo tampoco soy buena despidiéndome. No soy buena en prácticamente nada. Pero, por una vez, no me importa.

Aprenderé.

40

Vikram y yo aterrizamos con seguridad en la Tierra sobre los dos pies. Esa es la única seguridad que tenemos, el suelo que nos sostiene, porque en cuanto asimilamos el lugar en el que nos encontramos y la nueva compañía en la que estamos, un silencio lleno de dudas e incredulidad se instala entre los dos.

Tengo en brazos a Oberon. Se ríe y bate las palmas por lo divertido que ha sido volar entre fogonazos de luz. Vikram se abre paso en mi cabeza con tanta fuerza que casi consigue convencerme de que tiene voz.

«Nos hemos vuelto locos», decreta. Me rodea, pasándose una mano histérica por la cara. «Tienes a un niño en brazos».

—Me he dado cuenta.

«Un niño hada. En la Tierra», especifica.

—Lo sé.

«No tienes... No tenemos ni idea de cómo hacer esto».

—No hace falta que recalques todas esas obviedades. Yo también estaba allí cuando tu madre lloraba, y ahora... —Miro a Oberon—. Ahora estoy aquí, con este bebé en brazos.

Vikram se planta delante de mí con el gesto contraído por la ansiedad. A mí también me domina un sentimiento parecido.

«No creo que seas consciente de lo que esto significa. Has dejado que tu deseo de ser madre se anteponga a todo lo demás, y ahora... míranos».

—¿Perdona? ¿A qué viene eso? Alguien tenía que tomar una decisión, y no parecía que ese alguien fueras a ser tú, que te quedaste como un pasmarote mientras tu madre se deshacía en lágrimas.

«¿Qué esperabas que dijera? Ni siquiera yo mismo me he adaptado aún a la Tierra, como para ahora adaptarme a un niño, o como para enseñar a un niño a adaptarse al mundo, a mí y a ti».

Lo que se puede sacar en conclusión de su mensaje es bastante simple: no quiere esta responsabilidad.

No tardo en ponerme a la defensiva.

—Pues no te encargues de él, entonces. Yo lo haré. Y lo haré a las mil maravillas, porque puede que no sepa cuidarme yo, pero por los demás sí sé preocuparme. Y si no, que baje Dios y lo vea, joder.

Vikram entrecierra los ojos.

«¿A qué viene esa puntualización? ¿Ahora es cuando decides comentar lo que discutimos en Aranrhod hace una eternidad?».

—No pretendía discutir nada, solo señalarlo antes de que te atrevieras a repetirlo. —Sostengo al inquieto Oberon contra mi pecho —. Voy a cuidar de él, Vikram. Lo voy a querer como si fuera mío. Puede que no sea experta y tenga miles de lecturas de maternidad pendientes, pero aprenderé.

«Este no es un niño normal. ¿Es que no lo entiendes?».

—¡Pues me informaré sobre niños anormales! ¡No puede ser muy difícil! ¡Las hadas no pueden hacer magia aquí!

Oberon deja de observarnos con los ojos muy abiertos. Pestañea una vez, sin entender nada de lo que está pasando, y rompe a llorar.

«¿Ves?». Vikram lo señala. «Ya está llorando».

—¡Porque estamos discutiendo! ¡Todos los niños lloran cuando sospechan que hay problemas, Vikram!

Me dispongo a mecerlo con los dos brazos para tranquilizarlo, pero me da la sensación de que es Vikram el que necesita un poco de consuelo. Al verlo tan fuera de sí, sobrepasado por la incorporación de última hora, decido compadecerme.

—Vik, estaremos bien —le prometo. Y se lo repito una y otra vez hasta que me mira. A regañadientes y sin mucha confianza, pero lo hace—. Escúchame y responde. ¿Lo quieres? ¿Lo quieres, eh? ¿Aunque sea inesperado? ¿Aunque nos vaya a dar problemas?

Vikram no tiene ni que pensarlo. Le ofende la pregunta.

«Eso no es debatible. El vínculo de sangre nos acerca. Es mi familia».

—¿Y me quieres a mí?

Su expresión indignada se suaviza, e incluso da un paso hacia mí, como si temiera perderme solo porque su boca no ha sido lo bastante rápida. O su mente, en este caso.

«Tanto que todo cobra sentido contigo».

Suelto el aire contenido.

Dios, no habría sabido qué hacer si hubiera dicho que no. Menuda mierda sigue siendo esto de necesitar continua reafirmación por su parte.

—Muy bien. Entonces, cálmate. Yo estoy calmada.

«Tú tienes un lado maternal. Pero ¿qué hay de mí? Me he dedicado a matar a sangre fría hasta hace poco». Arquea las cejas, angustiado. «¿Qué sabemos nosotros de los niños hada, llorona?».

Clavo en él una mirada esperanzada.

—Dareon tenía nueve años cuando llegaste a Elyllon, ¿no es cierto? Era un niño. Un niño hada. Y un niño hada con una corona, lo que a mí me parece más complejo. Por las experiencias que he vivido a través de las visiones pasadas, sé que tuviste que educar en muchos sentidos al peor ejemplo de crío del mundo. Dareon era mimado, arrogante, no pensaba mucho antes de actuar y estaba sobreprotegido.

Y todo lo bueno que tiene ahora, la manera en que afronta el mundo cuando no se deja arrastrar por un impulso, lo ha aprendido de ti. Tú se lo enseñaste. Así que no digas que no vas a ser capaz de cuidar de este bebé, que es una gloria bendita de lo obediente y calladito que es, porque ya hiciste milagros con el príncipe de Elyllon.

»Estaremos bien —zanjo, taladrándolo con una mirada que espero que lo asuste lo suficiente para no atreverse a contradecirme—. Le diremos a Elsa y a Abril que es tu sobrino, que sus padres han muerto en un accidente y que ahora tienes la custodia. Y si cuando sea mayor ya no corre peligro y demuestra ser sensato, le contaremos toda la verdad. ¿De acuerdo?

»Además, que te vi muy dispuesto a encargarte del perro, que también requiere paciencia y comprensión. Un bebé es más complicado, pero para eso estoy yo, para compartir las obligaciones. Por cierto, ¿dónde está el perro?

«Elsa lo tiene en su casa», contesta. «Le dije antes de irnos que tenía problemas familiares y que estaríamos fuera un tiempo. Para que no se alarmaran».

—¿Cómo?

«Adquirí un móvil».

—¿Y dices que no eres responsable?

De vez en cuando alegra tener a alguien a tu lado que cubra los espacios en blanco en los que tu historia va haciendo aguas. No habría sabido qué inventarme o qué excusa ponerle a Elsa para que me perdonase por haberme ido corriendo de su cumpleaños.

—Estaremos bien —insisto una vez más—. Aunque solo sea porque ya se ha acabado todo. Al menos, para nosotros.

Vikram asiente un segundo después. Se acerca, todavía pensativo, y me retira el pelo de la cara. Tiene que esquivar la cabeza de Oberon para besarme en los labios, y yo debo hacer un gran esfuerzo de voluntad para separarme y reprenderlo por hacer esas cosas delante del crío.

Mi crío.

No me permito pensar mucho en ello ahora mismo. Estaría regodeándome cuando la situación de la que parte es terrible. Habremos dejado a su madre llorando como Magdalena.

De solo imaginarla se me parte el alma.

—¿Más tranquilo? —pregunto, en voz baja. Un recuerdo acude a mi cabeza y me incita a sonreír—. Puedes estar tranquilo, que no te daré de lado para quererlo a él más.

Vikram tarda en procesarlo.

«¿Has visto mis recuerdos con mi madre?».

—Fue sin querer —me defiendo—. Solo así pude cumplir mi deseo. El de escucharte. Tenías una voz preciosa.

No puedo evitar que se me escape una nota de melancolía al decirlo. Él niega con la cabeza con dulzura, como si quisiera hacerme saber que no pasa nada. Que ya no le duele. Y que, por favor, no me duela a mí.

«No la echo de menos», confiesa. Ladea la cabeza hacia Oberon, inseguro. «Aunque puede que él sí lo haga. ¿Cómo me comunicaré con él? ¿Crecerá creyendo que es un niño corriente? Tendré que encontrar un trabajo...».

Verlo tan preocupado por el futuro me conmueve. Me aseguro de que Oberon se sostiene a mí con fuerza para dejar un brazo libre y transmitirle ánimos a Vikram apretándole la mano.

—Le enseñaremos lenguaje de signos. Y estoy de acuerdo con lo del trabajo. En cuanto a hablarle de la Confederación...

«Nació allí, y eso significa que algún día tendrá que volver», me recuerda, mirándome con gravedad y aprensión, como si temiera que fuese a echarme a llorar en cualquier momento.

—Volveremos... Cuando sea el momento.

«No sé si podrías soportar que se fuera», admite.

—Todas las madres ven marchar a sus hijos en algún momento, Vikram. Estoy segura de que para entonces estaré curada de espanto. Y tú también. —Viendo que no las tiene todas consigo, prosigue—: Llevas toda la vida viviendo de la forma difícil, Vik. Esto no será ningún problema para ti, créeme. Me crees, ¿verdad? ¿Confías en mí?

Él apoya su frente en la mía. Sigue turbado, pero por lo menos ya respira con normalidad.

«¿Cómo no hacerlo? Salvaste mi vida».

No sé si se refiere a cuando lo libré de las garras de Camlo. Por la forma en que me mira, diría que nos remontamos a mucho tiempo atrás, y no a cuando le obligué a enfrentar sus demonios amenazándolo con contarle la verdad a Dareon, sino a un momento más insignificante: ese en el que nos miramos a los ojos por primera vez.

Me pongo de puntillas para darle un beso en la comisura de los labios.

—Pues déjame hacerlo otra vez. Déjame hacerlo para siempre.

FIN

Todavía no me permito regocijarme en este milagro caído del cielo con patucos beis y ojazos naranja, y eso que incorporarnos a la vida terrestre ha sido una locura. He tenido que pedirle dinero a mis padres para realizar compras de emergencia y así Oberon tenga todo lo que necesita, y eso por no mencionar las noches que nos hemos tirado sin dormir hasta que el pobre se ha habituado a los horarios.

No he tenido que dar tantas explicaciones como pensaba. Elsa y Abril se han tragado la historia del drama familiar de Vikram, y aunque ninguna de las dos es demasiado maternal, se están acostumbrando a consentir al pequeño Oberon. No me parece mal, porque eso me ha permitido disfrutar del tiempo libre que necesitaba para continuar y concluir la segunda parte de El príncipe de Elyllon y entregárselo a Cora, que lo ha editado y maquetado en tiempo récord para organizar apenas unos meses después un regreso por todo lo alto.

Tan alto que una editorial me ha comprado los derechos.

Creía que Cora exageraba cuando decía que mis fans estaban ansiosos por leer la novela, pero no lo he entendido hasta que he entrado en la librería del barrio para hacer la presentación. Los dueños me han hecho el favor de organizar una reunión extraoficial para publicitar la versión autopublicada; me conocen de toda la vida y querían que tuviera mi rato de comunión con los lectores. Había una cola hasta el parque del Triunfo para verme contar curiosidades sobre la novela, y sin duda podría haberles dado detalles sórdidos a rabiar.

Con espacio y tiempo llega la perspectiva. Gracias a ella puedes echar la vista atrás y decidir que no estuviste tan mal, aunque en el momento creyeras que ibas a morirte de miedo. Pero la verdadera perspectiva, la que termina de convencerme de que el camino ha merecido la pena y de que estaba hecha para presenciar y plasmar la historia, no para participar en ella como la heroína que no soy, me la dan precisamente los lectores; los que me observan con sonrisas ilusionadas y abrazan sus ejemplares como yo abracé a Oberon la primera noche, cuando me quedé a solas con él y pude llorar por la suerte que había tenido. Esos fans que, al amar la segunda entrega, me están diciendo que yo también debería hacerlo. Ellos ponen en valor una aventura que ya estaba empezando a reconocer como una experiencia vital inolvidable, como el punto de partida de una vida que comienza justo ahora, después del ensayo catastrófico que fue la anterior.

Soy afortunada, y ellos no lo saben. Lo intuyen, porque resplandezco detrás de la mesa, pero no podrían imaginar hasta qué punto celebro que me hayan dado esta oportunidad. ¿Cuántas personas en este mundo pueden decir que tienen otro intento para ser felices, y que ese intento incluye a un mutante que se dedica a adiestrar perros y un bebé que es la envidia del parque?

En la presentación, hablo de la Confederación con detalle. Cuento la historia de Vikram —con el permiso de este, que escucha apoyado en una de las estanterías del fondo, y con una media sonrisa orgullosa — como lo que he sido, solo que ellos no tienen la menor idea: la fiel compañera de adversidades que le ha puesto el camino más difícil y se lo ha facilitado a la vez. Proveo a mis chicos y chicas de tanta información que nos pasamos de la hora, pero a los dueños de la librería no les importa. Ni a los lectores tampoco. Ni siquiera Roberto se marcha, y eso que me ha dicho que tiene una reunión muy importante con ese tonillo de ingeniero soberbio que no perderá por muchos años que pasen. Ni tampoco mis padres, aunque sospecho que es más por educación que porque piensen que he triunfado.

Qué más da si ellos no lo valoran. No lo saben. No lo entienden. Solo yo lo sé y lo entiendo, y con eso es suficiente.

Bueno, yo y Vikram, que va pasando por todos los estados conforme avanzo en la lectura de uno de los pasajes.

—¡Ha llegado el turno de preguntas! —Aplaude Cora, poniéndose de pie para hacer de árbitro.

Ninguna otra podría ser mi representante.

Muchas manos ansiosas se alzan a la vez.

—¿Es verdad que has llamado Oberon a tu hijo, como el verdadero nombre del personaje de Vikram? —pregunta una.

Sonrío para mis adentros.

—Algo así, sí.

—¿Es posible que escribas una especie de *spin-off* para que sepamos qué sucederá con Edel y Laertes? Me parecen personajes muy interesantes, y me sabe fatal que hayan quedado separados —se lamenta la romántica del grupo.

—¿Qué quieres que pase, hija? Edel rehará su vida y Laertes se irá al puñetero carajo, donde pertenece —espeta otra chica del público, una adolescente con californianas azules y un vestido de cuero.

No tengo ni que decir quién es: la nueva versión terrestre de Edel. Se ha llevado a Mariola con su hijo, a Galicia, para poder convertirse en una estudiante de instituto emancipada que vive en el piso de estudiantes dos plantas por encima del mío. Me ha perdonado por traicionar a Dareon —a Dareon aún no lo ha disculpado por lo que me hizo a mí—, y ha proclamado que no piensa alejarse de nosotros.

Apoyo la barbilla en la mano y me centro en la chica que ha hecho

la pregunta inicial.

—Aún no lo sé. Tendré que esperar a que me hablen las voces para tener algo claro sobre ellos. Pero, si te soy sincera, confío en una reconciliación.

Edel, que ahora se hace llamar Ana Mari —yo no sé qué le pasa a esta mujer con los nombres castizos—, suelta un bufido que le mueve la peluca estilo príncipe de Elyllon a la quinceañera que tiene delante. No es la única que se ha vestido para la ocasión como si fuera al salón del Manga.

—Ahora tú —señala Cora.

El chaval se reacomoda las gafas antes de hacer su pregunta.

—¿Qué hay de Dareon? Despojado de su deber, de su corona, de sus propósitos bélicos, e incluso de su hermano. ¿Qué significa ese final abierto sobre él? ¿Habrá una tercera parte en la que se explique?

Mi mirada vuela hasta Vikram, al que la pregunta le ha turbado tanto como a mí.

Dareon ya no es un tema tabú como la última vez que estuvimos juntos en la Tierra, pero nos ha dejado una herida que todavía nos duele tocar. Ya no sangra, y, sin embargo, tampoco quiere cicatrizar.

Le he prometido a Vikram que yo seré su puente de unión con él, porque sé que, ya sea por costumbre, amor o lealtad —o una mezcla de las tres—, lo necesita para ser feliz sin sentirse culpable. Por desgracia, cada vez que intento viajar para comprobar que está bien, la *dysys* me guía a recuerdos pasados, y eso solo puede significar una cosa: Dareon, ahora mismo, no es ni remotamente importante para el futuro de la Confederación. O eso, o ha conseguido domar su don mágico para que nadie lo localice. Ni siquiera yo.

No me extrañaría, teniendo en cuenta que tanto sus fieles como sus enemigos lo están buscando.

—Confío en que sí —respondo de corazón—. No me gustaría que Dareon acabara de esa manera, y es evidente que la guerra no ha hecho más que empezar. Las aventuras de la Confederación de Trevelyan no acaban aquí.

Cojo la botella de agua para dar un sorbo, dando por zanjada la pregunta.

—Jorghen el Hacedor se menciona mucho a lo largo de la historia, pero no llega a salir ni a tener un papel importante a pesar de que se nota que no conviene subestimar su poder. ¿Deberíamos tenerlo en cuenta como villano de futuras entregas, o como personaje al que no perder de vista, por si tiene una aparición estelar? Han quedado muchas cosas en el aire.

«Pues yo qué sé, chico, yo no veo el futuro. Me entero de las cosas al mismo tiempo que suceden, Pregúntale al Oráculo».

Pero puedo fiarme de un pálpito para contestar, sin perder de vista

que Vikram se ha tensado.

—Es una saga, claro que han quedado cosas en el aire. La guerra dará mucho de sí; ya ves cuánta tela tengo que cortar. Estoy casi segura de que hay que tener muy en cuenta a Jorghen.

—¿Por qué no hiciste que Vikram se vengara de él? —pregunta el mismo chico.

—Porque Vikram no es así —respondo con voz aterciopelada—. Usa el pasado para torturarse a sí mismo, no para torturar a los demás; aprendió la lección de la única vez que se dejó llevar por el odio, como ya habréis visto.

—Aun así, el Hacedor es un hijo de puta —refunfuña el hombre. Observo que Vikram, desde el fondo, cabecea con exasperada conformidad.

—No te voy a decir que no.

—¡La chica de rosa! —exclama Cora, señalando a la aludida.

—Te basaste en tu novio para crear a Vikram, ¿verdad?

Casi me atraganto con el agua, pero no solo por la sorpresa: también me da risa que, como si se hubieran puesto de acuerdo, la gran mayoría de los asistentes se den la vuelta para mirar a Vikram.

—No digas idioteces. —La amiga que la acompaña le da un codazo —. La autora estaba casada con otro hombre cuando escribió el primer libro.

—Digamos que... —Trago saliva— mi novio actual me inspiró para terminar de perfilar al personaje.

Vikram me guiña un ojo a lo lejos.

«Al final va a ser verdad eso de que le gusto a las humanas», escribe en mi mente con una lentitud sugerente.

«No te regodees», le respondo. «Y ni se te ocurra acercarte a ellas. Les sacas por lo menos cien años».

«Y la alma de la *dysys* me saca milenios de diferencia a mí. ¿Quién es la pedófila aquí?».

«¿Dónde has oído tú hablar de la pedofilia, si se puede saber?».

«Tener un hijo me ha obligado a informarme sobre los problemas a los que podría enfrentarse si lo descuidara».

—¡Siguiente pregunta! —exclamo en voz alta para sacarme de la cabeza la remota posibilidad de que a Oberon pueda pasarle algo.

—¿Cómo pudiste dejar ciego a Camlo? ¡Qué crueldad! ¡Si es majísimo!

—He dicho «pregunta», no «reproche» —mascullo por lo bajo, con la suerte de que no me escucha—. Poco le hice a ese pequeño cabroncete. ¿Cuál es tu pregunta? —Señalo a una veinteañera.

—¿El siguiente libro estará relacionado con Dareon y la elegida de Roshanara?

Como si la hubieran invocado, Elsa aparece en la librería muy

apurada, cargada con su bolso favorito y un vestidito camisero de los suyos que se roba las miradas de todos. La de Vikram, por suerte, ya no, aunque ella se para un segundo a su lado para saludarle —«me alegro de verte, Vicky. A ti también, perrete. Y a ti ya menos, bebé cabezón»—. Sí, Vikram ha conseguido meter al chucho en la librería porque ahora es más educado que yo y consigue agradarle a cualquiera que se proponga. Ayuda que lleve a Oberon dormido en el pecho. No en brazos, sino en una de esas mochilas portabebés. No me extraña que mis lectoras lo estén mirando como si fuera Dios: a cualquiera le pierde el chico malo con el pelo «teñido» de azul marino, suelto sobre los hombros y con *piercings* —porque esa costumbre no la pierde, aunque ya no sean de hierro—, sobre todo cuando este hombre de apariencia peligrosa lleva a un crío colgando de la bolsa de canguro y lo mira con adoración.

No lo verían tan temible si supieran que debajo de Oberon lleva una camiseta con un perrito estampado.

En cualquier caso, Elsa le da un beso en la mejilla a Vikram, un beso al perro y le palmea la cabecita calva a Oberon. Sí, tal y como lo he dicho. El beso al canino, y al bebé un «buen chico». Después empieza a pelearse con las sillas que la separan de mí, molestando a más de uno.

—Perdón, perdón... Soy la hermana de la artista. Disculpen... ¡Oh! Me alegra haber venido a tiempo. Tengo una pregunta para la autora, futura ganadora del Nobel de Literatura.

—A ver, la rubia pesada de ahí —la corto, sonriendo—, que diga lo suyo y me deje tranquila.

Elsa inspira hondo y sonríe de oreja a oreja.

—En realidad es una pregunta un poco tonta, pero... —Balancea los hombros, haciéndose la difícil sin perder la coquetería que la caracteriza—. Si llevaran tus novelas a la gran pantalla, ¿a qué actor elegirías para encarnar a Dareon?

Arrugo el ceño. ¿Para eso ha venido hasta aquí?

—Pues... Nunca me lo he preguntado. Pero creo que Jared Leto podría ser perfecto. Los rasgos finos, dulces, pero sexy y masculino a la vez... ¿Por qué lo preguntas?

—Perdona, guapa, pero aquí las preguntas las hago yo. —Coge aire como si fuera a dar una noticia importantísima, y dice—: ¿Y qué te parecería cederle los derechos de la obra a Netflix para que desarrolle una adaptación audiovisual de *El Príncipe de Elyllon*?

No puede contenerse más y estalla en saltitos y aplausos; saltitos y aplausos que secundan muchos del público y que copia hasta Cora, que se supone que hoy debía mantener a raya a su *fangirl* interior. O eso me ha prometido antes de llegar.

—¡Les envié el guion adaptado y les ha fli-pa-do! ¿Qué me dices?

Me ha flipado más que Elsa se haya tomado la molestia de adaptar la novela —no dudo que el guion sea bueno: Elsa tiene un talento increíble para la escritura. Es la persona más ingeniosa que conozco— que el hecho una productora me haya dado el sí... Lo que no significa que no entre en un shock del que Cora me tiene que sacar a empujones.

—Bueno —balbuceo al fin—. No creo que podamos traer a Jared Leto, pero seguro que encontramos a alguien digno para el papel.

Epílogo

Laertes llevaba unas cuantas horas de sueño intermitente. Tratándose de una criatura con un claro complejo de grandeza, no extrañaba que, pese a sus escasos ratos de descanso, se revolviera en una enorme cama de cuatro postes. Siempre le había parecido que se le quedaba pequeña, como el propio Oráculo y las atenciones de su sacerdotisas, pero esa noche, y sabiendo muy bien por qué —para su eterna desgracia— se le hacía terriblemente espaciosa. Incluso incómoda.

Pero si se levantó de un salto, agarrando la última vela que cimbreaba para que pudiera ver las sombras proyectadas en el techo, no fue porque quisiera despejarse. Todo lo contrario. Esa opresión de estómago que le sobrevenía cada vez que su mente iba a viajar al futuro le obligó a desplazarse hasta el salón principal. Se dirigió allí a toda prisa, con el ceño fruncido y todavía la túnica puesta. Tuvo que retirar un montón de pergaminos de la mesa redonda para encontrar la pluma con la que habría de plasmar su visión.

Hacía siglos desde que no se encargaba de hacerlo personalmente: solía encomendarle la labor de escritura a Leela o a Sabbah, que lo atendían con la veneración esperada, conscientes de su lugar y más que orgullosas de haber sido elegidas para tan noble propósito. Claro que no todas sus sacerdotisas solían ser tan complacientes. Podía pensar en al menos una que lo habría abofeteado sin miramientos si se le hubiera ocurrido levantarla de la cama para obligarla a redactar.

Laertes sacudió la cabeza para vaciarla de todo ese montón de tonterías. Cerró los ojos, molesto por los derroteros que tomaban sus traicioneros pensamientos, y se concentró en el fogonazo de luz que fue invadiendo su mente. La luz se hizo cegadora, y, muy poco a poco, fue tomando la forma de la figura que la protagonizaba.

Laertes tardó unos segundos en reconocer a Dareon de Vygantas. Le costó un poco más ubicarlo en un espacio concreto, porque no le sonó familiar ni el entorno ni el personaje que le acompañaba. Se encontraban en una habitación llena de espejos, con el suelo cubierto de mechones de pelo de diferentes colores, y la desconocida tenía unas tijeras en la mano.

—¿Estás seguro? Mira que tienes un pelo que es la envidia de toda mujer —le decía, admirando su reflejo como solo un humano podía admirar a una criatura feérica—. Si yo fuera tú y quisiera probar con el corto, me pondría una peluca. Ahora se llevan mucho.

—Gracias por la recomendación, pero necesito desprenderme de

todo esto —respondió Dareon, con la vista fija en sus propios ojos.

—De acuerdo... Marchando un rapado. ¿Puedo convencerte para que al menos no te lo tiñas? No he visto jamás un platino natural como el tuyo.

—Lo necesito oscuro.

—Vale... —Suspiró—. Dios, cuando fui a la escuela de peluquería nunca pensé que tendría que hacer cosas en contra de mis principios. Pero bueno, chico, tú lo has querido. Por lo menos estarás igual de guapo.

La visión se marchó igual que había venido: un fogonazo de luz absorbió hasta el último detalle, dejando a Laertes con el insoportable dolor de cabeza habitual. Un dolor que se acentuó mientras anotaba en el pergamino lo que había visto, subrayando varias veces «la Tierra», el único lugar donde una mujer podría tener granos en la cara.

«Puto principito de los cojones», pensaba mientras anotaba, torciendo la boca con desagrado. «¿Y ahora qué trama?».

—¿Qué? —espeto a nadie en particular, levantando la cabeza del ordenador—. Laertes no diría «puto principito de los cojones». ¿Se puede saber en qué estoy pensando?

No me da tiempo a descubrirlo, porque un bebé llorón y un mutante soñoliento aparecen en el salón, ambos frotándose los ojos.

«Me dejas al niño en brazos, entras en trance y de repente te vas a chillar palabrotas», enumera Vikram. «Palabrotas que has jurado que no dirías delante de él hasta que tuviera dieciocho años. ¿Cuándo voy a acostumbrarme a esta clase de numeritos?».

—Por tu bien, espero que pronto —refunfuño. Le hago un gesto para que se acerque—. Mira. ¿Ves lo que he escrito? Es basura. ¿Tú te imaginas a Laertes pensando eso? ¡Pero si no ha puesto un pie en la Tierra en su vida, y ahora habla peor que un granaíno!

Vikram le echa un vistazo. No me ha dado tiempo a encender las luces, así que la pantallita del portátil le ilumina la cara como a un fantasma.

«A mí no me parece que esté mal».

—Porque no lees ficción. Solo lees manuales para aprender sobre comportamiento perruno.

«¿Ahora te molesta que me informe para desempeñar mi trabajo en condiciones?».

—No, no me molesta... —Me paso una mano por la cara, agobiada —. Es solo que... Dios, ¿no lo has leído? Ahora mi novela está manchada por la subjetividad de lo que siento hacia Laertes. ¡He dicho que tiene un ego que se lo pisa!

«Yo no diría que lo has dicho. Lo has insinuado. Quiero decir, está

implícito en el tono de la narración».

—Exacto. ¡El narrador, o sea, yo, se está burlando de Laertes! ¡Y soy un narrador objetivo y fiable!

«Eres fiable. No has insinuado ninguna mentira. Tiene un ego que se lo pisa». Y cabecea, dándole la razón a la omnisciente *dysys*.

—Venga ya —mascullo—. Todo esto se va a la basura.

«Ni se te ocurra. No puedes borrar una sola letra. Y debes mandárselo a Laertes cuanto antes».

—Sí, sobre todo a Laertes. Cuando lea esto, va a hacer su primera visita turística para darme azotes hasta que me desangre.

«Creo que unos azotes te vendrían bien», valora, escrutándome con una mirada sugerente. «Estás un poco tensa».

—No te pongas juguetón con Oberon en brazos. ¿Y cómo no voy a estarlo? Por favor, fíjate. Es un despropósito.

«Ahora conoces a Laertes personalmente. Es normal que te cueste ser objetiva. De todos modos, no es como si lo hubieras sido alguna vez. Cuando escribías sobre Dareon se notaba que lo querías por encima de todo».

Pongo los ojos en blanco.

—Entiendes lo que significa ser el protagonista, ¿verdad? —le recuerdo, hablándole como si fuera lelo—. Significa, además de aparecer más que ningún otro personaje, ser el más importante para la trama. —Vikram exhala, riendo sin sonido—. ¿Qué te hace gracia?

«Me gusta cómo te pones a la defensiva en medio de tu crisis literaria».

—Sí, es muy divertido... —refunfuño, de mala gana—. ¿Y a qué vienen todas esas menciones subrepticias a cuánto echa de menos a Edel? —bufo y cierro el ordenador de golpe. Me cruzo de brazos—. A ver si ahora el puñetero libro se va a convertir en una novelita romántica.

«¿Y? No estaría mal. Laertes y Edel se quieren, es lógico que él piense en ella y que, para ser fiel al personaje, menciones que sufre».

—Ese no sufre. No debería sufrir. Es el Padre del Oráculo. Está ahí para tener visiones, no para lloriquear. Te recuerdo que no escribo romántica. Escribo fantasía adulta.

«Con tintes eróticos», apostilla, levantando las cejas.

—Sí, pero Edel no está allí para tenerle despierto toda la noche por una buena razón, así que no quiero que piense en ella.

«¿Y cómo vas a evitar que Laertes piense en ella? Llorona, se te olvida que lo que escribes nace de tus visiones. Si en tu visión es palpable que la echa de menos, debes incluirlo».

—Claro que sí. Para que luego él mismo rompa los folios impresos y se los coma para no dejar rastro de su miseria sentimental. Vaya tela, ahora escribiendo dramas románticos...

Vikram vuelve a sonreír.

«¿Qué tiene de malo la romántica?». Se cruza de brazos. «Me leí ese libro que me dijiste, el de Virtudes Navas, y no me pareció mal. De hecho, es bastante entrañable. Mejor que *Frankenstein*».

—¿Acabas de decir que una novela romántica de una autora *indie* que autopublica en Amazon es mejor que un clásico de la literatura no ya inglesa, sino a nivel mundial?

«No lo he dicho. Lo he escrito en tu mente».

—Pues bórralo antes de que me enfurezca.

Vikram me mira al borde de la risa.

«¿Sabes? Entre todos los seres humanos del mundo, nunca pensé que tú, la que lloraba porque menospreciaban su género y su trabajo, despreciaría el trabajo y el género de otra escritora».

Me quedo pensándolo un segundo.

—Tienes razón. Ni siquiera sé de dónde ha salido eso. Pero *Corazón dulce* no es mejor que *Frankenstein* —aclaro, alzando el dedo índice—. *La antigua magia* de Lisa Kleypas, en cambio...

Me interrumpo al caer en la cuenta de lo que acabo de escribir. No lo de Laertes hablando como un cani del Zaidín, sino la visión que el Oráculo ha tenido y sus posibles implicaciones.

—¡Joder! —exclamo, poniéndome en pie de un salto—. ¡Dareon está en la Tierra!

Vikram deja de sonreír y acomoda el moflete sonrosado del lloroso —pero más tranquilo— Oberon en el hueco de su clavícula.

«¿Cómo?».

—Laertes lo ha visto. O sea, yo he visto a Laertes viendo a Dareon en una peluquería. No he reconocido la peluquería, claro, porque no es como si yo fuera a menudo a cortarme el pelo... —Me cubro la boca —. Bueno, no tiene por qué significar nada, ¿no? A Dareon le encanta venir a la Tierra.

«Siempre que venía era para proteger a Elsa de sus propias decisiones o porque la necesitaba para superar una recaída», corrige. «No se paseaba por aquí por gusto, aunque le gustara la cultura».

—Pues entonces queda descartado que haya venido a la Tierra para hacerse un *balayage* —refunfuño. Me lo quedo mirando un buen rato, con la cabeza dando vueltas—. ¿Qué significa, entonces? ¿Que ha venido a ver a Elsa? —Vikram cambia el peso de pierna, turbado. Su silencio me pone el vello de punta—. ¿Ha venido *por* Elsa? —me corrijo, con un temblor en la voz—. ¿Para llevársela?

«No lo sé, llorona». Duda antes de agregar, esta vez con un trazo sencillo y marcado por la emoción: «Pero me alegra saber de él».

—A mí también, aunque solo sepamos que se está cortando el pelo. ¿Por qué coño se está cortando el pelo, ya que estamos? ¿Querrá pasar desapercibido? ¿*Necesitará* pasar desapercibido? —Sacudo la cabeza

—. Debería haber imaginado que estaría aquí, en la Tierra. Es el único lugar en el que puede estar a salvo. En la Confederación lo estarán buscando para plantarlo en el trono de nuevo o para ajusticiarlo. ¿Qué hacemos? Tengo que ir a ver a Elsa. Tardaría cinco segundos en convencerla de irse con él al fin del mundo.

«¿Por qué confías tan poco en la voluntad de tu hermana? Es testaruda hasta decir basta».

—Por supuesto que lo es, y por eso he dicho cinco segundos. A mí tardó en convencerme solo uno. Llevársela a ella le tomaría una discusión encarnizada, pero poco más.

Vikram deja a Oberon sobre el sillón, con cuidado de apoyarle la cabeza en el cojín. Yo me quedo mirando al pequeño con cara de preocupación, el estado en el que vivo desde que tengo que cuidarlo al mismo tiempo que estar alerta con mis visiones.

Vikram aprovecha esa distracción mía para abrazarme.

«Sea lo que sea que pase, será lo que estaba escrito. Contra eso no puedes luchar».

—Y sería muy hipócrita por mi parte si me pareciera mal, porque lo he escrito yo. —Suspiro y apoyo la mejilla en su pecho.

«Piensa que, por lo menos, tienes la ventaja de saber dónde está y lo que hace».

—Saber dónde está y lo que hace no me dará ni una pista de cómo se siente. Y eso es lo que hay que temer, porque solo sabiéndolo podremos prevenirlo... En fin —me lamento—. Necesito beber algo. Porque supongo que ya te habrás comido los cereales, ¿no?

«Hasta la última caja».

—Y va el tío y lo dice sin ninguna vergüenza.

Niego con la cabeza y me acerco a Oberon para besarlo en la frente.

Se ha dormido como un angelito.

La indescriptible emoción que me embarga al mirarlo es lo que me da la esperanza y la fuerza necesarias para afrontar lo que esté por venir.

Quién me lo habría dicho.

Vikram me pasa el brazo por la cintura y me pega a su costado.

«Ya pensaremos en ello mañana, ¿vale?». Y me besa la sien.

—Otra frasecita de seis palabras, ¿eh? No te cansas.

«No será porque no me das trabajo...».

—Voy a ignorar eso que acabas de decir —advierto con el dedo en alto—, pero que sepas que si es por frases que transmiten esperanza y ánimos, ahora mismo me hace falta una más corta y muy distinta.

«Prefieres la de dos. Te quiero», deduce.

—Otras seis. Vamos de media docena en media docena. ¿Hasta cuándo vas a estar haciéndote el galán con esto de las frasecitas?

«Teniendo en cuenta que somos inmortales, seguro que puedes responderte a eso tú misma».

Sonrío y me pongo de puntillas para rozar sus labios con los míos.

—Una eternidad de seis palabras comodín y mis seis mil maneras de sacarte de quicio. No parece muy equilibrado.

«Nunca hemos estado muy equilibrados». Me rodea la cintura y me da un beso en la comisura de la boca. «Y estoy deseando descubrir cuál será la manera seis mil y una».

Y yo también, aunque no tengo ninguna prisa por revelársela. No solo porque me espere una larga inmortalidad, sino porque parece que, al final, sí que hay algunas cosas que son para siempre.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

35
36
37
38
39
40
FIN
Epílogo

[1] Gentilicio de los shaporíes que habitan la Bahía de Lagasse, un territorio situado al suroeste del mapa de la Confederación.